

ALFAGUARA

# Mia Couto

## Trilogía de Mozambique

Las arenas del emperador

Narrativa Internacional Traducción de Roser Vilagrassa y Rosa Martínez-Alfaro

---

# Mia Couto

## Trilogía de Mozambique

### Las arenas del emperador

Traducción del portugués Roser Vilagrassa  
y Rosa Martínez-Alfaro

ALFAGUARA  


SÍGUENOS EN  
megustaleer



@Alfaguara



@Alfaguara\_es



editorial\_alfaguara

| Penguin  
| Random House  
| Grupo Editorial |

---

*Pero pareciera que por nuestros pecados, o por algún juicio inescrutable de Dios, por cualesquiera accesos de esta gran Etiopía que naveguemos, Él haya puesto un ángel con una flameante espada de fiebres mortales, que nos impide penetrar en las primaveras de sus jardines, de donde proceden los ríos de oro que corren al mar...*

JOÃO DE BARROS

---

## **Libro primero**

### **Mujeres de ceniza**

*El camino es una espada. Su negra cuchilla rasga el cuerpo de la tierra. Dentro de poco, nuestro país será una maraña de cicatrices, un mapa hecho de tantos golpes que nos enorgulleceremos más de las heridas que del cuerpo intacto que, con suerte, consigamos salvar.*



## 1. Estrellas desenterradas

*La vida se crea como una cuerda, dice la madre. Hay que trenzarla hasta que los hilos entre los dedos dejen de distinguirse.*

Todas las mañanas se levantaban siete soles sobre la llanura del río Inharrime. En aquellos tiempos, el firmamento era mucho más vasto y en él cabían todos los astros, los vivos y los que habían muerto. Desnuda como había dormido, nuestra madre salía de casa con un tamiz en la mano. Se disponía a escoger el mejor de los soles. Con el tamiz recogía las restantes seis estrellas y las traía a la aldea. Las enterraba junto a un termitero que había detrás de nuestra casa. Aquel era nuestro cementerio de criaturas celestiales. El día que lo necesitáramos, iríamos allí a desenterrar estrellas. Gracias a ese patrimonio no éramos pobres. Eso decía nuestra madre, Chikazi Makwakwa. O simplemente *mame*, en la lengua materna.

Quien nos visitara conocería la otra razón de tal creencia. Y es que en el termitero se enterraban las placentas de los recién nacidos. Sobre el montículo de las termitas creció una *mafurreira*. Alrededor de su tronco las telas blancas. Allí hablábamos con nuestros difuntos.

Con todo, el termitero era lo contrario de un cementerio. Era el guardián de las lluvias, y en él habitaba nuestra eternidad.

Una vez, tamizada ya la mañana, una bota pisó el Sol que mi madre había escogido. Era una bota militar, como las que usaban los portugueses. Sin embargo, en esa ocasión la calzaba un soldado nguni, que venía por orden del emperador Ngungunyane.

Los emperadores tienen hambre de tierra, y sus soldados son bocas que devoran naciones. Aquella bota rompió el Sol en mil pedazos. Y el día se oscureció. Los días siguientes también. Los siete soles murieron bajo las botas de los militares. Nuestra tierra estaba siendo devorada. Sin estrellas con las que alimentar nuestros sueños, aprendimos a ser pobres. Y a perdernos en la eternidad. Sabiendo que la eternidad no es más que otro nombre que se da

a la Vida.

\*

Me llamo Imani. El nombre que me pusieron no es un nombre. En mi lengua materna *imani* significa «¿quién es?». Llaman a una puerta y, al otro lado, alguien pregunta: *Imani*?

Fue esa pregunta la que me dieron por identidad. Como si yo fuera una sombra sin cuerpo, la eterna espera de una respuesta.

En Nkokolani, nuestra tierra, se dice que el nombre del recién nacido proviene de un susurro que se oye antes de nacer. En la barriga de la madre no se gesta solo un cuerpo. Se fabrica un alma, el *moya*. Estando aún en la penumbra del vientre, ese *moya* se va formando a partir de las voces de quienes ya han muerto. Uno de esos antepasados pide al nuevo ser que adopte su nombre. En mi caso, me susurraron el nombre de Layeluane, mi abuela paterna.

Como manda la tradición, nuestro padre acudió a un adivino. Quería saber si habían interpretado bien la verdadera voluntad de aquel espíritu. Y sucedió algo que no esperaba: el vidente no confirmó la legitimidad del bautismo. Hubo que consultar a un segundo adivino que, por amabilidad y tras el pago de una libra esterlina, le garantizó que todo estaba en orden. Sin embargo, como durante los primeros meses de vida lloraba sin parar, la familia llegó a la conclusión de que se habían equivocado con el nombre que me habían puesto. Consultaron a la tía Rosi, la adivina de la familia. Después de lanzar los huesecillos mágicos, nuestra tía aseguró: «En el caso de esta niña, no es el nombre lo que está equivocado; es su vida lo que necesita resolver bien».

Mi padre desistió de su misión. Que mi madre se ocupara de mí. Y eso hizo ella al bautizarme con el nombre de «Ceniza». Nadie entendió la razón de ser de aquel nombre que, en realidad, duró poco tiempo. Cuando mis dos hermanas fallecieron al ser arrastradas por las grandes crecidas, pasé a ser conocida como «la Viva». Así me llamaban, como si el hecho de haber sobrevivido fuera la única marca que me distinguiera. Mis padres ordenaban a mis hermanos que fueran a ver por dónde andaba «la Viva». Eso no era un nombre. Era una manera de no decir que sus otras hijas estaban muertas.

El resto de la historia es más oscuro todavía. Un día, mi padre recapacitó y, al fin, se impuso. Su hija tendría un nombre que no sería un nombre: *Imani*.

Así se restablecía el orden en el mundo. Atribuir un nombre es un acto de poder. La primera y más definitiva ocupación de un territorio ajeno. Mi padre, que tanto protestaba contra el imperio de los otros, volvió a asumir la condición de un pequeño emperador.

No sé por qué me entretengo tanto en estas explicaciones. Porque no nací para ser persona. Soy una raza, soy una tribu, soy un sexo, soy todo lo que me impide ser yo misma. Soy negra, soy de los vachopi, una pequeña tribu del litoral de Mozambique. Mi gente tuvo la osadía de oponerse a la invasión de los vanguni, esos guerreros que vinieron del sur y se instalaron como si fueran los dueños del universo. En Nkokolani se dice que el mundo es tan grande que en él no cabe ningún dueño.

Sin embargo, nuestra tierra se la disputaban dos supuestos propietarios: los vanguni y los portugueses. Por eso se odiaban tanto y estaban en guerra: por parecerse tanto en sus intenciones. El ejército de los vanguni era bastante más numeroso y poderoso. Y sus espíritus más fuertes, pues mandaban a ambos lados de la frontera que rasgó nuestra tierra por la mitad. A un lado, el Imperio de Gaza, dominado por el jefe de los vanguni, el emperador Ngungunyane. Al otro lado, las Tierras de la Corona, donde gobernaba un monarca que ningún africano conocería nunca: don Carlos I, rey de Portugal.

Los demás pueblos, nuestros vecinos, se amoldaron a la lengua y las costumbres de los invasores negros, esos que venían del sur. Nosotros, los vachopi, somos de los pocos que habitan las Tierras de la Corona y que se aliaron con los portugueses en el conflicto contra el Imperio de Gaza. Somos pocos, fortificados por el orgullo y cercados por los *kokholos*, las murallas de madera que levantamos alrededor de nuestras aldeas. A causa de esta defensa, nuestro lugar se volvió tan pequeño que hasta las piedras tenían nombre. En Nkokolani bebíamos todos del mismo pozo, una única gota de veneno habría bastado para matar a la aldea entera.

\*

Una infinidad de veces nos despertábamos con los gritos de nuestra madre. Gritaba en sueños, rondando por la casa, sonámbula. Durante esos delirios nocturnos conducía a la familia en una jornada sin fin, atravesaba pantanos, riachuelos y quimeras. Regresaba a nuestra antigua aldea, donde habíamos nacido, junto al mar.



En Nkokolani hay un proverbio que dice lo siguiente: si quieres conocer un lugar, habla con los ausentes; si quieres conocer a una persona, escucha sus sueños. Y es que ese era el único sueño de nuestra madre: volver al lugar donde habíamos sido felices y donde habíamos vivido en paz. Su añoranza era infinita. Pero ¿acaso hay alguna que no lo sea?

Las fantasías que yo tengo son muy distintas. No grito ni deambulo por la casa. Pero no hay noche que no sueñe que soy madre. Y hoy he vuelto a soñar que estaba embarazada. La curva de mi vientre rivalizaba con la redondez de la luna. Sin embargo, esta vez ha ocurrido lo contrario de un parto: era mi hijo el que me expulsaba a mí. Quizá esto sea lo que hacen los nonatos: liberarse de las madres, abrirse paso rasgando ese cuerpo indistinto y único. Porque en mi sueño mi hijo, esa criatura sin rostro y sin nombre, se desembarazaba de mí con dolorosos y violentos espasmos. Me he despertado sudada, y con terribles dolores en la espalda y las piernas.

Después lo he entendido: no ha sido un sueño. Ha sido una visita de mis antepasados. Me traían un recado: me alertaban de que, a mis quince años, empezaba a tardar en ser madre. Me decían que, en Nkokolani, todas las niñas de mi edad ya habían quedado encinta. Solo yo parecía estar condenada a un destino seco. Porque yo no solo era una mujer sin nombre. Era un nombre sin persona. Una envoltura. Vacío como mi vientre.

\*

En nuestra familia, cuando nace una criatura no se cierran las ventanas. Es lo contrario de lo que hace el resto de la aldea: incluso cuando el calor es más fuerte, las demás madres envuelven a los niños en paños gruesos y se emparedan en la oscuridad de la habitación. En nuestra casa no: puertas y ventanas permanecen abiertas de par en par hasta que se da el primer baño al recién nacido. Esta desagradable exposición es en realidad una forma de protección: la nueva criatura queda impregnada de luces, ruidos y sombras. Ha sido así desde el inicio del Tiempo: solo la Vida nos defiende del vivir.

Aquella mañana de enero de 1895, al quedar abiertas las ventanas, los demás creyeron que un niño acababa de nacer. Volví a soñar que era madre, y un olor a recién nacido impregnaba toda la casa. Al poco rato empecé a oír el movimiento sincopado de una escoba arrastrándose. No solo me estaba despertando a mí. Aquel dulce rumor despertaba a la casa entera. Era mi

madre, que se ocupaba en limpiar el patio. Fui hasta la puerta y me quedé mirándola, elegante y delgada, mientras se balanceaba arqueada, como si bailara y de ese modo se fuera convirtiendo en polvo.

Los portugueses no entienden el cuidado que ponemos en barrer alrededor de las casas. Para ellos solo tiene sentido barrer dentro de los edificios. No se les pasa por la cabeza limpiar la arena suelta del patio. Los europeos no lo comprenden: para nosotros, el exterior sigue siendo el interior. Una casa no es como un edificio. Es un lugar bendecido por los muertos, esos habitantes que desconocen puertas y paredes. Por eso barremos el patio. Mi padre nunca estuvo de acuerdo con esta explicación, demasiado rebuscada a su modo de ver.

—Barremos la arena por otro motivo, más bien práctico: queremos saber quién entró y salió durante la noche.

Aquella mañana, la única huella era de un *simba*, esos felinos que aprovechan la calma de la noche para husmear por nuestros gallineros. Mi madre fue a contar las gallinas. No faltaba ninguna. El fracaso del animal se sumaba a nuestra decepción: de haber visto al animal, lo habríamos cazado. La piel moteada de las ginetas era codiciada como un signo de prestigio. No había mejor prenda para agradar a los grandes jefes. Sobre todo a los comandantes del ejército enemigo, que se ornamentaban hasta perder la forma humana. Para eso sirven los uniformes: para despojar al soldado de humanidad.

La escoba reprendió con firmeza la nocturna osadía. El recuerdo del felino desapareció en cuestión de segundos. Después mi madre se alejó por las veredas para ir a buscar agua al río. Me la quedé mirando mientras desaparecía por el bosque, elegante y erguida en sus ropas vistosas. Mi madre y yo éramos las únicas mujeres que no vestíamos los *sivanyula*, las telas de corteza de árbol. Nuestros vestidos, que comprábamos en el colmado del portugués, nos cubrían el cuerpo, pero nos exponían a la envidia de las mujeres y la codicia de los hombres.

Cuando llegó al río, mi madre batió palmas, pidiendo así permiso para acercarse. Los ríos son moradas de espíritus. Inclineda sobre la orilla, echó una mirada a la ribera para prevenir la posible emboscada de un cocodrilo. Todos en la aldea creen que los grandes lagartos tienen «dueño» y solo obedecen sus órdenes. Chikazi Makwakwa recogió el agua con la boca del cántaro vuelta hacia la desembocadura, para no estorbar la corriente. Cuando

se disponía a regresar a casa, un pescador le ofreció un hermoso pez, que envolvió en un trapo que llevaba atado a la cintura.

Ya cerca de la casa sucedió algo imprevisto. De entre la espesura de los matorrales surgió un grupo de soldados vanguni. Chikazi retrocedió unos pasos, pensando: me he librado de los cocodrilos para caer en las fauces de monstruos aún más feroces. Las tropas de Ngungunyane no rondaban por nuestras tierras desde la guerra de 1889. Durante unos seis años, habíamos saboreado la paz pensando que duraría para siempre. Pero la paz es una sombra en el terreno de miseria: basta con que transcurra el tiempo para que desaparezca.

Los soldados rodearon a nuestra madre, pero enseguida se dieron cuenta de que los entendía cuando le hablaron en txizulu. Chikazi Makwakwa había nacido en tierras del sur. Su idioma de la infancia era muy parecido a la lengua de los invasores. Su madre era una *mabuingela*, de esos que se adelantan en el camino para limpiar el rocío de la maleza. Así llamaban los invasores a los hombres que utilizaban para abrir los caminos en la sabana. Mis hermanos y yo éramos el resultado de tal mezcla de historias y culturas.

Después de tantos años, los intrusos regresaban con la misma arrogancia amenazadora. Confirmando antiguos temores, aquellos hombres rodearon a mi madre con la extraña embriaguez que sienten los adolescentes por el simple hecho de ser muchos. La espalda tensa de Chikazi sostenía, con vigor y elegancia, la carga de agua sobre la cabeza. Era una forma de exhibir su dignidad frente a la amenaza de los desconocidos. Los soldados entendieron la afrenta y sintieron aún más viva la urgencia de humillarla. De repente tiraron el cántaro y celebraron con gritos el modo en que se rompió al caer contra el suelo. Y se rieron al ver cómo el agua empapaba el cuerpo flaco de aquella mujer. A continuación, a los soldados no les costó nada rasgarle el vestido, hacía tiempo desvaído y desgastado.

—No me hagan daño —imploró—. Estoy embarazada.

—¿Embarazada? ¿Con la edad que tienes?

Dirigieron la vista al pequeño bulto que se advertía bajo los paños, donde guardaba secretamente el pescado que le habían ofrecido. Y, de nuevo, le escupieron la duda a la cara:

—¿Tú? ¿Embarazada? ¿Y de cuántos meses?

—Estoy embarazada de veinte años.

Eso era lo que le habría gustado decir: que sus hijos nunca habían salido de

sus entrañas. Que guardaba en su vientre a sus cinco hijos. Pero se contuvo. Y en su lugar, con sutileza, rebuscó entre los trapos el pescado envuelto. Los soldados miraban cómo recorría los lugares secretos de su cuerpo bajo la *capulana*. Sin que ninguno se diera cuenta, con la mano izquierda agarró la prominente espina dorsal del pez y, con ella, se cortó la muñeca derecha. Dejó correr la sangre, y luego entreabrió las piernas como si estuviera pariendo. Así, empezó a sacar el pez de debajo de la tela como si este emergiera de sus entrañas. A continuación levantó el pez con los brazos cubiertos de sangre y proclamó:

—¡He aquí mi hijo! ¡Mi niño ya ha nacido!

Los soldados vanguni retrocedieron, espantados. Aquella no era una simple mujer. Era una *noyi*, una hechicera. Y no podía haber dado a luz una descendencia más siniestra. Para los invasores, el pez era un animal tabú. Y al animal prohibido se sumaba, en un mismo instante, la más grave de las impurezas: sangre de mujer, esa suciedad que contamina el universo. Aquel espeso y oscuro aceite chorreó por las piernas hasta oscurecer la tierra a su alrededor.

El relato de este episodio desconcertó a las huestes de los enemigos. Cuentan que muchos soldados desertaron por miedo al poder de la hechicera que paría peces.

\*

Y así, con el alma y el vestido rasgados, mi madre, Chikazi Makwakwa, se presentó en casa hacia el mediodía. Narró lo sucedido en la puerta, sin llanto ni emoción. La sangre le caía de la muñeca como si el relato se deletreara gota a gota. Mi padre y yo la escuchábamos sin saber cómo reaccionar. Al final, mientras se lavaba las manos, mi madre murmuró con una voz irreconocible:

—Hay que hacer algo.

Mi padre, Katini Nsambe, frunció el ceño y argumentó: quedarse quietos y callados es el mejor modo de responder. Éramos un país ocupado y convenía pasar desapercibidos. Nosotros, los vachopi, habíamos perdido la tierra que nos pertenecía, a nosotros y a nuestros antepasados. Los invasores no tardarían en pisar el cementerio donde sepultábamos placentas y estrellas.

Mi madre reaccionó con firmeza: solo los necios topos vivían en la

oscuridad. Mi padre sacudió la cabeza y replicó a media voz:

—Pues a mí me gusta la oscuridad. En la oscuridad no se perciben los defectos del mundo. Siempre he soñado con ser un topo. Tal como está el mundo, solo podemos dar gracias a Dios por estar ciegos.

Angustiada, mi madre suspiró ruidosamente mientras se inclinaba sobre la lumbre para remover la *ushua*. Mojó la punta del dedo para hacer como que tanteaba el calor de la olla.

—Un día seré como un topo. Y me cubrirá toda la tierra —murmuró mi padre, anticipándose a la pena del destino anunciado.

—Eso nos llegará a todos —dijo mi madre.

—No tardaré mucho en marcharme a las minas. Haré como mi padre: me iré de aquí y haré vida en Sudáfrica. Eso haré.

Aquello no era un anuncio. Era una amenaza. Se sacó del bolsillo una pizca de tabaco y una hoja vieja de papel de fumar. Con el cuidado de un cirujano, se puso a enrollar lentamente un cigarrillo. No había en toda la aldea un negro capaz de alardear de hacerse su propio tabaco como él lo hacía. Solo él. Con pose de rey, se aproximó a la hoguera y retiró una brasa para encenderse el cigarrillo. Después, muy recto y con el mentón levantado, soltó una bocanada sobre el rostro de su indiferente esposa.

—Tú, mi querida Chikazi, insultas a los topos a sabiendas de que eso ofende a mi difunto padre.

Mi madre canturreó una vieja canción, un *ngodo* tradicional. Era un lamento de mujer, quejándose de haber nacido ya viuda. Despechado, mi padre se retiró ruidosamente.

—Me voy de aquí —declaró.

Quería demostrar que estaba dolido, que su esposa no era la única que sangraba. Se separó de su propia sombra y se fue hasta el gran termitero, esperando volverse más visible con su ausencia.

Luego aún le vimos dar una vuelta alrededor de la casa para alejarse, al fin, en dirección al valle. La pequeña incandescencia del cigarrillo fue desapareciendo en la oscuridad, como la última luciérnaga de este mundo.

\*

Mi madre y yo nos quedamos sentadas, tejiendo uno de esos silencios de los que solo las mujeres son capaces. Sus dedos flacos escarbaban la arena

como si así confirmaran su intimidad con el suelo. Su voz tenía un dejo de tierra cuando me preguntó:

—¿Has traído vino de la tienda del portugués?

—Aún quedan unas botellas. ¿Tiene miedo de que padre le pegue?

—Ya sabes cómo es: cuando bebe, pega.

El modo en que mi padre conciliaba en sí mismo almas tan opuestas era un misterio incomprensible. Cuando estaba sobrio, tenía una delicadeza propia de un ángel. Embriagado se convertía en la más maléfica de las criaturas.

—Es increíble que padre nunca haya sospechado que usted miente, madre.

—¿Acaso miento?

—Claro que miente. Cuando él le pega y llora de dolor. ¿No es eso mentir?

—Esta enfermedad es un secreto, tu padre no puede sospecharlo. Cuando me pega, cree que mis lágrimas son auténticas.

Se trataba de una enfermedad congénita: Chikazi Makwakwa no sentía dolor. Su marido se extrañaba de las constantes marcas de quemaduras que tenía en manos y brazos. Sin embargo, pensaba que aquella falta de sensibilidad se debía a los amuletos encargados a su cuñada Rosi. Solo yo sabía que era un defecto de nacimiento.

—¿Y el otro dolor, madre?

—¿Qué otro dolor?

—El dolor del alma.

Ella se rio, encogiéndose de hombros. ¿Qué alma? ¿Qué alma le quedaba después de la muerte de dos hijas y de que dos hijos se hubieran ido lejos de casa?

—¿A su madre también le pegaban?

—A la abuela, a la bisabuela y a la tatarabuela. Es así desde que la mujer es mujer. Prepárate, porque a ti también te pegarán.

Una hija no discute las certezas de sus mayores. Imité el movimiento de su mano y, en el hueco de la mía, sostuve un puñado de arena que, después, dejé deslizarse en una cascada. Aquella arena roja era, según la costumbre de nuestra gente, alimento para embarazadas. Entre los dedos se escurría el desperdicio de mi existencia. Chikazi Makwakwa interrumpió mis pensamientos:

—¿Sabes cómo murió tu abuela? —no esperó a que respondiera—. Fulminada por un relámpago. Así murió.

—¿Y por qué se acuerda de eso ahora?



—Porque yo también quiero morir así.

Era el desenlace que esperaba: sin cuerpo, sin peso, sin restos que sepultar. Como si una muerte sin dolor extinguiera el sufrimiento de toda una vida.

\*

Siempre que se desataba una tormenta, nuestra madre salía a correr por los campos y allí permanecía, con los brazos alzados, como un árbol seco. Esperaba la descarga fatal. Cenizas, polvo y hollín: eso soñaba que sucedería. Este era el destino que anhelaba: volverse polvo indistinto, leve, tan leve que el viento la haría viajar por el mundo. Y ese deseo, el mismo que tenía mi abuela, era la razón de ser de mi anterior nombre. Mi madre quiso recordármelo.

—Me gusta Ceniza —dije yo—. Me hace pensar en ángeles, no sé por qué.

—Te puse ese nombre para protegerte. Cuando se es de ceniza, nada duele.

Por mucho que los hombres me golpearan, jamás me harían daño. Ese era el propósito de aquel bautismo.

Sus manos rascaban el suelo: cuatro ríos de arena caían entre sus dedos. Permanecí callada, aterrada por el polvo que brotaba de sus manos.

—Ahora ve a buscar a tu padre. Tiene celos de nosotras.

—¿Celos?

—De mí, por no dedicarle toda mi atención; de ti, porque te educaron los curas. Tú perteneces a un mundo al que él nunca tendrá acceso.

Me explicó que los hombres son así: tenían miedo de las mujeres cuando estas hablaban, y más aún cuando callaban. Que lo entendiese: mi padre era un hombre bueno. Solo temía no estar a la altura de los demás hombres.

—Tu padre se ha marchado enfadado. Aprende una cosa, hija mía. Lo peor que una mujer puede decirle a un hombre es que haga algo.

—Voy a buscar a padre.

—No te olvides del vino.

—No se preocupe, madre. Ya he escondido las botellas.

—Al contrario, hija; ¡llévale una para que beba!

—¿No le da miedo que luego le pegue?

—Ese viejo miedoso no puede dormir en el campo. Tráelo de vuelta, sobrio o borracho. Lo demás, ya se verá.

Y volvió a sumirse en la tristeza, como un animal doméstico que regresa al

corral. Cuando se alejaba, se dio la vuelta para decirme:

—Pídele que nos vayamos a vivir a Makomani, pídele que volvamos junto al mar. A ti te escucha. ¡Pídeselo, Imani, por amor de Dios!

## 2. Primera carta del sargento

Lourenço Marques, 21 de noviembre de 1894

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Le escribe el humilde subordinado de Vuestra Excelencia, el sargento Germano de Melo, destacado para capitanear el puesto de mando de Nkokolani, con el objeto de representar los intereses de los portugueses en esa parte de la frontera con el enemigo Estado de Gaza. Es la primera vez que dirijo un informe a Vuestra Excelencia. Trataré de no aburrirle, ciñéndome a los hechos de los que, a mi entender, debe tener conocimiento.

Llegué a Lourenço Marques la víspera del día en que los rebeldes landins atacaron la ciudad. Sucedió de madrugada: se oyeron tiros y, en la ciudad, negros, indios y blancos se amedrentaron. Me hallaba yo instalado en la pensión de una italiana, situada en el mismo centro de la población. Los demás huéspedes llamaron a la puerta de mi habitación exigiéndome entre gritos y llantos que los defendiera si el enemigo echaba abajo la puerta del hostel. Me habían visto entrar la noche anterior con las armas y el uniforme. Yo era un ángel venido del cielo para protegerlos.

La dueña de la pensión, una italiana que responde al nombre de doña Bianca, tomó las riendas de la situación: reunió a los asustados huéspedes en un sótano y los encerró con llave. Luego me pidió que la acompañara a una azotea desde la que se divisaba buena parte de la ciudad. Aquí y allá se elevaban columnas de humo, pero junto al estuario sonaban disparos y explosiones. Saltaba a la vista que nuestra oposición al ataque de los nativos era casi inexistente.

En poco tiempo, el único foco de resistencia era la fortaleza. Los asaltantes —que eran landins, y no vatuas como insisten en decir por ahí— campaban a sus anchas por las calles. Tras haber vencido todas las líneas de defensa de la

ciudad, asaltaron y saquearon tiendas y demás establecimientos, y no mataron a más gente porque no quisieron. Los que estábamos en la pensión nos salvamos de la vorágine de los cafres porque creyeron que todos los portugueses se habían refugiado en la fortaleza.

En la azotea desde la cual contemplábamos la aproximación de nuestro fin, asistí a una escena que me impresionó sobremanera: entre las espesas cortinas de humo aparecieron dos caballos galopando. Los montaban dos portugueses, uno en uniforme, el otro en ropas de civil. Este último fue el que más despertó mi curiosidad, pues, a falta de un brazo, cabalgaba sosteniéndose con la fuerza de las piernas. Con la mano que le quedaba sujetaba las riendas y empuñaba un arma con la que disparaba más o menos al azar. La dueña de la pensión lo identificó como Silva Maneta, un desertor que había escapado a la República de Transvaal y allí había sufrido un accidente mientras manipulaba una carga de dinamita. Al regresar a Mozambique, y tras demostrar la veracidad de diversos actos de valentía, lo absolvieron del delito de deserción.

Tras el tal Silva iba un militar montado en un caballo blanco que perdía velocidad cabalgando al trote, de forma más contenida. Tan pronto como se creó una distancia entre los dos jinetes, el garboso militar fue rodeado por una horda de negros que blandían lanzas y escudos. Desesperado, el hombre disparó unos cuantos tiros hasta agotar las balas. Viendo que el cerco se estrechaba al tiempo que adivinaba el final que le aguardaba, el caballero se disparó en la cabeza. El caballo se sobresaltó con el tiro y aceleró el paso entre coces y cabriolas. Más adelante redujo la marcha dejando que el jinete, casi desprovisto de cabeza, permaneciese sentado sobre la silla, chorreando sangre como una copiosa fuente. Y, de este modo, el caballo siguió avanzando lentamente hasta desaparecer entre la bruma. Yo creo que aquella marcha fúnebre debió de prolongarse más allá de la ciudad y se perdería por la agreste región africana hasta que el cuerpo del suicida no fuera más que un esqueleto balanceándose sobre la silla del solitario animal.

Unos cañonazos me despertaron de esa funesta ensoñación. Eran nuestros navíos, que bombardeaban la población desde la bahía de Espíritu Santo. Era nuestra última defensa posible. Y, gracias a Dios, dio resultado. Los cafres acabaron retrocediendo, dejando a su paso un rastro de destrucción y caos.

Con todo, fíjese en el contrasentido: para liberarnos del enemigo, tuvimos que bombardear nuestra propia ciudad, una de las grandes poblaciones de la

costa oriental portuguesa. La pensión en la que me hallaba fue alcanzada por una de esas balas de cañón. La dueña del establecimiento lloró con desesperación junto al muro destrozado, pues sabía que a nadie podría reclamar la reparación de aquellos daños. Tan copiosamente lloraba Bianca que no se percató de que junto a la pared derribada yacía el cuerpo de un soldado portugués. Me arrodillé a su lado para cubrirlo con una tela. Y vi que en el antebrazo llevaba tatuado un corazón con las palabras «¡Amor de madre!». Aquel tatuaje me conmovió más que la visión del muerto.

Vuestra Excelencia dispondrá de informes más concisos sobre este infortunio que se abatió sobre Lourenço Marques. Sugiero que indague sobre las verdaderas causas que desencadenaron la revuelta de los régulos de los territorios colindantes a la ciudad. Le recomiendo, no obstante, que no recurra a las fuentes habituales. He sabido, por vías indirectas, que el mismo alto comisario solicitó un informe al misionero suizo Henri Junod. Este informe se elaboró a partir de las declaraciones de negros cristianos que apuntan, como origen de la revuelta, razones que no nos son muy favorables. Sugiero a Vuestra Excelencia que lo consulte.

Cualquiera que sea la verdadera explicación, lo cierto es que he estrenado de la peor manera posible mi presencia en África. Desde la azotea de aquella pensión, la italiana me hizo ver en cuestión de minutos aquello que yo ya sospechaba: que nuestros dominios, a los que tan pomposamente llamamos «Tierras de la Corona», están entregados al desgobierno y la inmoralidad. En realidad, en la mayor parte de esos territorios nunca hemos estado presentes durante los últimos siglos. Y en las tierras donde hemos hecho acto de presencia sucede algo aún más grave, y es que siempre nos han representado degenerados y delincuentes. Nuestros oficiales están convencidos de que nunca podremos derrotar a Gungunhane y su Estado de Gaza.

El nuevo alto comisario, António Enes, tiene una misión difícilísima, pues está rodeado de adversarios y adversidades. Casi todos los militares lo ven con malos ojos, al considerarlo un simple civil, que encima es escritor y periodista. Por otro lado, el comisario no obtendrá apoyo ni respuesta desde Terreiro do Paço. Los monárquicos están demasiado ocupados en sobrevivir. Y los consejeros militares que le han asignado desde el Ministerio de la Marina y las Colonias no saben nada de África. Más nos valdría tener a personas como Vuestra Excelencia, con años de experiencia en Mozambique, Angola y Guinea. Le pido, con toda la humildad, que no me prive de sus

valiosos y permanentes consejos.

A causa de todas estas preocupaciones, con el corazón encogido parto hacia Nkokolani, a más de quinientas millas de aquí, en esa vasta y agreste región de Inhambane. Espero que se cumplan las promesas de convertir aquel inacabado puesto en un verdadero acuartelamiento. Y tengo fe en que me envíen un contingente de angoleños para poder ejercer mis funciones de forma presta y cabal.

La italiana, que conoce íntimamente a muchos de nuestros oficiales, me ha dicho que debo olvidarme de las promesas que se me hicieron. Porque, según ella, solo soy un militar en apariencia. Afirma que para saberlo le bastó con la serenidad de mi mirada. Pasando por alto la liviandad de este juicio personal, la verdad es que doña Bianca enunció otros motivos para argumentar su precipitada opinión. Me preguntó ante quién respondía, y me tomé la libertad de decirle que el consejero José d'Almeida era el superior al que yo rendía cuentas. Ella se rio. Y a continuación comentó con cierto cinismo: «Usted no disparará un tiro jamás. ¡Y tendrá suerte si nadie le dispara a usted!».

Añadió que conocía otros casos de eterna espera de un prometido puesto militar. En el momento de despedirnos, la italiana me aseguró que vendría a visitarme a Nkokolani. Realizaría aquel viaje porque sabía que Mouzinho había sido destacado para el regimiento de Inhambane. Quería volver a encontrarse con aquel caballero, como si no tuviera otro destino en la vida.

Reflexioné sobre el vaticinio de Bianca, y dudo que tenga ningún fundamento. Todo el mundo conoce aquí mi pasado republicano, todos saben la razón de mi presencia en tierras africanas. Mi participación en la revuelta del 31 de enero en la ciudad de Oporto tampoco debe de ser un secreto para doña Bianca. No puedo quejarme de la condena que me tocó, teniendo en cuenta la sentencia que se impuso a la mayoría de los sublevados, a los que encarcelaron con penas perpetuas. En mi caso, decidieron deportarme a la remota y agreste región de Inhambane. Actuaron con la esperanza de que allí fuera a dar con una cárcel sin rejas, más asfixiante por ello que cualquier otra. Aun así, tuvieron la prudencia de confiarme una falsa misión militar. La italiana tiene toda la razón: dentro de este uniforme no hay un soldado. Hay un desterrado que, a pesar de todo, acepta la responsabilidad de sus deberes. Sin embargo, no tengo ninguna intención de dar la vida por ese Portugal mezquino y deteriorado. Por ese Portugal que me expulsó de Portugal. Mi patria es otra que está por nacer. Sé que estos desahogos exceden el tono que



debería mantener este informe. Pero espero que Vuestra Excelencia entienda la absoluta soledad en que me hallo y cómo este aislamiento empieza a arrebatarme la capacidad de discernir.

Solo quiero añadir una nota final: esta mañana, el alto comisario me ha recibido para un breve encuentro de cortesía. Aunque parco en sus palabras, António Enes me ha confesado que se apoya en dos mandos de confianza a los que ha escogido para trabajar en Mozambique: el capitán Freire de Andrade y el teniente Paiva Couceiro. Incluso ha llegado a anunciar que, justo después de nuestro encuentro, se disponía a trazar —junto con sus dos fieles consejeros— el llamado Plan de Acción para los Distritos del Sur de la colonia. Para ello no han invitado ni a Ayres de Ornelas ni a Eduardo Costa. Consideré que debía ponerle al corriente de este pormenor.

Hubo un momento en que, pese a la preocupación que mostraba António Enes, en su rostro brilló la alegría durante un brevísimo fulgor tras esas gafas que no disimulan el ligero estrabismo que padece. Tal alegría se hizo patente cuando exhibió un telegrama de Paiva Couceiro que revelaba que la población de Marracuene había sido rebautizada como Vila Luiza, en homenaje a la querida hija del comisario. Era el mismo brillo que se le encendió en el alma al recordar que, más al norte, habíamos fundado un pueblo con el nombre de la reina doña Amelia. Por lo que parece, de entre todas las personalidades de Lisboa, solo la reina se preocupa de animar al abandonado comisario. Pues del rey y demás eminencias lisboetas no llega ni una palabra de consuelo. Pobre reino el nuestro, que no reina ni aquí ni en Portugal. Pobre Portugal.

Disculpe, Excelencia, por esta larga y triste retahíla de confesiones de carácter personal. Creo que entenderá que veo en Vuestra Excelencia la figura tutelar de un padre que, confieso, siempre me faltó.

### 3. La página del suelo

*Hete aquí el ardid de la gloria: cuanto mayor sea la victoria, tanto más será el héroe acechado o perseguido por el pasado. Ese pasado devorará el presente. No importa cuántas condecoraciones recibió o recibirá: la única medalla que al final le quedará es la triste y fatal soledad.*

Las sombras ya eran alargadas cuando salí en busca de mi padre, con una cesta bajo el brazo donde gorgoriteaba una botella de vino, en cuya etiqueta se podía leer en letras gruesas: «Vino para negros». La luna llena encendía el paisaje durmiente. Mis pies calcaban sobre la arena las recientes pisadas del viejo Katini. ¿Quién más, aparte de él, usaba botas en la aldea? Al poco rato me sorprendí de lo mucho que se había alejado.

—¡Padre! ¡¿Padre?!

Mi llamada trémula se apagaba sin eco ni respuesta. Al fin, llegué a un campo que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Parecía un terreno de labranza. Confirmando la vocación del paisaje, allí estaba mi padre, ocupado en escarbar la tierra. Los hombres vachopi son los únicos que labran la tierra con las mujeres. Aunque, a decir verdad, donde más labraba mi padre era en el alambique.

Cuando estuve cerca me di cuenta: aquello que me había parecido una azada era un palo con la punta afilada. Mi padre no estaba cavando la tierra, sino que removía el suelo como si dibujara sobre una tela infinita.

—Estoy escribiendo —dijo al notar mi presencia.

—¿Escribiendo?

—Tú no eres la única que sabe escribir...

—¿Y qué escribe, padre?

—El nombre de todos los que murieron en la guerra.

Miré al suelo y vi que la tierra removida se extendía más allá del horizonte. Aun así, incluso bajo la intensa luz de la luna, los garabatos en la arena eran ilegibles.

—¿Y quién va a leer todo esto?

—¡Dios!

Apuntó con el bastón a ninguna parte con un gesto vago, más impreciso que su propia voz. Repitió, balbuceando: «¡Dios! ¡Dios me leerá!». Giró sobre sí mismo para luego sentarse en el suelo, derribado por un empujón invisible.

—Esa madre que tienes...

No terminó la frase. Quedó ciego de palabras. Aquella ceguera lo acometía siempre que quería hablar de su mujer. Masticó el silencio como si fuera una fruta amarga. Y así se quedó, inmóvil y vencido.

Unas nubes pasajeras taparon la luna. La oscuridad había engullido los nombres de los muertos rubricados en el suelo cuando mi padre volvió a hablar.

—¿Has venido a buscarme? Pues ve y dile a tu madre que no pienso volver. Debe aprender a respetarme. Soy su marido. Y, además, soy el hombre más viejo de los Nsambe.

—Le he traído esto, padre. Madre es quien me ha mandado entregárselo — dije, y le tendí la botella de vino.

Un fulgor le iluminó el rostro. Arrancó el tapón con los dientes y, con lentitud ceremoniosa, vertió sobre la arena las primeras gotas. A continuación se sirvió con ruidoso deleite. Y se puso a beber como si esa fuera la única ocupación en este mundo. Sus manos huesudas hacían girar infinitamente la botella, como si quisiera marear el vino que acababa de abrir. En la etiqueta casera, las letras ya casi se habían borrado y solo quedaba la palabra «negro». Mi padre no era de ningún color, pero a medida que iba bebiendo se volvía más y más oscuro. Temí que también fuera a tragárselo la noche. Tendí la mano para salvarlo. Cuando notó mis dedos, preguntó:

—¿Tienes miedo, Imani?

Asentí con la cabeza. Conmovido, quiso tranquilizarme. ¿Me preocuparía, como a mi madre, que bebiera demasiado?

—Todos dicen que soy un borracho. Tú que me conoces, ¿qué crees que bebo?

—No sé, padre. Bebe vino, bebe *nsope*. Bebe tantas cosas...

Tantas cosas era decir poco. El viejo Katini se lo bebía todo. En una ocasión se tragó un frasco entero de agua de colonia que había robado en casa del sargento. Tuvimos que reanimarlo, y el hálito dulce que exhaló apestó la

noche. Pero, al parecer, él tenía una opinión bien distinta:

—Soy un hombre solitario y con miedo. Tu madre no lo entiende. Yo solo bebo personas. Bebo los sueños de los demás.

En nuestra familia el alcohol tenía antiquísimas raíces: bebíamos para huir de un lugar. Y nos emborrachábamos porque no sabíamos huir de nosotros mismos.

\*

Al fin, mi viejo padre cedió al sueño. Me enrosqué junto a su cuerpo, obviando el olor a alcohol que este exudaba. Buscaba protección en él, pero sucedía lo contrario: él era el más frágil, el más indefenso de todos nosotros.

Una jauría de hienas empezó a ganar confianza hasta rodear nuestro escondite. Los animales que más miedo nos dan son aquellos que más se asemejan a los humanos. Y las hienas parecían bastante más embriagadas que mi padre.

El coro aterrador de las *quizumbas* debió de producir un efecto de alarma en los dominios subterráneos de Katini, pues despertó de repente. Corrió hasta los matorrales y, de espaldas a mí, se puso a orinar parsimoniosamente. No se trataba solo de una necesidad fisiológica. Con la orina, estaba marcando los límites de su pequeño imperio. Luego agitó los brazos con vigor y dio unos cuantos gritos. Las hienas se distanciaron con sus risas de alcahuetas.

\*

Quien conoce las noches de mi tierra sabe que cuando las cigarras se calman comienza una noche distinta. Esa otra oscuridad es tan espesa que los sueños pierden su camino. Mi padre escuchó ese silencio y dijo:

—Dios acaba de dormirse.

—Vamos, padre. Volvamos a casa. Tengo miedo.

—Deja que me ocupe del último.

—¿Qué último?

—El último muerto.

Con demorado cuidado, garabateó el nombre de su padre, el abuelo Tsangatelo. Un escalofrío me recorrió el alma y, presa de la desesperación,

corrí a sujetar sus largos brazos.

—No lo haga, padre.

—Cállate, Imani. Esto es una ceremonia, tú no tienes edad para estar aquí...

—¡El abuelo aún no ha fallecido!

—Ya ha fallecido. No hay ninguna duda.

—¿Alguien ha visto su cuerpo?

—En las minas no hay cuerpos. Todo es tierra, piedras y gente, vivos y muertos: todo tierra, dentro de la tierra.

\*

Murmuró una suerte de letanía antes de partir juntos por un atajo que se entreveía a la tenue luz de la madrugada. Acabábamos de llegar al primer claro cuando unas voces procedentes de la maleza nos sorprendieron. En cuestión de segundos, media docena de hombres nos rodearon gritando en txizulu. No habría hecho falta que dijeran nada, pues las orejas agujereadas y las coronas de cera sujetas al pelo decían suficiente sobre su identidad. Eran militares vanguni y tenían la evidente intención de amedrentarnos. Mi padre me susurró:

—¿Tenías miedo de los animales? Pues acaban de llegar las verdaderas hienas.

Nuestro mayor temor era que se tratara de las *timbissi*, las temidas brigadas que el emperador empleaba para sus carnicerías. *Timbissi* es la palabra zulú para nombrar a las hienas. Sin embargo, los hombres que nos emboscaban no exhibían los típicos adornos del maldito escuadrón (dos cuernos de cabrito colgados sobre el pecho). Por suerte, los salteadores eran simples soldados, y estaban allí para recaudar los impuestos que, según ellos, se les debían. El más corpulento, al dudar de si lo habíamos entendido, acercó la mano al rostro de Katini y anunció:

—Escúchame, perro: estamos aquí para recoger las pieles.

—¿Para quién son esas pieles?

—¿Y para quién iban a ser? Para el dueño de estas tierras, el emperador Ngungunyane.

—Pero nosotros ya entregamos las nuestras.

—¿A quién se las disteis?

—A los blancos.

—¿A qué blancos?

—A los portugueses.

—Los portugueses ya no mandan aquí.

—No lo sabíamos. Por aquí pasó el intendente portugués para recoger las pieles. Así que ahora no nos quedan pieles. Solamente la nuestra, si es que la queréis.

—Buscad bien. A Ngungunyane no le hará ninguna gracia saber que habéis desobedecido. ¿Y esa niña? —preguntó el soldado, señalándome a mí —. ¿Esa niña de quién es?

Los militares me rodearon y empezaron a darme empujones y a palparme los muslos. Para mi sorpresa, mi padre se interpuso; con el pecho tan grande y los brazos tan abiertos, se me antojó una de esas murallas que protegían nuestra aldea.

—¡Esta muchacha es mi hija!

—Puede que sea hija tuya, pero su cuerpo ya ha empezado a desarrollarse. ¿Y qué hacíais los dos solos en la oscuridad?

—¡A mi hija no la toca nadie!

La actitud de Katini Nsambe y su creciente rabia eran una afrenta inaceptable. Uno de los vanguni avanzó hacia nosotros con el reflejo del odio en el gesto. Con un gruñido, tomó impulso para dar una patada a mi viejo padre. Pero entonces, de súbito, el soldado dio un mal paso y cayó, impotente, al suelo. Por un momento se retorció sobre la arena sin poder levantarse. Los demás tuvieron que ayudarlo a recomponerse. Fue en ese instante cuando reparé en que el agresor se había caído al pisar el suelo donde estaban escritos los nombres. Los demás vanguni también notaron algo extraño en aquellas arenas. Todos a la vez se pusieron a pisotear la tierra con violencia. Volvieron a apuntar con el dedo hacia mí y sentenciaron:

—La próxima vez le llevaremos esta prenda a Ngungunyane. Ya sabéis que Ngonyamo tiene una virgen en cada sitio. ¿O es que hay que recordároslo?

Escupieron al suelo y desaparecieron profiriendo improperios. Sobre la arena, la saliva empezó a hervir cual ponzoñosa maldición. A lo lejos, aún oyeron las carcajadas de los militares. No había ninguna duda: aquellos hombres eran hienas. O peor: eran de esas criaturas que solo se sienten vivas bajo la embriaguez de matar.



\*

Cuando al fin nos quedamos a solas, mi viejo padre, preso de la rabia, creció de tamaño, dio unas vueltas de puntillas y gritó en portugués:

—Vosotros tendréis armas, pero yo tengo todo este suelo donde escribir el nombre de los difuntos. Cuidado conmigo... —y refunfuñó para sí mismo, como si masticara veneno—: Malditos..., no tenéis nombre ni para decir «papel» en vuestra lengua.

Y apoyándose en el bastón reanudó a toda prisa el camino a casa. Yo lo seguía a paso ligero por los senderos mojados de rocío.

—En casa no cuentes nada de lo que nos ha ocurrido, solo conseguirás asustar a tu madre. Y avivarás el ansia de guerra del tío Musisi.

Por un momento pensé que no sería tan malo que me raptaran. Y me llevaran a un lugar donde un rey me escogiera por esposa. Por fin sería mujer. Al fin sería madre. Y como reina y como madre, tendría poder sobre los vanguni. Y traería la paz a nuestros pueblos. Mis hermanos regresarían a casa, mis hermanas volverían a la vida, mi madre dejaría de vagar, sonámbula, por la oscuridad.

Tal vez ese soberano al que todos temían había levantado tan inmenso imperio porque era un hombre solitario que sufría. ¿Y si el único imperio que Ngungunyane buscaba era el del amor? O acaso, durante todos esos años de guerra, su propósito había sido otro: encontrar a una mujer como yo, capaz de una pasión infinita. Eso explicaría sus interminables matrimonios. Decían que el emperador tenía tantas mujeres que creía que todos los niños del mundo eran sus hijos. La cuestión era: cuando me presentara en su corte, ¿me tomaría como esposa o como hija? ¿O me mandaría matar para consolidar el miedo que sustentaba su trono?

\*

En nuestra tierra sabemos que nos aproximamos a una población por las voces, los cantos y los lloros de los niños. Esto era lo que oíamos en aquel momento, aún bastante lejos de la aldea. El vocerío de los pequeños nos llegó mucho antes de entrar en ella.

Chikazi Makwakwa aguardaba en la puerta de casa nuestro regreso.

Incluso desde la distancia percibí que en esa ocasión ella también había bebido. Anticipándose al desatino de su marido, avanzó hacia nosotros, dedo en ristre:

—¡Yo a ti no te gusto, Katini!

—¿Pero qué dices?

—Entonces ¿por qué solo me tienes a mí? Hay muchos por ahí que tienen varias esposas...

—Porque yo no soy como esos vatsonga que acumulan mujeres como si fueran cabezas de ganado... Además, nosotros decidimos ser civilizados, ¿o no?

—Lo decidiste tú. Y por culpa de tu decisión, nuestros hijos nos abandonaron...

—Aún tenemos a Imani.

—Imani se marchará. Es más, hace ya tiempo que no está con nosotros.

Hablaba como si no me viera. Me acerqué a ella y le toqué el brazo:

—Estoy aquí, madre.

—Tú ya te has ido, hija. Nos hablas en portugués, duermes con la cabeza hacia poniente. Y ayer mencionaste tu fecha de cumpleaños.

¿Dónde había aprendido yo a medir el tiempo? Los años y los meses, dijo, tienen nombre y no números. Les damos nombres como si fueran seres vivos, de esos que nacen y mueren. A los meses los llamamos el tiempo de las frutas, el tiempo en que los caminos se cierran, el tiempo de las aves y las espigas. Y otros muchos nombres.

Más grave aún era mi enajenación: los sueños de amor que tuviera no serían en nuestra lengua, ni serían con nuestra gente. Así habló mi madre. E hizo una larga pausa antes de interrumpir a Katini:

—Conoces bien mi gran deseo, esposo. Quiero que regresemos al mar. Allí vivíamos en paz, lejos de esta guerra. ¿Por qué no volvemos allá?

—Es la pregunta equivocada, mujer. La pregunta debería ser: ¿por qué motivo nos fuimos de allí? Y la respuesta, que sabes bien, es lo que te da miedo. Y ese miedo es mayor que tu deseo.

Entonces mi padre se levantó, se tambaleó unos instantes y se agarró al brazo de su esposa. Parecía estar apoyándose, pero en realidad la forzaba a entrar en la habitación. Yo también me retiré a mis aposentos. Me acosté y me tapé la cara con la *capulana* por miedo a que el techo de paja se viniera abajo. Las casas son criaturas vivas y hambrientas. De noche devoran a sus

moradores y, en su lugar, dejan sueños que deambulan con torpeza, la misma de mi padre borracho. Y nuestra casa tenía, más que cualquier otra cosa, un apetito inagotable. Veíamos entrar y salir a los muertos durante toda la noche. En la oscuridad, la casa nos engullía. Y de madrugada volvía a escupirnos.

\*

Mis hermanos eran la mitad del mundo que me quedaba. Pero ahora vivían lejos de nuestro hogar. Y por eso la casa se había partido en dos. Mi madre soñaba con el mar. Yo soñaba que mis hermanos regresaban. De noche me despertaba llamándolos por sus nombres: Dubula y Mwanatu. Sentada en la oscuridad, en mi interior desfilaban las épocas en que eran niños y compartían nuestro espacio.

Desde muy pronto, Dubula se mostró inteligente y desenvuelto. Le pusieron un nombre zulú, y tal decisión ya evidenciaba su extraña fascinación por los invasores vanguni. *Dubula* significa «disparo de bala». Mi padre le puso ese nombre porque, cansado de esperar durante el parto de ese hijo, empuñó la vieja carabina y disparó contra el techo de la casa. Fueron los nervios; después se disculpó. En realidad, aquel estruendo aceleró el parto del niño. Dubula fue fruto de un sobresalto, de una chispa. Como la lluvia, era hijo de un trueno.

En cambio Mwanatu, el más joven, era lerdo e incapaz. Desde niño vivió fascinado por los portugueses. Mi padre alentó esta simpatía enviándolo, a una tierna edad, a clases de catequesis. Y como a mí, lo internó en la Misión. A su vuelta estaba aún más alelado. Por orden paterna, Mwanatu se puso a trabajar como ayudante del sargento Germano, prolongando así la función que había desempeñado al servicio del cantinero. Residía en el cuartel noche y día, y ya nunca nos visitaba. Hacía las veces de centinela, fingiendo vigilar la puerta del portugués. Le habían dado una vieja casaca militar y una gorra de cipayo. Le encantaba el uniforme, y no entendía que aquella escenificación era motivo de regocijo para los portugueses que pasaban por allí. Mwanatu era un esbozo de persona, una caricatura de soldado. Su empeño daba pena: nadie se había tomado nunca tan en serio un trabajo. En contrapartida, nunca se habían burlado tanto de alguien por ello.

No estaba empeñado tanto en vestir el uniforme como en una promesa: embarcar un día hacia Lisboa y, allí, ingresar en una escuela militar. Él vivía

aquel viaje como un regreso. Volvía para estar con los «suyos». La lealtad de Mwanatu para con la Corona portuguesa avergonzaba a nuestra familia. A excepción de mi padre, que pensaba de otra manera: mientras estuviéramos bajo la protección de la Corona lusitana, aquella fidelidad, fuera genuina o fingida, nos convenía.

\*

Las diferencias entre mis dos hermanos simbolizaban los dos lados de la frontera que separaba a toda la familia. Corrían tiempos difíciles, y nos pedían que escogiéramos el bando al que deber lealtad. A Dubula, el mayor, no le hizo falta escoger. La vida escogió por él. Siendo aún niño, acató los rituales de iniciación, según las antiguas tradiciones. A los seis años lo llevaron al bosque, donde fue circuncidado e instruido en asuntos de sexo y mujeres. Durante semanas durmió entre los árboles, cubierto por entero de manojos de hierba, para no ser reconocido ni por vivos ni por muertos. Cada madrugada nuestra madre le llevaba comida, pero no entraba en la parte del bosque donde se reunían los iniciados. La desgracia eterna caería sobre la mujer que atravesara aquel territorio prohibido.

La misma prohibición se repetía ahora, desde que Dubula había huido de casa y vivía en algún lugar incierto. Decían que cada noche dormía en un rincón distinto del bosque. Durante la aurora, mi hermano rondaba en la penumbra por el huerto, pues sabía que mi madre había dejado, a escondidas, un plato de comida en lo alto del termitero. Las huellas que mi padre buscaba en la arena no eran de animales. Perteneían a su propio hijo.

Pero Mwanatu, el más pequeño, fue educado en las letras y los números. Sus rituales fueron los de los blancos: católicos y lusitanos. Nuestra madre advertía: el alma que le habían dado al nacer ya no se sentaba en el suelo. La lengua que había aprendido ya no era una manera de hablar. Era una manera de pensar, vivir y soñar. Y en eso él y yo nos parecíamos. Los temores de mi madre eran evidentes: de tanto comer la lengua portuguesa, no tendríamos boca para ninguna otra habla. Y ambos seríamos devorados por esa boca.

Hoy pienso que mi madre tenía razón con esos temores. Donde su hijo veía palabras, ella veía hormigas. Y soñaba que esas hormigas se salían de las páginas y se comían los ojos del que leía.

\*

Revivo tantas veces la última visita de Dubula que a veces tengo la sensación de que nunca llegó a marcharse. Recuerdo esa remota tarde en que, al entrar en casa, vi a mi hermano mayor sentado de espaldas a la puerta. La luz tenue hacía brillar el sudor que le corría en abundancia por los hombros. Cuando estuvo más cerca, lo entendí: no era sudor. Era sangre.

—¿Ha sido padre? —pregunté entre sollozos.

—He sido yo —respondió.

Me acerqué a él con miedo, rodeando su cuerpo escultórico. La sangre brotaba de las orejas, lenta y espesa.

—¿Por qué lo has hecho, Dubula?

Los lóbulos desgarrados no dejaban lugar a dudas: Dubula había escrito en su cuerpo la marca de otro nacimiento. Ya no era nuestro. Era un nguni, igual que aquellos que negaban nuestra existencia. Lo abracé como si no fuera a volver a verlo jamás. O como si ya hubiera dejado de verlo. Y le pedí que se marchara antes de que llegara nuestro padre.

Observé su figura delgada desvaneciéndose por el camino y deslicé las manos por el pecho como si yo misma me perdiera. Entonces sentí la sangre de mi hermano sobre mi piel.

## 4. Segunda carta del sargento

Chicomo, 15 de diciembre de 1894

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Empezaré por pedir que Vuestra Excelencia sea indulgente para con aquello que le relaté acerca del encuentro con el alto comisario. Acepte Vuestra Excelencia mis sinceras disculpas. Aquel relato fue un absoluto sinsentido, y nada tiene que ver con ninguna particular simpatía que pueda tener por la persona de António Enes. Desconocía por completo la antipatía recíproca entre Vuestra Excelencia y el alto comisario. Ahora sé que tal animosidad es antigua y se remonta a la primera misión que el alto comisario realizó en Mozambique durante el año 1891. No me inmiscuiré nunca en ese conflicto y guardaré toda lealtad para con Vuestra Excelencia, ante quien respondo con un sentimiento de probidad que va más allá de los deberes de la jerarquía.

Sin embargo, no podía dejar de transmitir a Vuestra Excelencia la animosidad que António Enes manifestó cuando le hablé de los servicios que prestaré en Nkokolani, haciendo acto de presencia entre las gentes que, con tanto riesgo y sacrificio, nos apoyan. Claro está, el comisario no manifestaba animadversión contra mí, sino contra Vuestra Excelencia y las negociaciones que está llevando a cabo con el Estado de Gaza, que en opinión del comisario se presentan excesivamente tarde. Es evidente, aunque en ningún momento lo manifestó con claridad, que el comisario sospecha que se ha llegado demasiado lejos en las cesiones que se están haciendo a Gungunhane. También se lamentó de que, debido a la tardanza, la eficacia de nuestras campañas militares pueda quedar gravemente comprometida. Por último, António Enes se quejó del mando militar de Inhambane, a cargo del coronel Eduardo Costa, que a su parecer acumula argumentos para no avanzar sobre



el terreno.

«Ese retraso puede ser fatal para nosotros.» Tales fueron las palabras de Enes. Y dijo algo más sobre este hecho, con insinuaciones malévolas acerca de los buenos propósitos de Vuestra Excelencia. Afirmó literalmente lo siguiente: «A ese tal José d'Almeida ¡jamás le han importado un comino los intereses nacionales!». E insinuó que Vuestra Excelencia se estaría beneficiando de las intenciones de Gungunhane, que son hacernos perder la guerra mucho antes de que haya ninguna batalla. Según dice, esa guerra la perderemos si mantenemos nuestros contingentes en las ciudades, sin voluntad ni destreza para ubicar a las tropas en el interior del territorio enemigo. Moriremos en nuestros campamentos, cercados por la inercia y el miedo, a merced de las fiebres y la desesperación de la espera. Y nuestros enemigos europeos, con Inglaterra a la cabeza, lo celebrarán con júbilo, para demostrar nuestra incapacidad para poseer colonias en África. António Enes se lamentó diciendo que la guerra pide guerreros y a él solo le han dado funcionarios. Todo esto dijo el comisario. Y todo esto siento que debo comunicar en este informe, que ya empieza a alargarse demasiado.

Permítame decirle, Vuestra Excelencia, que, como militar, no pueden dejarme indiferente los argumentos de António Enes. Lo cierto es que el peor modo de perder una guerra es esperar eternamente a que esta suceda. Es preciso decir que nuestras victorias en Marracuene, Coolela y Magul supusieron un paso extraordinario en la recuperación de la moral portuguesa y la promoción de nuestra imagen entre los indígenas. Allí por donde he pasado en mi viaje a Nkokolani —jornada que relataré más adelante—, he visto que en muchos lugares un sinnúmero de jefes locales han alterado su lealtad después de esas gloriosas batallas, y ahora están con nosotros. Pero hay que decir que la victoria se obtuvo sobre los vatuas, que son esclavos de los ngunis, y no sobre las fuerzas de Gungunhane. En lo que respecta a este potentado, aún queda mucho por hacer.

A continuación relataré los hechos que se sucedieron en mi viaje hacia Nkokolani. Ayer llegamos a Chicomo después de un trayecto de dos semanas a pie a través de una vasta región salvaje que me fascina tanto como me amedrenta. Allí donde hay bosque imagino siempre una emboscada. En la oscuridad de cada noche adivino una celada. Ser atacado por bestias monstruosas o negros indomables..., ¿qué más da cuando uno va a morir?

Debo confesar que, pese a mis temores, el viaje transcurrió sin grandes

percances. En el camino pasé por aldeas de cafres y, en todas partes, me impresionó el modo en que los niños, aterrorizados, huían a gritos en cuanto nos veían. Alarmadas, las madres cogían a sus hijos del brazo y los arrastraban a sus cabañas de paja. Cierto es que basta la palabra de un jefe local para que la alarma se desvanezca. En algunos casos ese sentimiento inicial se convierte en una efusiva declaración de bienvenida, al saber que hemos llegado para combatir a Gungunhane. Pero hay una pregunta que me persigue: ¿por qué temen tanto a las personas de raza blanca? Entiendo que la mayoría de las veces se espanten por no haber visto nunca antes a un europeo. Sin embargo, el pavor que les inspiramos solo puede compararse al que produce la visión de un alma en pena.

Y así es como he empezado a reflexionar en profundidad sobre el asunto: ¿qué piensan los negros de nosotros?, ¿qué historias se inventan a propósito de nuestra presencia? Sé muy bien que, como soldado, estas dudas no deberían atormentarme. Tal vez me haga demasiadas preguntas para ser un militar. Tal vez nunca llegue a ser soldado. Cuando menos, al servicio de este régimen. No porque sea un republicano convicto, sino porque, como ya he dicho en otras ocasiones, no ingresé en la Academia Militar por vocación. En casa no me dieron alternativa. Me dejaron a la entrada de la Academia con la maleta hecha. Y mi familia no fue a visitarme nunca más. Como tampoco conocen ni quieren conocer mi paradero actual. El ejército fue el que se encargó de mi educación. Y seguramente el ejército se encargará de mi funeral.

En el campamento de Chicomo, donde he pernoctado estos días y desde donde escribo esta carta, he tenido la oportunidad de conocer al capitán Sanches de Miranda. Al escuchar sus historias de África, no he podido dejar de preguntarme: ¿quién más, entre nuestros oficiales, conoce tan bien a los africanos? ¿Cómo podemos gobernar a quien tanto desconocemos? ¿A qué ejército vamos a vencer si lo ignoramos todo de nuestro enemigo?

Le hablé a Sanches del pavor inicial que causaba nuestra llegada a los poblados. Él me sonrió y dijo: El miedo que ellos tienen no es muy distinto del nuestro, que nos creemos que los negros comen carne humana. Y es que esta gente cree que los caníbales somos nosotros. Y que nos los llevamos a los barcos para comérselos en alta mar. Es cierto que los europeos somos totalmente diferentes de los africanos. Nadie duda, ni siquiera los pobres negros, de la superioridad de nuestra raza. Y, aun así, ¡qué semejantes son

nuestros miedos, a un lado y otro del océano!

Y el capitán Sanches de Miranda dijo más: que había leído los informes sobre el ataque a Lourenço Marques y que le parecía que había una gran confusión al respecto. No fueron las tropas de Gungunhane las que nos atacaron. Nuestros enemigos, en este momento, son algunos jefes tsongas. No los vatuas de Gaza. Se inventaron soldados de Gungunhane donde no los había. Y Sanches de Miranda se preguntaba: ¿por qué insistimos tanto en no entender? ¿Por qué metemos en el mismo saco a aquellos que, de conseguir dividirlos, nos situarían en una posición de gran ventaja?

Diré una última palabra sobre este gran portugués, el valeroso Sanches de Miranda. Los nativos acreditan que es hijo de Diocleciano das Neves, el famoso *mafambatcheca* que, como sabe Vuestra Excelencia, fue un viajero y comerciante muy apreciado entre los cafres, y mantuvo una estrecha amistad con Muzila, el padre de Gungunhane. Este equívoco resulta tan conveniente que Sanches de Miranda ha tenido la sabiduría de no desmentirlo. Es más: nuestro capitán defiende que Diocleciano le hizo ciertas confesiones en su lecho de muerte. Y que él, como hijo predilecto, prometió a su pobre padre que haría justicia al legado africano y respetaría el cariñoso apellido con que lo apodaron los landins, *mafambatcheca*, que en la lengua de los negros significa «el que se ríe mientras camina». No me parece descabellada la similitud que los cafres han encontrado entre estos dos personajes lusitanos. Todos llevamos el mismo bigote y el mismo corte de pelo. Hasta tal punto que un negro me preguntó si los portugueses ya nacían así, con el bigote puesto.

Sanches de Miranda alardea de ser hijo del difunto Diocleciano das Neves, ignorando lo mucho que sublevaría al propio Diocleciano el beneficio que obtiene de esta confusión. Igual que ignora lo mucho que su pretendido progenitor se distanció de nuestras autoridades cuando se sublevó contra la prepotencia de los gobernantes y la constante práctica de la venta de esclavos. Tampoco sabe que a Diocleciano le repugnaba la ciudad de Lourenço Marques. Entre mis documentos encontré una declaración suya en la que dedicaba palabras poco favorables a la ciudad. He aquí un extracto: «Lourenço Marques está compuesta de poca arena y mucho lodo; cada quince días, grandes mareas la cubren por completo. Las emanaciones pestilentes que los infelices habitantes absorben les envenenan rápidamente los pulmones. En tres años han sucumbido dos terceras partes de los europeos

que se han establecido allí, y los demás tienen una vida tan deteriorada que les es imposible ser útiles para sí mismos o para su país».

Yo también me alegro de estar lejos de esa infecta ciudad. Mañana se unirá a mí Mariano Fragata, el agregado de Vuestra Excelencia, y juntos descenderemos el río Inharrime en piragua. Tardaremos unas horas en desembarcar en nuestro destino final, donde espero desempeñar con destreza y valentía la misión que se me ha encargado.

Por último, me han dicho que en Nkokolani hay una familia de chopes que nos tiene mucha simpatía y está totalmente dedicada a nuestra lucha contra el diablo de Gungunhane. Es más, dicen que el jefe de esa familia cristiana ya ha puesto a mi disposición a un hijo y una hija, ambos hablantes de portugués y educados bajo los preceptos lusitanos. Doy gracias a Dios por esa ayuda providencial.

## 5. El sargento que escuchaba ríos

*Suerte la de aquellos que, al dejar de ser humanos, se convierten en fieras. Infelices aquellos que matan acatando las órdenes de otros, y más infelices aún aquellos que matan sin acatar las de nadie. Por último, desdichados aquellos que, tras matar a otro, se miran al espejo creyendo que todavía son personas.*

Recuerdo el día en que el sargento Germano de Melo llegó a Nkokolani. En realidad, el mismo día que llegó vimos que aquel portugués era distinto de los europeos que nos habían visitado hasta entonces. Tan pronto como desembarcó de la canoa, se arremangó los pantalones y caminó por su propio pie. Los demás blancos, fueran portugueses o ingleses, se subían a cuestras de los negros para llegar a tierra firme. Él fue el único que declinó esa ayuda.

Me acerqué a él con curiosidad. El sargento me pareció más alto de lo que era, pues las botas llenas de barro provocaban ese efecto. Lo que más me llamó la atención fue la sombra que le cubría el rostro. Tenía los ojos claros, de un color casi ciego. Una nube de tristeza, sin embargo, le ensombrecía la mirada.

—Soy Imani, señor —me presenté con torpe cortesía—. Mi padre me ha enviado para ayudarle en lo que haga falta.

—¿Eres tú la muchacha de la que me han hablado? Pero ¡qué bien hablas portugués! ¡La pronunciación es correctísima! ¡Alabado sea Dios! ¿Dónde lo has aprendido?

—Me enseñó el cura. Viví en la Misión de la playa de Makomani durante años.

El portugués dio un paso atrás para verme y apreciar mejor mi figura, y luego dijo:

—Pero ¡si tienes una cara muy bonita!

Bajé el rostro, sintiendo vergüenza y culpa a la vez. Caminamos junto al río hasta que el visitante se detuvo y cerró los ojos, pidiéndome que no

hablara. Guardamos silencio hasta que declaró:

—En mi tierra esto no existe.

—¿No hay ríos?

—Claro que hay ríos. Pero hemos dejado de escucharlos.

El portugués desconocía aquello que en Nkokolani era un lugar común: que los ríos nacen en el cielo y nos atraviesan el alma como la lluvia cruza el cielo. Al escucharlos, no nos sentimos tan solos. Pero permanecí callada, esperando mi turno.

—Es bueno que un río te dé la bienvenida —comentó en voz baja, y añadió —: Un río y una muchacha como tú.

Luego me ordenó que esperáramos allí. Entonces me di cuenta de que detrás venía otro portugués, un civil muy moreno y distinguido. Después supe que se trataba de Mariano Fragata, agregado del intendente portugués del Estado de Gaza. Fragata venía a montado a espaldas de un hombre de nuestra aldea, pero en una posición inestable y ridícula, escurriéndose sobre la espalda de quien cargaba con él. El negro parecía no querer soltar al portugués, que suplicaba con creciente vehemencia:

—¡Déjame en el suelo! ¡Déjame en el suelo inmediatamente!

No llegaron a caerse porque hice que se detuviera mi paisano, que, divertido, me confesó en txichopi:

—Es para que sepan que el que está encima no siempre manda al que está debajo.

El agregado del intendente recuperó su postura altiva, se desenrolló las perneras de los pantalones y me miró de un modo inquisitivo. El militar procedió a las presentaciones.

—Esta es Minami...

—Imani —corregí.

—Es la muchacha del poblado que nos ha venido a recibir. No te vas a creer lo bien que habla... Di alguna cosa, niña... Vamos, ¡habla un poco para que mi compañero te oiga!

De repente me quedé muda, se me olvidó todo el portugués. Y cuando intenté hablar en mi lengua natal, me enfrenté al mismo vacío. De manera inesperada, no sabía ningún idioma. Solo era capaz de emitir sonidos, ecos indistinguibles. El militar me libró del bochorno.

—A la pobre ahora le da vergüenza. No tienes que hablar si no quieres, es suficiente con que nos lleves al cuartel.

Por el equipaje que cargaba, me di cuenta de que el sargento venía a alojarse con nosotros un tiempo. El otro, que iba vestido de civil, tendría una estancia breve. Acompañé a los visitantes al establecimiento del Sardinha, el único portugués que había en nuestra región, al que habíamos rebautizado como Musaradina.

Los dos europeos se entretuvieron contemplando algunos rincones de la aldea.

—Fíjate en este pueblo, querido Fragata. Está todo limpio, todo bien barrido. Estoy asombrado: las calles son anchas, con árboles frutales..., ¿qué negros son estos, tan distintos de los otros que hemos visto?

\*

Francelino Sardinha estaba en la puerta y recibió efusivamente a sus compatriotas, como si descubriera, después de siglos de soledad, a los únicos seres humanos del planeta. El tendero era un hombre bajo y gordo, que no soltaba en ningún momento un pañuelo grasiento que usaba para limpiarse el abundante sudor. Lo cierto es que el pringoso pañuelo ya formaba parte de su cuerpo. En la entrada, se dirigió a mí con aspereza:

—Tú, cría, te quedas fuera. Ya sabes que aquí dentro vosotros no podéis entrar.

—¿Y por qué no va a entrar? —preguntó el militar.

—Es que aquí, querido sargento, ellos ya lo saben, aquí hay unas normas. Aquí esta gente no entra.

—Pues las normas, a partir de ahora, las pongo yo —afirmó el sargento—. Esta muchacha habla portugués mejor que muchos portugueses. Y como ha venido conmigo, entrará conmigo.

—De acuerdo, de acuerdo, si así lo ordena Vuestra Excelencia —y volvió a dirigirse a mí dándome la espalda—: Siéntate ahí, en la cocina, en esa sillita.

Luego dejaron de prestarme atención. Observé el techo de la casa y me fijé en los apaños que habían hecho en las tejas. Y temí que sucediera aquello que decían en la aldea: que la obra había quedado para siempre inacabada porque una mano invisible deshacía, de noche, lo que los portugueses levantaban de día. Esos fantasmas aún vagaban por allí, balanceándose en el techo como enormes murciélagos.

Los dos recién llegados se adentraron en el establecimiento con dificultad, cuidando de no tropezar con el caos de mercaderías esparcidas por el lugar. Lejos quedaban los días en que yo solía mirar por la ventana de la cantina, enamorada de las telas y zapatos que allí se acumulaban. Desde entonces, el desorden había crecido: cajas y grandes paquetes apilados, bultos rasgados de los que asomaban latas y botellas que se desparramaban por el suelo.

Mis ojos se detuvieron en una tela de cuadros azules y blancos. El militar me adivinó el pensamiento y me preguntó en voz alta:

—¿Sabes qué es eso?

—Ropa, patrón.

—Llámame «sargento». ¿Y dices que es ropa? En la etiqueta pone que estas piezas están hechas de lino rayado y de sarga, pero hace falta mucha imaginación para llamarle a esto «ropa». En Europa nadie, ni el pobretón más harapiento, aceptaría una prenda así.

Rasgó un trozo de tela y la pasó por la cara del agobiado cantinero:

—Fíjate en esto: ¡están completamente impregnadas de almidón! En cuanto se laven, este polvo blanco se disolverá y solo quedará una tela de araña. Es como ese brebaje al que llaman «vino para negros».

El comerciante se tragó la ofensa: al fin y al cabo, el oficial era un ocupante. Los motivos militares prevalecían sobre sus negocios privados. Cuando respondió, lo hizo en un tono contenido, que revelaba que se había rebajado de Sardinha a Musaradina:

—Estos tejidos, Excelencia, son los que se venden aquí. A los negros no les interesa la comodidad de la ropa; les gustan los adornos.

Y luego se quejó de que la gente de Nkokolani no compraba tanto como los demás negros. A nosotros, los vachopi, nos basta con los recursos de la tierra y el bosque.

—Estos brutos comen hasta serpientes: no me extraña que esos otros, los vatuas, los desprecien —se lamentó el tendero.

—No son vatuas. Los vatuas no existen —osé corregirlo, desde mi rincón, con un hilo de voz tan suave que nadie me oyó.

El militar se detuvo frente al mostrador de madera y, de una vez, tiró al suelo las piezas de tela. La serenidad con que habló contrastaba con la determinación de su gesto:

—No sé cómo decir esto. Pero no hay otra manera más amable de comunicarlo. Querido Sardinha, he venido a instalarme en esta cantina. Pero



existe otro motivo por el que estamos aquí: hemos venido a detenerlo.

—¿A detenerme?

—Mañana unos cipayos vendrán para llevárselo a Inhambane.

—¿Cipayos?

La sonrisa desconcertada del cantinero no se desvaneció ni por un instante de su rostro. Era como si no hubiera oído la sentencia. «Les serviré una bebida», decía mientras terminaba de enrollar las telas desparramadas por el suelo. «Este vino es del bueno, es de lo mejor», comentaba al tiempo que servía a los visitantes en jarritas de metal.

—¿Vienen a detenerme? ¿Y puedo saber por qué motivo?

—Usted sabe muy bien lo que anda vendiendo por ahí. Y no se lo está vendiendo a los vatuas ni a los chopes...

—Ya sé de dónde vienen esos rumores... De ese *monhé*,<sup>[1]</sup> de ese *monhé* negro, Assane, que tiene una cantina en Chicomo. Le juro por Dios Nuestro Señor...

—Dejémonos de rodeos. Usted ya sabe por qué va a ser detenido.

—A decir verdad —respondió el cantinero—, lo único que me importa es que Vuestras Excelencias estén aquí, conmigo. Me da bastante igual que me detengan. Hacía tanto tiempo que no veía a un blanco que ya me había olvidado de mi propia raza. Empezaba a verme como un negro después de vivir rodeado de cafres. Por eso digo que Vuestras Excelencias no han venido a detenerme. Han venido a liberarme.

Y sacó del armario una botella. Quería celebrar aquel momento pese a estar basado en una triste contrariedad. Al principio, los forasteros reaccionaron con cautela. Pero al poco tiempo los tres portugueses estaban vaciando sucesivas botellas, y a medida que bebían se iban volviendo una familia, aun cuando a ratos discutían acaloradamente.

En un momento dado, el sargento hizo ademán de sentarse sobre una caja de madera. Estaba atontado por la bebida, e indispuesto a causa del calor. El cantinero Sardinha corrió a interrumpir el intento del militar.

—No se siente ahí, sargento: ese cajón contiene una carga muy valiosa; son botellas de vino de Oporto. ¿Y sabe para quién son? Para Gungunhane... Vino del mejor para nuestro peor enemigo.

—Nuestro peor enemigo es otro. Y usted sabe quién es...

Sardinha se mostró turbado. Se oía a las lechuzas atravesando la noche, la parafina amenazaba con agotarse en los quinqués, y una súbita melancolía se

apoderó del cantinero:

—¿Van a llevarme los cipayos? ¿No puedo ir yo solo? Prometo que no huiré. Es que pasar delante de esta gente escoltado por dos negros...

—¿Quién le ha dicho que van a ser dos?

Y Fragata y Germano se rieron.

—Sea como sea —añadió el agregado del intendente—, lo escoltarán cipayos, no Gungunhane —y se rieron aún más.

—No es «Gungunhane». Se dice «Ngungunyane».

Los portugueses me miraron, sorprendidos. No podían creerse que hubiera hablado, y encima para corregir su mala pronunciación.

—¿Qué has dicho? —preguntó, atónito, Fragata.

—Debe pronunciarse «Ngungunyane» —insistí con delicadeza.

Se miraron entre ellos con la mirada vacía. Fragata imitó mi dicción, burlándose de mis propósitos puristas. Después volvieron a la bebida y a sus lamentaciones en voz baja. En cierto momento oí que el militar murmuraba:

—Lo que más me inquieta no es que ese tal Gungunhane nos odie. Es que no nos teme.

—¿Sabe qué podemos hacer? —preguntó Sardinha—. ¡Meterle veneno en esas botellas que ustedes insisten en regalarle! No hace falta una bala: basta con una gota. Una sola gota, y el Imperio de Gaza se derrumba.

—Tenemos órdenes de no matarlo.

—Ahora soy yo el que se ríe —comentó Fragata—. ¿Que tenemos órdenes de no matarlo? Tendremos suerte si él no nos mata a todos.

El cantinero salió un momento y regresó con una escopeta en las manos, pero se apresuró a tranquilizar a la pareja que venía a detenerlo.

—No se asusten, estimados caballeros, que está descargada.

Era la escopeta a la que dormía abrazado todas las noches. La exhibía con el orgullo del dueño, no ya de una cantina, sino de un polvorín. Y acto seguido declaró:

—Este es el único idioma que entienden. ¿O acaso quieren ustedes ganar la guerra con obsequios y zalamerías?

Y murmurando improperios y palabras de despecho, anunció que iba a acostarse. Dispuso unos paños sobre una estera y se echó a dormir en el suelo, abrazado a la vieja escopeta.

Germano arrastró una silla para sentarse a mi lado. Después se me quedó mirando, como si estudiara un mapa. Su mirada era de fuego. Me hizo pensar

en las mariposas alrededor de la luz de los quinqués. El cantinero se dio cuenta del interés del visitante y, con los ojos entrecerrados, advirtió:

—Tenga cuidado con esa niña. Es muy joven pero tiene cuerpo de mujer. Y las negras usan artes del demonio. Sé muy bien de lo que hablo.

Sin embargo, bastaron unos pocos minutos para que el portugués dejara de prestarme atención y se pusiera a contemplar detenidamente la pared donde apoyaba los pies. Permaneció así un rato, hasta que murmuró:

—Ahí, en esa pared, está mi tierra.

Y señaló una mancha en la pintura. Era un rectángulo descolorido, de caliza levantada por la humedad.

—Eso de ahí, en esa pared, es Portugal.

Haciendo un esfuerzo por mantener el equilibrio, se subió a la silla y, con las uñas, rascó la mancha. Se quedó mirando la cal esparcida por el suelo, como si estuviera ante un animal en agonía. Y el cantinero, diligente, señaló al instante una escoba.

—Pero ¿qué haces, niña? ¿No ves que hay que barrer el suelo? No te quedes ahí parada.

El militar se me adelantó, levantó la escoba en el aire como si fuera una espada y proclamó:

—Yo lo limpiaré. Para eso he venido. Para limpiar la porquería que han dejado los demás.

Aproveché el silencio que siguió para estudiar la mejor manera de anunciar mi retirada. Mi timidez me había enseñado que los tímidos y los invisibles se exponen de manera insufrible cuando se despiden. Era de noche, y yo no era más que una mujer con unos desconocidos. El cantinero se levantó de su improvisado lecho y se acercó a mí con una caja en brazos.

—Lleva este vino de Oporto a tu padre. Es mi modo de agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Cuidado, que pesa.

Encorvada por el peso, avancé tambaleándome a través del patio oscuro, hasta que la voz de Sardinha me hizo parar.

—Espera, te acompaño, te ayudaré hasta el camino —y, volviéndose hacia dentro, preguntó al militar—: ¿Puedo, sargento? Serán solo cinco minutitos. No me escaparé.

En cuanto se cerró la puerta, el cantinero, con su aliento pestilente, me hizo una extraña petición: que le hablase en txichopi mientras él iba a recoger unas hierbas.

—¡Vamos! Habla, pequeña. Habla conmigo, que soy Musaradina.

—¿Qué quiere que diga, señor?

—Cualquier cosa, tú habla, habla, habla sin parar...

Y se inclinó sobre el suelo, como un perro husmeando un rastro. Se puso a recoger hojas y semillas, y luego se las acercaba al rostro para aspirar el aroma largo y tendido. Al poco, enderezó la espalda y declaró:

—Lo vi aquí, en este descampado.

—Perdone, señor Musaradina, ¿a quién vio?

—A Gungunhane. Vino aquí. Quería matar a su amada. Y él también quería morir.

—¿Gungunhane estuvo aquí?

—Vino en secreto, en busca del veneno del *murre-mbava*, ese árbol que crece cerca, en la laguna de Nhanzié.

Miré al cantinero y vi la oscuridad, con la piel de Sardinha y el alma de Musaradina. El portugués era un muchope, uno de los nuestros. No solo porque hablaba nuestra lengua, sino por el modo en que hablaba con todo el cuerpo. Y Sardinha prosiguió, mezclando idiomas:

—Ngungunyane pensó en lo que podía sobrevenirle. Él quería morir y matar. Y todo por amor, porque tenía un amor prohibido. Bonito, ¿verdad?

—¿Qué es bonito? No lo entiendo.

—Que un hombre como él, que tiene todas las mujeres que quiere, al final no tenga a aquella a la que realmente ama.

—Sardinha, dígame: ¿hay algo que quiera contarme?

El cantinero no respondió. Regresó a casa y, ya en la puerta, agitó la mano no sé si para decir adiós o para indicarme que me diera prisa en marcharme.

No había dado ni diez pasos cuando oí el disparo. Detrás de las cortinas se adivinaba un alboroto de sombras y murmullos. Volví atrás para encontrar a Francelino Sardinha agonizando en medio de un charco de sangre. El cantinero se convulsionaba sin soltar en ningún momento la vieja escopeta. Murió abrazado a ella en la misma posición en que había dormido siempre.

Sobresaltado por el disparo, mi hermano Mwanatu salió del cuarto en el que se alojaba. Sin pronunciar palabra, ayudó a los portugueses a arrastrar el cuerpo a la parte de atrás de la casa, y después corrió al almacén a buscar palas para cavar el hoyo. Al volver, encontró al sargento postrado, con la cabeza caída sobre el pecho. Germano de Melo tenía los ojos tan azules que temí que pudiera quedarse ciego para siempre si lloraba. Pero no hubo

lágrimas. El blanco solo rezaba por el cantinero muerto. Fragata le llamó la atención, diciéndole que se recompusiera e interrumpiera los rezos. Los suicidas no tienen alma. No se reza por ellos. Eso le dijo Fragata.

El militar se levantó y empuñó una de las palas que Mwanatu había traído del almacén. Empezó a cavar con furia entre los duros terrones. Me quedé mirando cómo los dos portugueses se afanaban y no pude evitar fijarme en su poca habilidad. Y pensé para mis adentros: nosotros, los negros, sabemos manejar una pala incomparablemente mejor que ninguna otra raza. Nacemos con esa habilidad, la misma que nos hace bailar cuando queremos reír, rezar o llorar. Tal vez porque hace siglos que nos vemos obligados a enterrar a nuestros muertos, que son más numerosos que las estrellas. Es posible que hubiera otra razón para ello: los europeos seguramente tendrían, allá en su tierra natal, esclavos negros que les harían el trabajo. ¿Y si en Portugal me esperaba un hombre de mi raza? ¿Y si el amor me esperaba allí donde solo llegan los barcos y las gaviotas?

## 6. Tercera carta del sargento

Nkokolani, 12 de enero de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Escribo a Vuestra Excelencia para transmitirle las nuevas de mi llegada a Nkokolani junto con el agregado Mariano Fragata, ayer a media mañana. Las noticias que le comunicaré a continuación no son las mejores, de modo que manifiesto mi desazón anticipada por estas líneas, pues sé que no corresponderán, seguramente, a lo que Vuestra Excelencia querría oír. Al contrario de lo que habría cabido esperar, el tendero Francelino Sardinha no fue a recibirnos. Nos ayudó la muchacha a la que me referí en la última carta. Bien educada y eximia hablante de nuestra lengua, ella fue quien nos recibió. Se llama Imani y será un apoyo providencial para los propósitos de mi misión.

Debo señalar que el aseo y la envergadura de la población nos han impresionado mucho, y no hay nada semejante en los territorios de los vecinos bitonga y de los vatsonga. Pregunté a la muchacha si estaba orgullosa de la dimensión y el esmero de su aldea. Y me dio una respuesta curiosa, al decirme que todos los habitantes sentían esa vanidad, salvo ella. Pues para ella la causa de ese crecimiento no era sino el miedo. Nkokolani había crecido en la misma medida en que el número de sus habitantes había menguado. Así habló Imani, exactamente con estas sofisticadas palabras. Y añadió que las gentes se aglomeraban allí con la ilusión de que, unidas, estaban más protegidas. Pero en realidad las gobernaba el terror, dijo mientras señalaba los frondosos naranjos que flanqueaban las calles. Son los árboles sagrados de los chopos. Estos cafres creen que los naranjos los defienden de los conjuros, sus peores enemigos. Quizá hasta yo plante uno en mi huerto. Si no me da protección, al menos siempre dará fruto y sombra.

En contraste con el resto de la aldea, el puesto militar donde asentará la plaza es una muestra de decadencia absoluta. Llamar «cuartel» a este edificio caduco solo puede ser el resultado de la enorme distorsión de alguien que confunde deseos con hechos. Sería más que conveniente demoler ese antro, pues es una inaceptable mezcla de almacén de armas y tienda de quincallería.

Vuestra Excelencia conoce la historia del edificio decrepito del que le hablo: hace más de dos décadas, los portugueses pusieron los cimientos y levantaron las paredes. En realidad, la intención era erigir un cuartel. Pero nunca llegó a haber techo, ni puertas, ni ventanas. El cuartel se quedó solo en la intención, y decayó, acabando en el olvido y el abandono. Años después, un osado comerciante llamado Francelino Sardinha terminó la obra y montó allí su establecimiento. Y ahora el edificio es como una criatura híbrida: mitad fuerte, mitad cantina.

Ahora mismo, mientras le escribo, sentado a una mesa de la desafortunada cantina, arañas peludas se pasean sobre mis manos y los papeles. Los quinqués atraen a estos asquerosos bichos y a otros muchos insectos sin nombre. La alternativa sería la oscuridad, un infeliz anticipo de las tinieblas. Y Vuestra Excelencia sabe que en estos pagos la noche cae muy temprano.

Anoche aplasté con el pisapapeles una de esas arañas repugnantes. Un chorro pastoso y fétido inundó el tablero de la mesa, de tal manera que inutilizó toda la correspondencia que había. Aquella ponzoña verdosa me salpicó el rostro, las manos y los brazos. Temí que la piel absorbiera el veneno y este se extendiera a través de las venas. Imani dice que no debo matar bichos. Y tiene una teoría curiosa sobre los servicios que prestan las arañas. Dice que las telas de araña cierran las heridas del mundo. Y que sanan heridas de mi interior que desconozco. En fin, fantasías de esta gente ignorante.

Lo que me perturba profundamente no es solo el estado decrepito del cuartel. Confieso, señor consejero, que me ha sorprendido ver tan despobladas de obras públicas y de europeos estas extensas regiones. Ingenuamente, tenía una idea bastante distinta de cómo era la colonia de Mozambique. Creía que reinábamos *de facto* en nuestros territorios. Y veo que al final nuestra presencia se limita, desde hace siglos, a la desembocadura de unos pocos ríos, que prestan servicio de suministro de agua a los barcos. La triste realidad bien podría describirse de esta manera: en esta vasta región agreste solo hay salvajes y comerciantes indios. Y las raras señales de nuestra

presencia se envilecen gracias a personas de baja estofa como el cantinero.

El mensajero que le entrega esta misiva se llama Mwanatu y es hermano de Imani. El muchacho parece medio tonto, pero, con toda sinceridad, lo prefiero a él antes que a un espabilado que no merezca confianza. Aprovechando que hace recados para Sardinha, he encargado al simplón de Mwanatu tareas propias de un recluta. Así, por ejemplo, le entregué una escopeta averiada y obsoleta y, con conmovedora vanidad, asumió la vigilancia del establecimiento.

Todavía no he comprobado el armamento que quedó al cuidado del cantinero, si bien tengo la sensación de que no es abundante. La tarea exigirá tiempo y esfuerzo, ya que en este momento todo está mezclado: mercaderías y material bélico. Tan pronto como haya inspeccionado el almacén, le enviaré una relación pormenorizada del material existente.

A decir verdad, debo expresar que en Nkokolani se ha creado una enorme y desproporcionada expectación sobre la llegada de Mouzinho de Albuquerque. No es que lo conozca nadie, porque lo cierto es que los negros no saben ni pronunciar el nombre de nuestro capitán de caballería. Pero, a causa de su miedo desmesurado, se empeñan en imaginar a un mesías salvador. Bien es verdad que, tras nuestras recientes victorias militares, muchos de los régulos del sur han dado la espalda a Gungunhane y han pasado a prestarnos vasallaje. Aunque es cierto que nuestra preponderancia ha traído esperanzas a los indígenas, la verdad es que ese cambio de lealtad puede ser fatídico para ellos. Si no confirmamos el predominio de nuestro poderío, esos régulos vacilarán y, por temor a un terrible castigo, volverán a ser súbditos del gran rey de Gaza.

Este es uno de los motivos por los que esta gente deposita tanta esperanza en la llegada de Mouzinho y de su caballería. De hecho, existen otras razones que contribuyen a esa adhesión a la figura de Mouzinho: la primera es que hace mucho que la gente de Nkokolani está cansada de conversaciones. Y ven con perplejidad nuestra insistencia en negociar con quienes no tienen palabra, en vez de hacer la guerra contra el enemigo común.

Pero hay aún otro motivo para empeñarse en la construcción imaginaria de un salvador. Ese motivo no tiene que ver con Mouzinho. Tiene que ver, fíjese Vuestra Excelencia, con los caballos. Dicen los cafres que los caballos no son animales de tierra. Lo saben por el modo en que los cascos pisan el suelo, con un paso nervioso e inquieto como el de las aves zancudas. Ni las cebras ni los



ños, que son la fauna más parecida que conocen, andan o corren así. Porque esas otras bestias apoyan con confianza los cascos sobre el terreno bravo. Los caballos tienen una pisada diferente, que casi no toca el suelo. Corren por los campos africanos como nubes que cruzan los cielos. De ahí la creencia: los negros defienden que los caballos fueron traídos de ese lugar remoto donde la tierra confina con el firmamento. Seguramente los salvajes habrán visto imágenes de san Jorge y demás santos descendiendo de los cielos a caballo en las estampitas que repartió por aquí el antiguo padre.

Nosotros podemos opinar al respecto lo que mejor nos parezca, pero esta es la visión que ellos tienen, esta es su percepción de un animal que nunca antes habían visto. Así como los caballos son para nosotros un arma de guerra, para esta gente desencadenan otros combates igual de graves y mortales. Una pugna de hechizos, remedios y maldiciones se ha instalado en Inhambane. No hay hechicero que no se tome el trabajo de bendecir la llegada de nuestra caballería. Cuando conté en Nkokolani que algunos caballos —como el de Ayres de Ornelas— murieron de temblores y fiebres, algunos se apresuraron a atribuir ese mal a los espíritus vanguni. Similares culpas se inventaron cuando supieron que, allí donde supuestamente había verdes extensiones de pasto, estas se volvieron de pronto un lugar seco y desolado. Ese cambio repentino e inexplicable solo puede ser obra de hechiceros satánicos.

Así pues, no crea, señor consejero, que vaya a surgir simpatía alguna hacia quien, en realidad, Vuestra Excelencia no alimenta ninguna afinidad. Por tanto lo animo a no elucubrar sobre las intenciones de los militares, y a que prosiga su diligente labor de iniciar negociaciones con los negros.

Hay quien dice que nuestra política de diálogo denuncia nuestro miedo y falta de preparación. Esas malas lenguas desconocen la capacidad bélica del Estado de Gaza. Son decenas de miles de intrépidos guerreros, rigurosamente preparados y equipados para una guerra en el interior de la región. En una confrontación abierta con las fuerzas de Mudungazi, solo veo una aventura temeraria abocada al fracaso.

Aquello que pensamos que es arrogancia en los negros no es sino la conciencia que detentan por su superioridad numérica y militar. En realidad, esa insolencia no empezó con Gungunhane. Hace ya cinco décadas el soberano de los zulúes, el rey Dingane, nos trataba como sus subordinados. Creía tener poderes para exonerar y nombrar a jefes europeos a fin de que

gobernaran territorios que, pese a ser nuestros por derecho, pensaba que le pertenecían de manera exclusiva. Todo el sur de Mozambique era, a su distorsionado entender, una colonia zulú, temporalmente otorgada a la gestión de los blancos.

Así fue como Dingane decidió, en 1833, sustituir al gobernador Dionísio António Ribeiro, destacado en Lourenço Marques. En su lugar nombró a Anselmo Nascimento, un conocido comerciante que prestaba servicios a los territorios vecinos. El monarca zulú cambiaba un blanco por otro. Dingane argumentaba que «los portugueses se manejaban mejor entre ellos». La aplicación de esa medida, no obstante, se suspendió. Hasta finales de 1833, el rey zulú decidió mantener en el poder al gobernador Ribeiro, aun cuando este último no le pagaba tributo.

Sin embargo, en una de sus batidas para capturar esclavos, los portugueses apresaron y mataron a zulúes por error. Entonces se produjo la ruptura. Como Dionísio Ribeiro se negó a ser destituido por alguien que no lo había nombrado, el rey Dingane invadió la ciudad, y el gobernador se vio obligado a buscar refugio en la isla de Xefina.

Cuando intentaba escapar de allí, escondido en un barco pequeño, Ribeiro fue capturado y asesinado. Lo ejecutaron en público, rompiéndole el pescuezo. ¿Y cómo reaccionaron las autoridades portuguesas a este ultraje? Haciendo caso omiso. Su sucesor en la administración presentó disculpas anticipadas al rey zulú, alegando que la colonia era pobre, y que las arcas vacías de Lisboa no permitían pagar los impuestos al emperador zulú.

Actitudes cobardes como esta solo legitiman la pretensión imperialista de los ingleses en demostrar que Portugal es incapaz de gobernar sus colonias africanas. No sé si odio más la ambición inglesa o la vergonzosa sumisión de nuestras autoridades.

## 7. En las alas de los murciélagos

*Nuestros caminos ya albergaron la timidez de los ríos y la suavidad de las mujeres. Y pidieron permiso antes de nacer. Ahora, los caminos se apoderan del paisaje y extienden sus grandes piernas sobre el Tiempo, como hacen los amos del mundo.*

Los vachopi deben su nombre a la pericia con que manejan el arco y la flecha. Excepcionalmente, mi padre, Katini Nsambe, creció al margen de esta tradición, apartado de la caza y de la guerra. Su pasión, además del alcohol, eran la música y las marimbas. Tal vez su aversión a la violencia le vino de su vocación de crear armonías. Mi padre era un afinador de esa infinita marimba que es el mundo.

Todos reconocían que era el mejor fabricante de *timbilas*<sup>[2]</sup> de la región. Las hacía como si se hiciera a sí mismo. No era una obra, era una gestación. Cada paso de esa larga génesis iba acompañado de un ritual de rezos y silencios. Para que otras manos, tan antiguas que no se dejaban a ver, guiaran sus movimientos.

Desde niña acompañé a mi viejo padre a buscar *mimuenges*, los únicos árboles que proporcionan material de calidad. Lo ayudaba a cortar la madera, a atar las tiras de cuero que unían las tablas y a buscar las calabazas de amplificación que se colocan debajo de las teclas. Mi padre probaba mil veces cada calabaza hasta que encontraba la nota correcta.

En aquella época, la elaboración de marimbas era lo que me hacía madrugar para acompañar a mi viejo al bosque de las grandes higueras, al que llamamos *mphama*. Desde pequeña me asignaron una misión más propia de un muchacho: subir a las higueras para cazar murciélagos y arrancarles las alas, sin que me mordieran con sus dientes fétidos. Una vez secas, las membranas de las alas servían para forrar las cajas de resonancia. Ese era el secreto más valioso de la receta paterna a la hora de fabricar marimbas.

Fui adquiriendo destreza en el arte de capturar grandes murciélagos,

voraces comedores de fruta. Permanecían bocabajo en las ramas más altas, balanceándose como péndulos vivos, alerta pero sin temor aparente. Subida a las alturas, me detenía a contemplarlos antes de lanzarles la red. Los vivos no siempre se distinguían de los muertos. Sus garras se prendían a las ramas con tal ahínco que, aun después de morir, permanecían suspendidos y así se secaban hasta convertirse en una simple sombra arrugada. Algunos de nosotros, los humanos, tenemos ese mismo destino: estamos muertos por dentro y solo mantenemos la apariencia de los vivos que una vez fuimos.

En lo alto de las copas se reunían las hembras que amamantaban a las crías. Se parecían tanto a las personas que yo evitaba mirarlas para que mi instinto cazador no flaqueara. Aquel sentimiento de compasión fue aumentando a medida que crecían en mi interior los sueños de maternidad. Hasta que una vez, delante del tronco al que debía encaramarme, me armé de valor para anunciar:

—Perdone, padre, pero no pienso volver ahí arriba nunca más.

Mi actitud le sorprendió. En Nkokolani, ningún padre acepta una respuesta negativa. Pero él sonrió con inesperada dulzura.

—¿No quieres subir? —me preguntó con gesto desconcertado.

Negué en silencio, pero con firmeza. Y él, de manera asombrosa, aceptó mi objeción.

—¿Te dan pena los murciélagos? Te entiendo, hija mía. Y te diré por qué entiendo tan bien que te niegues a hacerlo.

Y me contó una historia antigua que había oído contar a sus abuelos. En aquel tiempo, los murciélagos cruzaban los cielos con la vanidad de creerse criaturas sin par en este mundo. Una vez, un murciélago cayó herido en la encrucijada de dos caminos. Unos pájaros pasaron por allí y dijeron: «¡Mirad, uno de los nuestros! ¡Ayudémosle!». Y lo llevaron al reino de los pájaros. Pero cuando el rey de las aves vio al murciélago moribundo observó: «Tiene pelos y dientes, no es de los nuestros, sacadlo de aquí». Y al pobre murciélago lo dejaron en el mismo sitio donde había caído. Pasaron los ratones y dijeron: «Mirad, es uno de los nuestros, ¡salvémosle!». Y lo llevaron ante el rey de los ratones, que proclamó: «Tiene alas, no es de los nuestros. ¡Devolvedlo!». Y condujeron al agonizante murciélago al fatídico cruce. Y allí murió, solo y desamparado, aquel que quiso pertenecer a más de un mundo a la vez.

La moraleja de la fábula era evidente. Por eso me extrañó la pregunta que

me hizo al final:

—¿Lo has entendido, hija?

—Creo que sí.

—Lo dudo. Porque esta historia no es sobre murciélagos. Es sobre ti, Imani. Sobre ti y los mundos que se mezclan dentro de ti.

\*

Las artes de Katini no se limitaban a la confección de marimbas. Él era compositor y maestro de una orquesta que integraba una decena de intérpretes. Actuaba en nuestra población y realizaba periplos por otras aldeas. Yo asistía a los conciertos y contemplaba, extasiada, a los bailarines vestidos de guerreros simulando luchas con escudos y mazos. Echados de espaldas, se levantaban de un salto como poseídos por espíritus que emergieran de las profundidades.

—¿Por qué jugamos a la guerra? —preguntaba yo, asustada.

Mi padre no respondía. Tal vez no sabíamos vivir sin miedo. Creíamos que si bailábamos con fantasmas acabaríamos domesticándolos. El problema de los fantasmas es que siempre tienen hambre. Un día nos devoran y nos convertimos en nuestras propias apariciones.

Fuera como fuere, lo cierto es que aquel compás viril me arrancaba del mundo, y aunque aquella danza fuera exclusivamente ejecutada por hombres, desde mi recatado lugar yo mantenía mi cuerpo entero en movimiento. Y era como si otra persona bailara dentro de mí. Tal vez esa persona era «la Viva», tal vez fuera «Ceniza», acaso todas las que en mí habían vivido. En aquel momento yo carecía de cuerpo, quedaba eximida de tener memoria. Era feliz.

\*

Al final de la danza, los bailarines caían desfallecidos, como si los hubiera traspasado la propia muerte. Solo en ese momento se permitía la participación de las mujeres. Unas cuantas madres se separaban del público y fingían que buscaban a sus hijos entre los guerreros caídos. Aquel momento, en contraste con la pujante alegría de la danza, me arrastraba hacia una angustia desoladora. Y lloraba invariablemente.

—¿No te ha gustado, hija mía? —preguntaba al final mi madre.

Yo asentía con la cabeza para decirle que sí, que me había gustado. Y ella me pasaba el brazo sobre el hombro y me reconfortaba:

—Es solo un juego, hija.

Pero había en su voz y en el peso de su brazo una tristeza bastante más grande que la mía. Y ella explicaba el motivo de su melancolía: ya sea en un escenario de danza, ya en un verdadero campo de batalla, los hijos que allí se encuentran no son solo nuestros. Todos los que han caído lo son. Las madres de mi tierra llevan el luto de todas las guerras.

\*

Era casi mediodía y mi padre estaba sentado con un libro abierto sobre las rodillas. En la cubierta podía leerse: *Cartilla para aprender a leer*. Hacía mucho que yo había encontrado el manual entre las antiguallas de la iglesia. En aquel momento, insistí en regalárselo. Jamás le había emocionado tanto un obsequio. No había día en que no pasara la punta de los dedos por las páginas como si las hubiera acabado de crear. «En vez de palabras —me decía—, escucho música». Y tamborileaba los dedos sobre las páginas como si fueran las teclas de una marimba.

—Padre, ¿no tiene miedo de los vanguni?

—Tenemos que asustar a quienes pretenden atemorizarnos.

Cerró la cartilla con mil cuidados y, con igual esmero, la guardó en una bolsa de piel. Luego suspiró profundamente.

—Dicen que me he entregado a los portugueses, dicen que he vendido mi alma a los blancos. Y yo pregunto: ¿conoces a ese pajarillo que vive en el lomo del hipopótamo?

Yo conocía aquel pájaro; mejor aún, conocía el aforismo. Mi padre volvió a contarme la vieja fábula: todos dicen que ese pájaro vive a costa del paquidermo. Pero cuando el ave desaparece, el hipopótamo muere a los pocos días. Y con el entusiasmo de un nuevo descubrimiento, concluyó:

—Yo soy una de esas pequeñas aves en el lomo del hipopótamo. Sostengo a los valungu, los blancos de las Tierras de la Corona. Pero tu madre cree que lo único que hago es beber y construir marimbas...

—Padre, no quiero seguir haciendo ese trabajo.

—Tu trabajo todavía no ha empezado. Deja que el sargento portugués se instale y luego te presentas en el cuartel, limpia, guapa y bien vestida. Lista

para trabajar...

—No me refería a ese trabajo. Digo que ya no quiero seguir subiéndome a los árboles, no quiero matar más murciélagos...

—Ah, esa tarea se ha acabado. Ahora hay otros quehaceres. Te adelantaré algo: cuando el sargento te dé una recompensa, no será un gesto de generosidad. Será un pago a cambio de mis favores. Le he entregado una hija y, además, un hijo. ¿Acaso tiene precio lo que ya les he dado?

—Prometí que no volvería a la cantina de ese Sardinha...

—No lo lames cantina. Aquello es un cuartel. Y allí puedes respaldar a tu hermano. Es un buen muchacho, mi Mwanatu, nunca falla con el correo. Nadie se imagina lo que sufre para traer esos papeles.

—Usted conoce muy bien los peligros de ese trabajo. Imagínese que mi hermano pierde una carta, que se le cae al río...

—Tú no tienes nada que ver con eso, son cosas de hombres. Pero quiero que me digas algo: tú, hija mía, tú has leído las cartas, ¿verdad?

—Algunas sí.

—Satisfaz, entonces, mi curiosidad: ¿cuándo va a llegar ese tal gran jefe portugués?

Para mi padre, todos los portugueses eran grandes jefes. Advirtió mi vacilación y se explicó mejor:

—Me refiero a ese otro que salió de Lisboa para venir a matar a Ngungunyane...

—¿Mouzinho de Albuquerque? No sé, padre. El barco en el que viajaba sufrió una tempestad.

—¿Una tempestad?

—Justo al salir de Lisboa, una tempestad casi hundió el barco.

Mwanatu ya había hecho referencia al incidente prematuro que afectó al viaje de Mouzinho de Albuquerque. Que nadie se engañara, murmuró mi viejo padre: aquello no era una tempestad. Era un conjuro.

—Padre, tenga cuidado. Nadie puede saber que leo los telegramas de los portugueses.

—¿Crees que estoy loco? ¿Piensas que no sé lo que les hacen los portugueses a los espías? Yo mismo he denunciado a unos cuantos.

—Las noticias que le doy son mensajes secretos que llegan de Lisboa y de Lourenço Marques. Nadie más puede saber...

—Tengo la sospecha de que hay alguien facilitando información. Y ese

alguien informó a un hechicero creador de tempestades.

—No diga nunca el nombre del sospechoso. ¡Padre, por el amor de Dios! Incluso aquí, en este descampado, tengo miedo de que nos oigan.

—Podría ser tu hermano, podría ser mi hijo, pero un día de estos me olvidaré de que soy padre y lo denunciaré.

—Por amor de Dios, no diga eso. No es justo. Usted siempre ha tratado a Dubula como si no fuera hijo suyo.

—Dime una cosa: para él, ¿quién es su héroe?

—Nunca se lo he preguntado.

—El gran héroe de ese hermano tuyo es el emperador Ngungunyane. Y ahora respóndeme: ¿cómo va a ser hijo mío alguien así?

—¿Y qué va a hacer? ¿Entregarlo a los portugueses?

—Es justo lo que haré. El día que me encuentre con tu hermano, haré que lamente haberse enfrentado a mí.

—Pero, padre, por favor, piénselo bien: tempestades, siempre las ha habido. ¿Por qué motivo esta tendría que ser diferente?

—Pues te revelaré algo: fui a ver a la *nyatisholo*, consulté a la adivina. Acudí a la tía Rosi para aclarar si había habido o no conjuro.

Y me contó que se había sentado frente a la vidente sin doblar las rodillas, como mandan los preceptos. Estaba tan triste y vencido que se le durmieron las piernas sobre la estera. Pidió a Rosi que escuchara como si nunca hubiera escuchado nada en este mundo. Porque él leería, en voz alta, el manuscrito que su hija le había llevado de la casa del sargento.

—Pero, padre, ¿llevó el informe a casa de la tía Rosi?

—Sí, lo llevé.

—Pero ¡eso es una locura! ¿Y si el sargento nota que faltan los papeles?

—Los papeles, como los llamas tú, no son más que uno, y lo tengo yo.

Sacó de la bolsa una hoja arrugada y empezó a leer con la lentitud de quien descifra algo letra a letra. Volvió y revolvió el papel para fingir que la dificultad que tenía para leer se debía solo a la sombra pasajera de las nubes. Y fue desentrañando frase por frase, atropellando las palabras de tal manera que la saliva se le deslizaba por el mentón, hasta caer sobre las manos trémulas: «... Nada más partir del puerto de Lisboa, el barco *Peninsular* en el que iba el capitán Mouzinho de Albuquerque fue alcanzado por una tempestad jamás vista en aquella costa. El mar excavaba abismos y levantaba montañas de tal calado que el navío se volvió tan pequeño que ni Dios podía



verlo. Las olas eran tan altas que la hélice del barco se soltó y se perdió en el fondo del mar. El *Peninsular* se desprendía así de la voluntad humana. Barcos franceses e ingleses acudieron en su ayuda. Les lanzaron cabos, pero estos se rompieron. Lanzaron embarcaciones de socorro, pero estas eran incapaces de navegar en semejante mar revuelto. Por fin, extrañamente, la tormenta amainó de súbito y el barco de Mouzinho regresó a Lisboa para ser reparado y poder proseguir el viaje con la bendición del Señor...».

—¿Te sorprende que haya leído todas las palabras? —preguntó Katini con una sonrisa burlona—. Me enseñaste tú —remató mientras doblaba el papel y lo introducía en la bolsa.

—Pero, padre, ¿solo tiene esa hoja? ¿Y el resto de las páginas?

—La *nyatisholo* las necesitaba.

A la tía Rosi, su cuñada más legítima, no le había hecho falta, durante la consulta, elevar la voz para ser prontamente obedecida:

—¡Mete esos papeles en el agua!

La hoja fluctuó en la vasija que la mujer había puesto sobre sus anchos muslos. El papel se agitó como un barco en la tempestad. Después la tinta se fue soltando y una nube de tormenta oscureció el agua. Aquella mancha inundaría para siempre el alma de Katini.

—Esta tinta no sale del papel —sentenció la adivina—. Esta tinta sale de tus venas.

Abobado, Katini Nsemba observó cómo la hoja, ya pálida, se hundía en la vasija de agua. Rosi le pidió que le entregara el resto del informe.

—Necesito esos escritos —dijo—. Las palabras escritas son grandes conjuros, capaces de magias poderosas. Quiero usar esos papeles para mi trabajo.

—Te lo daré todo, pero antes quiero conocer el resultado de mi consulta.

—Puedes estar seguro de una cosa: esa tempestad no provino del mar. Esa tempestad tenía un dueño. Quien encargó ese hechizo encargará otro. Y la víctima será siempre ese portugués, ese tal Mauzinho...

—Mouzinho —rectificó mi padre.

—Habrá más conjuros contra él, ya sea en África o en Portugal.

—¿Quién encargó la tormenta, tía Rosi?

—Ya sabes, Katini: el que abre la puerta es el que está dentro de casa.

Katini me entregó la única página que quedaba del informe de Mouzinho, creyendo que así aliviaría mi tristeza. Y para distraerme, se puso otra vez a hablar:

—Mira, voy a decirte algo: cuando el ejército portugués venga a salvarnos, debes tener cuidado, hija mía.

—¿Y por qué, padre?

—Esos blancos vendrán montados a caballo. ¿Has visto alguna vez un caballo? Yo vi uno una vez, en Inhambane. Con esos animales hay que tener cuidado, hija mía. Nunca hay que mirarlos de frente.

Los ojos del caballo son incandescentes. Están hechos de agua oscura, como los lagos profundos. Pero es un agua encendida. Si alguien los contempla de frente, le queman el alma.

—¿Y a los hechizos dónde les gusta habitar? En los ojos. El día que conocí a tu madre, nuestras miradas se cruzaron con tal pasión que tú, Imani, tú naciste en aquel momento exacto.

Espantó a las moscas que le rondaban el rostro. El movimiento fue redondo, como si realmente hubiera capturado algo por los aires.

—¿Y tú, ya te has ofrecido para dar clase al sargento Germano?

—Sí, pero no parece que tenga ganas de aprender.

Después de la primera clase, el portugués no levantó la vista de la correspondencia esparcida sobre la mesa. Sin mirarme, dejó claro que solo pretendía aprender lo «esencial». Lo suficiente para poder dar órdenes. En realidad, nunca aprendería una sola palabra. Al fin y al cabo, ¿a quién iba a dar órdenes si viviría en absoluta soledad?

—Ese sargento tiene razón. Nunca he entendido por qué quieren aprender una lengua de negros —suspiró mi padre.

—No quieren. Son órdenes superiores.

—Quiera o no recibir clases, tú preséntate siempre en su casa. Ese hombre será nuestra garantía. Mientras ese sargento esté con nosotros, estaremos protegidos.

—No faltaré, padre.

—Y te digo otra cosa: si algún día ese blanco quiere algo más de ti, ya sabes...

—No le entiendo, padre.

—Lo que te estoy diciendo es muy simple: tú debes ser para él lo que todas

las mujeres son en este mundo. ¿Entiendes?

En silencio, hundí los pies en la arena como si contuviera un río. Lo que contenía, en realidad, era el llanto. Habría sido mejor dejarlo correr. Mi madre decía que, cuando lloramos, el alma sigue el ejemplo de la tierra bajo la lluvia: se vuelve barro. Y el barro nos cobija, el barro moldea nuestra mano.

## 8. Cuarta carta del sargento

Nkokolani, 13 de marzo de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Lamento saber que la carta enviada a través de Fragata se extravió. Más que la mera pérdida, me incomoda la sospecha de que haya ido a parar a manos ajenas. Sea como sea, el mensajero que le entregará esta misiva merece toda mi confianza. Ya me he referido antes a él. Este auxiliar, el único que por desgracia me ha tocado, se llama Mwanatu. Es medio retrasado, pero de una lealtad a toda prueba. Su hermana Imani es tan inteligente y viva que uno casi se olvida de que está ante una joven negra.

Agradezco que me haya advertido que no envíe ninguna información directamente a Lourenço Marques sin pasar antes por la apreciación de Vuestra Excelencia. Nunca pensé que en nuestra administración pudieran darse tales desavenencias. Vuestra Excelencia puede estar tranquilo, pues seré digno de la confianza que deposita en mí.

Debo añadir, señor consejero, que la sospecha de Vuestra Excelencia acerca de que podrían estar produciéndose extraños desvíos e interferencias en nuestra correspondencia es infundada. La única persona que podría interferir en el secreto de esta comunicación sería el mencionado Mwanatu, el mismo que me limpia y me guarda la casa. Es el único que transporta el correo. El muchacho ha aprendido a leer, aunque de forma muy rudimentaria. Pero no solo no se arriesga a abrir las cartas, sino que estoy seguro de que tampoco da a leer a nadie nuestro correo.

Por eso me gustaría proporcionarle en este informe, sin temor a posibles injerencias, los detalles que Vuestra Excelencia me solicitó sobre el trágico acontecimiento que se produjo tras la detención de Francelino Sardinha, el tendero.

Sucedió lo siguiente. En cumplimiento de las instrucciones que recibimos de Lourenço Marques, ordenamos la detención del tendero. No pensamos que fuera necesario esposarlo y, a decir verdad, la noticia no pareció afectarle demasiado. Al contrario, se mostraba tan amparado en nuestra compañía que ni siquiera preguntó los motivos de las sospechas que sobre él recaían. Esta ausencia de sorpresa era, en mi opinión, una clara prueba de que admitía la culpa.

Lo único que nos pidió fue que evitáramos exhibirlo por las calles del pueblo, atado y escoltado por cipayos negros. Durante el resto de la conversación se mostró cordial, aunque expresó su discordancia con nuestra política colonial. De repente, sin embargo, cambió radicalmente de humor. Y adoptó una postura agresiva, hasta llegar a maldecir la gloria de nuestro ejército. Recuerdo sus palabras exactas: «¡Cobarde heroísmo el vuestro: vencer a unas huestes de negros que se arrojan a pecho descubierto contra escopetas y ametralladoras!». No me hizo falta responder a estas palabras desafiantes y provocadoras, pues Fragata replicó de forma contundente que muchos cafres ya poseían escopetas y ametralladoras.

Pero el airado Sardinha no desistía de su propósito. Conocedor de primera mano de una realidad que nosotros solo estimamos a través de informes, el cantinero argumentó que la mayor parte de los vatuas se niega a usar armamento europeo. Estas fueron sus palabras: «No usan las escopetas que les entregan. Dicen que combatir a distancia es propio de cobardes. Esta gente confía en los sortilegios, en amuletos que esperan que los inmunicen contra las balas. Hasta yo, que Dios me perdone, confieso que ya empiezo a creer en esas supersticiones».

A continuación relataré lo que sucedió esa fatídica noche, de la que conservo en mi memoria detalles aún vívidos; procederé de manera minuciosa, pues los diálogos que sostuvimos podrían ser útiles para medir el pulso de las tensiones que nos separan a unos de otros, entre nosotros, los portugueses. Por ejemplo, el cantinero pasó un buen rato enfrentándose al impasible Fragata, preguntándole si hablaba alguna lengua de los negros. Quería saber si nuestros negociadores se habían preocupado alguna vez de aprender alguna de esas lenguas. Dijo que él, Sardinha, hablaba el dialecto de los cafres, porque la vida le había obligado a aprenderlo; que no era como «los demás», que hace años que están en África y no saben ni una palabra de su lengua. Eso dijo el cantinero.

Entonces fue el agregado quien perdió la paciencia. Y al perder los estribos reveló sin querer nuestras verdaderas intenciones: «¿Y tú, querido Sardinha, tú hablas inglés cuando vas a Sudáfrica a vender los secretos militares de los portugueses?».

El cantinero permaneció un rato callado. Vació el vaso de un trago para armarse de valor, y preguntó: «¿Sabe en qué lengua hablo con los ingleses? Hablamos zulú». Según él, los ingleses, al contrario que los portugueses, aprendían a hablar las lenguas de los cafres. Por eso convivían en buenos términos con la corte de Gungunhane y se sentaban a su lado como consejeros. Confieso que ese elogio a los ingleses, como contrapunto a una supuesta deficiencia lusitana congénita, me hizo hervir la sangre.

Tal vez por ello acudí al amparo de la honra patria y defendí el uso de traductores como política propia en territorios africanos. Hablar portugués y enseñarlo formaba parte de nuestra misión civilizadora. Sin perder su actitud insidiosa, el cantinero alegó que éramos unos ingenuos por confiar en los traductores. Y que esa misma credulidad nefasta nos hacía distribuir armamento entre los cafres a los que creíamos nuestros aliados. La sentencia del cantinero desvariado no podía ser más trágica: «Moriremos con las mismas escopetas que pusimos en sus manos. Y la orden de matar se dará en portugués, en la lengua que nosotros hemos puesto en su boca».

Debo decir que a esas alturas Sardinha ya hablaba solo. Porque tanto Fragata como yo estábamos ocupados deshaciendo las maletas para sacar los enseres necesarios. Me sorprendió el entusiasmo que mostró el tendero al verme colgar la escopeta de un clavo en la pared. Y en voz alta, profirió las siguientes palabras: «Hete aquí, colgada de esta pared, la única lengua que esta escoria entiende».

Le dije que tuviera cuidado con lo que decía, porque al día siguiente iba a atravesar la aldea de los cafres flanqueado por dos cipayos armados. El cantinero mantuvo la misma arrogancia e ironizó al respecto de las incongruencias lusitanas: mientras él era arrestado para ingresar en prisión, las autoridades portuguesas promovían a Gungunhane como mi superior jerárquico. Es más, Sardinha se burló de que Terreiro do Paço haya nombrado al jefe de los vatuas coronel de nuestro ejército, con derecho a regalías y privilegios varios. Y lo que reveló a continuación, confieso que me llenó de rabia: «¿Sabe cómo nos llama ese negro a nosotros, los portugueses? Nos llama “mis peles blancos”. Somos esclavos de Gungunhane. No somos

más que eso, sus esclavos...».

La conversación se alargó hasta entrada la noche. Imani se despidió, pues había estado presente durante todo el coloquio, y Sardinha preguntó si podía salir con ella un momento. Tras una breve ausencia, el hombre regresó a casa para suicidarse de forma intempestiva ante nosotros.

Vuestra Excelencia no puede imaginar el engorro consiguiente a aquel acto demencial. Tuve que enterrar de inmediato al desafortunado cantinero, y yo mismo, con mis manos, limpié la sangre esparcida por todo el entarimado de esa cantina a la que llamamos cuartel. Aún ahora, mientras escribo, veo mis dedos cubiertos de sangre.

Recuerdo bien cómo el amigo Fragata acudió en mi ayuda, en cuanto me vio tan afectado.

—No te pongas así, estimado Germano. Nuestro infeliz cantinero no se ha matado solo por la orden de detención. El delito del que se le acusaba era bastante más grave que la venta de armas y colmillos de elefante a los ingleses.

—¿Y qué delito era ese?

—El de espionaje a favor de los ingleses. Tan pronto hubiera llegado a Inhambane, lo habrían fusilado. Y Sardinha lo sabía.

—¿Mandamos fusilar a portugueses? ¿Mandamos fusilar a uno de los nuestros?

—Esa es la cuestión: ya hace mucho que el cantinero no era uno de los nuestros. En realidad era ya..., ¿cómo lo diría?... era un negro, solo que un poco más pálido. Por eso hablaba la lengua de los cafres.

»Es más —prosiguió Fragata—, sus asuntos con los cafres no son lo que ha determinado la detención de Sardinha. Los negros —dijo— son un fantasma que nos persigue, pero no tienen existencia propia. Los ingleses están detrás de ellos. Ese es nuestro auténtico enemigo.

Mi compañero creía haber aliviado el peso de la culpa acicateando mi animosidad contra los ingleses. Pero el remordimiento seguía clavado en mi pecho. Entonces, en un último intento, Mariano Fragata me condujo a la parte de atrás de la casa y señaló un muro de piedra:

—¿Ves aquellos agujeros, todos a la misma altura? ¿Sabes qué es eso?

—No tengo ni idea.

—Todos esos agujeros son de bala. Este muro —concluyó— es un paredón de fusilamiento. En Inhambane me dijeron que no valía la pena llevar al

cantinero a la ciudad. Que lo ejecutáramos aquí, frente a este paredón.

—¿Íbamos a fusilarlo aquí?

—Ibas a fusilarlo tú, que eres el militar. ¿Lo ves? Es mucho mejor que se haya fusilado él mismo.



## 9. Recado de muertos, silencio de vivos

*La diferencia entre la Guerra y la Paz es la siguiente: en la Guerra, los pobres son los primeros a quienes matan; en la Paz, los pobres son los primeros en morir.*

*Para nosotras, las mujeres, existe aún otra diferencia: en la Guerra, somos violadas por desconocidos.*

Estábamos en Nkokolani por motivo de fugas, mentiras y cobardías. Habíamos sido felices en Makomani, junto al mar. En ese lugar nací, en ese lugar crecí como interna en la escuela de la Misión, donde aprendí a ser la mujer que soy. Mi madre, sobre todo ella, había sido feliz en aquella pequeña población a orillas del Índico. Nuestro abuelo Tsangatelo, el más anciano de la familia, fue quien un día, sin razón aparente, nos ordenó irnos de allí para nunca más volver. Fue una decisión inesperada; parecía movido por fantasmas.

Y así fue como nos instalamos en Nkokolani, una aldea del interior, donde solo la presencia del río Inharrime aliviaba nuestra añoranza del inmenso océano. Sin llegar a expresarlo nunca, esperábamos que algún día el abuelo nos diera una explicación; o mejor, que nos pidiera regresar de aquel exilio. Y eso creíamos cuando, un año atrás, mandó reunir a toda la familia.

Estábamos sentados todos juntos en el patio de su casa cuando Tsangatelo salió de su cuarto cargado con el equipaje de un viajero: una estera, una manta, un rollo de tabaco, una bolsa de piel de cabrito llena de harina de mandioca. Y una calabaza llena de agua.

—¿Va a salir, abuelo?

—Voy a emigrar, me marcho a las minas.

La primera reacción de la familia fue reírse. Las minas exigen una edad, las entrañas de la tierra se alimentan de juventud. Tsangatelo ya había pasado de los sesenta. No iba a aguantar ni el viaje a pie. En aquella época aún no existían las empresas de contratación que, tiempo después, se encargarían de

reclutar y transportar a los mineros.

Pero Tsangatelo no había dicho nada tan en serio en toda su vida. Estaba decidido a trabajar en las tierras de los ingleses. Se disponía a ir a Diamond, que era como llamábamos a las minas de diamantes de Sudáfrica. Alarmada por la gravedad del anuncio, la familia se congregó en el patio de la casa. Intentaron disuadirlo, usando primero el argumento de la edad. Luego adujeron otras razones. Le dijeron que se fijara en el estado lamentable en que volvían los *magaiças*.<sup>[3]</sup> De todos los parientes, el que más protestaba era mi tío Musisi:

—Nuestra partida a tierras del Rand es peor que cualquier guerra que hayamos vivido.

Y argumentó que cuando nuestros jóvenes regresaban de Sudáfrica ya no eran los mismos, nunca más volvían a ser vachopi. Impasible, el abuelo Tsangatelo no prestaba oídos a nadie. Pero el tío Musisi insistió: las minas del Transvaal estaban matando nuestra nación. Antes pagábamos la dote con el ganado. Ahora solo querían las famosas libras inglesas.

Otro pariente comentó en contraposición: los portugueses nos pagaban con su moneda, pero nos cobraban en la moneda de los ingleses. Dadas estas condiciones, ¿cómo no íbamos a emigrar?

El pesado silencio de la resignación ya se había instalado cuando la abuela se enfrentó, con voz trémula, a su esposo:

—¿Y este es el ejemplo que quieres dar a nuestra familia?

—¿Qué familia? —preguntó el abuelo.

Y la mujer no dijo más.

\*

Antes de salir de Nkokolani, el abuelo me llamó. Al hacerlo infringía el mandamiento de la aldea: nadie habla de asuntos serios con niños, y mucho menos del sexo femenino. En esa época, yo no tendría más de diez años. Hoy ya lo entiendo: nuestro pariente más anciano tan solo tenía necesidad de escucharse a sí mismo. Frente a mí, recordó el momento en que fue convocado para visitar a su padre moribundo. No tuvo valor. No era capaz de contemplar un desenlace que, al fin y al cabo, era su propio final. Muchos años después, me miraba fijamente para abrir su corazón:

—Ahora, con las nuevas invasiones de los vanguni, está ocurriendo lo

mismo. No quiero que me llamen otra vez para asistir a una muerte aún mayor: la de mi tierra.

Miré sus pies agrietados. En aquel momento sentí vergüenza de mis sandalias. Y mis piernas pesaron de culpa. Con excepción de mi familia, nadie en la aldea sabía lo que era ir calzado. Bastaba con eso para que nos llamaran valungu, los blancos.

Tsangatelo me pidió entonces que fuera a buscar un cuaderno de los que guardaba en casa. Quería dictarme un sueño que le perseguía. Pretendía que anotara sus palabras exactas y luego rompiera el papel, para que él, así, pudiera verse libre de la pesadilla. Hice su voluntad.

\*

Escribe, nieta mía, escribe sobre los soñados. Y tú preguntarás: ¿los soñados? Y yo te responderé: sí, los soñados.

Porque los sueño. Digo que los sueño y no que sueño con ellos. Todas las noches se me aparecen los soldados muertos, más despiertos que yo. Llegan a mí de todas las batallas, de todos los tiempos y lugares. Y después me sacuden con sus largos brazos para decirme que han venido a causa de la nueva guerra.

—¿Qué guerra? —les pregunto con miedo.

—Esa que está a punto de empezar —responden los soñados.

Miro fuera de la casa. Pero lo hago solo por distraerme. Porque saben que no veo nada más allá de mí mismo. Soy un campo arrasado, un cementerio más grande que la propia tierra.

Todos estos soñados me pesan hasta el extremo de hundirme en el sueño. Porque viajan cargados con las armas con que fueron abatidos.

—Dadme tregua —les pido.

—No hemos sido nosotros los que hemos abierto la puerta —responden—. Has sido tú. Tú eres el soñador.

Señalo con el dedo las paredes de mi cuarto para mostrarles el escaso espacio:

—Dentro de nada ya no cabrá ni uno más de vosotros.

Y ellos responden:

—Cuando eso ocurra, tú tendrás que salir del sueño.

Entonces se me ocurre persuadirlos. Le hice señas al que tenía más

cerca, y cuando me disponía a susurrarle algo al oído exclamó, categórico:

—Cuchichear no merece la pena. Aquí todos te oímos incluso antes de que hables.

—La guerra de la que habláis puede tardar en suceder —argumenté.

—En ese caso, dispararemos contra ti.

—Pero yo soy el soñador.

—Ya no lo eres. Ahora somos nosotros los que te soñamos a ti.

\*

Cuando acabó de dictarme sus intimidades nocturnas, Tsangatelo irguió la espalda como si sintiera alivio. Luego me pidió que le entregara la hoja en la que había escrito, para romperla y lanzarla al viento él mismo. Y así procedió, girando lentamente sobre sí mismo y arrojando los pedazos de papel a los cuatro puntos cardinales. A continuación, con los ojos abiertos, abrió los brazos y se puso de cara al sol. Y entonces proclamó:

—Adiós, soñados. Me marchó allí donde seré dueño de mis sueños.

Y se despidió. Me quedé inmóvil viendo cómo Tsangatelo se alejaba, con esa sabia habilidad de no ser más que una sombra. Aquellos pies que surcaban la arena eran más antiguos que la propia tierra. Todos sus antepasados marchaban sobre aquellos pasos.

\*

Mi abuelo tenía mi edad cuando nuestras tierras fueron invadidas por primera vez. No entendíamos por qué aquella gente nos tomaba por animales y apreciaba más sus bueyes que los pueblos a los que sometían. No entendíamos por qué motivo robaban nuestro ganado, mataban a nuestra gente y violaban a nuestras mujeres. Nos llamaban *tinxolo*, «cabezas». Así nos veían: nos contaban como esclavos, nos descartaban como animales. Fundaron un imperio a hierro y fuego que pasó de abuelos a hijos, de hijos a nietos. Y ahora ese nieto, Ngungunyane, volvía a castigarnos.

La persistencia de la agresión produjo cambios en nuestra gente. Lo cierto es que siempre habíamos vivido dispersos y entretenidos en pequeños conflictos entre pueblos vecinos. Pero aquella amenaza nos unió en una misma entidad. Nos convertimos en los vachopi, los «del arco y la flecha».

Resistimos la invasión de los vanguni, mantuvimos nuestra lengua, nuestra cultura, nuestros dioses. Pero pagamos cara esa obstinación. Para Tsangatelo, el precio fue perder su propia vida.

\*

Había pasado un año desde la partida de mi abuelo. Una mañana llegó a nuestra casa un mensajero con un recado: nuestro pariente se había perdido en el interior de la mina donde trabajaba.

—¿Ha muerto? —preguntó la abuela sin emoción.

No, no había muerto. Simplemente se había perdido. Eso respondió el mensajero. O tal vez «perder» no fuera el verbo correcto, añadió, dudando.

—Bueno, entonces es que se ha muerto —concluyó la abuela—. ¿O acaso no es su muerte lo que has venido a anunciarnos?

Ofrecí al visitante una cáscara de coco llena de *nsope*. El hombre permaneció impasible, examinando la bebida. No sé por qué, recordé una antigua canción de la infancia: «Qué hermosos los pies de los mensajeros...». Y los pies del mensajero fueron entrando en la canción como si me llevaran lejos de la aldea.

Por fin, el emisario se llevó la cáscara de coco a los labios. Nunca había visto a nadie beber con tal lentitud. Estaba rumiando lo que le quedaba por anunciar. Al fin, se lanzó: no era definitivo que el abuelo Tsangatelo se hubiera perdido involuntariamente. Todo indicaba que nuestro pariente más anciano se había desorientado por decisión propia.

—¿Decisión propia? —se extrañó la abuela, para concluir, de inmediato—: Entonces no es mi marido.

Entre los compañeros mineros solo había una explicación: Tsangatelo había escogido vivir para siempre en los laberintos subterráneos. Nuestro familiar se había exiliado al interior de la mina para vagar eternamente en la oscuridad. A veces los mineros oían, por las noches, a alguien que excavaba en las profundidades. Era Tsangatelo abriendo nuevas galerías. Escarbaba de tal modo el vientre de la tierra que no había rincón donde no hubiera llegado. Corríamos el riesgo de que la nación entera se desmoronara a falta de un suelo que la sostuviera.

La abuela se rio sin tristeza ni enfado. Y comentó:

—Ese diablo debería haberme devuelto la dote hace mucho...

—Tal vez no le guste lo que voy a decir a continuación —se disculpó el visitante, y me acercó el recipiente para que volviera a llenarlo.

—Prosiga, amigo mío —lo animó la abuela—. ¿Tsangatelo se ha perdido en las profundidades? No podría recibir mejor noticia.

Sin embargo, había otro asunto más grave, que se comentaba en las barracas donde dormían los mineros. En voz baja se decía que, de cuando en cuando, una mujer descendía a las galerías para llevarle agua y comida. Y así era como el viejo Tsangatelo sobrevivía.

—¿Una mujer? —preguntó la abuela—. ¿Es lo que has dicho: una mujer?

Escuté el rostro de mi abuela, me fijé en sus oscuras retinas. Ni rastro de celos, ni de sorpresa. Nada. Ni un asomo. El mensajero se pasó el dorso de la mano por los trémulos labios varias veces. No se limpiaba. Reunía valor para continuar.

—Le gustará aún menos saber el resto.

—¿El resto? ¿Qué resto?

—En realidad, nadie cree que la que baja a verlo sea una mujer.

—¿Quién si no? ¿Un espíritu?

—Es un hombre.

—¿Un hombre?

—Un *tchipa*. Uno de esos hombres que prestan servicios femeninos entre los mineros. Esa es la verdad: su marido ahora está casado con un *tchipa*.

Y entonces mi abuela reaccionó. El gesto burlón dio paso a una máscara de dolorosa sorpresa. Todos habíamos oído hablar de esos mineros que se «casaban» con otros hombres y se olvidaban de las esposas que habían dejado en su tierra de origen. Pero nunca habíamos imaginado que el abuelo Tsangatelo fuera a ser uno de ellos.

Con inesperado vigor, mi abuela arrancó de la mano del intruso la cáscara de coco, la tiró al suelo y echó de allí al mensajero. Esperó a que el hombre desapareciera para exclamar a voz en grito:

—¡Tsangatelo ya no es una persona! Es un muerto. Tsangatelo ha muerto.

Y entró en la casa con grandes aspavientos para, a continuación, arrojar por la puerta todas las posesiones del marido. Como hacen las viudas, golpeó con una vara todas aquellas pertenencias. Les quitaba la inmundicia de la muerte. Haciendo silbar la fusta, sentenciaba:

—Ese estúpido se pudrirá en el hoyo que él mismo excavó.

Aquellas palabras sonaban como una terrible maldición. Para mí era al

contrario: el abuelo nos estaba diciendo que había una salida. Nkokolani no era, al fin y al cabo, como esos lugares pequeños donde el único camino es el de regreso. Se había marchado y no había vuelto.

Aún hoy, cuando me duermo, oigo sus largos dedos excavando el vientre de la tierra. Y así va desenterrando las estrellas que conservamos junto al termitero. Y así es como mi madre y yo enterramos nuestro sueño de regresar algún día junto al mar.

\*

Era mediodía, hacía tanto calor que hasta las moscas, soñolientas, evitaban volar. Estábamos a la sombra de la parte de atrás. La tía Rosi nos había visitado aquella mañana, y se había quedado allí como si hubiera olvidado que su casa era otra. Pero su demora se disculpaba, pues a aquella hora los caminos ardían. Pedazos de fuego se desprendían del sol y nadie podía pisar el suelo.

Mi madre le trenzaba el cabello y se reía de los pelos blancos que su cuñada quería ocultar bajo el nuevo peinado. Entonces mi padre se levantó y nos mostró una página colorida que había robado de un libro de la antigua iglesia. Antes había estado mirando la hoja como si esta contuviera la solución a nuestras aflicciones.

—¿Veis estos ángeles?

—No veo que ninguno sea negro —ironizó Rosi, y ella y mi madre se rieron.

—Callad: esto es muy serio. Quiero preguntaros una cosa: si uno de estos ángeles apareciera ahora en Nkokolani, ¿qué le pediríamos?

—Si quienes existen no nos escuchan, ¿vale la pena pedir algo a quienes no existen?

—Yo pediría un novio para Imani —ironizó Rosi.

—Si en vez de alas tuvieran remos... —suspiró mi madre.

Yo esperaba que mi padre quisiera oír mi deseo, pero decidió hablar en mi nombre. Y dijo que a mí no merecía la pena preguntarme, porque estaba muy claro cuál era mi anhelo secreto.

—¿Verdad, hija?

Adoptó una postura rígida, agitó sobre el pecho la hoja de papel y proclamó que, en su caso, no iba a pedir nada.

—He venido aquí a pensar —declaró—, y he decidido que, puesto que soy el más viejo de los Nsambe, hoy iré a hablar con los espíritus.

—Todavía no ha salido el sol y ya estás borracho —comentó mi madre.

Aquella noche, en el cementerio de la familia se celebraría una ceremonia para recordar a Tsangatelo y, sobre todo, para pedirle que nos trajera la paz. No queríamos ganarnos tanto la simpatía de los portugueses como el favor de nuestros antepasados. Tal culto manifestaba la división que reinaba en nuestra familia: para unos, como mi abuela y mi padre, nuestro pariente más viejo estaba muerto; para otros —y yo me contaba entre ellos—, Tsangatelo se limitaba a recorrer vivo un túnel largo y oscuro. Y un día sería expulsado de aquel túnel, como si de un segundo parto se tratase.

\*

Los preparativos para la ceremonia exigían el esfuerzo de todos. A mí me correspondió una labor lejos de casa: me pasé toda la tarde recogiendo leña. Acarree palos y ramas como si fueran pedazos de mí que amontonaba bajo el brazo. Siguiendo el ejemplo de las demás esposas de Nkokolani, mi madre había puesto a arder durante la noche ramas voluminosas. Así solían hacerlo invariablemente. Por la mañana, cuando las casas nacían, el fuego ya estaba encendido. Y así se evitaba a los hombres el trabajo de encender otra hoguera. En nuestra aldea, encender el fuego es tarea exclusiva de los maridos.

Empezaba a anochecer y yo aún no había apilado toda la leña en el patio. Las aves ya habían levantado el vuelo, asustadas, y los aldeanos buscaban refugio en sus casas. El ciego de la aldea, que nunca salía a la calle, apareció en la plaza. Hacía años que había vuelto de la guerra sin heridas aparentes. Pero la guerra se le había metido en la cabeza, apagando sus ojos por dentro.

El ciego oyó el aleteo de las aves al partir y declaró:

—¡Hermanos, estos son los últimos pájaros! Miradlos bien, porque jamás volveréis a verlos.

Giró sobre sí mismo, como si bailara con sus pies ciegos, con los brazos abiertos como alas.

—Saludemos a estas aves que alzan el vuelo a los cielos. Saludémoslas, porque mañana en Nkokolani solo volarán las balas.

Y volvió a entrar en su casa, braceando en la oscuridad. El misterioso



sonido de la campana era para mí una llamada, un aviso de que los otros dioses nos pedían atención. Dejé la leña a medio ordenar y me olvidé de las obligaciones pendientes. Y allá fui, bajo la tenue luz que quedaba, en dirección a la iglesia decadente. Era un edificio pequeño y humilde, se hallaba en tal estado de ruina que nadie entraba desde hacía mucho tiempo. Ni el mismo Dios estaba presente. Cuentan que allí se habían rezado misas y catequizado a numerosos nuevos cristianos. Pero, desde que el último cura se marchó a Inhambane, el edificio había declinado, solitario y marchito, como una isla en medio de los infinitos espíritus africanos. Fue en una pequeña iglesia, parecida a la que un día había sido esta, donde hacía tiempo yo aprendí las letras y los números.

\*

No hay nada como una iglesia pequeña y vacía para encontrar a Dios en nuestro interior. Recordé la época en que la iglesia de Makomani estaba activa y el padre Rudolfo repetía para sí: «Allá en la metrópoli dicen que los negros no tienen alma. Y es al revés: esta gente tiene más que alma...».

Tal vez el sacerdote tenía razón. Pero en aquel momento yo no tenía alma que me valiera. Me arrodillé y acerqué el oído al suelo. Escuché al abuelo Tsangatelo excavando para llegar a la superficie. Pero había demasiada piedra, y los dedos de mi abuelo eran frágiles y estaban cansados.

Las campanas volvieron a tocar, y la lechuza que vivía enclaustrada en las ruinas aleteó sobre mi cabeza. Avancé pisando un suelo alfombrado de plumas, como si anduviera sobre un rayo de luz lunar. Dice el proverbio que las plumas de lechuza son tan leves que nunca llegan a caer. Esa noche, las plumas revolotearían enloquecidas y ascenderían hasta colarse por las tejas. Una vez en el techo, se convertirían en cuerpo y alas: nacerían ángeles. Mis aullidos pondrían la piel de gallina a los más valientes. Como dice mi madre: para mi locura basta una pequeña porción de luna.

Cuando me alejé de allí, la campana aún sonaba, tocada por manos invisibles. Regresé a casa con la certeza de que no debía buscar a mi abuelo en la iglesia. Mientras los demás se distanciaban para celebrar la ceremonia de evocación de un muerto que nunca había muerto, yo escogía otro modo de celebrar a nuestro abuelo. Abracé el termitero como si así abarcara la tierra entera. Aquel era el altar de la familia, nuestro *digandelo*, donde crecía la

sagrada *mafurreira*. Allí até los paños blancos. Allí escuché a Tsangatelo, como quien escucha el aleteo de un ángel.

\*

Tsangatelo se aproximó al termitero para narrar una vieja y trillada fábula. Era de noche, los dioses lo autorizaban a contar historias. Sin embargo, en esa ocasión improvisó una nueva escenificación. Se puso en pie para adoptar el tamaño de la noche. Y cuando habló, parecía expresarse en un idioma nuevo que nacía de sus palabras. Como si solo los dioses le oyeran. Esta es la historia que Tsangatelo relató:

En un tiempo en que ningún lugar tenía nombre todavía, hubo una antigua guerra. La batalla se hallaba en sus preparativos iniciales, ese momento en que los guerreros tienen tanta fe que, frágiles y poseídos por el miedo, están fuera de sí. Los dos ejércitos se disponían a enfrentarse cuando un gran destello rasgó los cielos. Una estrella incandescente barrió el firmamento. Los soldados cayeron al suelo, cegados momentáneamente. Cuando volvieron en sí, habían perdido la memoria, y no recordaban para qué servían las armas que cargaban. Entonces se deshicieron de lanzas, lancetas y escudos y se miraron los unos a los otros, sin saber qué hacer. Hasta que, perplejos, los jefes tribales se saludaron. Luego los soldados se abrazaron. Y cuando volvieron a contemplar el paisaje, ya no veían territorio que conquistar, sino tierra que cultivar.

Al fin, los hombres se dispersaron. De regreso a sus hogares, escucharon la más antigua canción de cuna, entonada por las infinitas voces de una misma mujer.

## 10. Quinta carta del sargento

Nkokolani, 5 de abril de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Ayer viajé por vía fluvial a Chicomo. Allí participé en la reunión de oficiales de la Columna Norte, donde pasamos revista a los avances y las dificultades de nuestra campaña contra el cuartel general de Gungunhane, en Manjacaze. Vuestra Excelencia recibirá en mano el informe detallado de este encuentro.

Al día siguiente regresé a Nkokolani en compañía de su agregado, nuestro amigo común Mariano Fragata. Viajamos durante toda la mañana en piragua, descendiendo el río Inharrime. En determinado punto del trayecto, desde la orilla izquierda, un hombre nos hizo parar. Era un negro alto, bien parecido y de cierta edad, que agitaba los brazos para llamar nuestra atención. Di orden de interrumpir la marcha, pese a los consejos contrarios de todos los ocupantes de la canoa. Dicho negro me saludó con una mezcla de sumisión y dignidad y me hizo, más con gestos que con palabras, una extraña solicitud: que alterara en sus documentos la fecha de nacimiento. Tenía que renovar su licencia de trabajo en las minas de Sudáfrica y no podía confesar su verdadera edad. Aprovechó para presentarse y me pidió que nadie de la aldea de Nkokolani supiera nada de su aparición.

—Soy Tsangatelo, el más antiguo de los Nsambe. Ya habrá conocido a mis nietos en Nkokolani: Mwanatu e Imani, hijos de Katani y Chikazi.

Iba acompañado de otro minero, que fue más discreto que una sombra pero que nos ayudó como intérprete con el resto de la conversación. Ese otro hombre era un landin, natural de Lourenço Marques, y parecía más adaptado a nuestras costumbres.

—No puedo falsificar los documentos —argüí.

—¿Quién dice nada de falsificar?

—Tú. Me has pedido que cambie la fecha.

—Que la cambie sin mentir. Porque nadie sabe el día exacto que nació. ¿O usted lo sabe?

—Yo qué voy a saber.

—Además, los portugueses son ahora nuestros padres. Usted es mi padre. ¿Cómo puede negarse a algo que le pide un hijo, un hijo más viejo que el propio padre?

Fragata, que hasta ese momento se había mantenido al margen, se presentó en la proa de la piragua para zanjar de una vez por todas aquella cháchara. El viejo cafre entrecerró los ojos y levantó un brazo:

—Yo me acuerdo de usted —exclamó.

—Pues yo no creo haberte visto nunca.

—Usted es el señor del diente de oro. Yo soy Tsangatelo, el jefe de las caravanas, ¿no se acuerda? Transporté armas para sus tropas...

Mariano Fragata inclinó la cabeza y escrutó la figura a contraluz. Después bajó de la embarcación para abrazar al negro. Y allí, con la ayuda del traductor, celebraron el reencuentro, como viejos compañeros de armas. En un momento dado, al percatarse de mi curiosidad, Fragata me explicó:

—Este tipo nunca había visto un blanco antes de mí. Creía que el caballo y yo éramos una misma criatura.

Y se rieron los dos. El portugués, con una risa contenida y austera, una alegría vestida de rigor. El africano, con una carcajada larga y desenvuelta, cual crecida de un poderoso río. Confieso que aquella risotada me provocó una rabia incontenible, como si me hallara ante una manifestación del demonio. Aquellas maneras, súbitamente rudas y ásperas, renovaron en mí una triste sospecha: por mucho que les enseñemos nuestra lengua, por más que se arrodillen ante un crucifijo, los cafres nunca dejarán de ser niños en estado salvaje.

Entonces Fragata ordenó que hiciéramos una parada allí y compartiéramos alimento y agua con aquellos dos mineros. Y una vez sentados bajo una frondosa sombra, el agregado procedió a dar las necesarias explicaciones sobre quién era aquel viejo negro. Se trataba de un antiguo dueño de caravanas que años atrás había abordado una comitiva pionera de la que Fragata formaba parte, ofreciendo sus servicios para el transporte de armas y víveres. Tales servicios acabaron siendo providenciales a la hora de instalar

nuestros primeros cuarteles. En aquella época, Tsangatelo era una autoridad con prestigio en toda la región. Sus caravanas tenían derecho de paso asegurado a lo largo de todo nuestro recorrido, ya fuera en el Estado de Gaza o en Tierras de la Corona portuguesa. Los jefes locales recibían dinero y garantizaban la protección contra salteadores armados. Y aquel antiguo aliado era el que ahora, escuálido y andrajoso, se presentaba ante nosotros.

—Vaya, ¿y cómo al viejo Tsangatelo le ha dado ahora por ser minero?

—¿Y usted? ¿Todavía tiene ese diente de oro?

Nuestro Fragata parecía arrebatado, hasta el punto de que accedió a levantarse los labios para exhibir el diente, que refulgió a la intensa luz del día.

—Aquí aún lo tengo y tendré, viejo Tsangatelo —proclamó.

Al ver la dentadura de Fragata, el negro manifestó una inquietud repentina, dando un chasquido con la lengua.

—¿Qué ocurre? —pregunté al verlo alterado.

—Es que ese diente es solo el principio —dijo el negro.

—¿El principio? ¿El principio de qué?

A lo que el negro respondió que todo el esqueleto de Fragata se acabaría convirtiendo en oro. Y le pesarían huesos y osezuelos que ni sabía que tenía. Dicho de otro modo: nuestro amigo estaba en proceso de transformarse en una mina. Con su larga experiencia de minero, Tsangatelo advirtió:

—Lo matarán, patrón. Y lo destriparán como a un aurífero. Yo que usted me arrancaría ese diente. ¿O cree que por ser blanco se va a librar?

Nos reímos sin entusiasmo de aquel despropósito. Y le ofrecimos vino y galletas de campaña. Él y su compañero se sirvieron con refinados modos. El viejo quiso saber de mí y le informé de mi condición de novato en tierras africanas. Al instante reveló una extrañísima curiosidad:

—¿Puedo preguntarle algo? ¿Qué tamaño tiene Portugal?

—No entiendo la pregunta.

—¿Sabe qué tamaño tienen las tierras africanas? Ni nosotros lo sabemos. Porque nuestras tierras son tan extensas que medimos los viajes por los ríos que atravesamos. Usted está viajando por este río. Yo ya he perdido la cuenta de los ríos que he cruzado.

Y calló. No lo habría entendido de no ser porque Fragata me explicó la lógica de aquel idioma: el negro me estaba advirtiendo acerca de las adversidades que habríamos de superar para vencer el vado de los ríos que

teníamos por delante. Aseguró que no podía ni imaginar las penosas travesías, a tientas por sus traicioneros lechos, con hombres, bueyes, caballos, cañones y carga. Este negro tiene razón, dijo Fragata. Y mi compañero añadió que esas travesías eran una guerra dentro de la guerra. Y cuantas más armas teníamos, menos preparados estábamos.

Ya era tarde cuando Fragata trató de convencer al cafre para que viniera con nosotros a Nkokolani. El minero Tsangatelo se negó tajantemente. Nos explicó que se había marchado del pueblo hacía años, allí no sería bien recibido. Quería ahorrarse esa desilusión. ¿Y por qué motivo no iban a recibirlo bien? En un tono displicente, respondió: todos conocen la rabia de los que se quedan, frente a aquellos que tuvieron el valor de partir.

Y aquel fue el final de la conversación. El viejo minero se levantó, y solo entonces me percaté de su verdadera delgadez. El hombre parecía más un mástil que una persona. Sin embargo, su fragilidad mentía, como sucede en estas tierras, donde todo acaba siendo falso e ilusorio. Lentamente, como si la parsimonia fuera parte de su educación, el hombre se fue despidiendo de nosotros. Dio las manos a Fragata, y así permaneció mientras le repetía con vehemencia que se librara de aquel diente de oro.

—Tenga cuidado, señor. Nosotros los mineros descendemos a los túneles porque confiamos en sus dioses.

Eso fue lo que declaró el viejo negro. No entendí el motivo de semejante afirmación, que para mí era una desvergonzada herejía. ¿Por qué mencionaba a nuestros dioses? Entonces Tsangatelo me interpeló —a mí, y no a Fragata— en los siguientes términos:

—Ese oro, esos diamantes..., ¿a quién cree usted que pertenecen?

—Pues a quien los extraiga.

—Es al contrario, señor. Son de quien los colocó allí. Y fueron los espíritus de los antepasados quienes los sembraron. Y yo pregunto: ustedes, los blancos, ¿pidieron autorización?

—La pedimos a vuestros jefes.

—¿A cuáles?

—A los que mandan sobre todo aquello.

—Esos jefes no mandan sobre la tierra, ni mandan sobre lo que hay en su interior. Por eso digo —prosiguió el indígena— que será bueno que vuestros dioses nos protejan. Porque hace mucho que perdimos la protección de los nuestros.

El bueno de Fragata, que regresará a Inhambane al cabo de unos días, asistió a este pintoresco diálogo, y entró en un estado de melancolía que le duró el resto del viaje. No puedo sino pensar que nuestro compatriota se volvió permeable a la absurda creencia infantil de aquel negro. La verdad es que yo mismo me dejé invadir por ese abatimiento. ¿Qué clase de mal es este, señor consejero, que nos contamina en estos parajes tropicales?

He querido dejar constancia de este incidente porque soy conocedor de la sensibilidad de Vuestra Excelencia. O, quién sabe, quizá necesite olvidar la farsa que, a lo largo de los siglos, hemos escenificado al exhibir nuestros débiles poderes. El viaje a Chicomo, y en particular la travesía por el río, suscitaron en mí dudas que me atormentan. ¿Qué Tierras de la Corona son estas que nunca han visto al rey? ¿Alguna vez ha pasado por la cabeza de don Carlos visitar los territorios de ultramar? Y si alguna vez lo hiciera, ¿le mostrarían esta África? Todas estas preguntas me torturan, y si las comparto con Vuestra Excelencia es porque entiendo que, al ponerlas sobre el papel, les quito peso.

Recuerdo de un modo casi poético cómo el negro Tsangatelo aludió a la inmensidad de estas tierras, comparadas con Portugal. Las palabras de aquel indígena me plantean otras dudas: ¿pueden tan extensos territorios ser nuestros? ¿Pueden ser propiedad lusitana tierras que no acaban en un único mapa del mundo?

Los ingleses de Sudáfrica ya nos están acusando de comprometer el prestigio de la raza blanca. Y hasta han llegado a proponer que se contraten mercenarios bóers para poner fin a la rebelión de los landins y a la desobediencia de Gungunhane. Tal vez haríamos bien en acoger mercenarios en nuestras filas. Si aceptamos vergonzosamente el ultimátum de los británicos, más valdrá perder una parte del territorio si con ello salvamos nuestra dignidad allí donde mantengamos una presencia efectiva.

P. D. Vuestra Excelencia me ha animado a hacer uso de un tono menos formal en nuestra correspondencia. Dice que está cansado de tratar con documentos oficiales, que está tan cansado de ellos como de dormir fuera de casa. Me ha pedido que redacte cartas en vez de informes, y que le escriba como a un amigo. Sus condescendientes palabras son, para mí, una auténtica bendición. Así, estimado consejero José d'Almeida, usaré en adelante un tono más familiar.

Por este motivo, y con la confianza de un amigo, le contaré lo que sucedió anoche. Pues me dormí como si estuviera lejos de mí mismo, o como si mi cuerpo fuera más vasto que el territorio africano. Y he dormido intranquilo, sintiendo que un río atravesaba mi sueño. Al despertar, a los pies de la cama estaba el viejo minero Tsangatelo. Parecía un cisne negro, y se deslizaba silenciosamente mientras un murmullo de agua se extendía por el aposento. El minero iba remando y yo, tendiéndole el brazo, le suplicaba: «¡Enséñame a reír, Tsangatelo! ¡Enséñame a reír!».

Extraños sueños estos, suscitados por las noches africanas. Lo cierto es que ese delirio me tiene ocupado todo el tiempo. No dejo de recordar la casa de mi infancia, en una aldea fría del norte de Portugal. En aquel primer hogar no había lugar para la risa, como si la alegría tuviera que limpiarse los pies en un felpudo polvoriento a la entrada. Severo y circunspecto, mi padre vestía de negro como si guardáramos luto por todas las muertes de este mundo. En la oscuridad de la noche, cuando toda la casa dormía, mi madre venía a despedirse de mí de puntillas, para que su esposo no la oyera. «Tu padre no me deja darte un beso —me decía en voz baja. Y añadía en un susurro—: Tu padre tiene miedo de que, si soy demasiado madre, sea menos suya». Y me contaba historias a media voz. Eran fábulas sencillas, unas para reír, otras para llorar. Sin embargo, a aquella edad yo ya había aprendido a contener las lágrimas y a tragarme la risa.

Nací y viví entre sombras. Mi casa tenía el olor y el silencio de un orfanato. Yo lo tenía todo para ser un buen soldado.



## 11. El pecado de las mariposas

*El que urde venganzas cree anticiparse al futuro. Es un logro: el vengador vive en un tiempo pasado. El vengador no actúa solo en nombre de quien ya ha muerto. Él mismo está muerto. Lo mató el pasado.*

Sabíamos que mi padre se había despertado por el chasquido que hacía con la boca. Ese ruido se oía en toda la aldea. Los vecinos comentaban a coro: Katini ya se ha desenterrado. Era un chiste, pero al mismo tiempo funcionaba como un aviso. El recién despertado regresaba del sueño, había que ir con cuidado: el hombre traía en los pies el polvo de los dioses.

Aquella mañana nuestro padre se despertó sin hacer ruido. Provisto de un enorme saco, salió de casa atolondrado y se dirigió al cuartel donde se alojaba su hijo pequeño. Con brusquedad, le ordenó que lo acompañara. Luego tomó la dirección del río y, por el camino, fue movilizando a los jóvenes que iba encontrando. Pidió a todos que reunieran azadas y que las llevaran con ellos en aquella excursión. Atravesó los campos de arroz y se detuvo para contemplar la extensión del valle. Los sembrados eran un signo de desobediencia que enorgullecía sobremanera al tío Musisi. Los invasores vanguni nos habían prohibido cultivar arroz. Decían que era «comida de blancos». Pero aquello solo eran palabras. El verdadero motivo era otro: los pequeños granos no se prestaban a la fabricación de bebidas. Nos robaban más y mejor si sembrábamos maíz.

Cuando llegamos a la orilla del río, el paisaje era otro: todos los terrenos eran cultivos de maíz. Los campos de arroz que habíamos dejado atrás no eran más que una transgresión mínima y temporal. Por lo demás habíamos abandonado nuestros propios alimentos: la *mapira* y la *mexoeira*. Musisi tenía razón: estábamos imitando a los invasores. Y lo hacíamos en lo más visceral: comíamos lo que ellos comían.

Mi padre subió a un termitero, examinó bien a su pequeño ejército y, a continuación, volvió el rostro hacia el cielo hasta que los ojos se le llenaron

de luz. Cuando descendió, estaba mareado. Tambaleándose, recogió las azadas de los presentes y las amontonó sin orden ni concierto. Después distribuyó latas de parafina y ordenó que prendieran fuego a las herramientas apiladas.

—Ya no las necesitamos —dijo—. Cuando tengamos que cavar, usaremos este hueso.

Como si fuera una lanza, levantó una costilla de elefante que llevaba en el saco. Y a voz en grito añadió que después de la primera hoguera incendiaríamos los cultivos, no quedaría ni rastro de verde en la pradera.

Los jóvenes retrocedieron, aterrados. Ante la perplejidad general, Katini reaccionó, enfurecido:

—Haced lo que os mando. No estoy loco, ¡obedecedme!

Los adolescentes huyeron despavoridos. Quedaron padre e hijo, solos en un mar de humo y llamaradas. Al poco rato, buena parte de la aldea se presentó con ramas verdes para combatir las llamas. Un grupo de hombres acudió a insultar y agredir a mi viejo padre. Mwanatu se interpuso con su ridículo uniforme, proclamando:

—En nombre de la Corona portuguesa, ¡dejad a este cafre en paz!

Arrastraron a Katini gritando:

—¡Atadlo, atadlo!

Se pusieron a buscar uno de esos troncos con orificios donde se ata a la fuerza, de pies y manos, a los salteadores. Pero Katini tuvo suerte, pues el fuego estaba consumiendo todos los troncos. Con la cara hinchada y cubierta de sangre, mi padre reunió fuerzas y se lamentó:

—Negros brutos e ignorantes, ¿es que no veis que os estoy salvando la vida?

Para él era evidente: los soldados que descendían del norte venían hambrientos. No los guiaba el odio sino el hambre. Si supieran de la existencia de nuestros cultivos, nos atacarían sin contemplaciones. Y eso quería evitar. Nuestra indigencia era el mejor escudo contra los agresores. Nadie ataca a quien nada tiene.

Los aldeanos volvieron a casa, lanzándome la mirada que suele destinarse a los huérfanos. Detrás de mí, mi padre rascaba el suelo con la costilla de elefante. Por un momento pensé que cavaba su propia tumba.

En casa, mi madre fingió que no sabía nada de lo ocurrido aquella tarde. Sentado sobre el hueso de elefante, mi padre esperaba en vano que le dedicara su atención. Arrodillada frente al gran cántaro de barro, mi madre estaba ocupada: pasaba las manos por el agua y se frotaba los dedos a conciencia. El episodio de los soldados aún la perturbaba. Había una veta de sangre que no se desprendía de su piel, un olor a pescado que no se borraba de su memoria.

Al fin, se sentó en el suelo y apoyó los codos en las rodillas, como si necesitara amparo para no desmembrarse.

—¿Por qué no va dentro, madre?

Negó con la cabeza. «Dentro» se está aún más desprotegido. La envidia había escogido nuestro hogar como morada. Pese a estar hecha de palos y arcilla, nuestra casa era única en la aldea. Las paredes estaban encaladas, y las puertas pintadas con motivos vistosos. El amplio espacio interior, las múltiples divisiones, la planta rectangular, el gran patio en la parte delantera..., todo eso nos hacía diferentes.

En las demás residencias, hacía mucho que se habían apagado las tradicionales lamparillas, los *xipefos* alimentados con aceite de *mafurra*. En el porche de nuestra casa, dos quinqués de petróleo evidenciaban los privilegios de nuestra familia, el clan de los Nsambe. Las polillas danzaban, aturdidas, alrededor de aquellas fuentes de luz. Parecían emerger de las paredes, pedazos de cal que se desprendían de los muros y revoloteaban enloquecidos. Mi padre decía que aquellos insectos habían sido, en vidas anteriores, mariposas diurnas que se habían enamorado de su propia belleza. Como castigo por su vanidad, habían sido expulsadas de la luz del día. Y por añoranza del sol, se suicidaban contra los quinqués. Los vidrios de las lamparillas eran su espejo postrero.

Las polillas eran, para mí, parientes de la abuela Layeluane: cuando las alcanzaba la incandescencia de una chispa, caían con la levedad de la luz. Nada las hacía sufrir. Con cada insecto caído, mi abuela nacía y volvía a morir.

La noche parecía agotarse en ese sacrificio de alas cuando, de súbito, mi padre levantó un brazo, alerta:

—Oigo un barullo de hierros, ¿adivináis qué es?

—Katini, por favor...

—Ese arrastrar de tornillos solo puede ser tu hermano Musisi.

—Por favor, esposo, no discutas con él. Somos familia, vivimos de una única vida.

\*

La rabia que Katini Nsambe alimentaba contra su cuñado Musisi era antigua y no tenía cura. Había empezado como una leve envidia. En realidad, mi padre nunca había ejercido de soldado. Le faltaba esa prueba para ser un hombre completo.

En una batalla donde destacó por su ausencia, los vachopi y los portugueses se enfrentaron, unidos, a los soldados de Ngungunyane. En aquel enfrentamiento, alguien de sus propias filas había apuntado a su cuñado. Para Katini, el incidente solo era la confirmación de una certeza: el tiro que nos mata no viene de fuera, sino de dentro. Eso decía.

—Y ahora ese Musisi anda por ahí, todo ufano, exhibiendo sus glorias... Aquello no fue ningún gesto de valentía; fue un accidente.

He aquí lo que sucedió: un soldado portugués había confundido a Musisi con un enemigo. El hombre que le disparó estaba perdonado de antemano. Para los portugueses, todos los africanos, enemigos o aliados, eran una masa indistinta: negros de día; oscuros de noche. La bala se clavó en la columna de Musisi y allí quedó alojada, aparentemente sin más riesgo ni consecuencia. Con todo, dentro del organismo la bala adquirió vida, y las vértebras se fueron convirtiendo en metal una por una. Se volvieron proyectiles tan mortíferos como la bala original. Cuando el cuñado se movía, se oía un ruido de bisagras oxidadas. Musisi no se liberaría jamás del incidente. Dondequiera que fuera, llevaba la guerra en el cuerpo.

Mi madre se reía de aquellos celos irresolubles. Los hombres van a la guerra para que los esperen. Vencido o vencedor, el soldado debe ser más grande a su regreso que al partir. El guerrero vuelve de la batalla para exhibir las heridas y aguardar ese supremo aliento que son los brazos de la mujer amada. Mientras combate, no busca aún el consuelo del amor. En ese momento quiere olvidar, quiere alejarse de sí mismo. Katini no necesitaba ni consuelo ni olvido. Él se encontraba en la música, donde también se enfrentaba a sí mismo. La música era su reino. La bebida era su trono.

La tía Rosi tenía una explicación distinta para la conflictiva relación de los

cuñados. Lo que los dividía era una disputa por el poder. Con la ausencia del abuelo Tsangatelo, Katini ejercía su autoridad sobre toda la familia Nsambe. Lo cual era inaceptable para Musisi.

Para mí, la explicación de aquella rivalidad era otra: lo que sucedió fue que aquel fatídico disparo contenía dos balas gemelas. La primera le dio al tío Musisi. La otra alcanzó el alma de mi viejo padre. Por eso no hay noche que no despierte, confuso, escuchando el silbido de una bala. Entre jadeos, se sienta sobre la estera y ve un ave de hierro que cruza el aire tan velozmente que no le da tiempo a despertar del sueño. Y se tapa la cabeza con el cobertor para resguardarse del funesto mensajero. Lo peor del pasado es lo que está por venir.

\*

En la oscuridad de aquella noche se demostró que mi padre tenía razón al anunciar la aproximación de un visitante. Era posible que lo que había oído no fuera el ruido de hierros arrastrados. Pero unas sonoras palmadas anunciaron la llegada del tío Musisi. Llegó agitado, con la noticia de haber avistado soldados enemigos en los alrededores.

—Ya lo sabemos —dije yo—. Ya sabemos que andan por ahí.

—¡Nosotros no sabemos nada! —corrigió enseguida su hermana.

Y recalcó la frase, sílaba a sílaba: *no-sa-be-mos-na-da*. Su mirada anulaba la osadía de nuestras palabras. No quería que nadie supiera nada acerca de nuestros encuentros con los militares vanguni.

El tío Musisi reprodujo lo que había oído decir a los centinelas que vigilaban la llanura: las tropas de Ngungunyane se extendían hasta perderse de vista sobre la planicie de Inharrime. Avanzaban como las hormigas rojas. El emperador de Gaza estaba trasladando la capital de su reino de Mossurize a Mandhlakazi.

—Os garantizo una cosa: nunca ha habido en el mundo tantas personas marchando juntas.

No entendí el silencio que hubo a continuación. Era una suerte de luto que recubría nuestra muerte anticipada. La primera vez que nos habían invadido, yo era muy niña. Por eso la tensión que se estaba creando en aquel momento era indescifrable para mí.

—¿Dónde están Dubula y Mwanatu? —preguntó mi tío, rompiendo el

silencio.

—Sabes muy bien que tus sobrinos ya no viven en esta casa.

—Estate atenta a la puerta, Imani —ordenó Musisi, y añadió—: No os quiero aquí mientras hablamos de estos asuntos. No se puede confiar en ninguno de tus hermanos.

Mi tío se sentó más cerca del fuego y las escarificaciones de su rostro brillaron, lustrosas, con el reflejo de la hoguera. Cada corte correspondía a la muerte de un enemigo. Para mi padre, aquellos tatuajes eran todos falsos. Musisi jamás había osado matar a nadie. Al menos él, Katini, había tenido hijos, unos vivos y otros muertos. Los hijos de Musisi nunca habían llegado a nacer. Él era como yo misma creía ser: un árbol seco.

\*

—¡La comida está lista!

Con el gesto grave, mi madre dio la orden para que todos nos sentáramos. Me mandó que hiciera pasar un cuenco entre los hombres para que se lavaran las manos. La *ushua* se sirvió en una cazuela de barro, y junto a ella, en otro plato, se presentó la sopa de pescado seco. Los dedos iban y venían en una danza estudiada y durante un rato solo se oyó un pausado masticar. Después mi tío Musisi levantó los dedos empolvados de harina y murmuró:

—Ahora volverá a empezar la guerra.

Sus dedos, que de pronto era blancos, bailaron en la oscuridad como si hubieran ganado vida fuera del cuerpo. Mi padre decidió intervenir con sus modos complacientes de siempre, aplacando la amargura del mundo:

—Ahora estamos cenando, querido cuñado.

—¿Y luego?

—Hay cosas de las que no se habla mientras se come. Aparte de eso, las guerras nunca empiezan. Cuando nos percatamos de ellas, ya hace mucho que están sucediendo.

Ganaba tiempo, rumiaba la conversación. A su entender, todos los conflictos de este mundo pertenecen a una misma y antigua guerra.

—¿Avisamos al portugués? —preguntó mi madre, ignorando el verboso discurso de su marido.

—¡Nunca! —contestó mi tío, perentorio—. Este asunto es solo nuestro. Los portugueses ya se han metido suficiente en nuestra vida. Yo no soy como

tu marido, que no sabe quién es ni de dónde viene.

—Yo soy muchope de corazón. Igual que tú, cuñado.

—¡A mí no me llames muchope! Ese nombre lo inventaron los invasores. Yo soy de los balengue, que es nuestro nombre más antiguo. Yo vengo del arco y la flecha, me gusta el pescado y no uso bueyes para las ceremonias.

—Tú, querido cuñado, no eres más fiel que yo a nuestros antepasados.

Mi madre se levantó con los brazos en el aire, como para evitar que el cielo se derrumbara. Y proclamó:

—¡Basta, basta! Tenemos al enemigo en la puerta, ¿y os ponéis a discutir? No tenemos otra opción: mañana iremos a hablar con los portugueses, como siempre hemos hecho.

—Tú no lo entiendes, hermana. Los portugueses nos han abandonado. Estamos a merced de nuestra suerte.

—Si vosotros no queréis ir, iré yo misma —replicó mi madre.

—¿Adónde irás? —preguntó mi padre.

—Iré a hablar con el sargento.

—Tú no saldrás de aquí, mujer —contestó mi padre, animado por una dignidad repentina—. Yo soy el hombre de esta casa, y seré yo quien vaya.

Y volvió a repetir una docena de veces: «Seré yo quien vaya a casa del sargento». De este modo, sabíamos que prometía en vano. Al salir, el tío Musisi buscó por los rincones de la casa y preguntó:

—A propósito, querido cuñado, ¿dónde está la escopeta que dejé aquí?

Mi padre se encogió de hombros.

—¿Qué escopeta? —preguntó con displicencia.

Era fácil imaginar lo que había pasado: mi padre había usado el cañón de la escopeta para hacer un tubo para el alambique. Ese era el único valor que las armas tenían para él: poder desmontarlas y reconstruirlas para crear objetos más productivos. ¿Qué hay más valioso que un alambique?

—¡Yo iré a hablar con el portugués!

—Siempre y cuando mantengas a tus hijos al margen de todo esto —advirtió Musisi.

—Ya he dicho —declaró mi madre— que aquí nadie habla de los hijos de los demás.

Cuando mi tío se hubo marchado, mi madre me llamó y señaló los arbustos alrededor de la casa.

—¿Ves que están cubiertos de saltamontes? La guerra no tardará en llegar.

## 12. Sexta carta del sargento

Nkokolani, 10 de mayo de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Hoy he realizado el inventario de las armas existentes en el puesto. Así como no podemos llamar «cuartel» a este edificio, tampoco podemos llamar «armamento» a las reliquias oxidadas que aquí se acumulan. El difunto Sardinha no obtuvo beneficio con ellas porque en realidad carecían de valor. La situación es la siguiente: a excepción de las escopetas que yo mismo he traído, aquí no hay ni una sola arma que sirva. Los indígenas están convencidos de que en este lugar se concentra un poderoso arsenal. Permitamos que lo piensen. Esa mentira es la única función de este puesto.

He oído decir que aquí cerca, en el pueblo de Nhagondel, existe un puesto militar en idénticas condiciones. También está en ruinas y abandonado. La única diferencia es que el sargento que colocaron allí es un pobre negro. Teniendo en cuenta este otro caso, valoro el respeto que me han dedicado. De no ser por las cartas que le escribo, Excelencia, mi soledad sería insoportable. Que Dios me perdone, pero preferiría mil veces haber sido prisionero en Oporto que tener que afrontar este penoso destierro. Vuestra Excelencia podrá no leer mis misivas. Podrá no darles nunca respuesta. Pero yo insistiré en estos manuscritos como un ahogado intenta mantenerse a flote sacando la cabeza del agua. Solo cuando escribo me siento vivo y capaz de soñar.

¿Sabe cuál es uno de los raros divertimentos a los que me dedico? Pasar revista una y otra vez a las armas del puesto. Ya pueden estar viejas u obsoletas. Pero al tocarlas recupero una pasión que perfeccioné en los años de la Academia Militar. Y aquí, entre los viejos papeles que han dejado, he encontrado literatura sobre las guerras de los ingleses contra los zulúes. A raíz de esa lectura, queda claro que una de las grandes desventajas de los



Europeos era el tiempo que tardaban en volver a cargar las escopetas.

Debo confesar que me espantó nuestra decisión de comprar el arma austríaca de repetición conocida por el nombre de Kropatschek. No por el arma en sí misma, sino por haber tomado tal decisión. Porque somos los primeros en usar el Kropatschek en África. Me explicaré mejor, no sea que Vuestra Excelencia pierda la paciencia y vaya a abandonar la lectura. Y es que, una vez que la escogimos, alcanzamos una sorprendente victoria. ¿Y sabe quién fue el primero en ser vencido? Nosotros, los portugueses. Si le digo que este fusil ya nos ha vencido es porque ha derrotado nuestro espíritu mezquino, que se empeña en imitar a los ingleses en todo. Disculpe la petulancia de esta conclusión, pero así es como se gana cualquier guerra: venciéndonos primero a nosotros mismos.

Como bien sabe Vuestra Excelencia, en Portugal cada vez se alzan más voces contra los dispendios que acarrea la guerra de África. Lo irónico es que aquí no hay ninguna guerra. Y si la hubiera, nos matarían sin piedad, sin Kropatschek que nos salvara.

Reconozco que es posible que este pesimismo provenga de los dramáticos acontecimientos que he vivido. El suicidio del cantinero Sardinha me desanimó más de lo que cabría esperar. No se me va de la cabeza que en mi patio yace un compatriota sin lápida ni féretro. Sobre él pueden recaer las más gravosas culpas. Pero se trata de un portugués a quien no se dio la posibilidad de defenderse. Su propio dedo apretó el gatillo. Pero yo fui quien dictó la sentencia. Los huesos de Sardinha no pesan sobre la tierra. Pesan, sí, pero sobre mis noches de insomnio.

Sé de qué hablo, porque yo, como Sardinha, fui sumariamente condenado, y no hay distancia que me haga olvidar el injusto destierro al que fui sujeto. ¡Si al menos estuviera en cuerpo y alma en África! Lo que sucede es que una parte de mí se quedó para siempre en una plaza de Oporto con las balas de mi propio ejército rozándome la piel y la vida. Más que el recuerdo de la revuelta del 31 de enero, tengo grabado el día que nos llevaron, a mí y a otros amotinados, del calabozo a una embarcación. Atravesamos las calles y el puerto de Leixões bajo una estricta escolta militar. No era a nosotros a quienes temían. En realidad tenían miedo de la reacción de los populares que llenaban la ciudad. Por primera vez sentí orgullo del uniforme que vestía. Pero ese sentimiento se desvaneció enseguida, tan pronto como entramos en el barco donde se organizaría el consejo de guerra que iba a juzgarnos. Qué

gran cobardía la de nuestros gobernantes. No les bastaba con escondernos de las miradas ajenas. Tenían que ocultar la farsa del juicio en la bruma del mar. El paquebote en el que embarqué se llamaba curiosamente *Moçambique*. Yo ni sabía que en ese tribunal militar decidirían mi deportación a la colonia del mismo nombre.

Lo que pasé en ese barco, a la espera de ser juzgado, es indescriptible. Estuvimos sujetos a una espera de largos días, sometidos a sucesivas tempestades, desfallecidos por el hambre y las náuseas, y cuando nos presentamos al juicio lo hicimos reducidos a harapos, casi sin discernimiento para responder a las más simples preguntas. En verdad, de poco nos habría valido tenerlo: ya estábamos condenados de antemano al exilio. Civiles o militares, inocentes o culpables, no hubo siquiera un intento de simular justicia.

Uno de los detenidos, un viejo profesor, recordó un episodio histórico bien curioso, ocurrido en Francia. Al saber que unos líderes protestantes habían llegado a la ciudad, el rey católico ordenó al ejército que los encerraran y los mataran a todos. El militar que recibió la orden preguntó cómo distinguiría, una vez llegado al lugar, a los protestantes del resto de la población. El rey respondió: «Mátalos a todos. Dios reconocerá a los suyos».

Yo quería olvidar a toda costa las adversidades que me habían llevado al destierro. Pero todo aquel pasado me vino a la memoria cuando formé parte del escuadrón de fusilamiento tras las escaramuzas de Lourenço Marques. En la mira de nuestras escopetas había un grupo de negros rebeldes que habían sido capturados el día anterior. Como de costumbre, el pelotón estaba compuesto solo de portugueses.

Ante mí se alineaban los condenados: todos adolescentes, casi niños. No se había juzgado a ninguno de ellos, nadie los había escuchado en portugués ni en su lengua nativa. Los que iban a morir no tenían voz. En aquel momento, no sé bien qué angustia, quizá motivada por el miedo o la mala conciencia, me hizo pensar que aquellos que iban a morir ya acarreaban suficiente culpa desde su nacimiento: la raza a la que pertenecían, los dioses de los que carecían. Pero sucedió un extraño percance: el gatillo del arma se atascó. En aquel preciso momento entendí que aquello no era un simple fallo técnico, sino un triste presagio. Volví a apretar el gatillo y, de repente, se produjo el estruendo, el resplandor, la quemadura. El proyectil había estallado dentro de la escopeta.

La lesión no fue lo que me marcó, pues fue leve y pasajera. A mi juicio el incidente se debía a causas insondables. Era un mensaje de ese otro infierno donde ni siquiera habitan los demonios. La bala no había estallado dentro de la escopeta, sino en las entrañas de mi ser. La pólvora iba a salir por mis manos, la vida entera, como lava incandescente.

No dejo de pensar ni por un instante que aquellos jóvenes negros, tan ajenos a nosotros en color y aspecto, se parecían, al fin y al cabo, a mí. Como ellos, yo también me había rebelado. Como ellos, yo también había osado apuntar las armas contra los poderosos. Tal vez por eso la escopeta se engatilló y el proyectil estalló en el interior de la cámara. Esa bala continúa deflagrando eternamente dentro de mí. Si fuera un ave, haría mucho tiempo que me habría ido a pique con tanto plomo en las alas.

### 13. Entre juramentos y promesas

*La guerra es una partera: de las entrañas del mundo hace emerger otro mundo. No lo hace por cólera ni por sentimiento alguno. Es su oficio: se sumerge en las manos del Tiempo, con la altanería de un pez que cree que es él quien hace despuntar el mar.*

Salí a las calles de Nkokolani y pasé por la de los naranjos. Habían empezado a florecer y una fragancia dulce se extendía por la aldea. Los naranjos no podían alejar a los monstruos. Pero convocaban espíritus de geografías remotas. Las raíces de estos árboles, decía Tsangatelo, están en otro continente.

Embriagada por la intensa fragancia, casi me olvidé de mi destino, el inevitable cuartel de los portugueses. Corregí el recorrido y apreté el paso. Tenía que adelantarme a mis parientes. No tardarían en visitar a Germano de Melo. Acudirían a él para solicitar protección contra las tropas de Ngungunyane que se desplazaban hacia el sur en masa.

El sargento Germano de Melo estaba en la puerta y, aun de lejos, mostraba señales de desesperación:

—¡Ven, corre, Imani!

—¿Qué sucede, sargento?

—¡Otra vez estas malditas manos! Se me han ido las manos, mal rayo las parta. Mira, mira: me han vuelto a desaparecer.

Deambulaba por la casa con los ojos abiertos de par en par, movido por una convicción: que las manos le habían desaparecido. Caminaba como un sonámbulo, con los brazos extendidos, más temblorosos que la voz.

—No tengo manos —repetía espantado.

Tales episodios le sucedían con frecuencia: dejaba de notar las manos. Entonces se volvía torpe y dependiente como un niño. Poco antes de visitarlo yo, le había sucedido lo siguiente: las manos se habían ido desenfocando cada vez más, hasta volverse transparentes. Hasta desvanecerse sin peso, y sin el

recuerdo de haberlas tenido nunca.

—Siéntese, sargento Germano. Voy a calentar agua para lavarle las manos.

—Pero ¿qué manos, si ya no las tengo?

—Le lavaré los brazos y le frotaré las muñecas. Ya verá como así las manos vuelven enseguida.

Aquellos ataques de pánico le venían de un accidente que había tenido al manipular un arma. Nunca me había llegado a contar los detalles acerca de lo sucedido. Nunca le pregunté. Los recuerdos oscuros son como los abismos: nadie debe asomarse a ellos.

—Estoy muy enfermo, Imani. Dicen que África transmite enfermedades. Pues yo he enfermado de África, de toda ella.

\*

El viejo Katini seguramente iba a enfadarse por anticiparme a su visita al sargento. Habría querido presentar antes que nadie la solicitud de protección contra las *ihimpis* de los vanguni. Aun así, nadie mejor que yo podía transmitir en correcto portugués los temores de nuestra gente.

Eso pensé al cruzar la puerta del cuartel. Cuando me acostumbré a la penumbra, me di cuenta de que allí nada había cambiado. El viejo edificio continuaba siendo una extraña mezcla de colmado y base militar. En cierto modo hasta había empeorado: armas y mercancías, uniformes y telas de algodón estampado, informes militares y balances de cuentas, todo mezclado. Las obras de construcción del puesto militar apalabradas se habían suspendido hacía mucho. Esperábamos la fortificación, esperábamos a los soldados... El prometido contingente de angoleños, que debía venir del otro lado del continente, no llegaría jamás.

Un falso cuartel y una tropa inexistente: tal era el vacío del que Germano estaba al mando. No era extraño, pues, que en aquel momento contemplara sus brazos como si jamás los hubiera visto.

—¿Y dónde está el centinela, mi hermano Mwanatu? No lo he visto en la entrada.

—Hoy le he dejado descansar.

Entonces reparé en que el sargento sangraba de una rodilla. Se había lastimado con la esquina de alguna caja. Las moscas empezaban a rondar alrededor de la herida.

—Tenemos que limpiar esa herida —le dije, haciendo una seña con un paño mojado.

—Ya puedes limpiarla, no te librarás de las moscas.

—¿Y por qué no?

—Esas moscas ya estaban dentro de mí. Salen de mí. Estoy podrido, Imani.

Fui a la pared, descolgué la escopeta y la dejé sobre el hombro de Germano.

—Agárrese al arma.

—No puedo. Aún no tengo suficientes manos.

\*

Así como el portugués lamentaba no reconocerse las manos, yo no sentía mi propia alma. Había dejado de sentirla con la noticia de que mi abuela había muerto sin restos con los que poder abrazar la tierra. Mi madre moriría del mismo modo, y yo recuperaría mi nombre inicial de Ceniza: desprovista de manos, de cuerpo, de alma.

En esto pensaba, de rodillas a los pies del portugués. La espera y la desesperación habían trastocado a Germano de Melo hasta convertirlo en una criatura irreconocible. Aquel hombre blanco que meses atrás había llegado con el uniforme impecable, apuesto, estaba ahora allí, rendido y sumiso, entregado a los cuidados de una muchacha negra.

En ese momento yo rezaba por que ninguno de mis parientes entrara por la puerta y me sorprendiera lavándole los brazos con agua tibia. De poco me serviría argumentar que aquel blanco era una persona particular. A los ojos de todos, no sería más que una hechicera. Y me condenarían a muerte. En Nkokolani no hay otro destino para las *valoii*.

\*

—Vamos, agarre la escopeta —insistí—. Agárrela con las manos. Son suyas...

Lentamente, los dedos del blanco rodearon la escopeta con la impericia de un ciego. Para mi sorpresa, levantó el arma para aproximarla al oído. Permaneció así unos segundos, con el rostro pegado a la culata, como si

prestara atención al silencio.

—En mi tierra, así es como se sabe a cuántas personas ha matado un arma. ¿Sabes cómo se hace? En la culata de la escopeta se oyen los gritos de los que murieron. ¿Por qué te ríes? En mi tierra también tenemos creencias, igual que vosotros aquí.

—Pero ¿esta arma ha llegado a matar a alguien?

—No. Esta arma está por estrenar. Es un Martini-Henry. Completamente nuevo.

Dejó el fusil sobre mi regazo y se levantó para ir al armario a buscar otra escopeta. Le pedí que apartara el arma. Reaccionó con ofendida sorpresa:

—¿Tienes miedo? Levanta el brazo. Eso es, déjalo levantado. Este brazo es un arma, la más certera de todas. La escopeta no es más que la prolongación de tu brazo, de tu mano, de tu voluntad.

Y la mano del portugués recorrió mi brazo, mis hombros, mi cuello.

—Estás temblando, ¿tienes miedo? —preguntó.

No temblaba de miedo. Por suerte, el sargento se apartó y adoptó una actitud distante. En su interior, algo le reconcomía. Y luego dijo:

—El demonio de Gungunhane tiene una igual que esta, y ¿sabes quién se la dio? ¡La mismísima reina de Inglaterra! Son tal para cual... Pero esta otra —dijo, y se inclinó para recoger la segunda arma—, esta sí, esta es mi pasión... Mírala bien, Imani, porque esta arma vencerá a Gungunhane.

—Perdone, pero se dice Ngungunyane, señor sargento. Si no consigue decirlo bien, siempre puede llamarlo Mudungazi. Pero es importante llamar a los enemigos correctamente por su nombre...

—Ah, ¿sí? Pues entonces escucha: esta arma es un Kropatschek. Ahora di Kropatschek, a ver si puedes...

La diferencia estaba en que yo nunca tendría que pronunciar el nombre de una escopeta. Y Germano tendría que pronunciar todos los días el nombre del emperador africano. Debería habérselo dicho. Pero callé con sumisión.

Entonces nos llegaron los acordes lejanos de las marimbas. Era mi viejo padre, que ensayaba una nueva composición. Más fuerte que mi voluntad, mi cuerpo empezó a balancearse, algo que el sargento notó de inmediato. Dio un paso atrás y exclamó:

—¡Por fin veo que eres africana! Por un momento llegué a creer que eras portuguesa.

Me sorprendió que Germano de Melo permaneciera inmóvil, tan ajeno a la

llamada de las marimbas. El cuerpo del portugués estaba sordo. Algo había muerto en él, incluso antes de haber nacido.

\*

Por fin, el sargento se rindió al cansancio. Los delirios lo agotaban, y cuando volvía en sí parecía una alfombra manoseada, vuelta del revés. No era más que una sombra del hombre que había desembarcado en la orilla del río Inharrime meses atrás. Desplomado sobre un viejo sillón, se quedó dormido justo después de murmurar:

—Enseguida vuelvo, Imani. Enseguida vuelvo.

Me vi en una situación que jamás habría imaginado: sentada en una silla, cual esposa; al lado de un hombre blanco rendido al sueño, con una escopeta pesándome en el regazo.

No sin miedo, levanté el arma con movimientos lentos y cautos, como si alzase una serpiente por la cola. Al poco, sin embargo, cogí confianza con la escopeta, hasta el punto de apretarla contra mi pecho como quien acurruca a un niño. Miré fijamente el cañón, temiendo que surgieran los gritos de aquellos a los que había matado y los gemidos de quienes habían muerto. Dejé que mis dedos presionaran suavemente el gatillo.

Y pensé: un milímetro, un escaso milímetro separa la vida de la muerte. Entonces fue cuando oí una voz. Primero pensé que había sido el portugués hablando en sueños. Luego reparé en que la voz venía del arma y, después, se iba haciendo cada vez más familiar. Era un grito de auxilio. La intensidad de aquel rumor fue creciendo hasta volverse insoportable. Hasta que grité, desesperada:

—¡Dubula! ¡Hermano Dubula!

El portugués se despertó y se me acercó con la intención de sosegar me. Me aparté como un animal acorralado.

—¡No me toque! ¡Por favor, no me toque!

—¡No te estoy tocando!

—¡Sí que lo está haciendo! Y no me mire, que estoy toda sucia.

¿Cómo explicarle que estaba sucia de una muerte que era en parte mía? Pero Germano de Melo no esperaba ninguna explicación. Ahora le correspondía a él calmarme.

—Menos mal que vuelvo a tener manos —dijo, poniéndome una *capulana*



sobre los hombros—. Enseguida dejarás de temblar, son los nervios...

No eran los nervios. Ni los míos ni los suyos. Era aquella casa, y los habitantes invisibles que se disputaban las troneras del tejado: lechuzas, polillas y murciélagos.

—Debe marcharse de esta casa, sargento. Váyase a vivir a otro lugar, a cualquier sitio menos aquí.

—Parece imposible, Imani, que pienses en hechizos, una chica como tú...

—Tengo que irme, pero no puedo marcharme sin explicarle el motivo de mi visita. En Nkokolani estamos todos alarmados. ¿Sabe que se han avistado numerosas tropas de Ngungunyane?

—Lo sé, ya me han informado. Mudungazi está trasladando la capital del norte al sur. Viene bajando por ahí con miles y miles de ndaus.

—Mañana mi padre vendrá a hablar con usted. Vendrá a pedirle que nos defiendan...

—Y tendréis todo nuestro apoyo, podéis estar tranquilos. Mañana enviaré un mensaje a Inhambane. Vete tranquila: nuestro ejército ayudará. Díselo a tu gente.

—¿A mi gente? Yo no tengo gente...

—A tu familia, quiero decir.

—Disculpe, señor sargento, pero en mi familia hay quien piensa que «pedir» no es el término adecuado. Nosotros rendimos vasallaje, dicen. Tenemos derecho a ser protegidos.

—Pues ese derecho se respetará.

—Y discúlpeme otra vez, pero todos preguntan con qué tropas nos van a proteger.

—Enviarán las tropas de Inhambane, porque las armas que tengo aquí bastarán.

Cuando me disponía a salir, se acercó a mí con un papel en la mano y lo agitó delante de mi rostro:

—Puedes decirle a tu padre que he recibido garantías desde el nivel más alto, que los vanguni no os molestarán. Mira esta carta: es del propio António Enes. Entra ahí y siéntate a escribir una copia de tu puño y letra.

Ocupé un lugar en la mesa de la sala, con la espalda recta, el codo bien apoyado, tal como había aprendido en la escuela de la Misión. Con voz pausada, el sargento reprodujo lentamente cada párrafo:

Estimado Gungunhane:

Yo, gran rey de la provincia de Mozambique, enviado aquí por el rey don Carlos I para estar al corriente de los asuntos de la guerra y para solicitar el envío de tropas desde Lisboa (conforme, al fin y al cabo, ha sido preciso), te envío a mi ayudante con esta carta para comunicarte algunas cosas y hablar claro, y saber si después de todo eres o no hijo de corazón del rey de Portugal.

No es necesario que te recuerde lo que el rey ha hecho por ti, porque sabes muy bien que si el rey no hubiera proporcionado armas a tu padre, Muzila, para abatir a Mahueva, hoy no serías soberano de Gaza. Mantienes tu poder gracias a la amistad del rey, que te recompensa constantemente para demostrarte que eres hijo directo suyo.

Mi superior me ha dicho que has pedido permiso para atacar a los guambas y a los zavalas, pero él se ha negado y yo te lo confirmo. No te doy permiso para que los ataques, pues si lo hicieras, luego te arrepentirías. Quiero hacer justicia: si ellos te perjudican, yo mismo los castigaré, enviándolos a Guinea si hace falta.

Firmado: El alto comisario.

De pie detrás de la silla, Germano miraba el manuscrito con su mano sobre mi hombro. Pedí a los dioses que ningún temblor revelara cuánto me perturbaba aquel contacto.

—¿Lo has copiado todo? Ahora ve con tu familia y léeles en voz alta lo que acabas de escribir...

Al salir aún sentía el tacto de su mano. Y le pregunté si notaba el olor de los naranjos. Me respondió que hacía mucho que había olvidado los olores de este mundo. Y sus palabras me dolieron.

\*

—¿El alto comisario? —preguntó Musisi.

Y entre el corro de parientes y vecinos que había ocupado el patio de nuestra casa para escuchar las novedades de mi visita, algunos se rieron. En el centro de ese círculo de gente estaba el tío Musisi, dispuesto a desacreditar

a la mensajera y al mensajero. Más atrás, mi madre se mantenía atareada alrededor de una hoguera: fabricaba sal. Se ocupaba de esa labor desde la mañana, pues se había desplazado hasta las llanuras fangosas que se forman a orillas de las lagunas. Con una concha de caracol había raspado el salitre acumulado sobre los extensos arenales. En aquel momento estaba disolviendo ese fango en una olla de agua hirviendo. El agua no tardaría en evaporarse, hasta que la sal apareciera como una toalla blanca en el fondo oscuro de la olla. Mientras trabajaba, iba cantando: «La arena es la añoranza, la sal es el olvido...». Mi madre hacía sal para olvidar.

—Cuidado, no vayas a quemarte, mujer —advirtió mi padre.

Ella disimuló una sonrisa taimada. El tío Musisi insistió: quería saber quién era ese alto comisario y por qué merecía un crédito distinto de la desconfianza que teníamos para con todos los demás blancos.

—Se llama António Enes —expliqué—. Es el representante del rey de Portugal, y el que manda en las Tierras de la Corona.

—¿Y ese papel lo ha escrito él?

—Sí, es una copia que yo escribí. El comisario ha enviado esta misma carta a Ngungunyane. Aquí dice que podemos estar tranquilos en cuanto a las amenazas de los soldados de Ngungunyane. Yo os la leeré y traduciré a todos.

\*

Al terminar la lectura, la carta se balanceó, suspendida en la punta de mis dedos. Era como si aquel papel hubiera ganado un inesperado peso con el silencio de la familia. Un vecino interrumpió aquella quietud:

—¿Dónde queda Guinea? ¿Está antes o después de Inhambane?

—Callaos todos —ordenó Musisi—. Para mí, esa carta solo demuestra que se nos trata como a niños.

—A veces nos gusta tener un gran padre... —respondió mi madre.

—Habla por ti, hermana. ¿Sabéis qué os digo sobre esas promesas? Que me río. Eso hago: me río. ¿Y sabéis qué voy a hacer? Voy a pedirle ayuda a uno de los nuestros. Mañana iré a hablar con Binguane.

—¿Binguane es un muchope? —preguntó mi padre.

—Al menos así todo queda entre nosotros, los negros.

Binguane habitaba en los alrededores de Nkokolani. Era un temido jefe

militar que se oponía con ferocidad a las huestes vanguni. Yo lo había visto en alguna ocasión. Era un hombre alto y fuerte pese a su edad. Al igual que yo, era un mestizo de makwakwa y vachopi. Mi padre advirtió:

—Es una pésima idea. Ngungunyane se enfurecerá más con nosotros. No hay nadie en el mundo a quien el emperador odie más que a Binguane y su hijo Xiperenyane.

Katini tenía razón: Muzila, el padre de Ngungunyane, había raptado a Xiperenyane siendo este aún niño. Era una práctica habitual en el Imperio de Gaza: raptar a los niños de las familias notables. De este modo, se obtenía lealtad de la manera más rápida posible: la que imponía el chantaje.

Xiperenyane creció en el seno de la familia real, y cuentan que derrotaba a Ngungunyane en todos los juegos y competiciones. Tan pronto como huyó de la corte, pasó a liderar una temible fuerza de la resistencia. Lo que Katini decía era cierto: no había nadie a quien Ngungunyane odiara más.

—Estás buscando juntar hechizo con hechicero —volvió a advertir mi padre.

Musisi, que entretanto se había mantenido al margen de la conversación, volvió a intervenir con otro tono:

—Mientras Imani leía la carta de los portugueses, se me ha ocurrido una idea. Y esa idea os la tengo que contar ahora, porque mañana iré a la guerra y no sé si volveré.

—No hables así, que trae mala suerte —avisó nuestra madre.

—Para mí, esa historia del cuartel inacabado es pura mentira. Aquello no pasa de ser una cantina disfrazada de puesto militar. El verdadero cuartel siempre ha estado en Chicomo, en realidad nunca han tenido la intención de establecer otro.

—Entonces ¿qué hace aquí ese *mulungo*?[4]

—Pregúntatelo a ti mismo, cuñado. Ese hombre está aquí para espiarnos. Por eso, querido cuñado, nosotros vamos a espiar al espía.

—Estás loco, Musisi.

—¿Y sabes cómo vamos a espiarlo? Con tus hijos.

—Basta, Musisi —dijo mi madre—. No quiero a mis hijos metidos en esa clase de asuntos.

—¿No quieres? Pero si tus hijos, querida hermana, ya están más que metidos. Espiaremos a los portugueses a través de las cartas que el sargento envía y recibe, como esta que tu hija nos acaba de leer. Esos papeles pueden

ser nuestros ojos y nuestros oídos.

—Te lo pido por favor, hermano: no metas a mi hija en una cosa así — declaró mi madre—. Mis primeras hijas murieron, y no sé dónde duermen mis hijos. Solo me queda esta hija para seguir viviendo.

Después me cogió de la mano como jamás lo había hecho. Y sentí en aquellos dedos la prolongación de mi propio cuerpo.

## 14. Séptima carta del sargento

Nkokolani, 25 de mayo de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Hace unos días oí la orquesta de marimbas de la que el padre de Imani es un experto director, incluso cuando está borracho como una cuba. En esa ocasión, yo mismo fui acometido por una sensación de embriaguez mientras me deleitaba con la armonía de las *timbilas* de los negros.

Lo entendí. La música es un barco, y en ella se consolida un viaje pendiente. Pregunté si podía tocar el instrumento. E intenté reproducir las melodías con las que mi madre me dormía. No salió bien. Pero entendí que mis melodías y las de los africanos tenían algo en común: ambas traían orden a un mundo caótico y temible.

No puedo olvidar la bella carta que Ayres de Ornelas escribió a su madre relatando su primera visita a la corte de Gungunhane. Tengo una copia de esa misiva, que, al igual que buena parte de nuestra correspondencia, también fue interceptada y reproducida. Un amigo de Lourenço Marques la copió a mano, y tuvo la amabilidad de hacérmela llegar. Si ahora se la envío a usted es porque este documento arroja alguna luz sobre los sentimientos que en Lourenço Marques albergan por nuestro teniente Ornelas. No se espera que un militar de su categoría sienta tamaña admiración por el arte de los negros. ¿Cómo puede un teniente confesar, en tiempos de guerra, tal deferencia por aquellos que, según creemos, carecen de alma?

Dado lo inusual de la sensibilidad que en ella se expresa, transcribo una parte de la misiva de Ornelas a su madre:

... Cuando el rey de Gaza apareció, los regimientos de guerreros de Gungunhane entonaron su canto de guerra. Nada en el mundo puede dar

una idea de la magnificencia de aquel himno. La armonía del canto, con sus notas graves y profundas entonadas con entusiasmo por más de seis mil bocas, nos hacía estremecernos en lo más íntimo. ¡Qué majestuosidad, qué energía en aquella música arrastrada y lenta primero, casi moribunda, que luego resurgía, triunfante, en un bramido de ardor, en una encendida explosión de entusiasmo! Y a medida que los regimientos, que aquí llamamos turbas, se iban alejando, las notas graves iban empoderándose, prolongándose, retumbando en las laderas y en los bosques de Manjacaze. ¿Quién podía ser el compositor anónimo de aquella maravilla? ¿Qué alma no tendría, para ser capaz de expresar en tres o cuatro compases la guerra africana en la acre rudeza de su poesía? Aún hoy reverbera en mis oídos el eco del terrible canto de guerra vatua, que tantas veces el centinela chope escuchó aterrorizado, perdido entre la maleza de estos campos donde vivo desde hace un mes.

Imagino que Vuestra Excelencia, consejero José d'Almeida, comparte esta sensibilidad para con la belleza que los negros son capaces de crear. Me consta que esa belleza, convengámoslo así con todo el respeto, ha acabado adentrándose en su vida. Pues Vuestra Excelencia nunca me confió —¿por qué iba a hacerlo?— la historia de su matrimonio con una mujer cafre. Un hecho así es digno de mucha maledicencia en los lugares donde he estado. Sin embargo, lo comprendo cada vez más, querido consejero. Confieso que empiezo a sentir cierta atracción por Imani, la muchacha que visita nuestro puesto. Y no se trata solamente de un sentimiento carnal. Es algo más intenso, más absoluto, algo que jamás he sentido por una mujer blanca. Reconozco que tal vez esta pulsión sea una consecuencia de la soledad que me ha sido impuesta. O acaso un delirio de prisionero. La verdad, sin embargo, es que esta muchacha se ha insinuado de un modo respetuoso y sutil y, poco a poco, se ha ido introduciendo en mi alma hasta el extremo de que solo sueño con ella.

Ayer, por ejemplo, Imani me dio una lección sobre los *chicuembos*, los espíritus a los que los nativos rezan y hacen ofrendas. Y explicó que, para los chopes, existen varios tipos de espíritus. El que más me sedujo fue uno al que ellos llaman «espíritu *majuta*». Quedé impresionado de tal modo que, aquella noche, acabé soñando que yo mismo era uno de esos fantasmas. Me presentaba con absoluto rigor, obedeciendo a los preceptos de aquellas almas:

vestía una túnica blanca larga y ancha, como esas que usan los musulmanes, y transportaba una escopeta en bandolera. Recordaba a un árabe mercader de esclavos, ataviado con grandes botas militares. No obstante, llevaba los cordones desatados, y andaba con las piernas abiertas para no tropezar con ellos. Me aproximé a Imani, que estaba sentada, medio desnuda, en una silla a la entrada del cuartel. Quise liberarme de las botas, pero no fui capaz de hacerlo. Y a media voz imploré:

—Ayúdame, Imani. Los cordones, ¿los ves? Son serpientes. Llevo serpientes en las piernas.

Ella se arrodilló y, una vez más, me masajé la espalda con las manos tibias. Sus cuidados, sin embargo, no me impidieron lamentarme:

—Dicen que África es un matadero. Mejor sería, Imani, mejor sería. Porque preferiría haber muerto a tener que vivir así.

Acurrucada a mi lado, la *capulana* se le entreabría, dejando a la vista sus firmes senos. Y sin poder dominarme, le acaricié el pecho mientras murmuraba:

—Estoy perdiendo el juicio, Imani. Déjame creer, por lo menos, que aún soy un hombre.

El sueño terminaba con la túnica blanca cayendo..., cayendo infinitamente. Y no cuento más por miedo a parecer ridículo.

Le ruego me perdone la osadía de estas confesiones personales. En realidad, pasó bastante tiempo antes de que Imani se arriesgara a tocar mi cuerpo. Incluso en el auge de mis alucinaciones se mantuvo distante, recitando una extraña cantinela que literalmente decía: «Hay una sombra en el portugués, hay una sombra en sus ojos, hay una sombra que asoma en su rostro, camina por su cuerpo y le roba las manos. Hagamos que esa sombra regrese y muera en la luz de sus ojos». Debió de ser por sugestión propia, pero aquel canto me serenó y, al poco, recuperé la lucidez.

P. D. Como anotación marginal, debo informarle de que me ha escrito la italiana, doña Bianca (¿la recuerda?: la dueña de la pensión de Lourenço Marques). Me ha comunicado su voluntad de viajar a Inhambane para visitar a Fornasini. Quiere estar con alguien de su tierra, con alguien que hable su misma lengua. ¿Se da cuenta de lo fuerte que es el apego a los orígenes?



## 15. Un rey de polvo

*Hay personas que transforman el sol en una simple mancha amarilla, pero hay también quien hace de una simple mancha amarilla el propio sol.*

PABLO PICASSO

Todos en este mundo viven en un único lugar y en un tiempo irrepetible. Todos menos nosotros, los de Nkokolani. Como los murciélagos de la leyenda, nosotros vivíamos en una encrucijada de mundos. Una frontera invisible e insuperable atravesaba nuestra alma. Esa duplicidad se demostraría la mañana en que el tío Musisi despertó más temprano que de costumbre, se ató a la cintura la más solemne de las telas y, sobre el tronco desnudo, se ajustó la chaqueta que su padre le había enviado de las minas.

Así, su cuerpo se vestía con atuendos de dos mundos. En la bolsa de piel de cabrito metió un puñado de frutos de *mafurra* y se marchó sin despedirse de su esposa. Iba a visitar a Binguane con la intención de exigir aquello que se había negado a pedir a los portugueses: protección contra los guerreros de Ngungunyane.

\*

De camino, Musisi recordó la última vez que había estado en las tierras de Binguane. En aquella ocasión acompañaba al abuelo Tsangatelo, que iba a visitar al gran *nkossi* con la intención de pedirle ayuda para recuperar a su esposa, Layeluane. El asunto era delicado, y exigía un interlocutor de peso, próximo a las autoridades de la Corona. Tsangatelo había partido para unirse a los militares portugueses que se enfrentaban a las revueltas en los alrededores de Lourenço Marques. Pensó que se demoraría uno o dos meses. Permaneció fuera casi un año. Llegaron los *indunas* de Inhambane a cobrar los impuestos. Layeluane no podía pagarlos y explicó a los cobradores los motivos de la ausencia de su esposo. No la creyeron. Se la llevaron presa, como garantía de

pago. Ella era lo que los portugueses llamaban una «demora en el pago de impuestos». Cuando los hombres estaban ausentes y las familias no podían pagar, arrestaban a las mujeres y a los hijos hasta que los maridos se presentaban y pagaban el rescate. En cuanto volvió de la batalla, Tsangatelo pagó lo que debía, pero entre las autoridades portuguesas nadie conocía el paradero de su esposa. El abuelo tenía la esperanza de que Binguane usara su influencia.

Musisi recordó la deferencia con que Tsangatelo compareció ante el régulo Binguane. En la entrada, grandes cestos de paja, llamados *xirundzo*, mostraban la abundancia de las cosechas y, sobre todo, revelaban lo generosos que habían sido los campesinos con sus tributos. Mientras estuvo de pie, el abuelo se mantuvo de puntillas. Decían que el régulo odiaba a las personas de baja estatura. «Quiero hombres que puedan ver más allá de la llanura», proclamaba.

Abriendo los brazos sobre los grandes cestos, el régulo comentó con orgullo:

—Este año bailaremos *ngalanga*.

Luego cerró los ojos y así se quedó, como si se hubiera dormido súbitamente. El abuelo entendió que debía exponer su asunto sin más dilación. En cuanto acabó, Binguane aseguró que no solo mediaría personalmente con los portugueses, sino que también enviaría a su gente a interrogar a los *indunas* que se la habían llevado.

—Quédate tranquilo, tu mujer estará aquí en pocos días. Hablemos de otro asunto: me han dicho que andas negociando con los militares portugueses para organizar una caravana de porteadores.

—Sobre eso también quería consultarle: ¿cree que debo confiar en ellos? Después de lo que han hecho con Layeluane... Dígame, *nkossi*: ¿cree que puedo confiar en esos portugueses?

—¿Tú confías en los de tu propia raza?

—¿Cómo voy a confiar? Mire lo que ha pasado con los vanguni...

—¿Y confías en los de tu propia casa?

—Ya sabe que no. No puedo confiar ni en este yerno que me acompaña.

—¿Sabes por qué razón confío en ti? Porque estás fingiendo ser más alto de lo que eres. Quieres agradarme. Por eso hice correr el rumor de que odio a los hombres pequeños. Para ponderar no el tamaño, sino la voluntad de agradarme. Puedes dejar de estirarte, amigo.

—Se lo agradezco, Binguane.

—Confío lo suficiente en ti para decirte que quiero que trates bien a los portugueses. No tenemos aliados más útiles que ellos. Pídeles que te paguen en armas. Y que dejen esas armas aquí, en nuestra aldea. Después ya echaré cuentas contigo.

Al salir, Tsangatelo se despidió, pero Musisi se rezagó. Aprovechó el momento para satisfacer una antigua curiosidad.

—Dígame, Binguane: usted acaba de visitar a Ngungunyane. Siempre he querido saber cómo es. ¿Cómo es ese Umundungazi?

—¿Y qué interés tiene lo que él sea?

—Dicen que es un hombre malo, que los dientes de arriba le salieron antes que los de abajo. Por eso lo llamaron así. ¿Sabe lo que quiere decir en su lengua Umundungazi?

—Ya he dicho que no me interesa. Dais demasiada importancia a ese hombre. Y eso es justamente lo que engrandece al enemigo.

Ambos lo sabían: Umundungazi significa «el destructor de la nación». Por eso los ancianos de la corte le cambiaron el nombre. Para Binguane, el cambio podría haberse evitado: aquel primer nombre nos daría un motivo para despertar nuestra simpatía por él. Quizá nos habría ayudado a destruir su propia nación.

Aquella conversación estaba aún muy presente en la memoria de Musisi. Pero dudaba: ¿Binguane se acordaría de él todavía? Fue entonces cuando oyó un violento trueno que hizo temblar el suelo. El cielo estaba raso, y mi tío se preguntó a qué podía deberse aquel estruendo capaz de rasgar el firmamento. Vaciló un instante en proseguir, pero enseguida reanudó el viaje. A medio camino, un tremendo alarido lo sorprendió. Comprendió que eran regimientos vanguni que volvían de una batalla. Desde los arbustos de simbirre vio con toda claridad a los soldados desfilando. Llevaban una pluma blanca en la cabeza, señal de que habían matado enemigos, y ululaban como animales en celo. El abuelo Tsangatelo solía decir: Hay que animar a los soldados a gritar. Los gritos impiden oír el miedo que uno siente.

En la espesura donde se escondía, Musisi temía por su vida y la simple respiración se le antojaba un ruido insoportable. Si advertían su presencia, los tatuajes del rostro revelarían de inmediato su identidad. Y sería ejecutado sumariamente. Él era lo que los invasores llamaban «los de la cara cortada». Ni siquiera lo consideraban persona. Lo matarían como a un animal, sin

piedad, sin entierro.

Los soldados se perdieron en la distancia, y Musisi prosiguió con cautela, rumbo a la aldea de Binguane. Una vez allí, se desmoronó, desencantado, como si hubiera perdido las rodillas: la aldea estaba en llamas, y el suelo, cubierto de cadáveres. Un grupo de mujeres recogía a los heridos y cubría los cuerpos con telas y esteras.

—¿Dónde está Binguane?

—No ha quedado nada de él —respondieron.

—¿Dónde está el cuerpo?

—No ha quedado nada, ya se lo hemos dicho.

Había sucedido lo siguiente: ante la desesperación causada por la derrota, Binguane arrió la bandera portuguesa del mástil. Miró detenidamente la corona dorada del centro. Decían que aquella corona simbolizaba el oro. Pero él vio un sol incandescente y dejó que el fulgor inundara sus ojos. Partió la tela en dos y enrolló alrededor de su cuerpo la mitad azul. Ataviado de esta guisa, decidió sentarse sobre un barril de pólvora para hacerse estallar.

Un percance empañó la nobleza del acto: antes de poder encender el fuego, el barril se volcó por el peso del suicida. El polvo grisáceo que se esparció impedía respirar a quienes acudieron a auxiliarle. Pero Binguane no flaqueó. Prendió fuego a la tela que lo envolvía y se abrazó al tonel como si fuera su última esposa. Entonces se produjo una explosión que ensordeció el mundo. Y se hizo de noche dentro y fuera de Binguane.

\*

Desperté de repente, al oír un fragor de tempestad en la lejanía. Me sucedió lo mismo que le sucedía a mi padre en sus pesadillas: recordé las aves de hierro que cruzaban vertiginosamente los cielos. Clareaba. Miré a través de la cortina: a lo lejos destellaba lo que me pareció el resplandor rojo de un incendio. Recorrí la casa para comprobar que todas las ventanas estuviesen cerradas. Había soplado el viento durante la noche y el entarimado estaba cubierto de manchas oscuras. Seguramente se trataba del hollín de las fogatas; barrí el suelo con una escoba. Miré las chispas negras y retorcidas, como si en ellas reconociera la misma materia de la que yo estaba hecha. Pólvora y ceniza. Y recuperara mi nombre original.

\*

A las pocas horas de su muerte, Binguane ya era una leyenda. De noche, cuando pueden contarse historias, los más viejos narraban a los jóvenes el verdadero motivo de la muerte del gran guerrero. Y la fábula decía así: Había una vez un rey que no creía en la existencia de las nubes. Aseguraba que solo existían en nuestros ojos.

—Solo creería en ellas si pudiera tocarlas —decía.

Y ordenó que le construyeran una escalera lo bastante alta para ascender a las alturas más nubosas. Tardaron años en terminarla. Cuando lo llamaron, el rey miró a lo alto de la construcción y no alcanzó a ver los últimos escalones.

—Voy a subir —declaró.

Según iba subiendo se iba cansando más. Las golondrinas pasaban por delante de él, extrañadas de tan torpe compañía. Cuando el rey empezó a sentir mareos y falta de aire, vio que estaba rodeado de nubes. Extendió los brazos para tocarlas. Pero los dedos pasaron entre aquella espuma como luz que atraviesa el agua. Y él sonrió, feliz, pues resultaba que estaba en lo cierto. Mientras bajaba los escalones, iba proclamando:

—No las he tocado. No existen.

A medida que descendía, notó que se sentía cada vez más ligero. Cuando estuvo cerca del suelo, tuvo que agarrarse con firmeza. La más leve brisa lo hacía ondear como una bandera. Una vez que sus pies tocaron el suelo, el rey ya se había convertido en una nube. Y de él solo quedó esa escalera que conduce a los descreídos a las alturas.

\*

Cuentan que Binguane, después de aquella noche, regresó de la muerte para recoger sus cenizas. Pero el viento ya había barrido una parte de ellas. De este modo, Binguane se reconstruyó solo a medias. Y así, incompleto y agujereado, deambulará por el Tiempo: mitad guerrero, mitad chope, mitad héroe, mitad vencido. También se dice que nuestros bisnietos ya habrán olvidado esa mitad del pasado. Y esconderán sus nombres por miedo a que les hagan cargar con el estiércol de los demás.

Y así hasta que surja un nuevo Binguane. Será un nuevo tipo de guerrero, pues nos enseñará a superar las fronteras que nos dividían. Y entonces

visitaremos las dos mitades del Tiempo de nuestros antepasados.

## 16. Octava carta del sargento

Nkokolani, 5 de junio de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

A fuerza de estar aquí solo y abandonado, siento que me voy convirtiendo en otro Sardinha: más unido a esta gente, más próximo a estos negros que a mis compatriotas. Vuestra Excelencia es mi único amigo, el único puente que me une a Portugal.

Esta semana he creído recuperar el sentido de la misión que se me encomendó. Los cafres me han traído un prisionero vatua. Y esa deferencia, esa subordinación, ha acabado por devolverme el pisoteado orgullo militar.

A pesar de haber sido maltratado, el soldado de Gungunhane conservaba una dignidad envidiable. Pidió permiso para hablar, y entendí, con la ayuda de la madre de Imani, que su pueblo ostenta sobre los chopes la misma superioridad que nosotros ostentamos sobre todos los negros. Y el prisionero dijo que aquellas tierras les pertenecían por derecho divino y que aquellos nativos necesitaban que alguien los civilizara. Mandé callar al prisionero. No lo odiaba por lo que decía de los vencidos, sino porque con aquella arrogancia se asemejaba a quienes me habían enviado a África.

El odio del militar nguni por los nativos de Nkokolani se confirmó con las noticias que me llegaron durante los días que siguieron. Porque recibí quejas consecutivas de los chopes sobre las atrocidades que habían cometido las tropas de Gungunhane. Y fueron tantas las protestas que, más que insensible, me volví distante con las víctimas y ajeno a la razón y a la justicia. Se me ocurrió que el prisionero vatua tenía razón: desde su punto de vista, y el de los de su nación, no están cometiendo ningún crimen. Al contrario, están erigiendo heroicamente un imperio. Bien mirado, lo que ellos hacen no es muy distinto de lo que hacemos nosotros, con la debida distancia y el debido

respeto. También defendemos un imperio, autorizados por Dios y por nuestra superioridad natural. También adornamos la historia de ese imperio con pomposos esplendores. Si los vatuas ganan esta guerra, el destino de esta nación se cumplirá sin que nadie nos haya tenido en cuenta. Nadie recordará a António Enes. Y el valiente Mouzinho de Albuquerque será un vencido que caerá en el olvido. Sobrevivirá Gungunhane, el único gran héroe. Ese negro brillará como brillaron Julio César, Alejandro Magno, Napoleón o Afonso de Albuquerque. Y la estatua del rey africano figurará un día en una plaza de Chaimite. Generaciones de cafres adorarán al emperador africano como eterna prueba del heroísmo y el valor de su raza.

Admito, Excelencia, la osadía de estos pensamientos, y solo con usted podría compartirlos. Y confieso que estas ideas me han acosado durante los últimos días, hasta traerme a la memoria un episodio que ya creía desvanecido. Un día festivo en que tenía permiso en la Academia, en Lisboa, un hombre en pleno Rossio señaló a lo alto y declaró con extraña familiaridad:

—Son todas iguales.

No entendí a qué se refería. El hombre repitió: «Son todas iguales en todas partes». Hablaba de las estatuas. Tenía el brazo extendido en dirección al monumento de don Pedro IV. Y aquel extraño ser declaró entonces que quien allí estaba representado no era nuestro rey, sino Maximiliano I, «emperador» de México. Un portugués anónimo había comprado la estatua de oferta en París, después de que el candidato a emperador hubiera sido fusilado, antes incluso de asumir el cargo. Ahorró en costes, y ganó en lustre. El hombre insistía en que las estatuas, al igual que las historias imperiales, no diferían unas de otras.

—Este rey va a pie. Pero si fuera montado, ¡confirmaría que hasta el caballo es siempre el mismo!

Por lo demás, estas semanas han transcurrido como si el tiempo no pasara. Tal vez pueda contarle algo más personal todavía, que me gustaría compartir. Hace unos días, el padre de Imani vino a visitarme. Por un instante temí que viniera a pedirme cuentas por los avances que, de un tiempo a esta parte, me permito intentar con su única hija. Por eso, lo saludé con suma cordialidad en cuanto entró:

—¡Buenos días, Katini Nsambe!

—Usted es un soldado, no debería llamarme por mi nombre. Los soldados



no quieren conocer el nombre de nadie.

—¿Qué te trae por aquí?

—Vengo a regalarle una parihuela. La he hecho yo mismo.

—¿Y para qué iba a querer yo una parihuela?

—Pues para que lo lleven por el campo, como hacen todos los europeos.

—Es que yo no soy como todos los europeos. Tengo piernas, y me gusta cansarlas.

—Usted es un buen hombre. Pero cuidado, señor, porque en Nkokolani la bondad y la flaqueza hablan la misma lengua.

Entonces me reveló que, mientras deambulaba por el bosque, se le había ocurrido la idea de regalarme un árbol. Un árbol entero, raíz, tronco, ramas y hojas. Con ese obsequio me estaría ofreciendo el Cielo, la Tierra y el Tiempo. Como no podía hacerlo y como, además, yo rechazaba la *machila*, me ofrecería entonces una gallina.

—¿Una gallina?

No me dio tiempo a mostrar ninguna reserva, pues ya venía hacia mí arrastrando una jaula con una gallina bien nutrida, de plumaje castaño.

—Aquí donde usted ve una gallina, yo veo huevos. Y cuando se acaban los huevos, veo carne. Carne para una semana de caldo.

Saqué la gallina de la jaula sin que se espantara ni echara a correr tontamente por los alrededores. Es más, se acurrucó a mis pies, dócil como un gato.

—Voy a ponerle nombre —anuncié, conmovido por la mansedumbre del animal.

—No lo haga, por favor —suplicó, asustado, el pobre negro—. Si lo hace, nunca volverá a verla como una gallina. Y entrará en sus sueños, y usted entrará en los sueños de ella...

Desde ese día, una gallina comparte conmigo la intimidad del hogar. Contra los consejos recibidos, le puse el nombre de Castânia. De día la dejo suelta por el patio. Por la noche la resguardo en casa para que no la devoren las ginetas. En la penumbra del cuarto, bajo la luz intermitente del quinqué, Castânia me mira con gratitud y después esconde la cabeza bajo el ala. Recuerdo la advertencia de su antiguo dueño, y me entretengo pensando que la gallina sueña, en portugués, mis mismos sueños. Espero, a cambio, tener sus sueños, que sin duda serán menos pesados.

Ayer Katini volvió a llamar a mi puerta. Miré por la ventana, lo vi apoyado

en el patio, con una enorme marimba bajo el brazo. Esta vez no venía a ofrecerme un producto de su ingenio. Sabiendo que no me encontraba bien, se disponía a tocar para aliviarme las penas. La música, según decía, podía ahuyentar males y fantasmas. Le permití sentarse en el patio con los ojos cerrados, apuntando las baquetas al cielo. Empezó percutiendo unas notas sueltas, como si hiciera acopio de valor. Al final, dijo en un portugués lento y torpe:

—Voy a tocar la música de los portugueses...

—¿La música de los portugueses?

—Una que me enseñó el cura. Dijo que era el himno de Portugal.

A continuación, se puso a canturrear con mal acento, pero afinando de forma notable:

*A verdade não se ofusca  
O rei não se engana, não,  
Proclamemos...*

Lo interrumpí con delicadeza. Sonreí con anticipada tristeza por la desilusión que mis palabras le causarían.

—Este himno —le expliqué— no es mi himno.

—¿Usted no es portugués? —preguntó él.

Callé. Lo mejor en aquella circunstancia era dejar que el pobre músico cumpliera su generoso intento. Y el hombre tocó, emocionado, una curiosa versión del himno portugués. Al principio me resultó extraño. Pero confieso que, al poco rato, hasta empezó a conmoverme. Aquella composición cobró propiedades balsámicas. Y así anocheció en Nkokolani, con un blanco bebiendo *nsope* y un negro entonando el himno de Portugal.

Por fin, querido consejero, descubro en esta triste región agreste una humanidad en mí mismo que desconocía. Esta gente, aparentemente tan ajena, me ha dado lecciones que no habría aprendido en ninguna otra parte. Hace unas semanas, por ejemplo, compareció ante mí un indígena de Nkokolani que había sido llamado por la administración de Zavala, acusado de evadir impuestos. El administrador ordenó a un cipayo que lo azotara. La desobediencia no era tan grave como para imponerle aquel castigo. Pero la soberbia de un negro que afrontaba sin miedo el poderío de los portugueses no tenía perdón. Me impresionó sobremanera el relato de ese infeliz cafre,

que mantuvo su desafío sin lamentos ni quejas.

Entendí la lógica de nuestras autoridades. Había que humillarlo, hacer como se hace con los elefantes en la India cuando se los quiere domesticar: partirles las rodillas para que los pies dejen de soñar. El administrador ordenó, primero, que le pegaran con un caballito de mar.<sup>[5]</sup> Y entonces el negro procedió a una gentil corrección: que allí no había caballos, ni de mar ni de tierra. Que aquella cola reseca era de un animal llamado *mpfufu*. Si no teníamos un nombre adecuado en lengua portuguesa, sugería que tomáramos prestado aquel término de su idioma.

Al administrador no se le ocurrió que «hipopótamo» era la palabra de la que ya disponía nuestro idioma. Y se tomó las declaraciones como prueba de una creciente insolencia. Si no existía un nombre apropiado para el caballito de mar, entonces que le pegaran con una palmeta.

Debo decirle, haciendo un breve paréntesis, que, mientras el cafre relataba lo ocurrido, una mueca le torció el gesto y sus ojos se empañaron. Le dolía más ahora, al recordar lo sucedido, que en el momento del castigo. Porque en el instante en que la madera le dentelleaba la carne, él se mantuvo impasible. Ni una sola queja en los treinta palmetazos. El verdugo no obtuvo su trofeo, y el castigado se retiró de la sala con las manos vueltas hacia arriba, como si pidiera a Dios que fuera testigo de aquel dolor insoportable. Se despidió educadamente del cipayo que lo había azotado. Pero no se marchó. Antes llamó a la puerta del despacho del administrador y solicitó:

—Quiero pedirle un favor, Excelencia.

—¿Un favor?

—Quiero que sea usted quien me pegue.

—¿No has recibido ya suficiente?

—Quiero que vean que no soy un cualquiera. Quiero llegar a mi aldea y decir bien alto que a mí me pegó un blanco.

Más tarde, hablando con el propio administrador, corroboré esta versión. Y me aseguró que se había negado a cumplir la voluntad de aquel cafre presuntuoso. «Era lo que él quería —se defendió—. Esos negros son como niños y nos ven como una figura paterna cuya función es castigar y absolver». No estoy seguro de que esa interpretación sea cierta. A mi ver, la intención del negro era otra: demostrar la cobardía de quien ordena un castigo pero es incapaz de ejecutarlo con sus propias manos.

Describo estos episodios, en apariencia anecdóticos, para poner en

evidencia que nos empeñamos en no entender que esta realidad humana es bastante más compleja de lo que suponen en Lisboa. Cuando formé parte del pelotón de fusilamiento en Lourenço Marques, no fui capaz de adivinar la edad de aquellos jóvenes. Podían ser niños o adultos. Como bien dice Sanches de Miranda, no es fácil interpretar a estos seres. Y eso aumenta nuestra rabia contra ellos.

Y es una pena que nos contentemos con tamaño desconocimiento. Porque salimos perdiendo con esa ignorancia, no solo en cuanto a nuestra habilidad para gobernar, sino también en cuanto a nuestra capacidad de intervenir militarmente. Escapan a nuestro entendimiento asuntos fundamentales, y damos por cierto y definitivo el apoyo que tenemos de algunos régulos. Sin embargo, esos apoyos son precarios y se asientan en consensos frágiles y temporales. Hoy mismo he asistido, con la ayuda de un intérprete, a un curioso diálogo entre dos jefes locales que se han presentado para resolver una disputa entre cafres. A continuación reproduciré, lo más fielmente posible, el intercambio de pullas de que han hecho gala. Discutían sobre si había o no traición en ceder tierras a los invasores vatuas. Y deliberaban en los siguientes términos:

—Démosles las tierras —decía uno—, pero no les entreguemos a los dioses, que son los únicos dueños de la Tierra.

—Palabras..., eso no son más que palabras —respondía el otro—. Entreguémosles todo.

—¿Acaso no somos nosotros quienes seguimos dirigiendo las ceremonias sagradas?

—Pues yo pregunto: en esas ceremonias, ¿en qué lengua hablan nuestros *ngangas*? ¿Hablan en nuestra lengua? ¿O acaso no es verdad que hablamos con nuestros dioses en la lengua de los invasores?

## 17. Un relámpago venido de la tierra

*Cualquier general sabe que, más que defenderse del enemigo, debe protegerse de su propio ejército.*

Poco después de la madrugada me avisaron de que Katini y Musisi irían aquel día al cuartel para una audiencia. Días atrás, yo misma había informado al portugués de la intención de mis parientes. Aun así, convenía que el día de la visita yo estuviera presente. Después de la muerte de Binguane, el ambiente estaba tenso y era importante que el sargento Germano no tuviera dudas sobre la urgencia de aquello que iban a solicitarle. De modo que crucé las calles aún cubiertas de una niebla que, al principio, me pareció una bruma de la aldea, pero después confirmé que se trataba de una espesa humareda. Esos humos provenían del lugar lejano donde Binguane había abrazado la muerte.

A la entrada del cuartel, mi hermano Mwanatu había doblado la vigilancia. Así como antes exhibía un arma ficticia, ahora ostentaba un nuevo aderezo: unos guantes blancos que le cubrían las manos.

—Entra rápido, hermana, vivimos en estado de alerta —me susurró, agitando los dedos.

Germano estaba inclinado sobre un mapa desplegado a lo largo del tablero de la mesa. Sin levantar la cabeza, preguntó:

—¿Sabes lo que ha pasado?

—Toda la aldea lo sabe.

—¿Y sabes quién acaba de salir de aquí? El hijo de Binguane, Xiperenyane.

—¿Xiperenyane ha estado aquí?

—Ha venido a pedirme que interceda para salvar a su nieta. Durante el ataque de ayer, los vatuas raptaron a la niña. Y corre el rumor de que ya está muerta, que los hechiceros de Ngungunyane la han devorado.

El portugués estaba afectado, se notaba en el tono ronco con que se

expresaba. Hizo una pausa y me miró fijamente con el azul de sus ojos para preguntar casi de un modo agresivo:

—¿Vienes por las clases? Porque las clases se han terminado.

—¿Se han terminado?

—No dejes de venir a verme, pero no me enseñes nada. Yo he venido a este fin del mundo para olvidar que existen lenguas. Para olvidar que existen personas, para olvidar que tengo un nombre...

Y extendió los brazos sobre la mesa como si abrazara el mapa. Así desplomado, repitió:

—Lo que yo quiero es olvidar.

Avancé unos pasos y murmuré con miedo:

—¿Puedo pedirle algo?

—¿Qué quieres?

—¿Puedo tocarle el pelo?

Sonrió e inclinó la cabeza. Mi mano dejó de ser mía y se apoyó primero en su hombro para luego perderse en su espesa cabellera. Solo me movía la curiosidad de tocar aquel cabello tan distinto del nuestro. Pero el portugués no debió de entender por qué le pedía aquello. Porque levantó los brazos y llenó el hueco de sus manos con mis senos. Y sucedió lo siguiente: los botones saltaron de la blusa y rodaron, como mareados, por el entarimado. Luego, cada uno de esos botoncitos se retorció y se arrugó como si se derritiera ante un fuego invisible.

Y el portugués persistió en sus intenciones carnales. Quise resistirme, le mordí el brazo, lo atacé con toda la furia. Pero me quedé allí, quieta, acatando mi educada sumisión de mujer. Confieso que en aquel momento me pasmó un extraño entumecimiento: por primera vez sentí mi corazón latiendo en otro cuerpo. Los dedos del sargento me acariciaron los pezones como si fueran botones de carne. Y permanecí así, aplazando el propósito de apartarme.

—Mi padre debe de estar al caer, solo he venido para prevenirle de su visita.

Bruscamente, el portugués se recompuso y se retiró en silencio. Y me quedé sola, con la blusa entreabierta. Y contemplé mi pecho como si no lo hubiera visto nunca. En nuestra tierra, el volumen de los pechos es lo que convierte a una niña en mujer. Esa doble curvatura anuncia cuándo podemos generar otra vida. Y mis senos, en aquel momento, solo sugerían cuánto me

quedaba aún por vivir.

\*

Sentí la urgencia de salir de aquel lugar. Aunque vacilé antes de recoger los botones. Tal vez debía dejarlos allí, menguados y retorcidos sobre el suelo de madera. Tal vez debía ser castigada: antes de mí, jamás una mujer de Nkokolani se había abotonado la ropa. Y cuando, apremiada por las prisas, rocé el suelo con la mano, me di cuenta de que los botones ardían como brasas. Aun así, los guardé en la mano izquierda mientras me arreglaba la ropa y el pelo.

Fui a la entrada de la casa a esperar la llegada de mis parientes. Cuando llegaron, me apoyé en el umbral de la puerta para dejarlos pasar. Mi hermano Mwanatu les cerró el paso, celoso de sus obligaciones de centinela.

—Déjate de tonterías, Mwanatu —dijo mi tío—. Esa escopeta está más averiada que tu cabeza.

Mi padre sacudió los hombros con desaprobación. Al pasar por delante de su hijo, le arregló el cuello. Era su discreta manera de alabar su porte europeo.

—¿Cómo está nuestro *kabweni*? —preguntó con un orgullo difícil de disimular.

—*Kabweni* no, padre —corrigió mi hermano—. Soy cabo segundo de infantería.

Me sonrió y recuperó la pose de estatua, como si contemplar el infinito fuera su única ocupación. Mi intención era bien distinta: huir de allí cuanto antes. Con todo, el brazo de mi padre contrarió el intento.

—Tú entrarás con nosotros. ¿Quién, sino, va a traducir lo que digamos?

—¡No hace falta, padre, usted habla muy bien!

—Mi portugués no es suficiente para hablar del asunto que hemos venido a tratar —argumentó mi viejo padre.

—Yo no voy a hablar de nada —replicó mi tío—. Yo solo he venido a supervisar lo que diga tu padre.

El sargento nos recibió de una forma demasiado atenta. Se había puesto el uniforme para mostrar que estaba desempeñando funciones oficiales. La simpatía que exhibió, no obstante, estaba más destinada a mí que a mis familiares. Abrió una botella de vino para dar la bienvenida a los visitantes. A

pesar de su buena voluntad, el anfitrión desconocía nuestras costumbres: entre nosotros, los muertos beben primero. En nombre de los fallecidos, vertemos sobre el suelo las primeras gotas. A continuación se hace una pausa para manifestar que esos falsos ausentes aún tienen poder sobre el Tiempo. Después se sirve a las mujeres, no por deferencia sino por desconfianza, por si la bebida ha sido envenenada. Solo entonces se sirven los hombres y los invitados. Esas son nuestras buenas costumbres.

El militar fue el primero en beber. Lo hizo directamente de la botella, con la cabeza cubierta por el sombrero. El vino le corrió en abundancia por el mentón y el cuello. Parecía querer bañarse más que beber. Tras escuchar los temores de mi padre, adoptó un tono formal y trató de tranquilizarnos:

—Ya os dije que no permitiremos que os molesten. El hombre que manda sobre mí, sobre vosotros y sobre Gungunhane me dio esa garantía. No hacía falta que vinierais a pedirme...

—¿Pedir? —se indignó mi tío, expresándose en txichopi. Y volviéndose hacia mí, añadió—: Traduce, sobrina. Quiero decirle unas cuantas cosas a este blanco.

—Hable, tío, pero tenga cuidado con el tono de voz. No vamos a casa de otros para tratarlos mal.

—Cállate, Imani. Binguane acaba de morir. Y moriremos todos si sus patrones no se toman esto en serio.

—Tío, ahora hablemos en portugués para que no desconfíe de lo que estamos diciendo.

—Que le pregunte a su patrón lo siguiente: ¿a quién rendimos vasallaje nosotros? ¿Acaso no es a los portugueses? Somos súbditos de la Corona. Somos portugueses, ¿no es lo que dicen? Pues, si es así, Portugal tiene la obligación de defendernos. ¿O me equivoco?

Ansioso, mi padre se apresuró a dulcificar la intervención de su cuñado. E hizo uso de su torpe portugués.

—No le haga caso, señor. Este pariente mío solo está preocupado...

—No hace falta que traduzca. Entiendo perfectamente que su cuñado esté enfadado. Hace tiempo que sé lo que piensa de los portugueses. Conversemos como personas, quiero decir..., como personas civilizadas. Y tú, Imani, ya conoces la casa: ve a la cocina y tráeme otra botella como esta.

Con comedido paso de sirvienta, me dirigí a la cocina, donde había, sobre la mesa, dos botellas de aguardiente. Debajo de estas había un telegrama



firmado por el alto comisario. Tenía fecha de dos semanas atrás e iba dirigido a las autoridades militares de Inhambane. No resistí la tentación de echarle un vistazo. A medida que avanzaba en la lectura del texto, un sabor amargo fue surgiendo dentro de mí. He aquí lo que decía:

No podemos, bajo ninguna circunstancia, favorecer la urgente ayuda que necesitan los chopes en detrimento de la inaplazable defensa de Lourenço Marques. No podemos enviar refuerzos a Inhambane so pena de dejar desguarnecidos los territorios del sur. Es posible que Gungunhane no sea capaz de contener su sed de venganza contra los chopes, esa gente que tanta resistencia ha opuesto contra él. Pero es un daño que habremos de obviar. Por otra parte, debemos tener en cuenta lo siguiente: si castigan a los chopes, la culpa debe imputarse, en primer lugar, a ellos mismos. Los vatuas que ahora descienden con sus turbas pretenden vengarse, no de nosotros, los portugueses —que somos sus enemigos naturales—, sino de los que son negros como ellos. Ahora se proponen castigar esos agravios. Una intervención por nuestra parte no sería conveniente. Por tanto, la orden es: que suceda lo que tenga que suceder.

Volví a la sala. Un zumbido en los oídos me impedía oír nada, y solo reparé en que el portugués, haciendo ademanes, me preguntaba por la botella que había olvidado traer.

—He leído el telegrama —declaré mientras me dirigía a la puerta.

—¿Qué telegrama? —preguntó él, aturdido.

Agité la hoja de papel que llevaba en la mano, abrí la puerta de la calle y, con firmeza, pedí a mis familiares que se retiraran conmigo. Cuando vi los escalones, me pareció que no tenían fin. Descendían a las profundidades del infierno. El portugués había mentido. Y el dolor causado por esa mentira me decía lo mucho que aquel hombre me gustaba.

\*

A la mañana siguiente me dirigí descalza al río Inharrime. Me sumergí en su lecho hasta que el agua me llegó al pecho. No quería morir ahogada, arrastrada por las corrientes profundas. Mi intención era la contraria: quería quedarme preñada del río. Ese fecundo enamoramiento ya les había ocurrido

antes a otras mujeres. El secreto era quedarse quieta hasta que el alma no se distinguiera de las hojas que flotaban muertas, corriente abajo.

Eso era lo que quería en aquel momento. Porque de una cosa estaba segura: ningún hombre me poseería. Me quedaba el río, el río de mi nacimiento. Las aguas ya fluían por mi interior cuando me encallé en la orilla, paralizada como un tronco viejo a la deriva. Y allí permanecí mientras recuperaba fuerzas para regresar a casa. Entonces mis pies se hundieron en el lodo. En vez de combatir esa ausencia de suelo, me liberé de la ropa y, desnuda, me abandoné al abrazo viscoso del fango. Por un momento, me dejé poseer por el placer de sentir la piel cubierta por otra piel. Entendí entonces el gusto de los animales por bañarse en el fango. Y entendí que eso era lo que ansiaba: ser un animal, sin creencias, sin esperanzas.

Untada de lodo de pies a cabeza, recorrí el camino de vuelta a la aldea. Ante la mirada amarga de las mujeres, me dirigí a la casa del sargento. Al verme, Mwanatu huyó del puesto de centinela. El portugués estaba sentado en el porche y no me reconoció hasta que hube hablado:

—¿Le gustaría verme desnuda, Germano? Pues vierta agua sobre mi cuerpo. Nadie me desnudará nunca así.

Confuso, el portugués me pidió que entrara en su casa. Cerró la puerta y fue dando tumbos por las esquinas de la sala, como un cazador que temiera a la presa. Salió y regresó con un paño y una tina con agua.

—Ahora me toca a mí lavar los malos augurios —declaró.

Pasó sus manos por mis brazos, hombros y espalda. Después tiró el paño y dejó caer el agua sobre mi cuerpo. Cuando me vio desnuda e indefensa, el portugués enloqueció. Empezó a quitarse la ropa con urgencia, con los dedos trémulos y el mentón lleno de baba. Y cuando me agarró por la cintura, le dejé lamerme los pechos hasta que sentí en mi piel el latido de su sangre. Luego se tumbó sobre el entarimado. Dio unas palmadas en el suelo, invitándome a acostarme a su lado. No lo hice. Preferí contemplarlo desde arriba, con la mirada demorada de una reina. En ese aplazamiento de la sentencia sentía el placer perverso que las leonas experimentan antes del último golpe. Tiré al suelo el telegrama del día anterior, puse un pie sobre su pecho, le escupí en el rostro y, con la voz más dulce, lo insulté en mi lengua.

—¡Blanco embustero! Te arrastrarás como una serpiente.

El portugués todavía se arrastraba por el suelo cuando me vio salir, envuelta en un pedazo de tela blanca que cogí de un anaquel. Más que del

insulto, disfruté de habérselo dicho en txichopi. Puede que ningún negro dominara tan bien como yo la lengua portuguesa. Pero el odio que sentía solo podía expresarse en mi idioma materno. Estaba condenada: tendría que nacer y morir en mi propia lengua.

\*

En casa, reuní a la familia para revelarles cuán falso había sido Germano de Melo con sus promesas.

—¿El portugués miente? —preguntó, incrédulo, mi padre—. Lo habrás leído mal, hija mía. Te habrás confundido —y repitió—: Te habrás confundido.

Musisi permaneció callado, con la satisfacción contenida de que se confirmaban sus sospechas.

A falta de una respuesta, Katini abrió una botella de vino y se sirvió generosamente. Cuando la botella quedó igual de vacía que él, fue a sentarse delante de su marimba. En ese momento, el suelo no era apoyo suficiente: la borrachera multiplicaba su visión, y las teclas esquivas le desobedecían. Levantó el rostro como si invocara a los espíritus. Y en esa posición, llamó a su mujer a gritos:

—¡Ven a bailar, Chikazi! ¡Quiero verte bailar!

Como un títere, su mujer se arrastró al centro del patio de tierra y se quedó allí, inmóvil.

—Vamos a festejar, mujer. ¿No has oído las promesas de nuestros amigos portugueses? ¡Aquí la guerra no llegará nunca! ¿Qué mejor motivo para bailar?

Mi padre atacó las teclas con furia, como si castigara al instrumento que él mismo había fabricado. Y su mujer permaneció quieta, con los ojos fijos en el suelo.

—No hace falta que te muevas si lo prefieres así. Tú, mi querida Chikazi, tú bailas incluso parada.

Se me ocurrió ocupar el lugar de mi madre para salvarla de aquella humillación. Sin embargo, yo tenía otra misión, motivada por la rabia que me ardía en el pecho. De modo que me apresuré a tomar el sendero que conducía a la aldea. Los sonidos desacompañados de la marimba siguieron resonando mientras avanzaba, exasperada, entre la espesura. Entré en la vieja iglesia,

donde me aguardaba mi hermano Dubula.

—He recibido tu mensaje —dijo sin saludarme—. ¿Qué quieres?

Plumas de lechuza cubrían el suelo de la iglesia. Me descalcé. Y sentí en la piedra una suavidad de nubes. Una capa de agua descendía por las paredes como esas heridas que el tiempo abre en una gruta. Hice acopio de valor para hablarle de mi propósito. Clavé las uñas en una grieta húmeda y hablé:

—Tú ya sabes, Dubula, que mi cuerpo nunca ha aprendido a ser mujer.

—No sé de qué me hablas, hermana.

—Sí que lo sabes. Lo sabes muy bien. Nuestra madre nunca me dejó ir a las ceremonias de iniciación. He venido para que me enseñes la manera en que un hombre despierta a una mujer.

—No digas eso, Imani. Somos hermanos, ni siquiera podemos hablar de estas cosas.

—Tú sí que puedes. Siempre lo has hecho.

—¿Hacer qué?

—Siempre me mirabas cuando me bañaba en el patio.

Dubula lo negó con vehemencia. Mentía. Pero era una mentira a medias. Porque él siempre había mirado, aunque nunca hubiera sido capaz de ver. Cuando mi cuerpo se exhibía, Dubula se cegaba. Esa ceguera temporal no se debía a un defecto de la visión, sino a un exceso de deseo.

—Hoy me he bañado en el río. Me he lavado con agua y con lodo.

—¿Y por qué? —se extrañó Dubula.

No respondí. Mi hermano lo sabía: los demás se bañaban en el río, nosotros no lo hacíamos. Nuestra familia hacía como los europeos: reuníamos barreños y baldes en el patio. Y yo demoraba esos baños, acaso porque notaba la presencia furtiva de Dubula.

Mi hermano era la razón de esa coreografía en la que me escondía y me mostraba. Una cascada caía sobre la piedra, y el ruido del agua era la pura imitación de la lluvia. Las gotas se estremecían, iluminadas, sobre mis senos, el agua descendía por mis nalgas. Era como una danza: me bañaba solo para ser acariciada.

—Va a haber una guerra, hermano. Por eso he recordado el pasado. Por miedo al futuro.

Y conté a Dubula lo sucedido en el cuartel. Cuando le hablé del maldito telegrama, se puso en pie, tenso e impaciente por salir de aquella iglesia.

—Debo irme —susurró.

Miró hacia la puerta para comprobar si era segura su retirada. Y antes de que desapareciera, le pregunté:

—Dubula, dime una cosa: ¿no hay ninguna mujer en tu vida?

—Soy un soldado. Las mujeres ablandan el corazón. Mira lo que le está pasando a tu sargento.

—No quiero que me hables de ese hombre.

—Te conozco, Imani. Durante todo el tiempo que hemos estado aquí no hablabas conmigo. Hablabas con ese portugués.

—Mentira, hermano. ¡Mentira!

—¿Sabes qué sucederá? Sucederá aquello con lo que padre siempre soñó: el portugués regresará a la tierra de la que vino y te llevará con él.

—¡Jamás!

—En tu lugar, hermana, yo iría a su casa ahora. Y le pediría que huyerais de aquí. Hazlo, si él te gusta. Porque cuando yo entre en Nkokolani con los vanguni acabaremos con ese cuartel.

—¿No te despides de mí?

Y murmuró que no lo haría. Solo se despide quien espera un reencuentro. Y él no quería verme nunca más.

\*

Regresé a casa como si arrastrara los hombros por el suelo. Nuestros mayores dicen: aquel que camina solo se protege en su propia sombra. Pues yo ni sombra tenía.

Mi madre me aguardaba en el patio de casa. Me dijo que acababa de marcharse su comadre. La madre de Ndzila, mi mejor amiga de la infancia. Habíamos ido juntas a la escuela en la Misión.

—¿Ndzila está aquí? —pregunté, entusiasmada.

La respuesta tardó en llegar. Mi madre escogió las palabras y las suavizó para no hacerme daño.

—Llegó ayer. Pero su padre la ha enviado de vuelta a Chicomo. No la quiere aquí.

—¿Por mi culpa?

—Él dice que eres mala compañía. En esta aldea, hija mía, despiertas grandes sospechas. Tu destino es quedarte sola, soltera y sin hijos. Dale a tu padre las gracias por eso.

Era el precio que debía pagar por entregarme al mundo de los portugueses. La posibilidad de ver a Ndzila me recordó algo que yo me empeñaba en ignorar: que en Nkokolani no tenía amigos ni amigas. O peor: ni siquiera deseaba tenerlos.

Mi madre comprendió mi tristeza y se sentó a mi lado. No me tocó, no me miró. Como si hablara para sí, dijo:

—Yo era mujer, y las mujeres de Nkokolani deben pertenecer a alguien para dejar de ser nadie. Por eso las muchachas solteras se atribuyen el nombre de *lamu*, palabra que significa «aquella que espera». Es una manera de decir que seremos personas solo después de ser esposas... No pierdas la esperanza, hija. Tú aún no has dejado de ser una *lamu*.

La certeza de aquella condena era el mejor consuelo que mi madre podía ofrecer.

## 18. Novena carta del sargento

Nkokolani, 9 de junio de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Esta semana, Imani, dolida por haberle mentido, se ha vuelto contra mí y me ha humillado de una forma refinada. Le ahorraré los detalles de la escena que provocó en el puesto militar. Pues me ha valido para que esa gentuza aparte las miradas y la curiosidad de este lugar.

Ahora bien, hay algo que debo confesar: cuando Imani me maltrató, sentí que estaba siendo crucificado sobre el entarimado de mi casa. En su furia, entendí que ella era la única razón que me unía a la vida. Ahora que he perdido la posibilidad de conquistarla, ¿qué me queda en este mundo?

No sé, señor consejero, de qué modo puedo dar continuidad a mi misión. En realidad, hasta he olvidado qué misión era esa, si es que existió alguna vez. Recuerdo haber leído una carta del rey Afonso del Congo dirigida al rey de Portugal. Cito, sin pretender ser riguroso, las palabras de ese monarca negro: «En la disputa con otras naciones podemos prender al enemigo, podemos matar. Pero nada será tan eficiente como la seducción de nuestras mujeres». El rey Afonso tenía razón. Al final, yo también he sido víctima de esa seducción. Soy un vencido. Fui derrotado en una batalla que nunca hubo.

No sé cómo pasar los días. Tengo pavor a las noches. No se imagina los malos sueños que me asaltan. Y hay una pesadilla que es más recurrente que las mariposas nocturnas que rondan las lámparas. En esa pesadilla veo a miles de cafres vestidos con nuestros uniformes, sentados en un enorme corro. Y nosotros, los portugueses, bailamos ante una higuera, cubiertos con las pieles y los taparrabos de los indígenas. Todo invertido, todo al revés.

Montado en un caballo blanco, aparece Gunguhane para pasar revista a las tropas. Después, con la vanidad de un emperador, se apea y toma asiento

en un trono. Más de cerca, se aprecia que el cafre exhibe un bigote corto, recortado al estilo de nuestros oficiales. Ordena que interrumpamos la danza, porque le parece demasiado escandalosa y sensual. Y manda que nos sentemos y abramos la boca, y que la dejemos abierta hasta que él termine de hablar. En un portugués intachable, el negro declara:

—¿Queríais nuestra tierra? Pues es toda vuestra.

Y con fuerza bruta, derrama arena por nuestra garganta. Pronto quedamos llenos y el cacique reclama la presencia de una de las reinas, que se aproxima provista de un enorme diente de marfil.

—¿Soñabais con el marfil? Pues aquí lo tenéis.

Usando el marfil como si fuese la mano de mortero, la reina machaca la tierra acumulada en nuestras bocas hasta asfixiarnos. Y morimos así, sentados y con el rostro de cara al sol, con un hilo de arena cayéndonos por el mentón. Y esta es la pesadilla que me hace despertarme sobresaltado y echar mano de la primera botella que encuentro en la mesilla. Bebo con avidez y, cuando dejo la botella, leo en ella el viejo rótulo: «Vino para negros».

Disculpe que divague sobre mis intimidades. Atribuya esta osadía al desamparo que siento aquí, lejos de todo y de todos. Me encuentro tan deprimido que durante los últimos días he frecuentado la iglesia en ruinas de la aldea. Si hubiera un cura, nunca pondría los pies allí. Tal vez porque está abandonada me quedo rezando una larga oración sin palabras. ¿Y sabe por qué lo hago? Porque ruego a Dios por estos pobres indígenas. Y le suplico que les ahorre las batidas de los vatuas.

Cada vez ruego más con menos fe. Una vez, en medio del sosiego de la decadente iglesia, acabé durmiéndome. Y al despertar, sentí que el edificio se balanceaba con el vaivén de un río. La iglesia era un barco y en él viajaba Maurício, un tío mío que se hizo sacerdote. Ahora me venía a la mente la imagen de ese tío con la cabeza unida al cuerpo apenas por una tira de carne. Y me suplicaba con la voz tan entrecortada como su garganta:

—Conviérteme en letras y méteme en una carta, sobrino. Mándame en un sobre de vuelta a mi tierra.

Maurício abandonó la iglesia, desencantado con el sacerdocio. Se casó y fue padre de un niño adorable. Sin embargo, no dejó de ser un hombre austero y taciturno. Dispuesto a poner término a su propia vida, mató primero a su mujer y luego a su hijo. Quiso pintar las paredes con la sangre de las víctimas. Pero las paredes rechazaron la tinta. La casa estaba viva. Y la casa



se liberó de sus cimientos. El hombre quedó al descubierto, con la noche como único techo. A la mañana siguiente, al despertar, no sabía dónde estaba. Y vio a su mujer y a su hijo suspendidos sobre él, cada uno con un cuchillo en la mano. El cuerpo nunca fue encontrado, y la sangre no dejó manchas ni coágulos. Maurício partió y olvidó que, un día, había tenido cuerpo. Él, que había abandonado a Dios, no tenía rumbo hacia el que dirigir su alma.

Después de esa aparición, no he vuelto a visitar la iglesia, por miedo a que viva allí el fantasma del tío Maurício. Pero he seguido el consejo de mi fantasmagórico pariente. He usado las infinitas cartas que he escrito (buena parte de ellas sin destino ni destinatario) para ordenar y liberar las perturbadoras visiones que me asaltan constantemente.

He llegado a escribir tantas cartas que temo estar cumpliendo el augurio que mi vieja madre vaticinó. Ella decía haber conocido a un hombre que, desde niño, no hacía otra cosa sino escribir. La mano derecha se le deformó, y los ojos se le empequeñecieron. Pero no dejaba de escribir. Y aquel garabateo infinito constituía una única redacción: una carta para el Mesías. En esa misiva, el hombre enunciaba los males de este mundo. No se le podía escapar ninguna de las maldades de la humanidad, pues corría el riesgo de malograr la redención final.

Se pasó años escribiendo, sin que hubiera un único día en que no llenara hojas y más hojas. El Mesías murió sin que él hubiera terminado la extensa misiva. Aun así, el pobre hombre siguió redactando, convencido de que el documento estaría listo para el sucesor del Salvador del Mundo. Envejeció rodeado de pilas de papel que se acumulaban hasta el techo. Llegó el día en que no supo dónde estaban la puerta y las ventanas. Aquella sala se había convertido en su único mundo. En ese momento decidió que debía poner fin a su larga misiva. Firmó con su nombre el último párrafo y se acostó con esa página sobre el pecho. Y descubrió entonces que él era el destinatario de la carta infinita. Él era el Mesías. Y estaba muerto.

## 19. Caballos blancos, hormigas negras

*Los enemigos más peligrosos no son aquellos que te odiaron siempre. A quienes más debes temer es a aquellos que, durante un tiempo, estuvieron cerca de ti y por ti se sintieron fascinados.*

Toda la mañana estuvo nublado. Nubes oscuras fueron replegándose hasta que el cielo se rasgó como un viejo paño de la tienda de Musaradina. Los habitantes de la aldea se retiraron a sus casas, temerosos. Solo yo me enfrenté a la lluvia. En Nkokolani reina el terror a los relámpagos, y durante las tormentas todos se cobijan bajo la protección de las chozas de paja. Me quedé completamente sola bajo el espeso techo de nubes y, para exponerme aún más, subí a lo alto de la duna. Desde aquel otero me llegó la inesperada visión que cubría todo el horizonte: una masa humana que avanzaba en una marea infinita. Era un mar de personas, tan inmenso que ni Dios podía imaginar haber sido tan prolífico. Flanqueando la columna, desfilaban soldados cargados con toda clase de armas.

Aquella visión era como la lluvia: no cabía en la mirada. En el primer instante quedé aterrorizada. Luego el pánico dio paso a un extraño sentimiento de resignación. Y me vinieron ganas de unirme a aquella oleada de gente. Y partir lejos de Nkokolani. Partir lejos de mí.

\*

La marcha de aquella turba se prolongaría durante días largos y consecutivos. Las escopetas y las azagayas desfilaron durante un tiempo infinito. El suelo se estremecía bajo el paso de los carros y el paisaje se inclinaba con el peso de las filas de caravanas de bueyes. En un instante toda la aldea estaba reunida en aquel mirador para contemplar, horrorizada, aquella visión apocalíptica. A mi lado, mi madre observó:

—Hay más pólvora en ese desfile que arena en el mundo entero.

—Cuando vuelva a llover —añadió la tía Rosi—, caerán balas en vez de gotas.

La mayoría de los hombres que marchaban eran campesinos que se arrastraban penosamente, como si ya estuvieran muertos. Según las fuentes de Musisi, eran vandaus, forzados a abandonar sus tierras del norte, donde Ngungunyane mantenía la capital de su reino.

Nuestro tío proclamó bien alto aquello que todos ya sabíamos. Que los portugueses tenían a los angoleños porque eran negros arrancados de la tierra, sin familia, sin regreso. Los vanguni tenían ahora a sus propios angoleños, que eran los vandaus. Los traían a la fuerza en este viaje hacia el sur porque sus tropas de Gaza no ofrecían garantías de lealtad. Y esas tropas, las antiguas y las nuevas, se preguntaban si valía la pena sacrificarse por un rey que los martirizaba. Por eso desertaban, muertos de hambre y de sed. Musisi calló. Volvimos a escuchar el avance de aquella recua de gente, como si escucháramos el paso de una hilera infinita de hormigas.

De vez en cuando, de entre la masa de civiles destacaban grupos de militares vestidos de gala. Eran los soldados del emperador. Marcando un compás diabólico, golpeaban al unísono los pies, y de la tierra brotaba el fragor de un volcán. Temí que el abuelo Tsangatelo se asustara y emergiera de las entrañas de la tierra, entorpeciendo el funesto desfile.

La preocupación de mi padre era otra. Con la voz empañada, suspiró:  
—¡Esto será nuestro fin! ¡Malditos vanguni!

\*

El inmenso desfile no había terminado, ni mucho menos, y en la aldea parientes y vecinos habían empezado a excavar hoyos en la tierra junto a las casas y los pozos de agua.

Primero pensé que estaban labrando. Pero los hoyos ganaron hondura, hasta el punto de que en ellos podían caber casas enteras. Los hombres se metían dentro de las cuevas y alzaban los brazos por encima de la cabeza para calcular la profundidad. Y seguían cavando.

A la mañana siguiente, una delegación fue a confirmar el estado de las fortificaciones en las afueras de la aldea. Mientras tanto, mi padre nos llamó y nos ordenó que bajásemos todos al fondo de las cuevas. Mi madre llevó víveres, y las vecinas y tías pertrecharon las trincheras con cántaros de agua

que cubrieron con tapas de madera.

Entonces mi hermano Mwanatu apareció en medio de aquel escenario intrigante. Mi familia, atónita, comentó su aparición. Hacía meses que no se presentaba por casa. Parecía más retrasado de lo habitual, y temí que cayera en una de las trincheras recién cavadas.

—El sargento me ha enviado para preguntar qué estáis haciendo —declaró Mwanatu.

—Nos estamos sembrando —le respondí sin paciencia, sin reconocer la aspereza de mi propio tono—. Ve y dile eso a tu patrón. Dile que así es como nacen las personas: en la estación apropiada, las semillas se echan a la tierra. Francamente, Mwanatu, ¿cómo puedes ser tan estúpido?

—Creía —respondió con candidez— que cavábamos para encontrar a nuestro abuelo subterráneo.

Y como nadie le hizo caso, dio media vuelta y regresó al cuartel. Al verlo alejarse, pensé: no nos entierran después de morir. Nos entierran justo después de nacer.

\*

Al día siguiente, las tropas enemigas entraron en la aldea. Si dijera que eran soldados vanguni mentiría. La mayor parte eran de otras tribus, de otras naciones. Unos eran vandau, otros makwakwa, otros bila, otros eran simplemente otros. Y algunos hasta eran de los nuestros, con nuestros nombres. Esa gente, que venía de todas partes, rodeó la aldea y se dirigió a las trincheras donde nos escondíamos. Nos insultaron, furiosos, como si aquella labor de hormigas depreciara su condición de guerreros.

De pie en el borde de nuestra fosa, un jefe nguni dio la orden de que saliéramos de los refugios. Me miraba mientras escalaba la pared como quien contempla a un animal que sale de su madriguera. Cuando nos pusimos en fila en el descampado, los invasores cogieron palos y palas y empezaron a tapar las trincheras. Sentí en el pecho el embate de la arena. Aquellos terrones no solo cubrían de nuevo las cuevas, sino que me quitaban la respiración. Con cada movimiento de la pala, mi cuerpo se apagaba. Al poco rato me había extinguido, soterrada.

En aquel momento confirmé lo que hacía mucho sospechaba: no hay nada en este mundo que no esté bajo mi piel. La roca, el árbol, todo vive por

debajo de mi epidermis. No hay un fuera, no hay un lejos: todo es carne, nervio y hueso. Tal vez no me hiciera falta quedar encinta. Mi cuerpo contenía en su interior el mundo entero.

\*

Los soldados enemigos se retiraron, no sin antes prender fuego a las casas de la periferia de la aldea y raptar a los jóvenes y mujeres que venían de las *machambas*.<sup>[6]</sup> Devastaron las plantaciones, y muchos se quedaron sin nada que cosechar. Mi padre había tenido razón en su apocalíptica locura: habría sido mejor que hubiéramos destruido los campos nosotros mismos.

Al igual que las demás casas del centro de la aldea, la nuestra se salvó, pero no por ello el susto fue menor. Las horas pasaban sin que supiéramos nada de mi padre. Por un momento pensamos que lo habían secuestrado. Pero no fue lo que ocurrió. Volvió a aparecer en el bosque sagrado de nuestra casa. Estaba sentado allí, sobre un viejo pilón, con los dedos crispados alrededor del mango de un hacha. Era como si la mano, contraída de aquella manera, como un poder divino, hubiera redescubierto la autoría del mundo. A su lado había un cocotero que acababa de ser derribado. Señaló el tronco y afirmó:

—Este es solo el primero. Voy a derribar muchos más.

En nuestra plantación quedaban pocos cocoteros, pero mi madre se abstuvo de comentar nada sobre aquella fantasía. Su marido lo sabía casi todo, menos vivir. Sin los cocoteros, la miseria nos devoraría. Pero la convicción de Katini era la de un hombre guiado por los espíritus. Por lo tanto, merecía el debido respeto.

Y así fue como los vecinos empezaron a colaborar en la tala de los cocoteros y el transporte de la madera. Mi viejo padre reunía los troncos y los serraba. Sin embargo, buena parte del tiempo se quedaba pasmado, contemplando los materiales. Y así, aturdido, procedía tal como siempre había hecho: como si soñando la obra se completara el trabajo.

Nadie preguntó en ningún momento qué utilidad tenía aquel propósito. Supusimos que se proponía construir un nuevo *kokholo* alrededor de la población. Ahora, ante la amenaza de una nueva agresión, estaba más que justificado levantar una empalizada.

Cierto día, sin embargo, vimos que, en sus labores de carpintero, mi viejo padre había juntado los troncos, alineándolos unos con otros. A continuación,

una vez que los hubo fijado de extremo a extremo, levantó una altísima asta que rozaba el cielo. Mi madre reunió valor para interrumpir el enigmático quehacer de su esposo:

—¿Y eso para qué lo has hecho?

—Es un mástil.

—No comprendo. ¿Estás haciendo un barco?

Los ojos de Chikazi brillaron. Pero su marido no respondió. Reaccionó como si hacer barcos fuera la más corriente de las ocupaciones. Entonces mi madre me pidió:

—Habla con tu padre. Hazlo con delicadeza, sin sobresaltos, sin prisa. A veces tu padre tiene mucho miedo de las palabras.

Pero una vez en su presencia no tuve la oportunidad de hablar. Porque de repente preguntó:

—¿Sabes dónde puedo encontrar a tu otro hermano?

Me encogí de hombros. No me gustaba que mi hermano hubiera perdido su nombre, como los muertos. Dubula era «el Otro», como yo había sido en otra época «la Viva».

Mi padre ordenó que nos reuniéramos nosotros, la «familia en curso», como él decía. Vinieron los tíos Musisi y Rosi, vinieron los primos y los vecinos más próximos, y nos sentamos sobre los troncos dispersos en el jardín, a la espera de que Katini hablara. Se aprovechaba de aquella respetuosa muestra de cortesía, aplazando el momento de tomar la palabra. Al fin, señaló el enorme mástil y proclamó:

—Parece un barco, pero no lo es. En realidad estoy haciendo una isla. Una isla que nos salvará a todos.

Ninguna sombra, ninguna duda arrugó nuestra mirada. Dábamos tiempo a que los misterios se desvelaran por sí solos. Algunos pensaron, incluso, que Katini se refería a los palafitos que nuestros hermanos habían levantado en Chidenguele, y donde se refugiaban siempre que los atacaban por tierra. Musisi fue el único que se mostró impaciente. De un modo insidioso, me hizo una seña para que se sirvieran las bebidas. Mi padre elevó el tono de voz para imponer su autoridad:

—Esta guerra solo puede ganarse fuera de la guerra.

Nosotros, los vachopi, éramos pocos. Para ganar la batalla, vaticinó, teníamos que aliarnos, no con las personas, sino con los fantasmas. Son esas almas las que mandan sobre el miedo. Y nada tiene más poder que el miedo.

Esos fantasmas mandaban más que los renombrados comandantes militares, como el tal Maguiguane, que era un machangane al servicio del emperador. Los vanguni, proseguía mi padre, solo eran fuertes en tierra, donde se dejaban huellas.

—En el agua, se quedan sin cuerpo.

Mi madre sonrió, pensando en el mar. Y balanceó los hombros como si fueran olas. Sus brazos danzaban y su cuerpo se convertía en agua. En aquel balanceo se juntaban todas las horas en que, sentada a la orilla del Inharrime, había esperado a que el río se convirtiera en mar.

Y era esa antigüedad lo que ahora evocaba. Ese pasado en el que, sentados juntos en la playa, el viejo Tsangatelo preguntaba: «¿Tú qué ves cuando miras el mar?». Y Chikazi no sabía responder. Porque solo veía personas. Cada ola traía personas, vidas sucesivas que llegaban a la costa y se deshacían en espuma. Hacía generaciones y generaciones que la más diversa gente desembocaba en la playa. Esos muertos le acariciaban los pies cuando caminaba por la arena mojada. Por eso mi madre sonrió cuando oyó a su marido hablar de océanos e islas.

—En el agua, se despojan del cuerpo —repitió Katini.

Un vecino, más viejo que aquel, se levantó y puso una mano sobre el hombro de nuestro creador de islas. Así hacía acopio de valor para dirigirse a todos nosotros. Al fin, dijo que no valía la pena alimentar ilusiones. Las tropas de Ngungunyane eran ahora diferentes. La mayor parte de los soldados eran vandau. Y estos no temían al mar. Huyésemos al océano o escapáramos a las lagunas, seríamos igual de vulnerables que en tierra. Aquellos a quienes habían esclavizado los vanguni serían aún más crueles que sus amos. Por desgracia, dijo, así es la ley del mundo: quien ha sufrido quiere hacer sufrir a los demás. Padeceríamos más con los esclavos de los vanguni que con los propios vanguni. Sufriríamos tanto con los negros que olvidaríamos lo padecido con los blancos. Terminó de hablar y se impuso un largo silencio. Hasta que mi viejo padre volvió a intervenir:

—Todo eso no son más que palabras, hermanos. A los enemigos no hay que matarlos. Si los matamos, crecen. Solo hay que cansarlos. Volverlos ausentes, fingir que nunca han existido.

Así habló nuestro padre. Pero ya ni se escuchaba a sí mismo. Porque solo fingía que existía.

\*

¿Qué mar era aquel al que nuestra madre no regresaría nunca? No podría responder. En realidad, me resultaba difícil recordar la aldea costera de mi infancia. Vivimos durante años junto a los pescadores de la costa al norte del estuario del Inharrime. Fue el abuelo Tsangatelo quien decidió nuestro exilio a tierras interiores. La familia se sorprendió, porque junto al mar estábamos protegidos. Si las tropas enemigas se aproximaban, corríamos a buscar las balsas y partíamos sobre las olas del Índico. Aquellos que nos atacaban sentían horror del océano, que para ellos era un dominio sin nombre, prohibido por los dioses. A lo sumo, subían a las dunas para luego limitarse a contemplar con impotencia nuestras coloridas embarcaciones. En esa masa ondulante estábamos a salvo de las huestes invasoras.

Mi abuelo descubrió por accidente aquella debilidad del enemigo. Fue en cierta ocasión en que huía por el arenal, corriendo conmigo en brazos. Nos perseguían los *timbissi*, el pelotón de ejecución del emperador de Gaza. En su ciega carrera, el abuelo tropezó con las amarras de una vieja embarcación. Desesperado como estaba, usó la barca y remó más allá del rompiente. Descubrió entonces que el mar era una frontera: la bravura de las *ihimpis* se asentaba en la arena mojada de la playa. En ocasiones posteriores, confirmó sus sospechas: los vanguni jamás se atrevían a entrar en el mar. No es que temieran a las aguas, sino a los espíritus que las habitan.

Al fin, mi madre tenía razón en cuanto a su angustiada duda: ¿puede alguien apartarse de su propia salvación? ¿Por qué motivo Tsangatelo nos había arrancado de ese lecho protegido y había conducido a la familia a través de dunas, ríos y pantanos?

\*

Aquella tarde, mi tía Rosi me mandó llamar. Estaba sentada en su estera habitual, cribando arroz. Le comenté que parecía cansada, como si el tamiz le pesara. Rosi habló sin mirarme.

—Es antes de morir cuando los muertos dan más trabajo.

Acababa de volver de la aldea vecina, donde su madre agonizaba, en la última fase de la enfermedad. Hacía meses que mi tía salía por la mañana y regresaba por la tarde; la fatiga dibujaba la curva de su espalda.



Anteriormente había cuidado de la abuela, cuya agonía se prolongó durante años. En todas las familias siempre hay alguien que asume la obligación de ocuparse de aquellos que empiezan a despedirse.

—No te he hecho venir para quejarme —declaró mi tía—. Quiero hablarte de un sueño que me angustió anoche.

Había soñado con caballos ciegos. Los animales corrían hacia los árboles y tropezaban con las rocas hasta romperse las patas. Ella se fijaba en sus ojos, que eran de aguas negras, y de repente perdía pie y se ahogaba en la desesperación de los grandes animales. Tal había sido su visión. Y su pecho palpitaba cuando terminó de contarlo. La tía era adivina y me pedía que descifráramos el sentido de aquella manifestación.

—Quiero que busques en los libros de casa el dibujo de un caballo. Si lo encuentras, tráemelo.

—Veré qué puedo hacer.

—Lo que puedas hacer, hazlo de prisa. Porque tengo un mal presentimiento. Y es que, hija mía, voy a decirte algo: esos caballos son personas. Los portugueses les ponen nombres como se hace con los hijos. Eso me lo contaste tú, ¿verdad?

—Es verdad —le confirmé.

\*

Los caballos que causaban pesadillas a la tía Rosi eran para mí una promesa auspiciosa. Ojalá yo soñara con un tropel de cascos por las noches. Y agradecí los sueños que me hacían perder tamaño y lugar. Los sueños eran mi humo, mi bebida.

Mi padre me sacó de la estera donde dormitaba. Me pasó la mano por la cabeza antes de preguntarme:

—¿La tía ha estado aquí? ¿Te ha hablado de sus pesadillas?

—Sí, me ha hablado de ellas.

—Esos sueños que tiene me dejan muy preocupado.

Reflexionó un instante, haciendo girar una brizna de hierba entre los dientes, con los ojos fijos en el suelo. Entonces resolvió con ímpetu:

—Ve al cuartel, Imani. Ve a leer los papeles de los blancos, busca en las cartas, mira a ver si hablan de caballos...

—La tía me ha pedido casi lo mismo.

—Mi preocupación es otra. Quiero noticias sobre Mouzinho y su caballería. Ya debería estar aquí, con sus caballos, combatiendo al lado de Xiperenyane. Ha ocurrido algo.

\*

Mi padre tenía razón: allí estaba el informe, en casa del sargento portugués, entre libros de cuentas y gastos. He aquí lo que había escrito:

Cuando el escuadrón de caballería de Mouzinho de Albuquerque desembarcó en Lourenço Marques y desfiló por la Praça Sete de Março hasta Ponta Vermelha, el garbo y la altivez de nuestras tropas arrancó una expresión unísona a los presentes: «¡Qué hermosa tropa!». Un soplo de ánimo entusiasmó a los agotados residentes de la ciudad. Habían prometido al capitán Mouzinho que encontraría las facilidades necesarias para emprender los planes de acción. Pero, tan pronto como al día siguiente, una desilusión embargó al capitán: los caballos que le esperaban no estaban en condiciones de realizar labores de equitación, y mucho menos servicios de guerra. Aun así, ordenó que se intensificaran los adiestramientos y se reforzara la alimentación. Pero lo que sucedió durante la semana siguiente superó sus peores expectativas. El estado de los animales se agravó extrañamente: unos despertaron doloridos, sin servir siquiera para tirar de los carros; y otros se convirtieron en bestias indomables. Mouzinho confió en que los caballos que debían llegar de Durban compensaran la recua de jamelgos y acémilas que tenía en ese momento. El capitán luchaba contra el escepticismo de los oficiales, que pregonaban que la caballería no servía para las guerras en territorio africano. Su obstinación era demostrar lo contrario, pero para ello necesitaba desesperadamente animales en buenas condiciones.

Ahora bien, cuando llegaron los caballos de Durban, su desilusión no podía ser mayor, ya que buena parte de los équidos eran indisciplinados, vagos, asustadizos, y estaban agotados de arrastrar carrozas al servicio de los ingleses. El vendedor de Durban aseguraba, con los documentos en regla, que la remesa había salido del puerto en buenas condiciones. Así lo demostraba la declaración del militar portugués que estuvo presente en la compra. ¿Qué había sucedido durante el viaje en barco para que los

caballos se hubiesen degradado de tal manera? ¿Qué misterios hacen demorar los intentos patrióticos de nuestro apuesto capitán?

\*

Regresé a casa decidida a mentir. Diría que no había encontrado ningún informe. Ninguna carta, ninguna referencia a caballos. Soñara lo que soñara la tía Rosi, el origen de sus pesadillas era personal y nada tenía que ver con lo que pasaba en este mundo. No había motivo para desconfiar de que alguien hubiera practicado algún hechizo. De este modo, mis hermanos estarían a salvo de la sospecha de traficar con informes y pasarlos a manos enemigas. Todo iba bien, y Mouzinho no tardaría en llegar con su caballería mesiánica.

Al día siguiente nos tocó a nosotros visitar a la tía Rosi. La ocasión era propicia, pues Musisi había salido a cazar y la adivina estaba a nuestra entera disposición. Incluso sin la prueba de los papeles, los recelos de mi padre me quitaron el sueño. Tenía que haber una causa oscura en la demora de los caballos y los caballeros.

—Hoy se ha pasado el día llorando —anunció la adivina en cuanto nos vio llegar.

—¿El tío Musisi, llorando?

—No, era mi hijo el que lloraba. El que está a la espera dentro de mí.

Rosi nunca había sido madre. Había abortado todas las veces que se había quedado embarazada. Sus hijos habían «vuelto atrás», como se dice de los huidos. Mi tía estaba condenada a no tener descendencia. En otra época había recurrido a la prueba de la araña para saber de quién era culpa la esterilidad. La prueba consistía en dejar junto a una tela de araña dos pedazos de tejido, uno cortado de la ropa del marido y otro de la mujer. La tela escogida pertenecería al cónyuge infértil. Al final, la prueba no fue concluyente. La araña caminó entre los dos retales sin tocar ninguno.

Y ahora allí estaba ella, estirando la espalda para abultar su flaco vientre.

—Es necesario prestarle atención —afirmó mi madre—, todos los niños necesitan atención.

Chikazi le seguía la corriente, como si las palabras de su cuñada contuvieran una verdad incuestionable. Pero entonces yo aún no lo sabía: las mujeres del mundo entero forman un único vientre. Todas nos embarazamos de todos los hijos. Dos que nacen y dos que vuelven atrás.

\*

Mi padre ya debía de estar acostumbrado a los habituales delirios de Rosi. En esos momentos en que nuestra parienta se declaraba embarazada, el vientre se le redondeaba. Todo era falso, todo era verdadero. Porque hasta las manos, la boca y la nariz adoptaban la curvatura de una buena nueva.

Esta vez, sin embargo, Rosi era más convincente que nunca al acariciarse con las manos la voluminosa barriga. Miré a mi padre para tratar de saber, en silencio, si valía la pena mantener la intención inicial de la visita. La tía Rosi advirtió nuestra silenciosa vacilación y nos tranquilizó:

—Quedaos cuanto queráis, que esta criatura no nacerá hoy. Hace años que está así, esperando a nacer. Las dos estamos a la espera de un tiempo sin guerra.

Nuestra madre condujo a su cuñada bajo una sombra y ambas se inclinaron sobre un mismo tamiz de arroz. Juntas separaron los granos; los dedos se tocaban y se entrelazaban, hasta que Rosi preguntó:

—Sobrina, ¿no habrás visto por ahí a Mwenua? ¿Y a la otra, Munyia, has visto a esa perezosa?

Sacudí la cabeza para responderle que no. Yo fingía que todo aquello tenía sentido. La tía Rosi era la *nkossikazi*, literalmente la «esposa grande», la primera de las mujeres de su hogar. El tío Muisi se había casado con otras dos mujeres bastante más jóvenes. Fue ella, la primera esposa, quien escogió a las otras: Mwenua y Munyia. Toda la aldea sabía que los vanguni habían violado y matado a las dos mujeres. Toda la aldea menos la tía Rosi.

—¿Has oído mi pregunta?

Mantuve una mirada distante, como si a mi alrededor todo fuera oscuro. En esa penumbra había desaparecido mi padre.

—Voy a ver si las encuentro —anuncié al marcharme.

Me alejé, pero no fui lejos. En la parte de atrás de la casa encontré a mi viejo padre fumando. Me hizo una seña cómplice con las cejas:

—Aquello es triste. Es muy triste. Voy a volver. No puedo dejar a tu madre sola con ella.

Apagó el cigarro en la arena y se escabulló por el patio trasero para reunirse con las mujeres. Los miré de lejos. Mi tía había esparcido por el suelo los papeles que le había dado mi padre. En cuanto lo vio asomar, Rosi

le pidió:

—Explícame cómo se hace.

—¿Cómo se hace el qué?

—¿Cómo consigue leer una persona? Me gustaría tanto saber hacerlo...

—Se tarda en aprender, Rosi.

—He visto cómo lo haces. Pasas el dedo sobre las líneas y vas moviendo los labios. He hecho lo mismo, pero no oigo nada. Explícame cuál es el secreto. Yo aprendo rápido.

Mi padre apartó la mirada y pasó las manos por las hojas que yacían sobre el suelo.

—Para leer estos papeles, Rosi, tienes que quedarte quieta. Completamente quieta, los ojos, el cuerpo, el alma. Quédate así un rato, como un cazador en la emboscada.

Si permanecía inmóvil un rato, sucedería lo contrario de lo que ella esperaba: serían las letras las que empezarían a mirarla a ella. Y le confiarían historias. Todo eso parecen dibujos, pero dentro de las letras están las voces. Cada página es una caja infinita de voces. Cuando leemos no somos el ojo; somos el oído. Así habló Katini Nsambe.

Rosi se arrodilló ante los papeles y se quedó muy quieta, a la espera de que las letras le hablaran.

## 20. Décima carta del sargento

Nkokolani, 28 de junio de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Excelencia, no hay forma posible de describir mi sentimiento de culpa. Ayer se produjo un ataque en Nkokolani, perpetrado por los abominable vatuas (no sé por qué me empeño en llamarlos así, cuando ellos se designan a sí mismos como vangunis). Esos facinerosos mataron, quemaron, violaron... Antes del ataque envié a Mwanatu a investigar el motivo que había llevado a sus habitantes a construir unas enormes trincheras. No eran refugios de combate. Eran escondrijos donde esperaban volverse invisibles. La estrategia no resultó. Los desgraciados fueron sorprendidos y no pudieron defenderse contra la cobarde violencia de los soldados de Gungunhane.

Tras la invasión visité la aldea y los campos de labranza, pero solo tuve valor para mirar con una fugaz ojeada la extensión desolada de esa llanura cubierta de cenizas que, de vez en cuando, volaban en mi dirección. Y regresé al cuartel preguntándome cómo habían podido protegerme tanto las ruinas de este puesto. Me senté con Castânia en el regazo y regresé al único quehacer que aún tiene sentido: escribir.

No sé cómo voy a salir de casa, me moriré de vergüenza. Ya hace demasiado tiempo que estoy aquí. He creado vínculos y me he dejado llevar por el mismo sentimiento de empatía que Ornelas descubrió en la música y que yo encuentro en los más simples detalles de la vida de esta gente tan humilde.

Cansado de escribir, me he quitado el uniforme y lo he colgado en una percha. Me lo he quedado mirando como si fuera yo el que estuviese ahí suspendido, marchito, sin luz, sin materia. Extraño sentimiento para alguien que nunca ha sido un soldado. Pero el problema, permítame la osadía Vuestra

Excelencia, mi problema es que nunca he sido otra cosa, fuera lo que fuera. Soy el uniforme vacío, colgado de una percha, que solo las sombras visten y desvisten.

Confieso, Excelencia, que muchas veces se me ha ocurrido abandonarlo todo y adentrarme en la espesura en dirección a Inhambane y escapar, desde allí, al norte, a la capital de la colonia, Isla de Mozambique. No iría solo a una isla. Yo sería una isla. Sáqueme de aquí, se lo pido.

Llevo demasiado tiempo perdiendo la razón, pero después de la masacre que vi ayer en Nkokolani me hallo en un estado de abatimiento sin retorno. Esta mañana me he despertado paralizado. Solo movía los párpados. Pensaba que iba a morir allí, sin ayuda de nadie. Mi ayudante, ese muchacho pasmado que me hace recados, de poco podía servirme, porque nunca entra en mis aposentos sin permiso. Y yo era incapaz de llamarlo. Por suerte, Imani ha venido a visitarme. Alarmada por mi silencio, ha entrado y me ha encontrado en ese infeliz estado de entumecimiento. Me he comunicado con ella abriendo y cerrando los párpados. Por un momento, la muchacha ha dudado. Parecía que iba a dejarme allí, indefenso y agonizante. Pero ha hecho lo que hace siempre en los momentos de aflicción: me ha masajeadó el pecho y los brazos. Y poco a poco he vuelto a ser yo mismo.

Recuerdo que me ha dicho lo siguiente: los párpados son alas que nos quedan de un tiempo pasado, cuando fuimos aves. Y las pestañas son las plumas que sobrevivieron. Tal es la creencia de su gente, que vive de supersticiones. Y me ha explicado otras absurdas creencias mientras yo regresaba a mi estado normal. Así, por ejemplo, dice que en la lengua de los zulúes se usa el mismo verbo para «volar» y «soñar». Espero que así sea, he pensado. Espero que nuestras balas capturen a esos malditos vatuas en pleno vuelo.

La intervención de la joven negra me ha ayudado, pero no me ha curado, porque la enfermedad que padezco no tiene su origen en mi cuerpo. Se originó antes de mí, comenzó con la historia de mi gente, condenada por la mezquindad de sus dirigentes. Recuerdo a Tsangatelo preguntándome sobre el tamaño de mi país. Qué poco sabía él de nuestra pequeñez, que no se debe tanto a la geografía como a un estado atávico del alma que confunde la añoranza con el destino.

Toda esa asfixia podría compensarse con la infinita geografía de África. Pero esta vasta lejanía produce el efecto inverso: aquí todo se vuelve más

próximo. La línea del horizonte queda al alcance de nuestros dedos. E imagino el inmenso recorrido de nuestras cartas atravesando el agreste territorio africano. Mientras pienso en todo esto garabateo estas palabras como si fueran caballos, como si fueran barcos venciendo la distancia. No sé si usted siente lo mismo. Ni sé por qué motivo le confío unas emociones tan fuera de lugar.

La semana pasada salí a experimentar la sensación del viaje. Y fui a la orilla del Inharrime con Mwanatu como único guía. Quería ser testigo del avance de nuestras tropas bajo el mando del coronel Eduardo Galhardo. Quería ver una columna militar lusitana en movimiento y comprobar, así, el avance inexorable de nuestras tropas emplazadas al norte para cercar al pérfido jefe vatua. Pensé que el viaje me iría bien para mis recelos y achaques. Pero mejor habría sido no hacerlo. Había acudido allí buscando aliento. Sin embargo, lo que vi me dejó todavía más desesperanzado. Nadie puede imaginar el esfuerzo titánico que supone la travesía de los ríos con esos carros, cañones y personas.

El coronel me llamó aparte y me dijo: «Es bueno que veas lo mucho que esto está costando y que lo transmitas a António Enes; para que sepa cuánto bregamos para progresar sobre el terreno». Galhardo quería un mensajero, un aliado en su pugna con las autoridades de Lourenço Marques. Por eso no dejaba de repetir: «António Enes no me cree, piensa que tengo miedo, que invento excusas». El coronel tenía razón, y esa certidumbre lo entristecía.

Descendí la ladera para contemplar todo el convoy de carros. Y me fijé en especial en los jóvenes soldados enterrados en el fango hasta la cadera, como si los devorara el suelo africano. En ese momento me asaltó uno de mis episodios delirantes. De repente, en lugar de cajas de armas, vi féretros; en lugar de escopetas, vi cruces de Cristo; en lugar del coronel Galhardo vislumbré a un cura con sotana. Y en un abrir y cerrar de ojos la caravana entera se convirtió en un desfile fúnebre. Estaba en un funeral. Y allí estaba, entre varios ataúdes, el féretro de Francelino Sardinha. Mis manos ensangrentadas no podían dejar de cavar un hoyo en el pedregoso suelo.

Si ya tenía motivos para no dormir, acababa de encontrar otro para ni siquiera querer hacerlo: el ruido de la pala abriendo el suelo. Dicen que la noche es la puerta del infierno. Las lombrices, que antes se agitaban en el fondo del agujero, bullen ahora al otro lado de la puerta. Esos gigantescos gusanos de color carne me espantan el sueño.



En el preciso instante en que redacto esta carta me invade una nostalgia que me paraliza. Y le escribo acostado: acaso debido a esta postura mi caligrafía se convierte en estos confusos garabatos. La culpa, Excelencia, es de este entumecimiento que me incapacita para una misión que, al principio, creía no entender y ahora sospecho que nunca ha llegado a existir. ¿Sabe lo que he descubierto? Que las arañas que observé el primer día sobre la mesa siempre han estado dentro de mí. Y dentro de mí han fabricado una tela que entorpece no solo mis movimientos, sino toda mi vida.

He fabricado mi propia tela a partir de los rollos de sisal, de los paños viejos, de las paredes de la casa, de todo eso... Y he quedado atrapado en la esperanza de que este falso cuartel fuera mío, fuera portugués, fuera mi casa. No he sido capaz. Una criatura más grande ha devorado la araña y la tela. Esa criatura se llama África. Ninguna pared, ninguna fortaleza podría detener a esa criatura. Y allí estaba, entrando por las rendijas en forma de música de marimbas y voces y llantos de niños. Allí estaba, transformada en raíces que crecían entre las grietas de los ladrillos. Allí estaba, habitando mis sueños, invadiendo mi vida en forma de mujer. Imani.

## 21. Un hermano hecho de ceniza

*Conozco el juego de los europeos. Primero mandan a los comerciantes y a los misioneros; después a los embajadores; luego, los cañones. Bien podrían empezar por los cañones.*

EMPERADOR TEODORO II DE ETIOPÍA

Vinieron a buscarme: un visitante desconocido había traído un paquete y pretendía entregarlo en mano. Venía de lejos, de tierras que solo tienen nombre en otras lenguas. Lo miré desde la puerta con desconfianza, sin saber qué hacer. La generosidad de una familia se mide por el modo en que acoge a los huéspedes. Pero también es cierto que, en nuestra tierra, ningún hombre se presenta en casa ajena para hablar con una mujer soltera. La tradición manda que se dirija a los padres y espere el tiempo necesario para que puedan valorarse sus intenciones. Pero nosotros, los Nsambe, éramos diferentes, menos dados a las tradiciones. Por eso accedí a abrir la puerta. Un hombre de cierta edad hizo una seña con un legajo de papeles y, con voz ronca, anunció:

- Traigo unas cartas de las minas.
- No tenemos a nadie en las minas.
- Sí que tenéis a alguien.
- ¿A quién?
- Haced memoria.

Los papeles estaban arrugados y tan sucios que las letras no podían ni adivinarse. Pese a ello, con dedos inmundos, el mensajero desenrolló las hojas con una delicadeza propia de una mujer. Me asaltaron las dudas: ¿estaría el abuelo realmente vivo? ¿Y habría escrito aquellas cartas él, que no se sabía ni una letra?

—Tsangatelo me dictó y yo escribí —declaró el mensajero como si me hubiera oído.

Entonces lo reconocí. Era el mismo minero que años atrás había traído noticias del abuelo. En un primer momento me asaltó la duda. Pero ahora

tenía la certeza de que aquel hombre era su compañero, el *tchipa* que había cuidado de él en las profundidades de la tierra.

Si al principio no era capaz de descifrar la caligrafía, después no entendí nada de cuanto el forastero decía. De la boca le salía una especie de hollín y quedaba adherido al labio inferior, que se le descolgaba con el peso de la negra saliva. El emisario del abuelo tosía más que hablaba.

Finalmente, el visitante se hizo entender. El viejo Tsangatelo pedía que transmitiéramos a mi madre lo siguiente: que jamás volvería a ver el mar. Ninguno de nosotros, los de Nkokolani, regresaría a las tierras del litoral. El *tchipa* reiteró la profecía con convicción:

—No se regresa nunca, nadie regresa.

Escruté su rostro y adiviné que guardaba secretos, pensé que acaso tuviera respuestas para algunas de nuestras antiguas preguntas.

—No voy a preguntar cómo se llama. Pero me gustaría que me ayudara a entender qué fue lo que llevó al abuelo a alejarse del océano.

—Tsangatelo me enseñó que no se debe decir a alguien algo que esa persona no podrá olvidar.

—No es por mí. Es por mi madre, para que no sufra más con su ilusión de regresar.

—Voy a contarte la historia —dijo el mensajero.

\*

Todo empezó una mañana de sol durante la estación de las lluvias del año 1862. Hasta entonces Tsangatelo no había visto nunca a un blanco. El primer europeo apareció montado a caballo, un animal que él desconocía. El caballo era blanco, bastante más pálido que el jinete. El caballo y el caballero formaban una misma silueta. Tanto era así a los ojos del abuelo que pensó que se trataba de una misma criatura. Por eso, se horrorizó al ver la intención del aparecido de separarse de su mitad inferior. El caballero desmontó y Tsangatelo Nsambe oyó carne rasgándose y huesos despedazándose. Cerró los ojos para ahorrarse la visión de la sangre saliendo a chorros como del pescuezo de una gallina. La pregunta en portugués del caballero le hizo volver a la realidad:

—¿Eres tú Tsangatelo? ¿Eres el *pombeiro* de la región?

Mi abuelo no hablaba una palabra de portugués. Adivinó más que entendió

la pregunta del extranjero. Asintió con la cabeza para responder a la primera. Pero ni él ni nadie en toda la aldea podía entender la palabra *pombeiro*. El término provenía de Angola y designaba a los comerciantes que organizaban expediciones por las tierras del interior africano.

—Soy Tsangatelo Nsambe, hijo de Zulumeri, que es hijo de Masakula, hijo de Mindwane, que es hijo...

El portugués levantó el brazo para interrumpir la infinita enunciación. En realidad, casi no hubo interrupción: a medida que avanzaba en la lista de antepasados, mi abuelo iba bajando la voz. No quería llamar demasiado la atención, pues es una temeridad hacerlo en un lugar tan pequeño y pobre. Pero la precaución fue en vano. Porque en cuestión de segundos un mar de gente se congregó alrededor del aparecido. Por temor a ser engullido por la multitud, el extranjero volvió a subirse a la montura. Quería que lo vieran desde un plano elevado, como se mira a los dioses: a contraluz, recortado en el cielo. Desde lo alto del caballo, el portugués miró con altiva condescendencia a su alrededor, como si pensara: ¡tanta gente y ni una persona!

Junto al jinete se alinearon dos portugueses más, asimismo a caballo. Los animales eran muy distintos, de tamaños y colores diferentes. Pero los blancos eran iguales: el rostro cubierto con sombreros de ala ancha, bigotes largos y revirados, miradas inquietas y esquivas. Uno de ellos, el más bajo, dijo algo en una suerte de lengua mestiza que, con esfuerzo y creatividad, Tsangatelo Nsambe tradujo de la siguiente manera:

—Necesitamos de tus servicios.

El abuelo era dueño de caravanas de porteadores. Él mismo organizaba el transporte de cargamento a larga distancia. En aquella época no había caminos. Los existentes se formaban con el paso de los viajeros. Los arrieros eran el camino, las vías férreas eran el mar y los ríos. Durante siglos, sobre sus espaldas habían transportado miserias y fortunas, glorias y traiciones.

Tsangatelo no era precisamente amado por el modo en que trataba a sus cargadores. Había mandado decapitar numerosas veces a aquellos que, por estar cansados y enfermos, eran vistos como indolentes. Él mismo contaba el caso de una mujer que, estando atada con cuerdas a otras mujeres, se empeñaba en llevar en brazos a un hijo que había muerto de hambre hacía días. Tuvo que ordenar que la mataran. Tsangatelo se defendía diciendo que no lo hizo por maldad, sino porque era una mala influencia para los demás.

Esa gente es astuta, decía. La vida les ha enseñado a mentir, a fingir lutos y enfermedades.

De modo que era natural que odiaran a Tsangatelo Nsambe por todos esos años de malos tratos. Pero el mayor odio provenía del hecho de que destacaba por ser más rico y más señor que el resto de habitantes de la aldea. En un lugar pobre, es un crimen dejar de ser pobre. En nuestra aldea, la riqueza nunca nace limpia.

\*

Un sentimiento incierto acechó a Tsangatelo cuando se sentó con el portugués que hablaba la lengua mestiza. Era un encuentro preliminar, un preámbulo, un «tanteo», como decimos nosotros. Los extranjeros solo querían anunciar su llegada y concretar una cita para el día siguiente.

Esa noche, a mi abuelo le costó dormir. Estaba al corriente de que, en otros lugares, otros comerciantes blancos y mestizos ya habían usurpado el negocio de la carga y los arrieros. Por eso se levantó temprano y se preparó para impresionar a la delegación portuguesa. No quería que lo tomaran por un campesino de poca monta. Pidió a su hermano mayor que le prestara ropa europea. Su hermano solo tenía una chaqueta y unas gafas graduadas que había encontrado a la entrada de la aldea. Así, con la chaqueta sobre una piel de vaca que hacía las veces de forro, y las gafas sobre la punta de la nariz, confiado y vanidoso, Tsangatelo se presentó ante los portugueses. Y que no hubiera ninguna duda: nadie en toda la región prestaba mejores servicios que él.

—Es más: solo pago a los arrieros que llegan al final del trayecto.

Pero no pagaba con dinero. Pagaba con esclavos que encontraba en el camino. Así es la vida, filosofaba: los que hoy son propiedad de unos mañana serán dueños de otros. Todos en este mundo somos descendientes de esclavos o de dueños de esclavos.

El portugués sacó de la cartuchera una enorme pistola, y un brillo metálico cegó a Tsangatelo. Bajó la vista y fingió que se limpiaba los pies agrietados. Balanceando el arma como si fuera un abanico, el portugués dijo:

—El cargamento que le encomendamos es muy sensible.

—He cargado mucho marfil para portugueses e ingleses. Mis caravanas van hasta Inhambane y más lejos aún, hasta Lourenço Marques.

—Esta vez es diferente. No se lo ocultaré: son armas.

El abuelo se arremangó la chaqueta hasta los codos, empujó las gafas hasta el puente de la nariz y se sacudió la *capulana* para limpiar un polvo imaginario. Después miró por primera vez al europeo a los ojos:

—Ustedes son de fuera. La única distancia que conocen es la del mar. En tierra, la distancia puede tener una gran ventaja.

—¿Y qué ventaja es esa?

—Esa distancia parece ofrecer mil maneras de escapar. Pero es la peor de las prisiones. Ningún porteador se atreve a huir.

—De acuerdo, vayamos al grano: ¿transportarás o no esas armas?

—¿Esas armas viajan de dónde a dónde?

—Alguien las trae de Lourenço Marques hasta el río Limpopo. Desde allí serás tú el que las lleve hasta Chicomo.

Mientras volvía a casa, una extraña sensación asaltó a mi abuelo: las armas, pensó, no se desplazan. Siempre han estado donde están hoy. Nacen y renacen como las malas hierbas, sin razón ni intención.

\*

Tsangatelo regresó por la orilla de la playa: había caído la noche y en los senderos del campo acechaban peligros. Su esposa lo esperaba en el patio y escuchó en silencio las novedades sobre el encuentro con los portugueses.

—¿Armas? —se extrañó la mujer.

Permaneció callada unos instantes. Contemplaba el mar, que es una manera de no mirar nada. Luego se levantó con las manos sobre los riñones, como si rechazara su cuerpo. Con la serenidad de las grandes certezas, declaró:

—Aprende una cosa, marido: las armas no pueden ser un negocio. Si aceptas ese encargo, yo me voy de casa, huyo de esta aldea. Y nadie me verá nunca más.

—Pero, mujer, esas armas son para expulsar a nuestros enemigos.

—Cuando los enemigos se marchen, esas escopetas no se quedarán dormidas. Y nos masacrarán con las mismas armas que ahora carguemos.

—No sé por qué te he contado nada. Yo tengo mis negocios, son cosas de hombres.

Las objeciones de la esposa incomodaron al abuelo y perturbaron su sueño.

A la mañana siguiente, mal dormido y peor despierto, Tsangatelo vio a uno de sus arrieros de pie en la puerta de la casa. A sus pies había un fardo con piezas de marfil y pieles de animales. El hombre hizo una reverencia y aprovechó la inclinación para meter las manos por debajo del fardo. Cuando levantó la carga, sucedió lo que Tsangatelo nunca supo describir: junto con el atadajo levantó todo el suelo a su alrededor. Como si fuera un mantel, la tierra envolvente se elevó y una nube de polvo quedó suspendida en el aire. En torno al arriero surgió un abismo sin fondo. Sin aparente dificultad, el hombre levantó el paisaje entero a su misma altura. A continuación, depositó el mundo sobre su cabeza. Inmóvil, en esa súbita isla sobre la que sus pies se asentaban, el esclavo sentenció:

—¡Ahora ya nadie puede caminar! ¡Las caravanas se extinguirán! ¡Se extinguirán para siempre!

El dueño de los porteadores, el poderoso Tsangatelo, sintió un escalofrío de la cabeza a los pies: estaba siendo objeto de un mal de ojo. En algún lugar, en una olla anónima, se cocinaba su funesto destino.

Ese mismo día, mi abuelo Tsangatelo decidió marcharse de la aldea de la playa. He aquí la razón, silenciada durante años, por la cual nos habíamos alejado del lugar donde habíamos sido felices.

\*

El mensajero de Tsangatelo se alejó, sin dejar huellas en la arena barrida delante de la casa. Yo debería haber acudido a mi madre para transmitirle la noticia surgida del fondo de la tierra. Pero no lo hice. Me quedé en casa el día entero, respetando la demora con que se arrastran los mensajes en nuestra tierra. Hablaría con mi madre por la mañana.

Pero no lo hice. Porque, de madrugada, nos llegó la noticia de que una criatura embrujada había invadido la aldea, cruzando las calles en una pavorosa carrera. Ese duende —ese *txigono*, como decimos nosotros— asaltaba las casas e irrumpía en los corrales, dejando un rastro de alaridos.

En un instante nos llegó el turno de experimentar la veracidad de los rumores: una figura monstruosa irrumpió en el patio tras saltar la cerca, sembrando el terror entre mujeres y niños.

A primera vista parecía una bestia grotesca y aterradora. Después se advertía en ella cierta familiaridad. Los monstruos dan más miedo cuanto más

humanos parecen. Era el caso de aquella aparición. Sobre la cabeza del *txigono* se balanceaban tres plumas de avestruz. Una especie de gorro hecho de pieles, atado atrás con una cinta, hacía que la cabeza pareciera más voluminosa. Alrededor del cuello llevaba una tira negra de piel de vaca a la que nosotros llamamos *tinkosho*. Las piernas, las pantorrillas y los brazos estaban ornamentados también con correas de cuero. Rodeando la cintura tenía atada una piel de gato salvaje. Al principio gritaba más con voz de animal que de persona. Al poco rato nos dimos cuenta de que gritaba en *txizulu*, la lengua de los habitantes. Y el temor creció con aquella confirmación.

Una vez recuperados de la sorpresa, algunos hombres cobraron valor y se le echaron encima para dominarlo por la fuerza. Cuando empezaron a pegarle, mi padre intervino:

—¡Veamos quién es este desgraciado!

Sin miramientos, le quitaron los aderezos con los que iba enmascarado. No sé si lo que vi me sorprendió o no: la persona oculta tras aquella máscara no era sino mi hermano Dubula. Lo ayudé a levantarse del suelo, mientras mi padre trataba de despachar a los vecinos enfurecidos. Cuando por fin nos quedamos solos, Katini miró detenidamente a su hijo y le preguntó:

—¿Por qué?

Dubula no respondió, ocupado como estaba en recuperar los adornos esparcidos por el suelo.

—¿Por qué te has vestido así? —volvió a preguntar mi padre.

—No me he vestido. Soy un guerrero *nguni*.

—¿Te has vuelto loco?

—Nunca he estado más lúcido.

Nuestro padre giró sobre sí mismo con las manos en la cabeza: ¿qué diría Germano de Melo cuando se enterara de que, en nuestra familia, alguien había dado aquel lamentable espectáculo?

Mi madre se arrodilló ante su hijo y puso una mano sobre su cabeza para suplicarle con dulzura:

—Vete antes de que llegue tu tío. Si mi hermano te ve disfrazado así, te atravesará con una lanza.

—He venido aquí precisamente para que el tío me vea.

—¿Quieres desafiarlo?

—Al contrario, lo hago por respeto hacia él.



—No lo entiendo, hijo.

—El tío Musisi es el único hombre en esta familia. Me siento orgulloso de tenerlo como enemigo. Espero tener que enfrentarme a él un día, en una lucha cuerpo a cuerpo.

\*

Nosotros mismos somos un hermano, pero solo en parte. Dubula era más de la mitad de mí. Él era yo en otro cuerpo. Pese a ser mi hermano preferido y el hijo predilecto de nuestra madre, la vida lo había apartado de casa. Mi hermano mayor pertenecía a la pequeña minoría que miraba con simpatía la presencia nguni. Para Dubula, el mayor enemigo, ese que debía despertar toda nuestra rabia, la presente y la futura, era la dominación portuguesa.

Antes de las invasiones aún no sabíamos cuán grande era la devoción de Dubula por los vanguni. Cuando caía la tarde lo veíamos escalar la ladera más alta. Era una duna desprovista de vegetación, tan blanca que hería la vista. Sobre ella, en lo alto de la cresta que daba al sur, se sentaba a vigilar. La aldea creía que él nos estaba salvaguardando de la llegada de los vanguni. Pero no era el miedo lo que lo movía. Era el deseo de que llegaran.

Al final de la tarde yo subía a la ladera para espabilarlo y reclamarle que regresara a casa.

—Esto no puede seguir así, Dubula. Queremos que vuelvas y pidas disculpas a nuestro padre.

Nunca respondía. Esperaba a los bárbaros como si se esperara a sí mismo. Quería ser invadido. Quería ser conquistado, ocupado de la cabeza a los pies, hasta olvidarse de quién era antes de la invasión.

—Mejor Ngungunyane que cualquier portugués.

Y explicaba: el monarca nguni ya era un emperador sin imperio; los blancos eran un imperio sin emperador. Un emperador se extingue a su muerte; un imperio se instala en nuestro espíritu y permanece vivo incluso después de extinto. Debíamos defendernos del infierno, no del demonio.

Pedíamos una y otra vez a Dubula que reprimiera su simpatía declarada por el ocupante. El cuñado Musisi no aceptaría esa clase de delirios. Desesperado a más no poder, mi viejo padre insistía, preguntando:

—Y si al final de esta guerra entre invasores ganaran los vanguni, ¿qué más nos da a nosotros?

—Si ganan los vanguni, yo siempre podré ser alguien. ¿Qué clase de personas seremos si ganan los portugueses?

Que nos fijásemos, decía, en el ejemplo de Maguiguane, el jefe militar de Ngungunyane. No era nguni, pero había sido aceptado y ascendido. Y, desafiante, añadía: ¿había acaso algún jefe negro en todo el ejército lusitano? Solo nuestro hermano Mwanatu, que había nacido tonto y hasta creía haberse ganado el respeto de los blancos. Así hablaba, enardecido, mi hermano Dubula.

Cuando un padre y un hijo discuten, el verdadero motivo de la discusión es otro, una querrela más antigua que las palabras. Yo ya conocía el desenlace de los hechos por ambas partes. Y mi padre era siempre el que cerraba la disputa:

—A mí no me interesa el color de la serpiente. El veneno que nos mata es el mismo.

\*

La víspera de la batalla decisiva —que tendría lugar en la llanura de Madzimuyni—, el guerrero Xiperenyane visitó nuestra aldea. Su porte inspiró confianza a todos. El comandante chope se beneficiaba del apoyo de los portugueses. En cualquier caso, él no parecía necesitar padrinos. Hijo del rey Binguane y heredero de la corona, era el primero que creía en sus poderes.

Todas las aldeas de alrededor habían entregado a sus hombres para engrosar el ejército de Xiperenyane, que iba a enfrentarse a los vanguni. Todas las familias, excepto la mía, estaban ocupadas con los preparativos para el gran desafío.

La noche anterior, mi padre había invitado a su cuñado Musisi a fumar *mbangue* juntos. «Fumar juntos» era la expresión que designaba cualquier ritual que sellara el fin de un desacuerdo. Pero mi padre no fumó. Solo Musisi aspiró y retuvo en el pecho el humo estupefaciente. Mi viejo padre se limitó a limpiar, de vez en cuando, el cuerno que hacía las veces de pipa. Cada vez que se inclinaba se quejaba contrayendo el gesto:

—El suelo está cada vez más bajo.

Dejaron pasar el tiempo antes de anunciar el verdadero motivo de aquel encuentro. Mi padre rompió el hielo:

—Hoy voy a desenterrar mi azagaya.

Se llenó la mano de arena y sopló con firmeza sobre el puño. De este modo mostraba que hacía un juramento.

—No entiendo —comentó Musisi—. ¿Qué vas a desenterrar?

—Mañana iré contigo al campo de batalla.

—¿Has bebido antes de fumar?

—Estoy decidido: mañana iré a combatir a los buitres.

Musisi respondió con una carcajada. El propósito de la invitación a la ceremonia del humo era la concordia. Pero no podía haber creado mayor desavenencia. Al retirarse, mi tío se cuidó de no mirar atrás. Se protegía de un mal augurio.

El desprecio de Musisi no hizo sino reforzar la decisión de mi viejo padre. Al final de la tarde se presentó, solemne y armado, ante su esposa.

—Estaba equivocado, mis ilusiones se han venido abajo —declaró. Y añadió con expresión seria—: Mañana seré soldado, me iré con tu hermano.

Chikazi derramó el arroz que tamizaba. El anuncio del marido hizo que su alma se esparciera como un grano entre los granos de arroz. Y se afligió más todavía cuando vio que arrastraba una estera fuera del patio. Iba a pasar la noche a la intemperie, prueba de que sería fiel a su decisión de combatir. En vísperas de una batalla, los guerreros duermen lejos de sus amadas.

\*

Esa noche se concentraron en la plaza hombres y jóvenes. Musisi subió a un viejo tocón y se dirigió a la multitud:

—¿Qué opináis, hermanos? ¿Esperamos a los portugueses?

Un vibrante «no» resonó en toda la aldea. Y, de nuevo, mi tío hizo vibrar a los reunidos:

—¿Esperamos a los que prometen y nunca cumplen?

Hablaba de los portugueses, pero se refería a mi padre, Katini Nsambe, que no se veía por ningún lado. Las tropas lusitanas habían recibido órdenes de no intervenir. Amodorrado en su lecho, mi padre obedecía las órdenes del alcohol que tan generosamente había consumido.

El *nyanga* ocupó el lugar de mi tío en la improvisada tribuna para difundir su poderosa palabra desde allí. Con una alocución más cantada que hablada, aseguró a aquellos hombres que podían estar tranquilos, porque los remedios que les había administrado los hacían inmunes a las armas enemigas.

Y la turba se alejó marchando desordenadamente, entre una algazara de cantos y gritos. Viendo a aquellas personas dispersándose por el camino, pensé en lo mucho que nos parecíamos a nuestros enemigos.

\*

Cuando nuestros hombres volvieron, saltaba a la vista que no eran soldados. Eran campesinos y pescadores que no estaban preparados para la guerra. En el fondo, tenían de militares lo que mi hermano Mwanatu de centinela. Fueran lo que fueran, lo cierto es que en aquel desfile despedazado traían con ellos el luto y la vergüenza de la derrota. Pasaron por la plaza con las cabezas gachas, arrastrando las lanzas por el suelo. Mi padre estaba a mi lado, asistiendo a aquella visión desconsolada. Jamás le había visto la mirada tan vacía, tan desprovista de luz. Katini inventaba que veía, fingía que lloraba. Los vencidos se extinguieron en las sombras de sus casas. Volvieron todos, menos Dubula.

\*

Pasamos dos días sin tener noticias de mi hermano mayor. Se sabía que había partido a la batalla de Madzimuyini y se había unido a los regimientos de los atacantes. Y no se sabía nada más. Durante los días siguientes no se habló de esta ausencia, pero una nube oscura se cernía sobre nuestra casa.

Al tercer día, Chikazi decidió ir a ver a su hermano. La acompañé sin que me lo pidiera. No llegó a sentarse en el patio de Musisi. Cruzaba y descruzaba las manos afligidas sobre el pecho, hasta que las lanzó hacia delante como si las arrojara con sus palabras acusatorias:

—Dubula todavía no ha vuelto. Tú, Musisi, has matado a mi hijo.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Me lo ha dicho un sueño. Somos hermanos, nos visitan los mismos antepasados.

—No vi a Dubula, no lo vi ni antes ni después de la batalla.

—No lo viste porque, en la guerra, mi hijo se volvió otro. Tú lo mataste, Musisi. Así que escucha bien lo que te voy a decir: ninguna noche volverá a ser tuya.

\*

Esa misma mañana me dirigí sola a la maldita explanada de Madzimuyuni, que ya habían rebautizado como «la llanura de los muertos». Acudía en busca de mi hermano con la vaga esperanza de que estuviera vivo. Cuando salía de la aldea, algunos campesinos me abordaron, sorprendidos:

—¿Adónde vas? Ese camino está prohibido.

Y cuando anuncié mi destino, un estremecimiento recorrió su mirada. Me suplicaron que no fuera. Frente a mi insistencia, sacudieron la cabeza y se apresuraron a apartarse de mí, como se hace con los locos y los leprosos. Antes de desviarme por inciertos atajos, cuando me di cuenta estaba gritando:

—¿Acaso me teméis? Pues debéis temerme. Porque salgo de aquí como una mujer, pero volveré como un fantasma.

Sin prisa, fui descendiendo por la ladera que conducía a la llanura. Mientras caminaba, pensaba: mi hermano se ha unido a la batalla con la convicción de que conocía a su enemigo. En mi caso era al contrario: yo no sabía a quién odiar. No tenía por quién morir. Lo que significa que no sabía a quién amar. Y envidié el modo en que él, una vez perdido el sentido de vivir, había hallado una razón para morir.

A Dubula y a mí nos unía el miedo que los demás alimentaban por nosotros. De él temían la desobediencia absoluta. De mí recelaban hombres y mujeres. Los hombres me temían por ser mujer. Las mujeres casadas, porque era hermosa y joven: yo podía ser quien ellas habían sido. Las solteras envidiaban que formara parte del mundo de los blancos: yo era alguien que ellas nunca podrían ser.

Absorta en estos pensamientos, no me di cuenta de que había llegado al lugar de la tragedia. Me descalcé antes de pisar el campo de batalla. Me quité las sandalias como si entrara en una casa desconocida. Crucé la explanada entre cadáveres, gemidos y estertores. Había tantos muertos que, por un momento, dejé de ver. Quedé ciega, inmóvil y con el gesto vacío. En medio de tantos cuerpos, solo existía el mío. Cuando recuperé la visión advertí que tenía los pies rojos. Vi entonces que toda la tierra sangraba, como si un vientre subterráneo se hubiera rasgado.

\*

La crueldad de una guerra no se mide por el número de tumbas que hay en los cementerios. Se mide por los cuerpos que quedan sin sepultura. Eso era lo que pensaba mientras miraba dónde poner los pies entre personas despedazadas, chacales y aves de rapiña.

La peor herida de la guerra es que nunca dejamos de buscar los cuerpos de aquellos a los que amamos. ¿Quién iba a decir que yo sería una de esas mujeres condenadas a caminar el resto de su vida entre ruinas y cenizas?

Mientras avanzaba por el descampado, iba llamando a mi hermano por su nombre, con la vana esperanza de que acudiera a mi llamada.

—¡Dubula!

\*

Los cadáveres parecían haber sido sembrados por un dios ebrio: estaban diseminados erráticamente, o de repente amontonados aquí y allá. ¿Los habría transportado alguien? ¿O acaso ellos, movidos por un último sentimiento gregario, se habían arrastrado hacia un mismo lugar, por miedo a que la muerte los sorprendiera solos e indefensos?

Y, de nuevo, mi clamor se propagó por encima del desolado paisaje:

—¡Dubula, hermano!

De súbito, oí una voz que respondía. Frente a mí, un guerrero que aún vestía el atuendo militar se retorció y gemía. Tumbado bocarriba con la cabeza oculta por la máscara de guerra, parecía gravemente herido. Y repetía, con voz lúgubre:

—¿Hermana? Estoy aquí, hermana. ¡Ayúdame!

En un primer momento casi no reconocí su voz. Estaba tan maltrecho que hasta esta se había desfigurado. Bajo las plumas que le cubrían el rostro, exhaló su aliento:

—¡Estoy aquí, hermana!

Las lágrimas tapaban mi visión. Se me escapó la pregunta más absurda:

—Dubula, ¿estás vivo?

No obtuve más respuesta que mi propio llanto. Allí estaba quien yo buscaba. Tal vez fuera demasiado tarde para salvarlo. Pero al menos Dubula regresaría a casa en compañía de alguien que lo amaba. Y pensé en la felicidad de mi madre cuando nos viera llegar, tambaleándonos, apoyados el uno en el otro como una única sombra.

—Vamos, hermano. Yo te ayudaré.

Evité mirarle directamente al rostro. En la mirada de los moribundos vemos nuestra propia muerte. Cuando toqué sus manos me asaltó una duda repentina. Aquellas no eran las manos de mi hermano. Se trataba de otro joven, un desconocido que, en la agonía final, me tomaba por un pariente. Me levanté. Di una vuelta alrededor del cuerpo, dispuesta a irme de allí. Entonces el moribundo susurró:

—Sabía que vendrías. Por eso he esperado...

Con esfuerzo, lo ayudé a levantarse. Le ofrecí mi apoyo para salir juntos de allí y, cogidos del brazo, como dos novios, nos encaminamos hacia la aldea.

—Ven, hermano. Vámonos a casa.

El soldado dio unos pasos, pero al instante se desplomó sobre mí. Un chorro de sangre bañó mi cuerpo, y sus brazos perdieron toda convicción. Aun así, volví a levantar aquel peso desfallecido y lo llevé a cuestas hasta que el joven volvió a desmoronarse, sin defensa, sobre su último suelo. De rodillas, le arreglé la ropa como solía hacer con mi hermano cuando llegaba borracho y se quedaba dormido en la entrada.

Entonces un ruido me puso alerta. Alguien se aproximaba. Al principio era solo una figura. Llevaba una capa negra que le daba la apariencia de un ave de rapiña. Más de cerca, comprobé que se trataba de uno de esos infelices que se sustentan robando despojos de guerra. Pasaba esquivando los cadáveres, dando ridículos saltitos, como los buitres. Llevaba a la espalda un saco lleno de ropa y armas. Casi sin voz, le imploré:

—¡Ayúdeme, por favor!

Me miró como si yo fuera otro despojo de guerra, listo para engordar su obeso costal. Retrocedí con temor. Y el hombre preguntó:

—¿Y tú de dónde eres? Nunca te había visto.

—Soy de aquí.

—¿También andas cosechando? Válgame los dioses, hacía mucho que no veía a una mujer tan bien formada.

Mi silencio fue para él el peor reproche. Al levantar un brazo, se confirmó el ala negra de un ave de rapiña.

—Solo robo a los muertos para evitar que su propia familia les robe. Esos chacales no tardarán en llegar... ¿Y tú qué haces aquí?

—Busco a alguien. A un hermano.

—No me refiero a este cementerio. Pregunto por qué estás en Nkokolani.

El hombre olía a animal, y cuando se aproximó noté el hálito de hiena. Se inclinó sobre el cuerpo que yacía entre mis brazos y escupió antes de decir:

—En ese hombre no hay ninguna persona.

Ya se marchaba cuando se arrepintió y, arrastrando ruidosamente el saco, se volvió de cara a mí para interpelarme:

—¿Cómo te llamas?

—¿Yo? Yo no tengo nombre —respondí.

Fue como si le hubiera golpeado. Dejó caer el saco, y el contenido rodó por el suelo. Avanzó hacia mí con el brazo levantado:

—Nunca vuelvas a decir eso. ¿Quieres saber cómo se mata a alguien de verdad? No hace falta cortarle el pescuezo ni clavarle un cuchillo en el corazón. Basta con robarle el nombre. Eso es lo que mata a vivos y muertos. Por eso, hija mía, nunca más digas que no tienes nombre.

Se agachó para volver a meter los objetos hurtados en el saco, conversando en un tono afable, casi como si de una confesión familiar se tratara. Y dijo que podría enseñarme las habilidades de su oficio, que era un arte que nunca sufriría de escasez de oferta. Y que había robado en los cementerios de los blancos, en Inhambane y en Lourenço Marques. Y subrayó que los europeos escribían sobre una piedra el nombre de los enterrados. Era su manera de resucitarlos, dijo.

—Ese que buscas, ¿era un jefe militar?

—No, era un soldado como cualquier otro.

—Mejor para él. ¿Sabes lo que hace Ngungunyane con los cuerpos de los enemigos más poderosos? Les arranca el corazón y las vértebras para después reducirlos a polvo y dárselos de comer a sus soldados. Y así se comen nuestra fuerza.

Luego se alejó canturreando y arrastrando su saco polvoriento. Tenía una voz dulce que contrastaba con su tenebrosa figura. Esperé a perderlo de vista para desprenderme de mi ropa y cubrir con ella el cuerpo inanimado de aquel que, por un instante, había sido mi hermano. Lo dejé allí, tumbado bocabajo, sin lápida ni sepultura, pero cubierto conforme a los dictados del Creador.

Entré en la aldea completamente desnuda y tuve la sensación de que había errado mi camino. Nkokolani estaba desierta. Más que desierta: era como si allí nunca hubiera vivido nadie. Grité, lloré, me derrumbé.

Al poco, las mujeres acudieron corriendo.

—¿Por qué gritas, hija mía? —preguntaban.



Yo no sabía qué responder. La mayoría de las veces gritamos para dejar de escucharnos a nosotros mismos.

—¿Por qué lloras así? —volvieron a preguntar.

Y tampoco obtuvieron respuesta. Quien regresa de los muertos no tiene palabras.

—Vamos a llevarte a tu casa.

Sin embargo, eso es lo que hace la guerra: nadie vuelve nunca a casa. Esa casa —que otrora fue nuestra—, esa casa muere, nadie ha nacido nunca en ella. Y no hay lecho, no hay vientre, no hay ruinas siquiera que sostengan los recuerdos.

\*

Al día siguiente, decidí ir a ver al curandero que había bendecido las tropas, prometiéndoles blindar sus cuerpos contra las balas. Su casa quedaba en la curva del río, donde nadie salvo él se atrevía a vivir.

El *nyanga* estaba sentado junto a una hoguera encendida, la misma donde había cocinado los remedios que había dado a beber a mi hermano. Me llené la mano de cenizas ardiendo con la intención de arrojárselas a la cara. Mi intención era quemarle los ojos y dejarlo ciego para siempre. Pero me quedé paralizada, con las ascuas quemándome las manos.

—¡Yo no tengo la culpa! —se defendió el hombre—. Tu hermano ya se fue de aquí sin cuerpo.

Tal vez fuera verdad. Tal vez Dubula fuera un ángel y una bala le hubiese rasgado las alas. Así es como caen las criaturas celestiales. Para recalcar lo que decía, el curandero levantó con los pies una nube de ceniza. Después me forzó a entreabrir los dedos para soltar los tizones.

—¿No sientes la quemadura? —me preguntó.

Me retiré sin despedirme y deambulé por la orilla del Inharrime. Luego me zambullí en las aguas pausadas y me dejé llevar bocabajo, como una hoja muerta. La lluvia lava a los muertos. El río lava a los vivos.

En ese instante, fluctuando por la parsimoniosa corriente, entendí que no bastaba con salir de Nkokolani. Yo quería emigrar de la propia vida. La abuela Layeluane había muerto en el fuego de los cielos. El abuelo Tsangatelo se había extinguido en las profundidades de la tierra. Yo quería disolverme en el abrazo del agua.

—¡Dubula! —llamé.

Una figura negra apareció en la orilla y me hizo señas despacio. El gesto y la ropa eran los del hombre que, poco antes, rapiñaba cual buitre en el campo de batalla. Pero no era él. Era el ciego de la aldea, que se aproximaba rastreando el camino como un perro. Pidió que no dejara de hablarle para saber dónde encontrarme. Le dije quién era. Y él arrojó los brazos en un abrazo vacío:

—Ven a la tierra, Imani. El río es un lugar para nacer.

Cuando palpó mi cuerpo, tiró de mis brazos como si me estuviera salvando.

—¿Cómo sabía que estaba aquí? —le pregunté.

Y me respondió que mi tristeza era ruidosa y que yo caminaba como Tsangatelo en las minas: rascando la tierra con los dedos para hallar una salida.

—Tu salida es este río, hija mía. No existe otro camino. Y llévate a tu padre contigo. Porque el viejo Katini está igual de ciego que yo.

En un mundo de disparos y muerte, mi padre escuchaba música. El ciego me pidió que lo alejara de allí.

## 22. Undécima carta del sargento

Nkokolani, 10 de julio de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Imani apareció furiosa esta mañana en el puesto. No hizo falta decir nada. Me di cuenta de que debía seguirla. La acompañé por largos atajos y así, de soslayo, observé que enfurecida era aún más bella.

—¿Puedo saber adónde me llevas?

No respondió. Nos adentramos en el campo a paso rápido y decidido. Hasta que empecé a notar un olor a carne putrefacta y ante mis ojos se reveló la más lúgubre de las visiones: una inmensa llanura cubierta de cadáveres. Quise dar media vuelta, pero Imani me tomó de la mano y me acarició el brazo con cierta ternura. Su voz encubría un tono cáustico:

—Mire, sargento Germano. Mire este extenso cementerio y dígame dónde puedo encontrar, entre tantos muertos, a mi hermano Dubula...

Y añadió, todavía con la voz contenida, que mi mentira no era menos grave que la del hechicero que había garantizado inmunidad contras las armas enemigas. ¿Dónde estaban?, preguntó, ¿las fuerzas lusitanas que había prometido?

—¿Se acuerda de que prometió ayudarnos? ¿Y cómo nos ayudará ahora, señor sargento?

Me solté de su brazo con violencia y eché a correr de vuelta a casa. Pasé por senderos espinosos, sin más rumbo que el de alejarme de aquel olor nauseabundo.

Estoy seguro de que me desmayé. Lo siguiente de lo que tengo conciencia es de haber despertado en el patio de mi casa. A un palmo de mi cara, la gallina Castânia me miraba fijamente con sus ojos miopes y vacíos. Y oí, a lo lejos, los acordes de una *timbila*. Luego me llegó el canto distante de una

mujer. Y le dije a Castânia: al otro lado del mar hay una mujer que canta. ¿Cómo se llama? No tiene nombre. Yo la llamo «madre». Mi madre canta a media voz para que mi padre no la oiga. Esas antiguas canciones son ahora mías, y ¿para quién las entono? Para ti, mi querida gallina.

Castânia se duerme al instante con mis delirios. No hay nadie más en casa, pero me comporto como si temiera despertar a alguien. Sigo siendo prisionero de ese hombre que, en mi infancia, vigilaba la noche.

Al fin, recuperada un poco la lucidez, me arrastro al interior de la casa, caliente unos restos de té y me pongo a mirar la correspondencia que dejé en suspenso cuando Imani me vino a buscar. Paso revista a sus quejas más recientes, estimado consejero. Comprendo de veras cuánto debe de dolerle la insensata desconfianza de nuestros comunes superiores. La información que está recibiendo el alto comisario respecto a usted solo puede estar falseada.

Las acusaciones que se han atribuido a Vuestra Excelencia no solo son infundadas, sino una enorme injusticia. Pretender que las negociaciones con Gungunhane deban zanjarse en escasos días es realmente desconocer la noción del tiempo que rige la vida de los indígenas. He visto por mí mismo cómo empezaba a ganar confianza con el jefe local. Pero en todo este tiempo aún no he vislumbrado si ese interlocutor sería el padre o el tío de Imani. Los dos se pelean por dirigir el poblado. Debería escoger al tío, pues, pese a no ser simpático, es más próximo a la corte de Binguane. Sin embargo, me he complicado con los favores que Katini, el padre de Imani, me ha hecho últimamente.

Comoquiera que sea, ¿es imposible entender la orden que recibió de retirarse de inmediato de Manjacaze y aguardar nuevas instrucciones de Chicomo! ¿Qué va a hacer Vuestra Excelencia en Chicomo aparte de esperar absurdamente? Estimado consejero, están haciendo con usted lo mismo que hicieron conmigo: lo han condenado al encierro. El resultado de tal arbitrariedad será catastrófico para nuestra presencia en el sur de Mozambique.

Empiezo a estar de acuerdo con Vuestra Excelencia cuando dice que el tratamiento que le reservan se debe al hecho de que vive con una mujer negra. Lo que le avala, Vuestra Excelencia, y disculpe mi sinceridad, es tener fama y provecho. Yo carezco de lo uno y de lo otro. Venga a Nkokolani, mi estimado consejero. Aquí hay espacio de sobra para acogerle a usted y a su negra esposa.

No se tome en serio, mi estimado consejero, la osadía de esta invitación. Ahora que releo lo que aquí escribí, advierto cómo ha ido cambiando el tono de mi correspondencia. Estas cartas son, permítame la expresión, el balcón desde el cual las mujeres de nuestra tierra huyen de la soledad. Yo mismo me siento en ese balcón como si contemplara una calle de Lisboa. Por desgracia, nunca podría ser una calle de mi aldea. Porque en esa aldea me faltó un hermano. Me faltó infancia.

Excelencia, le resultará extraña esta verborrea. Tal vez yo sea un poeta más que un soldado. En realidad, lo más valioso que traje conmigo fueron dos libros de poesía que releo sin fin. Uno de Antero de Quental. Otro de Guerra Junqueiro. Este poeta solo puede estar hablando de este puesto militar, cuando en el libro *Finis Patriae* escribe:

*¡Eran de roca viva las almenas crestadas  
para gigantes y cóndores!  
Hoy de las piedras mutiladas  
trituran grava para hacer caminos.*

Y con ese talante reviso estos versos que, una tarde soleada, me asaltaron en un extraño arrebató. Había bebido y, mareado, me tendí bocarriba; la luz del sol me daba de lleno en el rostro. Y sentí que, debajo de mí, una roca se movía. Me senté, asustado. Y vi que me encontraba en un claro cubierto de piedras de tamaño considerable. En pleno delirio, advertí que uno de aquellos pedruscos me hablaba.

—No se asuste, somos piedras —dijo la roca.

—No es verdad —le contradijo otro peñasco—. Somos personas. Fingimos ser piedras para que no se nos lleven en los barcos como esclavos.

—¿Y quién se os lleva?

—Todos. Se nos llevan los negros, y se nos llevan los blancos.

En ese delirio surgió la figura de Mouzinho de Albuquerque. Era un militar experto, sabía distinguir entre las piedras falsas y las auténticas. Desfilando a caballo, el guerrero rozó las rocas con la hoja de su espada y, así, inició incendios que devoraron los caminos. Después, caballo y caballero dieron media vuelta y atravesaron incólumes aquel mar de llamas. Con mirada de águila, Mouzinho valoró la autenticidad de las rocas. El caballero descargó sobre las piedras vivas vigorosos golpes. Y en todas direcciones volaron

pedazos de carne, y la sangre y el fuego se mezclaron en una sola capa escarlata.

Imagine el disparate de todo esto. Por eso digo: basta de versos mal escritos y de sueños mal vividos. Basta de mí. En su última carta, Vuestra Excelencia me pide que relate mi vida cotidiana porque está hastiado de lidiar con los áridos asuntos de la política. Me temo, estimado consejero, que seguimos instalados en la misma estéril monotonía. Pues mi día a día es, digamos, un día sin día. Sin embargo, no me quejo. Aunque una rutina me haría bien. Me conviene no olvidar que soy un prisionero. Y como cualquier prisionero, debo inventar rutinas para vencer la monotonía del tiempo.

De madrugada, Mwanatu me trae agua y los baldes para las abluciones matinales. Imani llega más tarde, con la comida que prepara su madre. Ella se ríe cuando recibo la olla: «Usted ya es esposo de mi madre, no sé cómo mi padre lo acepta». Me enseña su sonrisa, siempre esperada pero siempre imprevista. La muchacha no insiste en las lecciones. Ahora se ocupa de otras tareas: ordena, limpia, lava la ropa. Sin embargo, no debería haberle permitido que ordenara mi habitación. Es arriesgado. La muchacha sabe leer, podría ver los documentos. Pero el mal, de haberlo, ya está hecho. Y no hay día en que Imani no me pida prestados papeles, un tintero y una pluma para escribir. Sentada en la cocina, garabatea no sé qué manuscritos. Le confieso que es el único momento en que no me complace su presencia. Acabé por darle una pluma, un tintero y una pila de folios a condición de que se fuera a escribir lejos, donde no la viera. No sé por qué razón me causa impresión ver a un negro escribir. Me gusta que hablen nuestra lengua con propiedad y sin acento. Con todo, siento como una invasión la posibilidad de que dominen la escritura.

Y esta es, Excelencia, mi rutina en Nkokolani. Como puede ver, es posible describirla en cuatro líneas. Y menos mal, porque se hace tarde. Fuera ya se oyen las hienas y los chacales. Es de noche, estoy rodeado de insectos que revolotean alrededor de la lamparilla, y con la punta de la pluma recojo los bichos que caen en el tintero. Están vivos, los dejo caminar sobre el papel. Tras ellos queda un rastro de tinta, como si hubieran escrito un mensaje cifrado.

Hay algo de mi vida diaria que aún no he mencionado, estimado consejero. Se trata de la rutina que celebro más religiosamente. Mañana, antes de ordenarle entregar la correspondencia, pediré a Mwanatu que se siente en la

poltrona y me escuche. Por enésima vez le hablaré del juicio de los rebeldes del 31 de enero. Lo hago todos los días. El retrasado de Mwanatu es el destinatario perfecto para un narrador obsesivo: entiende lo que se le dice, pero es incapaz de comprender qué significa. El muchacho es una estatua, pero tiene oídos. Ya puedo hablarle durante horas, que no demuestra tedio ni cansancio.

Aquello que le he contado a Mwanatu un sinfín de veces debo explicárselo ahora a usted. Quiero que sepa que lo que pasó en aquel juicio no me condenó solo a mí, sino al país entero. Usted, estimado consejero, también fue condenado en aquel consejo de guerra. Pues sucedió lo siguiente: aguardamos en el paquebote *Moçambique* durante varios días seguidos, en camarotes colectivos. Allí se juntaban civiles y militares, sargentos y capitanes, periodistas y políticos.

Cada vez que pasábamos por cubierta, conducidos por guardias, asistíamos al triste espectáculo de familiares y amigos lamentándose en el muelle. Lloraban y gritaban por los maridos, hijos y hermanos. Y había mujeres que, en momentos de desesperación, se arrojaban contra las amarras del barco. Yo miré todas las veces para ver si alguna de ellas era, por ventura, mi querida madre. Nunca la vi. Seguramente estaría en nuestra remota aldea, ajena a mi condición vulnerable.

Uno a uno, fueron convocando a mis compañeros en un compartimento donde se llevaba a cabo el consejo de guerra. Allí eran juzgados sumariamente. Cuando llegó mi turno, se desató una terrible tempestad y unas olas gigantescas empezaron a provocar tal vaivén que nos arrastrábamos constantemente de una pared a otra. Agarrado con el brazo izquierdo a una escotilla, el secretario del consejo de guerra procedió a la lectura de la sentencia, pálido como un fantasma. En este caso, la habitual superioridad de los grandes jueces se invertía. Tambaleándose como si estuvieran embriagados, los sentenciadores tenían la fragilidad de los sentenciados.

Varias veces seguidas, las náuseas obligaron al secretario a interrumpir su solemne lectura. Y entre arcadas, pronunció la frase final: «... Y, por los motivos mencionados, el reo Germano de Melo es condenado... es condenado a...». No fue capaz de terminar, sacudido por un vómito incontrolable. Los demás magistrados salieron precipitadamente a cubierta, agarrados unos a otros para no ser arrastrados por las olas.

Días después, una vez que amainó el temporal, nos ordenaron que nos

reuniéramos para escuchar las sentencias pendientes de pronunciar. El mismo secretario del consejo de guerra fue anunciando los nombres de los implicados, y a medida que los iba leyendo se ponía en pie el reo, al que se acompañaba para abandonar el navío. Entonces entendimos que la lista se refería a los que debían ser liberados. Al oír su nombre se va un soldado, no varios; mientras se apresuraban a salir, se quitaban las gorras y las casacas que los identificaban como militares. Apenas si había llegado la lista a la mitad cuando la sala ya estaba casi vacía. Desconcertado, miré a un periodista que había a mi lado y que asistía a todo esto plácidamente. «¿Y tú? —me preguntó—, ¿estás igual de ansioso por ser condenado?». Respondí que tenía fe en el alegato de nuestro abogado defensor. Durante la sesión de apertura había anotado pasajes de sus alentadoras palabras. Desdoblé un folio y leí un fragmento de la defensa para que mi compañero pudiera apreciarlo: «¿Y qué les diré del aplauso del pueblo dedicado a estos hombres que ahora se presentan como criminales? ¿Acaso no lo saben? ¿Acaso no han llegado a sus oídos, señores jueces, los ecos de ese entusiasmo? ¿No es cierto que las calles y las ventanas se han llenado de gente, aplaudiendo el desfile de los militares rebeldes? ¿No es cierto que la Praça de Don Pedro se abrió como una mañana de jubileo, en la que reinaba una absoluta alegría en el rostro de todos?».

Interrumpí la lectura para mirar el gesto burlón del periodista. Y él preguntó: «¿Ya ha terminado?». Y respondí que no, que me faltaba leer el final de aquel discurso espléndido. Se me ocurrió levantarme del banco para dar el debido brillo a las palabras del abogado: «Tras sopesar tal cúmulo de alegaciones, deberían Sus Señorías ser sumamente clementes con todos estos infelices. ¿Qué motivo hay para no serlo? Vuestras Señorías juzgan, pero la historia los juzgará a ustedes...».

El periodista me miró con detenimiento. Su gesto jocoso dio paso a un tono condescendiente cuando dijo: «¿Sabes qué me sirve de consuelo? Que seremos más felices nosotros, los vencidos del 31 de enero, que los jueces del consejo de guerra».

Y sucedió entonces que el paquebote *Moçambique* empezó a navegar inesperadamente. Al principio creímos que era una ilusión. O que se trataba de una simple maniobra de ajuste del barco frente al fuerte oleaje. Pero luego advertimos, perplejos, que la embarcación se alejaba del puerto de Leixões y pasaba por Matosinhos. Y el *Moçambique* fue avanzando en medio de un mar revuelto, hasta llegar a las aguas protegidas del estuario del Tajo. Allí el



barco echó anclas. En esas aguas tranquilas recuperé una especie de armonía sostenida, esa mezcla de tensión y sosiego que precede al anuncio de una desgracia. Y es que en ese momento recibí la sentencia del destierro a África.

## 23. Un murciélago sin alas

*Así es como enterramos a nuestros difuntos: los llevamos al granero y recogemos los granos con los que llenaremos sus manos frías. Luego les decimos: ¡retiraos con vuestras semillas!*

De madrugada, un grupo de mujeres invadió la casa del portugués, interrumpiendo su sueño. El alboroto era tal que el sargento tardó en entender lo que gritaban. Al fin, consiguió discernir lo que decía la que más agitaba los brazos.

—Acabamos de ver a la Virgen.

—¿A la Virgen? ¿Qué Virgen?

—No lo sabemos. ¿Cuántas hay en total?

A trompicones, Germano se puso la ropa, y después, dando saltitos por el patio, intentó meter los pies en los zapatos. El grupo se dirigió a nuestra casa. Estaba oscuro y el portugués se guiaba por las siluetas que iban delante de él. En una mezcla de portugués y txichopi, la mujer que encabezaba la comitiva anunció, señalando al suelo:

—¿Lo ve? Aquí están las huellas.

—¿Son tuyas?

—No. Estas son huellas del ángel.

—¿Qué ángel?

—El ángel que ha venido con ella.

El sargento se detuvo para sacudirse la arena del zapato. Tuvo ganas de desentenderse de aquel disparate y regresar a casa, pero temió que lo malinterpretaran. El sol aún no despuntaba y hacía un calor abrasador.

—¿Está lejos?

—Estamos llegando. Falta poco.

Eso dicen siempre, pensó el sargento: que están cerca. ¿Por qué motivo esta gente no sabe medir las distancias? Y volvió a preguntar por la aparición. A aquella hora, en la penumbra, ¿no se habrían equivocado? A lo que una de

las mujeres replicó:

—Cuando llegemos lo verá: es una Virgen igual a la que había en la iglesia.

—Es sin duda su hermana gemela —dijo otra.

—Y esta también tiene las manos pegadas —añadió una tercera.

—¿Las manos pegadas? —preguntó, sorprendido, el sargento.

—El cura siempre la llamaba la Virgen de la Mano Pegada, porque siempre tenía las manos juntas.

El portugués no estaba por la labor de corregirla. Suficiente tenía con entender la algarabía de las mujeres. La campesina más vieja iba traduciendo las conversaciones cruzadas de sus compañeras. Al sargento le hacía falta que alguien tradujera sus propios pensamientos. Y sin querer se imaginó a sí mismo, con la ternura de un amante, despegando las manos de la Virgen Inmaculada. Y sintió que esas manos, libres y gratas, le acariciaban el cuerpo. Maldito calor, que nos hacer pecar, pensó mientras se limpiaba el sudor del rostro.

En ese instante oyó un disparo procedente del cuartel. Y a continuación, otro. Y otro. Las mujeres vieron cómo el portugués echaba a correr, aspaventado, de regreso a su lugar.

\*

Después de la muerte de mi hermano Dubula, las aves dejaron de atravesar los cielos de nuestra aldea. Las pocas que lo hacían caían desplomadas, como pedazos rasgados de nubes. A medida que se abatían, las plumas se desprendían y el viento las hacía revolotear, cada una en su propio vuelo alucinado. Tales apariciones eran cada vez más raras. En poco tiempo, los habitantes de Nkokolani perdieron la costumbre de mirar a las alturas.

Aquella madrugada, durante el servicio de guardia, Mwanatu no dejó de mirar el cielo. Entonces oyó unas voces femeninas en la parte de atrás del cuartel. Y vio al sargento salir en una procesión de mujeres en medio de la oscuridad. Incluso pensó en perseguir al alborotado grupo. Pero no podía abandonar sus deberes de centinela. En ese momento pasó volando sobre el tejado un enorme pez. El animal se posó en el tronco del mango, pero como le costaba sostenerse en la percha volvió a levantar el vuelo, moviendo las aletas como si todavía nadara. Mwanatu enarboló el arma y disparó. Una,

dos, tres veces. El pez tropezó en el aire, y parecía que iba a desmoronarse cuando, dando tumbos, recuperó altura, revelando así que estrenaba unas alas.

El centinela salió corriendo a la calle para anunciar lo que acababa de presenciar. Acudieron campesinos que lo escucharon entre fascinados y escépticos. Hubo opiniones discordantes: unos afirmaban que los dioses, confusos, intercambiaban el agua por el cielo; otros defendían que se trataba del castigo final; y los más optimistas proclamaban que la desgracia, anunciada de ese modo, no caería sobre nuestra gente sino sobre los vanguni. Si el cielo se había convertido en mar, entonces los invasores, que eran un pueblo adverso al agua, estaban condenados a morir. Y los enemigos de nuestra nación se hundirían en las aguas fluctuantes, maldecidos.

En ese instante apareció el sargento Germano, jadeante. Alarmado por los disparos, no tenía valor para afrontar la noticia del pez volador. El portugués se santiguó, sacudió la cabeza y miró a los cielos implorando ayuda.

—En esta tierra tuya, querido Mwanatu, Jesús no tendría trabajo: aquí todo el mundo hace milagros.

Mi hermano salió con la cabeza alta, dedo en ristre para subrayar la sentencia:

—Hay ángeles que andan por ahí. Ya les he pegado unos cuantos tiros.

\*

Lo que nos enloquecía era el olor. El hedor procedente de los campos de Madzimuyini anunciaba que los buitres y las hienas aún no habían convertido los cuerpos en simples huesos. No eran los cadáveres, sino la propia tierra que se pudría.

Ese olor se adhería a las paredes de nuestra casa, se pegaba a la ropa que mi madre vestía desde que había conocido la muerte de su hijo. Incluso cuando mi padre entró gritando, mi madre permaneció quieta y ausente. Katini tenía el rostro cubierto de sangre. Como los demás hombres, exhibía con gran alboroto su pequeña herida.

—¡Voy a quedarme ciego!

Lo ayudé a sentarse y él, con la vista fija en mi madre, esperó de ella alguna atención.

—¿Quién te ha arañado de esa manera, esposo? —preguntó ella, al fin—.

¿Qué mujer tiene las uñas tan afiladas?

—¡Ha sido un árbol! Un árbol me rasguñó —declaró mientras le lavábamos la cara.

Cuando buscaba materiales para sus marimbas, nuestro viejo padre acercaba el oído a los troncos. De ese modo comprobaba si la planta estaba preñada. Y así procedió aquel día al ir a escoger la madera para su última marimba. Sin embargo, alguien envenenaba sus gustos y sus movimientos.

—El maldito árbol tenía garras, y vi cómo las garras me arrastraban a los infiernos.

Hablaba alto para impresionar a su esposa, pero en vano. El cielo era vasto, y la mirada de Chikazi acariciaba ese infinito. Mi viejo padre cerró los párpados para que el agua le corriera por el rostro. Y con los ojos cerrados escuchó a su esposa:

—La gallina blanca: ¿por qué la mataste?

—Porque tenía hambre.

—La guardaba para las ceremonias.

—Pero ¿qué ceremonias? Si no ha muerto nadie.

—Sí, sí que ha muerto alguien. Tu hijo, tu hijo mayor ha muerto. No te mientas, Katini Nsambe —y continuó de un tirón—: El otro muchacho ha perdido la cabeza. Y tu hija ya nos ha abandonado. Estamos solos, mi querido viejo... Imani, ¿tú vas a abandonarnos? —me preguntó después a mí.

Y sin esperar respuesta, añadió que yo ya estaba ausente, inventando visitas de mensajeros como si el abuelo aún estuviera vivo. Y me lo inventaba todo porque tenía miedo. Estaba sola, sin amigos ni pretendientes. Eso dijo mi madre. Y que la culpa era toda de mi padre.

—¿Me estás acusando de ser mal padre? ¿Por querer que mi hija salga de esta miseria, por querer que vaya a un lugar mejor?

—Huye de sí misma.

Y Chikazi se levantó con las manos en la espalda, como las mujeres embarazadas. Tras una larga pausa, añadió:

—La gallina blanca era para nuestro hijo. Y él ha muerto.

—¿Hemos visto su cuerpo? —preguntó mi padre—. Respóndeme, Chikazi, no me des la espalda: ¿alguien ha visto el cuerpo?

Me embargó el deseo de decirles que Dubula había expirado en mis brazos. Permanecí callada. Aquel que había fallecido en mis brazos aún estaba en camino de convertirse en mi hermano.

\*

Había pasado una semana desde que falleciera Dubula, y ninguna ave había regresado a nuestro cielo. La madrugada del domingo, mi madre apareció colgada del gran árbol del *tsontso*. Parecía una fruta seca, un murciélago oscuro y mustio. Fuimos a llamar a nuestro padre, que se acercó con cautela, arrastrando los pies. Bajo la gran copa, se sentó a contemplar el cuerpo como si esperara que de él brotaran hojas.

—No está muerta. Vuestra madre solo ha arboleado.

De vez en cuando, la brisa movía el cadáver. Parecía una danza, como aquellas que ella siempre nos brindaba. Al anochecer, pregunté:

—¿Vamos a dejarla ahí? Los animales se la comerán.

Estaba oscuro y no reparé en la llegada del sargento, que exclamó horrorizado:

—¡Bajad de ahí ese cuerpo! ¡Inmediatamente!

Mwanatu, como siempre, corrió a obedecerle. No obstante, mi viejo padre levantó el brazo y sentenció:

—Aquí nadie va a hacer nada. Eso no es un cuerpo. Esa es Chikazi, mi mujer.

El sargento Germano dio una vuelta al árbol, indefenso. Hizo amago de abordarme repetidamente, con torpe desconsuelo. En uno de esos intentos llegó a sugerir que rezáramos juntos. Pero enseguida rectificó:

—Rezar no, porque nadie reza por quien se suicida —y añadió, esta vez con entera resolución—: Por amor de Dios, Imani, pídele a tu padre que la lleven a la iglesia.

—¿Llevarla a la iglesia? —respondió mi viejo padre—. Pero si ya está en una iglesia. Este árbol es nuestra iglesia.

Viniendo de mi padre, era una observación extraña. Incrédulo, el portugués le hizo frente. ¿Acaso Katini no era un cafre converso? Germano sacudió la cabeza para ahuyentar la duda insoluble. ¿Qué garantía podía haber en la fidelidad de un negro si el propio cabeza de familia cambiaba de creencia con tal facilidad? El sargento se persignó de manera contenida y se retiró, murmurando entre dientes:

—No sienten el peso de la culpa ni saben lo que es la vergüenza: ¿cómo vamos a esperar que sean buenos cristianos?

\*

Y allí se quedó el cuerpo hasta el día siguiente, suspendido como un murciélago en la oscuridad. Por la mañana temprano, me aproximé a él con el temor de ver el efecto del tiempo sobre alguien que a mis ojos era inmortal. Pero no había signos de degradación, ni olores, ni moscas, ni cuervos. Y en el cielo límpido no planeaban los buitres. Me senté junto a mi padre, que había permanecido allí toda la noche y seguía con los ojos fijos en su difunta esposa. En cierto momento exclamó:

—¡Es tan bonita!

Y tenía razón. Aun así, marchita, mi madre conservaba la gracia de una criatura viva. Tal vez porque el cuerpo se había empapado de la lluvia que había caído de madrugada. De sus pies caían gotas que alimentaban un pequeño y triste charco.

—Así es como debe ser —dijo mi padre señalando lentamente con la cabeza—. La lluvia debe lavar a los muertos.

—¿Quiere que suba al árbol, padre? —pregunté después de un largo silencio.

—Dejémosla donde ella decidió quedarse.

\*

Al poco tiempo, la misma cuerda que estrangulaba a nuestra madre empezó a sofocarme a mí. A mediodía, cuando la sombra ya no protegía a la difunta, los vecinos empezaron a dispersarse, atónitos y apesadumbrados. Y yo también hice amago de apartarme. Pero mi padre me lo impidió, agarrándome de un brazo.

—¡Tú quédate, hija mía!

Entonces, con inesperada agilidad, se subió al árbol, provisto de un machete. Cortó la cuerda de un golpe. Pensé que el cuerpo al caer produciría un ruido seco, como ocurre con los árboles al derrumbarse. Pero no. No hubo ruido. Lo que cayó fue una nube mutilada, sin sustancia ni fragor.

Mi hermano tonto, Mwanatu, aún corrió a intentar socorrer al cadáver. Casi sucumbió con el peso que se le desplomó encima, y por un momento, con la madre y el hijo en el suelo, temimos hallarnos ante un doble

fallecimiento.

\*

Mwanatu se ocupó en todo momento de las exequias de nuestra madre y se comportó como si se encontrara cómodo en los rituales de la aldea y las ceremonias cristianas. Parecía otro, más lúcido, cuando se ofreció a ayudar a mi padre, que transportaba el cuerpo como si su espalda fuera la tierra donde iba a enterrarla. La cargó de este modo, durante más tiempo del necesario, porque, sin que nadie hubiera hablado del asunto, estaba decidido que la sepultaría bajo el árbol donde se había ahorcado.

Dio unas cuantas vueltas alrededor del hoyo y se dejó caer de rodillas, abatido. Todos acudimos a ayudarlo, y contribuimos a que la difunta se ajustara bien al agujero. Y cerramos la sepultura del mismo modo que antes le habíamos cerrado los párpados. Entonces me pregunté por qué cerramos los ojos a los muertos. Tenemos miedo de que nos observen. ¿Por qué ocultamos sus cuerpos fríos en el fondo de la tierra? Porque tememos reconocer hasta qué punto estamos muertos.

Cuando la tierra quedó aplanada, el sargento clavó una cruz de hierro sobre la sepultura y, con los ojos cerrados, nos invitó a rezar. Solo Mwanatu respondió al ruego. El tío Musisi avanzó entre los presentes, arrancó el crucifijo del suelo y, hablando en txichopi, se puso a invocar en voz alta a nuestros antepasados. El sargento nos miró como pidiendo ayuda, pero Musisi obvió la silenciosa súplica y, sirviéndose de mí como traductora, preguntó al militar:

—Yo pregunto, sargento, siendo ese Dios suyo padre de todos nosotros y creador de todos los idiomas, ¿solo entiende el portugués? Y tú, sobrina, no te limites a traducir. Dile cómo lo hacemos nosotros, los negros. ¿O ya te has olvidado de tu raza, Imani Nsambe?

¿Mi raza?, me pregunté en silencio.

En aquel momento entendí que mi tristeza era grande, pero que ya era huérfana de antes. Ese desamparo no era solo mío, sino de todos mis hermanos negros. Esa orfandad no necesita la muerte para existir. Existe incluso antes de que hayamos nacido.

Me incliné sobre la arena donde estaba tirado el crucifijo y volví a colocarlo sobre la sepultura de mi madre. Y recordé unas palabras tuyas, y



aquella manera de hablar tan dulce: los muertos no pesan. Pesan los que nunca dejan de morir.

## 24. Duodécima carta del sargento

Nkokolani, 29 de julio de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Sin encontrar modo de consolarla, le dije a Imani que un día su madre volvería.

—No tiene que volver —respondió enseguida la muchacha—. Nunca ha salido de aquí.

Y me llevó hasta un termitero en la parte de atrás de su casa. Señaló el montículo y dijo:

—Aquí enterramos estrellas durante toda la vida. Este es mi consuelo.

Luego me dijo cosas que, pudiendo ser blasfemias, son las más bellas herejías que he oído jamás. Me dijo que los muertos no andan por la tierra; son ellos los que hacen andar a la tierra. Con una cuerda de arena y viento, los difuntos atan el sol para que no se pierda en el firmamento. Y también dijo que los muertos abren camino a las aves y las lluvias. Y que caen en cada gota de rocío para abonar el suelo y dar de beber a los escarabajos.

La muchacha hablaba sin detenerse para respirar.

—¿Dónde aprendiste todo eso? —pregunté con temor.

—No me hizo falta aprenderlo —respondió—. Estoy hecha de todo eso. Lo que tuvieron que enseñarme son las historias de los blancos.

—Pero ¿tú no eres católica?

—Lo soy. Pero tengo muchos otros dioses.

Aquella revelación no me sorprendió. Tal vez porque, como buen republicano, soy manifiestamente anticlerical. La rabia contra los curas fue la única cosa buena que heredé de mi padre. Mi madre me dejó un legado distinto: ella vivía para el momento de la misa, el único en el que se le permitía salir de casa. Casi no la reconocía cuando se marchaba a la iglesia:

el paso comedido, el rostro velado, la cabeza cubierta con un chal negro. Prohibido ser madre en casa, prohibido ser mujer en la calle.

Volví de la ceremonia del entierro de Chikazi con una pregunta sin respuesta: ¿se da el pésame a quien no cree en la muerte? Aquella familia africana de luto tenía un muerto sin muerte. ¿Qué clase de luto sufrían entonces? Lejos de angustiarme, estas dudas hicieron que regresara al cuartel con un sosiego que hacía tiempo no sentía.

No me sorprendió encontrar a Mariano Fragata esperándome en la sala, abanicándose con un sobre que me tendió en cuanto me vio entrar.

—Acabo de llegar. Te he traído esto —dijo con una mueca enigmática.

Aún no se había levantado del desvencijado sofá cuando me previno:

—Prepárate, querido Germano, porque no te va a gustar lo que hay ahí dentro.

—¿Qué aviso es este?

—Son tus cartas, las que has estado enviando durante estos meses. Están todas ahí.

Sacudí la cabeza: ¿mis cartas? ¿José d'Almeida las enviaba de vuelta? ¿Y por qué iba a hacerlo ahora?

Lo que Fragata me reveló fue la puñalada definitiva en mi pecho lacerado: ninguna de mis cartas había llegado nunca a manos del consejero José d'Almeida. Quien las leía y las respondía era siempre el teniente Ayres de Ornelas.

—No entiendo absolutamente nada, querido Fragata. Todo lo que he escrito...

La perplejidad dio lugar a la sospecha. ¿Qué había movido al teniente a desviar mis misivas y, peor aún, hacerse pasar por otro? ¿De qué secretos se había apropiado Ornelas? ¿Y qué uso había dado a las confidencias hechas a alguien a quien yo consideraba mi propio padre? En aquel momento no hallaba respuesta a ninguna de aquellas preguntas. Solo me quedaba suspirar:

—¡Estoy perdido! Esto será mi fin...

—Puede que no sea lo que crees —declaró Fragata, tratando de apaciguarme.

—¿Cómo que no es lo que creo? No olvides, Fragata, que estoy en África con suspensión de la pena. Ahora que han salido a la luz mis confidencias, acabarán fusilándome. Tendré el mismo destino que Sardinha...

Recordé al agregado del consejero cuánto me había expuesto en aquel

largo intercambio de cartas. Cuántas veces había maldecido al gobierno monárquico, cuántas veces me había quejado de mis superiores jerárquicos. ¿Por qué demonios no me habría limitado a los informes rutinarios que se esperaban de mí como sargento anónimo?

—No dramatices, Germano. No es para tanto.

—Por desgracia, solo puedo temer lo peor. Mira esto...

Mostré a Fragata un insólito documento que había ido a parar a mis manos por error. Era una nota acerca de la investigación sobre el extravío de telegramas que el alto comisario había dirigido a los jefes militares de Inhambane. El propio Ayres de Ornelas había reconocido ser responsable de aquel extravío. Y leí en voz alta la carta de admisión de culpa, de puño y letra de Ornelas:

—«Pido perdón a Dios si he sido la causa involuntaria de algún trastorno para los proyectos de Vuestra Excelencia, el alto comisario. Y pido a Vuestra Excelencia que me disculpe la falta...».

Fragata interrumpió la lectura para tranquilizarme. Ornelas podía ser arrogante y ambicioso, podía tener manía persecutoria. Pero no era una persona maliciosa, capaz de perjudicarme. Y había algo más que yo desconocía. Ornelas era quien recibía y respondía toda la correspondencia dirigida al consejero José d'Almeida. Y procedía de ese modo con el consentimiento del propio José d'Almeida, a quien luego resumía las novedades de los diversos telegramas y misivas.

Acepté su voluntad de reconfortarme, aunque sin convicción. Abrí el sobre y volví a leer las cartas que había escrito durante meses. Entretanto, Fragata se durmió, extenuado. Le cedí mi cama porque sabía que esa noche no encontraría el sueño. Creo que jamás volveré a encontrarlo.

## 25. Tierras, guerras, entierros y destierros

*El soldado conquista el uniforme; el hombre pierde el alma.*

Tras la muerte de nuestra madre, Mwanatu volvió a instalarse en casa. Mi padre lo recibió como si nunca se hubiera ido. Sin palabras, y sin ninguna atención. Aquel que regresaba era un desconocido, un mero visitante a quien se presta una estera. Mwanatu parecía menos lerdo, un poco más conciliado consigo mismo. Sentado a la sombra en el patio, recogía raíces. Lo observábamos con miedo. Porque su brazo había tomado la forma de la escopeta que, durante meses, había empuñado día y noche.

Sin embargo, aquella mañana Mwanatu Nsambe tomó una decisión. Se hizo con una pala y se encaminó al cementerio de la aldea. Un recién llegado nunca habría llamado cementerio al terreno poblado de matojos que lindaba con el río, al norte de la población. Pero era allí, en aquel bosque sagrado, donde yacían los difuntos de la familia más antigua de Nkokolani, los llamados «dueños de la tierra». Los blancos dicen «enterrar». Nosotros decimos «sembrar a los muertos». Somos hijos eternos del suelo, concedemos a los difuntos lo que la tierra entrega a las semillas: un sueño para renacer.

Aparte de la pala que cargaba al hombro, Mwanatu llevaba en el brazo izquierdo, con la solemnidad propia de un desfile militar, su fusil, un Martini-Henry. En aquel caso, mi hermano no podía hacer uso del verbo «sembrar». Porque, de hecho, iba a enterrar el arma que lo había acompañado en sus batallas imaginarias contras los invasores ngunis. Así sepultaba una parte de sí mismo. La otra estaba soterrada en los confines de la razón hacía mucho tiempo.

En aquella excursión al cementerio, Mwanatu cumplía una orden. Desde que había vuelto a casa, un sueño lo asaltaba cada noche. En ese sueño sucedía lo siguiente: desde lo alto del árbol en que se había ahorcado, nuestra madre le ordenaba que se deshiciera de la escopeta. Y que nunca más se

hiciera pasar por un cipayo de los portugueses.

—¡Deshazte de esa arma, hijo mío! Llévate ese arcabuz y entiérralo junto al río.

—¿Arcabuz? Un respeto, madre, que esto es un Martini-Henry —decía, y deletreaba la palabra como si dibujara las sílabas.

El nombre, pronunciado así, le salía con el brillo de una medalla. Nuestra madre desconocía los cuidados que él dedicaba a aquella criatura: el paño especial para la limpieza exterior, el aceite para untar las intimidaciones, la funda de fieltro para envolver el cañón... Todas esas deferencias revelaban que se trataba de algo más que una simple arma.

—No te lo estoy pidiendo —sentenciaba mi madre—. Ni soy la única que te lo pide. Aquí hay muchas voces que dicen lo mismo: deshazte de esa escopeta.

La orden era clara y no era un capricho personal. Al enterrar la carabina, Mwanatu estaría sepultando su propia guerra.

\*

De camino al cementerio, mi hermano se dio cuenta, por fin, de lo que pesaba la escopeta. En sus andanzas de soldado imaginario nunca había llegado a sopesarla de verdad. Al contrario, siempre le había parecido que el arma formaba parte de él, que era una extensión de su propio cuerpo.

—Es un arma congénita —argumentó delante de su madre.

Ella tenía que entenderlo. En su interior había muchas personas luchando: un cabo y un *kabweni*, un negro y un blanco, un cristiano y un pagano. ¿Cómo convertirse en una sola criatura? ¿Cómo volver a ser solamente su hijo?

Al descender el valle del Inharrime, el paso de mi hermano era vago y titubeante, muestra de todas esas inquietudes. Pero de pronto cambió de dirección y se encaminó hacia el cuartel. Se dirigía a hablar con el sargento Germano antes de cumplir su promesa. Pese a haber renunciado al puesto de centinela, no había perdido la disciplina del soldado. Y necesitaba una bendición para tamaña desobediencia.

\*

Al principio, el portugués aún fingía estar enajenado, pero instantes después levantó la voz para expresar su extrañeza:

—¿Que vas a hacer qué? ¿Enterrar el arma?

—Eso pretendo, mi sargento.

—¿Y qué quieres que haga yo? ¿Que vaya contigo y bendiga el entierro?

Mwanatu no tenía tanta osadía. Solo pretendía obtener su bendición para tan disparatado acto. Porque él, el valiente soldado Mwanatu, cristiano y debidamente bautizado, estaba tan indefenso como confuso. Siempre le había parecido extraño que la escopeta tuviera nombre de persona. ¿Martini-Henry? Con el debido respeto, y sin ánimo de ofender a Dios, un negro nunca le pondría un nombre de persona a un arma.

—Disculpe, mi sargento. Solo he venido a pedirle consejo.

—¿Quieres un consejo? Pues dime una cosa: esa arma no la compraste tú, ¿verdad que no? ¿Te acuerdas de quién te la dio?

—Usted me la dio. El arma y el uniforme.

—¿Ya te has olvidado de que esa arma se te dio para matar a los enemigos de Dios y de Portugal?

—Creo que no.

—¿Crees que no? Pues yo que tú la devolvería. Es más: deberías haberlo hecho en cuanto dejaste de ser centinela. Así que devolverás el arma y el uniforme, ese mismo que aún llevas puesto. Tanto las armas como las municiones, y hasta tú mismo, pertenecéis a la Corona portuguesa.

—Si no entierro el arma, ¿qué le diré a mi madre cuando me visite en sueños?

—Dile cualquier cosa. Miente, dile que enterraste la maldita escopeta. Ella nunca irá a confirmar tu versión.

—¡No hable así de mi madre! No hable...

Mwanatu se retiró, retorciéndose las manos como si fueran trapos. Y por primera vez, el portugués tuvo miedo del centinela retrasado. Pensó que Mwanatu había sufrido una grave regresión: volvía a ser negro. Y como negro que volvía a ser, no merecía su confianza. Así que los recelos del sargento se agravaron: ¿y si el muchacho era capaz de usar el arma para matar? Quizá fuera preferible, pues, que se deshiciera de ella. De modo que autorizó el entierro del Martini-Henry con fingido remordimiento. Y antes de que Mwanatu desapareciera, añadió:

—¿Y tu hermana? No ha vuelto a aparecer más por aquí...

—Imani anda triste. Solo eso...

—Dile que he desembalado unas telas nuevas. Si las quiere, que pase por aquí. Y tú también, Mwanatu, aparece por el cuartel porque te echo en falta.

El joven se despidió con un gesto vago. Incluso esbozó una sonrisa triste: ¿cómo iba a echarlo en falta el portugués, si en todos aquellos meses nunca le había dirigido la palabra? Siempre que un visitante blanco lo saludaba, interesándose por su salud, el sargento lo atajaba: «Nunca le preguntes a un cafre cómo está, porque al minuto siguiente te estará pidiendo algo».

Con la aparición de estos recuerdos, el cipayo tuvo ganas de darle una patada a la gallina que tanto apreciaba el sargento. No agredió al animal, pero le escupió. El salivazo quedó suspendido en la cresta, pero la mirada de la gallina permaneció indiferente y vacía. Así quería ser Mwanatu: sin vida interior ni exterior, sin remordimientos ni desaliento.

Lo que más lo angustiaba no eran los recuerdos, sino el consejo del portugués. ¿Que mintiera a la difunta? Puede que el sargento fuera ser un hombre poderoso, pero desconocía que allí reinaban otros dioses tan antiguos como la tierra. Y reanudó el camino hacia el cementerio.

\*

Era mediodía, la hora inmóvil en la que el suelo devora las sombras. En el bosque sagrado, mi hermano fue pisando las sombras con la cautela de un leopardo, hasta que escogió un árbol grande, asentado sobre unas raíces que emergían de la tierra como oscuros codos. Allí abriría la sepultura. Se arrodilló y murmuró una cantinela monocorde. ¿Rezaba? No. Nombraba a los caídos en la guerra.

Su voz emitía un leve murmullo, pero pronunciaba cada uno de esos nombres con el mismo cuidado con que se viste a viejos y niños.

Entonces quedó sumido en un silencio denso, para quejarse a continuación:

—Ya no me acuerdo de nadie más. Maldita guerra...

Tal es la crueldad de morir en combate: no acaban de caer nunca del todo, clavan las garras en el tiempo, como murciélagos muertos. Aun así, Mwanatu hinchó el pecho y concluyó la plegaria:

—¡Yo os invoco, guerreros de la nación chope!

Acarició el arma antes de iniciar la excavación.

—¿Nación chope? —se preguntó. Y sus propias palabras le parecieron



extrañas.

\*

Mwanatu hundió la pala con vigor en la arena caliente. Entonces oyó un ruido metálico, de hierro contra hierro. Volvió a hincar la pala con la rabia de quien mata a una serpiente. Y volvieron a saltar chispas, como si el suelo relampaguease. Un sombrío presentimiento hizo al cipayo mirar al cielo en busca de amparo. El sol entero le entró en las pupilas, y la inundación de luz lo cegó. Esa era la intención: que los muertos se ausentaran un momento. Y que los dioses, los vivos y los difuntos se olvidaran de él.

Cuando volvió a abrir los ojos, Mwanatu vio una azagaya. Eso explicaba el ruido y las chispas. Revolvió la arena alrededor del hallazgo y comprobó que del fondo de la fosa salían lanzas, arcos y flechas. La cantidad de armas superaba toda posibilidad de enumerarlas. Los despojos de todas las guerras asomaban bajo sus pies.

El cipayo no cumplió su propósito: regresó a casa a toda prisa con paso vacilante. Arrastraba la escopeta como si esta fuera una azada inútil. Y se preguntaba sobre la extraña coincidencia: al enterrar el arma, había desenterrado un antiguo arsenal.

\*

Tras dejar las botas a la puerta, Mwanatu se apresuró a esconder el Martini-Henry detrás del armario. Fue enseguida a buscar a nuestro padre para contarle lo que había ocurrido. O más bien lo que no había ocurrido.

Se encontró a su progenitor barriendo el patio trasero. Barrer, defendía este, era como pescar: una actividad en la que no se hace nada. A la muerte de mi madre, mi padre había renunciado a sí mismo. «Cuanto menos vivo esté, menos me querrán matar.» Eso decía. De no ser por mí, su única hija, ya se habría deshecho de sus bienes, su casa y su existencia. Aunque es cierto que tardaría más en deshacerse del alambique y las marimbas.

Barrer era ahora su única ocupación. Y no dejó de usar la escoba mientras Mwanatu le relataba lo sucedido en el bosque. A la vista de los vecinos no podía mostrarse turbado. Por fin se apoyó en la escoba, se ajustó el sombrero en la cabeza y susurró:

—Hay asuntos de los que no se habla en la vía pública. Vamos dentro.

En un rincón del cuarto, Katini se dejó caer en la silla, vencido por la aprensión. Se descubrió la cabeza, colocó el sombrero sobre las rodillas y, tras una larga pausa, abrió su alma:

—Eso que has encontrado en el bosque es algo que no se explica ni se entiende...

—No me asuste, padre. ¿Qué sucede?

—Sucede lo que está aún por suceder.

Se puso a enrollar lentamente un cigarrillo, como si buscara aliento. «A nadie le gustan las hojas, ni el humo», nos decía siempre. El placer del fumador es ser fumado por el tiempo. Tosió durante unos instantes y luego, sofocado aún, susurró:

—Quiero decirte algo: fui yo quien hizo ese agujero.

—Disculpe, ¿usted?!

—Has cavado donde yo ya había cavado. Ahí fue donde escondí yo mi azagaya.

—¿Usted también enterró su arma?

—Un arma no se entierra. Se esconde, a la espera de la próxima guerra. Ahora iremos a ese lugar, vamos a ver esa fosa.

Apoyado en la escoba como si esta fuera un bastón, cerró de un golpe el portón y echó a andar por el camino. Avanzaban por el sendero, Mwanatu en solemne silencio, mi padre arrastrando las botas. Era una generosidad llamar botas a aquel par de suelas atadas al empuñadura de los pies.

Hasta que se detuvieron junto al árbol donde Mwanatu había estado cavando. Ahora las raíces parecían estar más expuestas, como si abrazaran el suelo para reivindicar una propiedad exclusiva.

Inclinado sobre la fosa, nuestro padre recogió la azagaya y chasqueó la lengua para manifestar lo que ya sospechaba.

—Es el mismo agujero. Y esta de aquí es mi azagaya, fíjate en esta marca.

—¿Y cómo han venido a parar aquí las otras armas?

—No han venido.

—¿Cómo que no han venido?

—Han nacido aquí. Están vivas.

Y pidió a su hijo que lo ayudara a recoger todo aquel material, para luego agruparlo en diferentes categorías. Apilaron las azagayas a un lado, las lanzas a otro, y pusieron los escudos en un tercer montón. El viejo Katini supervisó

detenidamente cada montón como si fuera un general pasando revista a su arsenal. Al final dijo:

—Vamos a dejar esto así, las armas lejos del hoyo. Y vamos a irnos lo antes posible. No mires atrás mientras nos alejamos.

\*

Cuando se reunió conmigo en el patio donde estaba preparando el fuego, Mwanatu tenía el semblante sombrío de los condenados. Me contó lo que había pasado en el frustrado entierro de la escopeta.

—¿El sargento ha preguntado por mí?

—Dice que te echa de menos. Tendré que decirle algo cuando vaya a devolverle el uniforme. El arma no se la devolveré, pero este uniforme sí. Si vinieran los de Ngungunyane, no querría que me confundieran.

Insistió en que le dijera qué mensaje debía transmitir al portugués. Permanecí en silencio un rato, para levantarme a continuación con tal ímpetu que asusté al pobre Mwanatu:

—Desvístete, hermano. Mando yo, que soy mayor que tú. Quítate ese maldito uniforme.

—¿Ahora?

—Ahora mismo.

Pantalones, camisa y casaca cayeron al suelo como un suspiro. Recogí las piezas del uniforme y las arrojé a la hoguera. En escasos segundos, las llamas consumieron la ropa ante la mirada aterrada de Mwanatu. Y antes de que pudiera lamentarse, declaré, furiosa:

—Los hombres que violaron a las mujeres de esta aldea fueron hombres uniformados.

Eso era lo que hacían los hombres, siguiendo el mandato de la guerra. Creaban un mundo sin madres, sin hermanas, sin hijas. Para existir, la guerra necesitaba esa clase de mundo desprovisto de mujeres.

Avergonzado, mi hermano se retiró cuando sintió que nuestro padre entraba en casa. Ocupado en desatarse las viejas suelas, Katini refunfuñaba como si hablara al suelo:

—Imagino que ya habrás preparado la comida.

En ese momento pensé en el peso de una vida entera: más que amor, los hombres de Nkokolani piden a las mujeres que sean puntuales a la hora de

servirles la comida. Mi padre era en esto igual que todos los hombres de Nkokolani. Vivía para ser servido. Y conmigo se repetía ese antiguo deber de la mujer.

Padre e hijo se sentaron a la mesa, en el patio, bajo el viejo mango. Hice lo que siempre hacía cuando mi madre estaba viva: les llevé la jarra de agua y una toalla, y ellos se lavaron las manos. Serví la cena en silencio, como si escucháramos la ausencia de nuestra madre. Katini estaba afectado, se sirvió *nsope* con generosidad. Tenía la voz pastosa cuando declaró:

—Antes has mandado a tu hermano quitarse la ropa, ¿verdad? Pues ahora yo te ordeno lo mismo: levántate, hija mía. Levántate y desátate la *capulana*.

Mwanatu aún se atrevió a hacer un gesto de indignación, pero mi padre repitió la orden. Tardé en obedecer. Mi padre estaba bebido y era incapaz de juntar las palabras con las ideas.

—Últimamente, hija mía, te veo demasiado espabilada, soñando muy lejos de aquí. Dime una cosa, Imani: ¿ese blanco te mira?, ¿te ha tocado alguna vez?

—Padre, por favor...

—¡Silencio! He dicho que te quites la ropa —me recordó.

Solté la tela que llevaba atada a la cintura y, completamente desnuda, me quedé allí inmóvil, con los brazos alineados en una pose de soldado. El pelo despeinado, las piernas largas y separadas, el cuerpo más leve que la luz de la higuera que crepitaba a mi lado.

—Estás delgada, pareces una bala —comentó mi padre.

Katini Nsambe se sorprendió al verme así, tan mujer, tan llena de ese grave silencio de las esposas que, cuando callan, hacen enmudecer al mundo a su alrededor. Miró hacia las sombras que danzaban en el suelo y me ordenó que volviera a vestirme. Luego afirmó:

—Las balas son cosas vivas. Por eso matan, porque están vivas. Y tú, hija mía, tú pareces una cosa muerta —y concluyó—: Ningún blanco te querrá así, tan falta de pulpa, tan falta de cuerpo.

Ahora que mi madre ya no estaba con nosotros, que no volviera yo a decir que era flaca de nacimiento.

—Si estás flaca, dejarás de estarlo. Porque tienes los tatuajes bien marcados en la cintura, en los muslos. ¿Lo has visto, Mwanatu?

—Yo no puedo mirar, padre.

—Pero si ya le has mirado bien el cuerpo —atajó Katini Nsambe—. Y

sabes que ningún hombre se resiste a esos tatuajes. Ese portugués sabe muy bien que no te escabullirás cuando te...

—Los portugueses tienen otras costumbres...

—Basta, Imani. Ven aquí, ven a beber para que olvides quién eres: una pobre negra que huele a tierra... Mañana volverás a casa de ese portugués y harás que la cabeza le dé tantas vueltas como las llamas de esa hoguera.

Mientras me llenaba el vaso, reflexioné: sí, soy una bala tatuada. Me dispararé, derecha al corazón de ese hombre. Y me iré para siempre de esta maldita aldea.

\*

El día había amanecido nublado, y la tía Rosi —que tras la muerte de mi madre nos ayudaba en casa— se abrigó antes de ir a labrar el campo. En Nkokolani basta que amanezca el cielo encapotado para que nos preparemos para el rigor del invierno. Ya puede hacer un calor sofocante que, en días nublados, todos vestimos ropa de abrigo. Para los habitantes de Nkokolani el cielo manda más que la temperatura. Y los colores mandan tanto que ni nombres tenemos para darles.

Y así arropada, aquella mañana gris, la tía Rosi salió al campo a labrar. Cargaba con ella todas las tristezas del mundo. Una vez que llegó a la plantación, separó las piernas y se inclinó lentamente, como un astro que se extingue. La azada subió y bajó en sus manos como si la hoja vibrara sobre el pescuezo de un condenado. Y ese condenado era ella misma, incapaz de darle la vuelta a su destino.

Poco después un llanto irreprimible asaltó a la mujer. Pero no dejó de cavar, mientras su cuerpo ejecutaba una danza telúrica. No tardó en oír un sonido metálico, como si la azada hubiera chocado con una piedra o un hueso. Peinó la arena con los dedos y vio que había enterrada una pistola. Corrió a llamar a las vecinas. Las mujeres pensaron que era mejor no tocar el arma y que debían limitarse a volver a allanar el suelo removido. Fingieron que no habían visto nada, que no había pasado nada. Con todo, cuando revolvieron la tierra para cubrir lo hallado quedaron al descubierto centenares de balas, todas iguales, como renacuajos nacidos en un charco de agua de lluvia. Sin perder un momento, recogieron las azadas. Y retrocedieron.

En cuanto llegó a casa, la tía nos comunicó el incidente. Los dos hombres

permanecieron callados. Fue un silencio cargado de presagios. Hasta que el tío Musisi habló.

—Mañana irás a labrar más lejos. Pero no vayas sola. Llévate a las demás contigo.

\*

En nuestra casa, Mwanatu se despertó aturdido en plena noche. Mi madre había vuelto a visitarlo en sueños. Le recordaba que se estaba demorando en cumplir sus órdenes. Y no solo debía sepultar su arma.

—¿Todas las armas? —preguntó el hijo.

—Todas. Las de los portugueses también.

—No podemos enterrar las de los portugueses, madre.

—Hay algo que no entiendes, hijo mío. La guerra no pide armas. Es al contrario: las armas hacen nacer la guerra.

\*

Al día siguiente, cuando todavía no había amanecido, mi tía irrumpió sobresaltada en la casa. Y sacudió a su marido en el lecho.

—La guerra, esposo...

—¿Qué ocurre? ¿Nos están atacando?

Ella asintió con la cabeza. El tío Musisi se levantó precipitadamente y, desnudo, cruzó el cuarto para sacar una escopeta de una funda de piel. Llamó a Mwanatu a gritos. Su sobrino apareció al instante, con los ojos espantados, escopeta en ristre.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Nos ataca Ngungunyane?

—No lo sé, no he oído tiros —declaró mi tío—. ¿Desde dónde nos atacan?

Inmóvil, la tía Rosi se contenía como si percibiera una presencia invisible dentro de la casa. Hasta que señaló discretamente el suelo.

—No entiendo —dijo mi tío—. ¿Hay alguien debajo de la casa?

Ella asintió con la cabeza.

—Están por todas partes —añadió. Con un sutil balanceo de la mano, volvió a echarle la culpa al pavimento.

—Pero ¿quién?

—Ellas.

Algo rechinó en el esqueleto de la casa. Entonces intenté aplacar la tensión y sugerí, convencida:

—Es Tsangatelo. El abuelo nos viene a buscar.

—Cállate, Imani. Te lo vuelvo a preguntar, mujer: ¿hay alguien debajo del suelo?

—Son ellas, las armas.

Entonces, Rosi relató a media voz lo que acababa de suceder: había salido a cavar otra vez, en esa ocasión más lejos, cerca de la orilla del río. Pero no tardó en repetirse el infausto hallazgo: en aquel nuevo terreno, entre los cantos rodados, vislumbró el cráneo de un caballo. Y más allá, una silla de montar y un par de estribos. A sus pies yacía uno de esos corceles que había atravesado al galope sus sueños. Quizá era la cabalgadura del propio Mouzinho de Albuquerque.

Alrededor de la calavera había infinidad de casquillos de bala, y juraba que estos, provistos ahora de patas, se movían como insectos voraces, devorándolo todo a su paso. Ese ejército subterráneo excavaba túneles que se extendían por el mundo entero, e incluso de lejos, mientras huía, oía el ruido de sus pinzas escarbando. Las mujeres corrían en desbandada, gritando que había que escapar deprisa de aquel lugar.

—Estamos perdidos —concluyó la tía Rosi, manteniendo una pose digna y contenida—. Vamos a morir de hambre, ya no tenemos dónde cultivar.

Eso fue lo que sucedió en Nkokolani: la guerra convirtió la tierra en un cementerio. Un cementerio en el que ya no cabían más muertos.

## 26. Decimotercera carta del sargento

Nkokolani, 11 de agosto de 1895

Excelentísimo señor consejero José d'Almeida:

Nunca imaginé cuánta falta me haría alguien que apenas tuvo presencia. Un muchacho idiota, callado y distante, abrió una brecha en mi alma al partir. Desde que Mwanatu regresó a casa de sus padres, ya no hubo remedio para la soledad y la desesperación (que ya eran enormes). Siempre pensé que Dios sería la eterna compañía de un cristiano, estuviera dondequiera que estuviese. Una de dos: o no soy un buen creyente, o Nkokolani está exenta de la atención divina.

No sé si echo más en falta a Mwanatu como persona o como portador de la correspondencia. Porque, en realidad, es la ausencia de correo lo que me resulta más penoso que nada. Estos días me asalta el delirio de ver el suelo de la casa cubierto de papeles. Cuando abro la ventana, la brisa hace rodar las páginas, que revolotean por los aires y salen volando. Miro los campos y están todos alfombrados de hojas de papel. Son miles de cartas que forman una sábana continua, cartas hasta donde alcanza la vista. Y en medio de esos campos yace un joven muerto que tiene tatuadas en el brazo estas palabras: «Amor de madre». Más de cerca se aprecia que lleva todo el cuerpo tatuado. En letras minúsculas, tiene grabado un libro entero. El muerto resucita y permanece sentado y despierto. Se pone a transcribir sobre el papel los escritos de su piel. Pero luego comprende que no le bastará una vida para transferir todas las letras, más numerosas que los poros de su piel.

¿Habré enloquecido? Es probable que así lo juzgue usted. Y yo también. Por motivo de esta insania, me alegré mucho cuando, días atrás, recibí la visita de mi antiguo centinela. ¿Acaso regresaba a su puesto de trabajo? No, me equivocaba. El muchacho no venía para quedarse. Solo buscaba consejo



para una misión disparatada. Quería enterrar el arma que se le había asignado. Aproveché para sonsacarle noticias de su hermana, la bella Imani. Me respondió que no sabía nada. Mentía. Es obvio que la muchacha no quiere verme. Y respeto sus deseos. Al igual que respeté las estúpidas intenciones de su hermano Mwanatu, fingiendo que lo escuchaba y le daba consejos.

Ahora bien, esta semana sucedió que me crucé con Imani mientras compraba pescado en la aldea. No me miró a los ojos. Esa actitud no es distinta de la que siempre ha tenido. Bajando la mirada, así es como habla una mujer con un hombre. No me miró, pero me habló. Y su pregunta no podía ser más extraña:

—¿Cree que soy una bala?

Repitió la disparatada pregunta, frente a mi incapacidad para entenderla. La invité a visitar juntos la tumba de su madre. Accedió sin decir nada. Nos sentamos en silencio en la parte de atrás de su casa.

—Por aquí solían pasear elefantes —dijo, señalando una arboleda—. Ahora ya no queda ni uno. Ustedes los han matado todos.

—¿Nosotros?

—¿Quien mata es el que dispara o el que ordena matar? Y yo le pregunto: ¿todo ese marfil los ha hecho más ricos?

—A mí no, Imani. A mí no.

Y la muchacha añadió:

—Cuando hayan destripado la tierra para robarle los minerales, ordenarán a los negros que se suban unos encima de otros hasta llegar a la luna. Y los mineros chope buscarán un yacimiento de plata lunar.

En sus palabras había un resentimiento indescifrable. Yo había mentido, era verdad. Pero había otros motivos, más bien antiguos.

—¿Es porque soy blanco? ¿Por eso te apartas de mí?

—La vida es como una marea.

Confieso que no estoy preparado para entender las alusiones metafóricas contenidas en el habla de estos negros. Imani tiene un alma casi blanca, pero todavía me sorprende con ese lenguaje.

—Ahora yo —dije en señal de paz— entiendo mejor ese sentimiento amargo de los negros contra los de mi raza.

Y entonces compartí con ella un recuerdo que conservaba de Lisboa. Sucedió la única vez en que asistí a una corrida de toros, a la que me llevó mi padre. En cierto momento, como el toro estaba cansado y era manso, lanzaron

al ruedo a media docena de negros adornados con plumas y montados en ridículos caballos de cartón. El atavío les restaba movilidad, pero reforzaba el aire caricaturesco que entusiasmaba a la multitud. El toro arremetió contra los pobres diablos y todos fueron terriblemente maltratados, para regocijo del público que, hasta ese momento, se quejaba del deslucido espectáculo.

Levanté la vista para mirar a Imani y valorar el efecto de aquel episodio. Mantenía el gesto imperturbable.

—No era racismo. O tal vez lo fuera. La verdad es que también lanzaban gallegos a la arena.

—¿Los gallegos son negros?

—No. Son como nosotros.

—¿Nosotros quiénes, sargento Germano?

No sé si sonreí ni si era mi intención hacerlo. Sé que la muchacha se levantó y me invitó a quedarme a su lado, en silencio, junto a la tumba de su madre.

—¿Su madre vive, sargento?

Le respondí que no lo sabía. Imani me miró detenidamente a los ojos y sacudió la cabeza. Y entonces dijo que era la respuesta más triste que jamás había oído.

Y guardo para el final de esta misiva aquello que más me impresionó estos últimos días. Resulta que a mi casa llegó un cartero desconocido, un mulato delgado, de ojos azules y rasgados como un pez. Venía de Inhambane y, aparte de la correspondencia habitual, traía, imagínese, una carta de mi madre. Cuando me tendió el sobre me quedé inmóvil y aturdido:

—¿Una carta de mi madre?

El chico casi tuvo que abrirme los dedos para que yo pudiera agarrar el sobre. Y se disculpó: los papeles se habían mojado un poco en la travesía por el río. Corrí al cobijo de mi cuarto para leer la carta con calma y deleite. La humedad había emborronado la caligrafía. Pero mis ojos, aguados de emoción, vencieron la ilegibilidad aparente. Eran pocas líneas, y el mensaje, vago: expresaba la gratitud de una madre por los constantes mensajes de añoranza que le brindaba su hijo. Abandoné la lectura con una certeza absoluta: aquella carta no iba dirigida a mí.

Y salí a buscar al mensajero. Yo le había ofrecido las dependencias de Mwanatu para que el nuevo correo pudiera descansar. Interrumpí su descanso para devolverle la misiva equivocada.

—¡Esta carta no es para mí!

El muchacho entreabrió los ojos y volvió a enroscarse en la estera. Solo entonces caí en la cuenta de que nunca había visitado aquel minúsculo cubículo. Y sentí una especie de remordimiento. No lo había hecho, me dije disculpándome, por el pudor de invadir la privacidad de otro. Pero en mi fuero interno sabía que ese no era el motivo.

Volví a mi cuarto con la urgencia de escribirle. Me senté y comencé, como hago siempre, cumplimentando en el encabezamiento el nombre del destinatario. Su nombre, estimado José d'Almeida. Y aquí me detuve. Y pensé en los equívocos reiterados de la correspondencia que hemos mantenido.

No entendí, por ejemplo, el motivo por el cual me envió copias de las cartas que el teniente Ayres de Ornelas había mandado a su querida madre. Debo confesar que llegué a pensar que Vuestra Excelencia traspasaba los límites del pudor y la consideración debida a lo que corresponde al ámbito ajeno. Pero ahora entiendo y agradezco su refinada sensibilidad. Vuestra Excelencia adivinó mi más antigua inquietud, mi carencia más oculta. Y ahora que he detenido en seco la escritura de su nombre en el encabezamiento de esta carta, llego a la siguiente conclusión: no puedo seguir fingiendo. Porque ahora sé que no es Vuestra Excelencia, el consejero Almeida, quien me lee y me responde. Debería tachar el nombre del destinatario de esta misiva para, en su lugar, escribir el nombre de Ayres de Ornelas. Porque es con usted, estimado teniente Ornelas, con quien hablo y he hablado siempre.

No me siento ofendido por este equívoco. Al contrario. Incluso le pido, estimado teniente, que transmita al consejero Almeida mi sincero agradecimiento. Dígale cuán feliz estoy de saberme engañado. Cuánto le agradezco que haya sido siempre Ayres de Ornelas. Y a usted, mi querido teniente, le digo: gracias por haberse hecho pasar por otro. Por encima de todo le reconozco la amabilidad de haberme enviado cartas destinadas a su querida madre. No puede imaginar el bien que me han hecho esas misivas en esta remota región agreste. Imani tenía razón al hacerme ver que no hay nada más triste que no saber si la propia madre está todavía en este mundo. Sus cartas me han creado la ilusión de estar hablando con mi madre, como si ella aplacara los males de este destierro infernal.

Ahora tengo la certeza de haber sobrevivido en territorio africano gracias a la santa mujer que me dio a luz. Y cuanto he hecho de lo que pueda sentirme

orgullosa se debe a su inspiración. Fue por ella por lo que me uní a la revuelta republicana del 31 de enero, como si, con el deseo de matar al rey, me vengara de mi distante y severo progenitor.

En la Praça da Batalha, fue en mi madre en quien pensé cuando las balas volaban como súbitas e ínfimas aves de hierro. Por una extraña y triste ironía, los disparos que dirigían contra nosotros venían de la escalera de la iglesia de San Ildefonso, donde la Guardia Municipal estaba posicionada. Aunque fuera distinta, aquella iglesia me pareció la misma en la que mi madre solía desaparecer para resurgir con la levedad de un ángel.

A mi lado, mi compañero y camarada cayó en los peldaños de la escalinata. Con él se derrumbó la bandera verde y rubra que llevaba en brazos. Me incliné sobre el infeliz para ayudarlo. Ni en su cuerpo expuesto ni en el uniforme se veía una gota de sangre. Simplemente parecía haber tropezado, y murmuraba algo ininteligible sin llegar a callarse nunca, hasta que la mirada se le detuvo, atrapada en un velo negro. No era solo un compañero de caserna el que moría. Yo también me extinguía allí. En ese momento, las lágrimas que derramé apenas sirvieron para llevarme de vuelta al cuarto de mi infancia.

Y todo este largo viaje que me ha alejado de mi casa ha sido, a fin de cuentas, un regreso lento e imperceptible. El día que me dejaron a la puerta de la Academia Militar tardé en entrar en el edificio. Sabía que, si lo hacía, una parte de mí moriría para siempre. Me quedé en la entrada, mirando la calle para ver si mi madre volvía, movida por el remordimiento. Pero no volvió.

Años después, cuando salía esposado del juicio de los amotinados, aún creí que, en el muelle donde aguardaban los familiares de los reos, sería recibido por un abrazo materno. Pero mi madre no figuraba entre los presentes.

No puedo saber, desde esta lejanía, si todavía estará viva. Dentro de mí oigo a veces el dulce y ronco canto con que me arrullaba. Y la oigo en la armonía de las marimbas, en el vasto silencio de la sabana. Quizá mi madre no fue más que eso: una voz suave, un tenue hilo de seda del que pendía todo el peso del universo. Eso es lo que debería haber respondido a Imani cuando me preguntó si tenía noticias de mi casa, de Portugal.

He tenido que vivir entre gente negra y extraña para entenderme a mí mismo. He tenido que marchitarme en un lugar lejano y oscuro para entender lo mucho que aún pertenezco a la pequeña aldea donde nací.

Tal vez Imani tenga razón al decir que las arañas y sus telas curan el mundo y reparan los jirones de nuestra alma. Tal vez yo, durante este tiempo de exilio, haya adquirido un extraño placer en inventar males. Ahora bien, cualquiera que sea mi padecimiento, no es un asunto médico. Lo cierto, Excelencia, es que yo no he enfermado en África, como todos los demás. Yo enfermé en Portugal. Mi mal no es sino el declive y la podredumbre de mi tierra. Eça de Queiroz escribió: «Portugal está acabado». Al escribir estas palabras, dijo que las lágrimas le arrasaron los ojos. Y esa es mi enfermedad y la suya: nuestra patria sin futuro, vaciada por el beneficio de unos cuantos, doblegada a los caprichos de Inglaterra.

Este cuartel decrepito no es un error. Tampoco es un error que yo esté dentro. Como bien recordaba mi abuelo: cuando uno se viste el uniforme, se desnuda el alma. Si yo muriera ahora, Vuestra Excelencia no tendría que molestarse en hacerme regresar a mi patria: el alma desnuda no pesa. No me quedaré sin viajar. Porque algún recuerdo de mí permanecerá.

Mi madre decía que había ángeles. Y yo, que era niño y tenía toda la ingenuidad del mundo, no creía en esas criaturas celestiales. Había en ellas algo tan triste que me impedía creer. He tardado todo este tiempo en entender esa tristeza. No es que no pueda haber ángeles. Tal vez no haya suficiente cielo para albergar a un único ángel.

## 27. El vuelo de las manos

*A la muerte doy falsedad. La muerte solo existe por un brevísimo intercambio de ausencias. El muerto renacerá en otro ser. Nuestro dolor es no saber ser inmortales.*

—Tal vez yo —dijo Germano— haya perdido a mi madre más de lo que tú perdiste a la tuya.

El sargento me abrazó con consideración. Acababa de llegar a nuestra casa. Tenía la intención de renovar sus condolencias aquel día en que recordábamos a nuestra madre. Estaba sola en el patio cuando se presentó apesadumbrado.

—No sé si quiero verle.

Fue como si no me oyera, las manos puestas sobre mis hombros. Por un segundo dudé: pesaban tan poco..., ¿serían manos, o alas de ángel? Lo cierto es que sucedió lo siguiente: el portugués me dio un abrazo largo. Nunca antes me habían estrechado con tanta convicción. Me permití recrearme en aquel abrazo, pero quieta como una piedra. En un solo instante cada uno de mis quince años se alojó en los brazos de aquel hombre. Me asombró la inmovilidad del sargento, como si de pronto hubiera dejado de existir. Pero poco después sus manos fueron despertando y empezaron a descender, dibujando un mapa en mi espalda, navegando por mis muslos. Yo estaba tan distante que no reaccioné. Cuando quise protestar no encontré mi propia voz. De un empujón, aparté con vigor al extranjero. En aquel momento yo era una bala, una bala capaz de atravesar las alas de aquel ángel. Con los ojos fijos en el suelo, se retiró; parecía tan frágil que a punto estuve de volver a llamarlo.

Esa noche me acosté temprano, a la espera de un sueño manso como una caricia. Pero no recibí esa visita. En el sueño había una inmensa hoguera que incendiaba la noche. Mi madre bailaba descalza sobre las llamas mientras mi padre tocaba una marimba. Cada vez que percutía una tecla, un murciélago se soltaba del instrumento y revoloteaba sobre nuestras cabezas. Entonces mi

madre cogió con las manos un carbón incandescente y se lo llevó a la boca, tragándoselo entero. Y así, con la lengua roja y los labios abrasados, gritó a su marido:

—El fuego no me duele. Mi cuerpo desconoce el dolor. Y que lo sepas: nunca sentía nada cuando me pegabas.

Katini seguía tocando, como si no la escuchara. Y ella giraba alrededor del fuego y de la marimba. Con el rostro alzado y la voz altiva, proclamó:

—Ahora bailo, marido. Bailo ahora y no cuando tú me lo ordenas.

Después se cansaba y, entre sudores y temblores, se acurrucaba a mi lado. Yo le limpiaba el sudor y le daba agua para beber. Y luego le contaba que todas las madrugadas mi padre dejaba un poco de tabaco y harina junto al árbol donde ella se había colgado. Y que se quedaba allí durante horas, con los ojos mirando al vacío.

—Ya lo sé, hija. Tu padre nunca me había hecho tanta compañía.

Y le confesaba mis contradicciones más íntimas. Le hablaba del sargento portugués, que me inspiraba asco y fascinación al mismo tiempo. ¿Cómo podía querer a un hombre que tanto nos había traicionado?

—¿Quieres un hombre que no mienta ni traicione? Pues morirás soltera, hija mía.

\*

A la mañana siguiente, muy temprano, tiré al suelo la ropa que llevaba y, sobre el cuerpo sudado, me até una simple *capulana*. Me dirigí al cuartel a paso ligero. Encontré al sargento sin camisa, acariciando a su vieja gallina. Sorprendido y avergonzado, Germano corrió a la casa a recomponerse. Me interpuse en su carrera, y el sargento chocó de frente conmigo. Entonces susurré con voluptuosidad:

—Abráceme, sargento. Abráceme mucho.

El hombre se quedó mudo y quieto. Tras unos instantes, miró con preocupación a su alrededor por si había testigos.

—Por favor, hija mía...

En silencio, le tomé de la mano y lo conduje al interior de la casa. Sus pasos eran los de un ciego y, tal vez por eso, no había reparado en que yo había dejado caer la *capulana*. Cuando se percató de mi desnudez, todo él se estremeció descontroladamente.

—Sargento Germano, yo quiero ser mujer —le dije, acercando los labios a su rostro sudoroso.

Esperaba una caricia. Pero el militar estaba paralizado, mirando con desesperación aquí y allá.

—Soy una marimba —murmuré a su oído—. Los hombres que me toquen oirán una música que jamás han oído.

—No puedo, Imani. No estoy solo.

Una sombra serpenteó en el suelo. Al principio no era más que el rumor de una falda al ondear. Después, de la penumbra fue surgiendo una mujer blanca, con el cabello suelto sobre los hombros. Como si me hubieran dado un golpe en la cabeza, aquella visión me mareó. Entonces me di cuenta: hasta ese momento nunca había visto a una mujer de otra raza. Los blancos que había conocido eran todos hombres. Acobardada, volví a enrollarme la *capulana*. La visitante me detuvo cuando me disponía a salir. Era alta y pálida como la figura de yeso de la Virgen María que decoraba la antigua iglesia de la playa. Y el vestido que le llegaba al suelo la hacía aún más alta.

—¿Esta quién es? —preguntó, dirigiéndose al portugués.

—¿Esta? Pues es... es una muchacha que hace recados.

—Ya veo qué clase de recados...

—No me hagas reír, Bianca.

La intrusa dio una vuelta a mi alrededor, inspeccionando mi cuerpo como solo un hombre podría hacerlo.

—No te creas que te vas a ir así, sin más —me dijo en un tono severo—. ¡Siéntate aquí, que vuelvo ahora mismo!

Desapareció por el pasillo, dejando un rastro de perfume dulzón. Con los hombros encogidos, el portugués me confió que se trataba de una amiga italiana que había venido de Lourenço Marques. Se llamaba Bianca Vanzini Marini. Era conocida como «la blanca de las manos de oro».

—Llámala doña Bianca —me avisó.

La visitante regresó con un puñal medio envuelto en un paño. Sentí un escalofrío, aterrada. Mis días iban a terminar allí mismo por culpa de los celos.

—No me haga daño —imploré de modo casi inaudible.

La italiana acercó un taburete y se sentó detrás de mi silla. Con el puñal envuelto en la mano, me ordenó que mantuviera la cabeza recta mientras hundía los dedos en mi cuello. Me eché a llorar con toda el alma. Aquellos



instantes duraron una eternidad. A continuación, la intrusa empezó a alisarme el cabello pausadamente. De pronto, entre los trapos apareció un peine metálico. Sonreí con alivio: lo que yo pensé que era un mortífero puñal resultó ser un objeto inofensivo. La mujer blanca murmuró con un acento extraño:

—Vamos a arreglar un poco este bonito pelo.

Jamás nadie había dedicado un elogio a mi pelo. Al contrario: mi padre opinaba que debía usar un pañuelo para ocultar ese pecado que era mi rizada cabellera. Mientras me peinaba, la extranjera dijo:

—Tu madre se colgó de un árbol. Yo he venido a África para morir.

Se puso de pie para trabajar mejor. Sus dedos tejían en la maraña de cabello crespo. Mi cuello —aún incrédulo— permanecía tenso mientras ella hablaba.

—Voy a contarte mi historia. Por eso te estoy peinando. Con las mujeres negras aprendí que no hay mejor manera de tener una conversación.

La italiana tenía razón. Los hombres observan a las mujeres haciendo trenzas y creen que solo están ocupándose de su belleza. Pero en realidad están amansando el tiempo.

\*

La primera vez que vino a Mozambique, doña Bianca quedó encinta y su marido huyó, dicen que hacia Sudáfrica. Ella regresó a Italia para tener al niño. Sin embargo, el bebé murió poco después del parto. Solo había un modo de hacer frente a aquella pérdida: el suicidio.

—No tuve valor para acabar con todo. Me faltó la grandeza de tu madre.

Entonces se acordó de que había un lugar en el mundo donde se moría fácil y rápidamente: Lourenço Marques. Aquel sería un buen sitio para morir. El desenlace se produciría sin ningún drama, sin ninguna decisión: el calor, la pestilencia, las fiebres, las calles sucias y fangosas, todo eso le procuraría un final exento de autoría.

Y así fue como regresó a África para morir. En la casa donde se alojaba descubrió un álbum con fotografías de destacados militares portugueses. Una de esas imágenes era la de un hombre seductor, uniformado con viril elegancia, que reflejaba en su rostro una extraña melancolía. Era Mouzinho de Albuquerque. Por un breve instante, la italiana vio la muerte en la mirada

del capitán. Vio en sus ojos ese mismo destino trágico que ella tanto buscaba en su interior. Le dijeron que el apuesto capitán iba a embarcar rumbo a Mozambique. Esperó la llegada de ese día, suspiró en silencio. Curiosamente, aquel hombre —al que solo conocía por una fotografía descolorida— le había devuelto las ganas de vivir.

—Tengo la esperanza de encontrarlo en este viaje. Para restituirle la vida que él me ha dado a mí.

En Lourenço Marques, Bianca hizo de todo un poco: fue sombrerera, costurera y comerciante de alcohol. Y cuando no había más que vender, se vendió a sí misma. Fue en los juegos de azar, sin embargo, donde hizo fortuna. Reunió el dinero suficiente para dejar de trabajar y partió hacia Inhambane, donde iría a visitar a los Fornasini, italianos como ella.

Cuando Bianca terminó su relato, un largo suspiro de alivio recorrió mi cuerpo. La italiana no era la esposa de Germano, sino que estaba allí como una simple visitante. Y me recreé en el sopor que me habían producido sus pálidas manos.

\*

Lejos del cuartel, el desorden se había convertido en caos generalizado. Las armas halladas suscitaron el sentimiento de que las entrañas de la tierra estaban cercando Nkokolani. Y se hablaba de maldiciones, venganzas y hechizos. El miedo es el general más poderoso. Del vientre de ese caudillo asomaban ahora los soldados, ansiosos por escuchar una voz de mando.

Aquella tarde, mientras doña Bianca me peinaba, los habitantes de la aldea se reunieron en la plaza. Pedían un *chidilo*, un gran sacrificio de sangre, una celebración dedicada a todos los antepasados. Y los hombres acordaron que irían en expedición a visitar los territorios más altos, en la cresta de las dunas, junto al mar. Esas tierras estaban más allá de las primeras fortificaciones que protegían el poblado. Junto a esos *kokholos* matarían un cabrito y hablarían con los espíritus de los «dueños de la tierra».

—En aquellos pagos no habrá escondrijos de armas —aseguró la tía Rosi—. Allí nadie puede abrir un hoyo, pues allí están enterrados los primeros dueños de nuestra tierra.

Musisi caminaba al lado de su esposa, y juntos encabezaban la enorme y atemorizada multitud. Armado con el viejo Martini-Henry que había

escapado al entierro, el cipayo Mwanatu marchaba en uno de los flancos. Y confirmó que todos, sin excepción, se habían provisto de armas: machetes, cuchillos, azagayas, arcos y flechas, pistolas y escopetas. Mwanatu preguntó, alarmado:

—¿Por qué vamos todos armados? Parece que vayamos a una guerra...

Nadie respondió. Y fueron dejando atrás al cipayo, como si dudaran del sentido de aquella declaración. Y entonces reparó en que a la cola del desfile iba nuestro padre. Mwanatu nunca habría imaginado que Katini Nsambe pudiera unirse a aquella escandalosa turba. Saludó a su progenitor con un gesto cohibido.

Cuando trató de acelerar el paso para apartarse de aquella visión intrigante vio al tío Musisi que se acercaba y le preguntaba con acalorada inquietud:

—¿Tú has recibido órdenes de enterrar todas las armas?

Sin dejar de andar en ningún momento, Mwanatu asintió con la cabeza.

—Lo ordenó la difunta —dijo.

—Pues tendremos que eliminar también las armas de los portugueses — comentó mi tío.

\*

En formación militar, la caravana de los aldeanos atravesó el río y se adentró en la maleza de la otra orilla. Ese día las nubes estaban tan bajas que los guerreros tuvieron que agacharse para no perder el cuerpo.

Más adelante, los hombres se detuvieron a la entrada de un bosquecillo. Antes de empezar a cavar, ataron una tela blanca al tronco de una *mafurreira* y derramaron unas gotas de aguardiente sobre la arena blanca. De ese modo, los difuntos sabían que estaban siendo recordados.

Y de un solo impulso, todos se levantaron para ponerse a cavar al compás de un canto viril. De repente, de las entrañas de la tierra surgió una espantosa visión: un enorme depósito de armas relució al sol e hizo retroceder, aterrados, a los hombres, que arrojaron lejos picos y palas. Con los brazos abiertos, la tía Rosi invocó apresuradamente a los antepasados y les pidió inmunidad contra venganzas y conjuros.

Superado el primer temor, los hombres permanecieron con la mirada fija en la fosa. Allí se acumulaba material bélico de una variedad jamás vista: cañones, ametralladoras, toda clase de fusiles y municiones, buena parte de

ellas todavía dentro de las cajas podridas.

El tío Musisi se encaramó a un termitero y contempló con superioridad a la multitud. Su voz ronca se impuso sobre el silencio:

—Es triste lo que nos sucede, hermanos. ¿Tememos a los forasteros que llegan de lejos para dominarnos? Pues temámonos más a nosotros mismos, que estamos perdiendo el alma.

En ese momento mi padre se adelantó entre la multitud para enfrentarse a Musisi.

—Cuñado, la gente quiere paz.

—¿Queréis paz? Pues dejad en paz estos escondrijos. Si la tierra está llena de armas, mejor aún. Las escopetas dan más sustento que las azadas.

—Volvamos a Nkokolani, hermanos...

—Nkokolani ya no nos pertenece.

—Hermano...

—No vuelvas a llamarme hermano nunca más, tú eres hermano de los blancos...

Mi padre agachó la cabeza, pero no se retiró. Tenía algo más que decir. Y proclamó en voz alta:

—Yo tengo la explicación de todo lo que está ocurriendo.

La explicación era simple: la Tierra es un vientre. Aquello que se aloja en ella se genera y se multiplica. Y cuando en el suelo se depositan armas, la Tierra cree que son semillas y hace que esos materiales germinen y proliferen como si fueran plantas. Así habló Katini Nsambe, subido en desequilibrio sobre un tocón.

—La Tierra está confusa, hermanos —añadió—. Yo he caminado por su interior y sé de lo que hablo. ¿La difunta ha dicho que debemos desenterrar todas las armas? Pues eso debemos hacer.

Sin esperar la reacción de quienes lo escuchaban, mi padre bajó de la improvisada tribuna para desvanecerse en la multitud. Mi tío saboreó la retirada de su adversario y dejó crecer el silencio. Y entonces volvió a hablar, para demostrar que él tenía la última palabra:

—Escuchad mis órdenes: que nadie abra ningún agujero más. Y que nadie saque ninguna arma de las fosas que se han ido abriendo por ahí al azar.

Pues él, Musisi, era el único en quien confiaban los difuntos. Los difuntos se le habían quejado de lo muy olvidados y desamparados que se sentían. Y pedían encarecidamente que no los desarmaran.

—Debemos dejarles las armas —prosiguió Musisi—. Eso es lo que nos piden: que cerremos las fosas con todo lo que haya dentro. ¿Me habéis oído?

Los presentes miraban al suelo con un recogimiento respetuoso. Mi hermano Mwanatu, sin que nadie lo advirtiera, fue rodeando la muchedumbre hasta llegar a lo alto del termitero. Entonces todos se percataron de que el sobrino era ahora el guardaespaldas de Musisi.

—Cuando venga la próxima guerra, los muertos serán mi único ejército. ¿Eso queréis?

Y todos, al unísono, respondieron que no. Enardecido, mi tío irguió el brazo como si fuera una bandera y proclamó:

—Entonces, hermanos, vayamos al cuartel del portugués y llevémonos todas las armas. Esas armas deben pasar a nuestras manos. Si ellos no nos defienden, tendremos que hacerlo nosotros mismos.

\*

Al regresar a la aldea, los campesinos fueron retenidos por las mujeres, que se aglomeraban en la plaza. Un vocerío de protestas recorría aquella otra multitud. Una mujer, la más gorda, fue la primera en reclamar:

—Ya no queda tierra en la que podamos sembrar. Tenemos que irnos de aquí o moriremos.

—Hay tantas armas plantadas que la lluvia y los ríos están oxidados —añadió otra.

—Y aún peor —vociferó una tercera—, ahora ya ni podemos morir. Porque ¿dónde nos iban a enterrar?

El mensaje divino era, según ellas, muy claro: solo les quedaba emigrar. Hay lugares donde los habitantes deben abandonar la tierra. En Nkokolani era la tierra la que había abandonado a sus habitantes.

El tío Musisi, que escuchó todo aquello en silencio, fue apartando a empujones a las mujeres que se le ponían delante, mientras incitaba a sus compañeros de marcha:

—¿Acaso somos mujeres? ¿Vamos a dejarnos detener por este lloriqueo, por esta charla para ablandar las piedras? Marchemos, hermanos, marchemos sobre ese cuartel y rescatemos, por fin, las armas que nos pertenecen.

\*

El sargento Germano de Melo miró hacia la plaza para confirmar el mayor terror de cualquier europeo: ver brotar del suelo, como hormigas negras, a miles de negros armados avanzando con la furia de una repentina tempestad. Eso era lo que aparecía ante sus ojos azules, de pronto verdes de miedo. Las huestes todavía estaban lejos, pero él se apresuró a construir sus defensas. Corrió al obsoleto polvorín en busca de la única arma que aún funcionaba: una ametralladora y unas cuantas cintas de munición. Puso barricadas en las puertas valiéndose de pesadas cajas de balas e hizo lo mismo con las ventanas.

Después volvió corriendo a la casa. Le extrañó ver la puerta abierta, y se asustó al encontrar a Imani y a la italiana en la sala, mirando fuera a través de las contraventanas de madera.

—¿Habéis visto lo que viene por ahí? Estoy perdido.

—Yo he venido a avisarle —le expliqué.

—Pues has llegado tarde, ahora solo Dios me puede defender. Esperadme aquí, no os mováis. Voy dentro a buscar la Biblia...

Salió corriendo como un loco hacia su cuarto, estuvo a punto de pisar a la gallina, y después oí el ruido sordo de su cuerpo cayendo al suelo. Acudí a ayudarlo. El sargento había tropezado con una cabra que deambulaba por la casa. A gatas, el portugués acercó la nariz al hocico del animal. Entonces se dio cuenta de que de la boca del cabrito salía una pasta blanquecina. Germano abrió a la fuerza las mandíbulas del rumiante para luego enseñarme, en el hueco de la mano, los restos mascados de un libro.

—Es la Biblia —lamentó—. La puta de la cabra se ha comido la Biblia.

La había masticado. Más que masticado, rumiado. Una cabra había triturado la palabra divina, la misma que el sargento buscaba con tanta urgencia. Escudriñé posibles restos de las Sagradas Escrituras por el suelo, mientras Germano de Melo se apresuraba a mirar por la ventana. Recuperé unas cuantas páginas y las puse ante la mirada alucinada del sargento.

—Al menos queda esto —anuncié con miedo.

Algunas hojas empapadas cayeron al entarimado. El militar las tocó con la punta de los dedos. Pero al instante se levantó y sacó a la cabra de la casa a patadas. Allí mismo, en la puerta, le reventó la cabeza de un tiro. Un cuerno fue proyectado con violencia al interior de la sala y rodó por el suelo como si estuviera vivo.

Entonces el sargento se ocupó de instalar junto a la ventana la ametralladora que había sacado del polvorín.

—Apartaos, meteos las dos en el cuarto —ordenó en un tono irreconocible.

No le obedecí. Vi cómo el sargento, con el arma cargada, apuntaba a la turba que se aproximaba bulliciosamente. Y vi que mi hermano Mwanatu encabezaba la multitud.

—¡Sargento Germano! ¡No lo haga! —grité.

No respondió. Volvió el cañón del arma hacia mí y en su mirada leí sus intenciones. Si lo distraía de su obcecado propósito, dispararía contra mí. Cogí el Martini-Henry que siempre había colgado en la pared. Cuando volví a llamarlo por su nombre, el sargento ya había disparado el primer tiro. Primero me miró de soslayo; después con una incredulidad sin límites. Apenas le dio tiempo a llevarse las manos al rostro y, cuando sonó el disparo, mi cuerpo salió proyectado hacia atrás con un estruendo ensordecedor.

## 28. Última carta del sargento

Inharrime, 26 de agosto de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Esta caligrafía le resultará extraña, Excelencia. Pero es su humilde esclavo, el sargento Germano de Melo, quien le escribe o, más bien, quien ordena escribir. La letra es de Imani, y, de haber cartas posteriores, ella las redactará obedeciendo al dictado de mi voz. El motivo es simple: el pavor que tantas veces me ha asaltado se ha hecho realidad. No tengo manos. Las dos volaron como las alas de un ángel, arrancadas por una bala disparada a quemarropa. Lo hizo la misma mujer que ocupa mi corazón, la misma que, incontables veces, me devolvió las manos cuando, en pleno delirio, creía que habían desaparecido. Si salgo vivo de esta competiré con Silva Maneta, el desertor que acabó convertido en héroe. Acaso así me perdonen las penas y pueda cabalgar con gallardía por las calles de Lourenço Marques. Tal vez levanten una estatua en mi honor en el Terreiro do Paço. Eso sí, distinta de todas las que exhiben el cuerpo entero, sin amputaciones.

Cuando se produjo el fatídico disparo perdí el sentido. Y cuando volví en mí me estaban llevando en brazos a una espaciosa canoa. Katini, el padre de Imani, y Mwanatu, su fiel hermano, alejaban la embarcación de Nkokolani. Remaban contra el tiempo y la corriente. Sentadas en la parte de atrás, Bianca e Imani se ocupaban de los cuidados de enfermería.

Nos dirigíamos a la casa del único médico de la región, un suizo llamado Liengme. El médico dirigía un hospital de campaña en el nacimiento del Inharrime y, pese a ser adversario de Portugal, era la única esperanza de salvarme. Tumbado en el suelo de la canoa, se alzaban sobre mí siluetas recortadas contra la intensa luz de la luna, a la vez que oía voces, atenuadas primero, más nítidas después. De vez en cuando, una figura se inclinaba



sobre mí: era Bianca, que me cambiaba los improvisados vendajes y me limpiaba las heridas, que yo no me atrevía a mirar. El río parecía un espejo de plata y, a aquella hora, los hipopótamos ya habían salido del agua para pastar en la orilla.

De repente, en el horizonte fulguró un resplandor rojo: una enorme hoguera se encendía en algún lugar del vientre de la noche.

—Ya nos han visto —afirmó Katini.

Pensaban que aquel fuego sería la señal que una población transmitía a otra para anunciar la llegada de hombres blancos.

—¿Y esos blancos somos nosotros? —pregunté.

—Sí, nosotros. Creen que se trata de una embarcación militar y que transportamos armas...

Pero resultó que no era una hoguera de aviso. Porque a continuación, en el corazón rojo de la pira, se produjo una enorme explosión. Las llamaradas fueron tan altas que iluminaron toda la pradera. La canoa se detuvo en la orilla, oculta en una espesa arboleda. En ese momento, inesperadamente, Bianca saltó a la orilla y echó a correr por el descampado iluminado, atraída como una mariposa nocturna por aquellas caprichosas luces. Me senté en el barco para contemplar mejor aquella espantosa visión y ser testigo de la locura de la italiana, que se entregaba al terrorífico incendio. Le gritamos que no se alejara, le suplicamos que volviese. Pero ella siguió adelante, enloquecida en su alucinada carrera. Katini ordenó a voz en grito a su hija que la fuera a buscar.

Aunque al principio vaciló, Imani acabó corriendo tras los pasos de la perturbada italiana. Hasta que, de repente, se oyó un fragor de un trueno y un remolino de polvo y humo nos envolvió. Y fue entonces cuando, como una aparición surgida de la entrañas de la noche, aparecieron los caballos. Avanzaban a galope, desbocados y desorientados, con las crines encendidas por las centellas y los ojos deslumbrados por el brillo del incendio. Pasaron ante nosotros como criaturas aladas del apocalipsis. Y desaparecieron. Todavía oímos durante un rato el ruido de los cascos adentrándose en la oscuridad.

Después empezamos a oír voces humanas. Alguien gritaba en portugués. Hasta que de la oscuridad salió la figura de un militar que, ajeno a nuestra presencia, escrutaba las tinieblas que habían engullido a los caballos despavoridos. Con el rostro iluminado, doña Bianca contempló fijamente al

desconocido e, inesperadamente, se arrodilló ante él, con las manos juntas como si se hallara ante una entidad divina.

—¡Capitán Mouzinho! ¡No lo puedo creer!

—¿Y usted quién es?

—Soy Bianca, aquella que nació para encontrarlo.

—Este no es lugar para una mujer. ¿Cómo ha venido usted a parar aquí? — preguntó el capitán.

Desde la distancia, escuchábamos aquel diálogo asombroso que hasta el día de hoy me parece increíble. Lo cierto es que Mouzinho, o quienquiera que fuera mi compatriota, dirigió un instante su mirada hacia Imani buscando, acaso, una explicación a la presencia de aquella mujer blanca. El rostro del capitán era una máscara: la aprensión no le permitía mover un músculo. Parecía sereno, pero, según contó Imani, su mirada era como la de los animales ante el fuego. Y enseguida dejó de prestar atención a aquellas dos mujeres para transmitir órdenes a los soldados que ahora lo rodeaban.

—Cuidado, porque en el recodo podrían esconderse enemigos. Este fuego puede ser un ardid, una emboscada de los malditos vatuas.

La intensa luz roja acentuaba la palidez de los militares blancos mientras buscaban en la oscuridad la confirmación de sus miedos más profundos. Después partieron apresuradamente. Y junto a su comandante, se perdieron en la negrura de la noche.

De la mano de Imani, la amiga Bianca regresó al barco como si se hallara en un estado catártico. La joven negra había oído explicar a uno de los soldados lo sucedido: un incendio había destruido el campamento de los portugueses, haciendo estallar las municiones y ahuyentando a la caballería. Pero el terrible fuego no era nada comparado con el miedo que fulguraba los ojos de los soldados. El suyo era un temor secular. Y convertía en monstruos atávicos cada figura. El fuego se estaba extinguiendo. Pero los monstruos aún devoraban el alma de los jóvenes militares.

Bianca estaba muda, petrificada. Obedeció nuestras órdenes de ocultarse, como todos los demás, en la barriga de la canoa. Y allí seguimos, remando en silencio, para no ser el blanco de los atemorizados soldados. Espantados como estaban, habrían perforado a balazos nuestra pobre embarcación.

Volví a echarme en el fondo de la canoa, temblando a causa del dolor y la conmoción. Me había visto a mí mismo en la mirada aterrorizada de los caballos. En mí galopaba un río, y poco después me fui hundiendo en ese

fondo turbio donde todo el suelo es agua.

## 29. El camino de agua

*He visto ríos:*

*he visto ríos antiguos como el mundo y más viejos que  
el flujo de la sangre en las venas humanas.*

*[...]*

*Mi alma se ha vuelto honda como los ríos.*

*He visto ríos:*

*ríos antiguos, sombríos.*

*Mi alma se ha vuelto honda como los ríos.*

LANGSTON HUGHES, «El negro habla de los ríos»

En la proa de la canoa, mi padre y mi hermano remaban vigorosamente, turnándose para vencer la corriente. El sargento seguía tirado en la panza del barquito. Lo que quedaba de sus brazos estaba envuelto en paños empapados de sangre. La desaparición de las manos —que hasta entonces había sido una alucinación— se volvía ahora realidad. El sargento no podría mirarse los dedos nunca más.

La sangre se fue acumulando en un charco, y cada gota caía sobre mi culpa. Sobre mí, que tantas veces le había devuelto el cuerpo entero, recaía el pecado de haberle reventado las manos.

Con nosotros seguía la italiana Bianca. De cuando en cuando, la mujer le quitaba los paños al sargento dolorido y los sumergía en las aguas del río. Una mancha enrojecía las aguas del Inharrime.

—¿Conoces la historia de este río? —me preguntó la europea.

Y sin esperar a que respondiera, empezó a contar que Vasco da Gama ya le había dado un nombre, el río del Cobre. Y ya le habían confiado que, en la orilla sur, el rey de Gaza había enterrado una fortuna en libras de oro.

—Pues ni cobre ni oro: lo único que hay por aquí son hierbas y piedras.

Eso dijo Bianca, para luego seguir preguntándose:

—¿Por qué nos empeñamos en dar nombre a las cosas que no tienen

dueño? Y dime, querida: ¿por qué demonios se les ocurrió llamarme la «mujer de las manos de oro»?

Poco a poco dejé de escucharla. Y me dejé abismar por un sentimiento que me cortaba la respiración desde que, horas antes, había disparado contra el sargento Germano. Sé que lo hice para salvar a mi hermano. Pero ese motivo no basta para afrontar el sufrimiento que veo en su rostro. Desde que entré en la canoa no dejé de contemplarlo, como si mi mirada pudiese aliviarlo, al repartir su angustiada pena entre dos almas.

Los brazos del sargento estaban cada vez más amoratados. Era una coloración extraña, salpicada de la pólvora que lo había abrasado. Hasta su rostro había adoptado un tono azulado. Como si no hubiera frontera entre el azul de sus ojos, el azul de su piel y el azul del río. El sargento gemía con la boca abierta. La italiana dijo que me llamaba por mi nombre. Fingí no darme cuenta. Temí que me quisiera pedir que le confirmara que aún tenía manos, ahora que las había perdido para siempre. Sin embargo, en cierto momento tuve que inclinarme sobre su rostro agonizante. Me pareció oír que quería dictarme una carta para el «Excelentísimo señor».

Un extrañísimo episodio interrumpió el viaje. En la margen izquierda del río, un incendio gigantesco propagó luz y fuego suficientes para que la noche se volviera día. La italiana salió de la embarcación y echó a correr como una loca. Cuando la fui a buscar, nos encontramos con unos soldados portugueses que iban tras unos caballos que habían huido a la desbandada.

Al regresar a la canoa, la italiana estaba muy alterada y repetía sin parar: «¡Lo he visto! ¡Lo he visto!». Mi padre la mandó callar por temor a que los militares, alarmados como estaban, nos tomaran por un objetivo enemigo.

Y remamos en silencio hasta el amanecer. Aquellos extraños acontecimientos me distrajeran. En cuanto el sol despuntó, volvió a asaltarme la culpa e, involuntariamente, densas lágrimas me cayeron por el rostro.

—No llores, Imani —me pidió Bianca.

—Déjela llorar, señora —atajó mi padre—. Esas lágrimas no son de Imani.

Y Bianca sonrió con condescendencia. Había vuelto en sí, como si no recordara nada de lo ocurrido la noche anterior, si bien es cierto que estaba más desanimada y sus gestos eran más secos y contenidos. Desde que había vuelto a la canoa y se había recompuesto de sus delirios, la italiana hacía justicia al apodo que le habían brindado sus manos: desempeñaba con rigor el papel de enfermera. Y adoptaba una distancia fría cuando le decía, a modo de

consuelo:

—Puede que se salven dos o tres dedos.

—Al carajo los dedos —masculló Germano—. Yo ya estoy muerto, querida amiga. Yo ya estoy muerto.

—Vamos, Germano, si tú me enterrarás a mí.

—Me gusta tu acento, Bianca, sigue hablando, no dejes de hablarme.

Los errores de pronunciación de la italiana hacían que la lengua portuguesa sonara más dulce. Abría las vocales de las palabras, suavizaba la aspereza de las consonantes. No cabía duda de que habría suspendido los exámenes del padre Rudolfo. Allí se hacía patente la dualidad de criterios. Los blancos pueden hablar de modos diversos: se dice que tienen acentos. Solo a nosotros, los negros, no se nos permite otro acento. No basta con hablar la lengua de otros. En ese otro idioma tenemos que dejar de ser nosotros.

\*

Hay muchas cosas que Bianca desconoce. Ella no entiende a mi padre cuando dice que mis lágrimas no me pertenecen. Esas lágrimas pertenecen a un río interior que se desborda a través de nuestros ojos. En Nkokolani, nosotros sabemos cosas que no pueden explicarse en otra lengua. Sabemos, por ejemplo, que la crecida se llevó a mis hermanas pequeñas. Mi madre lloró. Lloró todas las noches. Ninguna lágrima las trajo de vuelta. Cansada de llorar, mi madre viajó hasta el nacimiento de todos los ríos. Esa fuente no es un lugar al que pueda darse un nombre. Es el primer vientre en el que se acurrucan los que llegan y los que parten. Todo esto la italiana lo desconoce.

Cuando viaja por un río, doña Bianca ve el tiempo. En el transcurrir de la corriente, ella contempla aquello que nunca regresa. Sin embargo, para nosotros el tiempo es una gota de agua: nace en las nubes, entra en los ríos y en los mares y vuelve a caer en la siguiente lluvia. La desembocadura del río es el nacimiento del mar.

La italiana me habló de los nombres del río. Cuando los enunció me sentí incómoda. Porque hablaba como si las aguas del Inharrime le pertenecieran. La verdad es que Bianca está lejos de saber cómo nacieron esos ríos. Ocupada en darles nombre, se le ha escapado su historia. La italiana no sabe que al principio de todo, cuando la tierra no tenía dueños todavía, los ríos y las nubes corrían por debajo del suelo. Llegó el demonio y clavó el dedo en la

arena. Con su larga uña, excavó en las profundidades. Buscaba piedras que brillaran a la luz del sol. Nuestras madres pidieron a los dioses que protegieran las estrellas que habían escondido bajo la arena. Pidieron que el diablo dejara de arrancar los brillantes minerales y renunciara a entregarlos a la codicia de quienes pretendían enriquecerse. Pero el diablo no quiso renunciar. Porque, entre los poderosos, había quien rezaba por él. Y las uñas se le rompieron y sus dedos largos y delgados sangraron. Por primera vez, en el vientre de la Tierra se coaguló la sangre contaminada del demonio. Las riquezas del subsuelo estaban malditas. Las nubes y los ríos abandonaron el vientre del planeta para huir de la maldición. Y se convirtieron en las venas y el cabello de la Tierra.

Esta es la historia de los ríos. Podrán robarles el agua hasta secarlos. Pero no robarán su historia. Ahora lo entiendo: aprendí a escribir para relatar mejor lo que he visto. Y en ese relato voy contando la historia de quienes no tienen escritura. Hago como mi padre: en el polvo y en la ceniza, escribo el nombre de los que han muerto. Para que vuelvan a nacer de las huellas que dejamos.

Es curioso cómo las despedidas reducen el tamaño del tiempo. Mis quince años pasan por mí en el fulgor de un instante. Ahora mi madre tiene cuerpo de niña. E iré menguando hasta alcanzar la dimensión de un fruto. Y ella me dice: antes incluso de que nacieras, antes de que vieras la luz, ya habías visto los ríos y los mares. Y algo en mí se rasga, como si supiera que nunca más volveré a Nkokolani.

---

**Libro segundo**  
**La espada y la azagaya**



## EL EMPERADOR

*Lo llevaron más allá del mar,  
donde los cuerpos se igualan a los corales.  
Así se olvidó  
de los huesos que le pesaban.*

*No pisó la playa  
cuando se fue.*

*Una ola lo devolverá, dijeron.  
Unos se estremecieron, desamparados.  
Otros suspiraron, aliviados.*

*Le echaron sal al nombre  
para que escupiésemos en su recuerdo.*

*Pero la saliva  
se quedó atrapada en la garganta.*

*Con aquel exiliado  
nos alejábamos  
de quienes éramos.*

*Aquel muerto  
éramos nosotros.*

*Y sin él*

*naceríamos  
menos solos.*

Principales combates entablados en el sur de Mozambique (1895-1897)



Fuente: António Pires, *Mouzinho de Albuquerque*, Lisboa, Prefácio Editora, 2003.

## 1. Aguas sombrías

*No diré  
que el silencio me sofoca y amordaza.  
Callado estoy, callado he de quedarme,  
pues la lengua que hablo es de otra raza.*

JOSÉ SARAMAGO, «Poema con la boca cerrada»

Todo empieza siempre con un adiós. Y esta historia se inicia con un final: el de mi adolescencia. A los quince años, en una pequeña canoa, dejaba atrás mi aldea y mi pasado. Sin embargo, algo me decía que, más adelante, me reencontraría con amarguras antiguas. La embarcación me alejaba de Nkokolani, pero me acercaba a mis muertos.

Hacía dos días que habíamos salido de Nkokolani navegando río arriba en dirección a Mandhlakazi, tierra que los portugueses llamaban Manjacaze. Viajábamos con mi hermano Mwanatu a proa y mi anciano padre a popa. En la canoa, además de mis familiares, iban también el sargento Germano de Melo y su amiga italiana Bianca Vanzini.

Los remos golpeaban el agua, sin pausa. Y así tenía que ser: llevábamos a Germano de Melo al único hospital de toda la región de Gaza. El sargento tenía las manos despedazadas por culpa de un accidente del que yo fui responsable. Le disparé para salvar a Mwanatu, que caminaba a la cabeza de una muchedumbre lista para asaltar el cuartel que defendía el solitario Germano.

Era imperioso que nos apresuráramos para llegar a Mandhlakazi, donde trabajaba el único médico de toda nuestra nación: el misionero Georges Liengme. Los protestantes suizos habían elegido, con criterio, un lugar para levantar el hospital: junto a la corte del emperador Ngungunyane y lejos de las autoridades portuguesas.

El remordimiento me pesó durante todo el viaje. El tiro había destrozado una buena parte de las manos del portugués, aquellas manos que yo había

ayudado tantas veces a renacer cuando los delirios lo afligían. Los dedos viriles con los que tanto soñé se habían evaporado.

Durante todo el camino mantuve los pies sumergidos en el fondo encharcado de la canoa, donde el agua se había teñido de rojo. Dicen que morimos cuando perdemos mucha sangre. Y es al revés. Morimos ahogados en ella.

\*

Nuestro barco avanzaba junto al silencio lento de un indolente cocodrilo. Las aguas del Inharrime estaban tan inmóviles que, por un momento, me pareció que no era la canoa sino el propio río el que flotaba. La alfombra plateada que dejábamos atrás serpenteaba como una franja de agua entre las tierras de los vachopi. Me asomé para ver los reflejos impacientes sobre la arena del lecho, incansables mariposas de luz.

—Son las sombras del agua —me dijo mi padre, colocándose el remo sobre los hombros.

Reposaba los brazos en aquel travesaño improvisado. Mi hermano Mwanatu metió las manos en el agua y, trabándosele la lengua, profirió un revoltijo de sonidos que traduje así:

—Dice mi hermano que el río se llama Nyadhimi. Que los portugueses le cambiaron el nombre.

Mi padre, Katini Nsambe, sonrió condescendiente. Tenía otro parecer. Los portugueses, dijo, estaban civilizando nuestra lengua. Además, a quienes bautizan las aguas no se les puede pedir pureza. Nosotros mismos, los vachopi, vamos cambiando de nombre a lo largo de nuestra vida. Eso es lo que sucedió conmigo cuando transité de Layeluane a Imani. Por no hablar de mi hermano Mwanatu, sobre quien se derramó agua sagrada para lavarle de sus tres nombres anteriores. Lo bautizaron tres veces: en el primer nacimiento le pusieron el «nombre de los huesos», que lo unía a los antepasados; en el segundo, el «nombre de la circuncisión», cuando lo sometieron a los ritos de iniciación; y en el tercero, el «nombre de los blancos», que se le otorgó al entrar a la escuela.

Y mi padre retomó el asunto: si solo se trataba de un caudal de agua, ¿por qué nos costaba tanto aceptar la voluntad de los portugueses? Para el río Inharrime, concluyó, se habían inventado dos nombres porque dos aguas

discurrían por el mismo lecho. Se relevan por turnos según las luces: un río diurno, otro nocturno. Y nunca fluyen juntos.

—Siempre ha sido así, a cada uno su turno. Ahora, por culpa de la guerra, las aguas se confunden.

\*

En el punto en que confluyen el Inharrime y el Nhamuende hay una pequeña isla cubierta de árboles y peñascos, y ahí hicimos una parada. Mi padre dio la orden de abandonar la embarcación. No me esperé a que la canoa tocara la orilla. Me sumergí en el agua tibia, dejé que el río me abrazara y la corriente me arrastrara. Entonces volvieron a mí las palabras de Chikazi Makwakwa, mi difunta madre: «Dentro del agua soy como un ave».

A los muertos los sepultamos. Sin embargo, nunca nadie les enterra la voz. Así que vivas guardaba las palabras de mi madre. Hacía pocos meses que se había lanzado de un árbol con la única ayuda de su propio peso para suicidarse. Se quedó pendiendo de una cuerda, balanceándose como un perpetuo corazón nocturno.

La isla donde nos detuvimos no solo nos serviría de parada, sino también de refugio. A nuestro alrededor, la guerra hacía que el mundo ardiera. El portugués, amparado en Bianca, su amiga italiana, pidió un sitio a la sombra. Con delicadeza le dijeron que el sol hacía mucho que se había escondido. Anduvo unos pasos y cayó de rodillas.

—Ella me ha matado —gritó, señalándome—. Ha sido ella, esa puta.

Que ahorrara fuerzas, le recomendaron. La italiana le dio de beber y, con la otra mano llena de agua, le refrescó la cara. Para mi sorpresa, Bianca asumió mi defensa. Con convicción, argumentó: el malhadado proyectil no lo había disparado yo, sino los negros que asaltaron el cuartel. El portugués mantenía la acusación, inquebrantable: yo era la autora del crimen, estaba justo delante de él. Y la italiana le replicó: era verdad que yo había disparado, pero el objetivo era otro. Y añadió: si no hubiese sido por aquel tiro, el sargento ya no estaría en el mundo de los vivos, sino masacrado por la muchedumbre enfurecida.

—Imani te ha salvado. Deberías agradecersele.

—Mejor habría sido que me hubiesen disparado un segundo tiro, más

certero.

Y a continuación se le empañó la voz, la fiebre se apoderaba de su alma. Bianca lo ayudó a tenderse. Después me hizo una señal para que ocupara su lugar. Titubeé. Escuché la súplica, casi exangüe, de Germano:

—Ven, Imani. Ven aquí.

Así que, contrariada, obedecí mientras Bianca se alejaba. La ruidosa respiración del portugués acallaba el rumor del río. De mi hatillo saqué un viejo cuaderno que dispuse en el suelo a modo de almohada. Hacía ya mucho que el sargento prescindía de los almohadones. Podía ser su Biblia vieja y deshecha, podían ser hojas arrancadas del cuaderno que usaba para escribir. La verdad es que un solo papel le acomodaba el sueño.

Esa vez, sin embargo, rechazó mi almohada improvisada. Me miró con extrañeza y refunfuñó, quejándose porque no me quería cerca. Cuando me iba, sacudió violentamente los pies como hacen los niños contrariados.

—Quédate conmigo —me pidió.

De nuevo obedecí. Y el hombre apoyó la cabeza en mis piernas.

Inmóvil, casi sin respirar, dejé que me mirase. Adivinaba sus ojos febriles posados en mi pecho, en el cuello, en los labios. Hasta que balbuceó algo casi ininteligible:

—Bésame, Imani. Bésame, que quiero morirme. Morirme en tu boca.

\*

Durante años había sucedido así: en plena estación seca, mi abuelo sembraba granos de maíz, en grupos de tres, en el suelo reseco y muerto. Mi abuela intentaba que entrara en razón, como si razón hubiera en una vida más árida que el desierto. Y el marido le respondía:

—Es lluvia lo que estoy sembrando.

Eximio tocador de marimba, mi padre nunca se aficionó a las tareas agrícolas. En aquel momento, en la pequeña isla en la que descansábamos, sus dedos hacían lo que siempre habían hecho: tamborilear en la arena como si en todo viese teclas sonantes. Pero era una música hecha nada más que de silencio, un mensaje desesperado para alguien que, a la orilla del río, supiese escuchar el suelo.

Con todo, ya nadie escuchaba la tierra: en toda la región, soldados de Portugal y de Ngungunyane se preparaban para el combate final. Y no era la

victoria lo que más los motivaba. Era lo que seguiría a continuación. La mágica desaparición de los que antes fueron enemigos, la rectificación de un error en la obra divina. Mi abuelo plantaba simientes imposibles. Mi padre arrullaba con los dedos el sueño de los que duermen en la tierra.

Esa era la triste ironía de nuestro tiempo: mientras nosotros intentábamos desesperadamente salvar a un soldado blanco, a pocos kilómetros de allí se había instalado un matadero para miles de seres humanos. En el cruce de esos rencores ciegos, nosotros, los vachopi, éramos los más vulnerables. Ngungunyane había jurado exterminar a los de nuestra raza como si fuéramos animales que Dios se arrepintiese de haber creado. Nos habíamos entregado a la protección de los portugueses, si bien ese amparo estaba sujeto a acuerdos temporales entre Portugal y los vanguni.

El sargento Germano de Melo era una de esas criaturas que había venido de la otra punta del mundo a protegerme. Cuando era pequeña creía que los ángeles eran blancos y con los ojos azules. Aquella coloración aguada era para nosotros una señal de que estaban ciegos. Recién llegado a África, el padre Rudolfo se contenía cuando me respondía sobre lo que sabía acerca de las criaturas celestiales.

—No conozco a los ángeles de esta zona. Dicen que tienen alas, pero eso lo dice quien nunca los ha visto...

De una cosa estaba segura: mi ángel sería blanco y con ojos azules. Como el sargento que, años después, se apoyaba en mi regazo. Los paños que cubrían sus brazos eran sus alas rasgadas. Este era un mensajero nocturno. Solo en la oscuridad recordaba el mensaje de que era portador. Y ese recado divino dormía ahora entre sus labios. Obedecí sus súplicas y me incliné sobre su boca.

\*

Más despierto y menos quejoso, Germano salió de su entumecimiento para susurrar a mi oído:

—Arranca las hojas del cuaderno y repártelas a nuestro alrededor. Vamos a hacernos una cama.

Lentamente, rasgué unas cuantas páginas, y cuando me preparaba para esparcirlas por el suelo, suspendí el gesto, dubitativa:

—¿Y dónde va a escribir las cartas a sus superiores?



—No tengo ningún superior. Soy el último soldado de un ejército que nunca ha existido.

Todo era una invención, empezando por el cuartel de Nkokolani. Hasta mi hermano Mwanatu, con su uniforme falso y su escopeta de imitación, era un militar más real que él.

—Supongo que se habrán olvidado de usted —dije, a modo de consuelo.

—Hace mucho que recibí órdenes de regresar a Lourenço Marques.

—¿Y por qué no se fue?

—No estoy en África porque se hayan olvidado de mí —dijo Germano—. Estoy aquí porque yo me he olvidado de ellos.

—No lo entiendo.

—Estoy aquí por ti.

Sentí pasos en la hierba. Venían a buscarme. Y oí a mi padre ahuyentando a sus compañeros:

—Imani se ocupa del portugués, dejémoslos tranquilos.

Voces y risas se fueron alejando, diluyéndose en la oscuridad.

\*

Como pudimos, regresamos a la embarcación, donde nos esperaban. Bianca me reprendió con un largo y ruidoso suspiro. Y partimos rumbo a Sana Benene. Ese lugar, a orillas del Inharrime, no era exactamente una aldea. Con el advenimiento de la guerra, decenas de refugiados se habían instalado en torno a la iglesia que los portugueses habían edificado allí hacía mucho.

En la primera curva del río, un tremendo susto por poco arruina nuestro viaje. En dirección contraria, deslizándose a favor de la corriente, surgió un monstruo inmenso y brillante. La criatura colosal surcaba las aguas, silenciosa y llameante como un trozo de sol. Se acercó a nosotros lentamente como un cocodrilo metálico, invadiéndonos, primero, los ojos y, después, el alma.

—¡Es el *nwamulambu*! —susurró, aterrorizado, nuestro padre—. Que nadie hable, que nadie lo mire de frente.

A aquella criatura mítica de las aguas no se le podía plantar cara sin riesgo de que se nos secasen los ojos y se nos debilitase el cerebro. Mi hermano se santiguó, mi padre siguió remando con sumo cuidado, evitando hacer el más

mínimo ruido. A aquel dios de los ríos que convoca los terremotos y trae la lluvia no se lo podía perturbar. Y pensé: los ríos habían sido nuestros hermanos, al coser la tela líquida que nos protegía. Ahora se aliaban con nuestros enemigos y se convertían en serpientes de agua, tortuosos caminos por los que viajaban ángeles y demonios.

Aquel encuentro sobrecogedor fue breve. En mi interior, sin embargo, perduró una premonición funesta. Afortunadamente, nadie se fijaría en nuestra presencia: la canoa pasaba desapercibida. El sargento viajaba tendido en la embarcación, la blanca Bianca dormía oculta bajo una *capulana*. Solo nosotros éramos visibles, los tres negros. Me tranquilicé: a todos los efectos éramos una canoa de pescadores locales. Nada podía levantar sospechas, nada podía perturbar los fantasmas del río.

Cuando volví a abrir los ojos, el *nwamulambu* se había esfumado en la neblina y volvimos a respirar. Bianca despertó a tiempo de avistarlo todavía en la distancia. Y siguió mirando para ver si por la borda de la extraña criatura fluvial se vislumbraba al carismático Mouzinho de Albuquerque. Pero la embarcación tomaba la curva del río y la italiana soltó una carcajada:

—¿Cómo que aquello es un monstruo? Es una casamata.

Lo que tanto nos había asustado no era más que una de esas balsas fortificadas que los portugueses usaban para surcar los ríos del sur. Eso fue lo que Bianca nos explicó. Aquella construcción se veía así de brillante porque estaba hecha de chapas de zinc asentadas sobre una estructura de madera. Allí se protegían los soldados blancos, evitando las emboscadas de los negros revoltosos. Ocultos en la vegetación de la orilla, los guerreros africanos disparaban a las embarcaciones. La espesura de los bosques era un territorio impenetrable para los portugueses. Solo la gente local conocía los atajos en medio del lodo y de las grandes raíces que, como una construcción patas arriba, emergían de los troncos. Aquellos caminos se abrían por voluntad de los dioses y volvían a cerrarse después de cada emboscada.

Más que surcar la superficie del agua, la canoa fue deslizándose por un denso silencio. Y solo se oían, en torno al sargento, las moscas, como plañideras anticipadas.

Fue entonces cuando divisamos a un hombre haciendo aspavientos en la orilla. Mi padre dudó de si debía parar. Podía ser una trampa, en aquellos tiempos no se podía confiar en nadie. El intruso blandía un sobre en la mano mientras gritaba el nombre del sargento Germano. Cuando lo abordamos, se

identificó: era un mensajero y venía del cuartel de Chicomo. Y llevaba aquel sobre para entregárselo a Germano de Melo.

## 2. Primera carta del teniente Ayres de Ornelas

*Llevar un arma —sin gatillo— al hombro sobre los muros de una fortaleza ruinosa, con una aduana y un palacio en el que vegetan malos empleados y mal pagados, asistiendo de brazos cruzados al comercio que los extraños hacen y nosotros no podemos hacer; esperando todos los días los ataques de los negros y oyendo a todas horas el escarnio y el desdén con que hablan de nosotros todos los que viajan a África, no vale, sinceramente, la pena.*

OLIVEIRA MARTINS, *Brasil y las colonias portuguesas*, 1880

Cuartel de Chicomo, 9 de julio de 1895

Estimado sargento Germano de Melo:

No le extrañe, querido sargento, que quien le escribe sea el teniente Ayres de Ornelas, cumpliendo con el deber, aunque sin la asiduidad debida, de responder a sus frecuentes misivas. Tengo conocimiento de que le han herido de gravedad en un atentado en el puesto militar de Nkokolani. También me han informado de que ha sido evacuado a la iglesia de Sana Benene, de donde se supone que será transferido al hospital del suizo Georges Liengme. Debe saber que ese tal Liengme, que es más médico que misionero, es un personaje por el que alimentamos la mayor de las antipatías. Dicho médico, que supuestamente se ocupará de sus heridas, ha incitado a los indígenas a la revuelta y hace mucho que debería haber sido expulsado del África portuguesa.

No lo olvide, sargento: en Sana Benene estará en manos de cafres que se dicen amigos nuestros. Sin embargo, usted es un soldado portugués. Debería haber sido evacuado al cuartel de Chicomo, donde disponemos de un médico y de una enfermería. Otro superior suyo ya lo habría mandado castigar. Yo hago la vista gorda, pero solo por ahora. Sabrá enderezar su destino en cuanto

recupere por completo sus facultades. He instruido al portador de esta carta para que haga el recorrido inverso al suyo, es decir, que camine del nacimiento a la desembocadura del Inharrime. Así me aseguro de que este mensaje le sea entregado sin retraso ni intermediarios.

En estas breves líneas quiero, más que nada, hacerle una promesa: ¡voy a hacer cuanto esté en mi mano para que nuestro sargento regrese a la patria lo más urgentemente posible! Se merece ese favor, como yo merezco constar en los más altos rangos de la jerarquía militar. Estoy predestinado a ocupar uno de esos puestos cimeros y solo una triste conspiración me ha alejado de esa vocación de liderazgo. A otros los han ascendido, como a Paiva Couceiro y a Freire de Andrade, con el pretexto de que eran veteranos de África. Para António Enes soy un novato en la conducción de la guerra. Portugal vive la humillación del ultimátum, nuestro gobierno atraviesa un mar de escándalos políticos y financieros, y un día a día sofocante pesa sobre nuestro pueblo. ¿Qué quiere decir todo esto? Pues quiere decir que Portugal necesita héroes. Y no comprendo por qué no se brinda esa posibilidad a quien tanto talento ha demostrado ya en su corta pero intensa carrera militar.

Como le he dicho, en cuanto me asciendan me encargaré de su traslado a Portugal. Pero queda advertido: tendrá que viajar solo. Esa mujer negra que tanto enaltece en sus cartas deberá quedarse en Mozambique. Continuamente me pregunto qué verá el sargento en esa cafre. Pero eso es una nota al margen, un arrebato sin consecuencias. Puede estar tranquilo, no abandonaremos a esa mujer: con el conocimiento que tiene de nuestra lengua podrá sernos muy útil. Terminadas las campañas de pacificación, le daremos abrigo en nuestro acuartelamiento de Nkokolani. En ese puesto, seguramente la muchacha lo añorará menos. Porque aquel edificio —mitad cantina, mitad cuartel— es un poco eso que todos somos: un híbrido entre patos y pavos reales. Por otro lado, aquella construcción es también uno de esos edificios modelo que los navegantes erigían en las playas africanas a las que arribaban: una prueba de civilización en un continente donde reinaban las tinieblas.

Quiero, por fin, comunicarle lo feliz que me siento de intercambiar correspondencia con usted, querido sargento. Este bienaventurado encuentro es el resultado de una ironía del destino: sus cartas estaban inicialmente destinadas al consejero José d'Almeida. Ahora bien, nuestro consejero es completamente hostil a cartas y telegramas. Desde lo alto de sus dos metros, Almeida se encoge de hombros, entorna unos ojos claros que contrastan con

su barba oscura y proclama: «¡No voy a leer nada!». Y así se justifica: «Nadie me puede sorprender. De Lourenço Marques solo me envían amonestaciones; del interior, apenas unas cuantas estupideces».

Por ese motivo, he asumido el encargo de dar respuesta a las misivas dirigidas a él, incluyendo la correspondencia con el comisario real, que hasta el momento cree que es el propio consejero Almeida quien responde a sus solicitudes. Y así ha sido como, por accidente, he entrado en contacto con sus cartas, llenas de una sensibilidad que, disculpe la crudeza de mi comentario, no se espera de un sargento de una tierra de provincias. Poco a poco he ido descubriendo en usted a alguien con quien podía compartir el desaliento de verme tan apartado de mi tierra y tan lejos de mi querida madre. Nuestra correspondencia no es un engaño. Es un encuentro predestinado de dos almas gemelas. Y así ha sido también como he conocido a sus compañeros de viaje: a su apasionada Imani, con esa alma tan portuguesa; al padre de la muchacha, el tal Katini Nsambe, un músico tan fiel a nuestra bandera; al hermano de Imani, tan poco dotado por la naturaleza pero aun así tan dedicado a la presencia lusitana; y, finalmente, a esa curiosa italiana, Bianca Vanzini, que, lejos de la ética y de las costumbres católicas, tan dulces servicios ha prestado a nuestras tropas. Toda esa gente ya me hace compañía en el agreste interior africano.

Es verdad que hay diferencias profundas que nos separan. A mis veintinueve años, soy un monárquico convencido. Usted es media docena de años más joven y ha sido deportado a Mozambique por sus convicciones republicanas. Curiosos desencuentros: en África estamos en la misma trinchera; en Portugal estamos en barricadas opuestas. Le confieso, querido sargento, que si gana la República dimitiré del ejército y no viviré nunca más en Portugal. A usted lo ha exiliado la monarquía. Yo seré la monarquía en el exilio.

Con todo, he aprendido que la política no puede ser la medida para hacer y deshacer amistades. Hay en las filas de mi partido personas de las que mucho me avergüenzo. Y he conocido en las huestes del adversario gente que me ha hecho crecer. Las fronteras entre los seres humanos son otras. No sé cuáles, pero seguramente son otras. La verdad es que nosotros dos, a costa de grandes equívocos y de pequeñas falsedades, hemos vencido esas fronteras. Nuestra correspondencia celebra la superación de las diferencias. En una tierra atravesada por grandes ríos, cada carta es una canoa que recorre

distancias. Si fuese poeta diría: con la palabra, la orilla se vuelve espejismo. Por desgracia, todos estos descubrimientos me suenan a presunción y me hacen parecer ridículo.

P. D. Aquí lo espero, en Chicomo, en cuanto le sea posible venir. No desperdicie ninguna oportunidad que se le presente para regresar a lo que es su naturaleza, su destino. Siento en el aire que algo definitivo acontecerá en breve y sería bueno tenerlo aquí conmigo. Ciertamente, estará en mejor compañía que con ese pérfido suizo.

### 3. Una iglesia por debajo de otra iglesia

*No viajes, porque nunca volverás. Solo regresan los que ya han sido felices.*

PROVERBIO DE SANA BENENE

No son solo tierras y tierra lo que atraviesan los ríos. El río por el que viajábamos cruzaba territorios de fuego labrados por el hambre y la sangre. Sin embargo, había una distancia que nuestra canoa vencía: navegando por entre la espesa vegetación, la guerra nos parecía ajena y lejana.

Hasta que, por fin, llegamos a una ensenada donde la corriente se amansaba. Era Sana Benene. Junto a la orilla se erguía una vieja iglesia cuyas paredes, a la luz del mediodía, parecían hechas de agua. Caminando pesadamente dentro del agua, Mwanatu empujó la embarcación en dirección a una plataforma de madera.

Junto a la ribera se alineaban estacas, en lo alto de las cuales pendían redes de pesca. La canoa se detuvo al fin y el casco crujió contra las tablas putrefactas del muelle. Mi padre sonrió: no era un ruido, era el inicio de una canción. Acarició una de las planchas del embarcadero con el mismo ademán soñador con que tocaba las tablas de su marimba.

—¿Has oído gemir a las tablas, Imani? Es el árbol llamando a sus hijas.

Apoyado en su amiga italiana, el sargento Germano de Melo se apresuró a salir de la barca. Trastabillaba en tierra firme, aturdido: el río le había entrado en los ojos. Miró desanimado el camino que llevaba al pequeño poblado. La iglesia, abrazada por raíces y troncos, parecía haber nacido antes que el propio río.

—¿Aquí está el hospital? —preguntó el portugués con voz débil.

Aún estábamos muy lejos del hospital de Georges Liengme en Mandhlakazi. Pernoctaríamos en las dependencias de la iglesia para, de madrugada, encaminarnos a nuestro destino final.

El debilitado sargento se arrastró por el sendero con Mwanatu



amparándolo por la espalda. En mitad de la colina se dispersaban los restos de lo que había sido la escalinata de la iglesia. La lluvia y el tiempo habían desprendido los peldaños del edificio. Las losas de piedra parecían regresar al suelo del que habían sido arrancadas.

A la entrada de la iglesia dimos unas palmadas como manda la tradición. Nosotros no llamamos a la puerta como hacen los blancos. La puerta ya es el interior, la casa empieza en el límite del patio.

El padre Rudolfo Fernandes no tardó en emerger de la penumbra. Hacía años que no lo veía. Había pasado toda la infancia junto a él, en la iglesia de Makomani. Con él aprendí a hablar y a escribir el idioma de los portugueses. Y digamos que con él aprendí a dejar de ser una niña negra, de la etnia de los vachopi. Rudolfo Fernandes había envejecido, tenía la barba blanca y el pelo cano, largo y desgreñado. Llegó frotándose las manos en la sotana rasgada y sucia. Cuando se dio cuenta de quién era yo, levantó la mirada al cielo y me abrazó conmovido.

—¡Alabado sea el Señor! ¡Imani, mi querida Imani! ¡Mírate! ¡En qué mujer tan guapa te has convertido!

Después de entrar en la iglesia le presenté a mis compañeros de viaje. El cura distribuyó un apretón de manos vigoroso a cada uno, a excepción de mi hermano Mwanatu, a quien estrechó entre sus brazos. El último en ser saludado fue el sargento. Germano de Melo era un blanco, un hombre y un militar. Merecía un tratamiento especial. Rudolfo extendió el brazo con firmeza y en ese momento se dio cuenta de que no podía ser correspondido. Germano lo saludó precipitadamente con los muñones y balbuceó:

—Me he quedado sin ellas, sin las manos.

En el exterior, aquellas palabras no se habrían oído. En el interior de aquellas cuatro paredes, la débil voz del sargento adquirió la sonoridad de un eco: «Me he quedado sin ellas, sin las manos». El cura le dedicó unas palabras de consuelo improvisadas:

—Aquí llegan heridos blancos y negros. Esto parece un templo, pero es un hospital.

La iglesia olía a humedad, las paredes rezumaban, pegajosas.

—En la última crecida el agua llegó hasta aquí —dijo el padre Rudolfo señalando una mancha de moho en una viga de madera. Y se rio, adivinando en nuestro silencio una reprobación—. Me gusta así, una iglesia lavada por el río.

En el altar había expuestas algunas figuras religiosas talladas en madera envejecida. Mientras limpiaba los restos de pintura que se desprendían de las estatuas, el sacerdote declaró:

—La madera nunca muere, siempre está viva.

Y mi padre sonrió, completamente de acuerdo. Mwanatu se confundió al hacer la señal de la cruz, entrelazando dedos y manos por todo el cuerpo. Y saludó a Dios llamándolo «Vuestra Excelencia». Algunas tórtolas revolotearon entre las vigas del techo, sus alas rasgaban el aire como ágiles látigos cuando Rudolfo gritó dirigiéndose a una puerta lateral:

—¡Bibliana, ven a ver! ¡Ven a ver quién acaba de llegar!

Se oyeron unos pasos lentos y pesados en el atrio: quienquiera que se estuviese acercando no caminaba descalzo. El sacerdote abrió impetuosamente las puertas y proclamó lleno de plenitud:

—¡Esta es Bibliana! ¡Ven aquí, hija mía!

Una mujer negra, alta y delgada, apareció a contraluz vestida con un camisón rojo de seda. Unas botas militares la hacían aún más imponente.

—Bibliana es milagrera, la mejor de las curanderas. No hay mal que no trate.

La mujer dio una vuelta alrededor del sargento y habló en una mezcla de portugués, txitxope y txishangane. Su voz era grave, casi masculina.

—Este hombre viene conmigo. Está roto, el alma se le ha caído a los pies.

Germano debió de entender alguna cosa, pues la siguió tambaleándose hasta el patio trasero. Fui detrás de ellos para que él se apoyara en mí al caminar y para ayudar en la traducción. Al darse cuenta de que se quedaba sola entre los hombres, Bianca decidió unirse a nosotros.

Una vez en su territorio, la extraña anfitriona me examinó de arriba abajo, clavó los ojos en mis zapatos y sacudió la cabeza:

—¿Te crees que eres una blanca?

No pude reaccionar. Ni siquiera Bibliana esperaba una respuesta. Entre dientes, refunfuñó en txitxope:

—Conocí a una mujer con zapatos a la que se le incendiaron los pies.

Y dejé de existir, porque de inmediato se ocupó de sentar al portugués en una silla en el centro del patio. Después recorrió muchas veces con las manos los hombros de Germano y le olisqueó la cara y el cuello. Inspiró hondo y escupió repetidamente. Como asqueada, Bianca se volvió de espaldas.

De un hatillo, Bibliana sacó ropa de mujer y con ella vistió al sargento. A

distancia, la italiana negaba con la cabeza a modo de reprobación. Incluso a mí misma me pareció rara aquella manera de proceder. Pensé que a lo mejor se trataba de proporcionar al enfermo una vestimenta ancha y ligera. Pero no. La finalidad era otra, como sugería la profecía de Bibliana:

—Puede que los hombres manden en la tierra, pero quienes mandan en la sangre son las mujeres.

Y señalándose a sí misma y a Germano, la pitonisa reiteró:

—Nosotras, las mujeres.

El sargento daba cabezazos, medio adormecido, cuando la curandera ordenó a unos chiquillos que fuesen al río y trajesen la canoa en la que habíamos viajado.

—Ese barco será la cama de este hombre —declaró.

En un santiamén, como en una especie de cortejo fúnebre, Germano de Melo fue transportado en la canoa hasta el interior de la iglesia. A hombros de los chiquillos, la embarcación se balanceaba con la sobriedad de un ataúd. El portugués, aterrorizado, irguió la cabeza, y debió de asaltarle el mismo desasosiego que me atormentaba a mí porque, casi sin fuerzas, preguntó:

—¿Ya me llevan?

Los jóvenes depositaron la canoa en la piedra del altar. Una vez más, la curandera convocó a los muchachos y, en voz baja, les transmitió instrucciones urgentes. Ágiles manos recorrieron los rincones del edificio y rescataron plumas de lechuza de las sombras. Con ellas, la pitonisa forró el fondo de la embarcación.

—¡Sácame de aquí, Bianca! —suplicó Germano—. Me estoy desangrando.

—En cuanto amanezca te llevaremos a Manjacaze —le dijo Bianca para tranquilizarlo.

Pero nada sosegaba al sargento. Con los codos apoyados en el borde de la canoa y los ojos desorbitados, como si venciesen una oscuridad que solo él podía ver, el portugués insistió:

—Así es como los negros matan a nuestros caballos: les cortan las orejas y los pobres se desangran durante la noche.

Se calló, agotado. Recostó la espalda en el fondo de la embarcación y, así tendido, prosiguió sin pausa:

—Así es como matan a los pobres caballos. A la mañana siguiente, miles de moscas les entran por las orejas, circulan por sus arterias y les agujerean la carne por dentro, hasta tal punto que para mover al animal basta con la fuerza

de un solo hombre.

La italiana pasó los dedos por la cabellera desaliñada del sargento, le arregló el cuello del vestido y le susurró junto a la cara:

—Mañana, Germano. Mañana ya estaremos en el hospital de los suizos.

Bibiana repitió, mofándose, las palabras de la europea:

—Mañana, mañana, mañana.

Sonrió con desdén y, apuntándome con la barbilla, me ordenó que tradujese:

—Este blanco se quedará aquí hasta que recupere las fuerzas. Solo después irá a Mandhlakazi. Ese sitio tiene nombre de sangre. Eso es lo que quiere decir Mandhlakazi: la fuerza de la sangre.

—En cuanto claree, nos pondremos en camino hacia Manjacaze —dijo Bianca contrariada. Y volviéndose hacia mí, me ordenó—: Explícale eso a esta negra loca.

—¡Cuidado, doña Bianca! —le supliqué—. Esta mujer entiende portugués.

—Eso es lo que quiero, que lo entienda.

Bibiana fingió no haber oído nada. Con la cara mirando al cielo, entornó los ojos y proclamó:

—¡Este blanco no saldrá de aquí!

Y clavó los dedos en el aire, como flechas hincándose en el suelo. Bianca, desesperada, se llevó las manos a la cabeza y, sin esperar el final de la traducción, objetó:

—¿Acaso vamos a dejar que se quede aquí, sin la alimentación apropiada y sin la más mínima higiene?

—Yo le daré alimento —respondió Bibiana—. Y tenemos el río, que lava todas las heridas.

—Dile a esa negra —me ordenó la italiana— que no me gusta. Dile que no confío en una bruja que se pasea en camión rojo. Y dile también que mañana veremos quién manda aquí.

Y la italiana hablaba al vacío. Indiferente a la furia de la mujer europea, la negra Bibiana se inclinó sobre el sargento para quitarle las vendas. Con cautela, hizo que la sangre escurriese en una palangana blanca. Una sola gota que tocara el suelo sería suficiente para atraer el mal de ojo.

—No hay sangre ajena. Con cada persona que sangra, todos nos desvanecemos —murmuró la curandera.

A medida que la palangana se teñía de rojo, me fui aperciendo del olor

que emanaba la sangre, un tufo acre a herrumbre. El sargento mantenía los ojos cerrados mientras Bibliana añadía una pizca de ceniza a un unguento de savia y aceite de *mafurra*. A continuación, restregó aquella mezcla en las heridas del militar.

Acabado el tratamiento, la mujer hizo dos rasgones en el camión rojo que vestía y empezó a dar vueltas por la gran sala, todavía con las gruesas botas puestas. A fuerza de patadas, apartó las sillas y los bancos. Cuando el espacio quedó vacío, salió al patio y de allí trajo unos leños de la hoguera que depositó en el suelo de piedra de la iglesia. Alarmada, la italiana gritó:

—¡Esa mujer está loca! ¡Va a pegar fuego a la iglesia!

Con un pie a cada lado de la lumbre, Bibliana abrió las piernas como si se calentase las entrañas. Alzó los brazos lentamente y entonó una melodía. La tonada fue ganando vigor mientras ella ejecutaba viriles pasos de danza, levantaba muy alto las rodillas y, después, con los pies, golpeaba el suelo con fuerza. Estiraba y contraía la espalda como si estuviese en pleno parto. Con las manos rozaba el suelo y levantaba nubes de polvo. En un momento determinado, del pañuelo que llevaba en la cabeza sacó un puñado de pólvora que lanzó al fuego. Las carcajadas secas se unieron al estallido de la pólvora que crepitaba sobre las llamas. Después, explayó la voz, más ronca que nunca:

—Este polvo venenoso se ha extendido por el mundo. Este polvo desgarrar la garganta, devora el pecho y, al final, provoca la ceguera de las naciones. Esa ceguera se llama guerra.

Con una mano en la cadera, el tronco recto y la cabeza aplomada, profería órdenes belicosas. Estaba claro: un espíritu se apoderaba de ella. La voz varonil que de ella emergía pertenecía a un antiguo guerrero. Ese soldado muerto hablaba en txitxope, mi lengua materna. Por la boca de Bibliana el difunto predicaba:

—Os pido, antepasados míos, que me mostréis vuestras cicatrices. Mostradme la vena abierta, el hueso roto, el alma partida. Vuestra sangre es la misma que hay ahí, roja y vívida, en esa jofaina.

Y Bibliana volvió a bailar en círculo por el recinto, una mezcla de danza y de marcha militar. De pronto, paró en seco y, jadeante, utilizó las botas para apagar la hoguera. Se acercó al altar, hundió los dedos en el pelo del sargento y, volviéndose hacia nosotras, susurró:

—Este blanco está a punto.

—¿Qué quieres decir? —pregunté afligida.

—Que ya está perdiendo los brazos, después perderá las orejas y, a continuación, las piernas. Al final, se convertirá en un pez. Y regresará a los barcos que lo trajeron a África.

Eso se pensaba de los portugueses: que eran peces procedentes de mares distantes. Los que desembarcaban en tierra firme eran jóvenes mandados por los más ancianos, que se quedaban en los barcos. Los que nos visitaban todavía tenían los miembros pegados al cuerpo. Transcurrido un tiempo, empezaban a perder las manos, los pies, los brazos y las piernas. Y, entonces, regresaban al océano.

—Prepárate, hermana: no tardarás en quedarte sin la compañía de este blanco —dijo Bibliana, pellizcándome el brazo.

\*

Me quedé dormida soñando que yo también era un pez y que, al lado de Germano, surcaba mares sin fin. Esa era nuestra casa: el océano. Podría haberme despertado con un suave balanceo, pero no ocurrió así. Unos gritos tumultuosos me arrancaron de la cama y me llevaron a la puerta. Una reducida pero colérica multitud se aglomeraba junto a la iglesia. En el centro del círculo de personas había un hombre desnudo y maniatado, con señales de haber sido azotado.

—¡Es uno de los soldados de Ngungunyane! —se oyó gritar.

Unos clamaban que se trataba de un espía, aunque la mayoría aseguraba que era un *passa-noite*, uno de esos hechiceros que trabajan por encargo. El supuesto brujo tenía el cuerpo tan cubierto de arena roja que me pareció un simple trozo de tierra con forma humana. Quizá por eso me doliera menos ver cómo lo agredían.

El cura alzó los brazos para pedir contención. Después, interrogó al hombre sobre sus propósitos. A lo que el intruso respondió que venía «a ver a las mujeres». El clamor no me dejó escuchar el resto de la explicación. Y de nuevo le llovieron golpes y patadas y al infeliz ya no le quedaba alma para defenderse. Dejó de ser tierra. Era simple polvo.

Entonces compareció Bibliana y se hizo cargo de la situación. Llevó al intruso junto al río y ordenó que lo atasen a un tronco. El hombre soportó en silencio la violencia con que lo ensogaban a la madera, como se hace con un

animal a punto de ser descuartizado. Y ni siquiera pudo cerrar los párpados para evitar el sol que le daba en la cara. A una orden de la adivina —a la que todos llamaban *sangoma*—, el tronco del árbol y el hombre en él amarrado fueron lanzados al agua. Reinaba un absoluto silencio mientras la corriente arrastraba aquella embarcación improvisada. Bibliana profirió entonces:

—¿No querías ver a las mujeres? Pues abre los ojos dentro del agua y no verás sino mujeres.

## 4. Primera carta del sargento Germano de Melo

*Dios no creó a las personas. Solo las descubrió. Las encontró en el agua. Todos los seres vivían sumergidos como peces. Dios cerró los ojos para ver dentro del agua. En ese momento vislumbró criaturas que eran tan antiguas como Él. Y decidió tomar posesión de todos los cursos de agua. Así fue como envolvió los ríos con sus venas y guardó las lagunas en su pecho. Cuando llegó a la sabana, el Creador se liberó de aquella carga. Cayeron al suelo los hombres y las mujeres. Revolviéndose en la arena, abrían y cerraban la boca, como si intentasen hablar y no se hubieran inventado todavía las primeras palabras. Fuera del agua no sabían respirar. Ahogados, perdieron el conocimiento. Y soñaron. Fue en el sueño donde aprendieron a respirar. Cuando por primera vez llenaron los pulmones, rompieron a llorar. Como si una parte de ellos estuviese muerta. Y lo estaba: era su parte de pez. Lloraban con pena por las criaturas del río que habían dejado de ser. Y ahora, cuando cantan y cuando bailan, no hacen otra cosa sino celebrar esa nostalgia. El canto y la danza nos devuelven al río.*

LEYENDA DE SANA BENENE

Sana Benene, 14 de julio de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Empiezo por agradecer a Vuestra Excelencia que se tomara la molestia de dirigirme una respuesta y, más aún, de enviarme un mensajero que recorrió leguas para entregarme esa carta suya que tanto bien me ha hecho.

Quizá mi letra sea poco legible. No sé, Excelencia, cómo he sido capaz de redactar estas pobres líneas, puesto que manos casi no tengo y me falta memoria para evocar los tormentos por los que he pasado. Escribir es tan vital para mí que los dolores que tengo dejo de sentirlos cuando empuño una



pluma. Ignoro, Excelencia, de dónde nos viene esta incurable obstinación por vivir. Hablo por mí, pues no me muero solo por delicadeza.

Para poder terminar esta misiva me he esforzado hasta el punto de sangrar, pues si es difícil utilizar las manos en el estado en que las tengo, me resulta prácticamente imposible escribir con las manos vendadas. La caligrafía es pésima, pero he tenido que trazar estas líneas sin la ayuda de nadie. Porque quiero ser yo, de mi puño y letra, quien le exprese la enorme gratitud que siento por la promesa de hacerme regresar a Portugal. Esa satisfacción, lo confieso, y disculpe mi osadía por decírselo tan abiertamente, sería total si pudiese llevarme conmigo a mi amada Imani. Dentro de mí, dos deseos se enfrentan. Cuando pienso en vivir, es Imani quien gana; cuando pienso que voy a morir, es Portugal el que manda.

La verdad es esta: no sé si quiero irme sin la compañía de esa mujer. La primera vez que concebí esta carta, decidí que le comunicaría frontalmente, pero sin afrenta, lo siguiente: sin Imani no viajaría a ningún sitio. Ahora, sin embargo, lo dudo. Mi mayor temor no es ofender a Vuestra Excelencia. Es más bien no ser sincero conmigo mismo. Lo que sucede es que esa muchacha es ahora mi destino, mi patria. ¿Seguirá siendo así mañana? ¿El amor que me profesa esta negra será completamente desinteresado? ¿Acaso no seré un pasaporte para alejarse de su tierra y de su pasado?

Estas son las mil y una dudas a las que me enfrento. Son mis dilemas y solo a mí me compete resolverlos. Estoy seguro de que la imposición de viajar solo no resulta de un capricho o de su falta de voluntad. Simplemente, Vuestra Excelencia no puede actuar de otro modo. E incluso lo entiendo: ¿cómo bregar con amores privados en medio de una guerra tan cruel? ¿Cómo pensar en la novia de un sargento anónimo entre un ejército entero?

Seguro que Vuestra Excelencia se preguntará cómo tengo tanto apego por una muchacha que me ha disparado y me ha mutilado para siempre. No sé responderle, Excelencia. ¿Acaso fue ella la culpable? ¿Seguro que recuerdo con rigor lo que sucedió?

Bianca Vanzini insiste en demostrar la inocencia de Imani. La italiana estaba presente en la cantina y asegura que me hirieron los cafres amotinados. La realidad es que no conservo un recuerdo nítido de aquel trágico momento. Y le confieso, Excelencia, que la verdad ya no me importa. De buen grado acepto la versión de la italiana. Porque ya no busco recuerdos. Me bastan las historias. Y quizá estas cartas solo sean un modo de inventar, en ese otro lado

del papel, a alguien que escuche mis divagaciones solitarias.

Entre tantos delirios febriles, no sé si recuerdo o si imagino recuerdos, pero sí creo saber que en una pausa del viaje nos tendimos a la orilla del río, la bella Imani y yo. La joven me contempló con sus grandes ojos, tan grandes que en ellos caben todas las noches del mundo. Después, de un viejo cuaderno arranqué unas cuantas hojas y las extendí por el suelo. «Ven —le dije—, acuéstate encima de estos papeles». Intentó impedirme que deshiciera el cuaderno. «¿Dónde va a escribir las cartas a sus superiores?», me preguntó. Y en una postura entre el desafío y la malicia, me susurró: «¿Acaso soy yo más importante que ellos?».

No puedo dejar de confesarle lo mucho que esa joven da sentido a mi vida. Hace poco tuve que interrumpir esta carta acometido por agudos dolores en las manos. Una vez más, ha sido Imani la que me ha ayudado. Todo lo que me ha dicho ha sido con la mirada clavada en el suelo. Mientras me acariciaba los brazos mutilados, me ha ido relatando con un murmullo suave pero firme: «Más que de carne y hueso, las manos están hechas de vacío. El espacio que hay entre los dedos, el hueco que llena la palma, en ese vacío es donde se teje el gesto. Las manos —ha dicho Imani— son lo que no hay en ellas. Si ese vacío no existiese, no podríamos palpar ni agarrar. No podríamos acariciar», ha añadido con miedo. Y ha terminado de manera casi inaudible: «Ahora que le quedan pocos dedos, sentirá más las cosas que cuando tenía enteras las manos».

Avergonzada por su larga perorata, se apresuró a enrollarme las muñecas con las vendas ya lavadas en el río y purificadas al sol. «Está usted mucho mejor», fue lo que me dijo. Y aquel optimismo juvenil me ayudó a enfrentar la postración en que estaba sumido.

Son estos diminutos hechos los que quería transmitirle. Puede que para Vuestra Excelencia sean irrelevantes. Para mí, estos acontecimientos solo tienen sentido si los comparto con alguien que recibe las noticias con el mismo asombro con que yo las he vivido.

P. D. No quiero concluir esta carta sin garantizarle lo siguiente: no tengo manera de ir al hospital del suizo en Manjacaze. Piense en el lado positivo. Quizá eso resulte útil para los intereses lusitanos. Sobre el suizo Liengme y lo que allí sucede, solo lo sabré en la corte de Gungunhane. Y, naturalmente, no dejaré de relatarle lo que he visto y lo que no he visto, lo que me han dicho y

lo que me han ocultado.

## 5. Dioses que bailan

*En el inicio del Tiempo no había ni ríos ni mares. En el paisaje despuntaban unas pocas lagunas, efímeras hijas de la lluvia. Viendo la aridez de las plantas y los animales, Dios decidió crear el primer río. Con todo, sucedió que el lecho se empeñaba en extenderse más allá de las márgenes. Por primera vez, Dios tuvo miedo de que la creación desafiase al Creador. Y sospechó que el río podía haber aprendido a soñar. Los que sueñan prueban el sabor de la eternidad. Y ese es un privilegio exclusivo de las divinidades.*

*Con sus largos dedos, Dios colgó el río en las alturas para después cortarle las extremidades, segando así la desembocadura y el nacimiento. Con delicadeza paternal, volvió a depositar el hilo de agua en su debido surco de tierra. Sin principio ni fin, el río empujó las márgenes y se extendió hasta el infinito. Las dos orillas se hicieron tan distantes que suscitaban todavía más el deseo de soñar. Así se inventó el mar, el río de todos los ríos.*

LEYENDA DE NKKOKOLANI

Dicen que la vida es un maestro infinito. A mí, las grandes lecciones me han llegado por medio de lo que me ha faltado vivir. Y han sido revelaciones que no han nacido del pensamiento, sino del adormilado despertar matinal. Hoy sé que todo amanecer es un milagro. El regreso asombroso de la luz, el olor de los sueños todavía pegado a la cama, todo eso nos renueva una innominada creencia. Hace dos días, ese milagro sucedió en la persona de un militar blanco. Se llamaba Germano y me esperaba con la misma devoción con que las crías de las aves aguardan la llegada de sus padres. En aquel momento yo cumplía con esos deberes maternales: le servía unas gachas de maíz y un guiso de hojas amargas. Mientras le llevaba la cuchara a la boca, me di cuenta de la dependencia a la que Germano estaba condenado de por vida.

Al final de la comida me pidió que le desvendara las muñecas. Quería airear las heridas, fue lo que Germano me dijo. La verdadera razón, sin embargo, era otra: pretendía examinar sus destrozos. Cuando las vendas cayeron al suelo, mi alma se desplomó con ellas: le quedaban cinco dedos, y eso pensando que alguno de ellos todavía tendría salvación. Cinco dedos. Tres en la mano derecha, dos en la izquierda. Entonces, me preguntó algo inoportuno:

—Y ahora, Imani, ¿cómo me santiguo?

Y se quedó dormido, con esa dulce fatiga que viene después del llanto.

A media tarde, un grupo de hombres irrumpió en la iglesia. Venían al mando de Bibliana y, de nuevo, introdujeron al sargento en la canoa.

—¡Dejadme en el suelo! —insistía el portugués. Pero cumplían órdenes de la milagrera: el enfermo no podía dejar huellas en el suelo—. ¿Adónde me lleváis? —preguntó el amodorrado Germano mientras cuidadosamente lo bajaban al río.

—Se va a celebrar una misa —replicó el padre Rudolfo.

—¿Y por qué no lo hacen en la iglesia? —inquirió, afligido, el portugués.

—Es otro tipo de celebración —respondió el cura.

La canoa fue depositada en las aguas tranquilas del Inharrime. Sentado en el fondo de la embarcación, con los ojos abiertos de par en par, el portugués vio acercarse a cientos de campesinos engalanados de blanco. Debajo de una higuera frondosa, en las escasas sillas que habían traído de la iglesia, se sentaron Bibliana, el padre Rudolfo y mi padre, Katini Nsambe. La italiana Bianca Vanzini se apartó de la muchedumbre en dirección al río y ocupó un peldaño de la escalinata degradada. Durante una larga introducción, la multitud entonó un cántico muy bello, pero cuyo sentido se me escapaba por completo.

Ataviada con una túnica roja y unos paños blancos prendidos a la cintura, Bibliana se arrodilló en el centro de aquel inmenso marco de gente. Mientras la pitonisa evocaba a los antepasados se hizo un silencio absoluto. Los enumeró uno a uno, en una lista interminable, como si los estuviera recibiendo a la puerta de su casa. He aprendido que hay una diferencia fundamental en el modo en que los blancos y los negros tratan a los difuntos. Nosotros, los negros, lidiamos con los muertos. Los blancos lidian con la muerte. Y ese fue el desencuentro con el que Germano se topó cuando tuvo que enterrar al cantinero Francelino Sardinha. Aquella ceremonia de

despedida era una manera de pedir permiso a la muerte para olvidarse del difunto.

Después de la lenta evocación de los antepasados, Bibliana colocó a la cabeza una Virgen hecha de yeso y envuelta en cintas de una albura impecable. La multitud se calló y todo el mundo se postró en el suelo. La adivina bajó la ladera y se abrazó a la estatua para, juntas, sumergirse en el río. Lanzó a las aguas una *capulana* estampada y proclamó:

—No nos lavamos en el río. Es al revés: el río se lava en nosotros.

Y posó la *capulana* mojada en los hombros del sargento portugués. Tras un primer estremecimiento, una sensación de ligereza se apoderó de su cuerpo.

Súbitamente, la italiana se abrió paso con brusquedad entre la gente. Se plantó frente al cura y le gritó que mandase parar aquello, a lo que llamó un «carnaval negro». El padre Rudolfo la tranquilizó: toda aquella parafernalia no se alejaba tanto de los rituales cristianos. Que la italiana tuviese paciencia: después la ceremonia sería más interesante. Contrariada, y mascullando en su lengua, Bianca Vanzini volvió a sentarse en los peldaños derruidos.

La curandera volvió a subir la cuesta en dirección a la explanada donde la multitud la esperaba en silencio. Con la ropa pegada a la piel, fue virando los ojos para, acto seguido, balancear el cuerpo en una danza extraña. Los pasos se volvieron cada vez más enérgicos, hasta alcanzar el brío de una marcha militar. El cura, contagiado por el éxtasis de la mujer, tamborileaba con ambas manos en la cubierta de un voluminoso libro.

—¿Qué libro es ese? —preguntó Bianca.

Sin dejar de marcar el compás, el padre le explicó que era una Biblia que los suizos habían traducido a las lenguas nativas. A ese libro, la gente local lo llamaba «Buku». Bianca reaccionó con tanta agresividad que se le estranguló la voz:

—¿Y el libro sagrado le sirve ahora de tambor?

—La música es la lengua materna de Dios —replicó el padre Rudolfo.

Y añadió que eso era lo que ni católicos ni protestantes habían entendido: que en África los dioses bailan. Y todos habían cometido el mismo error: prohibir la percusión. El sacerdote estaba intentando corregir desde hacía mucho aquel equívoco. A decir verdad, si no nos dejasen tocar los tambores, nosotros, los negros, haríamos del cuerpo un tambor. O, más grave aún, golpearíamos con los pies la superficie terrestre y acabarían abriéndose brechas en el mundo entero.

La túnica de tejido fino, ahora embebida en agua, se había adherido al cuerpo de Bibliana. Entonces comprendimos el motivo por el que el cura se había dejado seducir. La mujer se arrodilló y arengó con tal ardor que no había rincón en el que no reverberase su voz. A todos nos hizo recordar la leyenda de la creación de los ríos y de los hombres: «En el inicio del Tiempo no había ni ríos ni mares...». Y prosiguió sin pausa hasta que, al final, vaticinó:

—Este blanco regresará a las aguas primigenias y en ellas aprenderá a soñar.

Todo el sermón lo recitó sin pausa. Exhausta, la sacerdotisa se arrastró en dirección al río y se metió hasta la cintura. Con las manos en el borde de la canoa, se sumergió varias veces hasta perder el aliento. Después vertió agua en la cabeza del sargento, como se hace en los bautismos cristianos. Cuando regresó a la orilla alzó los brazos y, de nuevo, ensayó unos pasos de danza. Era una señal. De repente, los tambores volvieron a sonar y la gente se lanzó a la explanada, dando saltos y haciendo piruetas.

Inesperadamente, Bianca se unió a la danza dando vueltas alrededor de Bibliana. La italiana puso sus manos en la cadera de la negra y las dos mujeres se dejaron llevar por la música. El cura, atónito al presenciar la escena, preguntó:

—¿Ahora también baila, doña Bianca?

Al borde de las lágrimas, la italiana negó con la cabeza. Que no bailaba. Que lo que estaba haciendo era intentar inmovilizar a la hechicera. Trataba de interrumpir aquella blasfemia. Pero renunció enseguida para, arrebatada, recuperar su lugar junto a los demás. Al verla anegada en llanto, el cura la tranquilizó:

—No lo entiende, doña Bianca. Este ritual que tanto la incomoda es lo que la salva de ser devorada viva —y añadió—: Los hambrientos de este mundo, más que pan, lo que quieren es encontrar culpables.

En ese momento, Bibliana regresó a la canoa y levantó los brazos del sargento como si fuesen mástiles de banderas ajadas. A continuación sacó de la embarcación unas cuantas hojas de papel y las lanzó al agua. Dejó que flotasen a la deriva hasta que se perdieron de vista. Nadie más se dio cuenta, pero lo que daba bandazos en la corriente era aquello que después supe que se trataba de una carta del teniente al sargento. Las lusitanas palabras de Ayres de Ornelas se disolvieron como sombras en el río Inharrime.

Para finalizar, Bibliana se dirigió a la orilla y se tendió de bruces en el suelo húmedo. Extasiada, la multitud se agolpó a su alrededor para observar a la mujer que parecía besar el suelo. No lo besaba: picoteaba la tierra como hacen las gallinas. Los brazos a la espalda reforzaban la semejanza con las aves. Solo lo comprendimos después: Bibliana escribía. Dibujaba letras con la lengua, abriendo surcos en la arena mojada. Así representaba la incapacidad de Germano para valerse de las manos. De vez en cuando, la mujer levantaba la cabeza para apreciar su obra, como un pintor se aleja del lienzo para tener perspectiva. Y escupía los granos de arena que se le metían en la boca. Al final, se incorporó y señaló el resultado de su esfuerzo. En la tierra había un nombre escrito. Germano.



## 6. Segunda carta del teniente Ayres de Ornelas

*Alguien dijo que la multitud de las tribus del imperio vatua, en pie de guerra, sería algo terrible contra nuestra debilidad. Alguien que visitó el poblado fortificado de Gungunhane vino a decir que había asistido a un desfile militar de quince mil guerreros de aspecto imponente. Y los que divagaban así se olvidaban de que una muchedumbre armada no es un ejército y que la cohesión que las instituciones militares demandan es incompatible con la inconsistencia de los salvajes.*

GENERAL JOSÉ JUSTINO TEIXEIRA BOTELHO, *Historia militar y política de los portugueses en Mozambique de 1883 a nuestros días*, 1921

Chicomo, 18 de julio de 1895

Querido sargento Germano de Melo:

Ya deben de haberle comunicado que estoy provisionalmente en Chicomo a instancias del comisario real en una misión casi imposible: la de convencer a Gungunhane para que ceda a nuestras condiciones de soberanía. Esas condiciones, como el sargento ya debe de saber, son diversas: la entrega de dos régulos rebeldes, el pago de un tributo anual de diez mil libras en oro y la autorización de los comerciantes blancos, indios y moros en su territorio. También le exigimos al rey de Gaza que permita el establecimiento de líneas telegráficas entre los puestos militares. Gungunhane argumenta que las comunicaciones modernas ofenden a los espíritus de su padre y de su abuelo, sepultados en ese suelo sagrado. La espera de dicha autorización es un buen ejemplo de nuestra ingenua condescendencia. Aceptamos no faltar al respeto a las creencias de los indígenas. Luego nos enteramos de que el astuto mandatario solo saca provecho de nuestra ingenuidad. No son los espíritus lo que le preocupan. Son razones de estrategia militar. Gungunhane conoce muy

bien el valor de las comunicaciones rápidas y a larga distancia.

No se imagina cómo lamento que me hayan transferido de mis funciones militares para cumplir una misión de cariz diplomático. Admito, en beneficio de mi honra, que la principal tarea de un oficial no es hacer la guerra, sino evitarla a toda costa. Y todo indica que el rey de Gaza también quiere huir del enfrentamiento, ahora que hemos aumentado nuestra presencia en la región donde él se ha acuartelado. Gungunhane accederá, estamos seguros, a todas nuestras condiciones, a excepción de la que para nosotros es esencial: la entrega de los rebeldes Mahazul y Zixaxa, que hace unos meses tuvieron la osadía de atacar Lourenço Marques.

La intervención en asuntos diplomáticos me ayudará en mi ascenso a otras cimas a las que me siento predestinado. Con esta convicción he aceptado acompañar al consejero José d'Almeida en las negociaciones con el León de Gaza. Por su dilatada experiencia diplomática y la valiosa confianza que se ha granjeado en el entorno de Gungunhane, el consejero José d'Almeida sería el jefe de las conversaciones. Esta elección, sin embargo, no recibió una acogida consensuada entre las autoridades reunidas en Chicomo. Las objeciones más enérgicas procedían del capitán Mouzinho de Albuquerque, que llegó a decir públicamente que «del consejero José d'Almeida solo se espera deshonor». El propio Mouzinho escribió a António Enes lamentándose de no haber sido él el elegido para negociar con el rey de Gaza. En esa carta, a la que tuve acceso por vías inconfesables, decía textualmente: «Mil veces antes perderlo todo y a todos en una catástrofe que retirarnos sin hacer nada —y añadía—: Me ofrezco para conducir esta misión por muy locamente arriesgado que sea su emprendimiento». Estas discordias son tristes. No nos bastaba con los conflictos con los vatuas. Nuestras desavenencias internas parecen ser más graves. Solo hay una solución: ignorar las envidias y las disputas por el prestigio. Un espíritu superior como el mío: he aquí lo que se espera de un liderazgo lúcido a la altura de los desafíos actuales.

Con esa intención de la misión me he preparado para desplazarme a Manjacaze en compañía del consejero Almeida. El alojamiento estaba más que asegurado: la residencia de nuestro consejero dista unos cientos de metros de la corte de Gungunhane.

El comisario real insistió en que nos acompañara una escolta de soldados, pero desobedecimos sus instrucciones. La falsa seguridad de una escolta no compensa los berenjenales en que la soldadesca se mete al seducir a las

mujeres de la tierra. Y de ese modo, montados en dos hermosos caballos, viajamos de Chicomo a Manjacaze. En las diversas paradas que hicimos por el camino, mi caballo siempre se acercaba a mí como si quisiese decirme algo. Sus ojos de algodón oscuro me miraban fijamente, con una intensidad que me perturbaba. Y fui sintiendo tanto afecto por el animal que, tras nuestra llegada al destino final, me levanté en plena noche, venciendo mi extenuación, solo para volver a ver aquellos ojos casi humanos.

Ya instalados en la residencia del consejero, tuvimos que esperar más de lo que queríamos. El rey de Gaza no compareció en la primera convocatoria. Estaba ocupado en un funeral. Fue lo que nos comunicó un mensajero. El consejero Almeida quiso saber quién había muerto. El mensajero respondió que se trataba de «una de las madres» del rey. Me contuve para no reír. ¿Una de las madres? Cosas de negros, pensé.

Al final, el mensajero transmitió la invitación de Gungunhane para que el rey de Portugal visitase el Estado de Gaza y trajese con él a sus muchas mujeres. Brusco, el consejero corrigió: «El rey solo tiene una esposa». El cafre anunció, solícito, la disposición de los anfitriones africanos para ayudar al rey a subsanar aquella carencia. Fue el hazmerreír. Menciono estos exóticos sucesos para alertarlo sobre sus amoríos con esa muchacha, que parece haberle robado de tal modo el discernimiento que mi joven sargento no entiende las consecuencias de un noviazgo con ella. Si se casa con una negra, tendrá el más gordo de los cuñados, que es África entera. Si se casa con una negra, amigo mío, se casará con toda una raza. Y vamos a dejarlo aquí, que su asunto me tiene abatido y ya me basta con la dura realidad a la que debo enfrentarme. Regreso al relato de mis tribulaciones en Manjacaze.

Los días que vivimos en aquel puesto demuestran la conveniencia de la elección de José d'Almeida como negociador. Al tercer día, el rey de Gaza compareció en persona en nuestra residencia de Manjacaze. José d'Almeida era el único portugués ante el cual el rey abdicaba de la prerrogativa de ser él el visitado. La comitiva real era tan numerosa que se expandió en un círculo de más de cincuenta metros de diámetro alrededor de la tienda donde transcurrirían las conversaciones. La tienda fue instalada al lado de la casa del consejero Almeida, y eso me produjo una sensación de consuelo. Los más de cuatro mil soldados, que se presentaron sin escudos ni lanzas, formaron una barrera humana que se perdía de vista. En la primera fila se sentaron los más notables: el rey, los ancianos, consejeros principales o *indunas*.

Curiosa costumbre: el rey no llegó nunca a hablar. Un orador anónimo usó la palabra para saludarnos y regalarnos una res como muestra de simpatía. No era todavía una negociación, apenas un ritual de bienvenida. Pero también era una exhibición de poder. La impresión de fuerza que quisieron darnos no se debía solo al elevado número de tropas. El canto que entonaron al unísono me sobrecogió más que cualquier muestra belicista. Y así, de manera astuta, los cafres combinaban amenaza con afabilidad.

En un momento determinado, saltó al centro de la tienda un hombre que los vatuas designaron como «el perro del rey». Era un individuo de estatura baja que se presentaba envuelto en una piel de leopardo y con la cabeza cubierta de plumas. Durante un tiempo no hizo otra cosa que correr de un lado a otro, ladrando y aullando como un cachorro.

Aquel personaje, tan lejos de su propia humanidad, me impresionó hasta el punto de no pegar ojo en toda la noche. Ya había leído alguna cosa sobre esos representantes de pantomimas en un informe de la autoría del suizo Georges Liengme. El médico había intentado varias veces fotografiar a uno de aquellos hombres-perro, pero la placa fotográfica nunca captó su imagen. Esa noche, la imagen del bufón ladrando no se me iba de la cabeza. Aquel hombre tenía alma de animal. Y tenía la enorme ventaja de no sufrir con los males del mundo y la humanidad. Solo el hambre y la sed lo afligían. En pleno insomnio se me ocurrió que eso era lo que me gustaría ser: un perro. Nacido para dormir acurrucado a los pies de cualquier dueño. O quizá un caballo, para ser acariciado por un caballero delicado.

A la mañana siguiente celebramos cuatro horas seguidas de reuniones, que, como usted bien sabe, los cafres llaman *banja*. Y allí se confirmó la aguda inteligencia de nuestro adversario. Mis colegas maldicen el salvajismo de Gungunhane, y yo tengo que reconocer en él la sagacidad de un extraordinario negociador. No negó, no contrarió nuestra más impaciente exigencia, que era la de entregarnos a los rebeldes Mahazul y Zixaxa. Sugirió, como contrapartida, que aunásemos fuerzas en la búsqueda de esos fugitivos. Si la búsqueda fallase, las culpas no recaerían solo en él. Y criticó la falta de inteligencia por nuestra parte: si tanto nos interesaba capturar a aquellos evadidos, ¿por qué habíamos hecho tanto alarde de ello? Quien persigue un objetivo furtivo debe actuar de manera más furtiva aún. Y Gungunhane esgrimió otro argumento que me pareció imbatible: si no queríamos la guerra, como tanto insistíamos, ¿por qué motivo estábamos

concentrando miles de tropas y artillería en la frontera de su territorio? Hasta la madre del rey, de nombre Impibekezane —que siempre estuvo presente en las negociaciones—, declaró que era raro movilizar toda aquella parafernalia con la única intención de capturar a dos simples prófugos. Debo decir que la reina madre ejerce una enorme influencia sobre el hijo y es una de las figuras más poderosas del reino. Por eso, los cafres llaman a esta señora *nkossicaze*, la mujer grande.

Al final de las conversaciones, cuando ya nos despedíamos, sucedió lo siguiente: de súbito, mi caballo se acercó alborotado a la tienda donde todavía nos encontrábamos, tosiendo ruidosamente y soltando abundante espuma por la nariz y la boca. Babeaba de tal modo que todos los presentes resultaron salpicados con revoloteantes nubes de saliva. El animal inclinó sobre mí su enorme cabeza como si quisiese enseñarme sus ojos tremendamente hinchados y así revelar la muerte que en ellos empezaba a alojarse. Se arrodilló de forma casi humana: me había elegido para que lo acompañara en ese agónico momento. El rey y los consejeros se mostraban intrigados, pero guardaron un religioso recato. Como ya debe de saber, amigo mío, el caballo es para estos negros un animal prácticamente desconocido. El nombre que le dan lo han copiado de la palabra inglesa *horse*. En dicho encuentro, uno de los cafres presentes, todo provisto de adornos —sin duda un echador de suertes—, se inclinó sobre el caballo, le pasó la mano por las crines y recitó una larga letanía en lengua zulú. A mi lado, alguien me tradujo las palabras del curandero:

—Cuando llegaste no teníamos nombre que darte. Trajiste contigo caballeros de espadas centelleantes. Pero tú eres una azagaya viva, corres más deprisa que el viento y saltas por encima de los árboles más altos. En el suelo que pisas queda una huella de fuego.

Antes del final del discurso, el animal había exhalado el último suspiro. No fui capaz de quedarme en el recinto. Con los ojos anegados en lágrimas, me alejé de aquella muerte que, aun siendo la de un animal, era un poco la mía. ¿Puede un militar de carrera llorar en público? Y, encima, ¿por un animal?

El mando militar en Lourenço Marques dice que estas son las últimas conversaciones con los jefes de los vatuas. El tiempo juega en nuestra contra: las naciones europeas con ambiciones coloniales están al acecho. Por eso, mientras conversamos bajo un sol abrasador, mientras desfallece un caballo de ojos humanos y mientras va ladrando y aullando un pequeño hombre, los

dos ejércitos se preparan arduamente para la guerra. Y por eso le advierto, para concluir, que ha dejado de ser seguro ir por ahí sin una escolta debidamente preparada. No debe volver a navegar por los ríos. Si estas tierras no son nuestras, menos aún nos pertenecen los ríos. Los angoleños que nos acompañan hablan de serpientes acuáticas de dimensiones gigantescas que hacen volcar los barcos. Nuestros informadores aseguran que se trata de una nueva forma de emboscada: los nativos extienden de una orilla a otra cuerdas de las que estiran al paso de los barcos. Todos esos peligros exigen la máxima prudencia. Quédese donde está hasta que preparemos su rescate con la seguridad necesaria.

Me despido deseándole una rápida mejoría. Con la salud restablecida verá, estoy seguro, el mundo con otros ojos. Nuestra alma solo es eso: un estado de salud.

P. D. Un consejo le doy, querido amigo: no mime a esa negra Imani con elogios. Corre el riesgo de ver perder su original pureza y humildad. Me apena admitirlo, pero con los negros pasa lo siguiente: no se les puede dar confianza, pues enseguida se afanan en asemejarse a nosotros. Y no hay solución: los despreciamos por ser quienes son. Los odiamos cuando se parecen a nosotros. Gracias a Dios, y a tenor de sus declaraciones, esa Imani va por el camino de dejar de ser negra. Esperemos que no sea más que eso: una aventura fortuita y pasajera en su larga vida.

## 7. Los luminosos frutos del árbol nocturno

*Nadie es una persona si no es la humanidad entera.*

REFRÁN DE NKOKOLANI

Me encontré a Germano durmiendo fuera de la canoa que en el altar de la iglesia le había servido de lecho. Había sufrido una hemorragia, las vendas estaban completamente empapadas. A su alrededor había esparcidas hojas de papel manchadas de sangre. Parecía que el sargento las hubiese usado para limpiarse. De cerca, los papeles se veían llenos de garabatos: eran encabezamientos de cartas. El sargento sangraba cuando escribía.

El sueño de Germano era tan profundo que sentí la necesidad de confirmar que estaba vivo. Le acaricié la cara para notar su calor, le ausculté el pecho para comprobar que respiraba. Me santigüé ante el altar y, a reculones, salí de la iglesia.

Me dirigí al aposento improvisado que tenía que compartir con la italiana. La encontré a la entrada, peinándose su largo pelo. Sin dejar de alisarse la melena, me dijo:

—Germano está confundido, no se acuerda de lo que sucedió. A partir de ahora solo existe mi versión: fueron los amotinados quienes dispararon. Tú no tienes ninguna culpa, Imani.

—No sé, doña Bianca. No quiero mentirle.

—No se puede mentir a quien no se acuerda de nada.

—Yo sí que me acuerdo.

El aposento que nos habían reservado era una tienda militar con una única cama arimada al fondo. Una lámpara de petróleo iluminaba la entrada. En el suelo, otra lamparilla hacía bailar las sombras en las paredes de lona. Mientras guardaba el cepillo y el espejo, la italiana declaró:

—Tu padre me ha pedido que te lleve a Lourenço Marques.

El impacto de aquella noticia me flagelaba hasta las lágrimas. Sin embargo, fingí que esperaba aquella decisión y, sobre todo, que me era

indiferente. La falsa resignación se traslució cuando dije:

—Si eso es lo que quiere mi padre...

—Te gustará, Imani. ¿O prefieres quedarte aquí, en este breñal salvaje?

Ante mi abatimiento, la italiana añadió:

—Al principio te sentirás rara. En mis establecimientos se trabaja de noche. Serás una mujer nocturna, pero pronto te acostumbrarás.

La luz de la lamparilla titubeó, tocada por una brisa misteriosa. No era mi destino nocturno el que me angustiaba. Pensaba en Germano. Pensaba en nuestra separación. Bianca advirtió esa sombra en mi mirada.

—Ahora voy a pedirte una cosa. Desnúdate.

—Ya estoy casi desnuda, doña Bianca.

—Quítate toda la ropa, estamos solas, nadie nos ve.

Reacia, me desprendí de la camisola y del vestido. La italiana dio un paso atrás, cogió la lámpara que había en la cabecera y la levantó bien alto para contemplarme mejor.

—Los hombres se volverán locos antes de tocarte.

Dejó la lámpara para, a continuación, acariciarme las caderas y el vientre. No paró de manosearme mientras me daba una explicación: deseaba saber qué era lo que los blancos tanto buscaban en las mujeres negras. Después se sentó, esbozando una sonrisa intrigante. Le gustaría ver la cara de los que nos descubriesen desnudas y compartiendo la misma cama.

—¿Lo has pensado? Dos mujeres, y además una blanca y otra negra.

—No me gusta esta conversación, doña Bianca.

Enderezó sobre sus hombros los tirantes de la combinación y se miró en mis ojos como delante de un espejo.

—Ya no me apetece tener cuerpo. Todavía atraigo a algunos hombres, pero es solo porque soy la única mujer blanca. Y tú, querida, ¿qué has hecho para estar así, tan llena de gracia y tan sin raza?

—Soy negra, doña Bianca —argumenté, encogiéndome de hombros.

Con todo, yo sabía cómo se habían borrado las marcas de mi origen. Durante toda mi infancia, lejos de mis padres, el cura había explorado mis sueños nada más despertar, anulando los recados nocturnos de los que me precedieron. Además, el padre Rudolfo Fernandes me corregía el acento como quien afina un instrumento. Yo era negra, sí, pero eso era un accidente de la piel. Ser blanca sería la única profesión de mi alma.

Entonces oímos unos tambores procedentes de la zona del río. Grupos de



personas transitaban por los senderos de la aldea. Me acerqué a la puerta y alguien me informó sobre un asombroso incidente: había regresado al muelle de Sana Benene el mismo tronco empleado para amarrar al espía vatua. El viejo árbol viajó a contracorriente y sin el cuerpo que se había ensogado a él. Las marcas inconfundibles en la corteza revelaban el destino del entrometido: había acabado en los dientes de los cocodrilos. Aquello solo podía ser obra de Bibliana. Esa era la razón de aquella agitación: se celebraban los poderes divinos que nos protegían.

La italiana cerró los ojos y refunfuñó:

—¡Esa bruja!

Le dije que nosotros no utilizábamos ese término. Y que mucho menos hablábamos de ese tipo de asuntos por la noche. Pero la italiana prosiguió:

—Pues a mí todo el mundo me llama bruja. Soy mujer, estoy soltera y viajo sola por el mundo.

Hechicera como era, reconocía perfectamente a otra hechicera. Mientras Bibliana bailaba en la explanada, la italiana había identificado en ella de inmediato la presencia del demonio. En el momento en que se agarró a la túnica de la negra, otras manos se prendieron a la suya. Eran manos de mujeres. Reconoció sus caras: eran las prostitutas asesinadas en los bares de los que era propietaria. Pero también vio otras manos. Eran las manos de las personas que le habían entregado lo que ella designó como «dinero sucio».

—Le he dicho a todo el mundo que emprendía este largo viaje por amor. Les he contado mi pasión por Mouzinho. Pero todo es falso. La verdad es que he venido a recuperar las deudas del cantinero Sardinha.

Acudieron a mi memoria los postreros momentos de Francelino Sardinha: el modo gentil en que me acompañó a casa, la historia que me contó de la visita de Ngungunyane en busca del veneno de *murre-mbava*, derrotado como estaba por un amor prohibido. Y, al final, las imágenes del cantinero de Nkokolani debatiéndose en un charco de sangre, ciñéndose a una escopeta con la desesperación de un ahogado. Así era como dormía todas noches: abrazado a su viejo fusil.

—¿Acusaron al cantinero de traficar con armas para los ingleses? Pues yo he negociado con todos, con portugueses, vatuas, ingleses y bóers. ¿Sabes que dicen que mis manos son de oro? Ojalá lo fuesen, que Dios me perdone.

Me tendió una cinta azul y me pidió que le recogiese el pelo que le caía por la espalda. Mientras enrollaba mis dedos en su melena perfumada, la mujer

blanca redujo la llama de la lámpara y su voz se nubló cuando dijo:

—La verdadera hechicera no es Bibliana. Eres tú. Germano está completamente hechizado por ti. Y eso se tiene que acabar.

—¿Acabar? ¿Acabar por qué?

—Donde voy a llevarte no puede haber esposas, ni maridos, ni noviazgos, ni bodas.

Revolvió su equipaje para sacar una fotografía. Aunque deslustrada y arrugada, en la imagen se distinguía la figura de un hombre alto y seco con un navío al fondo.

—Es Fabio, mi marido —murmuró como si estuviese en un velatorio. Y volvió a revolver en su cartera para sacar media docena de sobres—. Y estas son las cartas que me envió desde Italia. Son las cartas de Fabio.

Volvió a guardar, con sumo cuidado, la vieja fotografía. Y se lamentó en italiano:

—*Sono tutti uguali, gli uomini sono tutti uguali.*

Al principio, ella todavía creía que la nostalgia de la que el novio se lamentaba era verdadera. Como pensaba que eran verdaderas sus lágrimas al leer, en una distante aldea de Italia, los dolorosos mensajes de su amor exiliado en África. Ilusiones suyas. Como los demás blancos, su compañero estaba entretenido con otros encantos. Con otros dulces exilios. Y fue ya en otro tono como Bianca Vanzini volvió a acosarme a propósito de mi futuro:

—Esto es lo que pasará: voy a hacer de ti una reina. Los blancos correrán para arrodillarse a tus pies.

—¿Y si yo no quiero, doña Bianca?

—Querrás, Imani. Eres una mujer inteligente, sabes muy bien el futuro que te espera con un hombre lisiado que será más un hijo que un marido.

—¿Y si me niego?

—Si es así, le recordaré al sargento Germano quién le disparó, quién lo convirtió en un mutilado para siempre.

Se acostó y, con los ojos cerrados, repitió, esta vez en portugués:

—Todos los hombres son iguales, en África, en Italia o en el infierno.

Pensé que ya se habría dormido cuando la oí de nuevo revolver los sobres. Su mano, iluminada por la lamparilla, se volvió más blanca cuando me tocó en el hombro.

—Léeme esta carta. No me digas que no conoces la lengua. Sí que la conoces, es una carta de amor.

Fui descifrando las palabras, letra a letra. Me salté las que no entendía, adorné las que entendía. Pero leí en voz baja y veloz, por temor a que me oyeran fuera de las frágiles paredes de lona. Quizá en Italia fuese diferente. Pero, entre nosotros, los cuentos solo se pueden contar de noche. Únicamente así se entretiene la oscuridad. Por fortuna, la mujer blanca no tardó en dormirse.

Mecida por mi propia voz, yo también fui deslizándome en el sueño. Y soñé con el árbol que mi abuelo plantó detrás de nuestra casa. De día era fino y de sombra escasa. Sin embargo, cuando oscurecía se convertía en una inmensa y frondosa criatura. Bajo la luz de la luna despuntaban, centelleantes, sus frutos. Era un árbol nocturno. Nadie más lo vio resplandecer. Solo la luna y yo.

## 8. Tercera carta del teniente Ayres de Ornelas

*La menor desobediencia o la simple demora en el cumplimiento de una orden mía era inmediata y severa, por no decir bárbaramente, castigada a latigazos, y un espía negro convicto fue fusilado y su cadáver quemado ante unos trescientos mabuingelas y mangunis que se habían reunido bajo mis órdenes. No se piense que me gustaba ver matar a indígenas a sangre fría o verlos retorcerse mortificados por los azotes, pero me apercibí de que Gungunhane era todavía más temido y respetado debido en parte a las muertes que todos los días mandaba despachar, y, por eso, hice lo posible por inspirar un terror igual al que propagaba en torno a sí el rey vatua.*

MOUZINHO DE ALBUQUERQUE, CITADO POR ANTÓNIO MASCARENHAS GAIVÃO EN *Mouzinho de Albuquerque. Del interior de Mozambique al fasto de las cortes europeas*, 2008

Inhambane, 29 de julio de 1895

Querido sargento Germano de Melo:

Gracias a Dios he regresado a mi vocación militar. Me ordenaron que dejase las tareas diplomáticas y, aquí en Inhambane, me involucrase en los preparativos de una poderosa ofensiva militar que tendrá lugar en las llanuras de Magul. En realidad, la estancia en Manjacaze ya se había vuelto insoportable. No solo por la espera infructuosa de que Gungunhane cambiase de actitud, sino porque en aquel sitio todo era decadente y sombrío.

¿Usted se quejaba de que su puesto militar de Nkokolani era más un colmado que un cuartel? Pues la residencia de José d'Almeida en Manjacaze se había transformado en una cantina donde se distribuía el alcohol de forma irresponsable. Los notables de la corte de Gungunhane, las esposas del rey o sus jefes militares, todos simulaban tener un motivo para una audiencia oficial. Momentos después, se les veía salir caminando tambaleantes con

botellas en la mano. Beber ya no bastaba. Era vital que quien bebiese se hiciera visible y se pavonease ante los ojos de los demás. Porque se distinguía socialmente al beneficiarse del alcohol de los europeos.

El hambre que pasé en Manjacaze fue tal que yo mismo, que soy parsimonioso con la bebida, acabé consumiendo vino sin la debida moderación para olvidarme de la escasez de alimento. Llegamos al punto de pedirle a Georges Liengme comida para nuestra gente y maíz para los caballos. El suizo nos proporcionó cuatro sacos de cereales.

—Lo más triste —comentó el médico— no es tener que dar comida, sino dar sin saber si esa comida se destina a personas o a animales.

¿Hay ultraje mayor que semejante tipo de ocurrencia en boca de un europeo?

Comparto con usted estas confesiones preliminares, pero desde ahora mismo debo advertirle que esta no es exactamente una carta. Es una convocatoria que redacto en el intervalo de mis nuevas ocupaciones en esta simpática ciudad de Inhambane. Como he escrito al principio de la carta, estamos en vísperas de un gran ataque en Magul. Este será un momento crucial para mi carrera. La jerarquía está con los ojos puestos en mí y no puedo perder la oportunidad de brillar.

Sin más dilación, el asunto es el siguiente: es absolutamente necesario que me sirva de informador sobre el terreno. No es una petición. Es una orden de un superior suyo. Nada de esto tiene que ver con las promesas de reclamar su vuelta a Portugal, que eso serán favores futuros que ahora mismo no tienen cabida. Esto es diferente. Sería vital que tuviese, de primera mano, información de naturaleza estratégica. Lo más importante es lo referente a los movimientos de Gungunhane o de los dos reyezuelos fugitivos. Si supiera de eso antes que cualquier otro oficial portugués —y sobre todo antes que Mouzinho de Albuquerque—, obtendría un preciado triunfo que me afamaría ante mis superiores. Nuestra correspondencia pasa, por tanto, a tener un carácter funcional y reservado. Así y todo, sus cartas pueden y deben continuar hablando de sus sentimientos personales. Serán anotaciones al margen. Lo principal es que me proporcione triunfos que me promuevan a mí y degraden a mis adversarios políticos. Sabré recompensarlo. En cuanto mi ascenso se produzca, sargento, amigo mío, será inmediatamente enviado a Portugal. Se lo prometo.

## 9. Una edad sin tiempo

*La historia del mundo es un relato de tres días y tres muertes. El primer día hubo una inundación y todas las criaturas se convirtieron en peces. Así fue como mis dos hijas se ahogaron en el río. El segundo día, un incendio devoró los bosques y donde flotaban nubes solo quedó polvo y humo. Las fuentes se secaron, los ríos se extinguieron. Entonces, todas las criaturas se transformaron en pájaros. Eso fue lo que le sucedió a tu madre, ¿no te acuerdas de ella en el árbol? El tercer día una violenta tempestad barrió los cielos, y las criaturas con alas se convirtieron en animales terrestres y se desperdigaron por valles y montañas hasta no reconocerse a sí mismas. Es lo que nos está sucediendo a nosotros, los supervivientes de la guerra.*

KATINI NSAMBE, HABLANDO CON SU HIJA IMANI

He aquí lo que agrada al cocinero: ver el fondo de los platos como si una lengua de gato los hubiese lamido. Así era, purificado por el hambre, como se presentaba el plato de aluminio con el que se abanicaba el padre Rudolfo. De súbito, el religioso suspendió en el aire el abanico improvisado para comentar un rumor que le había llegado: decían que se había visto a la reina Impibekezane por los alrededores de Sana Benene.

—Espero que no se le ocurra venir aquí —añadió el cura a media voz.

Más que un honor, la posible visita de aquella dignataria sería un motivo de inseguridad. El cura quería la casa de Dios alejada de la política y las guerras. La iglesia podía convertirse en enfermería, pero nunca en un lugar de ceniza y muertes.

—En eso le doy la razón, padre —convino Bianca—. A veces, en una guerra, lo peor que puede pasar es ganar una batalla. Los portugueses ganaron en Marracuene, pero dejaron decenas de muertos. Entonces llega la venganza.

A aquellas horas el calor era intenso, pero lo que más nos sofocaba era el presagio de una tragedia inminente. La guerra nos rodeaba con sus tenazas

invisibles. Lo que me preocupaba era cómo, cercados por tantos peligros, podríamos trasladar a Germano al hospital de los suizos.

—No te aflijas, querida Imani —declaró el padre Rudolfo. Y añadió—: Este blanco tuyo todavía permanecerá aquí retenido un poco más de tiempo.

Nuestra partida a Mandhlakazi se había pospuesto. Al doctor Liengme lo había requerido António Enes en Lourenço Marques y nadie sabía cuándo regresaría.

Mientras Bibliana recogía los platos y los cubiertos para meterlos en una jofaina con agua, los demás guardamos silencio. Cada vez que la curandera negra pasaba, la blanca estiraba las piernas para obstruirle el paso. Incapaz de hacer que tropezara, Bianca la reprendía:

—Pasa por detrás de la gente. ¿Es que el cura no te ha enseñado buenos modales?

Cuando, por fin, Bibliana se recogió a la sombra del porche de la cocina, Bianca comentó en tono severo:

—Lo que esa mujer lleva puesto es ropa de dormir.

—Doña Bianca, aquí toda la ropa es de dormir —argumentó, displicente, el cura.

—Las mujeres se ponen esos atuendos dentro de casa.

—Usted no lo entiende: la casa, para esta gente, es todo esto y lo que hay alrededor.

La europea contempló el caos que los rodeaba mientras el sacerdote hablaba:

—Lo que pasa, doña Bianca, es que a usted le da miedo Bibliana. No ve en ella a una persona. Ve a una negra, a una bruja.

—No es ella la que me preocupa, sino usted. Ya se ha olvidado de que es un cura, se ha olvidado de que esta casa es un lugar sagrado.

—¿Un lugar sagrado? ¿Quiere saber por qué estoy aquí? Me mandaron a Sana Benene porque esto no es ningún sitio. Me castigaron. Denuncié negocios sucios de personas importantes.

—¿Qué negocios?

—Esclavos.

—Pero, señor padre, admitámoslo, ¡hace tiempo que eso se ha acabado!

—Ese es el problema, doña Bianca, que no se ha acabado. Y usted sabe muy bien de lo que le estoy hablando.

\*

Al entrar en la iglesia aquella tarde, al padre Rudolfó le sorprendió la presencia de tres hombres que ocupaban la primera fila de las escasas sillas. Los extraños se presentaron: eran Manhune, general y consejero de Ngungunyane, y dos escoltas vestidos de civil. Es de mala educación que un visitante anuncie a bocajarro sus intenciones. Pero Manhune estaba por encima de esos preceptos y, sin rodeos, anunció el motivo de su visita: venía a buscar a las mujeres.

—¿Qué mujeres? —preguntó, temblando, el sacerdote.

—A Bibliana y a la blanca que acaba de llegar.

No se irían de allí sin llevárselas. El *nkossi* Ngungunyane las quería a las dos. A la negra, por los poderes que tenía. A la blanca, por el poder que le daría tener una esposa europea. Al borde de las lágrimas, el cura imploró:

—¡Por favor, no se lleven a mi marido!

Los mensajeros se rieron a carcajadas. ¿Cómo que su marido? Pero no se lo tuvieron en cuenta: aquel blanco hablaba en un idioma que no era el suyo. Y lo corrigieron con cordialidad. El incidente lingüístico tuvo por efecto la disuasión provisional. El mensajero condescendió: que el cura se organizase, que ellos volverían al cabo de unos días. Para entonces, las dos mujeres deberían estar disponibles y preparadas para irse. Y se retiraron, difuminándose en las sombras del paisaje.

\*

Ni Bianca Vanzini ni Bibliana estaban en el patio de la iglesia, y, por eso, el padre Rudolfó aprovechó el momento para informarnos, a mi padre y a mí, de la visita del jefe vanguni y las pretensiones de Ngungunyane. Nos pidió que guardásemos el secreto. No valía la pena asustar a las mujeres objetivo de la amenaza. Y sobre nosotros pesó un silencio espeso, solo interrumpido por el gorgoteo de la bebida que mi padre se servía con ansia. Irritado, el cura le quitó de las manos la botella de *nsope* y preguntó:

—¿Dónde está tu hijo Mwanatu?

Katini contempló los vastos campos de alrededor como si buscara no al hijo, sino un idioma para responderle.

—Anda por ahí...



—Por ahí, ¿dónde? No son tiempos de ir andando por ahí...

Mi padre no respondió por temor a que lo malinterpretara. De su hijo se decía lo que se dice de todos los locos: que deambulaba por las noches durmiendo a los animales bravíos. Que apaciguaba el cansancio y el hambre de las bestias. Y que así se ganaba el alma de los animales.

—Ese muchacho sigue siendo un retrasado. Esa es la triste verdad — insistió el cura, incómodo.

Katini Nsambe se saltó el respeto debido a un sacerdote y venció el miedo ante un blanco.

—Se trata de mi hijo, es mi hijo de quien estamos hablando.

Los nervios le impidieron seguir sentado. Empezó a dar vueltas alrededor del árbol y arrancó las cortezas resacas, todavía pegadas al tronco, hasta que le sangraron los dedos.

El cura hablaba conmigo como si Katini no estuviese presente:

—Tu padre está contento por llevarte a la tierra de los blancos. ¿Eso es lo que quieres ser: una negra en el mundo de los blancos?

Por un segundo pensé que mi padre se inclinaba sobre el sacerdote para agredirlo. Y eso fue lo que el padre Rudolfo se temió, protegiéndose la cara con los brazos. Katini Nsambe, sin embargo, se limitaba a inclinarse sobre el cura para recuperar la botella de aguardiente, y, sosteniéndola contra el pecho, se alejó con pasos firmes.

—¿Sabes que Gungunhane ha prohibido el consumo de bebidas alcohólicas? Decretó la ley seca cuando su hijo murió alcoholizado el mes pasado.

—Ngungunyane no manda en mí —declaró Katini. Y añadió—: El primero en violar esa ley será él mismo.

Mientras se atusaba su larga barba blanca, el padre Rudolfo se olvidó por un momento de la delgada silueta de mi padre y fue a mí a quien dirigió su atención:

—No dejo de escuchar lo que los demás negros dicen de ti. Y te confieso una cosa, hija mía: mejor que fueses blanca.

Más que a una raza, yo pertenecía a una especie maldita: era amiga de los blancos. Me echarían en cara esa condición como se hace con los locos y los leprosos.

—Acabarás —dijo— teniendo envidia del desprecio con que tratan a tu desvalido hermano.

Y había otra lección, quizá la última que me quería transmitir. Nuestra tierra era como una isla: los que llegaban no se querían quedar. De manera que, por mucho que nos gustasen, no debíamos entregarnos a ellos con toda nuestra alma.

—Los que llaman a nuestra puerta están de paso. Ábreles la casa, pero mantén cerrada tu alma.

Se refería a mi atracción por el sargento. Pero el cura también hablaba de sí mismo. Un hombre entre mundos, una criatura entre fronteras. Para los blancos, era amigo de los negros. Para los negros no era más que un portugués de segunda categoría. Para los indios, con quienes compartía el color de la piel, el cura no era nadie. Tenía la lengua, las creencias y los modales europeos. No llegaba a ser traidor. Simplemente, no existía.

—Esa es la triste ley del mundo: los que existen por la mitad acaban siendo doblemente odiados.

Una botella vacía rodó por la arena hasta mis pies. Era mi padre, que regresaba junto a nosotros y se sentaba en silencio. Quedarse así, callado, era una manera de pedir disculpas. Se frotó durante un rato las manos en las rodillas para armarse de valor:

—Dígame una cosa, padre. Su esposa..., esa mujer, la tal Bibliana, habla la lengua de aquí pero no es una mujer de las nuestras, de los vachopi, ¿verdad?

—¡Vaya pregunta, Katini! ¿También quieres saber cuál es la tribu del sargento portugués? —inquirió el cura. Y añadió—: Bibliana es de la tribu de las mujeres. Eso es lo que ella respondería si se lo preguntases.

\*

Se oyeron explosiones a lo lejos. A continuación, disparos. Y caballos en tropel que se alejaban. Y, después, nada más.

—¿Quién estará disparando ahora? —preguntó el cura.

Nadie podía responderle. ¿Cuántas guerras hay dentro de una guerra? ¿Cuántos odios se esconden cuando una nación manda a sus hijos a la muerte? Adiviné los gritos que se perdían en la distancia. Serían mujeres, seguramente, las que gritaban y a las que nadie escuchaba porque estaban lejos, siempre demasiado lejos. El cura suspiró, como hastiado:

—¡Se avecinan más entierros!

Y los dos hombres bebieron. Cada vez que llenaban los vasos, maldecían

al rey de Gaza:

—¡Que se le mueran los hijos y las hijas! ¡Y que se queden sin enterrar y los devoren las hienas!

Los borrachos son como los prisioneros: crean un tiempo que solo entre ellos se puede compartir. Excluida, pedí autorización para marcharme, pero el cura me ordenó que me quedase: había un asunto que quería aclarar con mi padre.

—La guerra llama a nuestra puerta, querido hermano Katini. ¿No crees que ha llegado el momento de que Imani sepa la verdad sobre las que murieron?

—Deje quieto el tiempo —dijo mi padre.

—No fue el río el que se llevó a tus hermanas —afirmó el sacerdote—. Bebieron agua de un pozo envenenado.

—¿Quién puso el veneno? —pregunté, con una serenidad sorprendente.

—El demonio —replicó el cura.

Y mi padre lo confirmó asintiendo con la cabeza. En la tensa y densa quietud que se produjo a continuación, los detalles más pequeños adquirieron la dimensión de un presagio: la caída de las primeras gotas de lluvia, el olor que parecía emerger de la tierra pero que venía de un rincón primitivo de nuestra alma. Y de nuevo se adivinó el grito mudo de las mujeres más allá de la distancia.

—Son cosas pasadas, antiguas ya —dijo el cura con actitud consoladora.

—No hay cosas antiguas —afirmó Katini—. Hay cosas vacías como esta botella.

## 10. Segunda carta del sargento Germano de Melo

*Siendo grandes conquistadores de tierras, los portugueses no se aprovechan de ellas, sino que se contentan con arañarlas a lo largo de la orilla del mar como hacen los cangrejos.*

FRAY VICENTE DE SALVADOR, *Historia de Brasil*, 1627

Sana Benene, 8 de agosto de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Vuestra Excelencia me ordenó que le sirviera de espía. De inmediato empecé a cumplir esa nueva misión, y en esta misiva ya le hago llegar información sobre un extraño suceso ocurrido en Sana Benene. Ayer, la reina Impibekezane, madre de Gungunhane, se presentó en esta iglesia. La gran señora de los vatuas apareció a media tarde y venía acompañada de una pequeña y discreta delegación. En ese momento yo dormía profundamente y ni siquiera el alboroto me despertó de la siesta. El cura alojó a la visita real en un barracón de madera y zinc escondido entre un bosquecillo de arbustos. Vale la pena hacer aquí un paréntesis para hablar de este almacén. La intención inicial de Rudolfo Fernandes era instalar en él una tipografía para la reproducción de textos religiosos. De un viejo componedor y de una prensa no quedan más que unas cuantas piezas sueltas, dispersas por los rincones. Y, también, el cajetín de madera con algunos tipos, por allí alineados como soldados en un desfile. Con eso era con lo que el padre pretendía imprimir la Biblia en txitxope traducida por mí. Pero todo se quedó en buenas intenciones. La idea de una Biblia en la lengua de este pueblo se desvaneció en el aire, como ocurre con el olor a tinta, que sin embargo es tan fuerte y característico que todavía hoy evoca algo extraño de cuando aún todo estaba en Makomani.

Me despertaron a sacudidas anunciando la llegada de los extraños

visitantes. Aún amodorrado y apoyado en los brazos de Imani y el cura, atravesé lentamente el patio ansioso por conocer a la vieja dama que tanta influencia ejercía en Gungunhane y su corte. Como Vuestra Excelencia sabe, la reina Impibekezane no es madre de sangre del monarca. La madre verdadera falleció recientemente y, por deseo expreso de su esposo Muzila, fue enterrada envuelta en la bandera portuguesa.

La razón de esta inesperada visita era, imagínese Vuestra Excelencia, ¡mi persona! Impibekezane había oído hablar de la llegada de un militar blanco a Sana Benene y pretendía encontrarse en privado con dicho portugués. Por eso me despertaron zarandeándome, pues no querían hacer esperar a tan ilustre visitante. A la puerta del barracón había dos soldados vatuas que servían de escolta a la reina. No ostentaban ninguna señal que los identificase como militares. En la puerta me inspeccionaron los paños que envolvían mis brazos. Y después, meneando la cabeza, autorizaron mi entrada. En cambio, prohibieron el paso al cura y a Imani.

Al fondo de la caseta había sentadas dos mujeres. La reina madre se distinguía por el peinado tramado, los múltiples collares de cuentas y las pulseras que le adornaban las muñecas y los tobillos. Como me habían recomendado, le dirigí un saludo que solo se utilizaba para dirigirse a un rey:

—*Bayeté!* —proferí, haciendo una reverencia poco convincente.

Confieso, Excelencia, que me atrajo la otra mujer, mucho más joven y que destacaba por su rara y delicada hermosura. No tengo palabras para describir a aquella doncella: una piel de tono rojizo, un cuerpo perfecto y una cara bien dibujada. De tal manera me fascinó aquella negra que, al advertir mi turbación, la reina le dijo que se sentase más atrás, apagada por la penumbra del rincón. Hablé en portugués con la vana esperanza de que autorizasen que Imani hiciera de traductora. La hermosa muchacha me sorprendió al responder en mi lengua. Me aclaró que los asuntos que se tratarían allí eran demasiado confidenciales. Anunció que se llamaba Mpezui, que era hermana del rey de Gaza y que, en la infancia, había asistido a una escuela que los portugueses habían construido en Manjacaze. Y clavó en mí sus ojos profundos y oscuros, hechos para asediar el alma de un hombre.

La reina madre venía alarmada por la tensión que se vivía en la región. Los dos ejércitos concentraban a miles de hombres en la llanura de Magul. Quería saber qué lugar ocupaba yo en la jerarquía militar. Hice referencia a mi grado de sargento y las dos mujeres intercambiaron un breve diálogo para después

inclinarse haciendo varias muestras de cortesía. Con entusiasmo, Mpezui declaró que el rey de Gaza detentaba también la posición de sargento en el ejército portugués, y que por ello mi persona merecía el máximo respeto. Se equivocaban. Confundían el grado de sargento con el de coronel, que era la distinción que el rey don Carlos había atribuido a Gungunhane. No las contradije. Así y todo, la singularidad de aquella visita me alteró hasta tal punto que los escalofríos de la fiebre se volvieron a apoderar de mí. El corazón me latía en las muñecas y la sangre empezó a gotear por las vendas. Oculté ese goteo llevándome las manos a la espalda.

—Mi difunto marido, Muzila, fue un gran amigo de Portugal —anunció la reina.

El soberano vatua, sin embargo, murió desilusionado: parte de las promesas de los portugueses nunca se cumplieron. No obstante, esta era una verdad en dos direcciones: el monarca africano también se había olvidado de cumplir sus compromisos. Vuestra Excelencia disculpará estas omisiones por ambas partes. Bien sabe que esa es la naturaleza humana: si tenemos memoria es para olvidar nuestras culpas.

La reina madre posó sobre mí una mirada sentenciadora mientras me advertía que nunca, pero nunca, la desilusionase. Bajé la cabeza en señal de obediencia, pero porque la debilidad me nubló el discernimiento.

—En tiempos como este, la decepción se paga con la vida —me intimidó la soberana.

La tierra que yo pisaba era sagrada, declaró la reina. En aquel suelo vivían sus muertos. Con innecesario detalle, describió la ceremonia fúnebre de Muzila. Escuché el relato largamente y de forma fragmentada, perdiendo la audición aquí y allá: el cuerpo del difunto Muzila fue suspendido de un árbol para recoger los líquidos en una palangana ancha. Esos fluidos se usarían después para abonar el suelo.

—Morimos para ser simiente —remató la visitante retocándose el peinado, dándome la impresión de que nunca se llegaba a tocar el pelo. Inspiró hondo antes de volver a hablar—. Soy reina, pero primero soy madre. A los hombres —declaró— se les educa para la guerra. Ignoran, sin embargo, que ningún ejército tiene más fuerza que una mujer defendiendo a su prole.

Sin ser sangre de su sangre, Gungunhane —o Umundungazi, como ella lo llamó— era su hijo predilecto. Y estaba dispuesta a defenderlo a toda costa. Por esa razón se había presentado allí: había concebido un modo de salvar al

emperador. Ese plan salvaría, al mismo tiempo, la vida y la honra de los portugueses, que a ojos del mundo entero serían los únicos vencedores. Los únicos que no reconocerían nunca esa victoria serían los vencidos. Y así, a lo largo de los siglos festejarían, de otro modo, su triunfo.

La reina madre se inclinó sobre mí como si me fuese a contar un secreto. La bella Mpezui imitó el gesto de la soberana y rozó con los labios mis oídos para traducirme el murmullo de Impibekezane:

—Escúcheme como si fuera hijo mío.

En aquel momento crucial, sin embargo, sentí que una intensa hemorragia inundaba el suelo detrás de mí. Me dio tiempo a entender que hablaba de Sanches de Miranda y del nombre que le han puesto en su lengua, el *mafambatcheca*, el que se ríe mientras camina. Pero yo ya me estaba desangrando por las muñecas. Intenté pedir socorro, pero las palabras no me llegaban a la boca. El mundo ya estaba oscuro cuando me desplomé en mi propia sangre.

No puedo atestiguar, Excelencia, lo que sucedió durante mi ausencia temporal. Alguien debió de arrastrarme, porque me desperté ya en casa, alarmado por un ruido infernal que llegaba desde el patio.

Tengo que terminar la misiva aquí para no perder al mensajero que partirá de inmediato. En breve le daré más noticias.

## 11. El robo de la palabra de metal

*He aquí lo que nos dicen antes incluso de nacer: que la gran virtud de la mujer es estar siempre presente sin llegar nunca a existir.*

PALABRAS DE BIANCA VANZINI

Me desperté con un enorme alboroto y por la ventana de la sacristía vi gente corriendo de manera caótica. Lo primero que se me pasó por la cabeza fue que nos estaban atacando. Puede que fuera mi propia gente, los vachopi, con el propósito de secuestrar a la reina madre.

El padre Rudolfo me aclaró lo que ocurría: después de que la comitiva real vanguni se hubiera marchado, se constató que los visitantes habían robado todo el metal que quedaba en el barracón. Las mesas estaban vacías. Los tipos de metal concebidos para divulgar la palabra de Dios servirían ahora para hacer balas.

En aquel momento, el sargento Germano salió de la casa. Se había enterado sumariamente de lo ocurrido y, con el dedo en ristre, advirtió al sacerdote que esperaba de él un informe sobre el asalto. Se comportaba como si fuese el propietario de la iglesia. El cura desdeñó la orden. ¿Qué importancia tenía la desaparición de unos trozos de metal frente a la nueva y abrumadora victoria que los portugueses habían conseguido en Magul?

—¿No celebras las victorias de tu ejército? —inquirió el padre Rudolfo.

Aquella novedad no pareció preocupar al sargento. Poco le importaba que seis mil guerreros enemigos comandados por el odioso Zixaxa hubiesen capitulado ante unos cientos de combatientes portugueses. Poco le importaba que las ametralladoras de sus compatriotas hubiesen dejado cuatrocientos muertos en la llanura de Magul. De lo único que Germano quería tener conocimiento era del robo de las piezas de metal. Rudolfo miró al soldado a los ojos y le dijo:

—Detecto miedo en tu alma, hijo mío.

Y le dio la espalda. El sargento, sin embargo, fue tras sus pasos: que no se



olvidase el sacerdote de que él, a pesar de estar herido, cumplía con sus deberes sagrados. Y tendría que rendir cuentas del incidente.

—¿Rendir cuentas a quién? —preguntó el cura.

—A mis superiores.

El sacerdote cogió un cubo para ir a buscar agua al río. En mitad del camino todavía comentó:

—Ve con Imani, hijo mío. Necesitas consuelo con urgencia.

En ese momento, Bibliana pasó junto a nosotros y, sin detener la marcha, abordó en txitxope al alucinado sargento:

—¿Cuántas Biblias hay, soldado? ¿Una para los ingleses y otra para los portugueses? ¿Una para los blancos y otra para los negros? Ese Dios que dicen que es único, ¿en qué lengua habla?

Las preguntas fluyeron en cascada y el portugués no entendió nada de nada. Cuando se acercó a mí, confirmé su estado de confusión. Su mirada era irreconocible cuando tendió un brazo hacia mi rostro:

—Ese pelo, Imani...

—¿Qué le pasa a mi pelo?

—¿No lo puedes enderezar?

—¿Está torcido?

—A partir de ahora te lo alisarás. No quiero más pelo crespo que me dañe los dedos, esos malditos caracoles me entran por las vendas y me infectan las heridas.

Las fiebres han regresado, pensé. Pero no era un regreso. En su cara se adivinaba una crispación que nunca había visto antes. Tímidamente, rocé con los dedos su pelo. Repelió mi gesto con brusquedad. Desconfiado, el portugués miró alrededor como para asegurarse de que nadie nos estaba escuchando. Entonces lanzó una pregunta inesperada: si el padre Rudolfo merecía nuestra confianza. Ante mi estupefacción, insistió:

—¿No se habrá aliado con los negros?

—¿Los negros? —inquirí, atónita.

El sargento no se dio cuenta de lo extraño de sus palabras. Y ya dudaba de si Rudolfo seguía siendo el mismo cura.

—¿Conoces la historia de ese fulano?

Era sabido en Sana Benene que todas las mañanas el cura se miraba al espejo. Creía que, día a día, sus ojos castaños se iban poniendo azules. Que se desprendía de la raza como las serpientes de la piel vieja. Y que cada vez se

volvía más y más parecido a su progenitora portuguesa, que él solo conocía por lo que le habían contado.

—No creo que ese tipo tenga una madre portuguesa. A decir verdad, no sé siquiera si tendrá madre —declaró Germano.

—¿Quieres saber quién es Rudolfo Fernandes? Nadie mejor que yo para contarte la historia de ese cura.

\*

La madre de Rudolfo Fernandes era una de las llamadas «huérfanas del rey». Recogida en un orfanato de Lisboa, fue enviada por el monarca portugués a Goa. En la India había que contraer matrimonio con uno de los pocos portugueses que allí prestaban servicio. La intención era mantener la llamada «pureza de la raza». En el caso de la madre de Rudolfo, ese propósito no se alcanzó: la huérfana no eligió a un blanco sino a un indio de piel muy oscura. El hijo de esa inesperada pareja fue entregado al seminario de Goa y allí hizo su formación religiosa. Terminado el seminario, las autoridades lusitanas lo mandaron de la India a Mozambique, porque no había en todo el territorio más que media docena de sacerdotes que evangelizasen en una lengua civilizada y civilizadora: el portugués. Los otros cristianos, los calvinistas suizos, predicaban de forma equivocada la palabra de Dios. Animaban a los negros a escribir en sus propias lenguas. Les enseñaban a ser africanos.

El padre Rudolfo desembarcó en Makomani, nuestra aldea del litoral, con la misión de contrarrestar esas influencias. Y así fue como también desembarcó en mi infancia. Al principio, el goés estaba entusiasmado: la iglesia rebosaba de gente en las misas de los domingos. Los llamados «indígenas» recibían con emoción las cartillas para aprender a leer. El misionero creyó que los africanos se afanaban en descifrar las letras. Una ingenuidad por su parte. Los más ancianos cogían los cuadernos y les arrancaban las hojas para encender hogueras con las que freír pescado.

Mi padre, Katini Nsambe, vio en la catequesis más que una conversión religiosa: era una puerta que se abría al mundo de los blancos. Esa era su intención: que yo, Imani, me deshiciera de mi origen. Que escapase de mí misma hacia otro destino, sin retorno, sin raza, sin pasado.

—En el metal que han robado había un poco de mí —dije, interrumpiendo

el largo relato.

Para neutralizar la influencia de los protestantes, Rudolfo decidió traducir la Biblia. Durante meses lo ayudé en la conversión del portugués al txitxope. Una vez tuve la osadía de dudar del carácter sagrado del libro. ¿Quién lo había escrito, quién lo había imprimido sino simples mortales? Para Rudolfo la respuesta era simple y clara:

—Los libros nunca están escritos. Cuando los leemos, los escribimos.

Puede que aquel libro no fuera sagrado, pero hacía que las personas lo fuesen. Eso nos enseñaba el cura en la catequesis. A él, sin embargo, ni el libro ni la fe lo ayudaron a mantenerse lúcido e íntegro. Lejos de Goa, apartado de los suyos, el joven clérigo fue perdiendo el sentido de la realidad. Varias fueron las mujeres que durmieron con él en la iglesia. Defendía que aquella era la mejor manera de administrar la primera comunión. Su libertinaje, con todo, no se limitaba a los placeres carnales. En la orilla de la playa se acumulaban las botellas de vino que consumía. El mar las prendía de la cintura y ellas se balanceaban, como bailarinas solitarias, sobre la cresta de las olas. Viajaban, según el misionero, de vuelta a las playas de Goa. Vacías, tan vacías como el hombre que se las había bebido.

Una vez me ordenó que suspendiese los trabajos de traducción y le devolviese la Biblia.

—Ya no necesitamos más traducciones. Ni ningún libro más.

Señaló el río, las dunas y, más allá, el mar. Y declaró:

—Mi biblioteca es esta.

## 12. Tercera carta del sargento Germano de Melo

*El peor sufrimiento no es ser derrotado. Es no poder luchar.*

PROVERBIO DE NKOKOLANI

Sana Benene, 9 de septiembre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Sé que después de la batalla de Magul Vuestra Excelencia regresó a Inhambane, e imagino que, ante la euforia de las grandes noticias, no se habrá enterado de los acontecimientos que paso a relatarle. Todo comenzó anoche, cuando los perros denunciaron la presencia de un intruso. La gente salió de las casas para saber qué pasaba. Un negro de la etnia de los vandaus había entrado en la aldea dando tumbos. Venía malherido, con el pecho y las piernas sangrando. Había sobrevivido, imagine Vuestra Excelencia, a un pelotón de fusilamiento en Chicomo. Se hizo el muerto después de desplomarse en el suelo. Los soldados se inclinaron sobre el cuerpo para confirmar la ejecución cuando una enorme serpiente emergió de la oscuridad, causando la desbandada general. Gravemente herido, el hombre se metió en una canoa y dejó que la corriente lo arrastrase hasta Sana Benene.

Había sido Mouzinho de Albuquerque quien dictara su sentencia de muerte, creyendo que se trataba de un espía de Gungunhane. Le mandaron quitarse la ropa para comprobar si tenía en el cuerpo los tatuajes tradicionales de nuestros enemigos. No era más que una forma de aplazar la pena. Mostrase o no las marcas de la etnia culpable, el desgraciado estaba condenado: el simple hecho de atreverse a circular por el área anexa al cuartel ya era motivo suficiente.

Fue un milagro que el cafre llegara vivo a Sana Benene. Cuando Bibliana apareció, noté que entre ella y el superviviente pasaba algo especial. La curandera se quedó paralizada contemplando al intruso y, de repente, se lanzó

efusivamente a sus brazos.

—Es mi cuñado Manyara —anunció, deshecha en lágrimas.

Y los dos, abrazados, entraron en la iglesia. Todos sabían qué hacer: Imani fue a hervir agua, Bianca a buscar vendas y ropa limpia y el cura se quedó sentado con la mirada clavada en mí.

—¿Qué te pasa, hijo mío? —me preguntó con un irritante tono paternal.

Le respondí que se trataba de un prisionero ya condenado y que había que llevarlo a Chicomo para devolverlo a la justicia.

—¿Para que lo vuelvan a matar? —ironizó el cura.

Le recordé que, de ese modo, éramos cómplices de un criminal. El padre Rudolfo me encaró con una agresividad inesperada:

—Ese hombre nunca ha pasado por aquí, ¿me entiendes? Bibliana se ocupará de él como se ha ocupado de ti y después seguirá su camino, como tú seguirás el tuyo.

Entré en la iglesia y aspiré el aroma de las infusiones que tan bien conocía. El cafre herido ocupaba el lecho en el que yo había convalecido antes. Ordené al negro que me contara lo que había sucedido en Chicomo. Quise saber si, cuando fue interrogado, admitió ser un espía. Bibliana, con su pobre portugués, tradujo las titubeantes declaraciones de su cuñado:

—Dice mi cuñado que habló en su lengua, el xindau, y que ningún portugués lo entendió.

Y comentó la pitonisa que entre los blancos y los negros sucede siempre ese equívoco: aquellos cuya lengua no comprendemos ya están confesando su culpa.

Sus nuevas instrucciones, Excelencia, no se me iban de la cabeza. Así que, a pesar de la oposición de la curandera, insistí en que el negro malherido narrase las circunstancias de su detención y subsiguiente fuga. Entre gemidos y muecas, el hombre rememoró el infierno por el que había pasado en Chicomo. Cuando lo arrastraron al paredón, Mouzinho de Albuquerque mandó hacer una pausa a los soldados para recordarles el procedimiento: solo los blancos podían formar parte del pelotón de fusilamiento. Tras los disparos, el cafre creía estar realmente muerto.

—No tuve que fingir, estoy aquí porque resucité —murmuró. Y añadió, esbozando una ligera sonrisa—: He revivido gracias a mi cuñada.

Durante dos días se había arrastrado por los caminos para venir a agradecerse a Bibliana, la viuda de su difunto hermano. Había sido ella, con

su magia, la que lo había protegido contra las balas. Y sería en manos de aquella *sangoma* —que es como aquí llaman a las curanderas— como sanaría de sus graves heridas.

Exhausto y dolorido, el hombre insistió en que lo dejásemos a solas. Pero antes de retirarnos balbuceó un recado que Bibliana tradujo. El intruso me recomendaba que huyese de allí. Decía que la guerra estaba a punto de llegar y que aquel no era un lugar seguro ni para los blancos ni para los de su tribu, los vandau. Ambos éramos fantasmas y, en aquel vacío, pesábamos.

Doña Bianca estuvo de acuerdo con el mensaje del forastero, y agitó las manos como si, más que escuchar,uviésemos que ver sus palabras:

—¡El hombre tiene razón! ¡Abandone el ejército, Germano!

—¿Acaso sabéis lo que se les hace a los desertores? —advirtió el cura, amargo.

—Pero, padre, en medio de este caos ¿quién caerá en la cuenta de que existe este hombre? —preguntó Bianca—. Si nadie lo ha hecho antes, cuando estaba en su puesto, ¿quién lo notará ahora?

Bianca y el padre Rudolfo siguieron hablando como si yo no estuviese presente. Busqué los ojos de Imani, pero me volvió la cara. Lo entendí. ¡Ni yo mismo me reconocía!

Y estos han sido, Excelencia, los atribulados sucesos que por aquí han ocurrido. Volví a mi habitación y empecé a garabatear esta misiva. Y me pasé el resto de la mañana sumido en un estado de postración inexplicable. Confieso que sentía una profunda nostalgia de Imani. A mediodía vinieron a anunciarme que el cuñado de Bibliana no había sobrevivido a las heridas. Lo último que pidió fue que le llevaran a alguien que le cantase algo en su lengua materna. También asistí a los preparativos del funeral. El cura me llamó aparte para decirme que, en el momento de la extremaunción —que para los cafres es un bautismo—, el negro le había confesado que la acusación que pesaba sobre él era cierta. Que desde hacía semanas prestaba servicios de espionaje. Entregaba información a Gungunhane a cambio de la salvación de su familia, esclavizada en la corte de Gaza. Y entonces, Excelencia, el cura me reveló algo extraordinario. He aquí, textualmente, lo que me dijo: «Lo que por aquí no falta son espías. Si hubiese que fusilarlos a todos, quizá ya no estarías entre nosotros».

En las palabras del religioso subyacía una insinuación que me desagradó. Puede que se debiera a mi mala conciencia, pero aquella noche no pegué ojo.

Lo cierto es que fui un espía en ciernes. Que encima no pasó de ser un experimento. Y, la verdad, las palabras del padre Rudolfo me dejaron profundamente desamparado. Una vez recuperadas las manos, lo que ahora me faltaba era el alma.

Esa noche, terminadas las exequias del intruso, llamé a la puerta de Bibliana. Quería que los espíritus africanos me blindaran. Quería estar protegido contra las balas, contra las derrotas del amor, contra mi pasado, contra mí mismo. Y como nadie podía saber de mis intenciones, deseé que la pitonisa negra atendiese rápido los suaves golpes en la puerta de su cuarto.

La adivina entreabrió la puerta casi desnuda, los senos firmes y los muslos insinuándose por debajo de la *capulana* medio abierta. Y lo que sucedió después, ciertamente, no tiene relevancia alguna para Vuestra Excelencia. No dejaré, sin embargo, de alertarlo sobre la necesidad de vigilar de cerca a esta polémica y carismática figura. Difícilmente imaginará, Excelencia, el poder que esta hechicera ejerce sobre los indígenas. Puede tener la certeza de que ningún ejército es capaz de amenazarnos tanto como esta mujer con sus rezos y profecías. Mi recomendación es mantener a esta negra bajo vigilancia. Pero no fue ese el motivo por el que fui a visitarla, eso ya se lo he confesado. Así y todo, el fusilamiento de su cuñado, el supuesto espía que vino a morir a Sana Benene, no nos sitúa en una posición favorable. Solo podemos esperar que Bibliana sienta hoy una enorme animosidad contra los portugueses.

En una palabra, no debemos quitar los ojos de esta señora. Nos conviene saber cuál es su pasado y cómo la podemos convertir en una aliada nuestra. En las líneas que siguen a continuación, esbozo un retrato sumario de la persona en cuestión.

Bibliana nació y vivió hasta hace poco en una aldea cerca de Chicomo. Tenía, como es común por aquí, otro nombre que ahora no viene al caso. Al padre se lo llevaron como esclavo, a la madre la mataron por intentar defender a la familia. Durante semanas, los cazadores de personas registraron la aldea para asegurarse de que nadie había escapado al cautiverio y regresado a su lugar de origen. Esclavos y dueños de esclavos eran todos de la misma raza, de la misma lengua, de los mismos dioses.

Así fue como, todavía siendo una niña, Bibliana quedó como única pariente de su abuela materna. La anciana tenía las piernas deformadas y no podría huir en caso de ataque. Al final del día, la nieta la metía en un saco de arpillera para, en caso de emergencia, poder arrastrarla hasta el bosque. Una

noche incendiaron la aldea y Bibliana se vio obligada a abandonar a la abuela a quien había jurado proteger. La chiquilla huyó y desapareció en la espesura.

Quienes la recogieron, días después, fueron los primeros misioneros protestantes que visitaban la región. Ninguno era europeo. Los dos negros venían del Transvaal y evangelizaban en lenguas africanas. Durante la catequesis, Bibliana vio que su historia estaba escrita en el libro sagrado. Con el permiso de los misioneros se cambió el nombre de infancia y adoptó este otro por el que todos la conocen ahora. Y con la bendición de los misioneros se casó con un pescador de la aldea. Pasaron años sin que se quedara encinta. El marido tenía derecho a abandonarla, pero no lo hizo. Tampoco le echó nunca en cara su condición de mujer estéril. Para mostrar su gratitud, Bibliana trabajó arduamente capturando serpientes y cocodrilos para después vender las pieles. El marido llegó a pensar que era una domadora de caimanes. Y probó su destreza en el manejo del machete y las trampas.

Con el dinero que acumuló, Bibliana compró dos nuevas mujeres y se las ofreció al marido. Esas esposas tuvieron hijos y la familia se amplió. Durante un ataque a la aldea, al marido lo mataron las tropas de Gungunhane. Viuda, pensó que la familia se desmembraría. No sucedió así. Las otras esposas siguieron con ella y con sus respectivos hijos. Extrañamente, los niños empezaron a llamar a Bibliana *tate*, palabra empleada para decir «padre». Las esposas temían que el alma del difunto se rebelase. Pero no sucedió nada. Y Bibliana pensó: mi buena suerte ha ido más allá de lo razonable. El sexo, la edad y la viudedad no autorizaban tanta fortuna. No tardaría en ser acusada de hechicería, así que tomó una decisión.

—Quedaos con mi casa, quedaos con mis cosas. La que se va soy yo.

Y partió hacia Sana Benene, donde conoció al padre Rudolfo. Y no le bastó con la certeza de que su historia estaba escrita en el libro sagrado. Poco a poco fue asumiendo que era una Virgen:

—Los hijos que crie no eran de las otras, eran míos. Soy como la madre de Dios: me quedé preñada de hombres con los que nunca me acosté.

Así fue como esta mujer poco común se instaló en Sana Benene. Lo que sigue siendo un misterio es lo que sucedió para que se haya convertido en la dueña del lugar y del corazón del sacerdote. Aunque de eso ya le daré cuenta y razón en otro informe.



## 13. Entre balas y flechas

*El río es una lágrima que vuelve a los ojos de Dios.*

PALABRAS DE CHIKAZI MAKWAKWA, MADRE DE IMANI

Los celos royeron mi sueño. No hay triturador del alma más eficiente: los celos son un molino de viento que gira sin necesidad de brisa. El inusitado entusiasmo con que hace unos días el sargento me habló de Mpezui era una falsa brisa. Sin embargo, ahora había un motivo y era completamente real. El recuerdo de la noche anterior era un puñal en mi pecho: a altas horas de la madrugada, el sargento Germano llamó a la puerta de Bibliana. Ese recuerdo se renovaba en mí a cada instante. Oí la voz trémula del portugués mendigando que lo tratara. Altiva y provocadora, la mujer inquirió:

—¿Acaso no lo he tratado ya, blanco?

—Me refiero a otro tratamiento.

Germano entró, la puerta se cerró. Dejé de ver, dejé de oír. Y empecé a adivinar, sabiendo que la imaginación es el sentido más incisivo. Con todo, no me dio tiempo a flagelarme, porque minutos después la misma puerta se reabrió y Bibliana salió al patio vestida de sargento. Vaciló en la oscuridad y después se dirigió hacia mí con paso decidido. Me tendió la mano y me llevó a su casa, donde un cariacontecido y avergonzado Germano temblaba en un rincón, cubierto con una simple *capulana*.

—Nos hemos intercambiado la ropa —murmuró Bibliana explicando lo obvio.

De inmediato, una duda se alumbró en mí: ¿habrían intercambiado algo más?

—Ha venido a pedirme que lo blindara contra las balas —declaró Bibliana señalando al portugués—. Tu blanco tiene miedo.

—Estoy aterrorizado, Imani —balbució el sargento, tembloroso—. Tengo enemigos por todas partes. Necesito ayuda.

—Pues no seré yo quien lo blinde, Germano.

Y antes de que el sargento protestase, la *sangoma* prosiguió:

—Haga las cuentas, blanco. ¿Cuántos soldados han muerto en esta guerra? ¿Y cuántas mujeres han sido agredidas, violadas, asesinadas? Y responda: ¿quién necesita más protección?

Golpeó con las botas en el suelo como si de curandera hubiese pasado a desempeñar una función militar, y puso la mano en mi hombro con firmeza para declarar:

—Tú no necesitas ceremonias, hija mía. Hace mucho que estás inmunizada.

Y se desnudó en nuestra presencia para devolver el uniforme al sargento.

—Y usted, blanco, puede quedarse con la *capulana*, que parece estar hecha a su medida —bromeó.

Después nos mandó salir a los dos y aprovechar la noche para, como dijo, inmunizarnos todavía más.

Conduje al trémulo portugués del brazo procurando que no tropezase con la *capulana* que le cubría el cuerpo.

—Si el teniente me viera en esta tesitura —se lamentó por el camino.

En la sacristía lo ayudé a tenderse en su improvisada cama. Germano alargó los brazos para preguntarme:

—¿Todavía estoy sangrando?

Nunca llegué a saberlo. Si la hemorragia no se le había restañado, era en mí donde él sangraba. Y nos quedamos dormidos, cuerpo con cuerpo.

\*

Al día siguiente la iglesia estaba vacía. El sargento se había ido en dirección al río. Desde por la mañana se entretenía pescando. De una vieja escopeta había hecho una caña de pescar. Y allí estuvo durante horas sin llegar a atrapar ningún pez. Pero eso poco importaba. *Pescar* es un verbo muy amplio. Tan ancho y profundo como un río.

Esperé al cura en la sacristía. Y como la espera fue larga, me tendí en la estera en la que habíamos dormido. Los sitios donde soñamos acaban por formar parte de nuestro cuerpo. En aquel lecho todavía me sentía con Germano. Unos pasos y el arrastrar de unas sillas dentro de la iglesia me arrancaron de mi ensueño. Asustada, me puse a espiar, y enseguida me di cuenta de que se trataba de militares vanguni. El que parecía ser el jefe se

sentó junto al altar. Los demás se quedaron de pie. Al cabo de poco tiempo, el padre Rudolfo, tímido y encogido como nunca lo había visto antes, entró en el recinto.

—Ngungunyane nos ha mandado venir a buscar a las dos mujeres: a la blanca y a esa otra a la que llamaste marido —declaró en txizulu el jefe de la comitiva.

Las carcajadas de los intrusos fueron tales y tantas que el cura también sonrió, simulando que se unía a la mofa de la que era objeto. Y fue tan suave la manera en que se expresó que nadie entendió en qué idioma hablaba:

—De aquí no sale nadie... —y volvió a repetir, ahora con más ánimo—: De aquí no sale nadie, ni por encima de mi cadáver.

—¡Atadlo a una silla y llamad a los buitres! —ordenó el cabecilla del grupo.

No fue valor, sino una fuerza innominada la que me hizo salir de la sacristía y plantarme en medio de la iglesia. Los militares vanguni, que ya habían empezado a atar al sacerdote, se detuvieron, sorprendidos. Reconocí en aquellos extraños a las temibles *timbissi*, las llamadas «hienas», esas mortíferas escuadras de las que se servía el emperador.

¿Se puede oír una flecha atravesando el espacio? No por casualidad a los vachopi nos llaman el pueblo del arco y la flecha. Una mujer chope como yo es capaz de oír el silbido de una flecha hasta que esta penetra en el pecho de un hombre que, acto seguido, se desploma en el último de los abismos. Y justo a continuación, una segunda flecha y otro cuerpo desplomado. Todo sucedía de verdad, pero como si fuese un sueño.

Y entonces fue como si la realidad irrumpiera con fragor en la iglesia de Sana Benene: ante nuestro asombro apareció Xiperenyane, el más carismático de los guerreros vachopi y el más temido de los enemigos de Ngungunyane. Con sus propias manos, Xiperenyane liberó al cura mientras daba órdenes de que los cuerpos de los vanguni fueran retirados.

—La casa de Dios no puede recibir sangre del diablo —fue lo que dijo.

Desde pequeña había aprendido a distinguir el sonido inconfundible de un cuerpo siendo arrastrado. Y era como si aquella fricción le robase vida al propio suelo. Menos vivo parecía el cura, ya libre de las amarras pero todavía inmóvil en la silla. Xiperenyane se acercó al último de los supervivientes de la brigada vanguni y lo desafió, cara a cara:

—¿Te acuerdas de mí, Manhune? Crecí con tu rey, viví en tus dominios

hasta que me hice hombre. Y hui para seguir siendo persona.

Los vanguni lo habían utilizado para aplicar la vieja receta de hacerse con un buen ejército: se raptaba a muchachos jóvenes que se llevaban lejos de sus tierras para que se olvidaran de la familia y de los afectos de que disfrutaban. Y luego creaban con sus verdugos la única familia que les quedaba. En el caso de Xiperenyane la receta no funcionó. En ese momento, el guerrero chope pasaba por la aldea de vuelta de la batalla de Magul, donde había luchado junto a los portugueses.

—Todavía llevo la sangre de los tuyos en mis manos. Vas a tener que contar bien cuántos de tus soldados volverán a casa.

Y se burló de los escuadrones más aguerridos de los vanguni, que, según dijo, «llegaron llenos de plumas y salieron desplumados». Después se dirigió en txizulu al emisario del rey de Gaza:

—¿Venías a robar mujeres para tu rey? Para no irte con las manos vacías, llévale un recado de mi parte: dile que mis uñas son largas garras de lagarto. Desde donde estoy, y sin dar un paso, todas las noches esas garras le arañan el sueño.

—Sabes que no puedo llevarle ese mensaje —respondió el otro—. Nadie puede hacerlo.

—Eres un esclavo, Manhune. Quien manda en ti no es ningún rey, es el miedo.

Manhune era un destacado comandante y consejero de Ngungunyane. No perdió un ápice de altivez mientras se retiraba. Al pasar junto al sacerdote portugués, bromeó:

—Quédese tranquilo, padre, que esta vez no nos llevamos a su marido.

## 14. Cuarta carta del teniente Ayres de Ornelas

*El teniente Ayres de Ornelas confesó su ignorancia, pues según él mismo escribió: «Aunque parezca extraño, en la Academia Militar de nuestro tiempo no se hablaba de campañas coloniales. El Reglamento Provisional para el Servicio de los Ejércitos en Campaña, de 1890, era mudo y quedo al respecto. ¿Cómo debíamos luchar, cómo luchaban nuestros adversarios? No teníamos la más mínima idea».*

AYRES DE ORNELAS, *Colectânea das suas principais obras militares e coloniais*, 1934, CITADO POR PAULO JORGE FERNANDES EN *Mouzinho de Albuquerque. Um soldado ao serviço do Império*, 2010

Chicomo, 16 de septiembre de 1895

Sargento Germano de Melo:

Mi querido sargento, nuestro buen aliado Xiperenyane ha sido el portador de buenas nuevas: hemos ganado, ¡y de qué manera!, la batalla de Magul. El secreto de nuestro éxito se debe a un detalle previo que seguramente pocos recordarán. Y ese detalle tiene un nombre: el régulo Chibanza. A continuación le narraré lo sucedido. Ya en las inmediaciones de Magul, tardamos cuatro días en atravesar un infierno hecho de charcos, lodo y mosquitos. Con los pocos hombres de que disponíamos, con apenas dos burros y dos caballos, nos vimos obligados a montar un campamento en un lugar sin abrigo ni vegetación y cuyo suelo estaba anegado de agua. En la distancia se divisaban grupos de soldados enemigos, pero ellos no advertían nuestra presencia. Enviamos a unos cuantos soldados angoleños para provocarlos, con el fin de forzarlos a arremeter contra nuestra posición. Eso ya lo había aprendido: el único modo de movernos con seguridad entre aquella multitud era simulando ser una tortuga de caparazón cuadrado. Y

nunca, pero nunca, teníamos que tomar la iniciativa de marchar sobre el adversario. Todo lo contrario: debían ser ellos los que nos atacaran.

Así y todo, en Magul no sucedía ni una cosa ni la otra. Nuestras fuerzas permanecían paradas. Y las fuerzas enemigas no se movían. Como ya le he referido, obligamos a los angoleños a hacer una incursión provocadora, pero dicha iniciativa no obtuvo la respuesta necesaria. O, mejor dicho, tuvo una respuesta que no era la esperada. Además de los dos mil soldados que ya habíamos avistado antes, empezamos a oír un poderoso fragor de cánticos y golpes sincopados de las azagayas en los escudos. Y de repente todo el horizonte se cubrió de unos siete mil guerreros que avanzaban sobre nosotros ejecutando una especie de danza. La intención era clara: nos rodeaban y nos querían ver languidecer en aquel charco. Nunca un pelotón había deseado tanto que lo atacaran. Y cuando ya perdíamos la esperanza de que algo cambiase, vimos salir de nuestras filas al régulo Chibanza provisto de una escopeta. Con paso seguro y solemne, fue acercándose a las huestes vatuas. A mi lado, un soldado comentó: «¡Menudo hijo de puta ese negro, va a entregarse a sus hermanos!». Para aumentar nuestra sorpresa, el régulo se subió a un gigantesco termitero. Y desde esa especie de tribuna profirió un violento discurso cargado de insultos contra Gungunhane. Los vatuas protestaban y silbaban, pero permitían que el régulo prosiguiese con su lluvia de improperios. Cuando terminó la intervención, Chibanza disparó siete tiros contra la multitud de los vatuas. Después escupió en el suelo y lanzó el insulto: «¡Cobardes!». Y regresó con toda serenidad a nuestro acuartelamiento. La exhibición de Chibanza produjo el efecto deseado: una enrabiada marea humana se precipitó sobre nuestra posición. El ataque de los vatuas se había desencadenado. Los negros arremetieron a pecho descubierto contra el crepitar de nuestras ametralladoras. Y en pocos minutos el combate había acabado. Las bajas enemigas eran tantas que no fue posible contar los cuerpos esparcidos sobre el pastizal. Tampoco fui capaz de contar a nuestros muertos. Me dijeron que no serían más de treinta y que la mayor parte de ellos eran negros de Angola. Sin embargo, cuando llegó la hora de recogerlos y agruparlos en la tierra, mis ojos no pudieron soportar tanto dolor. Cada uno de aquellos jóvenes formaba parte de mí y la culpa de haberlos perdido pesará en mí para siempre.

Y, a continuación, otro dolor se sumó a la culpa. En cuanto las huestes enemigas se retiraron, las fuerzas de los régulos de Matola y de Mahotas, al

ver la fragilidad de los derrotados, causaron enormes estragos entre las casas, las mujeres y los rebaños de las gentes de Mahazul y Zixaxa. Es imposible imaginar la desolación que se instaló en los territorios arrasados. Se trataba de una reyerta entre ellos, los negros, pero no puedo dejar de pensar que fuimos nosotros los que propiciamos semejante devastación. Mis compañeros acogieron aquellas batidas funestas como alentadoras novedades. Según ellos, el deseo de venganza de la gente de Mahazul y Zixaxa se había hecho más grande que la animadversión que antes alimentaban contra los portugueses.

A fin de cuentas, los comandantes militares más experimentados en África tenían toda la razón en su propuesta de un avance más cauteloso. Al principio, lo confieso, no entendí (o entendí, pero no acaté) los sabios consejos de ese viejo zorro que responde al nombre de Caldas Xavier. Según ese estratega experimentado no se debía atacar abiertamente al ejército de los vatuas, sino que era preferible rodearlo con un cinturón de puestos fortificados para, poco a poco, ir ciñéndolo hasta estrangularlo. Si, al comprender la amenaza, ellos querían reaccionar, tanto mejor, pues, como aseguraba Xavier, no había que temer a los vatuas cuando pasaban al ataque. Incluso convenía provocarlos. Y Caldas Xavier recomendaba, además, que nuestros puestos militares se levantasen de tal manera que pareciesen débiles para envalentonar al enemigo a abalanzarse sobre ellos. ¿Quién sabe si su puesto en Nkokolani estaría en aquellas decadentes condiciones obedeciendo a dicha recomendación táctica?

Pero todo ese plan tan bien fundamentado tenía, para mí, un inconveniente: requería tiempo. Y yo tenía prisa. Como joven recién formado y recién llegado a Mozambique, tenía ganas de ascender rápidamente en la jerarquía. Yo fui uno de los que impulsaron el ataque a Magul. Y me siento orgulloso de la apuesta. Aunque aquel último combate también probaba otro principio: que, en la guerra, quien tiene prisa muere rápido. Caldas Xavier tenía razón: no nos enfrentamos a un ejército, sino a un pueblo levantado en armas.

Un consejo le doy, sargento: no se muestre ante los cafres tan frágil, tan humano y tan igual. Querido sargento, usted es un blanco y sigue siendo, a todos los efectos, un militar. Está herido, está aislado. Pero no puede abrir su corazón, llorar y reírse con los indígenas, y, sobre todo, no puede manifestar su afecto por una mujer negra.

Caldas Xavier tenía razón con su estrategia a largo plazo. Magul no debía

haber pasado. Pero pasó, y de ese hecho hemos sacado una gran ventaja. Porque necesitamos hazañas temerarias. Esas osadías no están destinadas únicamente a intimidar a los cafres revoltosos. También impresionarán a la opinión pública en Portugal, que ve con malos ojos el dispendio de fortunas en una guerra ajena y distante. Y las demás naciones europeas sabrán de nuestro dominio efectivo en el África Oriental.

Ya no tenemos envidia de nuestro propio pasado. Esas fueron las palabras de un soldado después de la batalla de Magul.



## 15. Mujeres-hombres, maridos-esposas

*Tuve un sueño.  
Pero era un sueño ciego.*

*Vi un camino.  
Pero era un camino cojo.*

*Viví hasta ser viejo.  
Pero morí antes de empezar a vivir.*

CANCIÓN DE NKKOLANI

Aquella noche, el padre Rudolfo Fernandes me buscó para contarme su lapsus lingüístico al referirse a Bibliana como «marido». Nos reímos e intenté quitarle hierro al asunto.

—No se preocupe, ha sido una simple equivocación.

Pero el cura admitió que su relación con Bibliana era muy rara. E insistió en compartir conmigo los secretos de su unión con ella.

—La Bibliana que tú conoces —empezó diciendo— se ocupó de la iglesia desde que llegó a Sana Benene. Su llegada fue objeto de mil versiones. Unos defendían que había surgido de las aguas del río, otros aseguraban que había emergido del suelo como una serpiente ciega. Lo cierto es que la mujer se presentó ante mí dispuesta a ayudarme en las tareas domésticas.

El cura la alojó en un cobertizo de la parte trasera. Hablaban en txishangane y oraban juntos a la orilla del río. Bibliana siempre se dirigía a Dios de una manera muy poco católica y el sacerdote, quizá por esa razón, al principio no permitió que la mujer rezase dentro del templo. En la casa de Dios, la negra solo procedía a la limpieza del edificio.

Un día, al caer la tarde, Bibliana escuchó una letanía en el interior de la

iglesia. En silencio, entró. De espaldas a la puerta, el cura rezaba de pie frente al altar. Bibliana se acercó, lo abrazó por detrás como si fuese una sombra que regresase al cuerpo. Dejó que las manos se pasearan bajo la sotana del cura. Buscó, con ansia, el volumen de su sexo. Pero no encontró nada, ninguna prominencia, ni siquiera un esbozo de protuberancia. Así que decidió buscar más arriba y, cuando le palpaba el pecho, encontró dos inesperados abultamientos. Le levantó la sotana y se la quitó por la cabeza. Cuando el padre Rudolfo se le mostró completamente desnudo, ningún gesto de sorpresa asomó a su cara: el cura tenía cuerpo de mujer. Aterrado, Rudolfo balbució:

—No soy así, hija mía. Soy como todos los hombres. No sé qué me está pasando.

—Yo sí lo sé, padre. Se ha convertido en mujer por mi culpa. Se quedó así cuando me tocó.

—¡Que Dios me proteja! Esto solo puede ser un castigo.

—Es al revés, padre. Este es el único modo que tenemos de hacer el amor.

Y, murmurando, añadió: el cura era un *impundulu*, un hombre que amaba como las mujeres. Era un hombre de esos que, al hacer el amor, se transformaban en mujer.

—No me digas nada más, Bibliana. Dios me ha abandonado a los más oscuros sortilegios.

Bibliana no se calló. Un *impundulu*, explicó la extraña visitante, era un príncipe que no tenía sexo. En vez de pene tenía una lengua que le asomaba del cuerpo como un río lento y oscuro. Esa lengua estaba hecha para besar, lamer, succionar. El *impundulu* se asemejaba a un ave sin alas, pero con plumas tiernas y recién desabotonadas. Si una mujer era acariciada por una de esas plumas, se incendiaba como una tea. Y ese fuego solo se podía aplacar con otro fuego igual.

—¿Soy una de esas criaturas?

—Eres una criatura mía.

La mujer desplazó la mano por el hueco entre las piernas de Rudolfo. Aterrado, el sacerdote contuvo la respiración. Al oído del misionero perplejo, Bibliana sentenció:

—Ahora vas a sangrar. Con cada luna nueva verás tu propia sangre.

Y el padre cayó de rodillas y cerró los ojos como si así, con los párpados bajados, fuese la única manera de contemplar el cielo.

\*

La mañana siguiente fue de extremo ajetreo para Bibliana. Llegó a pedirme que la ayudase en sus trabajos de exorcismo. Xiperenyane había hecho una parada en Sana Benene de camino a Zavala con el objetivo de someter a sus hombres, y a sí mismo, a los rituales de purificación que Bibliana llamaba *kufemba*. De la batalla de Magul venían contaminados de muerte. No habría regreso si no se purificaban por dentro.

La tarea duró un día entero: uno a uno, los guerreros se sentaron junto a la estera de la adivina y vieron cómo esta manejaba los huesecillos mágicos para saber si cargaban en su interior con los espíritus de los que habían matado. Después, a los portadores de almas ajenas se les llevaba a la orilla del río. Sobre ellos se derramaba sangre de cabrito y las *capulanas* que les cubrían la cintura se echaban a la corriente. Así se deshacían del pasado y los muertos no podrían volver de la muerte para vengarse de los vivos.

Cuando todo aquel ceremonial terminó yo estaba exhausta, como si alguno de aquellos espíritus hubiese clavado en mí sus garras. Sin ropa, me lavé en el río. Fue una pena que Xiperenyane no estuviese allí para verme. Era un hombre guapo. Por un momento, mi deseo se olvidó de Germano de Melo.

## 16. Quinta carta del teniente Ayres de Ornelas

*El negro no nos obedece, no nos respeta y, en la mayor parte de aquella región, ni siquiera nos conoce. Esa es la verdad en toda su crudeza, y tantos y tan repetidos hechos lo demuestran que no hay protestas ni invocaciones de glorias pasadas que lo puedan invalidar.*

MOUZINHO DE ALBUQUERQUE, *O Exército nas Colónias Orientais*, 1893

Inhambane, 24 de septiembre de 1895

Querido sargento Germano de Melo:

Estoy profundamente decepcionado con usted. Usted es una de las razones por las que todavía no me he hecho notar lo suficiente ante mis superiores jerárquicos. Permítame una pregunta: con tanta carta que me ha enviado, ¿qué información útil me ha hecho llegar tal y como le había pedido? Han pasado por su lado espías sin que me haya alertado oportunamente; lo va a tratar un médico que es enemigo nuestro; se entretiene en una iglesia llena de negros herejes. ¿Todo eso son simples lapsus, meros descuidos? Y, encima, se empeña en tratar como «rey» a un negro que merece, como mucho, el epíteto de «reyezuelo». Habla de dinastías y de sangre real de los vatuas como si la aristocracia fuera extensible a los africanos. Me imagino que para usted, un republicano confeso, todas estas observaciones tendrán poco sentido.

Pues ha de saber que está insultando a la monarquía de la que formo parte y de la que también forman parte Mouzinho y tantos otros oficiales. A decir verdad, somos un ejército de gente humilde y pobre dirigido por aristócratas monárquicos. Solo para que quede registrado, le diré que yo desciendo de los señores de Morgado do Caniço, por parte de padre, y del conde Da Ponte, por parte de madre. Llevamos en nuestras familias el orgullo de antiguas

tradiciones militares. Me imagino que habrá recibido una buena educación, pero hay usos y costumbres cuya posesión no resulta del esfuerzo, sino de una cuna distinguida. Para acrecentar este abismo de diferencias, ha acabado enredándose en amores con una negra. Y como si eso no bastase, contraviene mis instrucciones e insiste en mantener una relación con una joven que, además de tener demasiada raza, no tiene edad suficiente. Y veo con aprensión que ese romance ha ido más allá de un encuentro fortuito.

Déjeme decirle, sin andarme con paños calientes, que como militar es usted un desastre. Piensa demasiado, se pregunta sobre la legitimidad de la guerra, no tiene ambiciones de carrera. Y vive hace tanto tiempo y tan intensamente entre los africanos que hasta descubre en ellos rasgos de humanidad. Yo mismo lo confieso: las veces que me acerqué mucho a esa gente acabé haciendo confesiones cursis, como en la carta que le escribí a mi madre relatando mi intensa emoción al escuchar los cánticos sublimes de los vatuas. Así pues, se lo digo por experiencia propia: todos esos estados emocionales debilitan a un soldado, porque lo vuelven frágil y dubitativo. Y es más grave aún porque, al suceder en plena guerra, esa promiscuidad acaba por confundir las fronteras entre nuestro territorio y el del adversario.

Por todo lo anterior, le comunico formalmente que está usted eximido de enviarme cualquier informe, al igual que quedan suspendidas sus funciones en tanto que informante mío. Ha revelado ser tan torpe que solo me traería problemas.

Lamento que nuestra relación epistolar termine así. No vuelva a escribirme. Cualquier mensajero que me llegue por orden suya será inmediatamente detenido y debidamente castigado.

P. D. Han pasado dos días desde que redacté estos párrafos tan breves. He tenido la oportunidad de repensármelo y reconozco que me he excedido en el tono áspero e intransigente con que lo he tratado. No voy a arriesgarme a enmendar lo que ya está escrito. Pero, ahora, con menos emoción y más discernimiento, quiero decirle lo siguiente: de vez en cuando, pero muy espaciadamente, el sargento Germano de Melo podrá continuar compartiendo conmigo sus aventuras y desventuras. No más que eso. Está exento de ser sargento. Le basta con ser Germano de Melo. Absténgase de espiar al enemigo, a quien además tiene usted dificultades en distinguir. Será suficiente con que me hable como un ser humano.

## 17. Cuarta carta del sargento Germano de Melo

*He aquí la pobreza de nuestro destino: acabamos por sentir nostalgia del tirano anterior.*

PALABRAS DEL PADRE RUDOLFO FERNANDES

Sana Benene, 1 de octubre de 1895

Excelentísimo señor teniente Aires de Ornelas:

Tiene razón, Excelencia. Nada valgo como soldado. Menos talento tengo para ser espía. Agradezco su carta, aunque sus apreciaciones sobre mi persona no sean favorables. Con todo, cuando Vuestra Excelencia se asume apenas como Ayres de Ornelas es cuando gozo de la más noble de las compañías. Por eso, sus palabras no me humillan. Al contrario. El final de su breve misiva ha sido un premio precioso para mí.

Le agradezco infinitamente que me haya exonerado de las funciones de espía y que me haya animado a seguir enviándole estos descuidados recados personales. Eso es lo que haré en esta misiva. Y verá que mis relatos permiten apreciar el agreste interior africano como algo más que un simple paisaje. Tal vez yo sea un segundo Diocleciano das Neves, ese blanco que se introdujo en el universo de los indígenas y nunca regresó de ese mundo. Al silvestre Diocleciano lo llamaban *mafambatcheca*, el que se ríe mientras camina. Yo no me río en el camino. Pero he emprendido un viaje a las profundidades del alma africana. Vea mis cartas como un relato de ese viaje. La continuación de estas cartas me salvará de morir y desaparecer para siempre de la memoria de los hombres.

Esta vez voy a relatarle un misterioso encuentro que me ha sucedido esta mañana. Paseaba con Imani junto al río cuando un niño nos interpelló para preguntarnos si me volverían a crecer las alas. Pensé que había interpretado mal la pregunta, debido a la escasa comprensión que tengo de la lengua de los

cafres:

—¿Alas? —le pregunté.

—Esas que le cortaron —aclaró.

Imani se sentó junto al chiquillo y no sé decirle de qué hablaron, pero comprendí que hablaban de mí, y en un momento dado el niño imitó a un pájaro volando a mi alrededor mientras me llamaba *chapungo*. Mi compañera agarró la mano del crío y pasó sus pequeños dedos por las escasas vendas que todavía quedaban en mis brazos. Receloso al principio, el chiquillo soltó una carcajada a continuación. Esa era la razón de su equívoco anterior: al parecer, los trozos de gasa que pendían de mis muñecas creía que eran restos de alas. Y al final resultaba que yo no era un *chapungo*, una de esas águilas que nunca pierden las plumas. Y el niño se rio con una mezcla de alivio y decepción.

Las carcajadas me hicieron suponer que Vuestra Excelencia tiene razón: como soldado soy un desastre. Aun así, también le digo que si para ser un buen soldado no se pueden tener dudas, prefiero que mi carrera se quede aquí, siendo un sargento raso que de tan olvidado por su ejército ha acabado él mismo por no recordar para qué servía el uniforme que vestía.

El incidente del niño que me tomó por un pájaro solo es el comienzo de un relato más serio y grave que ocurrió a mitad del día. Sorprendí, ya a medias, una conversación entre Katini Nsambe y la italiana Bianca Vanzini. Katini pedía a la italiana que se llevase a su hija Imani a Lourenço Marques y la colocase sirviendo a los hombres blancos. Argumentó que la muchacha era guapa, de tez clara y temperamento dócil. La italiana no se arrepentiría. Bianca respondió que no podía ayudarle, pues ella no era más que la propietaria de unos bares. A lo que Katini imploró: «Pues llévesela a uno de esos bares suyos». El pobre cafre no había estado nunca en una ciudad: en esos bares, las prostitutas eran todas blancas. Las negras solo servían en las cantinas de los barrios indígenas.

Poco a poco, la italiana fue perdiendo el convencimiento inicial y prometió madurar la idea. Se desahogó conmigo al día siguiente, como si me debiese una explicación. Me confesó que ya se le había pasado por la cabeza llevarse a Imani a Lourenço Marques. Y más aún cuando, la primera noche, la vio sin ropa. La solicitud de Katini tenía todo el sentido: las prostitutas blancas estaban perdiendo terreno por la competencia de las mujeres de color. Al verme postrado y sin respuesta, la italiana me animó a visitar la efervescencia

de los bares de Lourenço Marques. Me habló de nombres de establecimientos como el International Music Hall, el Tívoli, el Trocadero, el Bohemian Girl, el Russian Bar y muchos más.

Los visitantes europeos se sentían en África como si estuvieran en Lisboa, en París o en Londres. Por algunas libras se podía comprar la simpatía de mujeres de mil nacionalidades, aunque se adivinase que la mayor parte hacía gala de una identidad postiza. Bianca citó nombres tan dispares y exóticos como Dolly, Kitty Lindstrom, Fanny Scheff, Helen Drysdale, Sarah Pepper, Blanche Dummond, Cecília Laventer. Contratar a Imani sería, repitió, contravenir la norma establecida: las blancas, en los bares de la ciudad; las negras, en las cantinas de los suburbios. Sin embargo, Bianca se divertía con la posibilidad de desobedecer en un mundo ya tan desobediente a los mandatos de Dios.

—La llamaré Black Lilly —proclamó.

Le pedí que se callase. No entendió mi reacción. Pensó que el nombre no me gustaba. Yo me quejaba de la manera en que Imani, la principal interesada, estaba siendo olvidada.

—¿Alguien le ha preguntado a Imani?

—¿Desde cuándo hay que consultar a una mujer? —replicó la italiana—. Imani será mucho más feliz sola. En sus manos, si es así como se puede llamar a esos apéndices que tiene en los brazos, esa chica no será más que la esposa de un blanco. En mis manos será una reina.

Y añadió que ambos sabíamos —y por experiencia propia— que los blancos se olvidarían de los prejuicios al ver a las negras dando lustre a los bares de la ciudad. Quienes se molestarían serían las mujeres blancas, importunadas por la competencia. El único problema, declaró Bianca, era que el cuerpo de las negras enseguida se ponía gordo y flácido. Había que reclutarlas bien jovencitas, antes de que tuvieran hijos y se estropearan. Joven, guapa y soltera, Imani cumplía todos los requisitos para desarrollar una carrera larga y rentable.

Escuché aquellos planes con el corazón destrozado. Si no fuera un desvalido, raptaría a esa mujer y me la llevaría a un lugar que sospecho que no existe.

Vuestra Excelencia no deja de tener razón. No tengo ni idea de lo que podría ser una vida conyugal con una negra. Incluso así, dejo que ese sueño crezca. Ayer, aludiendo al tema con Imani, me dijo algo que me parece



irrefutable: que nuestros dos mundos no son, en el fondo, tan diferentes. Está en lo cierto. En África o en mi pequeña aldea de Portugal, las mujeres comparten las mismas pobres expectativas de lo que puede ser un matrimonio. De un marido nada se espera. Por eso él nunca puede desilusionar. De una mujer se exige que sea madre. No de los hijos que elija tener, sino de los que quiera Dios y la naturaleza que nazcan de ese hombre del que nada se espera.

¿Qué hijos tendríamos?, se preguntará Vuestra Excelencia. ¿Cómo los presentaría a mis parientes portugueses? Quien me respondió no fue Imani, sino Bibliana, que proclamó con la seguridad de las profecías: «¿Qué importa el color de la piel con el que nazcan? ¡Gungunhane tendrá nietos blancos portugueses y los portugueses tendrán nietos africanos! Contrariar esa inclinación es frenar el viento con una criba. El tiempo, hijo mío, el tiempo es un gran mezclador de simientes».

Por todas estas razones, lo primero que haré justo mañana por la mañana es pedir que se rece una misa para que Dios, de quien he andado apartado, me guíe y me ayude a recuperarme de mis achaques. Puede que la iglesia de Sana Benene sea pequeña, solitaria y decadente. Puede que el cura se haya descarrilado. Sin embargo, una iglesia es, dondequiera que esté, una pequeña patria. Incluso yo, que no soy practicante, encuentro en el sosiego de los templos el lugar donde vuelve a nacer mi alma más antigua.

## 18. Una misa sin verbo

*Vivirás para siempre con esas espesas cicatrices. Pero la verdad es esta: las cicatrices protegen mucho más que la piel. Yo, si volviese a nacer, pediría venir al mundo cubierto de cicatrices de la cabeza a los pies.*

PALABRAS DEL PADRE RUDOLFO  
HABLANDO CON EL SARGENTO GERMANO DE MELO

Fue necesario que me esforzara para oír lo que decía el sargento, de pie delante del cura, que barría el interior de la iglesia. Yo misma, en quien él se apoyaba, tuve que inclinarme para oír su petición. Cuando, por fin, el padre Rudolfo Fernandes lo entendió, no pudo contener su sorpresa:

—¿Una misa?

El cura encaró al sargento como si no lo reconociese. Hacía años que nadie le pedía rezar. Dejó de barrer y apoyó la escoba con tanto esmero que parecía estar apuntalando la pared. Y contempló, extasiado, las nubes de polvo que todavía flotaban por el aire rancio de la iglesia. Ese era el único motivo por el que barría el templo: ver los rayos de luz revolotear por la iglesia. Son mis vitrales y están vivos, se decía.

—Señor padre, ¿ha entendido lo que le he pedido? —insistió Germano.

Algunos indígenas, pensó el cura, se quedan fascinados al ver las ventanas. Nunca antes habían visto un cristal. Esa materia que se toca sin verse, esa agua vertical, esa inmaculada transparencia, los cautiva. El padre Rudolfo había nacido en una ciudad moderna y desde su más tierna infancia se había habituado a las ventanas acristaladas. Con todo, la primera vez que realmente reparó en un cristal fue en cierta ocasión en que observó la lluvia escurriendo por la ventana. Y ahora las palabras del sargento se escurrían por su distracción.

—Padre Rudolfo, ¿me está escuchando? Le pido que rece por mí, padre —repitió el militar.

—Hijo mío, después de todo lo que has pasado, ¿sigues creyendo que Dios está vivo?

El cura dio media vuelta, y ya se iba cuando me planté ante él y, de rodillas, le imploré:

—Si no reza por Germano, entonces ruegue a Dios por mí.

Sorprendido, el sacerdote inspiró hondo y me ordenó que lo ayudase. Todavía tenía muy presente las veces que, en mi infancia, le había echado una mano en los rituales de la misa. Y volví a hacer lo que antes hiciera; de la sacristía saqué un misal, una campanilla, una copa de metal y una botella de vino. Ayudé al cura a subir al estrado que circundaba el altar, tarea que cumplió como si escalase la cuesta más empinada. Inclinandose sobre mí, me susurró:

—Quien utiliza este lugar de culto es Bibliana. El gentío que todos los domingos atesta esta casa acude para asistir a las ceremonias de la sacerdotisa negra.

Ya en el estrado, el cura recorrió el espacio con la vista. Todavía recordaba la primera vez que Bibliana vio a Jesús clavado en la cruz. Parecía consternada, y lo que comentó fue lo siguiente: «Ese Jesús debería haberse casado, mire qué flaco está». Después, Bibliana se entretuvo observando los pies del crucificado. Era en ellos donde el Hijo de Dios perdía la raza y ganaba parentesco con los humildes.

Hice sonar la campanilla, más para que el padre Rudolfo volviera a la realidad que para dar inicio a la celebración. De espaldas a mí, el cura esperó a que se extinguiese el sonido de la campanilla para levantar los brazos ante la cruz de Cristo. Estuvo un rato sin pronunciar palabra. Hasta que dio media vuelta y volvió a encarar al sargento, que esperaba, de rodillas, con aire de desconcierto:

—¿Una misa?

—Por favor, padre...

—Te pregunto, hijo mío: ¿acaso Bibliana no te ha aliviado el dolor?

El desamparo total del sargento debió de convencer al sacerdote, que finalmente abrió el misal para hojearlo despacio, de atrás hacia delante y de principio a fin. Hasta que, con un gesto amplio, depositó el libro en el tablero de la mesa. Miró las palomas que revoloteaban en el techo y suspiró.

—Ni salmo ni oración. No voy a leer nada de nada —y remató, cansado—: La vida se lee en las cicatrices, como esas que ahora tienes en el cuerpo y en

el alma. Yo, si volviese a nacer, querría vivir cubierto de cicatrices.

Al escuchar aquellas palabras, el sargento se deshizo en lágrimas. El cura bajó del púlpito para consolarlo.

—¿Te sientes infeliz por haber perdido las manos? Pues piénsalo bien. No las has perdido ahora. Dejaste de tener cuerpo desde que llegaste a África.

En los infernales días de calor, prosiguió el padre Rudolfo, quien transpira por nuestros poros no somos nosotros. Es el demonio. ¿Se reconocía el sargento en el olor que de él emanaba? ¿Y por qué no? Porque el sudor no era el suyo, el olor sulfuroso no le pertenecía. Ni a él ni a ninguna persona. Hacía mucho que no había nadie dentro del soldado. Y así, cuanto menos cuerpo se tiene, menos muerte hay que afrontar.

—¿Te das cuenta, hijo mío?

Aturdido y confuso, el pobre sargento no entendía nada. Pero todo aquello, por más intrincado que le pareciese, estaba cargado de fascinación divina. Y, por eso, el portugués asintió con la cabeza respetuosamente.

No había, por tanto, razón para el abatimiento. Todo aquello que tenía la apariencia de una desgracia poseía también su lado bueno, proclamó el cura al terminar. Que pensase en las ventajas evidentes: sería relevado del servicio militar. Y sería reconducido a Portugal, sin uniforme y sin la obligación de matar.

—¿Acaso no es lo que quieres? ¿No es eso con lo que cualquier soldado sueña?, ¿con volver a casa?

—No lo sé, padre. Ando muy confundido —dijo el sargento conteniendo las lágrimas.

Lo que para Rudolfo era un consuelo sonaba para mí como un castigo. Pensar que Germano regresaría a Portugal me dolía como un puñal clavado en el pecho. «Regresar» era un verbo extraño. Regresa quien es esperado. Y el sargento no tenía quien lo esperase al otro lado del mar.

—Ya no sé lo que quiero —declaró Germano—. Quiero a Imani, quiero mis manos, quiero regresar, quiero quedarme.

Si tenía todas esas dudas, había que evitar a toda costa su evacuación al cuartel de Chicomo. En el caso de presentarse maltrecho e inválido en aquel puesto militar, Germano sería evacuado de inmediato a Lourenço Marques. Y de allí procederían a su repatriación a Lisboa, bien lejos de mí. Eso fue lo que defendí con el alma y la vida ante un sargento aturdido y titubeante. El cura me tranquilizó:

—No vamos a mandarlo al cuartel de Chicomo. Estará más seguro en el hospital de los suizos. Por allí no pasan portugueses.

La misma Bibliana consideraba que esa era la solución más apropiada. A pesar de estar francamente mejor, las fiebres y los delirios seguían asaltando a Germano de Melo. La hechicera había llegado a su límite: el enfermo tenía en su interior espíritus de allende los mares.

—¡Mandad a este enfermo junto a los que rezan! —declaró.

En toda la región, los protestantes suizos eran conocidos como «los que rezan». La población local los oía cantar en grandes y afinados coros durante las celebraciones de los domingos. El empeño de aquellas afinadas voces se explicaba, según Bibliana, porque los blancos adoraban a un único dios. Con sus cantos consolaban a ese dios condenado a la eterna soledad. Y era por pudor por lo que cerraban los ojos mientras entonaban sus alabanzas. Para que Dios no se les revelase frágil y necesitado.

\*

Había una razón adicional para apresurar la salida de Germano de Melo de Sana Benene. El cura habló de ella mientras rasgaba una página del misal para enrollar un cigarrillo. No era tabaco lo que preparaba. Eran hojas y semillas de *mbangue*, que consumía sin ningún tipo de remordimiento, pues, según defendía, Dios mismo había sembrado aquella planta milagrosa.

Las primeras bocanadas inundaron la iglesia de un aroma dulce y embriagador. Con la voz apagada por la tos, el cura declaró:

—Están llegando las tropas...

Suspiré, resignada. Lo que más había por allí eran tropas, justamente. Por aquellos bosques solo había soldados: negros, blancos, niños y viejos, vivos y muertos, todos con las armas en la mano. El sacerdote adivinó mis dudas silenciosas y aclaró:

—Son nuestras tropas, las portuguesas. Llegarán mañana comandadas por Santiago da Mata, un hombre sin alma humana.

Y a continuación tendió la colilla al sargento, que rechazó enérgicamente el ofrecimiento, alzando los brazos truncados como si le apuntase una pistola. El cura sonrió, indulgente. Y, más que hablar, carraspeó:

—Mañana será mejor que te quedes escondido en la sacristía. Tus superiores querrán llevarte a Chicomo.

\*

Mi hermano Mwanatu parecía un fantasma cuando asomó a la puerta de la iglesia. Venía alborozado, con unos ojos que no le cabían en la cara. Antes de entrar hizo una especie de saludo militar, y después, frente al altar, se dibujó en la barriga la señal de la cruz. Acto seguido, abrió y cerró la boca sin emitir sonido alguno. Impaciente, el cura lo amonestó:

—¡Por el amor de Dios, Mwanatu, ni santiguarte debidamente puedes!

—Padre —balbució mi hermano—, quiero hablar una cosa...

—No se dice «hablar» una cosa, sino «decir» una cosa...

Desde más atrás, nuestro padre se unió a nosotros. Arrastrando los pies, se acercó a su hijo y le examinó la cara con intensa curiosidad, pero tuvo que esperar a que mi hermano consiguiera articular palabra.

—Sargento, ha sucedido algo horrible —anunció finalmente Mwanatu—. Nkokolani ya no existe. Han matado a todos, lo han quemado todo.

El peso de la noticia hizo que me sentara en el suelo de piedra de la iglesia. Durante el largo silencio que se hizo a continuación, me dediqué a escudriñar el suelo como si buscara un resto terrenal de realidad. Pulvericé con los dedos los desconchados de pintura que se habían desprendido de la pared. Para sorpresa de todos, Mwanatu volvió a hablar con firme serenidad.

—Voy para allá.

—¿Allá, adónde? —le preguntó mi padre, que ya estaba a nuestro lado.

—Voy a Nkokolani a enterrar a nuestros muertos.

—Tú eres un hombre, pero yo soy tu padre. Soy el último de los Nsambe. Soy yo el que tiene que ir a cerrar la tierra.

Mwanatu, sin embargo, ya lo tenía todo planeado. Había hablado con unos pescadores que, en ese momento, lo esperaban en el muelle. En la puerta había dejado una bolsa para el viaje. Que Katini se reuniese con él más tarde. El padre Rudolfó le buscaría sitio en otro barco.

—Ahora, recemos por nuestros difuntos —pidió mi hermano.

Miré a Mwanatu como si no lo reconociese. Algo en nosotros debe morir para que nos mostremos enteros y renacidos. Mi hermano, lerdo y débil, resurgía ahora en la figura de un hombre tranquilo y elocuente.

De vuelta de sus delirios, el sargento abrazó largamente al joven centinela. Después, en tono fraternal, le dijo:

—Quítate ese uniforme, Mwanatu. Puede ser peligroso. A lo mejor te confunden con un soldado portugués.

—Soy un soldado portugués. Yo no abandono mi arma —y señaló una escopeta posada a la entrada de la iglesia.

—¿La has traído de Nkokolani? —preguntó el sargento—. ¿Para qué? Esa escopeta no funciona, nunca ha funcionado.

—Sí que funciona. ¿Quién ha dicho que no?

Nuestro padre me tendió el brazo para ayudarme a levantarme del suelo. Solo entonces me apercibí de las lágrimas que me resbalaban por la cara.

—Límpiate la cara —me ordenó mi padre—. No se llora en una iglesia, es una falta de respeto —añadió. Luego se dirigió a mi hermano—: Si los vanguni ya hubiesen enterrado a nuestros muertos, sabes lo que tienes que hacer: desenterrarlos y proceder según nuestros preceptos.

—Así lo haré, padre.

Sabíamos cómo trataban los vanguni a los derrotados. Incluso después de muertos, los humillaban. A nosotros, los vachopi, nos sepultaban como hacían con los esclavos: nos envolvían en una estera y nos tiraban a una fosa común. El fondo de esa tumba anónima se cubría con otros esclavos agonizantes. A cada uno de aquellos desgraciados le habían roto las piernas. Sobre toda esa pila de muertos y moribundos echaban tierra que, al final, aplastaban arduamente. No tenía que quedar indicio alguno de que ese sitio había sido excavado. Y así procedían. Tenían un objetivo: sin tumba se aseguraban de que los esclavos no dejaran memoria. De otro modo, el recuerdo de los muertos perseguiría para siempre a los antiguos dueños.

—¿Y qué hago con nuestra madre? —preguntó Mwanatu.

—¿Con nuestra madre? —inquirí, atónita.

—Si la han matado, ¿dónde la entierro?

Hacía meses que mi madre había muerto. No lo corregí. En aquel momento, la realidad poco importaba. Y nuestro padre, Katini Nsambe, compartió conmigo ese pensamiento cuando declaró con serenidad:

—Si la han matado seré yo quien la entierre. Deja esa tarea para cuando yo llegue.

\*

Mwanatu estaba sentado lustrándose las botas. Eran los últimos

preparativos antes del viaje. Me miró largamente y me soltó que así, a contraluz, le recordaba a nuestra madre.

No era la primera vez que Mwanatu me confundía. Inventaba ese parecido para defenderse de miedos indescifrables. El mayor de esos fantasmas era antiguo: de pequeño le aterrorizaba que me fuese. Cuando le leía historias, acometido por ataques repentinos, gritaba para que me callase.

—Nunca te dije por qué —comentó Mwanatu dejando las botas en el suelo—. Tenía miedo de que entrases en el libro y nos dejases para siempre.

—¿No te gustaban los cuentos?

—Los cuentos siempre tienen un final.

—Puede ser un final bonito.

Pero siempre había un desenlace, comentó. Después, entre los dos se hizo el gran silencio de las despedidas, ese punto y final de las historias que nunca contamos.

—Tengo que pedirte una cosa, hermana. Deja que me lleve los cordones de tus zapatos. Yo te doy los míos.

Accedí. Me los desaté lentamente, ignorando la extrañeza de la petición. Cuando por fin se consumó el intercambio, Mwanatu declaró:

—Ahora tú guiarás mis pasos, hermana.

Y nos unimos a los demás para ir, en excursión, al fondeadero. A la cabeza iba Mwanatu. Fui pisando sus huellas como si nunca antes hubiese pasado nadie por allí.

\*

En el muelle, al abrazar a Mwanatu, me faltó la voz para la despedida. Adiós no es una palabra. Es un puente hecho de silencios. La canoa desapareció en el recodo del río, devorada por la penumbra de la tarde. Me quedé saludando en la orilla, envuelta en un súbito frío.

Y después, en fila, todos regresaron a Sana Benene. En la plataforma nos quedamos el sargento y yo. Por primera vez, tomé la iniciativa:

—Ven conmigo, Germano.

En silencio, entramos juntos en las aguas tibias del Inharrime. Le dije que quería un río para llorar. Me abrazó con torpeza y mis hombros se estremecieron en un desamparo feliz. Entonces el portugués me pidió que nos zambulléramos y nos quedáramos sumergidos hasta que no pudiésemos



contener la respiración. Y así procedimos. Casi sin aliento, volvimos a emerger a la superficie. El portugués murmuró:

—Ahora bésame.

Dudé. En la boca del soldado resplandecía el temblor de una gota. Nuestros labios se rozaron.

—Así debe ser el primer beso —dijo Germano.

Era un beso esperado y desesperado, como si cada uno buscara en el otro el último resto de aire.

—Así debe ser el primer beso —repitió él.

—¿El primero?

—Todos los besos. Todos los besos son los primeros.

## 19. Quinta carta del sargento Germano de Melo

*Hay una vieja leyenda en Goa que cuenta la historia de una isla y un barco: un pescador naufragó y se refugió en una isla desierta. Allí permaneció, solitario, años y años, envuelto en una neblina permanente que le robaba el horizonte. Un día se dio cuenta de que, en realidad, no había ninguna isla. De que vivía en un barco. No lo había notado antes porque estaba ciego. Tan ciego que no se había apercebido de que había dejado de ver. Tiempo después, el pescador fue mordido por un pez gigantesco. Comprendió, entonces, que el barco en el que vivía era, a fin de cuentas, un resto de naufragio que yacía en el fondo del mar. Descubrió que no solo estaba ciego. Estaba muerto.*

*Era lo que pasaba con nosotros. Estábamos muertos en el destierro del interior africano.*

RELATO DEL PADRE RUDOLFO

Sana Benene, 2 de octubre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Hace más de dos meses que estoy varado en este lugar que, como dice el cura, no es ningún lugar. Bianca ha anunciado que no aguanta más, que se irá en la primera ocasión. Yo también estoy harto, cansado. Sin embargo, no me apetece salir de Sana Benene. Me ata a este lugar la dulce compañía de Imani. No puedo decir que haya renunciado completamente a soñar con el regreso a Portugal, ese regalo que Vuestra Excelencia tan generosamente me prometió. Estoy dividido. Y estas cartas son el puente entre mis deseos encontrados.

Quizá sea por eso por lo que ahora me sucede algo nuevo y extraño: cuando me siento delante de los papeles me da por santiguarme antes de empezar a escribir. Como si la escritura fuese un templo en el que me resguardase de mis infiernos interiores. Así que, Excelencia, no se preocupe

por responderme. «Escribir» es un verbo intransitivo, mi modo de rezar. Y quien reza sabe que no hay respuesta.

Le hablé a Imani de la promesa de Vuestra Excelencia de llevarme de vuelta a Portugal en cuanto lo ascendieran. Quiso saber lo que le había respondido. Le conté la verdad. Que primero dije que sí y después que no. Imani tuvo, al principio, una reacción inesperada. Susurrando, con los labios rozándose el lóbulo de la oreja, me preguntó: «¿No quieres volver a casa?». Respondí que para mí ya no había casa. Y que por eso no había regreso. Y añadió que, si mi amor era fuerte, debería encontrar una solución para que ella viajase también.

Una antigua sospecha me sofocó el corazón. Sin medir las palabras, le pregunté si su amor por mí era más grande que el deseo de huir. La joven sonrió y contestó de modo evasivo que esos dos deseos eran una única cosa. Y se apartó sonriendo, dejando en mí, más que una duda, la desconfianza de la que ya le he hablado: ¿me estará utilizando Imani para escapar de su tierra? ¿Será una falsedad todo lo que me ha entregado y me ha hecho soñar? Adivino cuál será su respuesta y prefiero que se la guarde para sí. Mantendré intactas mis creencias y mis pasiones. He aprendido con Bianca que el amor es como el fuego: cuando es bueno, se sale chamuscado.

Desobedeceré por amor, sea este amor falso o verdadero: iré, contra la voluntad de Vuestra Excelencia, al hospital del suizo. Eso es lo que haré. Y ya sufro de una nostalgia anticipada por esta gente que se ha convertido en la familia que nunca tuve. Cuando le hablé de esa añoranza al padre Rudolfo, él arrugó la nariz y dijo que ya no creía en amores, nostalgias y entregas desinteresadas. No creía en nadie y menos aún después de haberme conocido. Ofendido, le pedí que me lo explicase.

—He leído las cartas que dejaste esparcidas por tu habitación —me reveló el cura. Y después, cruzando los brazos dentro de las mangas, preguntó—: ¿No hay nada que me quieras confesar?

Todavía me reponía del impacto de aquella revelación cuando el cura extrajo de uno de los bolsillos de la sotana lo que en principio me pareció una cruz de metal. Solo después me di cuenta de que se trataba de una pistola. Levanté los brazos mientras el padre Rudolfo hablaba mirando a los cielos:

—Dios me entregó esta arma. Hasta el Creador sabe que las palabras no bastan en tierras tan llenas de peligros y de pecados.

—¡No tenía derecho a leer mi correo! —me atreví a reaccionar todavía.

Apoyó el dedo índice en el gatillo e hizo girar con torpeza la pistola mientras me recordaba cuestiones de nuestra correspondencia.

—Has divulgado secretos de esta parroquia, has denigrado a personas que solo te quieren bien. Has llegado al punto de sugerir que los portugueses deberían vigilar a mi Bibliana. Debería darte vergüenza: ¿esa mujer te ha devuelto las manos con las que ahora la quieres apuñalar?

Confieso, Excelencia, que nunca me he sentido tan apesadumbrado. Y el cura no daba tregua:

—Te pide tu jefe que encuentres a los rebeldes. ¿Se llama rebeldes a quienes luchan para que no les roben la tierra? ¿Te has preguntado si no es exactamente para ese fin para lo que estamos aquí: para robar la tierra de esa gente?

—La tierra de esta gente hace ya mucho que fue robada.

El cura no parecía haberme oído, porque mantuvo la mirada en alto mientras me atacaba con sarcasmo:

—Ya puedes denunciar ante tu amigo el teniente que en esta iglesia hay armas.

Inesperadamente, me lanzó la pistola a los brazos.

—Quédate con ella —me aconsejó—. Lo mejor es que vayas armado porque aquí todos te quieren matar. Y si te dejan seguir vivo es porque te necesitan para que los ayudes a matar a otros como tú.

Me levanté y, cuando me disponía a tomar un camino, me di cuenta de que no quería ir a ningún sitio. Caí de rodillas desamparado y, en aquella arena roja, lloré. Y lloré como nunca antes había llorado.

Entonces las palabras del padre Rudolfo vinieron de nuevo en mi ayuda. Durante todo su tiempo de sacerdocio en Mozambique había sido testigo de sucesos tan ultrajantes que habría sido preciso inventar un idioma para describirlos. Había visto sangre escurrir por las espadas de los europeos. Y había visto limpiar la sangre de las lanzas de tribus matando tribus.

—De nada sirven las vestimentas que usamos —concluyó con tristeza—. Deshagámonos de la sotana y el uniforme —me exhortó Rudolfo.

Y me invitó a que me volviese a sentar. Tenía un recuerdo que compartir conmigo. Y me contó que hacía mucho tiempo, cuando aún celebraba misa, pasó por Sana Benene un militar portugués que fue a confesarse. Pero el hombre se quedó callado, y con la mirada esquiva solo dijo: «No sé». Y sacudió la cabeza, como si quisiese alejar un mal pensamiento. Después se

incorporó y se dirigió a la puerta, evitando cualquier intercambio de miradas con el párroco de Sana Benene. Una vez en la salida, con la cara ladeada, murmuró: «No sé a cuántos he matado, he perdido la cuenta». Cabizbajos, el sacerdote y el penitente permanecieron inmóviles, incapaces de mirarse o de intercambiar una palabra. Después de perder la cuenta de a cuántas personas matamos, deja de haber pecado, deja de haber Dios. El soldado empezó a santiguarse, pero suspendió el gesto como si desistiese. En cuanto dobló la esquina, se oyó un disparo. Fue la primera vez que Rudolfo vio los ojos del joven soldado. Y el cura nunca más tuvo fuerza para confesar a nadie.

Eso fue lo que pasó. Y quizás en algún rincón del alma del sacerdote, todavía estaba pasando. El hecho es que se golpeó las rodillas con las manos para desviar el curso de aquella conversación.

—Afortunadamente, Dios nos ha compensado con otras dádivas —declaró Rudolfo—. Mira el cuerpo de Bibliana, ¿te has fijado bien?

Cauteloso, evité responder. El cura me desafió:

—Te pido, amigo mío, que hagamos juntos un viaje imaginario.

Primero, yo debía figurarme un ataque a una aldea. En ese escenario inventado, una mujer, aterrorizada, intentaba huir de la furia asesina de los atacantes. En el auge de la desesperación, la mujer solo encontraba como refugio una choza ardiendo. Al convertirse en antorcha al rojo vivo, se zafaba de los enemigos.

El cura me hablaba, claro, de Bibliana. Por debajo de su ropa vieja, su cuerpo estaba completamente quemado, gran parte de su piel estaba muerta como las escamas de un lagarto. Esa fue la expresión que usó mientras se frotaba los dedos, como si las palabras le quemasen las manos.

Finalmente, el sacerdote se levantó y de su hábito emanó un olor a decadencia. Al advertir mi mueca, justificó toda aquella suciedad diciendo que no tenía agua con que lavarse, porque era por dentro por donde se pudría: estaba hecho de dos mitades que no encajaban la una en la otra. Había nacido en la India para reconocer la casta de los intocables. La suciedad que acarreaba en el alma se había convertido ahora en una enfermedad contagiosa. Él mismo se había convertido en un intocable.

Dicen que estamos rodeados de enemigos. Pero no es su presencia lo que más nos amenaza. Es nuestra ausencia. De eso es de lo que el padre Rudolfo más se lamenta: de la inexistencia de nuestras autoridades. Que él había recorrido, de cabo a rabo, el inmenso interior africano y lo que había visto era

un enorme vacío. Por todo ese territorio, los únicos que de hecho gobernaban eran los *indunas* de Gungunhane. Encima, esas autoridades cafres eran las únicas que cobraban impuestos. Y eran ellas las que recibían a los emisarios extranjeros. A esas autoridades indígenas solicitaban los gobernantes lusitanos —como el intendente consejero José d’Almeida— las licencias de explotación minera. La presencia portuguesa era de tal modo inexistente que el intendente se dirigía a Gungunhane tratándolo de «Su Majestad». En sentido inverso, el rey africano apodaba a los portugueses «gallinas» y «changanas blancos».

Y no le robo más tiempo, Excelencia. Este relato es ya largo y exhaustivo. Le cuento todo esto, pero le diré que tan acaloradas polémicas me dejan absolutamente indiferente. No me importa saber quién manda porque me gobiernan otras fuerzas. La única ley a la que obedezco se llama amor. Se llama Imani Nsambe.

No sé si podré mantener esta correspondencia: se está agotando la pequeña reserva de tinta que encontré en la sacristía. En Nkokolani, lo único que pedía a los que nos visitaban era que me trajesen tinteros nuevos. Ahora, ¿a quién se los puedo pedir? Se me ha ocurrido escribir con agua. ¿Escribir con agua?, se preguntará Vuestra Excelencia, creyendo que todavía sufro delirios febriles. La verdad es que el agua de Sana Benene está tan sucia que mi caligrafía sería fácilmente legible. Pero todo se resolvió ayer cuando Imani me entregó un frasco lleno de un líquido de coloración incierta, una especie de tintura escarlata. Me pidió que guardara el secreto, pero no me resisto a revelárselo: estas letras están escritas con una infusión de hojas y cáscaras que Imani dice haber añadido a su propia sangre. Si eso es verdad, Excelencia, lo que está leyendo es la sangre de una mujer negra.

## 20. Las sombras errantes de Santiago da Mata

*Después de haber llegado a su apogeo, el reino de los vanguni está en la inminencia de venirse completamente abajo. No podía suceder de otro modo. Esa es la historia de todas las dinastías fundadas en el crimen y el terror. Y, a pesar de todo, Gungunhane me cae bien; a pesar de su crueldad, no dejo de sentirme apegado a él.*

GEORGES LIENGME, MÉDICO SUIZO

Nos despertamos con la deflagración de unos tiros. Apresuradamente, nos concentramos bajo el techo protector de la iglesia. El cura nos tranquilizó:

—Deben de ser soldados portugueses. Están matando cabezas de ganado.

Al principio, los militares lusitanos intercambiaban comida por ropa. Ahora apuntaban con la escopeta a los dueños de los rebaños y les mandaban elegir entre la vida y los bueyes.

Resultaba extraño que los portugueses usasen la expresión «cabezas de ganado», porque a los esclavos nosotros también los llamábamos *tinhloko*, que quiere decir «cabezas». Más raro aún era haberme habituado al hecho de que los vanguni valorasen menos a un ser humano que a un bovino.

La explicación del cura nos tranquilizó: si eran soldados portugueses no había peligro. Y ya nos estábamos dispersando cuando un joven sobresaltado llegó con la noticia: una de esas embarcaciones portuguesas, una casamata, había atacado la canoa en la que viajaba Mwanatu. Todos los ocupantes habían muerto. El cuerpo de mi hermano flotaba en las aguas del Inharrime.

La noticia, por terrible que fuese, no era una sorpresa para mí. Volvió a recorrerme el mismo escalofrío que cuando, de viaje por el río, me crucé con el *nwamulambu*. Mis ojos se nublaron, pero sabía que mi hermano buscaba ese desenlace. No eran los muertos de Nkokolani los que Mwanatu quería sepultar. Quería que lo abrazaran los que ya habían partido.

Mi actitud contenida contrastó con la reacción exaltada de mis compañeros. Mi padre deambuló por el patio como un ciego enfrentándose a

los cielos. Después de unas cuantas vueltas, se apoyó en un árbol y rompió a llorar. El padre Rudolfo se quitó la sotana y la tiró al suelo. En calzoncillos, le dio patadas y la pisoteó. El sargento se olvidó de su condición física y utilizó lo que le quedaba de las manos para ocultar que lloraba. La italiana Bianca pidió que nos recogiésemos y rezásemos. Atraída por las lamentaciones, Bibliana abandonó la cocina y compareció en el lugar para reconfortarnos.

En ese momento fue cuando oímos el restallar de unos pasos y, después, una orden dada en portugués:

—¡De aquí no sale nadie!

De los matorrales emergió entonces un grupo de soldados portugueses, tres blancos y seis negros. Se presentaron tan arrogantes como unos amos del mundo. A la cabeza abría el camino un capitán que se identificó como Santiago da Mata. Acababan de desembarcar de la casamata, y una vez allí admitieron la autoría de los disparos sobre la canoa de Mwanatu. Habían confundido el barco, tomando a los tripulantes por fugitivos vanguni. Ante la protesta desesperada del padre Rudolfo, el capitán argumentó:

—Esta es tierra de tigres y hienas. ¿Tengo que pedir permiso para saber si hay un gato entre las fieras?

—En África no hay tigres, capitán.

—En la canoa había un negro armado, ¿qué quería que hiciese?

—Era un arma inútil —reaccionó a gritos el cura—. ¿Acaso no vio el uniforme?

—¡Pensé que sería falso, carajo! Porque aquí, amigo mío, aquí todo parece falso. Usted, por ejemplo, ¿aparenta ser un cura de verdad?

El capitán se preparaba para entrar en la iglesia, pero el sacerdote le impidió ostensiblemente el paso:

—Hay quien no es digno de entrar en esta casa.

El capitán echó mano a la pistola. Estaba indignado con la orden, ofendido por aquella falta de respeto. Respiró hondo y adoptó un tono conciliador:

—Estos individuos son todos iguales. ¿Acaso usted puede distinguirlos?

—Distingo lo humano de lo inhumano. Distingo a los humildes de los poderosos, distingo a los pobres...

—Pero ¿qué dice? —interrumpió el capitán—. ¿No me diga que está defendiendo a los negros como hacen los cabrones de los suizos?

—Distingo a los africanos que son dignos del reino de Dios, distingo a



estos pobres negros...

—Pues no se canse la vista y fíjese en los soldados blancos que me acompañan. Mírelos bien, señor padre: este desgraciado de aquí nunca se había calzado antes unos zapatos en los pies; y ese de allí, todavía el mes pasado, estaba pastoreando cabras. Ninguno de ellos ha descansado el trasero en una escuela.

Con las manos en el cinturón y los ojos encendidos bajo el ala del sombrero, el militar encaró largamente a cada uno de los presentes para después volver a dirigirse al cura:

—¿Está usted buscando la pureza de los salvajes? Pues sepa que el paraíso no está aquí. Esta gente es el demonio. Lo que anima a estos cafres no es quitarle la camisa del cuerpo. Es quitarle la camisa y el cuerpo.

Se detuvo ante el desalentado sargento, que, más triste que cansado, se recostaba en el marco de la puerta. Miró los pantalones sucios y la camiseta interior hecha jirones del joven soldado. Después clavó la mirada en los brazos de Germano:

—¡Los cafres te han atacado! Así es como proceden. Amarran las manos de los prisioneros hasta que se gangrenan.

Sujeté por la espalda al sargento tambaleante mientras, con un paso al frente, este se destacaba del grupo.

—Me presento, soy el sargento Germano de Melo.

—¿Sargento? ¿Y de qué rayos de ejército eres tú?

—Del nuestro, mi capitán.

—Pues no lo parece. Porque si lo fueses, ya me habrías saludado como debe ser.

Con una mueca, el sargento esbozó un saludo torpe. Por la cara le resbalaban espesas lágrimas que todos tomaron por gotas de sudor. Y luego el soldado perdió en un instante toda relevancia para Santiago. Lo que le importaba era la contienda con el cura: eso era lo que ocupaba su atención.

—Señor padre, ¿considera que sabe distinguir razas y desgracias? Pues voy a explicarle cómo se diferencia a un negro de un blanco. Y no es por el color de la piel, querido padre. Es por los ojos.

Todos nosotros estábamos prendidos de las palabras y los gestos con que el histriónico capitán se mostraba. Con aspavientos de prestidigitador, hizo restallar los dedos junto a la cara del sargento Germano y declaró:

—Fíjese bien en este hombre, mírelo a los ojos. Si repara bien, querido

padre, verá en el fondo de la mirada de este desgraciado el ardor de antiguos humos de cocina. Por más blanca que sea su piel, este individuo es un negro. Anduvo toda la infancia soplando la boca de la lumbre.

Esa era su certeza. Era un jefe militar, navegaba más hondo y más rápido en el alma de los hombres que cualquier cura. Y subió de tono cuando preguntó a gritos:

—¿Estáis escuchando lo que dice un capitán portugués?

Sacó la pistola y disparó hacia la torre de la iglesia. Una nube de cuervos agitó el cielo. Parecía que el tiro había serenado al capitán. Con la cabeza erguida y la espalda recta, volvió a acercarse al sargento Germano.

—¿Cómo has dicho que te llamabas?

—Germano de Melo, a sus órdenes, mi capitán. Fui destinado al puesto de Nkokolani. Me hirieron en un asalto al cuartel.

—No me mientas, sargento.

—Es la pura verdad —dijo Germano, mostrando los brazos vendados.

—Las heridas son de verdad, pero en Nkokolani no hay cuartel. Aquello no es más que una cantina.

—Para mí era un cuartel, el único cuartel de este mundo. Y ese joven al que aquí estamos llorando, Mwanatu, era mi centinela.

—¿Centinela? —el capitán sonrió con desdén, revirando los ojos—. Estoy cansado de esta maldita farsa, cansado de soldados que no son militares, cansado de cuarteles que son cantinas. Estoy harto de guerras que los políticos abordan en los despachos del Terreiro do Paço.

Y levantando los brazos, como en una plegaria, se lamentó:

—¡Ay, Mouzinho, Mouzinho! ¿Por qué tardas tanto?

Buscó una sombra junto a la pared, apoyó la espalda en la piedra que el tiempo había corroído y nos contempló como si no existiésemos. Al contrario que a sus compatriotas, la visión de otros blancos no le proporcionaba ningún consuelo. Antes bien, aquellos rostros pálidos provocaban en él una aversión indisimulable. Excepto si, a pesar de la igualdad de raza, resultase que uno de ellos era de sexo femenino. Como era el caso de la italiana, que lo miraba con una mezcla de recelo y fascinación.

—La he visto en alguna parte —se adelantó a decir Santiago.

—Es posible, señor capitán. Soy Bianca...

—¿La italiana de las manos de oro? Es un placer, querida señora —y se inclinó haciendo una grotesca reverencia.

—Tiene que entender, señor capitán, el motivo de que aquí estemos todos consternados —declaró la italiana—. El muchacho que iba en la barca era hijo de este amigo nuestro —y señaló a Katini, que se escondía por detrás de los demás.

—Doña Bianca —replicó el militar—, no se imagina cómo lamento lo sucedido. Estamos en guerra, ¿qué puedo decirle? Soy cristiano, he dado sepultura a los infelices que iban en la canoa...

—¿Y dónde los ha enterrado? —pregunté.

No reconocí mi propia voz. Empujada por una mano invisible, me vi enfrentándome a Santiago da Mata. Y repetí la pregunta. Sonriendo, el hombre indagó:

—Bueno, bueno, ¿y quién es esta belleza? ¿No me diga, doña Bianca, que es una de sus chicas?

—¿Dónde ha enterrado a mi hermano Mwanatu? —insistí, ansiosa y ciega.

—¡Vaya por Dios! ¡La gata tiene las garras afiladas! —y la voz de Santiago fue adquiriendo una maliciosa candidez—. ¿Dónde has aprendido a hablar así mi lengua, paloma mía? ¿Crees que podrás enseñarme la tuya?

Cerré los ojos, recordé el consejo de nuestra difunta madre. «No es a ti a quien se dirigen los insultos —decía—. Es a tu gente, a tu raza. Finge que eres agua, simula que eres un río. El agua, hija mía, es como la ceniza: nadie puede hacerle daño». Esa era la lección de Chikazi Makwakwa, mi recién fallecida madre. Porque yo, a ojos del mundo, nunca más estaría exenta de culpa. El color de la piel, la textura del pelo, la anchura de la nariz, el espesor de los labios, todo eso lo cargaría siempre como un pecado, todo eso me impediría ser quien era: Imani Nsambe.

Observé a mi padre con la vana esperanza de que un arrebato de valor extraordinario lo llevase a confrontar al asesino confeso de su hijo. Pero Katini Nsambe se mantuvo como siempre había vivido: educadamente sumiso, cabizbajo, con los pies indistintos del polvo. Quizá las muñecas mantuviesen una desapercibida tensión. Nada más que eso.

Santiago da Mata chasqueó los dedos para llamar a los soldados, que se alinearon en formación militar.

—¡Aquí se necesita orden! —exclamó.

Y mandó que en la torre de la iglesia se izase la bandera de Portugal. El cura esbozó un movimiento de contrariedad. Germano intentó ayudar a los soldados en vano, pues el capitán desplegó los brazos con un gesto

magnánimo:

—Tú estás dispensado.

Todos firmes, vimos subir la bandera blanca y azul. Una vez que deshicimos el saludo, el capitán se llevó las manos a los bolsillos y agitó un sobre con la izquierda.

—Así que te llamas Germano de Melo, ¿no? Pues tengo, desde hace mucho tiempo, esta carta para entregarte.

El sargento recibió el sobre juntando las muñecas como si fuesen unas tenazas. Miró la estampilla y arqueó una ceja, entre intrigado y desilusionado. La única correspondencia que podía esperar era la del teniente Ornelas. Pero la carta venía de Portugal.

—Vamos a pernoctar aquí —anunció Santiago—. No le robaremos espacio, padre. Utilizaremos nuestras tiendas. Solo le pido que mañana temprano nos ceda una cabeza de ganado. Lo que no nos comamos, que se lo reparta su gente.

—¿Me lo pide, capitán? ¿O va a amenazarme con un arma, como hace con los cafres?

El capitán suspiró hondo mientras los soldados se alejaban burlándose. Sus risas confirmaban la toma de posesión de lo que había sido un sitio nuestro.

Fue entonces cuando apareció Bibliana. Había esperado el momento oportuno para dejarse ver. Con la dignidad de una reina, atravesó la luz intensa del patio. Llevaba puestas sus habituales botas y una cartuchera alrededor de la cintura. Los pasos eran marciales, y, con postura desafiante, se paró delante del capitán portugués, que, sorprendido, preguntó:

—¡Vaya! ¿Dónde teníais escondida a esta criatura?

Palmo a palmo, inspeccionó a la sacerdotisa. Registró, desconfiado, la cartuchera. La mujer permaneció impávida mientras el militar vaciaba el contenido de uno de los cartuchos. Lo que contenía era polvo de tabaco, que el capitán pisoteó con un ahínco cercano a la rabia.

—¿Y esas botas? ¿Dónde las has robado? No habrás matado a un soldado, ¿no?

—No habla portugués —se apresuró a aclarar el cura.

Bibliana adivinó lo que iba a pasar y se adelantó a la humillación antes de recibir la orden. Se descalzó sin quitarle la vista de encima a Santiago. El portugués miraba con desdén a la mujer mientras esta se quitaba las botas. Meneando la cabeza, comentó:

—Pobrecilla, no sabe que más importante que el calzado son los calcetines que nunca le dieron. Sin ellos, las botas son un martirio.

Esa era la razón, añadió, por la que las botas que regalaban los portugueses a los indígenas siempre estaban colgadas, sin dar servicio.

Con todo, el motivo de que la milagrera se descalzara era otro muy diferente. Y fue lo que se vio a continuación.

Sacando pecho, Bibliana lanzó las botas por los aires con tal ímpetu que describieron un arco audaz sobre la copa de un mango. No llegaron a caer, pues se quedaron colgadas de una rama. Y allí permanecieron balanceándose suavemente hasta que, de pronto, empezaron a removerse con espasmos intensos, y el capitán, estupefacto, vio emerger de aquellas botas negras unas siniestras aves de rapiña. Entonces disparó, a ciegas, contra las sombras errantes que apenas veía.

## 21. Sexta carta del sargento Germano de Melo

*Ten cuidado con los que protegen el castillo de la llegada de los bárbaros. Sin saberlo, ya se han convertido en monstruos.*

PALABRAS DEL PADRE RUDOLFO

Sana Benene, 5 de octubre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

La llegada del capitán Santiago da Mata me ha recordado que, fuera del mundo al que pertenezco, existe otro mundo. Y confieso que el capitán no es el mejor emisario de ese mundo. Lo mejor habría sido que no hubiese aparecido. En cualquier caso, su aparición me ha hecho ver lo vacía y ridícula que es nuestra arrogancia en estos parajes. Quizá los días pasen más rápido de lo que pienso. Quizá exista otro tiempo que avance silenciosamente por debajo del día a día que vivimos.

Mientras tanto, mi teniente, la verdad es esta: tengo una iglesia entera como cuarto de dormir. Duermo yo y duerme la casa de Dios con un sosiego que solo interrumpe el revoloteo de palomas y lechuzas. Me despierto con el ruido de las ratas royendo a toda prisa los cabos de las velas. Me aterroriza que, cuando agoten esos magros recursos, los roedores vengan a por mis heridas. Y despertarme sin ojos, pues así es como me encontré al cantinero Sardinha instantes después de que hubiera muerto.

Voy retrasando la apertura de la carta que Santiago da Mata me ha entregado esta tarde. A fin de cuentas, en mi vida todo sufre de extraños retrasos. Solo debía haberme quedado unos días en este lugar, que serviría apenas de puesto intermedio hasta llegar a un establecimiento hospitalario. Y aquí estoy desde hace semanas. Por eso, miro la carta sin prisa y elijo engañarme a mí mismo: no puede haber salido de mi aldea, no la ha expedido ninguno de mis parientes. No tengo otra tierra que no sea esta. No tengo

familia aparte de esta gente.

Sé de la asiduidad con que Vuestra Excelencia escribe a su señora madre. No se imagina cómo lo envidio. Porque, hoy, no sabría qué decirle a mi madre. Escribo todo esto aun sabiendo que no es verdad, pero no lo enmiendo ni lo borro.

Autorizado por nuestra actual familiaridad, le transcribo aquí, línea a línea, la extraordinaria carta que me ha sido enviada desde mi tierra natal. Vuestra Excelencia se ha preguntado varias veces sobre las razones que llevaron a un muchacho de provincias como yo a servirse de un lenguaje tan refinado y una sensibilidad tan elevada. Dicha carta habla de dos mujeres que cultivaron en mí esas cualidades: mi madre y mi profesora, doña Constança, una erudita señora que, para escapar a las persecuciones políticas, se desterró a sí misma en nuestra aldea.

Sin alterar una coma, esta es la misiva dictada por mi madre, doña Laura de Melo:

    Mi querido hijo Germano:

    Soy yo, tu anciana madre, la que te escribe. Tras tantos meses sin una sola noticia tuya, te comunico una triste novedad: tu padre acaba de fallecer. Ha muerto del corazón como mueren todos los hombres, eso es lo que ha dicho Toninho, el de la farmacia. Dicto esta carta a la vecina Constança, la que fue tu profesora en la escuela primaria. Te manda saludos, pero está molesta porque nunca nos has enviado nuevas.

    Quiero contarte cómo nos ha dejado tu padre. Ya lo he contado tantas veces que parece que, de tanto repetirme, me alejo de aquel triste día. Era el final de la tarde y tu padre estaba sentado en el porche. Se hizo de noche y quiso seguir allí sentado, sin cenar, sin probar bocado, sin mediar palabra. A medianoche le llevé una manta para que se tapara. No le pregunté nada, porque entre nosotros era así. Fue entonces cuando me dijo que se quedaría allí hasta que saliese el sol. Al alba, cuando bajé a soltar los animales, me lo encontré rígido y frío. El cuñado Arménio me ayudó a meter el cuerpo en casa y se sinceró conmigo. Me dijo que los hombres de la aldea habían sabido, en secreto, que estaban a punto de llegar soldados de África. Si llegaron, a nuestra aldea no vinieron, y tu padre murió sentado esperando a que vinieses.

    El funeral fue muy sencillo. Estuvieron presentes las pocas personas que

nos quedan en la familia y en la aldea. La ceremonia fue tan simple que ni siquiera me dio tiempo a llorar. Sé que es un gran pecado, pero todavía estoy esperando una lágrima, una única lágrima. En vez de llorar, lo que hago es suspirar. Y es que yo, querido hijo, ya estaba muy cansada de no ser esposa, cansada de no ser madre, cansada de no vivir.

¿Y sabes por qué ninguna lágrima acude a mis ojos? En realidad, porque soy viuda desde que me casé. ¡Cuántas veces me he frotado los brazos y la espalda con albahaca para oler como una señora! Y tu padre nunca notó el perfume. Una y otra vez, nada más hacerse de noche, me soltaba el pelo y tu padre me pedía que volviese a ponerme el pañuelo. Siempre me tocó en la oscuridad.

Sus celos arruinaron nuestro hogar. Hasta de ti sentía celos. Sobre todo de ti, hijo mío. Desde que naciste, ese hombre no tenía más que un propósito en la vida. Y era el de castigarme. Primero, con el silencio. Después, con palabras. Y al final, con bofetadas y patadas. Pensé en huir, deseé morir.

Sin embargo, me pasó como a todas las mujeres de nuestra tierra. Renuncié a todo, renuncié a mí misma. Me consoló la idea de que sus celos eran el único regalo que sabía hacerme. ¡Pobrecillo! Le ocurrió lo que dijo el padre Estevão en un sermón: quien nunca ha amado ni siquiera sabe tener celos. Y tu padre hasta con los celos fue torpe. Nada más casarnos fue divulgando por la aldea que se entendía con Julinha dos Cinco Reis. Tardaba en llegar por las tardes solo para fastidiarme. Con todo, yo sabía que estaba solo, sentado debajo de la gran morera que esparce frutos por toda la plaza. Los pantalones de tu padre siempre estaban llenos de manchas negras y dulces. Le olía la ropa. Ese fue el único perfume que usó en la vida. A veces, echo de menos el olor de las moras.

Y ahora voy a confesarte lo que solo Dios podría escuchar. Hubo veces en que tu padre, que Dios lo tenga en su gloria, llegó a rezar para que te murieses siendo un niño. No porque fuese malvado, sino por las carencias que padecíamos. Y si Dios te llevaba así, pequeñito, no serías tú el que morirías. Los niños, cuando mueren pronto, no son sino angelitos. Y cuando los ángeles mueren no hay llanto, no hay tristeza, no hay muerte. Apenas una criatura celestial que Dios nos da y Dios nos quita. Por eso fue por lo que, lo confieso con el corazón en la mano, me mantuve callada ante los ruegos de tu padre. Afortunadamente, Dios nunca lo escuchó. Y a partir



de entonces, como por milagro, empezaste a pertenecerme más y más, sangre de mi sangre, vida de mi vida. Y me apegué a ti de tal modo que se agravó el despecho que tu padre siempre había sentido por ti.

Lo próximo que haga, hijo mío, será ir a la peluquería. Aquí en la aldea no hay, pero me acercaré al pueblo, que dicen que hay una señora que se da mucha maña. Quizá sea por vanidad, quizá sea un pecado, pero quiero verme con mis propios ojos porque, hasta ahora, solo he sabido de mí por los ojos de mi marido. No quiero que tu llegada me pille por sorpresa como a tu padre, que todavía hoy sigue esperando en el umbral.

Ya verás, hijo mío, que también he arreglado una pizca la casa. La he hecho más acogedora. Con el poco dinero de la herencia he comprado tres sillas para dar asiento a presentes y ausentes. Cuando vengas, tendrás una silla para quedarte sin hacer nada, porque dicen que las sillas ayudan a olvidar el pasado. Eso es lo que dice mi comadre Constança, que tanto se sentó allá en la escuela. Y también dice que quien llega de la guerra tiene mucho que olvidar.

Y mientras ella escribe la carta, nos vamos divirtiendo. ¿Sabes lo que vamos a hacer esta noche? Vamos a salir las dos a silbar por las calles. Que silbar está prohibido para las mujeres. Al menos, eso es lo que dicen aquí en tu tierra: que la mujer que silba invoca a las brujas. Así que nosotras, Constança y yo, vamos a invocarlas.

Ruego a Dios que vengas bien y pronto junto a tu madre, pues ahora solo me quedas tú en este valle de lágrimas. Y espero que te hayan alimentado, pues en sueños te me apareces siempre muy flaco. Recibe los mil besos que no te di cuando cabías en mis brazos. De tu madre, que mucho te quiere.

He transcrito íntegra esta carta porque quería compartir con mi teniente no solo el contenido, sino cuánto, al mismo tiempo, ansiaba y temía esta noticia. No es la gravedad de lo sucedido lo que me conmueve. Es un sentimiento de culpa. No por haber olvidado el pasado familiar. Otra culpa me asalta, y únicamente a mi teniente podría contarle el secreto. En mi taquilla del barracón de la Academia Militar puse una fotografía de alguien que a ojos de todo el mundo presenté como mi padre. Pero no era él. Era un oficial de carrera cuya imagen recorté de un almanaque. La imagen era falsa, pero mi orgullo era verdadero. A ojos de todos yo era, como Vuestra Excelencia, el

heredero de una noble tradición familiar. De tanto mentir y de tanto sentir en mí la mirada de aquel desconocido, acabé por olvidar el verdadero rostro de mi padre. Traje conmigo a África la foto de ese anónimo progenitor y todavía hoy la guardo en mi escaso equipaje. Como ve, Excelencia, así no carezco tanto de un pasado familiar aristócrata. Inventé ese pasado para mí. Expuesta en una pared o guardada en el equipaje, esa otra vida mía es, con el debido respeto, tan verdadera como cualquier otra.

Por ahora, creo que esto es todo. Mañana Imani se irá con su padre a localizar el lugar donde supuestamente enterraron a su hermano Mwanatu. Espero que sea verdad lo que dijo Santiago da Mata. Espero que lo hayan enterrado y que encuentren la sepultura. Me he ofrecido a acompañarla, pero ni Imani ni su padre han aceptado mi presencia. Ahora Katini hace lo que sea para evitar que Imani y yo estemos juntos. Quiere probar ante Bianca Vanzini que la promesa de entregarle a su hija sigue siendo válida.

He comentado con el cura la insistencia de los cafres en ocuparse de los muertos tanto o más que de los vivos. El padre Rudolfo me ha explicado lo que ya sabía: que la diferencia entre los vivos y los muertos reside únicamente en el grado de presencia. Se ocupan de los difuntos para que nunca se mueran. Estar por encima o por debajo de la tierra es solo un pequeño detalle. El mismo suelo africano está tan vivo que no hay muerto que no quiera seguir enterrado. Y estoy de acuerdo con él: en estos parajes, la tierra no es una sepultura. No es más que otra casa.

Confieso que escuchar tales creencias en boca de un cura me resultó extraño. Y recordé los inflamados discursos de quienes, en nombre de la patria, me enviaron a la guerra. Sucesivas generaciones, en nombre del suelo sagrado, fueron lanzadas a la muerte. No me contuve y proclamé textualmente lo siguiente: que a mí también me habían enseñado a amar un cementerio.

—Tener patria es otra cosa, señor padre —dije yo.

El párroco quiso saber qué quería decir con eso. Permanecí en silencio. No sabía responder. Estaba ocupado, sobre todo, en pensar en Imani. Cuando ella volviese de aquella despedida, nos iríamos juntos al hospital de Manjacaze. Y después viajaríamos hasta Lourenço Marques con mis manos ya completamente curadas. Ahora que mi padre ha muerto, tendré el destino de los ángeles: los brazos me volverán a crecer y tendré dedos, según las cuentas que ha hecho Dios.

Un día de estos responderé a mi madre. Le anunciaré que, en breve, dará ocupación a una silla más con la llegada de su nueva nuera.

## 22. Una langosta degollada

*Este es el trabajo del odio: no reconocernos a nosotros mismos en aquellos que despreciamos.*

PALABRAS DEL ABUELO TSANGATELO

Al caer la tarde, después de cenar, el capitán Santiago se acercó a la gran higuera a cuya sombra nos habíamos refugiado. Y presentó disculpas por el modo en que se había comportado antes. Estaba nervioso, hacía semanas que deambulaba por los campos en una búsqueda infructuosa de los rebeldes Zixaxa y Mahazul. Ngungunyane los había escondido. En África, decía, no se necesita un bosque cerrado para hacerse invisible. La gente se esconde entre la gente.

—Por eso —declaró el capitán—, hay que matar hienas y gatos. Y tigres, aunque no existan.

Como un felino, Santiago rondó nuestra mesa. Nadie le dijo nada, nadie levantó la cara. Pero, contrariando nuestro sentimiento de antipatía, la italiana tiró de una silla e invitó al capitán a compartir nuestro banquete. Doña Bianca no entendía que el silencio que allí se hacía no era una ausencia, sino una oración. En aquel silencio conversábamos con nuestro difunto Mwanatu. Bianca Vanzini sonrió al portugués mientras le señalaba la silla vacía:

—Siéntese, capitán. Mi madre siempre decía: a la mesa nadie envejece.

El capitán se sirvió de beber y se quedó callado mirando las bandadas de insectos que revoloteaban alrededor de los quinqués. Me acordé de nuestra casa en Nkokolani. La oscuridad era la misma y de ella emergían los mismos bichos alados enloquecidos por las mismas luces. Esta vez, sin embargo, eran tantos que se oía el crepitar de los cuerpos al chocar contra las llamas.

—¿Las ha probado alguna vez, padre? —preguntó Santiago—. Dicen que las langostas están muy buenas a la parrilla. He pensado que, como buen pastor, quizá haya compartido ya este alimento con su gente.

El cura recibió la ironía murmurando imprecaciones. El capitán le pidió

que no le diese importancia.

—No se ponga así —dijo Santiago—. En el fondo, todos somos portugueses y esperamos, en la misma trinchera, la llegada redentora de nuestra caballería.

—Aquí nadie espera un salvador —replicó el sacerdote—. Soy un hombre de fe, pero puedo asegurarle una cosa: en este lugar, hasta Cristo habría renunciado.

—¡Qué clase de palabras son esas en un hombre con sotana!

—En el muelle, cuando llegó, ¿se fijó en las estacas con las redes colgadas? —preguntó el padre Rudolfo Fernandes.

Hasta hacía poco, en esos palos estaban clavadas cabezas humanas. Fue lo que le explicó el cura con una arrastrada cadencia. Se quedaron allí durante días, expuestas al calor y a las moscas, como si hubiesen nacido así, separadas del cuerpo y de la vida a la que pertenecieron.

—¿Eran de blancos o de negros? —preguntó Santiago.

—Adivínelo, capitán. Adivínelo.

—Yo no fui, estimado padre, no me culpe —hizo una breve pausa y prosiguió—: Y aquí, entre nosotros, convengamos en que es mucho más cómodo para un muerto tener la cabeza asentada en una estaca que tener el cuerpo suspendido en una cruz.

Entornando intensamente los párpados, el capitán se rio. Y todos vimos el miedo que se disimulaba detrás de aquella risa. Aquel lugar no se libraría nunca más, aseguró el cura, del olor putrefacto que lo había envenenado.

Santiago se incorporó para acercarse a un quinqué. Parecía insensible a la nube de langostas que revoloteaban alrededor de su cara.

—¿Quieren encontrar a Zixaxa y a Mahazul para castigarlos? Yo creo que deberíamos premiarlos. Si no fuera por la revuelta de esos cafres, nuestro ejército seguiría durmiendo en formación.

—¿Sabe lo que me gustaría a mí? —interrumpió Bianca con una sonrisa tímidamente conciliadora—. Pues me gustaría vivir siempre así, con todos esos militares por aquí sin que hubiese guerra alguna.

—Entonces, señora, se halla en el lugar adecuado y en el momento apropiado —profirió el capitán Santiago—. Las guerras tienen un problema, doña Bianca, y es que, para hacerlas, se necesita un enemigo. Y nosotros, con ese hatajo de lisboetas, tenemos dentro un enemigo más grande que el de fuera...

Todos decían no querer el conflicto. Sin embargo Santiago da Mata abogaba por una batalla que se tragase aquella porquería. El padre Rudolfo contestó:

—Ninguna guerra tiene boca para tanta suciedad. Las guerras son como las alfombras —dijo el cura—. Por debajo se ocultan las inmundicias de los poderosos.

\*

Ya nos preparábamos para retirarnos a nuestros aposentos cuando sorprendimos a Santiago da Mata rezando, arrodillado, con la cabeza casi rozando el suelo. Al vernos irguió los hombros, avergonzado. Y pidió que nos agrupásemos de pie a su alrededor. Puso el sombrero en el suelo y, levantando una de las alas, atrapó dentro un puñado de langostas. Después, dibujó en la arena un mapa con los puntos cardinales. Un círculo grande representaba Lourenço Marques; otro, más arriba, sería Inhambane, y en el centro, un círculo menor apuntaba a Mandhlakazi. Introduciendo dos dedos entre el suelo y el ala del sombrero, sacó primero un insecto, al que puso el nombre de António Enes, y lo colocó en Lourenço Marques mientras hablaba.

—¿Qué hace este bicho? —preguntó, arrancándole la cabeza. Y respondió —: No hace nada. Mejor dicho, hace informes para otros que no hacen nada.

Con otra langosta debatiéndose entre sus dedos, proclamó:

—Este es el jefe de la Columna Norte. Es el cobarde del coronel Galhardo. ¿Y qué pasa con esta langosta? —antes de responder, Santiago le arrancó una a una las patas al insecto—. Esto es lo que pasa, que el canalla no se mueve, paralizado por el miedo —levantó el sombrero, sacudió el polvo y espantó a los bichos que quedaban.

Después golpeó el suelo con los tacones de las botas, como si nos diese orden de dispersarnos. En ese momento, en las polainas se le posó una mantis religiosa. Y todos, simultáneamente, acudimos a proteger al bicho. El cura advirtió:

—¡A esta no, capitán! ¡Esta es una enviada de Dios!

Santiago da Mata ironizó:

—Pues entonces será Mouzinho, debe de ser él comandando la columna que viene del sur.

La mención a Mouzinho de Albuquerque hizo que los ojos de Bianca brillasen, y solicitó al capitán, entusiasmada, que describiese a aquel garboso caballero, el príncipe con quien ella tanto soñaba. Santiago da Mata no se hizo de rogar. Sin embargo, no dijo quién era Mouzinho. Se limitó a decir lo que no era. Por ejemplo, que el capitán Mouzinho no era como los demás oficiales que abundaban por allí, de cuello gordo y panza ostentosa. Su cara pálida y angulosa destacaba entre la multitud. Su porte, cuando coronaba su cabalgadura, era el de un ángel de fuego.

—Le gustaría.

—¡No se imagina cuánto me gusta ya! Aunque usted, mi capitán, no le va a la zaga a ese príncipe.

Y Santiago da Mata prosiguió con la descripción del caballero. Además de todos aquellos atributos, ese gran portugués no era un novato en asuntos coloniales. Mouzinho de Albuquerque ya había estado en Mozambique cuatro años antes ejerciendo de gobernador de distrito. Y no fue como los otros, que se acomodaron en medio de la apatía generalizada. Pidió que lo exoneraran, no aguantaba la política del «cuanto más despacio, mejor». A él mismo, Santiago da Mata, Mouzinho lo contrató directamente para una intervención armada que, según le refirió, no podía partir del ejército.

—¡Un mercenario! ¡Eso es lo que es usted! —interrumpió el padre Rudolf.

—Hay palabras que deben ser evitadas, estimado padre. Digamos que formé parte de una fuerza de voluntarios que debía atacar los campos de la Compañía Británica de Sudáfrica, de Cecil Rhodes.

—¿Y Ngungunyane? —me atreví a preguntar, a contracorriente de la conversación.

El capitán me contempló, perplejo. Yo era una mujer, joven y negra. ¿Cómo osaba tomar la palabra en aquel encuentro? Alteré la pronunciación y deletreé el nombre a la manera de los portugueses: Gungunhane.

—¿Conoce a Gungunhane, capitán? —insistí.

Respondió que sí, pero que no le apetecía hablar de él en ese momento. Porque además, añadió, el gran enemigo no eran los negros, con el debido respeto por los que allí se encontraban. El verdadero adversario, según Santiago da Mata, estaba dentro de la fortaleza. Y era António Enes, el comisario real de Portugal.

—¿Sabéis cómo llama Mouzinho a António Enes? Pues le dice *tsungo*

*khongolo*, que es como los negros de Inhambane designan a los blancos que se creen importantes. Ese tal António Enes es el gran jefe de esa pandilla de langostas parásitas.

Y discutieron la noche entera. Mi padre fue inclinándose sobre la mesa, mirando cada vez más de cerca un vaso de vino siempre por vaciar. Bianca parecía dormir, y solo el sargento seguía la querrela entre el capitán y el cura. Y he aquí lo que sucedería según el padre Rudolfo: no sería Mouzinho quien capturaría a Ngungunyane. Serían los negros quienes lo entregarían en bandeja. Los que hoy lo alababan mañana le clavarían un puñal por la espalda. Y el sacerdote concluyó:

—La captura del emperador no será obra del valor, sino de la traición.

El capitán fingió no haberle oído. Se dirigió en cambio al sargento:

—Te están dando remedios de cafres. ¿Sabes cuál es el mejor remedio? Se llama ametralladora.

Dijo también que con ese remedio los portugueses barrerían a los guerreros de Ngungunyane. Que era una pena que el sargento estuviera tan impedido. Y, finalmente, añadió dirigiéndose todavía a Germano con el mismo tono desafiante:

—Si no estuvieses lisiado, vendrías con nosotros a oler la pólvora. No hay mejor droga, amigo mío. Una vez que se ha olido, uno se queda atrapado.



## 23. Séptima carta del sargento Germano de Melo

*Lo que dice cuán crueles somos  
no es tanto lo que hemos matado  
sino lo que hemos impedido vivir.*

PALABRAS DEL PADRE RUDOLFO

Sana Benene, 12 de octubre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

No sé, mi teniente, qué puedo responder a mi madre. ¿Qué se dice a una madre cuando se pierde un padre? ¿Qué palabras existen cuando ese padre nunca llegó a existir? Hay quien cree que la distancia hace que se desvanezcan los sentimientos. No es verdad. Lejos de casa todo nace de nuevo. Y hay penas que no quiero que vuelvan a nacer.

Lo que mi madre espera que le transmita es que regreso pronto, sano y salvo. Ignoro, sin embargo, cuál puede ser mi destino. Como ya le he dicho, no quiero volver sin Imani. Y si mi tierra sigue como la dejé, lo único que aún me haría regresar sería mi madre. ¿Y si pudiera traerla a vivir a África y aquí se reencontrara a sí misma, como madre y abuela de los hijos que tendré con Imani?

Pero para mí, Excelencia, no hay cielo que no esté nublado y nebuloso. Porque si Portugal se adivina poco auspicioso, las mismas dudas sombrías se dibujan cuando pienso en hacer vida en África. ¿Qué voy a hacer en este interior tan profundo, con una guerra que proseguirá incluso después de que parezca que haya acabado? Ante mí desfilan las figuras del padre Rudolfo, que se ha olvidado de Dios; del capitán Santiago da Mata, que se ha olvidado del ejército; del consejero Almeida, que se gobierna como si él mismo fuese Portugal. Veo todo eso y me pregunto si lo que me queda es convertirme en uno de ellos. O si podré, por encima de todas las circunstancias, ser un padre

como el que nunca tuve para mí.

Me imagino que no querrá perder su precioso tiempo con divagaciones inútiles. Aun así, no me resisto a relatarle un desvarío que se me repite una y otra vez. El sueño es el siguiente: con la nitidez de las cosas reales, me veo pateando todo el curso del río Inharrime, desde la desembocadura hasta el nacimiento. Hago ese viaje con el único propósito de llevar un regalo al emperador Gungunhane. Así se procede en África: se hacen ofrendas a los grandes jefes. Durante días consecutivos transporto en mis brazos una medusa enorme cuyo cuerpo de agua reluce bajo un sol abrasador. Me apresuro porque quiero entregar el animal todavía vivo, moviendo los tentáculos gelatinosos. Conozco el horror que a ese negro le inspiran las criaturas marinas. Pretendo que el poderoso vatua no se resista a la sorpresa y sucumba ante el horrendo animal. Con la delicadeza fatal de ese regalo, habré derrotado, sin armas ni sangre, al mayor enemigo de Portugal. Ese es el patriótico propósito que me hace caminar durante días sintiendo que, detrás de mí, avanzan olas revoltosas y el vasto interior africano va siendo inundado por un océano sin fin.

Cuando me arrodillo a los pies del emperador, me doy cuenta de que la ponzoñosa medusa me ha disuelto las manos. Mis dedos y los tentáculos del aguamar caen al suelo. El monarca, con desdén, sonrío y me manda que recoja mis pedazos y vuelva al océano. Que aproveche mientras me esperan. Respondo que nadie me espera. Entonces, el rey de Gaza declara lo siguiente: «Alguien te espera, aunque no lo sepas. El mar es vasto, se entra y se sale de él sin tener que pedir permiso. En esa inmensidad no hay dueño ni mando. Es por eso por lo que odio el océano y maldigo a todas sus criaturas». Estas son las palabras de Gungunhane, las palabras que invariablemente concluyen mi sueño.

Perdone, Excelencia, estas desconcertantes confesiones. Sucede que, si poca alma me quedaba, en estos momentos estoy dejando de tener cuerpo. Ya le dije, y lo repito ahora, que aunque corra el riesgo de ser castigado no me personaré en Chicomo. Me iré con Imani a Manjacaze y esperaré el veredicto del médico suizo. Después, ya le contaré lo que ocurra. Sería un milagro que los restos de lo que fueron mis manos fueran de alguna utilidad. Para tratar mi caso, el misionero y médico Georges Liengme tendrá que recurrir más a Dios que a la ciencia.

## 24. Una lágrima, dos tristezas

*El mundo es un río. Nace y muere todo el tiempo.*

DICHO DE CHIKAZI MAKWAKWA

La monotonía engorda el tiempo. Aunque denostada, la compañía del capitán Santiago da Mata bastó para que aquel día se me pasase rápido. Empezaban a oírse las primeras aves nocturnas y ya nos deseábamos las buenas noches cuando el capitán decidió llamar aparte a la italiana Bianca Vanzini. La voz meliflua del militar sonó así:

—Y ahora, mi dulce Bianca, este caballero que le habla quiere su merecida recompensa.

—¿Me quiere a mí? Soy muy cara, capitán.

—Un hombre como yo necesita mucha sustancia. La quiero a usted y a alguna mujer más. Una para encender la llama, otra para apagar el fuego.

—Comprendo. Voy a hablar con Imani.

—Esa no. Quiero a una negra de verdad. ¿Me entiende?

—No, no lo entiendo.

—Quiero a la otra, a la negra de las botas.

Después de haber visto a Bibliana desfilar con la tela roja, los guantes negros y la cartuchera, el capitán no pensaba en otra cosa. Una sonrisa suspicaz se abrió en la cara de Bianca Vanzini. El interés del capitán confirmaba lo que ella ya me había susurrado: un hombre de verdad prefiere a una mujer viril.

—No sé si voy a poder convencer a esa negra. Hemos tenido desencuentros, creo que Bibliana me odia.

—Le pagaré el doble, doña Bianca.

—Soy muy cara, capitán. Soy de oro, ¿o ya se le ha olvidado?

—Pues que quede entre nosotros, pero no tardaré mucho en descubrir dónde ha enterrado Gungunhane una fortuna en libras. Y también sé dónde escondió el cantinero Sardinha unos cuantos colmillos de marfil.

—En ese caso, solo me devolverá lo que me debía.

—Le debía.

—Todos los hombres me deben, capitán.

\*

Apoyado en el tronco de un mango, el capitán Santiago da Mata era como el conquistador que, en lo alto de la fortaleza, observa el reparto del botín. La distancia a la que se encontraba solo le permitía adivinar la conversación entre las dos mujeres que había elegido para calmar sus deseos. Lo que se decían, sin embargo, estaba muy lejos de lo que podía imaginarse. Ni siquiera yo habría podido adivinar el contenido de aquel diálogo, a no ser que me hubiese apoyado detrás del árbol donde conversaban.

—¡Nunca! —refunfuñó la hechicera—. Ese dinero arde, me quemará las manos.

—El capitán te llama. Si no vas por las buenas, te llevará por las malas, bruja maldita.

—¡Largo! *Famba khaya ka wena.*

La respuesta en una lengua que no comprendía enfureció a la mujer blanca, que se abalanzó sobre la otra. Lucharon, se arañaron, se abofetearon. Intenté separarlas en vano. El capitán portugués sonreía pensando que aquella pelea era una escena erótica en su honor. Y la riña subió de tono hasta que Bianca, exhausta, se desplomó en el suelo y rompió a llorar. Entonces, con un gesto maternal, Bibliana abrazó inesperadamente a la italiana. Después, le llevó la cabeza hasta su regazo y le acarició el pelo.

—¿Por qué me ataca, doña Bianca? Es la segunda vez que lo hace.

Sollozando, la mujer blanca le confesó lo que ella misma no había entendido días atrás. Mientras Bibliana bailaba en el ritual de la explanada, la había asaltado una sensación muy extraña: aquella mujer no podía ser, como se comentaba por allí, una Virgen negra. No podía ser, como ella misma se proclamaba, la «Madre de la Palabra». Pero lo cierto era que aquella negra había supuesto una revelación y la italiana había sentido que el suelo desaparecía bajo sus pies.

—De repente, compareció ante mí mi único hijo, el niño que perdí con un año de edad.

La muerte de su hijo supuso para Bianca el fin de la vida. Y cuando

decidió volver a África, la italiana solo buscaba un lugar donde extinguirse. Al final, sucedió lo contrario. La vida volvió a abrazarla con los brazos de una madre infinita.

—No fui capaz de morir —admitió la italiana.

—¿Se siente culpable? —inquirió Bibliana.

Incapaz de articular palabra, Bianca Vanzini asintió con la cabeza y la cara abrumada de una criatura huérfana.

—Vamos al río —la invitó Bibliana—. De noche ese río es otro, un río nocturno que pertenece en exclusiva a las mujeres.

Como si no tuviese cuerpo, Bianca siguió sus pasos. La miró más allá de sus hombros, contemplando el drapear de la bandera atada a la cruz de la torre. Y sintió que, por debajo de aquella iglesia, se había implantado otra iglesia. El templo subterráneo al que ella descendía ahora conducida por una sacerdotisa hereje.

Con extrañeza, Santiago da Mata observaba a ambas mujeres alejarse de la mano. Estaba seguro de que se exhibían eróticamente para aguzar su apetito. En la orilla del Inharrime las dos bailaron, pegadas la una a la otra. La blanca, moviendo la cabeza, murmuró:

—Debo de estar borracha, bailando como una negra a la orilla de un río.

La negra, de pronto, la detuvo:

—Estas manos, hermana, veo en ellas granos de arena bajo la piel, veo tierra bajo las uñas.

—¿Podría haber sido de otra manera? —preguntó la italiana con la voz como un delicado hilo.

¿Acaso una madre puede ver a su hijo pequeño siendo enterrado por gente extraña? Una mujer da a luz, una madre abre y cierra la tierra. Aquella mañana de invierno, Bianca Vanzini apartó a los sepultureros y cavó con sus propios dedos el suelo rocoso y frío.

—Tendí a mi niño como si durmiera. Como hago todas las noches.

En silencio, la sacerdotisa sumergió las manos de Bianca en el río. Y vio cómo a Santiago se lo tragaba la oscuridad.

## 25. Octava carta del sargento Germano de Melo

*Todo lo que de grave tengas que decir a un enemigo debes decirlo en su lengua. Ningún juez pronuncia la sentencia en un idioma que el reo no pueda entender. Nadie muere si no es en su propia lengua.*

PROVERBIO DE NKKOLANI

Sana Benene, 22 de octubre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Esta vez traigo noticias de gran interés. Por fin, mi teniente, algo se mueve en esta tierra muerta. Vuestra Excelencia tiene toda la razón: algo muy radical está cambiando el destino de esta tierra portuguesa. Y, en el contexto de ese cambio, le informo de que Xiperenyane pasó por aquí ayer por la mañana. Hizo una breve parada de camino a sus tierras, en Zavala. Ese hombre es imparable en su permanente deambulación guerrera por el interior. Es un combatiente extraordinario, un negro de una lealtad a toda prueba para con la Corona portuguesa. Solo espero que esta vez sepamos corresponderle con la debida generosidad. Sorprendentemente, Bibliana me ha confesado que había visto a Xiperenyane en sueños, escuálido y harapiento, barriendo las calles de Lourenço Marques. Que ese era el pobre futuro que le esperaba. Una simple premonición de bruja, dirá Vuestra Excelencia. Quizá. El tiempo lo dirá.

Sé que nuestras fuerzas preparan una batalla de vastas dimensiones en Coolela. Una parte de mí querría dejar su huella en la que ciertamente será una de las páginas más gloriosas de la historia del África portuguesa. Otra parte vacila. Puede que haya más gloria en estas cartas que se escriben al margen de los enfrentamientos militares. O puede que sea más noble este encuentro improbable entre personas aparentemente tan distantes. ¿Y si Portugal llegase a ser mejor con esa costura de gentes tan desemejantes que

con esas sangrientas guerras?

¿A Vuestra Excelencia le preocupaba que me presentase en el hospital del suizo Liengme? ¿Temía que me zafase de comparecer, como me obliga mi condición de soldado, ante el cuartel de Chicomo? Pues ahora, ni a un sitio ni a otro. La tensión militar que por aquí se vive no nos permite salir de Sana Benene. Ahora, ni siquiera el viaje por el río es seguro. Estamos rodeados, Excelencia. Y sospecho que nos encontramos sitiados más por el miedo que por una amenaza real.

Quien más sufre por este confinamiento es Bianca Vanzini. Aquí, y entre nosotros, lo que más le pesa es estar alejada de sus negocios en Lourenço Marques. Ayer, por ejemplo, el sol volvió a brillar para la italiana cuando nuestro Xiperenyane le prometió que, al regresar de la próxima batalla en Coolela, la acompañaría de vuelta a Inhambane. Desde esa ciudad podría regresar por mar a Lourenço Marques. En un momento determinado, la italiana me abordó y, con sus modales siempre evasivos, me preguntó si no tendría más sentido ir a Chicomo en vez de volver a Lourenço Marques. «Al menos, no me moriré sin ver a Mouzinho», me dijo. Bianca me dio pena, y lo único que hice fue sacudir la cabeza con una sonrisa idiota.

Le he hablado de la italiana, pero quien vive un momento de profunda tristeza es Imani Nsambe. La muerte de su hermano la ha abocado a un abismo gris. Mis caprichosos cambios de humor y mis dudas sobre el futuro agravan su melancolía. Esta noche, a la muchacha la ha asaltado una pesadilla recurrente en el pasado, pero que había dejado de asediarla desde que salió de Nkokolani. La verdad es que ha vuelto a soñar que se quedaba embarazada. Que se cumplían los nueve meses y no pasaba nada. Al cabo de un año de embarazo, la barriga se le había hecho inmensa, más de lo que sus piernas podían soportar. Los senos se le salían de la blusa, la leche manaba a borbotones como de copiosas fuentes. Hasta que, por fin, llegaron los dolores de parto. Justo después del primer espasmo, del vientre emergió un machete. Las parteras retrocedieron aterradas. Despacito, se acercaron de nuevo para ver aquella aparición. Después del machete, de sus entrañas asomó una azagaya, y cuando las contracciones parecían terminadas, todavía despuntó una pistola. Las armas habían salido de su cuerpo, una por una, y aún no se había repuesto de los espasmos cuando la noticia ya se había divulgado por la región. Vinieron los guerreros y le quisieron quitar las armas, pero ella se opuso con firmeza: «¡Que nadie toque a mis hijos!».

Y así fue: dondequiera que iba, llevaba consigo a sus mortíferas crías, a las que atendía con maternales cuidados que conmovían enormemente a las demás mujeres. Los hombres, por el contrario, reaccionaban de manera diferente: en los meses posteriores, muchos de ellos hacían cola para dejarla embarazada. Si aquella mujer era capaz de parir armamento, en ella existía la posibilidad de acumular poder y riquezas. Y nunca más los negros tendrían que temer al enemigo.

Este era el sueño de Imani. La noche siguiente, la pobre chica debió de revivir la pesadilla, pues se despertó dando berridos y sollozando, suplicando que nadie tocara a sus hijos. La tranquilicé con mi habitual falta de habilidad. Imani se levantó y se tambaleó confusa hasta que su padre, Katini Nsambe, irrumpió en la habitación. Me quedé en la puerta, por precaución. Ordenó a Imani que se preparase, pues en cuanto amaneciese navegarían río abajo. Se llevaría con él a uno de los soldados negros que habían venido con el capitán. Eso fue lo que Katini dijo. La intención de aquel viaje era certificar que Mwanatu había sido sepultado según los preceptos de su gente. Había perdido la confianza en todos, negros y blancos, chopes y machanganes. El padre de Imani se quejó con amargura de que la vida era un rosario de traiciones. La hija le pidió que explicase a qué deslealtades se refería. Katini respondió que hablarían de ese tema cuando estuvieran en el barco.

Hacía mucho que Imani tenía conocimiento de los fantasmas que atormentaban al viejo Katini Nsambe. Siempre lo supo, siempre fingió no saberlo. Y todo tenía que ver con la manera en que la llamaban desde la infancia. Todos en la aldea sabían lo que se ocultaba en aquella elección. Imani es el nombre que se da a las hijas de un padre desconocido.

En aquel momento, Imani sospechó que ese era el fantasma que atormentaba a Katini Nsambe. Y lo tranquilizó con dulzura: él era su único padre, el único que había conocido.

—Ya te lo he dicho —replicó Katini, áspero—. Hablaremos cuando volvamos del entierro de Mwanatu.

El viejo Katini Nsambe me pidió que le sirviese un vaso de *nsope*, pues necesitaba bendecir aquella misión. El término «misión» me pareció excesivo. Adivinó mi extrañeza y proclamó con orgullo de emperador:

—Soy el último de los Nsambe. Soy yo el que va a cerrar nuestro lugar.

Me ofrecí a ir con los dos por el río. Katini se negó. Se trataba de un asunto de familia. Imani sería su única ayuda, su única compañía. Hace un tiempo,



añadió, incluso habría ido solo. Ahora, sin embargo, ya empezaba a tener la espalda de un pajarillo: con la menor lluvia, no levantaba el vuelo.

Acompañé al padre y a la hija hasta el muelle. En la penumbra, seguí el rastro del viejo negro. Las huellas eran leves, como si en su caminar hubiese una delicadeza cortés. Y pensé en el valor con el que, durante todos aquellos años, ese hombre había atravesado el territorio de la humillación. La hija me había hablado de cómo evitaba la compañía de los demás hombres de la aldea. Y de cómo bajaba la cabeza cada vez que se pronunciaba el nombre de Imani. Todos lo consideraban un cobarde. Sin embargo, bravura mayor es difícil de encontrar. Katini Nsambe abdicaba de su dignidad y defendía a su hija, fuese o no fuese su progenitor. Así que no era de extrañar que sus huellas fueran tan ligeras.

Pasamos por la escalinata de la iglesia y vimos que, durante la noche, los escalones en ruinas se habían desplazado en dirección al río.

—¿Ha llovido esta noche? —pregunté.

Evasivo, el padre de Imani comentó que las piedras regresaban al lugar donde habían nacido.

Cuando llegamos al muelle, ya estaban allí Bianca y el padre Rudolfo. Habían ido a despedirse. Cada uno de ellos llevaba algo que ofrecer. Bianca enrolló un pañuelo en el cuello de Imani. Y el cura le dio a Katini un crucifijo de hierro para que lo clavase en la tumba de su hijo Mwanatu.

Me aparté unos pasos. Bibliana vino a verme y se quedó a mi lado, mirando la corriente del Inharrime. Fue la curandera quien rompió el silencio:

—Tu madre ha estado aquí.

—¿Aquí, en Sana Benene?

No solo me habían curado las fuerzas africanas. Yo mismo había traído de lejos mis remedios, dijo la hechicera.

—¿Mis remedios? —le pregunté, admirado.

Mis sueños habían sido mi mejor cura, porque, según ella, estaban cargados como barcos. Y fueron muchos los parientes que, sin yo saberlo, me visitaron.

—Tu madre ha estado aquí, conmigo, cuidando de tus heridas.

Y volvimos a reunirnos todos en el embarcadero, sentados con los pies dentro del agua. El remolino alrededor de los tobillos producía un ruidillo tierno, como si fuese el arrullo más antiguo. Y casi no oímos llegar la balsa que se acercaba empujada por la corriente. La conducía un hombre desnudo,

con el pelo desgredado y una mirada animal. El cura suspiró y comentó:

—¡El que faltaba!

El intruso, explicó, era un loco llamado Libete que se paseaba infinitamente por el río con su hatillo pestilente.

La embarcación no había atracado todavía y un hedor nauseabundo invadió el entorno. El cura se dirigió al hombre en txishangane y le pidió que se deshiciese de aquel saco maloliente. El intruso se negó, aferrándose a una voluminosa bolsa de piel. Que eran sus hijos lo que guardaba en aquel hatillo. Sabía que el cura lo pondría en duda, pero si le daba su permiso lo esparciría todo por el muelle. El sacerdote, alarmado, exclamó:

—¡No, por el amor de Dios! ¡No haga eso!

Que se fuese río abajo, que le daría su bendición. Y la balsa se fue alejando, arrastrada por la corriente.

—¡Fue Ngungunyane quien los mató! Mató a mis hijos y me mató a mí.

Katini Nsambe se levantó y pensamos que se dirigiría a la canoa para emprender el viaje. Pero se quedó mirando la balsa de Libete que zigzagueaba por la corriente. Finalmente, murmuró:

—No lo llame loco, padre. Ese hombre soy yo.

## 26. Una sepultura líquida

*El reclutamiento de soldados en Angola para luchar en Mozambique empezó en 1878 y terminó en septiembre de 1879. El aspecto y la disciplina de estos soldados angoleños causaron sorpresa en Mozambique. Sin embargo, en poco tiempo sus espléndidas cualidades empezaron a borrarse y pasado un año nadie reconocería los hermosos batallones reclutados en Angola. Bien porque carecieran del régimen de palmetazos al que estaban habituados o bien porque el excesivo tiempo libre en el trabajo los desacostumbrase a la rigidez de la disciplina, o también, lo que es más probable, porque los cargos reunidos en la provincia descuidasen sus deberes, los angoleños, antes amigos del orden, se volvieron pendentieros y peligrosos para el sosiego de la capital.*

GENERAL JOSÉ JUSTINO TEIXEIRA BOTELHO, *Historia militar y política de los portugueses en Mozambique de 1883 a nuestros días*, 1921

Me quedé mirando al sargento que saludaba desde el fondeadero, el gran pañuelo blanco ondeaba entre bandera y espejismo. Devolví el saludo para cumplir, también yo, con aquellos falsos adioses. Y seguimos río abajo en busca de la tumba de mi hermano Mwanatu. Nos guiaba un soldado portugués de raza negra que Santiago da Mata había seleccionado. Era oscuro, mucho más oscuro que los de nuestra tierra. Era un *mangolê*, uno de esos soldados procedentes de Angola. Por el camino se mostró callado, manteniendo una distancia cautelosa con mi padre.

Cuando paramos para descansar y mi padre se alejó entre los matorrales, el militar me abrió su corazón. Se expresaba en portugués como si fuese un blanco, y solo la piel y el nombre hacían recordar que era africano. Se llamaba João Ondjala porque había nacido en un año de hambruna. Nos reímos, porque también es así como se dice «hambre» en nuestra lengua txitxope. Hablaba atropelladamente, como si el final del mundo acechase en

la siguiente curva del río. Que no lo culpáramos de la muerte de nuestro pariente. Él era un pobre infeliz, incapaz de controlar su destino. Me contó que, hacía un mes, había sido capturado por Ngungunyane. Lo hicieron comparecer ante el emperador, y uno de sus hijos, llamado Godido, tradujo la conversación. Godido había estudiado en la Escuela de Artes y Oficios de Isla de Mozambique y conocía bien la lengua portuguesa. El angoleño se rio al acordarse de cómo, aterrado, se había arrodillado delante del rey de Gaza.

—No me hagan daño —balbució Ondjala en aquel momento—. Soy vuestro hermano, soy negro como vosotros.

—¿Hermano? —preguntó Ngungunyane—. ¿Un hermano que nos mata?

Ondjala invocó la discriminación que sufría en el ejército portugués y explicó el modo en que a ellos, los *mangolês*, los colocaban en la primera línea del frente como carne de cañón.

—Así que ¿eres uno de esos, un *mangolê*? —preguntó Ngungunyane.

El angoleño señaló el mástil clavado delante de la casa del emperador vanguni.

—Soy como Su Majestad, *nkossi*, obedecemos a la misma bandera.

En esa ocasión, la bandera azul y blanca de Portugal estaba marchita, sin alma. Desarbolada, no dejaba de ser un triste trapo. Entonces Ondjala pensó: no es la tela sino el viento el que crea una bandera. Y así estaba su alma: vacía, lejos de cualquier brisa.

—No lo entiendo —replicó el emperador—. Te he preguntado si eras angoleño. ¿Qué tiene que ver la bandera con mi pregunta?

—Aquí todos veneramos al mismo soberano: el rey de Portugal.

El emperador levantó la vista al cielo para disolver la rabia que la desfachatez del prisionero había provocado en él.

—Esa bandera es un trozo de tela, la bajo y la subo cuando quiero —refunfuñó.

—También yo me quito el uniforme cuando quiero —argumentó el angoleño.

Al rey no le gustó lo que oyó. Con un palitroque se limpió la larga uña del dedo meñique, como siempre que se ponía nervioso. Entre dientes, murmuró:

—¡Que alguien acompañe a ese hombre!

Era el anuncio de la condena. Cuando el emperador profería aquellas palabras, ya se sabía el destino del infeliz. No llegaría al límite de la aldea. Las azagayas traspasarían al desgraciado y allí se quedaría, sin entierro, sin

memoria. Pero Dios estaba a su favor, porque Godido, que encabezaba el pelotón de ejecución, permitió que huyese. Lo desató y dijo a los demás:

—Dejemos que se vaya. Será devorado por las fieras.

Aquella vez escapó, pero el *mangolê* sabía que era cautivo de otra condena, más larga, más mortal: «Cuando acabe la guerra, los portugueses volverán a su tierra. Nosotros, los de Angola, nos quedaremos aquí, prisioneros para siempre».

Mientras Ondjala deshilaba sus atribuladas aventuras, mi padre recogía cáscaras y listones de madera. A esas teclas improvisadas unió unas calabazas huecas. Con unas pocas cosas de nada creó una marimba. Fue percutiendo sobre la madera con ayuda del crucifijo, y una melodía inconexa hizo que nos calláramos.

—Me cae bien —dijo el soldado—. Es un músico, no vive en este mundo.

Bruscamente, Katini interrumpió la música y nos apremió para que prosiguiéramos el viaje. Y volvimos a la canoa. Mi padre tenía una expresión extraña, y se mantuvo callado hasta que utilizó el remo a contracorriente para detener la embarcación en medio del río. Con la punta del remo tocó el hombro del soldado y le preguntó:

—¿Quién disparó?

—¿Cómo?

—¿Quién mató a mi hijo?

—No sé, todos disparamos contra la barca.

—¿Todos?

Entonces mi padre se incorporó, haciendo que la canoa se balanceara peligrosamente. Así, visto desde abajo, adoptaba el tamaño de un gigante. Levantó bien alto el remo y lo usó para golpear ferozmente al angoleño en la cabeza, en los brazos, en todo el cuerpo. Después, empujó el cuerpo del militar fuera de la embarcación y le mantuvo la cabeza sumergida un rato en el agua. Cuando el angoleño dejó de ofrecer resistencia, mi padre sacó el crucifijo de hierro y procedió como se hace con los peces: le clavó el hierro en la garganta. Los brazos y las piernas del militar se abrieron como alas en el agua y una mancha de sangre rodeó nuestra canoa. Katini se quedó inmóvil al ver el cuerpo flotando sin peso.

—¡Padre, vámonos! —le pedí llorando.

Yo misma eché mano al remo ensangrentado. Con las prisas por alejarme, fui incapaz de darle rumbo a la canoa. Hacia dondequiera que virase, me

enfrentaba al cuerpo de João Ondjala gravitando como si buscara su propia sombra en el fondo del río. Tomando una resolución inusitada, Katini Nsambe ordenó:

—¡Volvamos a la iglesia!

—Pero, padre, ¿y Mwanatu?

—¡No hay tumba que valga! A mi hijo lo echaron al agua, eso fue lo que hicieron con él. El río es su única sepultura.

De pie en la proa del barco, yerto como una estatua milenaria, levantó la cruz de Cristo y mil destellos resplandecieron en su mano.

—Con este crucifijo voy a matar a los otros.

—¿A qué otros, padre?

No respondió. Solo añadió:

—Cuando lleguemos a la iglesia, diremos que el soldado se cayó al río y que los cocodrilos lo devoraron.

Con una nobleza de la que nunca antes había dado muestras, mi padre se enfrentó al paisaje como un corsario que se hubiese apropiado del río por el que navegaba. Volvió a alzar el crucifijo hacia el cielo y proclamó:

—Unos ven una cruz, yo veo un puñal. Esta es la hoja que Dios ha depositado en mis manos.

—La venganza es la justicia de los débiles.

—Pues yo, hija mía, soy el más débil de los débiles. No habrá venganza mayor que la mía.

\*

Las escasas y menguadas luces de Sana Benene ya empezaban a brillar cuando amarramos la canoa en el fondeadero. En tiempos de guerra, las hogueras permanecen encendidas de noche y de día. Así se procede para que los guerreros, dondequiera que se encuentren, estén siempre iluminados. Me preparaba para subir la ladera cuando mi padre me agarró del brazo.

—Espera, tengo que hablar contigo.

Volví a sentarme en la canoa. Miré las manos ensangrentadas de Katini, que todavía empuñaban el crucifijo.

—He cambiado de planes —declaró—. Te voy a entregar al *nkossi*, serás la esposa del rey. Serás la mujer principal de Ngungunyane.

—¡Padre, por el amor de Dios, no me haga eso!

—La vida me ha engañado, los portugueses me han traicionado. Ahora me toca traicionar a mí. Serás su esposa.

Aquellas palabras eran como un puñal de doble filo. Al mismo tiempo, desgarraban mi amor por Germano y me entregaban a la criatura que más odiaba. Lloré como si hablase, como si cada lágrima fuese una palabra, cada sollozo una frase.

—Haré como mi madre: me mataré.

Mi intención era suscitar su compasión. Sucedió lo contrario. Inundado por una rabia incontenible, mi padre apretó los dientes para sentenciar:

—¡No te compares nunca más con tu madre! Tu madre estaba llena de vida, por eso un árbol la abrazó. Tú no puedes matarte, ¿sabes por qué? Porque no tienes ninguna vida.

Y se abalanzó sobre mí como si quisiese agredirme, pero se quedó inmóvil. Cuando volví a abrir los ojos, vislumbré la imagen desenfocada de mi padre inclinado sobre mí, sacudiéndome los hombros con los brazos.

—Para de llorar, que vas a invocar a los malos espíritus.

—¡No me haga eso, padre! ¿Va a traicionar a los nuestros, a los que Ngungunyane ha asesinado?

—Estoy luchando por los que todavía tienen que vivir. Los otros...

—No hay ninguna diferencia, padre. No hay otros...

El odio crecía en mí y no había llanto que fuese capaz de contener. Golpeé el agua con el remo, como si me flagelase a mí misma. Apalear el río era una manera de agredir al viejo Katini Nsambe.

—Piensa en una cosa, hija mía...

—¡No soy su hija!

—Da lo mismo, yo soy tu padre.

—Además, hice un juramento. Sobre la tumba de mi madre juré matar a ese demonio de Ngungunyane.

—No lo comprendes, Imani. Esa es mi intención: primero te casas con él. Después, lo matas. ¿Quién más, sino una reina, podría tener en sus manos la vida de un rey?

Lo que Katini Nsambe me decía en esos momentos escapaba a mi entendimiento.

—Deje que me vaya, padre. Tengo que despedirme de Germano.

—Ya te has despedido.

—Quiero estar con él. Es nuestra última vez.

—Tu sargento ha partido esta mañana hacia Chicomo. Ve a recoger tus cosas. Mañana vendrás conmigo a Mandhlakazi.



## 27. Novena carta del sargento Germano de Melo

*No basta con que andemos descalzas. Es necesario que nuestros pies pisen el suelo hasta perder la piel. Hasta que la sangre de la tierra circule por nuestras venas.*

PALABRAS DE BIBLIANA

En algún lugar entre Sana Benene y Chicomo, 28 de octubre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Estoy muerto, Excelencia. Me han quitado el pasado, me han arrancado los sueños. De madrugada, el capitán Santiago da Mata me sacó a la fuerza de mi cuarto en Sana Benene. Pronunció una única palabra: «¡Vamos!». Mientras me vestía a toda prisa, el capitán me preguntó: «¿Por qué te crees que he venido a este maldito lugar?». Levantó los brazos como si el mundo entero tuviese que escucharlo: «Me mandaron a buscarte». Y no fue preciso que lo dijese: me llevaban a la fuerza al cuartel de Chicomo por orden suya, Excelencia.

Triste manera de recordarme que, ante todo, soy soldado y soy portugués. Adiós al hospital suizo, adiós a Imani, adiós a mis sueños de vida en Mozambique. Escribo estas líneas, Excelencia, con el mismo desaliento de los enterrados vivos que, sin esperanza, hacen estremecer la tapa del ataúd. Esa es mi postración. Nunca más tendré amores, ni amigos, ni vecinos.

No se imagina, Excelencia —o quizá se lo imagine mejor que nadie—, en qué circunstancias escribo estas líneas: sentado en una carreta, con el mundo balanceándose a mi alrededor. Aprovecho esta misiva para relatarle las aventuras por las que he pasado desde que esta madrugada empecé a ser transportado en un carro de bueyes. Viajo en compañía de Santiago da Mata y de sus siete soldados, que a paso lento van escoltando el carromato. En el remolque, además de mí, solo hay armas, unas cajas de galletas y dos

cántaros de agua. Voy sentado en la posición del demonio, de espaldas al cochero que, delante de nosotros, se abre paso sin fin. Nos dirigimos al cuartel de Chicomo, donde recibiré tratamiento médico.

Mecido por el bamboleo de la carreta, me sorprendo pensando que, una vez más, estoy ensayando mi propio desfile fúnebre. Primero, en el hueco de una canoa. Ahora, en un carro polvoriento. Cuando realmente tenga lugar mi funeral, iré vestido con este uniforme que siempre he odiado y que ahora, más que el cuerpo, me cubre el alma. Tome nota de esta petición, Excelencia: que me entierren como si mi piel se hubiese convertido en este uniforme maloliente. Con esta mortaja anticipada me embarqué en este viaje. O, lo que es más grave aún, eso es lo que soy: un trozo de tela con el que, en la vida y en la muerte, me han envuelto. Primero un uniforme, después una mortaja. Soy un soldado, ni siquiera a mí mismo me pertenezco. En mi funeral, otros soldados, desconocedores de que también han dejado de tener alma, dispararán salvas de pólvora seca. Ignorarán que con esos tiros estarán matando al mismo cielo.

Durante todo el camino me agreden constantes improperios de Santiago. Lejos de molestarme, esos insultos me distraen de otras penas mayores. A fin de cuentas, es como mi madre decía: quien mucho insulta no puede ser un hombre malo. Por la sarta de injurias, Santiago debe de ser una excelente persona.

—Por tu culpa —me afrentaba—, por tu culpa, cobarde, no he participado en la batalla de Coolela. Y eso por tener que venir a buscarte, porque aquí el señorito no podía conducirse solito por el campo. Dime una cosa, querido sargento, con esos bracitos que tienes, ¿cómo te limpias el culo? ¿Era la buenorra de la negrita la que te lavaba las partes bajas? ¿No quieres ahora que uno de estos soldados negros te limpie las nalgas? Son muy buenos, no te quepa la menor duda. Lo hacen con tanto ahínco que no cagarás nunca más en la vida.

Al principio, los soldados contenían la risa. Poco a poco, dejaron de escucharlo y el capitán se debatía solo consigo mismo en aquel infinito rosario de injurias:

—Con las manos en ese estado, ya no puedes hacerte pajas. Imagino que durante estos meses en el campo debes de haberte entretenido mucho masturbándote. Pues ya se te han acabado los juegos con los cinco deditos. Ahora vas a tener que valerte de esas cafres taimadas. Y espero que ya te

hayas estrenado bien con aquella negrita que te acompañaba en la iglesia. ¿O quieres que sea yo el que le tome las medidas, finolis de mierda?

Por fin, se calló. Un abatimiento le doblegó los hombros mientras marchaba silencioso. En su cara morena, sin embargo, los ojos seguían encendidos, escrutando el paisaje. Aquel hombre que nos guiaba por el interior debía de ser terriblemente solitario.

Cuando oscureció, ordenó que parásemos lejos de cualquier camino. Mientras extendía la lona que nos serviría de cama, se dirigió a mí por primera vez en tono ameno para decirme que tenía mucha suerte, pues el doctor Rodrigues Braga estaba de paso en Chicomo.

Al día siguiente, después de una penosa ascensión por cuevas cubiertas de arbustos espinosos, nos encontramos con un cafre a quien pedimos comida y agua para los bueyes. Nos condujo en silencio a su choza y allí nos ofreció unas mazorcas de maíz asadas, que devoramos. Entonces nos informó de que, muy cerca de allí, se habían reunido decenas de soldados vatuas. Habían ido llegando en grupos para concentrarse en una laguna. Se preparaba una ceremonia tradicional para bendecir a los combatientes.

Un grupo de esos guerreros lo había visitado de madrugada. El más mayor se dirigió al corral y eligió un toro. Con una vara golpeó al animal en el hocico para enfurecerlo. Unos cuantos jóvenes saltaron sobre su lomo y lo tiraron al suelo. Mientras lo agarraban de los cuernos, el jefe del grupo, con un hacha, le rajó el cuello.

—Miren, aquí está la sangre —y el campesino señaló una mancha oscura ya cubierta de moscas.

En pocos minutos, los guerreros despedazaron el animal y se llevaron los trozos de carne a cuevas. El cafre señaló el valle por el que habían desaparecido.

—Vengan conmigo —invitó el hombre—. Están aquí cerca. Si tenemos cuidado, no advertirán nuestra presencia.

—¿Son muchos?

—Unos cincuenta.

—¿Y a qué batallón, a qué escuadra pertenecen? No me digas que a los *ziyhone muchopes*, los pájaros blancos.

—No, estos son más viejos. Me parece que son los *mapepe*, los mañosos.

—¡Vamos a emboscarlos! —ordenó Santiago da Mata.

—¡Está loco, capitán! —dije yo.

En otras circunstancias, mi insolencia habría sido severamente castigada. En aquel momento, Santiago me fulminó con la mirada antes de tenderme una escopeta.

—¡Vas a ser un soldado, cabrón! ¡Con los dedos que te quedan o con los cojones vas a disparar ese fusil!

Al desgraciado campesino le tendió otra arma que, atónito, sostuvo con los brazos inmóviles, incapaz de soportar aquel peso.

—Y tú también, cafre renegrado, si no los matas a ellos, te mataremos a ti.

Caminamos en silencio absoluto hasta un claro en medio del bosque. El cafre tenía razón: medio centenar de hombres se disponían en círculo alrededor de un hechicero, que aquí llaman *nganga*, y de un jefe militar. El humo salía de una olla enorme en la que habían cocinado la carne del toro. Ocultos detrás de los matorrales, acechábamos la extraordinaria ceremonia. Los soldados, con una rodilla en tierra, cantaban y golpeaban el suelo con azagayas y escudos, marcando un viril compás. Hasta que, en un momento determinado, el jefe militar se incorporó y mostró un dedo humano. Un golpe frío me paralizó, aquel apéndice podía ser una de las falanges que me faltaba. Al percatarse de mi reacción de pánico, el cafre que nos acompañaba explicó que aquel era un trofeo antiguo que le habían arrancado a un jefe militar vachopi. Esos eran los preceptos mágicos.

Terminada la exhibición, el jefe militar raspó con un machete la falange reseca y dejó caer el polvo sobre la carne del toro. Aquel condimento era el llamado remedio de guerra, la poción que haría desaparecer los remordimientos de la conciencia. Al comerse la carne así sazónada, los soldados se quedaban sin diafragma. Porque es en el pecho donde mora la conciencia. Eso fue lo que nos susurró el campesino.

Santiago da Mata estaba lejos de escuchar aquellas palabras. Estudiaba el paisaje para urdir un ataque sorpresa. Valiéndose únicamente de gestos, dio órdenes para que nos dispersásemos, creando así la sensación de que éramos muchos. Nos dispusimos en círculo, escondidos entre la vegetación. A una orden suya se inició el asalto. Sorprendidos, los vatuas echaron a correr desordenadamente, abandonando las lanzas y los pocos fusiles de que disponían. Unos tres se quedaron tumbados alrededor de la gran cazuela, agonizando junto a la poción que los debía impermeabilizar contra las balas enemigas.

Parecía que los vatuas se habían disuelto por el campo cuando, de pronto,

una nube de balas barrió nuestra posición. Uno de los nuestros, un soldado raso negro, cayó junto a una roca. Todavía pude verlo enterrar los dedos en la arena como si se resistiese a ser arrastrado por una fuerza oscura. En el estertor, volvió los ojos hacia mí y vi en ellos la oscuridad de los pozos sin fondo. Lo reconocí. Era el soldado que había estado todo el tiempo callado porque la única lengua europea que hablaba era el inglés. Y eso, para el capitán Santiago, era una ofensa inadmisibile.

A mi lado, Santiago da Mata se sentía mortificado: la emboscada cambiaba de sentido y los cazadores se convertían en presa. Enloquecido, el capitán agrupó a sus soldados y, a gritos y patadas, los azuzó para que avanzasen contra el enemigo. No paró de llamarlos cobardes hasta verlos adelantarse a pecho descubierto sobre los invisibles vatuas. De repente, vi cómo se doblegaba sobre sí mismo, como si le hubiesen disparado en el bajo vientre. Me apresuraba a socorrerlo cuando me di cuenta de que la mancha húmeda en sus pantalones no era sangre. Era orina.

Súbitamente, de un lado y de otro se suspendió el tiroteo y reinó un silencio absoluto. Santiago da Mata ordenó que volviésemos a la choza en la que habíamos dejado nuestras posesiones. Una vez allí, lo primero que hizo el capitán fue derramar sobre su cuerpo el contenido íntegro de un cántaro de agua. A los soldados les extrañó aquel desperdicio.

Por temor a que los cafres maquinasen un ardid vengativo, echamos mano de lo más valioso que teníamos: amarramos los bueyes entre los matorrales y cortamos unas ramas para ocultar la carreta. Era imperioso que nos marcháramos ligeros y céleres hacia Chicomo. Al darse cuenta de nuestras intenciones, el campesino declaró casi llorando:

—Ahora no tengo más remedio que irme con vosotros.

Santiago le mandó que atase sus bueyes y trajese sus cosas. No se trataba de retribuirle un favor. Su presencia como guía sería esencial.

—¿Mis cosas? —preguntó, con una sonrisa triste.

Y partimos, dejando que el infeliz campesino, con sus pies descalzos, eligiese los senderos en medio de aquel indescifrable paisaje. Siguiendo las instrucciones del capitán Santiago, pasamos por un puesto abandonado donde había quedado en reunirse con el soldado angoleño que había guiado a Imani y Katini en su incursión por el río Inharrime. Pero el puesto estaba vacío, sin vestigios de que hubiera pasado por allí quienquiera que fuese. A Santiago no pareció sorprenderle la ausencia:

—¡Menudo negro hijo de puta! No se puede confiar en esta gentuza...

El campesino reprodujo entonces lo que había oído decir a un viajante que, aquella mañana, se había cruzado con él. El visitante le dijo que el cuerpo de un negro había aparecido a orillas del río, medio devorado por los cocodrilos. Y que ese negro vestía el uniforme del ejército portugués. La reacción de Santiago da Mata fue inmediata y enérgica:

—¡Volvamos atrás! Vamos a buscarlo.

—¿Volver para atrás, mi capitán? —preguntó uno de los soldados blancos—. ¿Acaso no estamos huyendo de allí?

—Toninho tiene razón, mi capitán —protestó otro blanco—. ¿Vamos a meternos en la boca del lobo?

—Aquí no hay lobos. Ni lobos ni tigres. Volvemos atrás y enterramos a nuestro compañero como es debido.

Ante la convicción del capitán, me uní a las protestas. Desandar el camino sería el fin de todos nosotros. En el río estaríamos bien, pero llegar hasta él representaba un riesgo fatal.

—No abandono a mis hombres —insistió el capitán—. Vivos o muertos, blancos o negros, no los abandono.

Y dio media vuelta. Me pidió la pluma, garabateó unas líneas rápidas y toscas, dobló la hoja y se la entregó a uno de los soldados negros:

—Lleva este mensaje al cuartel. Di que llegaremos con retraso.

Y fue a ese mensajero de Santiago da Mata al que le pedí que fuese portador de estas mal amañadas anotaciones. Quién sabe si serán las últimas palabras que deje escritas. Santiago vino a salvarme. El mismo Santiago me conduce ahora a la perdición.

P. D. Aproveché el paso de otro caminante para hacerle llegar un mensaje a Imani. Allí mismo, apresuradamente, garabateé unas líneas llenas de nostalgia y del inmenso deseo de volver a verla. Había pensado mil veces en la manera más poética de recordarle mi amor. Pero allí, ante la hoja en blanco, solo me venían a la mente frases absolutamente absurdas. Después, en el mismo instante en que, con el mayor de los cuidados, entregaba la carta al mensajero, apareció el capitán Santiago y me exigió que le entregase los papeles. Como esperaba, el capitán llamó a los soldados y, en voz alta, divulgó el contenido de la misiva y se burló de mis sentimientos. Lo más grave fue que yo mismo, con una cobardía inimaginable, acabé por unirme a

las risas que me ridiculizaban. El mensajero me miró profundamente a los ojos, meneó la cabeza y se marchó con las manos vacías.

## 28. El divino desencuentro

*Las mujeres lloran, los hombres mienten.*

PROVERBIO DE NKOKOLANI

Aquella noche dormí como los peces: en un sueño sin sueño, el cuerpo despierto en un lecho vivo. No se me iba de la cabeza la imagen del angoleño debatiéndose en el agua, el crucifijo de mi padre chorreando sangre, sus dedos temblorosos como si estuvieran ciegos. Y me dolía la ausencia de Germano como si no hubiese lecho y estuviese tendida sobre las piedras. Y me pesaba el pecho de tanto llorar. Y el llanto no cesó incluso después de haberme dormido. Dormí llorando, como solo se permite a los difuntos.

Por la mañana temprano se repitió el ritual de la infancia: me fui despertando con el vaivén de una escoba en el patio. Era el cura el que barría.

—¿Dónde está Bibliana? —pregunté.

No respondió. Delante de la escoba, la arena se convertía en agua. En las manos del cura, la escoba era un remo que conducía las aguas de regreso al río. Como siempre, Rudolfo Fernandes barría para soñar. Y seguro que soñaba con un lugar más allá de todo viaje. Pero los perros escarbaban el suelo y traían de vuelta la triste realidad. Y de nuevo sofocábamos la persistente polvareda de un mundo pobre y sin destino.

Espanté a los perros que, junto a la puerta, apenas se ocupaban en respirar. «La sombra de un perro es su propia lengua», decía mi abuelo. En un día tan caluroso como aquel, lo habría dado todo por saber resollar como un perro. O, mejor aún, me habría gustado que el suelo se licuase. Y eso era, en realidad, lo que casi ocurría: en toda la aldea, las arenas humeaban creando la ilusión de que caminábamos sobre una laguna infinita.

—Padre, tengo que hablar con usted.

Fue lo que murmuré al quitarle la escoba de las manos y alejarme por el sendero que llevaba a la iglesia. El cura vino detrás de mí, ahuyentando a los perros. Caminó a mi lado, con las manos metidas en las mangas de la sotana.



—Sé lo que te pasa, hija mía, pero no hay nada que yo pueda hacer. No es conmigo con quien tienes que hablar, sino a solas con Dios.

Apresuré el paso, no quería que se percatase de que lloraba. Pasé junto a un grupo de hombres que jugaban a *ntxuva* y que pararon la partida al verme. Sus ojos acusadores se clavaban en mis zapatos. Pensaban que no los entendía y comentaron en voz alta:

—Malditos vachopi, estropean a las mujeres con mimos.

En la iglesia me arrodillé como si no fuera a volver a levantarme nunca más. Mis manos unidas formaron una copa y en ella resonaron mis palabras:

—Vengo, Dios mío, a ofrecer como sacrificio mis propios pies. Helos aquí en estado inmaculado, sin sangre, sin heridas. Como si en ellos nunca hubiera existido vida, como si fuesen cosas simples, objetos desvalidos.

El cura, nervioso, me pidió que me retirase.

—Ven, hija mía —dijo—. Vamos fuera.

—¿No puedo rezar?

—Eso no es rezar. Con Dios nadie habla así.

E intentó obligarme a que me incorporase, tirándome de un brazo. Me resistí. Entonces se rompió el rosario que el sacerdote llevaba atado a la cintura. Sus cincuenta y nueve cuentas cayeron ruidosamente al suelo y, con cabriolas caprichosas, se esparcieron en todas direcciones. En las vigas del techo las palomas se agitaron. Miraban, curiosas, aquel insólito bullicio.

—¿Dónde está Bibliana? —le pregunté.

—Se ha ido al norte, a las ceremonias de su difunto hermano. Se quedará allí unos días.

Pedí al cura que me dejara sola. Quería tener la iglesia solo para mí, quería que el silencio me abrazara. Al salir, el misionero tropezó con las cuentas del rosario y lo oí blasfemar contra ángeles y demonios.

Después, me dejé ablandar en aquella quietud como si en el interior de la iglesia el tiempo nunca hubiese entrado. En el banco de madera me enrosqué y me quedé dormida. Y sentí que Dios se hacía escuchar. Al principio, las palabras divinas me llegaban envueltas en el arrullo de las palomas. Después fueron adquiriendo forma y se hizo evidente que el Creador me las dirigía a mí. Estaba loca, pero esa locura me abría el paso a la voz de Dios:

—Triste ha sido tu elección: un par de zapatos en vez de pies desnudos. A razón de esa preferencia, permanecerás para siempre incompleta. A cambio, los zapatos formarán parte de tu cuerpo. Esa es la elección que has hecho y

tendrá un precio, pues nunca más serán tuyos tus propios pasos. Con suelas de cuero irás por caminos que te llevarán lejos de ti misma. Serás diferente a las demás mujeres negras. Y cuando bailes, las piernas dejarán de ser tuyas. Y siempre que te ates los cordones, será tu alma lo que estarás ciñendo.

\*

El cura me esperaba a la puerta de la iglesia. Me dijo que me había oído llorar, hablar y rezar dentro. No valía la pena aquel sufrimiento, prosiguió el sacerdote, mi padre no se retractaría de su decisión. Sería ofrecida al rey de Gaza. Katini Nsambe se había cansado de ser un hombre bueno en un mundo que solo daba la razón a los malvados. Si quería ser pérfido, no tenía otra opción que el arte primario de la venganza. El hombre dócil, el músico afable, la tolerante figura paterna: todo eso formaba parte del pasado.

Suspiré profundamente. La nostalgia no nace del pasado. Nace de un tiempo presente pero vacío. No hay memoria que pueda acudir a socorrernos.

—Dicen que la iglesia de Makomani, la de mi infancia, se derrumbó, engullida por las olas. Echo de menos el ruido del mar. Padre, ¿usted no lo echa de menos?

—¿Quieres saber la verdad? Siempre he odiado aquel templo junto a la playa.

Le costaba hasta recordarlo. Todas las noches que vivió en el litoral, el mar le entraba entero en la cabeza. No hubo sueño en el que el cura no muriese sumergido en un océano que inundaba la oscuridad de la habitación. Por miedo a que los ojos se le saltasen de las órbitas, Rudolfo dormía cubriéndose los párpados con las manos. Se despertaba con una hilera de lágrimas resbalándole por la cara y la sal quemándole la piel.

—El mar me decía que había un regreso. Y eso era lo que me dolía. Porque a esas alturas yo ya no sabía desear el viaje. Estaba como tú estás ahora, hija mía: sin saber dormir, sin saber vivir.

## 29. Décima carta del sargento Germano de Melo

*Gungunhane es el hombre más cosmopolita que conozco: habla diversas lenguas, negocia con varias naciones, se viste con tejidos de Asia, se adorna con bisutería del Medio Oriente, se rodea de consejeros negros y blancos, tiene mujeres africanas y amantes europeas, de día bebe aguardientes locales y de noche se embriaga con vino de Oporto.*

*Su recuerdo vivirá en los sueños de los que no tienen escritura. Y vivirá en los libros de los que han perdido los sueños.*

PALABRAS DEL PADRE RUDOLFO FERNANDES

Camino de Chicomo, 29 de octubre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

¿Puedo hablarle, Excelencia, de cuánto echo de menos a Imani? ¿Tendría mi teniente paciencia para servir de paño de lágrimas a mi infinita tristeza? Vuestra Excelencia se preguntará si escribo a esa mujer. La respuesta es no. Cuando llega el momento de plasmar mis sentimientos en el papel hay algo que se quiebra en mí, como una suerte de consumación de un final anticipado.

No se preocupe, Excelencia, pues no usaré nunca más nuestras estafetas para entregar cartas. Esos correos están exclusivamente al servicio del ejército. Y ha pasado solo un día desde que el mensajero partió con dos misivas. Una de ellas, un mensaje lacónico de Santiago da Mata. Y una segunda, que era la mía, innecesariamente larga, que Vuestra Excelencia seguramente no ha tenido la paciencia de leer más allá del primer párrafo. Con todo, si la ha leído hasta el final sabrá que retrocedimos en nuestro viaje para prestar los últimos honores a uno de nuestros soldados. Allí enterramos, a orillas del Inharrime, al infeliz angoleño, o mejor dicho, lo poco que quedaba de él. Los cocodrilos no habían dejado más que el tronco y la

cabeza. No tuve valor para mirar aquel espectáculo terrorífico. El capitán Santiago también se apartó de aquella visión macabra, pero encargó a uno de los soldados negros que examinase el cadáver antes de darle sepultura. Y eso fue lo que el hombre hizo con riguroso detalle. En un momento determinado, se demoró en dos perforaciones en el lado derecho del cuello del desgraciado:

—Quien lo mató no fueron los animales.

Después del ritual fúnebre, nos lavamos nosotros mismos y nuestras ropas inmundas y nos quedamos todos medio desnudos mientras la indumentaria se secaba al sol. Uno de los soldados blancos hacía las veces de vigía en un peñasco alto. Más cerca del río, los otros militares encendieron una pequeña lumbre para preparar café. Y el capitán y yo nos dejamos caer al abrigo de generosas sombras. Con un palo, Santiago da Mata se entretuvo abriendo surcos en la arena.

—¿Qué escribe, mi capitán?

—No escribo, dibujo. Estoy dibujando un país. Voy a enseñártelo: se empieza siempre por una bandera. ¿Lo ves? Este rectángulo de aquí todo lleno de rayas es la puta bandera.

—Bonita bandera, mi capitán.

—No soy tu capitán. Mañana llegaremos a Chicomo y te dejaré en la puerta del cuartel. No me verás nunca más.

—¿No entrará conmigo?

—No lo sé. Ya veré.

Y se explicó: aquellos soldados que lo acompañaban no formaban parte del ejército regular. Le recordé que el padre Rudolfo había usado el término «mercenarios». Lo rebatió, meneando la cabeza.

—Nosotros somos, cómo decirlo... Somos una unidad independiente, hacemos tareas que otros no pueden hacer.

Le cuento todo esto, Excelencia, porque me imagino que ya es de su conocimiento. Para mí, sin embargo, todo aquello constituía una sorpresa absoluta.

Y de nuevo el capitán Santiago volvió a garabatear en la arena.

—Aquí falta un cuartel —declaró corrigiendo la obra. Y añadió—: Tú que nunca has sido militar y te has pasado unas largas vacaciones en una cantina, a lo mejor puedes dibujar un cuartel...

En la pausa que siguió, se oía el viento despeinar las hojas. Santiago, sin embargo, escuchaba otras cosas.

—Aquí somos como animales —dijo—, palabras y silencios se suceden por turnos.

Hizo una señal al vigía, que, desde la otra orilla, respondió cruzando los brazos tranquilamente. Me acordé de nuestro encuentro en Sana Benene y del momento en que Bianca le preguntó a Santiago si conocía a Mouzinho. Entonces me vino a la mente la curiosidad que Imani mostró en aquella conversación en Sana Benene.

—¿Recuerda que Imani le preguntó si había estado alguna vez con Gungunhane? Ahora soy yo el que quiere saberlo: ¿conoce al rey de Gaza?

Santiago da Mata había visitado la corte del rey de Gaza en Manjacaze. Y me contó los detalles de ese encuentro. Él escoltaba al consejero José d'Almeida en una de aquellas inacabables misiones diplomáticas en las que Vuestra Excelencia también ha participado. Al entrar en los dominios de Gungunhane, sintió la misma sorpresa que todos los europeos que se desplazan hasta allí. En vez de un imponente palacio, no había sino un conjunto de simples chozas. En lugar de una corte fastuosa, se encontró con un patio de una simplicidad espartana: las reinas sentadas en el suelo, los niños descalzos y semidesnudos. Sin duda alguna, el rey de Gaza le impresionó. Según Santiago, el rey habla poco, solo se expresa con monosílabos y, a pesar de ser un ávido bebedor, siempre se presentaba sobrio a las negociaciones. Gungunhane tiene la cualidad de fingir que no entiende lo que se dice. Simula no entender otro idioma que no sea el zulú, la lengua de la corte y del imperio. En los encuentros con los *indunas*, en lugar de un autócrata que monopoliza la palabra, el emperador deja que esos consejeros hablen sin interrumpirlos jamás.

—Ocurre lo mismo en África y en Portugal: la función de los consejeros oscila entre adular y matar al rey —y el capitán Santiago añadió—: Dar voz a esos representantes del pueblo es el mejor modo de mantener callada a una nación.

Y ahora, con todo mi respeto le comunico, Excelencia, las conclusiones que Santiago sacó de todo lo que vio y escuchó. Pensó que era más rey aquel reyezuelo negro con sus modales sencillos que nuestro monarca con todo su cortejo de suntuosidad medieval. Que era más militar aquel hombre sin uniforme que nuestros generales pavoneándose en los desfiles. Y me recitó todo esto con los ojos cerrados. Después suspiró, cansado:

—Que se jodan todos los reyes de este mundo, negros y blancos.

—Soy republicano, mi capitán.

—Todo es la misma mierda. ¿O es que te crees que los republicanos no se van a arrellanar en los palacios de los monarcas cuando los hayan derrocado?

Ahora comprenderá, Excelencia, que este no es un simple relato de una modesta incursión por tierras africanas. Porque, en un momento dado, uno de los soldados negros nos llamó la atención: en lo alto de la roca desde la que oteaba el horizonte, el centinela se había dormido. Nos reímos, divertidos por el desliz del soldado blanco, a quien llamaban Toninho. Solo Santiago da Mata sospechó que aquella somnolencia podría deberse a otra razón. Y estaba en lo cierto. Un hilo de sangre le escurría por el cuello. Para el capitán no había duda: los mismos dos orificios abiertos en el cuerpo del angoleño, la misma muerte, el mismo asesino. Y dio orden de que registrásemos los alrededores. Quién sabe, a lo mejor el criminal todavía andaba por allí. Pero la búsqueda no dio resultado.

Habíamos ido a enterrar a uno, sepultamos a dos. No hubo rezos ni palabras para encomendar a Dios el alma de los fallecidos. Tapamos las tumbas y clavamos en ellas dos cruces improvisadas. Y apenas se oyó el río y el llanto de uno de los soldados.

Santiago se mantuvo ajeno a estos tristes procedimientos. Apagó la lumbre y mandó que retomásemos el camino hacia el cuartel de Chicomo. Con las botas alisó la arena, extinguiendo el efímero país que había inventado en aquel pedazo de suelo.

—Si quieres encontrar un verdadero soldado —me dijo el capitán—, búscalo fuera del ejército y lejos de las carreras militares. Porque yo, mi querido sargento..., ya me he olvidado de tu nombre...

—Soy Germano.

—Pues, querido Germano, te confieso que si un día me uniese oficialmente al ejército, sería solo por el placer de desertar.

No se ofenda, Excelencia, pero reproduzco aquí todo lo que salió por la boca de ese alucinado capitán. Y lo hago para que conozca a sus subordinados y sepa con qué lealtad puede contar. De nuevo en marcha, Santiago da Mata maldijo a quienes consideraban la vida militar una carrera que se recorre con la esperanza de un retiro anticipado. De eso fue de lo que habló, y durante el resto del camino no mencionó nada más. De repente me dieron ganas de enseñar al capitán la carta de mi anciana madre. Más que en la faltriquera, la llevaba conmigo en el pensamiento. Quería que el capitán

entendiese las razones de afecto que me ataban a un extraño destino: al haberme quedado huérfano, me había convertido, por primera vez, en hijo. Afortunadamente, no cedí a la imprudencia de compartir tan mojigatas elucubraciones. Solo con usted, mi teniente, me siento cómodo compartiendo asuntos de esa naturaleza.

¿Y sabe lo que me sucedió a lo largo de aquella marcha? Que extrañamente acabé convenciéndome de que la autora de aquella carta no era mi madre. Porque esa otra abandonó la casa siendo yo todavía un niño. Abandonó la casa sin haber llegado nunca a salir de ella. En realidad, fui adoptado. Pero fui adoptado por mi propia madre. ¿Lo entiende, Excelencia? La mujer que me hizo nacer se llamaba Madre. Después, pasó a llamarse Esposa. Esta última fue la que cuidó de mí. Con un amor vigilado, con restos de cariño, con palabras siseadas. Fui un hijo por la mitad, de manera que ¿cómo puedo ser un hombre entero? Y quizá sea mejor así, existir solo a medias. La nostalgia que siento de mi amada es, de esta guisa, menos dolorosa.

### 30. Sexta carta del teniente Ayres de Ornelas

*Al acercarse a Gungunhane, uno siente una simpatía inexplicable. De mirada y habla dulces, en él se halla un conjunto de atractivos que nos predisponen enseguida a su favor. Pero hay que entender que, por debajo de esas maneras suaves, subsiste una voluntad de hierro que no se doblaba por nada.*

RESIDENTE MARQUES GERALDES, *Informe de 1888*

Chicomo, 1 de noviembre de 1895

Querido sargento Germano de Melo:

He recibido su carta a través del mensajero de Santiago da Mata. Ironías del destino: cuando usted llegue aquí, yo ya estaré en Inhambane. Me han destacado junto con otros oficiales para coordinar la ofensiva final contra el llamado León de Gaza.

Qué curiosos son nuestros desencuentros, que se van prolongando misteriosa y eternamente como en asuntos de enamoramientos platónicos. Santiago es un personaje de trato muy rudo. Le pido que tenga paciencia con él. Yo también tuve que revisar muchas de mis percepciones sobre los demás. Mucho de lo que llamamos sentimientos son, al final, prejuicios. Así me he reconciliado con Mouzinho de Albuquerque. Necesitamos de ponderación tanto como necesitamos de gente temeraria.

No se preocupe por haber desobedecido mis órdenes. Al rechazar las obligaciones que le recomendé, me ha hecho comprender mejor mis propias funciones. Al persistir en el envío de sus personales y coloridas cartas, querido sargento, ha prestado un servicio brillante a nuestro ejército. Ahora conozco a la gente de Mozambique como pocos oficiales la conocen. ¿Se negó, amigo mío, a hacer de espía? Pues sepa que difícilmente tendrá Portugal en tierras de África mejor espía. A través de sus pintorescos retratos



he ido percibiendo lo lejos que estamos de entender el territorio que ansiamos conquistar. ¿Qué piensa esta gente de sí misma? ¿Cómo se designa a sí misma y a sus naciones y a sus dirigentes? Por ejemplo, nadie sino nosotros llamamos vatuas a los vanguni. Nadie más utiliza la expresión «Estado de Gaza». ¿Cómo lo llaman los propios cafres? ¿Y cómo designan a aquel que nosotros llamamos rey? El nombre que le dan a Gungunhane es *nkossi*. Con la misma palabra designan a Dios. Y tienen razón en llamarlo así, porque él procede con autoridad divina: castiga y recompensa como un gran Padre. Nuestra guerra no solo tiene una dimensión militar. Es una guerra religiosa.

Sirva esta misiva, finalmente, para darle la razón en su insistente afirmación: si queremos derrotar a los africanos, tendremos que conocerlos mejor, tendremos que penetrar en su mundo y vivir entre esos otros pueblos. Hace décadas que ellos hacen lo mismo con nosotros. Estudian nuestra manera de vivir, captan nuestro modo de pensar, aprenden nuestra lengua. Y no necesitan cartas para diseminar a través de otros ese manantial de información. Como un tambor silencioso se desperdigan por el inmenso interior africano las noticias de nuestro poder, pero sobre todo de nuestras debilidades.

Debo decirle para terminar que he recibido del mismo mensajero la información de que su amada Imani y su respectivo padre han abandonado Sana Benene. Ambos han partido hacia el hospital del suizo Liengme, vaya usted a saber con qué propósitos. Esté atento, sargento: como futuro marido no puede fallar en la vigilancia de una prometida joven, guapa, y además negra. Doy gracias a Dios por no haber dejado en Portugal un corazón femenino que aguarde por mí. Solo de una madre se puede esperar una lealtad por encima de todas las contingencias. Por lo demás, en cuanto a novias y esposas, cuanto más larga sea la separación, más falsa será la espera.

## 31. Un hospital en un mundo enfermo

*Los misioneros suizos no escatiman en medios para ganarse la simpatía de los negros, no los contrarían en cosa alguna y les conceden libertades poco edificantes y nada adecuadas, como, por ejemplo, la de estrecharles la mano. Y tan habituados están los negros de las inmediaciones de esta Misión a esos fraternales saludos que, al visitarla, un negro criado en ella vino directo hacia mí ¡con la mano tendida! Puede que este sea el mejor método para educar al indígena, pero, en lo que a mí respecta, no lo puedo tolerar ni lo puedo admitir. Tratarlos bien, educarlos, proporcionarles una buena enseñanza y hacer de ellos hombres aptos y hábiles que puedan ser un día útiles a sí mismos y a la sociedad, eso sí; ahora, rebajarse hasta el punto de estrechar la mano a un negro ignorante, eso sí que no.*

AHM-ACM, Sección E, caja 169, doc. 506, del administrador de Xai-Xai al gobernador del distrito de Lourenço Marques, 28 de noviembre de 1911

Sentada en la puerta de su casa, Bertha Ryff se había quedado dormida con un álbum de fotos abierto en el regazo. Esperaba la llegada de su marido, Georges Liengme. Al oír nuestros pasos se despertó y nos miró de frente, tranquila, como si hubiésemos sido anunciados.

Cuando estuvimos más cerca, mi padre se limitó a pronunciar un sibilante y prolongado «con permissssso». Tomé la iniciativa de elucidar el propósito de nuestra visita. De inmediato me percaté de que la única lengua en la que podríamos comunicarnos sería el txishangane. No dejaba de ser extraño comunicarse con una europea en una lengua local. Por primera vez me sentí orgullosa de la prevalencia de un idioma africano.

La mujer parecía hecha de cera, tan canija y frágil que me sorprendí susurrando por temor a que se deshiciese con el simple sonido de mi voz. Se mostró distante pero útil. Que sí, admitió sin vacilación, que podríamos

pernoctar en una de las chozas del hospital mientras llegaba su marido. Nos imponía una única condición: que ese, dijo señalando a mi padre, fuera el único hombre que compartiera conmigo la habitación.

—Este es mi padre —le aclaré.

La señora Ryff sonrió mientras observaba de soslayo a mi progenitor, que se mantenía inmóvil, sosteniendo en las manos, junto al pecho, su viejo sombrero de paja.

—Elizabeth se ocupará de vosotros —remató la suiza—. Sentaos, que enseguida vendrá a vuestro encuentro.

Delicadamente, nos apartamos para ocupar un viejo tronco que servía de asiento en el patio. Y vimos lo limpio y ordenado que estaba todo allí, en contraste con el desorden de Sana Benene.

De una de las chozas llegaban voces y risas: era Elizabeth Xifadumela, que enseñaba a las jóvenes negras las artes del corte y la confección. Dos meses atrás, cuando empezaron las clases, el vestíbulo estaba lleno de niñas ansiosas por aprender un nuevo oficio. El número se fue reduciendo paulatinamente: los padres no veían con buenos ojos ese desvío de las tareas domésticas. Temían que las chiquillas se olvidaran de su papel tradicional como futuras esposas y madres.

En un momento determinado, la mujer del médico nos llamó exhibiendo una máquina de fotos. Pensé que querría un recuerdo nuestro, y lo mismo debió de pensar mi padre porque se apresuró a atusarse el pelo. Bertha solo quería conversar sobre el pasatiempo de su marido. Se sentía aliviada porque Georges había olvidado llevarse su inseparable Kodak. Nunca se lo había dicho a su esposo, pero le molestaban las imágenes de las negras casi desnudas. Y hojeó el álbum para ilustrar aquel ingenuo impudor. Una cosa era saber que Georges se cruzaba diariamente con aquellas mujeres. Otra era sospechar que el marido se recreaba en la contemplación de aquellos cuerpos lascivos. Por esa razón, Bertha seleccionaba con mucho criterio las películas que debían revelarse localmente y las que debían revelarse en Suiza. En la sede de la Iglesia Presbiteriana de Vaud, las fotografías sufrirían una segunda censura. De vuelta en Mandlhakazi, las imágenes venían tamizadas y transformadas de acuerdo con los preceptos evangélicos. Por ejemplo, todas las sillas en las que se apoyaban los régulos se habían borrado. Bertha sabía el porqué: las sillas eran signos de pecaminosa modernidad. Esos objetos procedentes de Europa tergiversaban la idea de un pueblo «puro» que resistía

al paso del tiempo en su «estado natural». Los pastores suizos habían sido elegidos para salvar a un pueblo salvaje y original. Y les cupo la función divina de nombrar a ese pueblo: y así los llamaron vatsonga. Y les correspondía la responsabilidad sagrada de guardar a ese rebaño de la perniciosa influencia de los nuevos tiempos.

—Mi marido no creo que tarde en llegar. Ya lo conocerán, ¡es un santo!

De repente, un grupo de niñas alborozadas pasó corriendo y desapareció por entre las casas del lugar. Las clases habían terminado y Elizabete Xifadumela vino a saludarnos. Siguiendo las órdenes de Bertha, la profesora de costura nos guió hasta la choza en la que íbamos a ser alojados. Por el camino observé a la mujer que nos guiaba y pensé: si Georges Liengme enviaba a Europa fotografías de esa mujer, no cabía duda de que los dirigentes de la misión presbiteriana se trastornarían. Elizabete era mulata, altiva, concedora de su belleza. Se vestía de manera moderna, llevaba calcetines y unas sandalias con hebilla. Y caminaba como ninguna mujer haría allí: sin pedir permiso para pisar el suelo. Aquella mestiza era un error en la pacífica orden de los africanos. Para garantía de los puritanos, la justicia divina había castigado aquella ilegal hermosura: Elizabete había heredado la enfermedad de su padre, la sífilis. Las manchas oscuras en las manos y en los pies eran como tatuajes grabados en la piel de los condenados.

Durante todo el recorrido, Elizabete caminó a mi lado. Comparaba mis zapatos con sus sandalias. En un momento determinado, me preguntó si yo también era mulata. Le respondí que no, que era negra y era de los vachopi. Sonrió, incrédula:

—Eso piensas tú. Eres más mulata que yo, hija mía. No sabes el precio que hay que pagar por tu condición.

Yo era, como ella, una criatura de frontera. Los que se consideraban de pura raza nos odiaban. No por lo que éramos, sino por no corresponder a aquello que esperaban.

Ajeno a lo que hablábamos, mi padre seguía extasiado a la bella Elizabete. Katini Nsambe nunca había visto a una mujer como aquella, con la piel y el nombre mezclados.

—Descálzate a la entrada —ordenó mi anfitriona.

En el umbral de la puerta se quedó parada, estudiando mi cuerpo y mis gestos.

—¿Sabes lo que deberías hacer? —preguntó—. Deberías ponerte un

pañuelo.

Esconder el pelo, ocultar mi origen: eso era lo que me recomendaba. Una mujer siempre tenía otra raza. Ganaba poder con los misterios que escondía. Se volvía misteriosa, remató la mulata. Y añadió:

—Después le pides al doctor que te haga una fotografía. Le gustarás. Y mucho.

La mulata se retiró y seguimos oyendo su risa mientras se alejaba. La choza era espaciosa y aireada. En el suelo, en un rincón, un cesto de costura llamó mi atención. Revolví ovillos, botones y agujas. Recorrí con los dedos una muñeca de trapo hecha a semejanza de una niña negra. Acaricié la pequeña y fofa figura como si retrocediese a lo que no tuve cuando era una niña. El armario de madera estaba lleno de ropa de invierno que pendía de las perchas sin alma. Enfrentándome al aire reprobador de mi padre, me eché sobre los hombros un abrigo de pieles. Hasta que encontré un papel enrollado y atado con un cordel. Era una carta de Bertha a su marido. Mi padre interrumpió aquella inspección, reprendiéndome por revolver las cosas de los blancos. Eso mismo fue lo que me dijo: «las cosas de los blancos».

Tal vez la mulata Elizabete tuviese razón. Yo debía sacar más provecho de mí y dejar de vestirme como si el año tuviese una única estación. No necesitaba más espejo que los ojos de Germano. Hasta la llegada del portugués sabía de mi cuerpo como una mujer ciega sabe de su belleza. Ahora, un fulgor nacía en aquel hombre siempre que sus ojos se posaban en mí. A fin de cuentas, Germano era como todos los hombres: ninguno de ellos tiene tierra natal. Todos nacen eternamente de las mujeres.

\*

Desde la ventana vimos llegar al médico suizo con su comitiva. Era justo como nos lo habían descrito: de baja estatura, frente amplia y ancha, ojos claros y brillantes.

Georges Liengme no besó a su esposa, que permanecía sentada a la entrada del patio. El matrimonio sabía que las manifestaciones de afecto no se deben exhibir en público. Además, el misionero llegaba agotado de un viaje de varios días por el accidentado territorio que separaba Mandhlakazi de Lourenço Marques. Bertha Ryff escondió a toda prisa el álbum y guardó las fotografías sueltas en los grandes bolsillos del delantal. Después, sonrió

cándidamente ante la silueta a contraluz de su fatigado marido. Más lejos se distinguían una mula y un joven guía que cerraban la comitiva.

Georges Liengme regresaba de una misión espinosa: el comisario real, António Enes, lo había convocado. Los portugueses esperaban que el suizo convenciera a Ngungunyane de que entregase a Zixaxa y a Mahazul, los dos jefes de la revuelta contra Lourenço Marques. Bertha conocía a su marido y la tenacidad de sus principios: las posibilidades de éxito de aquella reunión eran remotas. Y eso fue lo que el esposo le confirmó:

—Nos odian, Bertha —suspiró el médico mientras se aliviaba la tensión de las correas sobre los hombros—. En cuanto puedan, nos expulsarán. Necesitan encontrar un culpable. Un culpable blanco.

—No nos pueden expulsar. ¿Acaso no tenemos todos, protestantes y católicos, el mismo derecho a trabajar en África? ¿No fueron firmados los tratados europeos?

—Los tratados no nos defienden. Portugal argumentará que no nos limitamos a evangelizar. Nos acusan de distribuir armas a los negros y de animarlos a la revuelta.

Durante el encuentro, sin embargo, António Enes reveló ser un hombre ético y cordial. Alto y excesivamente flaco, con las mejillas hundidas y unas ojeras profundas, el comisario real, para asombro del suizo, elogió su renuencia a acatar las exigencias del gobierno de Portugal de expulsarlo. Enes se expresó en los términos siguientes: «No puedo impedir que aliente una traición, pero espero que no traicione a Portugal». Que el misionero regresase a Manjacaze, ya que seguramente el rey de Gaza lo escucharía. Y así se evitaría la guerra. Al final de la conversación, el tono de Enes rozó la amenaza: si se confirmaba un enfrentamiento militar, los portugueses no distinguirían entre villanos africanos y traidores suizos. Y eso fue lo que pasó en Lourenço Marques.

—¿Tan grave es, Georges? —preguntó la frágil esposa.

—Empieza a preparar tus cosas. Tú y los niños os iréis de aquí lo antes posible.

—No pongas esa cara cuando entres, nuestros hijos necesitan reencontrarse con un padre sonriente y confiado.

Bertha no lo entendía: la aprensión del médico no se debía solo a la intimidación del comisario real. Por el camino se había cruzado con cientos de soldados portugueses y angoleños que se acercaban a la capital del Estado

de Gaza.

—Están aquí mismo, están cercando Mandhlakazi. La guerra ya ha empezado, Bertha.

La mujer se santiguó. Después, al vernos mirar por la puerta de la choza — desde donde oíamos el diálogo del matrimonio—, la suiza informó al marido de nuestra presencia. El médico se encogió de hombros: que esperásemos. Primero se tenía que recuperar del viaje. Además, no había día en que no llegasen enfermos, a decenas, acompañados siempre por sus familias numerosas. La enfermedad en África no era asunto de un solo individuo. También había que cuidar de los parientes, que siempre eran muchos y muy cercanos.

—¿Vas a descansar, Georges? Ngungunyane está aquí.

—¿Aquí, en la Misión?

—Te está esperando en el hospital. Llegó anoche acompañado de..., ¿adivinas de quién? De la señora Fels. Por suerte, ella ya se ha marchado al Transvaal para estar con su esposo. Pero ya sabes lo que opino de esa relación, Georges, no podemos aceptar esas escenas indecorosas en nuestra misión.

—El rey tiene cientos de mujeres, ¿qué diferencia hay?

—Es una relación diferente y lo sabes muy bien.

—¿Qué quiere Ngungunyane?

—Dice que se siente mal.

—Y es normal que se sienta así.

No era el emperador el que estaba enfermo. Era el imperio el que tocaba a su fin. Sus tropas desertaban en masa. Los soldados huían del hambre, emigraban a las minas, regresaban a los lugares de donde habían sido arrancados.

—El emperador está solo. Y nosotros estamos más desamparados todavía.

Cuando el médico se alejaba en dirección al hospital, su esposa lo volvió a interpelar:

—Querido, ¿no quieres que te quite las botas?

## 32. Séptima carta del teniente Ayres de Ornelas

*La guerra en el África salvaje tiene la dolorosa necesidad de ser implacable en la destrucción para no parecer floja y medrosa. Los negros no comprenden la clemencia y la generosidad. Hacer el mayor daño posible al enemigo es el único deber del combatiente.*

ANTÓNIO ENES, *La guerra de África en 1895*, 1898

Inhambane, 3 de noviembre de 1895

Querido sargento Germano de Melo:

Nuestra ostentosa victoria militar en Magul me ha devuelto el orgullo de ser soldado y la gloria de ser portugués. Con este hecho hemos acallado las insinuaciones alevosas del comisario António Enes, que tanto ha maltratado a uno de los héroes de nuestra campaña africana: el coronel Eduardo Galhardo. Durante las semanas anteriores, insistentes telegramas repetían el mismo mensaje: invocando los «deberes del patriotismo», el comisario pedía al coronel que fuese a Manjacaze. La refinada habilidad de la respuesta de Galhardo me divirtió. Decía que no era necesario que António Enes invocase dictámenes patrióticos para que él cumpliera con sus obligaciones. Y también decía que en su relación con las jefaturas no estaba acostumbrado a que le hicieran «peticiones». Que el comisario le diese órdenes, que él las cumpliría sin vacilación alguna. Ese arrojo de dignidad ha sido terapéutico para mí. Quien nunca ha salido de la comodidad de los despachos no podrá evaluar jamás la hercúlea misión que supone transportar un arsenal de guerra a lo largo de cientos de kilómetros, atravesando ríos, lagos y pantanos por el interior africano.

La peor de las derrotas es la que se sufre por no haber tenido el valor de emprender una sola batalla. De ahí la sensación embriagadora que supuso para mí el combate de Magul. Esa euforia perduró en mí hasta que, días



después, me topé con columnas de humo que se multiplicaban por las vastas llanuras de Bilene. Las aldeas ardían. Vi a cientos de cafres cargar, con el semblante lleno de preocupación, sus escasos bienes por la sabana. Y confieso que esa visión me entristeció. No obstante, esa es la lógica de la guerra. No basta con haber vencido al ejército de los vatuas. En la contabilidad del miedo, la sangre de los soldados tiene poca valía. La terrible verdad es esta: tienen que morir civiles para que la derrota pese sobre una nación.

En aquellos turbulentos días sucedió algo que nunca olvidaré. Ahora se lo cuento. Mi sargento tendrá noticia del incendio que destruyó gran parte de nuestro acuartelamiento en Chicomo. Tuvo lugar una noche oscura como la pez. Las tropas estaban acostadas, la alerta se dio cuando las llamas ya habían devorado muchas de las casas. Entre gritos y desbandadas, un soldado anónimo, moreno y achaparrado, corrió hacia el barracón del hospital y salvó a todos los enfermos. A continuación, el mismo joven esquivó con destreza las llamaradas para llegar hasta el almacén de municiones y arrastrar fuera las cajas de explosivos más amenazadas. Después, fue al establo y cortó las cuerdas que sujetaban a los caballos. Los animales se esfumaron en la oscuridad dando brincos y coces, atropellando todo en su carrera despavorida. Horas después regresaron, sanos y salvos.

Cuando todo se serenó, en medio de la oscuridad y de los escombros, busqué al soldado para felicitarlo. No lo encontré. Al día siguiente, ya inmenso en mi rutina habitual, me olvidé del deber de gratitud. Y en los días posteriores, el asunto se me fue de la cabeza por completo.

Un día, durante los ejercicios matutinos, lo encontré de nuevo. Allí estaba el héroe de la noche en llamas. En ese momento, a la luz del día, la desilusión no pudo ser mayor. Bastaba con echarle un vistazo por encima para darse cuenta de que no era exactamente un soldado, de que nunca había disparado una bala y la escopeta le pesaba tanto que los hombros se le desaparejaban. No sabía apuntar por la mira, parecía lo contrario: que era el enemigo el que lo espiaba apuntándole al alma. El cuerpo entero se le descoyuntó cuando, a mi lado, disparó el primer tiro. Pensé en alentarle con alguna palabra, un mensaje que aunase tranquilidad y gratitud. Pero, una vez más, pospuse el contacto con aquel joven soldado.

Hasta que, en plena batalla de Magul, mientras daba vueltas enloquecido dando órdenes a los soldados para que no dejaran de disparar, cegado por el

humo y aturdido por las explosiones, me tropecé con nuestro médico Rodrigues Braga, que, de rodillas, prestaba auxilio a un soldado herido. La primera intención del médico era la de mantener despierto a aquel soldado, alcanzado por una bala en el cuello. El médico sacudía al infeliz con insistencia y le suplicaba: «Habla conmigo, no te duermas».

Miré sorprendido al moribundo. Era el héroe del incendio. Aquel que, aun a riesgo de su propia vida, había salvado a tantos de sus compañeros, se desangraba en brazos del doctor Braga. Ningún heroísmo podría rescatarlo, ningún milagro podría traerlo de vuelta.

Durante un rato, el médico siguió sacudiendo el cuerpo ya sin vida. Fui yo quien, a la fuerza, arranqué al joven de sus brazos y tendí suavemente al desdichado en su último suelo. Con la mirada perdida, el médico no cesaba de murmurar: «No te duermas, no te duermas». Y sus brazos no paraban de agitar el vacío, como hacen las madres cuando lloran a los hijos que se han ido.

Entonces se me ocurrió que eso era lo que debíamos hacer: sacudir el pasado para que el tiempo se mantuviese vivo. Quizá sea por eso por lo que con tanta frecuencia escribo a mi pobre madre. Cada palabra es un empujón contra la nada, un bandazo que elijo para no adormecerme en la aridez del camino.

Y cuando ese joven anónimo cayó en mis brazos, pensé en usted, querido sargento. Estoy seguro de que no ha participado aún en batalla alguna. Todo el mundo le dirá que es necesario como lección de vida, pero créame, querido amigo, no hay lección que compense lo que perdemos en humanidad. Falta poco para que me asciendan al rango cimero que tanto merezco. Entonces cumpliré mi promesa y mi joven sargento podrá regresar, sano y salvo, a su vieja casa.

Toda esta misión me pesa y no es por su dimensión militar. Es por el peso que deja esa dimensión y que no comprendo. El mundo podría ser mucho más sencillo, más ordenado, como nos enseñaron en la escuela militar: europeos a un lado, africanos a otro.

Estamos lejos de ese escenario tan simple. Empezando por quienes somos, nosotros, los portugueses. En nuestro seno hay corrientes más hostiles entre sí que las que separan a ángeles y demonios. Y esas desavenencias no son exclusivas de los lusitanos. Porque, por estas bandas, los europeos están en guerra los unos contra los otros. Por razones políticas, por razones religiosas.

Católicos y protestantes luchan como si no tuvieran un único Dios. Hay más rivalidad entre ingleses y portugueses que entre blancos y negros. Si no hay unidad entre los blancos, tampoco existirá una entidad a la que se pueda llamar «los negros». Tan dispersos se hallan, con tal diversidad de tribus, que nunca sabremos designarlos por sus debidos nombres. Los changanas y mabuingelas que por aquí dominan nos odian a nosotros, los portugueses, pero todavía odian más a las gentes de Gungunhane. Y están los chopes y los ndaus, que se resisten ferozmente a la dominación del emperador negro. A pesar de todo, la mayoría de los soldados a sueldo de ese emperador procede de esas etnias enemigas.

En pocas palabras, los que hoy son nuestros aliados mañana serán nuestros opositores. ¿Cómo podemos emprender una guerra si desconocemos la frontera que nos separa del enemigo?

### 33. Malestares imperiales

*Érase una vez cinco hermanos que dormían en un lecho escaso. No había noche en que no se peleasen por la única e insuficiente manta. Hacía frío y no paraban de tirar de ella de un lado a otro. No había solución para contento de todos: demasiado frío, demasiadas personas y una manta corta. Hasta que oyeron, a la puerta de casa, el rugido de un león. En un instante se apiñaron unos contra otros y la manta bastó y sobró, tapando a los cinco hermanos. Y eso es lo que pasa, que el miedo hace que lo poco sea mucho. Y hace que todo sea nada.*

RELATO DE NGUNGUNYANE

El doctor Georges Liengme pasó por nuestro lado y, sin saludarnos, ordenó que lo siguiésemos hasta la choza de palos y barro en la que habían alojado al emperador. En cuclillas, dos guerreros vanguni hacían guardia en la puerta de aquella enfermería improvisada. Entre los dos centinelas había una silla vacía, con los brazos y el respaldo labrados y el asiento forrado de piel de cebra. Era el trono que los guerreros transportaban para garantizar que el rey nunca tuviese que sentarse en el suelo. La silla estaba allí, a la intemperie, a disposición de las moscas que cubrían gran parte del asiento.

Georges Liengme se entretuvo unos segundos examinando mi cara como si me reconociese de un pasado lejano. Y ordenó que esperásemos allí. Mi padre aprovechó el momento para explicarse:

—No quiero incomodarlo, *dokotela*. Solo pretendo tener unas palabras con el *nkossi* Ngungunyane. Es por esta hija mía...

El médico entró en la enfermería antes de que mi padre terminara la frase. Con miedo, espí a través de una rendija de luz que inundaba el interior de la choza. En el cuerpo que yacía en un camastro adiviné la figura de Ngungunyane. En el interior resonaba una pesada y entrecortada respiración: el emperador dormía a pocos metros de mí. Y recé para que aquel fuese su lecho de muerte.

El misionero se acercó limpiándose las manos en una toalla blanca y anunció de modo atronador:

—*Nkossi*, mi rey, he llegado de Lourenço Marques y no le traigo buenas noticias.

El emperador permaneció callado e inmóvil, como si no hubiese advertido la llegada de aquel a quien consideraba su médico particular. El suizo pasó la mano por la frente del paciente, adornada con el *chilodjo*, la corona real. Para evaluar mejor la fiebre, subió un poco aquella diadema hecha con un paño que envolvía una cera oscura. La corona producía un río de sudor que se escurría por las mejillas del soberano hasta desembocar en la hendidura de los lóbulos de las orejas, que brillaban como lagos oscuros. Insistentes moscas se posaban en el minúsculo hueso de buey clavado en el *chilodjo* que, desoyendo los consejos del médico, el emperador utilizaba para rascarse la cabeza y los oídos.

Sosteniendo contra el pecho una caja de tabaco molido, el rey de Gaza se incorporó con dificultad mientras el suizo insistía en las sombrías novedades:

—Los portugueses están rodeando Mandhlazaki. Son miles, *nkossi*.

—Necesito sus masajes —se desentendió Ngungunyane—. Mando en un imperio, pero mis rótulas no me obedecen.

El médico suspiró. Conocía bien a aquel enfermo. Por eso, se armó de paciencia y se sentó en el poco espacio que quedaba en el camastro.

—Ya se lo he dicho muchas veces, *nkossi*: tiene que elevar la entrada de la puerta.

—¡Ni pensarlo! Prefiero no tener rodillas a perder el pescuezo.

El suizo sonrió. El techo de paja de las casas de los vanguni descendía hasta casi rozar el suelo. No había otro modo de entrar más que arrastrando las rodillas por el suelo. Se trataba de una medida de seguridad. Un intruso malintencionado sería sorprendido en una posición completamente vulnerable.

El emperador se pasó las manos por las piernas y, después, se recolocó cuidadosamente la corona en la cabeza. A continuación, proclamó:

—Olvídese de lo que ha visto por ahí fuera. Preocúpese antes de mis quejas. Por mucho que los portugueses vayan en busca de cuarteles y fortificaciones, nunca encontrarán nada. Mi cuartel es mi tierra, mi ejército es mi pueblo.

Con un solo gesto, espantó las moscas y se enjugó el sudor que en ese

momento le resbalaba por la voluminosa barriga.

—¿Le he contado alguna vez la historia de los cinco hermanos?

—Varias veces, *nkossi*. Y esta vez no hay leyenda capaz de traerle tranquilidad. Mire lo que ha pasado en Magul.

—Las de Magul no eran mis tropas. ¿Sabe lo que me dicen mis informadores?

—¿Cuántas veces me ha dicho que no confía en sus informadores? —inquirió el misionero. Y añadió con gravedad—: Esta vez es diferente.

Lo que pasaba era algo inédito: tres columnas militares portuguesas, compuestas por las unidades de caballería e infantería mejor armadas, convergirían en Mandhlakazi. Además de los centenares de soldados blancos recién llegados de Portugal, las columnas integraban a seis mil guerreros negros, separados en diferentes contingentes de orígenes diversos. Y Liengme transmitió los detalles: Panga y Homoíne habían entregado dos mil cipayos. Los régulos de Massinga y Zavala también contribuirían al asalto final de la corte de Ngungunyane.

—¿Acaso los ha visto a todos en su viaje, *dokotela*? Pues le aseguro una cosa: la mitad de esa gente ya se ha vuelto atrás —declaró, displicente, el emperador—. El hambre los ha hecho desertar.

—¿Y sus hombres no han desertado? —preguntó el suizo.

—Mis hombres —respondió el rey de Gaza— fueron impermeabilizados por los poderosos hechiceros del río Save.

El misionero se pasó los dedos por el pelo precozmente canoso: no tenía argumentos contra tamaña presunción.

—Usted está muy enfermo, mi rey. Y no es de las rodillas.

—Olvídese de la guerra, *dokotela*. Estoy aquí como una persona más. Y hoy estoy sintiéndome el cuerpo.

El médico sabía que esa era la manera en que nosotros, los negros, nos quejamos. Decimos que sentimos el cuerpo.

Doña Fels, la señora blanca del Transvaal, acababa de irse del hospital y ya había masajeadó las rodillas reales. Eso fue lo que le relató el monarca. Y quizá también otras partes del cuerpo, quiso comentar a Liengme. Pero se refrenó. Reticente, se recogió las mangas y con un pudor excesivo untó con un bálsamo los voluminosos miembros del paciente. Sus maneras furtivas y apresuradas no pasaron desapercibidas.

—¿Se siente humillado, *dokotela*? ¿Siente vergüenza por estar cuidando de

mí como si fuese una de mis mujeres? Debería envanecerse por ocuparse de un hombre tan poderoso.

—Estoy orgulloso de tenerlo como paciente.

—No confío en nadie, ni siquiera en los centinelas. Un día me llevan en la silla, al día siguiente me tirarán al suelo.

Aquella muestra de fragilidad conmovió al médico europeo. Y tenía otras enfermedades, refirió el soberano. Dolencias sin nombre que llegaban como sombras.

—Hay sueños que me hacen volar muy lejos.

No era una metáfora. Liengme sabía que, en la lengua del emperador, volar y soñar se decían con la misma palabra.

—Sujéteme las piernas, áteme por la cintura, pero no me deje que vuele tan alto. Usted tiene poderes: averigüe quién ha encargado que me envíen este sufrimiento.

—No hay tal encargo. Se llama insomnio.

—Se llama Mafemane y es mi hermano. Yo lo maté. Eso es lo que dicen.

—¿Dicen?

El recuerdo del asesinato le llegaba a través de infinitas versiones. Por eso estaba allí, confesando sus temores a un extranjero. No quería servirse de sus hechiceros. Había perdido la confianza en ellos.

El médico sonrió al escuchar la solicitud. Hacía mucho que no le pedían algo que lo satisficiera tanto en términos profesionales. La hipnosis era su especialidad, el motivo por el que había abrazado la medicina. Y tenía delante la oportunidad de ejercer esa habilidad que muchos de sus compatriotas se figuraban más cercana a la brujería que a la ciencia.

—Cierre los ojos, *nkossi*.

Por un momento, sin embargo, el médico vaciló: ¿cómo hipnotizar a alguien que no solo habla otra lengua sino para quien volar y soñar son un mismo verbo?

—¿Y qué cree que le ocurre?

—Ese es el problema, *dokotela*. Que solo pienso cuando sueño, y no sé quién soy cuando estoy soñando.

—¿Y qué sueña, *nkossi*?

—Entre todos los sueños hay uno que manda en mí. Soy dueño de los que duermen y acabo esclavo de ese sueño.

—Cuénteme esa pesadilla que tanto lo persigue.

El médico hablaba ahora en un tono mortecino, tan quedo que me obligó a inclinarme más allá del umbral de la puerta. Los centinelas dormían profundamente. Tras un demorado silencio, escuché las palabras atropelladas de Ngungunyane:

—Yo no lo maté, quienes lo mataron fueron los ancianos y los *indunas*. Yo únicamente acaté la orden, y ese fue mi gran error: un hermano no muere. Mafemane salió de su vida para entrar en la mía.

—¿Y qué sueño es ese que tanto le perturba? —insistió el médico con los ojos cerrados—. Cuénteme, Umundungazi, cuénteme ese sueño.

—Ese es el problema, *dokotela*, que ese sueño no es mío. Yo duermo y mi hermano sueña dentro de mí.

Umundungazi cerró los ojos y habló con las palmas de las manos apoyadas en el camastro. El médico lo escuchaba, siempre con los párpados cerrados. La voz del emperador, ya destronada de las anteriores certezas, era ahora un susurro en la penumbra de la habitación.

En el sueño de Ngungunyane, el hermano seguía vivo. O, mejor dicho, se debatía en la líquida frontera entre la vida y la muerte. En los últimos minutos, los brazos de Ngungunyane son garras que lo sumergen a la fuerza en una extensa laguna. Mafemane parece resignado a aceptar el fin. Poco a poco, sus convulsos estertores se convierten en un suave ondear de brazos y piernas. La muerte del heredero al trono debe de estar próxima, no tardará en quedarse inmovilizado como un tronco flotando en las aguas en las que los dos hermanos, durante horas, se enfrentan.

Con todo, no es exactamente la muerte lo que se produce. Ngungunyane va sintiendo cómo el pelo rizado del hermano se disuelve entre sus dedos mientras la cabeza del malogrado crece, envuelta en un musgo escurridizo. Las piernas y los brazos de Mafemane menguan a ojos vistas y una criatura deforme avanza lentamente bajo las cálidas aguas. Primero le parece una sirena. No hay duda: el hermano se ha convertido en un pez. Está vivo y sigue a su lado: un pez que ya es y un hermano que todavía no ha dejado de ser. Y ahora, en todas las lagunas, en todos los ríos, habita esa asombrosa criatura que guarda el secreto de su culpa.

Acabado el relato, el rey de Gaza, sudando y resollando, perdió el rumbo de las palabras. Y ya deliraba cuando murmuró:

—En todo mi imperio los muertos se han vuelto tan ligeros que se evaporan entre los granos de arena para después subir al cielo como fuegos



fatuos.

Con un susurro casi inaudible, Ngungunyane imploró:

—Usted, que es un rey blanco...

—No soy ningún rey, *nkossi*.

—Quien está a mi lado se convierte en rey. Por eso le pido, *dokotela*, que dé la orden de encadenar a los muertos dentro de sus sepulturas.

Antes de irse, el doctor Liengme debió de sentirse en la obligación de consolar al paciente, porque apoyó la mano en el borde del camastro y, con complacencia paternal, le dijo en tono ameno:

—Ahora voy a hablarle en mi condición de misionero: si ha traicionado, no ha sido por su única y exclusiva decisión. Los otros mandaron más. Así y todo, usted, con mucha valentía, ha decidido proteger a Zixaxa y se mantiene firme en su decisión contra todo y contra todos. Dios está vigilante: esa prueba de lealtad curará sus culpas.

—Está equivocado, *dokotela* —respondió Ngungunyane—. No doy protección a Zixaxa. Tenerlo con nosotros es una manera de ser su carcelero. Los portugueses piensan que le doy cobijo, pero es una cárcel.

El suizo meneó la cabeza, incapaz de entenderlo. Y el emperador prosiguió:

—No puedo dejar a un competidor suelto por ahí, en las tierras del sur.

Los portugueses veían en aquel fugitivo la imagen de la humillación. Para Ngungunyane, aquel hombre representaba otra cosa: la amenaza de un futuro adversario.

—Bajo mi protección, Zixaxa está condenado: cuando lo entreguemos a los portugueses ya no será nadie.

\*

Al abandonar la enfermería, el médico suizo tropezó conmigo. Y entrecerró los ojos con muecas felinas mientras me examinaba de pies a cabeza. Después, atravesamos juntos un patio rodeado de precarias casas. Nos detuvimos a la entrada de la choza en la que nos habían alojado provisionalmente y el suizo fue muy breve en su intervención:

—Mañana voy a ir a Chicomo. Quiero que me esperéis aquí hasta que vuelva. Bertha se ocupará de vuestra estancia.

Parecía apurado al alejarse, pero lo reconsideró y volvió para examinarme

de cerca. Una cosa era evidente: aquella curiosidad no se debía a propósitos médicos. Habló con mi padre y le dio unas instrucciones sumarias. Que iba a buscar una máquina de hacer fotografías y que cuando volviese yo ya debería haberme quitado los zapatos y la blusa.

—Quiero un retrato de una típica africana vistiendo solo una *capulana* prendida a la cintura —declaró el suizo.

Temiendo mi reacción, el viejo Katini me susurró al oído:

—Son órdenes, hija mía. Nosotros estamos aquí para pedir.

—¿Nosotros? ¡Usted es el único que ha venido aquí a pedir!

De una cosa, sin embargo, estaba segura: más que mi padre, el gran mendigo era el emperador.

## 34. Undécima carta del sargento Germano de Melo

*Emperador eterno me soñé. Pero tendré el destino de los esclavos: me enterrarán en un lugar extraño, se pudrirá mi cuerpo en el suelo de los que me vencieron. Mis huesos irán a parar más allá del mar. Y de mí nadie más tendrá recuerdos. El olvido es el único modo de morir para siempre. Y será todavía peor: los que de mí más se acuerden serán los que nunca me quisieron bien.*

PALABRAS DE NGUNGUNYANE

Chicomo, 4 de noviembre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Confinado en la enfermería del cuartel de Chicomo, donde acabo de llegar, pocas noticias tendré para transmitirle. Rodeado de decenas de enfermos, en este lugar me encuentro más aislado que en el puesto de Nkokolani. Para romper la monotonía, el doctor Rodrigues Braga me llama repetidamente para examinarme las manos. Ya lo ha hecho decenas de veces. Y hoy, una vez más, he comparecido ante su mesa de trabajo.

Como siempre antes del examen, el médico alargó la mirada más allá de los límites del cuartel, cansado del sombrío escenario que lo rodeaba. Como si quisiera contemplar el paisaje sin llegar nunca a verlo, apartó los anteojos de su cara. Los ojos miopes, indefensos, le conferían un aspecto frágil, incompatible con la sólida apariencia que la guerra exige a los guerreros.

—¿Qué día de la semana es hoy? —me preguntó, aburrido.

Sabía que no obtendría respuesta. Hace mucho que he perdido la noción del tiempo. El doctor Braga volvió a ajustarse los anteojos en la nariz y se estiró hacia arriba las puntas del bigote.

—Es domingo, muchacho.

De nuevo se concentró en mis manos, olvidadas desde hacía un rato encima de la mesa como si fuesen meros objetos en un muestrario de

antiguallas. Como siempre, el médico me examinó los dedos, me palpó la piel, probó las articulaciones.

—Sigue cicatrizando sin complicación alguna. ¿Quién se ocupó de ti? — repitió, al final, la misma pregunta mil veces formulada.

Una vez más, Excelencia, me encontré dudando. ¿Qué podía responderle? ¿Que había sido una curandera negra la que me había socorrido con remedios caseros, rezos y ungüentos?

—Fue una... Fue una mujer —balbuceé.

El médico replicó con una sonrisa maliciosa:

—¿Una mujer? Esos son los mejores tratamientos.

Vuestra Excelencia conoce bien los modales, a la vez bruscos y delicados, de nuestro facultativo. Y así, con ruda displicencia, dejó caer mis muñecas como si me devolviese una parte olvidada de mí. Nuevamente volvió a fijar la mirada en el horizonte. Lo imité en esa lejana contemplación y le pregunté:

—¿Cree que podré volver a usar un arma?

El médico sacudió la cabeza, como decepcionado. Entre nosotros, mi teniente, todavía me extraña mi curiosidad. Cuando me aplicaron la primera cura en Sana Benene, pregunté algo muy distinto: si volvería a ser capaz de santiguarme. ¿Qué bélico entusiasmo me movía ahora?

—Solo espero que Mouzinho no te oiga —dictaminó el médico—. Alístate ya en la expedición punitiva que, contra todo y contra todos, el capitán está organizando.

La triste verdad es esta, Excelencia: incluso con los dedos afectados, estoy mucho más sano que la mayoría de los soldados que aquí hay encamados conmigo. Algunos hace ya mucho que deberían haber sido evacuados a Lourenço Marques, o incluso a la metrópoli. La mayor parte, sin embargo, no podría resistir el viaje. Cierta vez, el doctor Braga compartió conmigo la duda que lo consumía:

—He aprendido a cuidar de los enfermos. ¿Qué hago con los moribundos?

Al día siguiente el médico actuó como si hubiese encontrado la respuesta: requisó uno de los carros que traen víveres a Chicomo y regresan vacíos a Inhambane. En él colocó a los enfermos más graves, y a cada uno de ellos le entregó dos botellas: una de agua, otra de aguardiente. Una para la sed, otra para el olvido. Sabía que solo por milagro llegarían aquellos desdichados con vida a su destino. Y así cumplió con su deber de médico: no habiendo cura, morirían con la ilusión de que regresaban a casa.

—¿No quieres ayudarme en la enfermería?

Y corrigió la pregunta. Era mi superior, me daba órdenes. De modo que allí mismo determinó mi responsabilidad. Me encargaría del abastecimiento y la gestión de los medicamentos. Me mostró una pila de papeles acumulada en el escritorio. Eran demandas de material: vendas, quinina, purgantes, píldoras balsámicas, sinapismos, ácido fénico para las infecciones. Todo ese material llevaba meses retenido en Inhambane.

—Soy un soldado —respondí—. Estudié en la Academia Militar, sería un desperdicio no estar en el frente de batalla...

El doctor Braga respiró hondo, como si se sintiese sofocado. Impulsivamente, se incorporó y me tendió el brazo:

—Ven conmigo, te voy a mostrar el frente de batalla.

Y me llevó a visitar a los heridos. Pidió a cada uno que me enseñase las heridas y refiriera las circunstancias de la batalla.

—Muchos están locos —dijo el médico como si me confortase. Y añadió—: La locura es, a veces, el único medio de vencer el miedo.

En pocos minutos mis ojos se humedecieron. Uno de los soldados, el que parecía en mejores condiciones, se sentó en la cama, abrió mucho los ojos y repitió:

—Los ángeles, los ángeles...

—Vino así de la batalla de Magul —dijo el médico.

El aturullado soldado empezó a disertar sobre estruendos y humaredas, imitando el ruido de las escopetas y los cañones. Y hablaba de portugueses y vatuas convertidos en humo. Y emulaba los fusiles apuntando a las nubes y las humaredas con tal intensidad que el cielo se rasgó para siempre.

—¿Eres mi ángel? —preguntó delirante el soldado, clavándome los dedos en el brazo.

—No soy yo el que te necesita —afirmó el médico al final del recorrido—. Eres tú el que me necesita a mí.

Y así fue como me instalé en una choza a la entrada de la enfermería. Pensé que se trataría de una ocupación provisional. Ahora siento que la eternidad pesa sobre mí siempre que el doctor Rodrigues Braga anuncia un domingo más.

Dejo para el final del relato un suceso del que Vuestra Excelencia valorará la relevancia. Esta mañana hemos recibido la visita del médico misionero Georges Liengme. Ironías del destino: Vuestra Excelencia me prohibió ir a

ver al suizo. Ahora es él quien se presenta en mi camino. El doctor Rodrigues Braga conoce las recomendaciones categóricas de guardar las distancias con este misionero. Aun así, quizá porque también es médico, recibió al suizo con elegante cortesía.

En defensa de nuestro médico debo decir que, en cuanto el visitante entró, se le recordó la posición oficial de Portugal relativa a la Misión suiza y sus misioneros. Aquella recepción era, y el doctor Braga lo dejó bien claro, una excepción a la regla. Georges Liengme declaró, falsamente conformado:

—Los portugueses me odian solo por haber tomado partido por los negros.

—Usted no ha tomado partido por los negros —le contradijo el médico portugués—. Usted ha tomado partido por Gungunhane. Y ha de saber, estimado doctor, que los portugueses están protegiendo mucho más a los negros que los suizos y todos los demás europeos juntos.

—¿No sería mejor dejar que eso lo dijeran los mismos que dice usted que defiende? —cuestionó Liengme.

A continuación, el suizo sonrió para disimular el cansancio. Hacía tres días que había salido de Manjacaze montado en una mula enjaezada y arrastrando una carreta tirada por dos asnos. Venía a Chicomo a entregar correspondencia para el coronel Eduardo Galhardo. Ya no confiaba en los emisarios. En los momentos de crisis, la fidelidad no es más que la ausencia de oportunidades.

Y comieron juntos. Una vez acabado el almuerzo, nuestro Braga invitó al suizo a visitar la enfermería. En cada cama, Liengme se detuvo pausadamente, queriendo saber la historia del paciente y rezando por su mejoría. Donde más se demoró fue junto a un herido que sufría de alucinaciones. El infeliz estaba convencido de que una azagaya de los cafres le había atravesado el cuerpo. Y se contorsionaba, gimiendo, con el cuerpo retorcido en un cólico sin fin. El suizo le habló en un suave murmullo, poniendo la palma de la mano en la frente del desquiciado soldado.

—¿Qué hace? —se interesó el médico portugués.

—No hago nada. Lo que querría sería hacer hipnosis, es mi especialidad.

—Dentro de poco, querido Liengme, ninguno de nosotros recordará en qué especialidad se formó.

Y como ya era tarde, el doctor Braga insistió en que el visitante suizo pernoctase con nosotros. Y así sucedió. Aquella noche durmió dentro de nuestra fortaleza quien cuidaba de los que nos matarían.

## 35. El buitre y las golondrinas

*Tener enemigos es ser su esclavo. La paz no nace por haber vencido a un adversario. La verdadera paz consiste en no llegar nunca a tener enemigos.*

PROVERBIO DE NKKOLANI

Perfilado ante el emperador, que ocupaba el lecho de la enfermería como si fuese un trono, mi padre parecía muy arrugado y antiguo. Las piernas del viejo Katini temblaban tanto que las moscas no hallaban reposo en él. Los centinelas observaban atentos cómo mi anciano padre se sentaba en el suelo conforme al protocolo: hay que mirar a los visitantes desde un plano superior. Con la cara casi tocando las rodillas y enroscado como un manojito de hierba, esperó a que le dieran permiso para usar la palabra.

—¿Quién eres tú? —le preguntó Ngungunyane sin mirarlo.

Katini Nsambe tardó en hablar, moviendo los labios sin articular palabra, como si al mismo tiempo fuese tartamudo y mudo. Con la mandíbula hundida y la mirada perdida, buscaba las palabras exactas en el infinito, pero, en vez de hablar, Katini rompió a llorar sin consuelo. Y el llanto degeneró en sollozos descontrolados.

Ngungunyane, sin contemplación alguna, clavó los ojos en el techo. Temió que agotara su último resquicio de paciencia. Pero no era paciencia, sino despecho. Mi padre no existía y, por eso, al emperador no le pesó el tiempo que duró el llanto.

Cuando al fin se impuso el silencio, el gran jefe de los vanguni cerró los párpados para decir:

—Los de tu raza, los vachopi, lloran como si estuviesen siempre a punto de nacer.

Así procedíamos nosotros, los de la condenada etnia de los vachopi, para demostrar que no teníamos defensa. Eso fue lo que dijo el emperador. El arco y la flecha que tanto nos afamaban como guerreros eran, a fin de cuentas,

nuestros juguetes de la infancia. Eso explicaba la actuación de mi padre: indefenso y solitario, reclamaba un regazo protector.

—¡Son todos mujeres! —remató el rey como si escupiese.

De la misma manera que el leñador toma medidas al árbol que va a abatir, el emperador examinó a mi padre de arriba abajo mientras se limpiaba las uñas con el huesecillo de la corona. Por fin, mi padre pudo articular alguna palabra y balbució:

—Mi nombre...

—Nadie quiere saber cómo te llamas. Antes, dime, ¿cuántos hijos tienes, muchope?

Katini Nsambe rechinó los dientes de tal modo que no se llegó a saber si había dicho algo. Solo eran visibles sus hombros encogidos. El emperador sonrió, complaciente.

—¿Me estás diciendo que no lo sabes? El único que tiene derecho aquí a no saber soy yo.

No sabía dónde terminaban sus tierras. No sabía cuántas mujeres tenía. Y había tanta muerte en su vida que tuvo que tener hijos hasta perder la cuenta. Y volvió a ocuparse de su higiene personal.

Como mi padre seguía mudo e inmóvil, emergí de la penumbra para anunciar:

—Mi padre ha venido a ofrecerse como esposa suya.

El emperador no se dignó a levantar la vista. Se dirigió a mi padre, esta vez en tono áspero:

—¿Quién ha dicho que necesito una mujer? ¿Quién eres tú para pensar en lo que yo necesito?

Di un paso al frente, y el ansia de hacerme visible me distorsionó la voz hasta el punto de no reconocerse a mí misma:

—Conozco la lengua de los blancos, *nkossi*. Me he criado con ellos.

El emperador titubeó. No le impresionó lo que dije, sino mis modales irreverentes. Chasqueó la lengua contra los dientes y echó lentamente los labios hacia delante:

—Ya tengo traductores. No quiero ninguno más, son un riesgo que evito —y peroró sobre su desconfianza—. La nariz de los blancos es como el pico de un buitre —dijo—. A los traductores les nace el mismo pico curvo. Lo que no sabían y acaban sabiendo es peligroso. Y más peligroso aún es lo que acaban sabiendo y no traducen.



—En mí puede confiar, *nkossi*.

—¿Y por qué?

—Porque soy mensajera —afirmé.

—¿De quién? ¿De los portugueses?

—De una mujer.

—¿De qué mujer?

—De Vuiaze.

El nombre fulminó al emperador: se le estremeció todo el cuerpo y el huesecillo se le escapó de los dedos. Clavó la mirada en mí como si buscase un rostro detrás de una máscara.

La historia del amor prohibido entre Ngungunyane y Vuiaze, la mujer más hermosa de todo el reino de Gaza, ya se había convertido en leyenda. Su cara luminosa, su cuerpo rollizo, su piel clara, todo ello atraía a los hombres. Todavía adolescente, el candidato al trono se enamoró de ella perdidamente y su pasión fue correspondida desde el primer momento. La corte susurró aprensiva: un amor tan ardiente podría distraer al futuro gobernante. Un emperador infeliz es un riesgo para el imperio, pero un emperador loco de felicidad es una amenaza todavía mayor. De inmediato, los rumores se propagaron: Vuiaze era una mujer fácil que cedía al primer cortejo. El rey Muzila la alejó de Ngungunyane para evitar que se casasen. Pero no pudo impedir aquel encendido romance. De esa pasión nació Godido, el hijo favorito del emperador.

Un día, Vuiaze apareció muerta. Misteriosamente, horas después el cuerpo desapareció y nunca más lo encontraron.

La venganza del emperador fue caprichosa: en las ceremonias de juramento militar, todos los subordinados estaban obligados a saludar a la desaparecida. «¡Vuiaze!», vociferaban al unísono.

Y el emperador me pidió que volviese a pronunciar el nombre de esa mujer. Acepté.

—Vuiaze —murmuré con los ojos cerrados.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó.

—No tengo edad —respondí.

El emperador entendió mi respuesta como una manera elegante de confirmar mi virginidad. Y sonrió como solo sonríen los vencedores.

A continuación, llamó a los ayudantes de campo para preguntarles si todavía quedaba alguna botella de vino de Oporto.

—Confío más en el alcohol que me ofrece el enemigo que en las bebidas que me sirven los parientes.

Los portugueses estaban advertidos: le mandaban pequeños encargos, cajas con solo cuatro botellas. De otro modo se vería obligado a repartirlas entre la familia y los *indunas*. Y volvió a prestarme atención.

—Los que decidirán sobre nuestro noviazgo serán los *indunas*, mis consejeros. Estoy cansado, cansado de mí, cansado de esta gente.

Los consejeros le molestaban más que sus débiles rodillas. Esa fue la queja del rey. Le apetecía hacer con los consejeros lo que había hecho con las golondrinas. Como las veloces aves no le obedecían, había mandado exterminarlas. Todos los viajeros le decían: no ha quedado ni una sola golondrina en todo el país.

Y luego dio instrucciones prácticas: que al día siguiente me pusiera el mismo vestido, pero que dejara en el hospital los zapatos.

—No puedo aparecer con una mujer calzada, ¿lo entiendes?

Los consejeros me harían preguntas terribles, las damas de la corte dirían que me limitara a las tareas de las esposas menores, que eran recoger y enterrar las heces y la orina del rey.

—Mi hija hará todo lo que sea necesario —declaró mi padre, con un súbito vigor.

El emperador lo mandó callar haciendo señas.

—¡Malditos vachopi, serán mis próximas golondrinas! —sentenció.

En la cara de Katini Nsambe se podía leer el dolor de la humillación. Petrificada, vi cómo mi padre sacaba el crucifijo de hierro con el que había asesinado al angoleño. Empuñando la cruz, avanzó con resolución hacia Ngungunyane. Agité los brazos, quise gritar para que se detuviese, pero mi enfurecido progenitor se dirigía al frente con la improvisada arma en ristre. Aterrorizada, cerré los ojos para entreabrirlos al oír un dulce murmullo:

—Estamos a punto de celebrar la Navidad, el *Kissimusse*. Le ofrezco este Cristo, mi rey.

El soberano de Gaza tardó en tomar el regalo de las manos de mi sumiso padre. Después clavó la mirada en la esquelética figura de Jesús.

—Pobre hombre, ¿en la hora de la muerte nadie lo socorrió?

—No podían.

—¿El Hijo de Dios agonizó desamparado?

—Todos morimos solos —respondió Katini.

\*

Mi padre y yo nos retiramos de la improvisada enfermería y dejamos al rey de Gaza durmiendo. No menos somnolientos estaban los centinelas, apoyados el uno contra el otro. Desde dentro de nuestra choza podíamos oír los ronquidos imperiales. Mi padre me confesó que, durante la audiencia con el rey, le había faltado valor para cumplir sus intenciones.

—¿Quería matarlo, padre?

No fueron las ganas sino el valor lo que le falló. La bravura que le sobraba frente a los asesinos de su hijo se esfumaba ante el emperador.

—¿Quiere que sea yo quien mate a Ngungunyane?

—Ya lo he dispuesto todo con él.

—¿Con quién?

—Con el rey. Mañana te van a someter a la aprobación de la corte.

—¿Me está castigando a mí o a Ngungunyane?

—No te mando para que seas su esposa. Te mando para que seas su viuda.

—¿Y usted?

—No lo sé. Primero iré a Sana Benene, y después a Nkokolani.

—Nkokolani ya no existe, padre. ¿Quién se ocupará de usted?

—Los lugares son parientes eternos. No dejamos que agonicen solos — dijo mi padre. Y remató con un gesto burlón en los labios—: Lo que le he dicho al rey es mentira. Nadie se muere solo.

## 36. Duodécima carta del sargento Germano de Melo

*Ten miedo de los que siempre han tenido miedo. Ten cautela con los que se creen pequeños. Cuando estos estén en el poder, nos castigarán con el mismo miedo que sintieron y se vengarán con su falsa grandeza.*

PALABRAS DE KATINI NSAMBE

Chicomo, 5 de noviembre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

No sé, Excelencia, si aquella noche nuestro huésped suizo llegó a pegar ojo. Se la pasó entera deambulando entre los enfermos, aplicándoles remedios, dándoles agua y ofreciéndoles palabras de consuelo.

Me desperté antes del amanecer y allí estaba él, rezando arrodillado. Le serví un café caliente y el hombre empezó a hablar de sí mismo, de su vida y, sobre todo, de sus extraordinarias experiencias en el continente africano.

Las pasiones de Georges Liengme (o simplemente Georges, como insistió en que le llamase) son muchas y contradictorias: relojero, misionero, médico, hipnotizador, fotógrafo, marido, padre de dos adorables criaturas. El relojero observaba la vida buscando en ella la precisión de los mecanismos. El misionero perseguía lo que ninguna fotografía logra captar. El médico sabía lo mucho que el cuerpo está hecho de alma. Y, por último, el hipnotizador conocía secretos que residen en la profundidad de los sueños.

Permítame, Excelencia, que registre aquí mi asombro: ¡cuánto de África conoce este europeo! ¡Cual José Silveira, cual Sanches de Miranda! Ninguno de nuestros oficiales puede rivalizar con este suizo en familiaridad con la tierra y las gentes africanas. Se puede argumentar que se debe a las lenguas africanas que tan bien domina. Pero la cuestión empieza mucho antes: ¿a qué se debe esa antiquísima pereza que sufrimos nosotros, los portugueses, por aprender esas otras lenguas? ¿Por qué será que solo nos atraen los idiomas de los pueblos que consideramos superiores? He escuchado las historias de

Georges Liengme y no son relatos de cazadores de leones. Son historias de gente, de encuentros entre personas que han vencido barreras y prejuicios antiguos. Y que confirman una amarga verdad: que fuera o dentro del cuartel, nosotros, los portugueses, vivimos rodeados de murallas, temerosos de todo lo que no somos capaces de reconocer.

De repente, el doctor Rodrigues Braga se acercó, nervioso y apresurado. Su estado de ánimo era completamente diferente al del día anterior. Y nos comunicó a bocajarro que era urgente que el misionero se pusiese en camino. Había recibido instrucciones de sus superiores para que desapareciese de allí. Solo entonces confesó el suizo que había venido con la esperanza de poder llevarse consigo algún material que sobrase en nuestros almacenes.

—¿Sobrar? Ese verbo ya no se conjuga en portugués, amigo. Y con franqueza le digo que, aunque hubiese material, no se lo podría dar...

Georges Liengme ya se alejaba por el campo cuando el doctor Braga le advirtió que estaba tomando una dirección equivocada.

—Aquí todas las direcciones son equivocadas —ironizó el suizo.

Explicó que no regresaba a casa directamente. Tomaba otro atajo para visitar a un paciente que había operado hacía una semana. Se trataba de un cuñado del rey de Gaza que sufría de cataratas y vivía en una aldea cerca de Chicomo.

Entonces nos invitó a que lo acompañásemos y animó a su colega con un argumento profesional: valorarían conjuntamente las condiciones clínicas del pariente de Gungunhane.

—Vengan conmigo. Nadie se enterará.

Rodrigues Braga dudó, yo le pedí autorización para acompañar al extranjero. Necesitaba distraerme y un tiempo fuera del cuartel me vendría bien. Rodrigues Braga accedió.

—Pero que sea una salida breve —dijo.

Y nos adentramos en el bosque, precedidos por el guía que el misionero había traído de Manjacaze. En vez de seguir caminos ya trazados, el joven nos condujo por constantes desvíos.

—Le he pedido que no nos lleve por los caminos habituales —me explicó el suizo—. Los negros —añadió— creen que los extranjeros tienen siempre el deber de parar para visitar a sus jefes. Si rodeamos las aldeas, nos ahorraremos horas de viaje.

En un momento determinado oímos unos pasos a nuestra espalda. Era

Rodrigues Braga. Caminaba apresurado y furtivo como si lo estuviesen persiguiendo. Cuando lo vimos, sonrió como un adolescente pillado en flagrante:

—¡Nadie puede saber que estoy aquí!

Cuando, por fin, llegamos al lugar, una multitud de chiquillos nos rodeó, saltando y brincando y soltando carcajadas contagiosas, pero manteniendo una cautelosa distancia. Un hombre anciano y escuálido salió de una choza exhibiendo una venda que le cubría la mitad de la cara. Una vez hechas las presentaciones, el doctor Braga ayudó a su colega a hacerle las curas.

—Mis ojos estaban muertos —dijo el viejo negro—. Este blanco me ha sacado de la oscuridad.

La gratitud de aquel cafre era tan intensa que no pude dejar de preguntarme: además de los pocos que sirven en el ejército, ¿qué otros médicos portugueses socorren a la población africana? Como se puede comprobar, Vuestra Excelencia tiene toda la razón: no tengo aptitudes para el servicio militar. Demasiadas preguntas, demasiado corazón, demasiadas transgresiones.

Cuando abandonábamos la aldea nos esperaba una nueva sorpresa: una veintena de cafres se habían alineado en una única fila.

—También queremos que nos atienda —dijeron.

—¿Qué hacemos? —preguntó Braga.

—Pues haremos lo que hace un médico: ¡ponernos a trabajar, querido colega portugués!

Durante más de una hora fui testigo de cómo el doctor Rodrigues Braga auscultaba, palpaba, tocaba, recetaba. Y lo hizo todo con una sonrisa que nunca antes le había visto. Al final, los cafres y el suizo se despidieron con efusivas carcajadas y apretones de manos. El doctor Braga miró con extrañeza aquella familiaridad inédita entre un europeo y los africanos. Y regresamos en silencio a Chicomo.

Al llegar al cuartel, Rodrigues Braga dio las gracias, conmovido, a Georges Liengme:

—¡Cuánto echaba de menos atender enfermos! Ahora solo veo heridos.

Los médicos ya se habían despedido cuando Liengme se dio cuenta de que le faltaba la cartera. Se la había dejado en la enfermería y fui corriendo a rescatarla. Al recogerla, cayó una fotografía. El corazón no me cabía en el pecho mientras mis escasos dedos acariciaban el retrato: era Imani la que allí

posaba, con los senos desnudos y una simple *capulana* atada a la cintura. Por detrás de su cuerpo se apreciaba un brillo extraño, como si Imani estuviese suspendida en luz. La duda me corroyó las entrañas: ¿había aceptado, por voluntad propia, mostrarse así? ¿El suizo habría intentado seducirla?

La llegada de los médicos interrumpió aquella oleada de interrogaciones. Al sorprenderme con la fotografía, el suizo preguntó con orgullo casi paterno:

—Es guapa, ¿verdad?

Los tres nos colocamos hombro con hombro, para compartir la fotografía que bailaba en mis manos trémulas.

—¿Y quién es esta belleza? —quiso saber un Braga raramente entusiasmado.

—Es una muchacha chope que apareció en nuestro campamento. El padre va a entregarla al rey de Gaza.

—¡Qué desperdicio! —suspiró el médico portugués.

—La foto la he tomado yo —proclamó Liengme, con la vanidad de un cazador.

—¿Y estaba sola? —me atreví a preguntar.

—Estaba con el padre, pero él se negó a posar. Le daba miedo que en el retrato fueran a aparecer su esposa y sus otros hijos.

—¿Y qué problema habría si apareciesen? —preguntó el doctor Braga.

—Es que están todos muertos.

Me armé de valor y pedí al suizo que me dejase quedarme con el retrato.

—Mejor que no —argumentó el suizo—. Lo que vas a hacer con la foto solo te va a traer debilidad y pecado.

Inesperadamente, Rodrigues Braga se puso de mi parte. Y con tal fervor lo hizo que, tras algún que otro titubeo, el extranjero me tendió el atrevido retrato. Por fin, el médico suizo se alejó montado a horcajadas en su vieja montura, con tal delicadeza que parecía que la mula no fuese un animal de carga sino un compañero de viaje.

Una mezcla de rabia y celos hervía dentro de mí mientras regresaba a mi habitación. Vuestra Excelencia estará de acuerdo conmigo en que hay mejores maneras de recibir un recuerdo de quien tanto se ama. Pasé junto a un grupo de cabras que masticaban hojas de papel, trozos de informes, quién sabe si cartas cruzadas entre soldados, quién sabe si mensajes de amor clandestinos. Desparramados por el suelo, los cabritos rumiaban el propio tiempo. Y eso era lo que me apetecía hacer a mí. Tenderme en el suelo como

solo saben hacer los animales.

En la penumbra de mi aposento volví a mirar la fotografía, y de repente, quien posaba allí había dejado de ser Imani. Era una silueta de luz cuyos contornos iban y venían como si tuviesen movimiento propio. Tal vez, quién sabe, sea imposible fotografiar a quien amamos.



## 37. La novia pospuesta

*Las casadas inventan historias; las vírgenes esconden secretos; las viudas fingen que no se acuerdan.*

PROVERBIO DE NKOKOLANI

—¡Me han traído una mujer! ¿Creéis que me faltan mujeres?

En la corte de Mandhlakazi, llamada *indaba*, los consejeros se rieron. Sin muchas ganas pero con mucho estruendo para que el rey notara cuánto agrado les causaba. No faltaba ninguno de los *indunas*. El asunto de los noviazgos reales les seducía más que la guerra. Por eso se habían reunido decenas de ancianos, nobles y jefes militares. Quien se sentaba allí, en un lugar de honor, era Impibekezane, la madre del rey. Y ella fue la que ordenó que me exhibiese con paso lento. Mientras daba vueltas por el recinto, descalza, sentí las miradas de los hombres como cuchillas rasgándome la ropa.

Ngungunyane se acarició la barriga como si recorriese con las manos la extensión de su imperio. Mientras me miraba los pies recordó, como si fuese una gracia, las palabras de su antecesor:

—Las mujeres llegan más deprisa porque atraen a los lugares de destino.

La frase fue acogida con aplausos y carcajadas.

El emperador sabía que la mayoría de aquellas risas eran forzadas; cada carcajada, una venia de falsa obediencia. Entonces Ngungunyane peroró, con una tensión creciente:

—¿De qué sirve tener miles de súbditos, si estos no son fieles? ¿De qué vale poseer cientos de mujeres, si ninguna de ellas es realmente nuestra? ¿De qué sirve ser coronado emperador, si los que hoy te saludan venerarán con mayor devoción a quienes te van a destruir?

Los nobles de la corte se encogieron, constreñidos. Pensaban que se trataba solo de la elección de una nueva virgen. El emperador fue subiendo el tono, creciéndose:

—No hay piedra que levante en la que no haya debajo un escorpión. No hay sombra que no oculte otra sombra. No hay espera que no sea una trampa. Cómo me gustaría dormir, dormirme completamente, que los párpados me taparan de la cabeza a los pies. Cómo me gustaría creer que todavía existe una noche limpia, sin puñales ni emboscadas.

Un coro de protestas recorrió la corte. Los tíos más viejos de Ngungunyane se miraron, dubitativos. ¿Estaría sobrio el sobrino?

—He perdido la cuenta de las veces que me he casado y estoy más solo que nunca —prosiguió el rey con un nuevo entusiasmo—. Necesito una nueva esposa. Esta joven que tenemos aquí —y me hizo una seña para que me acercase hasta tocarme con la punta de los dedos—, esta muchacha es casta.

—¿Cómo lo sabe, *nkossi*? ¿Cómo sabe que todavía es virgen?

—Sé de ella lo que nadie más sabe —y haciendo una señal para que me situase en el centro del recinto, hizo oír su vociferante autoridad—: Dile a esta gente cómo te llamas.

—Vuiaze. Me llamo Vuiaze.

En la *indaba* se hizo un silencio sepulcral. Los consejeros clavaron la mirada en el suelo. Y se cernió la sospecha de que allí se urdía una conspiración. Hacía mucho que los más ancianos, de origen zulú y vanguni, se quejaban de que Ngungunyane estaba perdiendo el sentido del discernimiento y la justicia. Un ejemplo de esa imprudencia era el modo en que favorecía a los representantes de las tribus conquistadas, incluyendo a los vachopi y los valengue. El propio ejército de Gaza estaba formado por una mayoría de hombres de las llamadas «razas débiles». ¿Y ahora una novia impura, de una nación adversa, que evocaba el nombre prohibido de Vuiaze?

El consejero y pariente Queto, que tanta influencia ejercía sobre el rey, pidió medida. Y alegó que yo, Imani Nsambe, no solo sería una esposa más:

—Esta joven conoce la lengua de los portugueses, la de los vachopis, la de los mabuinguelas y la nuestra. Y tiene la puerta abierta para entrar en el territorio de nuestros enemigos.

Y a continuación, con vehemencia, otro consejero contraargumentó:

—Lo que habría que preguntarse, hermanos, es cómo ha aprendido todo eso. ¿Cómo podemos confiar en una mujer que sabe tantas cosas?

—Conocemos la historia de esta muchacha. Fue educada por un cura —defendió Queto—. Un hermano suyo luchó en nuestro bando, contra los de su

raza. Propongo que se quede un tiempo a prueba, custodiada por Impibekezane y lejos de los apetitos de nuestro rey.

—No sé, no sé —volvió a cuestionar el oponente—. ¿Cómo podemos estar seguros de que no han sido los portugueses quienes la han enviado a espiarnos?

El riesgo de que me aceptaran, todos lo sabían, era otro. Y estaba en el nombre que acababa de anunciar como si fuera el mío. Nada podía ser más grave que el hecho de que, en plena crisis militar, se repitiera lo que ya había sucedido con Vuiaze: que el emperador se enamorase perdidamente y dejara de lado los asuntos de la nación de los vanguni.

Entonces mandaron que me retirase del recinto para discutir más cómodamente. Fuera había niebla y la noche era fría. La luz procedente de la asamblea reverberaba en la humedad. Me senté en la hierba y me quedé mirando mis pies descalzos. ¿Dónde estaría mi sargento?

\*

Al cabo de un rato, Impibekezane vino a verme y se sentó a mi lado. La luz de las velas encendidas en la *indaba* nos iluminaba de forma intermitente.

—Mi hijo me da pena —comentó—. Todos le obedecen, nadie le es leal. Umundungazi ha enloquecido y los que están a su alrededor aplauden su locura.

—¿Y qué han decidido sobre mí?

—Te han aceptado, pero no como esposa.

—No lo entiendo.

—Eres una novia pospuesta. Para ti es mejor, quedas libre de la envidia de las demás esposas, aunque tendrás que cumplir otros servicios...

—¿Qué servicios?

—Quieren utilizarte como informadora.

Conocían mi relación con el sargento. La sabían por los mensajeros de la correspondencia entre Germano y el teniente. Nadie mejor que yo podría infiltrarse tan profundamente en el corazón del ejército portugués. Y la reina madre prosiguió:

—Quieren que me ocupe de ti y te mantenga alejada de mi hijo. Mañana saldremos de aquí y nos quedaremos unos días cerca del hospital del suizo.

Un griterío de voces brotó de la *indaba*: los consejeros estaban exaltados.

Discutían asuntos militares, hablaban de la guerra que estaba a las puertas de Mandhlakazi. Se oían imprecaciones, amenazas de muerte, juramentos de sangre. Mi caso había sido un instante fugaz de distracción.

—Estas no son noches para ser persona —comentó la madre de Ngungunyane al oír hienas a lo lejos. Notando que me encogía ante el aullido de esos siniestros animales, la reina afirmó—: Tranquilízate, hay más hienas entre los consejeros aquí reunidos que en toda la sabana.

Tiró de una estera cercana y adoptó un tono más íntimo. Quería aconsejarme sobre las noches que tuviese que compartir con su hijo. Al principio pensé que me haría recomendaciones sobre mi conducta sexual. Y no. Se trataba de una alerta extraña: habría muchas noches en las que dormiríamos con otros en el mismo lecho conyugal. ¿Otros? Ella se rio. El rey padecía de pesadillas recurrentes y terribles. En sus atribuladas noches, sus hermanos asesinados se le aparecían.

—No hubo sangre. Esos hermanos murieron envenenados. Por eso te aconsejo, hija mía, que tengas más cuidado a la hora de contratar a un cocinero que a la de elegir marido.

No elegimos, nos eligen. Era lo que quería decirle, pero renuncié al oír los cánticos que llegaban desde la *indaba*. La reunión había llegado a su fin, los dignatarios no tardarían en retirarse. A aquellas horas, ninguna mujer podía ser encontrada fuera de casa. La reina no parecía preocupada y me agarró afectuosamente del brazo:

—Has mentido a los consejeros sobre tu nombre. Ahora quiero que mientas cuando me llames a mí.

—Haré lo que me mande.

—Olvídate de mi nombre. Llámame Yosio.

Antes de enviudar, la reina madre se llamaba Yosio. Cuando murió Muzila, le cambiaron el nombre. Mis palabras, susurradas en esa intimidad, la transportaban a ese otro tiempo.

—En aquel momento no solo tenía un marido. Tenía a mis hijos. Y tenía, sobre todo, a mi Ngungunyane.

—¿Ya no lo tiene?

—Nadie tiene un hijo —afirmó.

Pero no solo eran las pesadillas lo que hacían de Ngungunyane una criatura irreconocible. Había otros trances más virulentos en los que nadie, ni siquiera ella, tenía valor para alejarlo de sus delirios. En ocasiones el emperador había llegado a desplazarse hasta el mar. ¿Y qué hacía en aquellas deambulaciones? Ngungunyane se sentaba en una duna, a una distancia cautelosa de donde rompían las olas. Para los vanguni, el océano es un peligroso territorio sin nombre. El rey ordenaba a los arqueros que se alinearan en la arena mojada y se preparasen para disparar. Después, él mismo daba ejemplo: tensaba el arco y, con un vigoroso grito, lanzaba la primera flecha al océano. La saeta surcaba los aires como un ave enloquecida y desplumada y, al caer, producía un sonido hueco atravesando el agua. De inmediato, un clamor guerrero abrazaba el aire y cientos de arqueros lanzaban una lluvia de flechas que oscurecían el cielo y salpicaban de espuma el océano. A continuación se imponía un silencio denso hasta que Ngungunyane vociferaba:

—¡Mirad la sangre! Ya sangra, él ya sangra.

Empleaba el término «él» para no pronunciar su nombre. El mar estaba prohibido incluso como palabra. Salaba para siempre los labios de quien lo nombrase. A la sordina, el emperador de Gaza murmuraba:

—¡No tardará en morir!

Y se sentaba a la espera de que el océano falleciese.

\*

Se salvó el océano. Ngungunyane sobrevivió, pero muchos de sus hijos murieron envenenados.

—¡Cuántas noches pasé en vela esperando que me diesen la noticia! — confesó Impibekezane.

Le dije que no la entendía. Me explicó que había participado en la decisión de envenenarlos.

—Déjame hablar —se defendió ante mi mirada de absoluta condena—. No me juzgues antes de escucharme.

En cualquier caso, sus hijos iban a morir. Acabarían perdiendo la vida en una lenta y prolongada carnicería. Serían disparados, acuchillados, descuartizados. Pero siempre sería su sangre de madre la que la tierra embebería. Había vivido esa amarga experiencia en las guerras de sucesión entre su marido Muzila y su cuñado Mawewe. Fueron años de odio y

masacres. Quería cualquier cosa menos que se repitiese la misma barbaridad sin fin y sin criterio. Lo que le cabía como culpa era poco. Prefería que esa culpa fuese mayor. La elección, sin embargo, estaba tomada mucho antes de que la tomara ella, mucho más allá de ella: siempre matarían a los de su propia sangre. Solo le quedaba la prerrogativa terrible de elegir quién debía sobrevivir.

—Así que no me mires así —concluyó con aspereza—. Pregunta a tus amigos europeos lo que hacen sus reyes, pregunta cuánto veneno ha circulado en los banquetes de sus palacios.

Se lo había contado Sanches de Miranda, el *mafambatcheca*. La historia de los blancos, decía él, no era más limpia que la de los africanos.

—Mañana mismo partimos hacia Sana Benene —decretó la reina—. Vamos allí, hija mía, y te despides de tu gente. Y recogemos tus zapatos.

Aquella noche me costó conciliar el sueño. Me habían colocado en una choza donde dormía media docena de las llamadas esposas menores. Al verme entrar se agruparon en un rincón. Incluso en la oscuridad podía distinguir sus ojos llenos de veneno. El insomnio me persiguió hasta el amanecer. Cuando entraron los primeros rayos de la mañana, ya había tomado la decisión de arrancar de raíz mi propio pasado. Me enfrentaba a la misma cruel decisión que tanto martirizaba a la reina Impibekezane. Tenía que elegir dentro de mí quién iba a sobrevivir.

## 38. Octava carta del teniente Ayres de Ornelas

*La memoria remota de una patria  
eterna pero perdida y no sabemos  
si es pasado o futuro donde la perdimos.*

SOPHIA DE MELLO BREYNER ANDRESEN

Manjacaze, 9 de noviembre de 1895

Querido sargento Germano de Melo:

Hace unos días que vengo emborronando esta carta. Empecé a hacerlo donde le había escrito ya tantas veces: la triste y lúgubre Manjacaze. El lugar sigue siendo el mismo. Todo el resto ha cambiado. He regresado a mis funciones militares, he regresado a mí mismo. Doy gracias al cielo por haber roto definitivamente las conversaciones que, en este mismo lugar, mantuvimos con el rey de los vatuas. Las negociaciones fueron un engaño, un eterno posponer sentencias. ¿El hombre quería guerra? Pues tendrá guerra, y en una medida que nunca imaginó. Los combates de Marracuene y Magul solo han sido el preludio de una odisea que se inscribirá en los anales de nuestra historia.

Mis méritos acabaron, naturalmente, por imponerse, y fui, como ya le dije, incluido en el mando de la ofensiva militar que tuvo lugar en Coolela. Es una pena que mi querido sargento se encuentre tan lejos, en el cuartel de Chicomo. Porque sentiría el mismo orgullo que sentí yo al asistir al desfile de nuestro poderío bélico. Primero apareció un batallón con novecientos soldados rasos recién desembarcados de Europa. Luego, unos cuantos batallones de infantería y artillería. Transportaban con ellos diez cañones y dos ametralladoras. Las municiones de infantería se elevaban a dos millones de cartuchos. Una parada militar de tamaña envergadura no se había visto jamás en toda nuestra África. Miles de cafres que nos eran fieles (¿cómo

saber quiénes nos son fieles en estos confines?) asistieron a aquel espectáculo único, cuyo apogeo fue la llegada del escuadrón de caballería comandado por el famoso Mouzinho de Albuquerque. Es verdad que los caballos son pocos, mal entrenados y enclenques, pero la aparición de nuestros caballeros dejó entre el gentío un rastro de exaltación indescriptible. Con pueril entusiasmo, los cafres corrían junto a los caballos e incluso los que ya eran adultos se rieron como niños, con los ojos como platos.

Todo aquel material bélico fue conducido hace unas dos semanas hasta la laguna de Balele, donde levantamos un acuartelamiento provisional. ¡Será una carnicería! Fue lo que pensé cuando pasé revista a todo el material de guerra acumulado allí.

Pero las armas no bastan para iniciar una batalla. Nos faltaba el enemigo. El coronel Galhardo seguía al pie de la letra las instrucciones de Caldas Xavier: el secreto estaba en tomar la iniciativa solo para lograr que el adversario pasara de la defensa al ataque. En palabras de Mouzinho de Albuquerque, Caldas Xavier, al concebir esta táctica, se había inspirado en las artes de una mujer seductora: mariposear alrededor del pretendiente a la espera de que, en el último momento, el hombre tomase la delantera. ¡Siempre mordaz, siempre impaciente nuestro Mouzinho de Albuquerque!

La verdad es que durante días el enemigo no compareció. Y de nuevo la sabiduría del coronel Galhardo prevaleció: sería imprudente salir de aquel sitio y marchar bajo la intensa lluvia que diariamente nos fustigaba. Más que una imprudencia, sería un grave error estratégico avanzar entre matorrales anegados y plagados de enemigos.

Galhardo tenía razón. Con todo, la decisión era amarga de cumplir. Una vez más nuestras tropas estaban paralizadas, víctimas del peso de nuestra máquina de guerra. A medida que los días pasaban fui perdiendo el entusiasmo por la magnificencia de nuestra artillería. Nosotros poseíamos la espada y el cañón. Mejor habría sido disponer de la ligereza de la azagaya.

Para levantar los ánimos, el coronel Galhardo ordenó que dos columnas avanzasen sobre territorio enemigo. Solo contrariábamos las directrices de Caldas Xavier en apariencia, porque nuestros pelotones no atacarían blancos militares. Lo que hicimos fue saquear y destruir poblaciones. La intención no era matar a civiles, sino apoderarnos de animales y alimentos. Y con ese ejercicio íbamos templando el alma y avivando la moral. Hasta que, una mañana soleada, decidimos encaminar nuestras fuerzas en dirección a la



laguna de Coolela. Era mejor enfrentarse a la pesadilla del avance de nuestra pesada máquina militar que verla pudrirse en el charco en que habíamos acampado. Aquella mañana llena de sol la bandera lusitana ondeó sobre la luminosa ciénaga y los clarines tocaron, desafiando a las divinidades africanas.

Tras un día de marcha acampamos en la cima de una duna con vistas a la laguna de Maguanhana. Adoptamos la habitual formación en cuadrado, que protegimos con una cerca de alambre de púas.

Me designaron para proceder al reconocimiento de la región. Adivine a quién eligieron para acompañarme. Ni más ni menos que a su amigo el capitán Santiago da Mata. Bajo un calor sofocante, avanzamos a caballo. No habrían pasado ni quince minutos cuando avistamos la aldea de Impibekezane, tierra natal de la madre de Gungunhane. Consciente de que me encontraba en una zona demasiado expuesta, ordené a Mata que regresáramos de inmediato al campamento. El capitán se negó perentoriamente. Y me encaró con arrogancia: para él, aquella exploración era insuficiente.

«¿Pero qué dice, teniente, acaso estamos viendo escaparates en el Rossio?» Esas fueron sus palabras exactas. Nunca nadie me había insultado antes de tal modo. Y se lo hice saber al capitán. Cuando regresamos a la base, Santiago da Mata se disculpó avergonzado por haber sido tan grosero.

La madrugada siguiente dejamos en el campamento los bártulos, el equipaje que podría retrasar la celeridad de la marcha. Dos prisioneros que hicimos en el camino confirmaron que el régulo estaba en su cuartel (al que los vatuas llaman *kraal*) con un gran contingente militar. Ya estábamos acordando los últimos detalles de nuestra estrategia, después de haber vuelto a ocupar nuestros puestos en la formación lista para el combate, cuando una decena de sirvientes aparecieron a voz en grito anunciando que los soldados enemigos se acercaban:

—*Hi fikile Nyimpi ya Ngungunyane!* —chillaban—. ¡Las tropas de Gungunhane están aquí!

De repente, como por arte de magia, asomaron las huestes de los vatuas, a miles, corriendo con paso corto y rápido y lanzando sincrónicos clamores de furia. Era una multitud tan numerosa que los reflejos de luz en las azagayas nos cegaron momentáneamente. Aquel formidable ejército se aglomeraba en una especie de medialuna que se extendía por más de un kilómetro. De pronto, dejamos de ver a nuestros sirvientes. Estaban tendidos en el suelo,

aterrorizados por la exhibición de fuerza de los vatuas. Y hasta a los soldados de Xiperenyane se los había tragado el espeso herbazal. Y solo quedábamos nosotros, europeos y angoleños, confinados en nuestra exigua formación en cuadrado. Aquel cuadrilátero humano era una tela de araña lista para enfrentarse a un tifón.

Y entonces aquella demoníaca turba de energúmenos avanzó sobre nosotros como una amenazadora ola gigante. A pesar de que la mayoría de los cafres estuvieran provistos de lanzas y escudos, una buena parte empuñaba escopetas que, por suerte para nosotros, manejaban de manera caótica. Llovieron tiros y flechas sobre nuestra posición y parecía que una nube hubiese oscurecido de golpe el cielo de África. Instantes después sonaron nuestros cañones y los atacantes retrocedieron. Esa retirada duró escasos minutos. ¿O fueron horas? ¿Cómo se cuenta el tiempo cuando la muerte es el único reloj? Sé que, con un ímpetu renovado, los terribles escuadrones, que a sí mismos se llaman Búfalos y Cocodrilos, volvieron a avanzar sobre nosotros. Atravesaron las zonas anegadas que nos rodeaban, con los pies tan llenos de barro que parecían marchar calzados como nosotros. Aquella visión confirmó mis temores: no eran guerreros, eran una emanación de la misma tierra.

El tiroteo era tanto y la humareda tal que ningún francotirador hubiera podido elegir un blanco concreto con acierto. Se disparaba a las sombras, y lo que se alcanzaba a ver no eran más que otras sombras arremolinándose en la neblina para después hundirse en el suelo. Y así, por un momento, nuestros soldados quizá se vieran a sí mismos como niebla flotando, humo en medio de la humareda. Y eso que llamamos valor quizá no haya sido sino ese temporal delirio.

La batalla duró poco más de media hora. Igual que sucedió en Magul, las ametralladoras dictaron el desenlace del enfrentamiento. Con la misma exaltación que siento cuando escucho mi propio corazón, todavía recuerdo hoy la eficacia de ese terrible instrumento de la guerra moderna que es la ametralladora, que, a un ritmo de quinientos disparos por minuto, siega de raíz las tropas enemigas. Las huestes de los vanguni —que sumaban unos doce mil guerreros— se retiraron en desbandada.

No lo festejamos de inmediato. Tras un instante de incredulidad, sonaron vivas y volaron sombreros por los aires. Aquella victoria había sido tan improbable que creíamos haber ganado la guerra entera. Y lo celebramos con

tanta vivacidad que, al principio, no sentimos el peso de lo que habíamos perdido: una decena de soldados blancos habían muerto. Y los heridos serían unos treinta.

En el centro de la formación en cuadro estaba Mouzinho de Albuquerque, yerto como una estatua. Estaba como siempre estuvo durante el combate: quieto, de pie, sin buscar cobijo, con las balas silbándole junto al cuerpo. A sus pies yacía su caballo desangrándose.

Pasada la euforia de la victoria, llegó el momento de hacer recuento; una decena de soldados blancos habían muerto. Y cuando todos se reunían en formación militar para rendir el último homenaje a los caídos, tuve, lo confieso, un momento de debilidad. Me aparté hasta una carreta para que nadie me viera. Así y todo, me seguía llegando el sonido de la improvisada ceremonia fúnebre.

Como no había capellán, fue el mismo coronel Galhardo, que dirigía aquella tropa, el que inició la plegaria. Fue entonces cuando, mirando a mi alrededor, mientras a lo lejos oía a mis camaradas despidiendo a los muertos, vi al capitán Santiago da Mata escondido debajo de un carro. Se escondía quién sabe si por las mismas razones que anteriormente le habían hecho manchar los pantalones del uniforme.

Me he detenido en la descripción de este episodio porque en aquel mismo momento me pregunté cuánto podemos fiarnos de la fidelidad de un compañero de armas. Pero no había tiempo para más lamentos.

Como siempre, la urgencia por abandonar aquel descampado era primordial, y, enseguida, el coronel Eduardo Galhardo nos dio instrucciones para regresar a Chicomo.

—¿Cómo que regresar? ¡Lo que deberíamos hacer es avanzar sobre Manjacaze! —protestó el capitán Mouzinho.

Confrontado delante de todos, al coronel no le quedó más remedio que explicarse: no valía la pena deslucir aquel brillante triunfo con un contratiempo, por mínimo que fuese. ¿Acaso no sabíamos quién lideraba las fuerzas de Gungunhane? Su hijo Godido y su tío Queto. Y nuestro éxito en Coolela no había significado solo una victoria militar. Había sido un ultraje para el rey de Gaza.

—Todo eso no basta, mi coronel. Las guerras no se ganan con ultrajes.

—Esta es mi palabra final: volvemos al cuartel. No quiero riesgos.

Mouzinho de Albuquerque refunfuñó entre dientes. Quizá a Galhardo le

diera tiempo todavía a oír su comentario final:

—No sé cómo se puede mandar sin correr riesgos.

## 39. Un tejado desmoronándose sobre el mundo

*Cuando aprendas a apreciar el miedo, entonces serás una buena esposa.*

PALABRAS DE LA REINA IMPIBEKEZANE

Llegamos a Sana Benene al caer la tarde y nos dirigimos a la iglesia. Allí estaba el padre Rudolfo rezando frente al altar. El padre Rudolfo sintió una nube de polvo cayéndole sobre los hombros. Miró las vigas del techo de la iglesia y vio partículas voluminosas bailar por los aires como si una explosión silenciosa se hubiera producido en las alturas. Hacía mucho que, sin que él se hubiese apercebido, las termitas habían corroído la madera. Confiado en la apariencia de la cubierta, Rudolfo creía estar bajo la protección de la eternidad. A todos los que visitaban la iglesia, el párroco les mostraba con vanidad la robustez del tejado, en contraste con la decrepitud de las paredes y el mobiliario. Es el techo lo que hace sagrado un templo.

En aquella ocasión, sin embargo, el tejado había empezado a desmoronarse. Las tablas estaban tan huecas que se cayeron sin avisar, sin ruido, sin peso. Las vigas se pulverizaban en el aire y cuando alcanzaban el suelo ya no tenían sustancia. Así fue como el padre Rudolfo sobrevivió. Las palomas huyeron volando al exterior, pero las lechuzas, enloquecidas, ciegas por la luz que penetró súbitamente por los anchos agujeros en lo alto del edificio, revolotearon en torno al cura, que se precipitó al patio exterior y cerró a toda prisa las puertas con la vana esperanza de que las aves no abandonasen el edificio. Perdidos los viejos gallineros, las aves buscarían otros lugares en los que posarse. Demasiado tarde. Las aves de rapiña ya rondaban otros tejados en busca de nuevos abrigos.

—Va a morir gente —suspiró Rudolfo.

Pero en Sana Benene no había más gente. Reponiéndose del susto, Rudolfo se quedó sentado mirando la iglesia decapitada. Después fue al río con un cubo. Hacía dos semanas había llovido intensamente y el lecho del Inharrime

casi había sobrepasado las márgenes. Por precaución, el cura evitó pisar el embarcadero. Las maderas podrían estar tan podridas como las del tejado. Arrodillado en la roca y ocupado en recoger agua, Rudolfo Fernandes no se dio cuenta de que la reina, una pequeña comitiva y yo nos acercábamos por el mismo camino que él acababa de recorrer.

Extrañamente, el cura rompió a llorar en cuanto me identificó. Y anegado en lágrimas me acompañó hasta las casas. Me imaginé lo peor. La reina me hizo una señal para indicarme que me esperaría a la orilla del río. Mientras tanto, su escolta compraría pescado fresco al improbable pescador que pasase por allí.

—¿Dónde está Bibliana? —pregunté con miedo en cuanto llegamos a la iglesia.

—Bibliana se ha ido. Se han ido todos. En Sana Benene ya no hay gente — y señaló lo que quedaba de la cubierta de la iglesia—. Todo se está desmoronando, Imani.

—¿Adónde ha ido Bibliana?

—Al norte. Al río Save, donde enterraron a su hermano. Y no vale la pena esperarla. No volverá —después preguntó—: ¿Qué querías de ella?

—Quiero ser negra, padre.

—¿Estás loca?

Levanté la mano para insinuar, con educación pero con firmeza, que me tocaba hablar a mí. Quería que me iniciara en mis tradiciones. Quería renacer en mi idioma, en mis creencias. Quería que mis antepasados me protegiesen, hablar con mis difuntos, con mi madre y mis hermanos. Estaba cansada de ser diferente y de que me miraran con una mezcla de envidia y desprecio. Estaba harta de oír decir que hablaba portugués «sin acento». Lo que más me cansaba, sin embargo, era no tener a nadie con quien reír ni llorar.

—¿Y entonces el sargento? —preguntó Rudolfo.

—No sé, padre. Tengo miedo de un amor que me exige tanto. Y además no sé dónde está, no sé si lo volveré a ver.

Me imaginé su infinita tristeza: quizá él tampoco volviera a encontrarse nunca más con Bibliana. Cuando intenté consolarlo, reaccionó con sorpresa:

—¿Tristeza? Lo que estoy es aliviado, hija mía.

No lo entendí, no podía entenderlo. Todo aquel delicado amor, toda aquella abdicación de sí mismo, todo eso, ¿había desaparecido de repente? Eso fue lo que le pregunté. Rudolfo señaló la iglesia y me dijo:

—No ha sido el tiempo el que ha destruido el tejado. Ha sido la guerra.

—¿Han atacado la iglesia?

—Se trata de otra guerra, la de las termitas. Esos malditos bichos tienen sus propios soldados. ¿Y sabes por qué son eficaces? Porque son ciegos. Reza para que tu amado no sea nunca un verdadero soldado.

—Hace mucho que no sé nada de Germano, padre. Me han dicho que está en el cuartel de Chicomo.

—¿Quieres escribirle un mensaje? Conseguiré un mensajero para mañana mismo.

No sabía qué responder. Había venido a ver a Bibliana, confesé. El padre replicó:

—Aunque estuviese aquí, no sería capaz de verte, hija mía.

La curandera había enfermado de una particular ceguera: veía por los ojos de los dioses. Y con tal convicción que el sacerdote acabó por tener miedo. En los últimos días habían empezado a llegar a Sana Benene cientos de heridos y refugiados de guerra. Y, así, la hechicera se arrogó la misión de salvar el mundo. Negros y blancos, hombres y mujeres, esclavos y poderosos, todos eran culpables. Y ella, la justiciera elegida por el Dios de los blancos y por los dioses africanos. Así clamaba Bibliana ante un aterrorizado sacerdote, incapaz de imaginar un ejército conducido por la mujer con quien, durante años, había compartido el lecho.

Animada por esa misión, la profetisa había abandonado Sana Benene. Las aguas del Inharrime se habían quedado pequeñas para lavar tanto pecado. Necesitaba un río mucho más grande. En las márgenes de ese otro río habían sepultado a su marido y a su cuñado. Por la orilla del mítico Save erraban adivinos y profetas cuyos poderes eran conocidos allende las fronteras. Aquel era el destino de Bibliana. Aquel río sería su iglesia.

—Así que ¿has descubierto que quieres ser africana? —volvió a preguntarme el padre Rudolf, ahora sin disimular un tono de ironía—. Siento curiosidad, hija mía: ¿qué es eso de ser africana?

Me encogí de hombros. Tal vez tan solo estaba triste, tal vez me sentía insegura. Me habría venido bien tener a mano una simple certeza, una señal indeleble de nacimiento, un tejado más eterno que el firmamento. Y la sonrisa del cura se ensombreció. Él también había soñado muchas veces con ser europeo y blanco. En ese momento, por ejemplo, era lo que más ansiaba: cortarse aquellas greñas, afeitarse la barba y lavar la sotana para después

presentarse en el cuartel de Chicomo. ¿Y si lo aceptaban como capellán? Celebraría misas de campaña, rezaría por los enfermos, absolvería pecados, administraría extremaunciones. Y sería, por completo, lo que nunca le habían dejado ser: un cura portugués.

—Ahora, basta de cháchara —dijo—. Y antes de que se me olvide, tengo que entregarte algo.

Del fondo del bolsillo de la sotana sacó una hoja de papel doblada.

—Tu padre dejó esto para ti —anunció.

—¿Mi padre ha estado aquí? Cuénteme, padre: ¿cómo estaba?, ¿adónde ha ido?

\*

El padre Rudolfo me contó que la semana anterior habían encontrado a mi padre inconsciente en el embarcadero. Hacía un tiempo que Katini Nsambe había desaparecido y todos temían que lo hubiesen devorado las fieras. Pero allí estaba: exangüe, escuálido y maloliente. Venía de su aldea, de Nkokolani. Quien lo había llevado y traído no había sido sino el loco Libete en su vieja balsa. Ya en la iglesia y después de haberse aseado, Katini abrió un zurrón del que cayeron dos docenas de pequeñas tablas cortadas del mismo tamaño. Eran las teclas de la marimba que se proponía construir.

—He arrancado esta madera del mismo árbol al que mi mujer se abrazó —dijo.

Sería su última marimba, la más perfecta que había fabricado jamás. Él mismo se subió a la higuera, atrapó a unos cuantos murciélagos, les rasgó las alas e hizo con ellas las membranas para las cajas de resonancia. De día y de noche, el hombre se esmeró en la confección de las teclas, las calabazas y las baquetas.

—Esta marimba no es para que la toque la gente —decretó.

—Entonces ¿quién la va a tocar?

—La música misma es la que la va a tocar.

Terminó la construcción del instrumento el mismo día en que Bibliana anunció su marcha al gran río del norte. No era una coincidencia. Ambos lo habían acordado así. Y partieron juntos pero alejados, como marido y mujer. En el lugar de destino repartirían sus servicios como hacen los viejos matrimonios. Bibliana hablaría con los espíritus; Katini tocaría para los



dioses. Los dos, juntos, sanarían el mundo.

\*

Aquellas eran las novedades sobre Katini Nsambe. El cura recurrió a ese breve recuerdo mientras sostenía ante mí el papel que mi padre le había dejado.

En esa hoja, que había arrancado del cuaderno de Germano, estaba, laboriosa e imperfecta, la caligrafía de mi padre. Tuve que descifrar, palabra por palabra, su mensaje misterioso: «He empezado yo, acábalo tú. Todavía quedan dos por crucificar».

El sacerdote no hizo preguntas. Me entregó una cantimplora con agua para el camino.

—¿Y qué va a hacer, padre Rudolfo? —le pregunté.

Sonrió y dijo:

—Ahora mismo voy a cortarme el pelo y a afeitarme. Después, ya se verá.

En ese momento, Impibekezane se unió a nosotros y pidió al padre Rudolfo que nos dejase dormir por allí aquella noche. Y cuando le pregunté la razón de aquel aplazamiento del viaje, señaló al cielo, que ya empezaba a oscurecerse, excepto por un mar de fuego que devoraba todo el horizonte.

## 40. Decimotercera carta del sargento Germano de Melo

*No es únicamente por cansancio por lo que me hallo así de abatida, sin corazón y sin fuerza. Lo que me sucede es un suicidio. Un suicidio sin persona ni muerte.*

EXTRACTO DE LA CARTA DE BERTHA RYFF A SU MARIDO,  
GEORGES LIENGME

Chicomo, 10 de noviembre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Me he pasado el día limpiando la enfermería del hollín que se obstinaba en cubrirlo todo de una capa negra. Para los enfermos encamados, esas persistentes cenizas eran una señal nefasta. Y el calor sofocante que se dejaba sentir era la prueba de que el infierno se había instalado en Chicomo. Pero yo sabía que ese hollín llevaba inscrita una buena nueva: nuestras tropas habían vencido en Coolela. Tras las victorias, se prende fuego a las poblaciones vecinas. Así lo hacemos nosotros y así lo hacen los demás. Vuestra Excelencia fue quien me lo explicó: no se trata de un festejo sino de un modo de plasmar la firma del vencedor mucho más allá del campo de batalla. Los que viven lejos de los ríos solo saben de su existencia cuando las aguas desbordan las márgenes.

A estas alturas en que le escribo, nuestras tropas deberían estar de regreso. Será un retorno agotador y lento, pues elegirán terrenos altos a salvo del fuego que se habrá diseminado sin control. Ignoro si Vuestra Excelencia volverá directamente a Lourenço Marques o si irá en la columna que recalará en este cuartel. Espero que se verifique esta última hipótesis y finalmente nos encontremos en carne y hueso.

He pensado en el médico suizo que hace dos días salió del cuartel. Sabiendo las paradas que se proponía realizar por el camino, lo más seguro es que ahora esté rodeado por ese mar de llamas. Solo tendría una posibilidad:

seguir la orilla de los ríos, que en esa región crean una red intrincada de afluentes. Georges Liengme tendría que repetir la proeza de Cristo caminando sobre las aguas de tantos ríos y riachuelos que perdería la cuenta.

Esperé toda la mañana con ansiedad la llegada de un correo con noticias de Coolela. Ese es el procedimiento: una avanzadilla llega al cuartel para que se prepare, a tiempo, la llegada de los gloriosos combatientes. Recé para que esta vez los carros no llegasen atestados de heridos. Con mi ayuda, el doctor Rodrigues Braga dispuso las camas, con sábanas limpias. Después, nuestro médico colocó mosquiteras para impedir que las cenizas invadiesen la zona destinada a las intervenciones quirúrgicas.

De hecho, a mediodía llegaron unos mensajeros, pero venían de parte del enemigo. Eran media docena de soldados vatuas que traían maniatado a un hombre alto de porte digno. Uno de los emisarios de Gungunhane dio un paso al frente y anunció:

—Nuestro rey nos ha ordenado que os traigamos a este hombre. Nosotros lo conocemos como Nwamatibjane, vosotros lo llamáis Zixaxa. Este es.

Era el trofeo que estábamos persiguiendo desde hacía meses. Por encima del mismo Gungunhane, aquel negro era el objetivo más codiciado por la Corona portuguesa. El régulo Zixaxa se había atrevido a acaudillar una rebelión en el sur y a liderar el ataque a nuestra ciudad más importante. Murieron portugueses, murieron africanos. Y resultaron heridos nuestro orgullo nacional y nuestro prestigio ante las demás naciones civilizadas. Y allí estaba el famoso rebelde con las manos a la espalda, exhausto y desgreñado. A pesar de todo, admito que el hombre conservaba la dignidad de un príncipe. Esa altivez me incomodaba, pero irritaba mucho más a sus secuaces, porque, cuando lo acabaron de presentar, lo empujaron hacia mí como si fuese un saco. Dando traspiés, el prisionero acabó tropezando con mi cuerpo y tuve que abrazarlo para no caernos los dos. Entonces me di cuenta de que los vatuas traían también a dos mujeres. Eran las esposas de Zixaxa.

—¿Y para qué las traen?

—Para que vean cómo muere su marido. Y después vuelvan a su tierra para dar cuenta de lo que aquí vean.

A las mujeres las empujaron aún con más violencia, y nada pudo evitar que rodasen por el suelo. El vatua que dirigía la comitiva volvió a tomar la palabra:

—Hemos cumplido con nuestra parte —dijo—, ahora debéis cumplir con

la vuestra. Poned fin a la guerra de inmediato.

Pero ya era tarde, pensé para mis adentros. La guerra ya se había consumido a sí misma, quedaba el hollín revoloteando por la sabana. Los emisarios habían llegado tarde, la obstinación de Gungunhane había sido muy larga. Así y todo, ante aquellos emisarios callé, pensando que sería muy útil recibir y mantener cautivo a quien tanto buscábamos. La entrega de Zixaxa era una señal de desesperación de nuestros viejos enemigos. Gungunhane había mandado proceder a la entrega donde le parecía más seguro: en nuestro cuartel. La elección del lugar y el momento de la entrega borraba la humillación de la cesión. Mandaba él, incluso cuando lo único que hacía era obedecer.

Los enviados de Gungunhane pidieron que desatásemos a Zixaxa. Querían las cuerdas de vuelta. Olvidándome de mis limitaciones, intenté desatar aquellos nudos ciegos. El centinela remató la tarea. Antes de partir, el emisario del rey de Gaza se quedó mirando cómo el régulo cautivo era conducido por una escolta de nuestros soldados. A medio camino, el prisionero dio media vuelta y dijo a los vatuas que lo habían traído:

—Decidle a vuestro rey que, al final, los cielos de Gaza están llenos de golondrinas.

El prisionero y sus dos mujeres fueron atados al mástil donde, en el centro del cuartel, solíamos amarrar a las mulas. Me quedé sentado allí un tiempo, tan solo mirando al prisionero, sin intercambiar con él ni una palabra. No podía ser de otro modo, el hombre hablaba un portugués rudimentario. Y yo era un simple aficionado en la lengua de los cafres. Pero en el rostro de Zixaxa se traslucía la nostalgia de un reino distante, de un tiempo perdido de luz y de fiesta. Y esa añoranza yo ya la había visto en los ojos de nuestra gente.

Al final de la tarde, los centinelas me alertaron de que acababa de llegar un nuevo mensajero. Venía solo, exhausto, y parecía haber dejado de ver. Estaba tan cubierto de ceniza que no se podía distinguir a qué raza pertenecía. Deseaba entregar una carta al doctor.

—Traigo esto para el *dokotela* blanco —pudo articular.

Con el agua que le servimos, apenas se mojó los labios. El resto de la jarra lo utilizó para lavarse la cara y el cuello. Y a continuación volvió a adentrarse en el campo.

Había transcurrido muy poco rato cuando Rodrigues Braga entró en mi

cuarto y me lanzó un sobre al regazo.

—Esta carta no es para mí, es para Georges Liengme.

Igual que entró, volvió a salir.

Ahora era evidente: el médico blanco al que el mensajero se refería era el misionero suizo. Lo que no dejaba de ser un pequeño equívoco frente a lo que se reveló después: aquella carta la había redactado Bertha Ryff, la esposa de Liengme. El sobre permaneció en mi regazo mientras me asaltaban las dudas: ¿por qué aquella mujer había utilizado una carta para comunicarse con quien convivía? ¿Y por qué razón había decidido entregarla tan lejos? Reconozco, Excelencia, mi falta de escrúpulos, pero me venció la curiosidad. Puede que la intención de involucrarlo en este pequeño pecado sea la de aliviar las culpas que pesan sobre mis hombros. Pero Vuestra Excelencia será dueño de su decisión, como yo lo fui de la mía. Si no desea conocer los secretos de Bertha Ryff, interrumpa aquí la lectura de estas líneas. Por si acaso, transcribo la carta a continuación, traducida por mí mismo al portugués con la ayuda de Rodrigues Braga.

Querido Georges:

Más de una vez me invitaste a que te acompañara en una de tus frecuentes y largas salidas. Iría si fuese un pájaro. Si pudiese volar sobre pantanos, lagunas y cansancios. Pero ya no tengo fuerzas ni salud para ser siquiera una persona. No tengo felicidad para ser esposa. Ni esperanza para ser madre.

Voy a proceder ahora como he hecho en todas las esperas: rezaré para que no regreses tan distante de mí como cuando te fuiste. He sido yo la que se ha alejado de mí misma, eso es lo que insistentemente me dices. Las fiebres palúdicas recurrentes me han dejado en este estado de ausencia, aunque no es por la enfermedad por lo que estoy perdiendo el sentido. Es por la tristeza.

Estoy enferma, Georges. Pero es una dolencia debida al vacío que padezco. Por eso, no es de un médico de lo que carezco, sino de un amante. De ahí que te implore: mírame con el mismo desvarío con que te detienes a fotografiar a las negras desnudas. Mírame, Georges. Y verás que no espero a un misionero. Velo por un marido que no tenga miedo del volcán que nos abrasa por dentro.

En Suiza reconocen tu valor como misionero entre las gentes africanas

porque luchas contra hechizos y hechiceras. Pues ahora, mi querido Georges, yo quiero que me hechices. Se enorgullecen del médico que ha salvado tantas vidas. Sin embargo, yo he muerto en tus manos. He muerto siempre que no me has amado. He muerto mucho más cuando pensaste en salvarme. Y he regresado a esta existencia sin luz ni brillo. No necesito más fe, sino vida. Tu crueldad no ha sido hacerme daño. Ha sido no hacerme nada. Ha sido dejarme sin tamaño, desenfocada, inexistente. He aquí lo que soy: una simple imagen a contraluz. Una fotografía que ha quedado para siempre sin revelar.

## 41. Cuatro mujeres frente al fin del mundo

*El último en unirse a la fila de los enfermos fue un hombre de espesa y desgreñada cabellera con las órbitas desencajadas como monedas de libra. «Mis ojos se han transformado en dinero —me explicó—. Mi cuñado tenía los ojos muertos —añadió el indígena—. Y el dokotela lo trató. A mí, sin embargo, no quiero que me cure. Sino todo lo contrario: quiero que me deje así para siempre. ¿Sabe, doctor? Nunca me han mirado con tanto respeto. ¿Si no me duele ser ciego? Me duele más no ser nadie».*

EXTRACTO DEL DIARIO DEL SARGENTO GERMANO DE MELO

Impibekezane y yo regresamos de Sana Benene explorando galerías de bosque cerrado entre el cinturón de fuego. A la llegada, rodeamos la población de Mandhlakazi en toda su extensión. De la capital del reino solo quedaban cenizas y nos dirigimos a toda prisa al hospital del suizo.

—Aquí en el hospital estaremos seguras —dijo la reina de los vanguni—. Los blancos no atacan a los blancos.

La blanca Bertha, la mulata Elizabete, la reina y yo nos sentamos en la cima de la duna en la que se levantaba el hospital. Éramos cuatro mujeres viendo la pradera arder. Cuatro personas muy distintas sentadas allí, en el abismo del fin del mundo. Y entonces pensé: el paisaje exterior no existe. Éramos nosotras las que ardíamos. Los blancos decían que el infierno era una hoguera encendida por los demonios en las profundidades de la tierra. Y en esos momentos el infierno asomaba a la superficie.

—¿Dónde estará su hijo? —preguntó Bertha—. ¿Dónde se habrá escondido Ngungunyane?

—Ha ido a Txaimiti —respondió Impibekezane—. Pero no ha ido a esconderse. Al contrario, ha ido a mostrarse, a pedir protección a su difunto abuelo Sochangane.

La madre de Ngungunyane corrigió, entonces, mi manera de estar sentada. Como tantas veces hiciera mi difunta madre, me animó a doblar las piernas

en la estera. Después, con la postura recompuesta, sonrió y me dijo:

—Y tú, Imani, te vienes conmigo a Txaimiti, no quiero saber nada de consejeros. Haré de ti una reina inmediatamente.

¿Una reina coronada el día en que el reino había muerto? Era la pregunta que se me ocurría hacer, pero me contuve al contemplar a la anciana monarca con sus largos collares de cuentas en el cuello, sus infinitas argollas de metal en los tobillos y en los brazos. Y pensé: cuantos menos sueños, más adornos. El padre Rudolfo tenía razón: Bibliana era mucho más reina con su séquito de leales seguidores. Y me imaginé, ya vieja, pudriéndome en una estera en el *kraal* del *nkossi*. Pensé que Impibekezane se merecía toda mi franqueza.

—Mi reina, tengo que confesarle que no estoy aquí por voluntad propia. Un demonio dentro de mí me obligó a llegar a esta situación.

—Sé qué demonio es ese. ¿Quieres matar a mi hijo?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Todas quieren hacerlo. Todos quieren hacerlo.

Y entonces reveló que tenía un plan. Una vez había intentado explicárselo al sargento Germano de Melo en Sana Benene, pero el joven se había desmayado, desangrándose. Cosas de hechicería, sin duda alguna. Así que se había marchado sin manifestarle sus secretos. Y he aquí lo que, según su fórmula, sucedería: que los portugueses se retirarían sin molestar a la Corona de los vanguni.

—Tras la batalla de Coolela ya han aceptado que se retirarán sin maltratar a Ngungunyane. No lo matarán, no lo capturarán, porque mi hijo, como les prometí a los blancos, cruzará la frontera hacia la zona del Transvaal. Y allí, por detrás de las grandes montañas, te aseguro que nunca más será una molestia para los portugueses.

El plan me parecía confuso, pero para la reina tenía todo el sentido: salvaba a su hijo de las manos de los blancos, pero, sobre todo, de las manos de los negros. El hijo, que hasta ahora había sobrevivido, no saldría indemne de otro conflicto. Y no sería necesario que los portugueses viniesen a derrotarlo porque sus propias tropas, muertas de hambre y de frustración, se tomarían la justicia por su mano. Lo que Impibekezane necesitaba era convencer al rey de Gaza de que los portugueses, después de la batalla de Coolela, se retirarían voluntariamente a Inhambane y Lourenço Marques. Sin la amenaza de los lusitanos, Ngungunyane podría despedir a sus tropas tranquilamente. De manera que, dispersado por mandato del propio rey, el ejército vanguni



quedaría eximido del peso de la humillación. Y los portugueses no tendrían razón alguna para prolongar el conflicto. La reina ya había empezado a convencer al hijo. La dificultad radicaba en los generales que lo rodeaban: la guerra podía ser arriesgada, pero era su fuente de riqueza. A pesar de todo, Impibekezane tenía confianza. Lo que no consiguiese con palabras lo conseguiría con veneno.

—No lo sé, mi reina. ¿Cómo puede estar tan segura de que los blancos aceptarán ese plan?

—Porque ya lo han aceptado —afirmó Impibekezane—. He hablado con ellos.

—¿Y por qué han aceptado? —argumenté—. Porque probablemente desde el primer día ese fue su propio plan: retirarse justo después de la batalla de Coolela.

—Mejor así, eso querría decir que este será el último fuego, el último infierno.

\*

Bertha Ryff escuchó en silencio la invitación de Impibekezane para que me convirtiese en su nuera. Y aprovechó la presencia de la reina para hacerse oír.

—Piénsalo bien. Te ofrecen un trono, pero te quitan la vida.

Ngungunyane no tenía que liberarse solo de la guerra, había otros desafíos. Bertha recordó que hacía dos semanas se había presentado en el hospital una de las mujeres más recientes de Ngungunyane. El rey había ido a buscarla a las montañas de Suazilandia y desde que había llegado a Mandhlakazi la acometían fiebres constantes.

—Son los *mandikwé*, los demonios —declaró la joven virgen.

Allí la trataron, y a la semana siguiente regresó para regalar, como prueba de gratitud, una cesta llena de huevos. Entonces se dirigió al médico en los siguientes términos:

—¡Ay, *mulungu!*, ¿no tendrás un remedio que impida a nuestro rey beber tanto?

Aunque era verdad que el monarca se cuidaba de comparecer embriagado en los actos oficiales, había que aceptar que, en su vida privada, el rey andaba tan achispado que no cumplía con sus obligaciones conyugales. En caso de que no pudiera curar a su marido, la joven esposa prefería que el médico la

devolviera a sus antiguos demonios. A veces estar enferma era una manera de sufrir menos.

—Georges fue categórico en el diagnóstico: la bebida robaba la virilidad del rey —insinuó Bertha.

—¡No escuches a quien habla así! —me pidió la reina.

Si mi destino era ser esposa del rey, argumentó Impibekezane, debía reunir la sabiduría del agua y del fuego: esquivar los obstáculos, abrazar a los enemigos para consumirlos con la ferocidad de un beso.

Y la reina habló en txizulu: que hiciese oídos sordos a una blanca. Al fin y al cabo, ¿no ansiaba recuperar mi alma negra y africana?

Apercibiéndose de la tensión creciente, Bertha me llamó aparte y me sacudió mientras murmuraba:

—Quizás te hagan reina, pero ¿llegarás alguna vez a ser esposa? ¿O no pasarás de ser una esclava?

\*

Las dos mujeres me querían engatusar con las banderas del futuro. Por primera vez, se me daba a elegir el camino de mi vida. No sabía cuál escoger. No sabía que había tanto en juego en una simple elección. En cualquiera de las dos alternativas, debía salir de mi tierra, salir de mi lengua, salir de mí misma. Huir con los suizos era una manera de salvar mi propia vida. Evadirme con un rey podría abrirme las puertas a un pasado que me había sido negado. Con todo, en esas dos opciones me faltaba algo. Me faltaba Germano.

\*

En aquel momento apareció, jadeante, Georges Liengme. Una semana después de haberse marchado a Chicomo regresaba sin la mula y sin su compañero de viaje. A gritos, dio instrucciones para que reuniésemos las cosas y huyésemos.

—Han pegado fuego a Mandhlakazi. Y ahora vienen de camino para quemar la Misión.

Sin alarmarse, como si esperase desde hacía mucho tiempo aquella contingencia, Bertha entró en la casa para buscar a los hijos. Exaltado, el

marido se apresuró en recuperar cámaras y películas fotográficas mientras, a voz en grito, dirigía las operaciones. Informó a la reina de que en la falda de la montaña la esperaba un grupo de soldados vanguni para acompañarla a Txaimiti. La mulata Elizabete recibió orden de recoger los medicamentos y esconder a los enfermos en un bosque cercano. La joven se encogió de hombros y, en contraste con la conmoción que allí se vivía, me sonrió y murmuró:

—No me hablaba a mí, Georges nunca se dirige a mí con esos modales.

En un santiamén, como si fuese una escena ensayada, media docena de ayudantes trasladaron los bienes de la residencia a la parte trasera, donde había estacionados dos carros tirados por mulas. Una de las carretas ya estaba llena de carga. El carretero dijo lacónicamente:

—Son pertenencias del rey.

Las pertenencias de los suizos tendrían que caber por tanto en el otro carro. El médico circulaba de un lado a otro, instándonos a abandonar el lugar con la mayor urgencia posible. Al pasar a mi lado me lanzó el reto:

—Vente con nosotros, Imani.

Y tendió el brazo obstaculizándome la marcha. Me retuvo un momento como si supiese que era nuestro último encuentro. Lo aparté del camino con delicada firmeza:

—Voy a ayudar a su esposa —me justifiqué.

Sin ceremonias, entré en la casa de los suizos para sorprender a la mulata Elizabete saliendo de la habitación del matrimonio. Iba vestida con un abrigo de piel de Bertha Ryff.

—Todos se van menos yo. Y Georges se va a quedar conmigo —dijo—. Yo soy la verdadera esposa de ese blanco. Bertha es una mujer derrotada. Sin chispa. Es madera mojada. En ella no prende el fuego.

Con aquella inoportuna indumentaria, la mestiza salió al patio y se exhibió dando vueltas como si bailase, hasta que se le cayó el abrigo dejando el busto al descubierto. Pero no corrigió el desliz, sino que dejó su cuerpo expuesto. Y así, desnuda, volvió a entrar en la casa. La reina, divertida, aplaudió la exhibición. Solo yo me di cuenta de que Bertha Ryff se dirigía al carro, sacaba la bolsa de las películas fotográficas del marido y las lanzaba al herbazal. Y no me olvidaré de la rabia con que maldijo a Elizabete y a su raza:

—¡Malditos mulatos! ¡Que ardan todos en el infierno!

Aquella maldición me dolió. Era un dolor físico, como un desgarrón en el cuerpo, un puñal afilado por demonios. Nunca pensé que las palabras pudiesen doler tanto. Y me crucé de brazos como si, así, dejase de oír las imprecaciones de la mujer blanca.

## 42. Decimocuarta carta del sargento Germano de Melo

*Los blancos ignoran que las piedras se siembran. Y que mueren cuando las arrancas sin la autorización de las divinidades. Los blancos se las llevan y construyen con ellas grandes ciudades. Las construyen con piedras ya muertas, y así hacen que se pudra toda la tierra que las rodea. Por eso, las ciudades apestan.*

BIBLIANA, SOBRE LOS BUSCADORES DE ORO Y DIAMANTES

Chicomo, 24 de diciembre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

Temo que esta carta nunca llegue a sus manos. La envío sin esperanzas a Lourenço Marques. Lo más probable, sin embargo, es que Vuestra Excelencia ya se haya ido de Mozambique. En cualquier caso, me sirvo del cocinero que hoy parte de Chicomo como portador de este mensaje. Y lo hago porque las novedades que le voy a comunicar no se equiparan a ninguna otra que hasta ahora le haya hecho llegar. Empiezo por decirle que me da pena, Excelencia, que no estuviese en la sala de los oficiales cuando Mouzinho de Albuquerque mandó llamar al capitán Sanches de Miranda. No tengo palabras para describir el fulgor que ardía en la mirada de Mouzinho, en comparación con su flemática compostura militar. Cuando Miranda compareció, Mouzinho de Albuquerque fue parco en palabras:

—¡Sigo adelante con mi plan!

—¿Ahora, en plena Navidad, gobernador?

—Cuanto antes mejor. Y no me trate así. Soy capitán, nada más.

Mouzinho acababa de ser nombrado gobernador del distrito militar de Gaza. Y en cuanto al asalto al nuevo cuartel de Gungunhane, lo tenía todo pensado: para los cafres, la ofensiva militar portuguesa se había acabado. El propio palacio real, el Terreiro do Paço, daba el asunto por zanjado. De la metrópoli habían llegado órdenes para que retiráramos nuestras tropas.

—¿Qué mejor momento que este? —preguntó Albuquerque.

Sanches de Miranda recibió con precaución aquellas osadas instrucciones. Quiso saber lo que haríamos con Gungunhane, si lo matábamos, si lo capturábamos. Que luego se vería, respondió Mouzinho. Miranda, que acababa de llegar del puesto de Languene, a orillas del río Limpopo, tenía otro parecer. Sabía que la simpatía de la población de los alrededores de Chaimite no estaba garantizada. Sin embargo, Mouzinho era ahora mucho más que un simple capitán. Y había recibido informaciones muy diversas: cincuenta y tres jefes de aldeas se habían acogido a la bandera portuguesa. Después de Coolela, la mayoría de los régulos habían jurado fidelidad.

—No confunda lealtad con miedo —apeló el capitán Miranda.

Que los cafres vivían entre dos pavores. Por un lado, el temor a la crueldad de Gungunhane. Por el otro, el pánico ante la posibilidad de que, después de nuestra victoria, castigásemos a los que no estuvieran de nuestro lado.

En esos términos, Excelencia, transcurrió el diálogo entre los dos oficiales. Lo que entusiasmaba a Mouzinho era lo que más me aterrorizaba: Imani estaba en el último reducto de Gungunhane. Lo supe por uno de los militares que pegó fuego al hospital de Liengme. Según ese testigo, la reina madre había obligado a Imani a que la acompañase. El asalto final al rey vatua podría, en un cruce de balas perdidas, arrebatarle la vida a la mujer que había conquistado mi corazón.

—¿Puedo ir con usted? —pregunté tímidamente.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Mouzinho.

Sanches de Miranda se adelantó. Sabía quién era yo y qué servicio venía prestando en la enfermería desde hacía un mes. Dada la ausencia del médico Braga, lo mejor sería que me quedase en el cuartel hasta el regreso de la expedición. Rodrigues Braga volvería al día siguiente y asumiría la jefatura del puesto.

Y los dos capitanes volvieron a esgrimir argumentos, ahora en un tono más grave. Para Miranda, la intervención no sería más que una temeridad con gravísimos riesgos. Pero nada quebraba la confianza de Albuquerque. Gungunhane no estaría esperándonos. Acababa de entregar a Zixaxa y creía que, por eso, nos había caído en gracia. Al final de la contienda, Miranda preguntó si el mando en Lourenço Marques estaba informado de aquella operación. Y aquí, Excelencia, vale la pena reproducir textualmente la respuesta de Mouzinho:

—¿Mando? ¿Lourenço Marques? No sé lo que es una cosa ni la otra.

Cuando Mouzinho de Albuquerque se marchó, el capitán Miranda me comentó:

—Este tipo está loco: cincuenta soldados a pie bajo estas lluvias se atascarán en el infierno. Será un suicidio colectivo.

—Iré yo en su lugar —me ofrecí cuando lo vi preparar su mochila.

Sanches de Miranda suspiró y se rio.

—Tengo que ir yo —repuso—. Y la razón principal es muy triste. Tengo que ir yo porque, si no, me tomarán por otro.

Los indígenas pensaban que él era el *mafambatcheca*. Lo tomaban por el difunto Diocleciano das Neves, ese cazador portugués que tanto se granjeara la simpatía de los cafres. Debido a ese equívoco, los negros recibían a nuestras tropas con la mayor de las hospitalidades siempre que estuviesen capitaneadas por Miranda.

El pelotón aventurero acababa de franquear la puerta de armas del cuartel y el capitán Miranda, como acometido por una súbita urgencia, volvió atrás para comunicarme con un tono casi desesperado:

—¿Quieres ser útil realmente? Pues manda de inmediato un mensaje a Lourenço Marques. Alértalos de la tragedia que va a suceder.

Y de nuevo se unió al grupo que ya se alejaba adentrándose en la sabana. Todavía aturdido por la extrañeza de aquella orden, presencié desde la empalizada del cuartel la marcha de las tropas. Faltaban tres días para Navidad y llovía tanto que aquellos portugueses parecían naves atravesando el océano. Desde el muelle podía ver las velas salvando las olas. Aquella visión hubiera podido ser épica, pero era angustiosa: los hombres apenas podían sostenerse en pie, las debilitadas mulas no tenían fuerzas para arrastrar las carretas. No era un pelotón avanzando, era una procesión de enfermos camino de su última morada. Con este triste escenario contrastaba la mirada quijotesca con la que Mouzinho de Albuquerque, con porte divino, encabezaba la marcha.

Después regresé a mis asuntos. Que en realidad solo era uno y me dilaceraba la conciencia: la terrible orden de Sanches de Miranda. ¡Ojalá hubiese estado aquí, mi teniente! Porque a mí me tocaba en ese momento sostener un arma de doble filo. Si obedecía al capitán, desobedecía al gobernador. Si enviaba el mensaje, podía prevenir un desastre de proporciones nacionales. Si no lo enviaba, podía hacer imposible la captura

final de nuestro poderoso enemigo. Y, además, también había una cuestión práctica: ¿cómo hacer llegar rápidamente el mensaje a Lourenço Marques? Entonces me acordé de que entre los pacientes de la enfermería había un telegrafista. Él fue quien, apoyado en mis brazos, envió el mensaje. Estaba tan débil que tuve que sostenerle los dedos en las teclas. El infeliz soldado se olvidaba, cada tanto, del código Morse. Después, con un último aliento, la cara se le iluminaba y el hombre volvía a percutir la tecla, y aquel irritante matraqueo era para mí la música más adorable.

Ya en mi cuarto reconsideré la elección de António Enes como destinatario del telegrama. Era consciente de que, en ese momento, el comisario real ya había partido hacia Lisboa, pero pensé que alguien del mando de Lourenço Marques le retransmitiría el mensaje. Esa era mi fe. Esa era mi apuesta. Aquella esperanza tropezaba, sin embargo, contra la muralla de la realidad. Y mi teniente sabe de lo que le hablo. Entre las autoridades militares reina la idea de que, tras la batalla de Coolela, Gungunhane está definitivamente derrotado, su cuartel destruido y su ejército desbaratado.

Quién sabe si Vuestra Excelencia, al igual que todos los miembros de nuestro Estado Mayor, ya habrá regresado a Lisboa. Es posible que para usted la guerra esté acabada. Puede que Gungunhane esté vagabundeando por sus tierras sin haberse rendido. Excepto Mouzinho, nadie tiene prisa en capturarlo.

Al día siguiente, un mensaje hizo vibrar nuestro telégrafo. El mismo enfermo, aún más débil, fue transcribiendo letra a letra lo que, en el otro lado del mundo, una mano anónima dictaba. Por fin, el mensaje estaba caligrafiado. El telegrafista titubeó hasta que, incómodo, me pasó el manuscrito. Dijo que solo era el resumen de un texto excesivamente largo. Eran pocas las líneas, pero el efecto que causaron en mí fue el de un seísmo. He aquí lo que ponía:

Capitán Mouzinho:

¡Aborte la misión y regrese inmediatamente con las tropas a Chicomo!

Firmado: el gobernador general interino.

En un abrir y cerrar de ojos tomé una decisión. Preparé un hato y le pedí al cocinero del cuartel que descendiésemos rápidamente hacia el sur. Había que frenar a Mouzinho. El cocinero se resistió. Puede que yo mandara en el



cuartel, pero no acataba mis órdenes. Le prometí dinero por un valor del que no disponía. Y me acompañó.

El negro, que era bajo y corpulento, llevaba a la espalda una mochila con víveres y agua. Todavía no habíamos perdido de vista el cuartel cuando declaró:

—Langa.

—No entiendo.

—Es mi nombre. No vuelva a llamarme cocinero nunca más.

Y el recién nacido Langa, el cocinero, me condujo a buen paso. Y luego se convirtió en un compañero de viaje imprescindible. Sabiendo que era el portador de un papel valioso, sugirió que me lo sacara del bolsillo.

—El sudor tiene envidia de la tinta —dijo con humor.

Venía de Lourenço Marques y hacía más de una decena de años que servía en nuestro ejército. A pesar de su porte voluminoso, Langa era capaz de un paso ligero, y así fue como, sin aminorar la marcha, me sugirió que nunca desdeñase a los cocineros. El gran general de las tropas de Gungunhane era Maguiguane, un antiguo cocinero de la corte de Muzila.

En un punto determinado nos cruzamos con un grupo de mujeres. Nos confirmaron que los soldados portugueses habían pasado por allí. En aquel mismo lugar, un grupo de vatuas de cabezas coronadas había abordado a la columna. Nos contaron que al ver a Mouzinho se arrodillaron y lo saludaron:

—*Bayeté, nkossi!*

Hablaron con la ayuda de un intérprete portugués de raza negra y declararon que deseaban unirse a las tropas portuguesas.

—Queremos ver derrotado a Umundungazi, ese buitres ciego —fue lo que dijeron los cafres.

Los portugueses dudaron en aceptar aquella ayuda.

—Podéis venir con nosotros, pero sin armas de fuego —parece ser que declaró Mouzinho.

Y todos continuaron, los cafres y los blancos, en dirección al sur. Ahora serían cerca de dos mil soldados rasos marchando por la llanura de Maguanhana.

Una hora después llegamos a la cantina de unos comerciantes indios que estaban sentados en la puerta, tendidos al sol matinal en los escalones de madera de la tienda. El comercio y las bebidas estaban en manos de esos indios.

Ellos confirmaron que las tropas de Mouzinho habían parado en aquel colmado para reabastecerse. En ese mismo porche habían recibido a dos enviados de Gungunhane, que aparecieron para ofrecer tres enormes cuernos de marfil y seis libras a la mujer del *mafambatcheca*, que era el nombre con el que los indígenas conocían al capitán Sanches de Miranda. No pude, Excelencia, dejar de sonreír al pensar en cómo Miranda se habría divertido con el equívoco. Los comerciantes indios conocen bien la lengua local y acompañaron toda la negociación. Y nos contaron que, por medio de sus emisarios, Gungunhane pedía a Mouzinho de Albuquerque que lo esperase a orillas del río. Allí discutirían la paz de la que tanto carecía el sur de Mozambique. Mouzinho, según ellos, no aceptó la propuesta.

Decidimos dormir en aquel establecimiento. Los comerciantes pusieron la tienda a nuestra disposición después de cubrir el suelo de esteras para amortiguar la dureza del suelo. Puede que el olor a especias espantase a los mosquitos, pero era tan intenso que nos quitaba el sueño. Fuera, la noche era tan tupida como una sábana líquida, tal era la intensidad de la lluvia. Bendecí aquel chaparrón que retrasaría la marcha de los que perseguíamos.

Antes de que las primeras señales de la aurora asomasen, nos pusimos en camino. Ese día las nubes cubrían el sol. En aquel territorio indescifrable me amparé en el empeño del cocinero Langa, pues el bosque por el que caminábamos era tan espeso que los brazos alcanzaban más que los ojos. En cuanto desembocamos en terreno abierto nos topamos con dos soldados portugueses que avanzaban penosamente. Los blancos me reconocieron. Formaban parte de las tropas de Mouzinho, pero habían enfermado de gravedad y regresaban al cuartel de Chicomo. Cuando anuncié mi propósito, se rieron: «¿Parar a Mouzinho? ¡Más fácil es parar el viento!». Las tropas que perseguíamos nos llevaban para entonces una delantera de media docena de millas. Los enfermos recordaban que el último lugar al que habían llegado era una laguna llamada Motacane. Los portugueses estaban muertos de sed y la laguna era extensa y profunda. De modo que, nada más ver aquel manto líquido, cientos de auxiliares negros corrieron a bañarse. Se lavaban y bebían a la vez, removiendo el lodo y convirtiendo el agua en un líquido viscoso y maloliente. Sedientos, los portugueses maldijeron a los negros y su falta de modales. Preocupado por la salud del capitán Sanches de Miranda, a Mouzinho de Albuquerque se le ocurrió que su compañero de armas también debía ser devuelto a Chicomo. Desde que había salido del cuartel, Miranda

sufría de fiebres altas y vomitaba tanto que sus ojos parecían estallar como dos piedras oscuras. Pero el abatido capitán se negó a regresar. Aun sin estar de acuerdo, iría hasta el final de aquella loca odisea. No por lo que pudiese hacer, sino por lo que podría evitar.

Así pues, las noticias no eran tan malas. Fue lo que pensé. Cualquier retraso en la marcha de Mouzinho era para mí un bálsamo. Puede que yo sea pesimista por naturaleza, pero a cada momento veía el cuerpo de Imani atravesado de balas. A veces eran balas perdidas. Otras, la masacre era intencionada y apuntaba a toda la familia real. Mi amada caía, confundida con una de las mujeres del emperador.

## 43. Todo lo que cabe en un vientre

*He aquí la receta que os doy. Acercaos a los jóvenes recién salidos de la infancia. Robadles los nombres, alejadlos de sus tierras y de sus familias, secadles el alma: vuestros soldados conquistarán imperios.*

NGUNGUNYANE, CITADO POR BERTHA RYFF

Los portugueses lo llamaban Chaimite. No importa el rigor del nombre: Txaimiti no era un lugar en el que alguien esperase encontrar un rey. Quizá esa era la intención de Ngungunyane: que nadie adivinase su nuevo paradero. Quien huye no solo quiere irse de un lugar. Quiere que dejen de existir lugares. Y el rey de los vanguni quería estar junto a los que ya habían muerto. Allí estaba enterrado Manicusse. Aquella era una tierra sagrada. Mejor protección no podría elegir.

La reina y yo llegábamos a Txaimiti tras haber atravesado la planicie de Mandhlakazi en llamas. Lejos, más allá de la cortina de humo, estaba el hospital del suizo. Para llegar al puñado de casas donde estaba el emperador había que cruzar una empalizada circular hecha de estacas de madera y ramas de plantas espinosas. La única manera de acceder era a través de una entrada de menos de un metro de altura y otro tanto de anchura. Arrastrándonos como animales, la reina madre y yo desembocamos en un patio espacioso rodeado por una decena de chozas de barro y paja. Aquellas poblaciones de los vanguni se conocían como *xigodjo*. Después de nuestro atribulado viaje, nos presentamos allí sin aseo ni descanso. En el centro del recinto estaban sentadas las reinas que el rey había elegido para que lo acompañaran en aquella romería. Sentadas las siete reinas, eternamente sentadas, las reinas sin trono. De pronto, de una sombra lateral surgió otra mujer que enseguida identifiqué y cuyo nombre se enredó en mi asombro:

—¡Bibliana! —exclamé.

Me apresuraba a lanzarme a sus brazos cuando, con un simple gesto, la curandera de Sana Benene me sugirió que me contuviese y guardara las

distancias.

—Yo la he mandado llamar —sentenció Impibekezane.

Y se explicó: Bibliana era de la nación de los vandau. La misma reina pertenecía a esa gente. Los dos reyes que habían precedido a Ngungunyane habían instalado la capital en esa otra nación. Hacía falta alguien que hablase con los poderosos espíritus de ese otro lado del río. Ese era el motivo de la presencia de Bibliana. Txaimiti era un lugar sagrado. Y un lugar así solo se abría con la bendición de sacerdotes poderosos.

\*

Rápidamente se hizo de noche. Dormimos a la intemperie, pues no había sitio dentro de las casas. Y aunque lo hubiese habido, me sentía más protegida lejos de aquellas paredes. Busqué un rincón, apartada de todos. Más que nada, apartada de todas. Así, a cielo descubierto, era como dormía hacía meses la mayor parte de la gente de Gaza. Las casas solo estaban vivas durante el día. De noche se apagaban como la luna nueva.

En plena noche, envuelta en un abrigo negro, apareció Bibliana. Parecía una criatura emanada de la propia oscuridad. Se tendió a mi lado y me ordenó que hablásemos en susurros.

—¿Y mi padre? —pregunté, ansiosa.

—Se ha quedado allí, he venido yo sola, pero está bien.

—¿Habla de mí?

—Te manda un recado. Te pide que no te olvides de lo que le prometiste.

—Debería haberme ido con los suizos.

—Te irás con los portugueses.

—No creo en tus predicciones.

—No es una predicción, es una negociación. Y no la he hecho yo, sino la reina. Ha negociado con los portugueses que te irás con ellos.

—No te creo.

—Pues créeme. Impibekezane ha mandado esta noche un mensajero al encuentro del *mafambatcheca*.

—Ese hombre hace mucho que ha muerto.

—Ese que dices que ha muerto mañana mismo entrará uniformado en el recinto.

Un dedo en los labios fue la manera de hacerme callar. Que escuchase en

silencio sus importantes recomendaciones. A la mañana siguiente debería sentarme cerca de ella, pero no demasiado. En aquel lugar iba a estallar una guerra de espíritus. No valía la pena provocar envidias, por eso debía mantenerme alejada de las reinas. Impibekezane me mandaría llamar en un momento determinado. Me presentaría descalza, tan descalza como si me faltasen los pies.

—Así está acordado —remató Bibliana.

Y nos quedamos calladas, como tragadas por la oscuridad. Cuando pensaba que ya estaba dormida, la milagrera volvió a hablar:

—Será un niño —e hizo una pausa—. Ese hijo que llevas en las entrañas es un niño.

Entonces, las manos de Bibliana me arrojaron el vientre. Me quedé de piedra, toda yo de piedra menos el agua que me mojaba la cara. Estaba encinta. Y yo ya quería a esa criatura que anidaba en mi cuerpo. La quería más que a Germano, que ignoraba que estaba en camino de ser padre. La quería más que a mí misma.

Un sentimiento profundo me partía en dos: una parte de mí quería ocultar aquel embarazo. Otra parte rezaba para que mi barriga se notase. Y más que el hecho de que se notara, quería que se celebrara. La víspera de ser madre necesitaba más que nunca ser hija. Y allí había una presencia maternal confortándome.

Una madre, que era mía por haberla tomado prestada, me acunaba simplemente pasándome el brazo por el hombro.

\*

Aquella noche se repitió el sueño del parto de las armas. Esta vez el sargento Germano estaba de pie, al lado de la partera. Aguardaba en posición militar la llegada de su hijo. Después del último espasmo, emergió de mi vientre una azagaya. Una azagaya bonita, con la empuñadura decorada con cuentas de vidrio negras y rojas. Decepcionado, el sargento dio un paso atrás y se manifestó así:

—Había pedido una espada. Una espada, Imani. Ahora, ¿qué les voy a decir a mis superiores? ¿Qué voy a decirle a mi madre?

La pena por no haber satisfecho las expectativas de Germano superaba los dolores del parto.

—Perdona, Germano —dije apesadumbrada—, pero esta es nuestra hija, la azagaya, tómala en tus brazos.

El portugués observó con reservas a la recién nacida, la duda bailaba en sus ojos, y acabó confesando:

—No puedo. Perdona, Imani, pero esa no es mi hija.

\*

De madrugada me desperté empapada en sudor en medio de la neblina. Bibliana ya se había levantado. En su lugar estaba sentada la reina madre, que me saludó con un murmullo. Después, con tono monocorde, me fue calmando y contando lo que sucedería aquella mañana. Que estuviese tranquila, porque conocía a quien comandaba al grupo de soldados portugueses. Aquel hombre tenía dos nombres y dos vidas. Los portugueses lo llamaban Diocleciano das Neves. Los negros lo llamaban *mafambatcheca*. Diocleciano había muerto hacía ya una docena de años, pero el *mafambatcheca* seguía caminando y sonriendo por la sabana. Y seguía siendo un blanco bueno, un viejo amigo de la familia. En cuanto entrase en el *xigodjo* y se encontrase con ella, el portugués saludaría como un amigo, abrazaría a su hijo y jugaría con su nieto Godido.

—Hemos estado fuera estos días, ¿cómo sabe que ese hombre dirige a los soldados? —pregunté con miedo.

—Alguien me dijo que lo vio marchar junto a la laguna.

—Pero, mi reina, han pasado doce años. ¿No será un hijo suyo?

Impibekezane no tenía dudas.

—Es él en carne y hueso —aseguró la anciana mujer—. En todas las razas hay alguien que muere y regresa. Entre los blancos también. Empezando por Cristo.

\*

—Ven conmigo, voy a tratar con Ngungunyane —me dijo Bibliana.

Estaba oscuro y ella, sin esperar mi reacción, echó a andar y, de espaldas, señaló una pequeña lumbre que agonizaba en uno de los rincones del porche. Allí me senté, adormilada, pensando en las palabras de la hechicera. Dijo que iba a tratar con Ngungunyane. No dijo que fuese a tratar a Ngungunyane.

Bibliana no tardó en volver con el emperador, enloquecido por la anticipada nostalgia de su propio imperio. Envuelto en una manta, el rey pateó el terreno con pasos de prisionero, como si temiese un repentino abismo de oscuridad. Ante las llamas, Ngungunyane se detuvo, con los pies desnudos y peligrosamente cerca del fuego. La mujer lo apartó un poco hacia atrás y le susurró al oído:

—Mire bien las llamas.

—Donde otros ven llamas, yo solo veo sombras.

—Sé cuál es su miedo —dijo la mujer—. Quien mira el fuego ve el mar.

—Esta noche he soñado con el mar. ¿Sabes lo que quiere decir? Que se acerca mi final.

Y entonces Bibliana volcó un pequeño recipiente de agua sobre los pies del emperador.

—El mar puede ser una prisión —afirmó la curandera—, pero puede ser su fortaleza, una fortaleza que le proteja más que cualquier *xigodjo*. Quien más desea matarlo ya no son los otros. Son los suyos, *nkossi*. Protéjase de los suyos.

Y derramó las últimas gotas en las piernas de Umundungazi mientras decía:

—Esta agua viene del mar. Y ahora voy a volver a mi casa —declaró, finalmente, Bibliana. Y habló más alto para que yo también la oyese. Insistí en aproximarme y ella extendió el brazo—: No hay despedida que valga, no me voy de dentro de ti.

\*

El sol acababa de salir y yo ya había ocupado, siguiendo las instrucciones que me habían dado, un lugar discreto en el patio de arena, enfrente de la casa en la que se escondía Ngungunyane. Me senté de espaldas a Bibliana e imité lo que las demás mujeres hacían: callada, con la mirada clavada en el suelo, esperé a que pasara el tiempo. En el límite de aquel atrio estaban sentados los dignatarios de la corte. Ocupaban vistosas sillas y utilizaban las tradicionales colas de ñu para sacudirse con pereza las molestas moscas. Todo eso sucedía al abrigo de amplias sombrillas que algunos jóvenes sostenían una hora tras otra.

Esperábamos la llegada de los *indunas* Zaba y Sukanaka, que



Ngungunyane había despachado para que intentasen frenar el avance de los portugueses. Se llevaron seiscientas libras y colmillos de marfil. Con esos trofeos intentarían comprar la renuncia de los atacantes.

Los emisarios no tardaron en llegar a Txaimiti. Asomaron por la entrada de la empalizada negando con la cabeza. Entonces Manhune, el consejero principal de la corte, mandó que partiese una nueva delegación. Y volvieron a irse los mismos *indunas*, esta vez capitaneados por Godido, el hijo predilecto del rey. Nueva espera, el mismo calor, las mismas miradas de reojo de las reinas. Una de ellas se levantó para distribuir agua entre los presentes. Solo a mí me excluyó de esa cortesía. Fue Impibekezane la que, con un gesto, hizo que rectificase la omisión.

Una hora después regresó Godido. Había llevado a los portugueses un nuevo ofrecimiento: la misma cantidad en dinero y marfil con el añadido de sesenta y tres bueyes y diez mujeres de Zixaxa. Una vez más, la propuesta había sido rechazada. Era la última jugada. En esos momentos no quedaba más que esperar la invasión.

En medio del agorero silencio, se hizo oír la poderosa voz de Impibekezane. Hablaba como si al día siguiente ya no fuera a haber mundo:

—Que nadie dispare, que nadie proteste. No habrá sangre. Muzila me ha hablado esta noche.

Y entonces todo el mundo oyó en silencio las primeras señales de la llegada de los portugueses. Allí estaban, a la puerta del *xigodjo*. Volví la cara, sin valor para enfrentarme a la realidad, y lo que vi fue el asombro en el rostro de la reina madre. Quien derribaba la empalizada no era el tan esperado *mafambatcheca*. Ni él ni Diocleciano, su obstinado gemelo fallecido. Quien penetraba precipitadamente en el recinto sagrado era otro militar portugués, alucinado y colérico. Entraron otros blancos, pero el *mafambatcheca* no se vislumbraba por ningún sitio. Después supimos que, gravemente enfermo, el capitán se había ahorrado el asalto final. Descansaba a un centenar de metros del *xigodjo*.

La reina madre se sintió perdida. Todo lo que tenía por certeza se desmoronaba. Y aquel blanco que allí se presentaba gritando «¡Gungunhane!, ¡Gungunhane!» tenía el aire de llevar cualquier intención menos la de mantener una conversación agradable. Era el fin.

Y entonces la anciana mujer, a lágrima viva, se abalanzó a los pies del militar portugués para implorarle que salvara la vida de su hijo Gungunhane

y su nieto Godido. Al contrario, yo suplicaba secretamente que aquella espada cayese sobre el emperador y aquellas manos blancas vengasen a mis hermanos negros. El llanto de la reina madre, sin embargo, fue más fuerte que mis súplicas a Dios.

## 44. Decimoquinta carta del sargento Germano de Melo

*Llamé a Gungunhane muy alto en medio de un silencio absoluto, preparándome para prender fuego a la choza en caso de que se demorase, cuando vi salir de allí al emperador vatua, que los tenientes Miranda y Couto reconocieron enseguida por haberlo visto más de una vez en Manjacaze. No se puede hacer una idea de la arrogancia con que respondió a las primeras preguntas que le hice. Ordené a uno de los dos soldados negros que le atara las manos a la espalda y le dije que se sentara. Me preguntó que dónde, y como le señalé el suelo, me respondió muy altivo que estaba sucio. Entonces lo obligué a la fuerza a sentarse (cosa que él nunca había hecho), diciéndole que ya no era el rey de los mangunis sino un negro como cualquier otro. Le pregunté por Queto, Manhune, Mulungo y Maguiguane. Me mostró a Queto y Manhune, que estaban a su lado, y dijo que los otros dos no estaban. A Manhune (que era el alma malvada de Gungunhane) le reprobé que siempre hubiera sido enemigo de los portugueses, a lo que él solo respondió que sabía que debía morir. Entonces lo mandé amarrar a una estaca de la empalizada y tres blancos lo fusilaron. No es posible morir con más sangre fría, altivez y heroicidad verdadera; apenas dijo sonriendo que era mejor que lo desataran para poder caer cuando le disparasen. Después le tocó a Queto [...]. Él fue el único hermano de Muzila que quiso la guerra contra nosotros, y el único que había combatido en Coolela. [...] También lo mandé atar y fusilar.*

JOAQUIM MOUZINHO D'ALBUQUERQUE, EXTRACTO DEL INFORME  
PRESENTADO AL CONSEJERO CORREIA E LANÇA, GOBERNADOR  
INTERINO DE LA PROVINCIA DE MOZAMBIQUE, POR EL  
GOBERNADOR MILITAR DE GAZA, 1896

Chaimite, 31 de diciembre de 1895

Excelentísimo señor teniente Ayres de Ornelas:

## NOTA PREVIA

*De este modo, ya no escribo para usted. Solo para mí mismo mantengo la tarea de la escritura. Estos papeles nunca serán cartas. Aun así, sigo escribiendo como si mañana Vuestra Excelencia fuera a leer estas atolondradas líneas. Las considero un diario de mis atribulados días en África. Las considero una parte de mí.*

Llegué a Chaimite, pero me impidieron entrar donde quería: una multitud de más de dos mil personas rodeaba el nuevo *xigodjo* de Gungunhane. Vuestra Excelencia seguro que sabe que *xigodjo* es el nombre que los indígenas dan a los fuertes reales. A pesar de ser tan numerosa, la multitud se mantenía en un silencio casi religioso. Al ver a tanta gente, el cocinero Langa declaró apresurado: «Vaya usted, yo me quedo aquí». Y se cobijó a la sombra de una higuera africana, a unos cincuenta metros de la muchedumbre. Fui hacia él e intenté disuadirlo. Seguía necesitando su ayuda, ahora no como guía sino como traductor. De repente, en aquella misma sombra tropecé con el capitán Sanches de Miranda. Estaba tendido en una estera, pálido como un muerto. Dos soldados le hacían compañía y me explicaron que el capitán estaba tan débil y deshidratado que sufría desmayos continuos. En aquel preciso instante parecía despierto, y yo, sin saludarlo, saqué de la mochila el papel con las instrucciones recibidas del Gobierno General.

—Lea, capitán, lea —y agité el papel.

Pero Sanches no veía las letras, ni el papel, ni a las personas.

Oí el estallido delirante de la multitud, los guerreros golpeaban con los escudos en el suelo. Un grupo de mujeres pasó a nuestro lado gritando:

—¡Gungunhane se ha sentado en el suelo! ¡Los portugueses ya lo tienen atado!

Y otros grupos de personas que pasaban cantaban a coro:

—Buitre, buitre, vete de aquí, buitre. Nunca más asaltarás a nuestras gallinas.

Busqué al cocinero, pero ya había desaparecido. Me levanté, decidido: me abriría camino entre los negros, fuesen la cantidad que fuesen, tardase el tiempo que tardase. Entre imprecaciones y codazos fui haciéndome espacio,

pero, tras unos instantes de desesperación, dejé de ver la empalizada del *xigodjo*. Y de repente oí disparos. Un viejo encaramado en un portentoso joven me dijo que acababan de fusilar a un «grande» de Gungunhane. Se ofreció para cederme su posición, a caballito de su gigantesco amigo. Me costó escalar a aquel gigantón que con el tronco desnudo sudaba copiosamente. Desde aquella posición elevada fui capaz de ver cómo ataban a un hombre. A mi lado, alguien susurró:

—Ese es Manhune, el *induna* principal.

Después, extrañamente, desataron al consejero. ¿Lo iban a liberar? Eso parecía a juzgar por la sonrisa confiada que le iluminaba la cara. Sin embargo, a continuación se repitió una ráfaga de tiros y Manhune se desplomó. Se hizo un silencio sepulcral. Temiendo que el tiroteo se generalizase, la multitud empezó a recular. Ante mis ojos se abrió un pequeño claro y salté de la espalda del negro dando voces:

—¡Aborten la operación! ¡Aborten la operación!

Estaba tan excitado que tardé en darme cuenta de lo ridículo de mis intenciones y, sobre todo, del uso irrisorio del verbo «abortar».

Renuncié a gritar pero seguí abriéndome paso entre los negros. Apoyado en la empalizada, miré por entre los troncos y vi a Mouzinho de Albuquerque de espaldas y a una mujer anciana arrodillada a sus pies suplicándole:

—*Mulungu*, yo soy la reina. No mate a mi hijo ni a mi nieto Godido.

Desesperadamente, mis ojos buscaron a Imani, pero no la divisé entre las mujeres que ocupaban el patio. Un joven subido encima de un árbol me iba relatando lo que pasaba dentro del recinto: Gungunhane entregaba oro y diamantes y prometía el ganado y el marfil que tenía escondido. En ese momento, un grupo de soldados echó abajo la puerta y derrumbó parte de la empalizada. Vencí el obstáculo que me quedaba y volví a gritar preguntando por Imani. Con las prisas, me tropecé con el teniente Costa, que era quien secundaba a Mouzinho al mando de aquella operación. Me saludó y me dijo que uno de los soldados que apoyaba a Miranda le había hablado del extraño propósito de mi aparición.

—¿No me cree, mi teniente? Ha sido el mismo António Enes quien ha escrito la orden —y agité la hoja de papel que todavía podían sostener los pocos dedos que me quedaban.

El teniente me empujó hacia una comitiva de soldados y prisioneros que se acababa de formar. Mientras me conducía a empujones, me dio una

explicación. El problema, si es que había un problema, no estaba en quien hubiese escrito el mensaje. El problema radicaba en quién iría a leerlo. Pero eso no sucedería nunca, porque el ufano Mouzinho de Albuquerque, espada en ristre, solo tenía ojos para exhibir su triunfo y restregárselo por la cara a los que dudaban de él.

—Olvídate del mensaje. No se puede detener lo que ya ha terminado. Y ahora ven con nosotros, volvamos juntos —instó el teniente.

Y seguí aquella extraña procesión sin dejar de barrer con la mirada la masa de gente que se aglomeraba a nuestro alrededor. Por suerte, los soldados pidieron un descanso para reponer fuerzas antes de emprender el regreso. Obligado, Mouzinho de Albuquerque accedió. La pausa tendría que ser breve. Temía que, después de una primera estupefacción, los vatuas se reorganizasen y rescatasen a la fuerza al emperador.

Apoyado en dos soldados, surgió entonces el capitán Sanches de Miranda. El improbable éxito de la misión parecía haberlo reanimado. Mouzinho bajó del caballo para abrazar a su desvalido compañero. Y antes de responder a los saludos, con voz frágil, Sanches de Miranda preguntó:

—¿Por qué los hemos tenido que fusilar?

—Si no lo hubiéramos hecho, nos habrían tomado por cobardes —replicó Mouzinho.

Ya nos llamaban «mujeres» y «gallinas», había que marcar con sangre nuestra autoridad. Y Mouzinho volvió a montar en su caballo. Desde la montura vio a sus hombres buscar un lugar seco entre la hierba encharcada de agua. Una sonrisa le iluminó la cara. Haciendo uso de su traductor profesional, ordenó que los guerreros vatuas tiraran sus escudos al suelo. Los escudos servirían de cojines para que los blancos se sentasen. Un rumor de protesta recorrió a los soldados de Gungunhane. Los habían vencido, pero no habían perdido el orgullo. Tirar los escudos sería la última de las humillaciones en su código de honor. Ante aquel conato de desobediencia, Mouzinho levantó la escopeta e hizo dar vueltas al caballo dibujando un amplio y vistoso círculo. De inmediato, los soldados derrotados empezaron a depositar en el suelo sus armas. Y el capitán volvió junto a Sanches de Miranda con una sonrisa casi imperceptible:

—¿Has visto cómo se hace?

## 45. El último río

*Nunca se pudo comprender bien el verdadero sentimiento de los nguni hacia Gungunhane. Sin duda lo reconocían como jefe militar y político, pero le profesaban más miedo que amor. Consta que, cuando finalmente Gungunhane fue capturado por las tropas de Mouzinho de Albuquerque, aquella multitud gritó lo siguiente: Hamba kolwanyana kadiuqueda inkuku zetu, expresado en zulú, que significa: «Vete de aquí, buitre, que diezmas nuestras gallinas».*

RAUL BERNARDO HONWANA, *Memórias*, 2010

Juraría haber visto a Germano entre la multitud. Un blanco entre una muchedumbre de negros es siempre una criatura expuesta. No tanto por el color de la piel como por la falta de maña para formar parte de ella. Corrí para ir a su encuentro, el corazón se me salía del pecho. Quería abrazarlo, quería contarle que estaba embarazada, quería un abrazo que extinguiese la nostalgia. Pero la silueta se eclipsó. Y yo misma me apagué en medio de aquel caos. De nuevo vislumbré a un soldado blanco y grité el nombre de Germano. Pero un atónito Santiago da Mata tropezó conmigo. Tardó unos segundos en reconocermé. Estaba congestionado, con la cara roja, y caminaba doblado sobre sí mismo. Apresuradamente me pidió:

—Vigíame bien esta escopeta mientras me acerco a aquellos matorrales. ¡Ten cuidado! Agarra bien este tesoro, que por aquí hay mucho negro suelto.

Y dejó el arma en mis brazos. Se notaba que tenía urgencia, por los pasos tan pequeños que daba a la máxima velocidad. Y a la vez que se agachaba entre las hojas se iba desabrochando los pantalones. Y allí se quedó entre muecas y gemidos.

Un torbellino de pensamientos desfiló por mi cabeza. Vi pasar a las mujeres del emperador, cuya tarea principal era la de ser invisibles. Y en dirección opuesta marchar a mujeres calzadas que, con paso digno, llevaban libros y cuadernos en las manos. Y otras vestían de enfermeras y caminaban

con los hombros levantados y la mirada segura. La pregunta que me asaltaba en aquel momento era esta, simple y terrible: ¿qué es lo que una mujer negra nunca se ha atrevido a hacer? Y la respuesta que me surgía era obvia: matar a un blanco a punta de escopeta.

Y de repente, como si me hubiese poseído otra alma, levanté el fusil de Santiago por la culata y rodeé con decisión los arbustos donde él se ocultaba. Me encontré al capitán en cuclillas, en esa devota entrega que es la del alivio de un cólico intestinal. Apoyé el cañón del arma en su arrugada frente y disparé. Y vi al hombre caer con la misma expresión de Francelino al morir, con los mismos ojos llenos de asombro de los recién nacidos. El militar sangraba y se debatía con tal fuerza que, sin dudarlo, descargué en él un segundo tiro. Esa otra alma que me invadía se sirvió de mi boca para proclamar:

—Tiene razón, Santiago da Mata, por aquí hay mucho negro suelto.

Por un momento, una nueva sensación se apoderó de mí: era la dueña del mundo, vengadora de los ultrajados, reina de los negros y de los blancos. Era compañera de Bibliana en la divina obra de reparar el mundo.

Después, de vuelta en mí, miré alrededor, recelosa de que los disparos hubiesen atraído la curiosidad ajena. Pero en medio de tanto bullicio nadie se había percatado de lo que acababa de ocurrir. Así que, empuñando el arma, me fui abriendo paso entre la multitud enloquecida. Por delante de mí pasó el séquito de los prisioneros vanguni flanqueado por los soldados portugueses. Siete esposas del rey encabezaban el desfile. Más atrás iban Godido y Mulungo, respectivamente hijo y tío de Ngungunyane.

Escondí el arma por debajo de una de las *capulanas* que me cubrían. La mano izquierda, oculta entre las telas, rozaba nerviosamente el cañón de la escopeta. Esperaba que apareciese el rey de Gaza para que yo pudiera cumplir la última de las venganzas prometidas. Por mi lado pasó un grupo de oficiales portugueses. Entonces desfiló Mouzinho de Albuquerque. Parecía un dios encima de su caballo blanco. Cuando cruzó la mirada conmigo, Mouzinho inclinó la cabeza sutilmente. De su semblante se desprendió lo que al principio me pareció una mariposa traslúcida. Y cayó una especie de ala de luz, un pedazo de sol desgarrado. Di un paso al frente y abrí la mano derecha ahuecándola. En cuanto recogí el objeto, me di cuenta de que era un cristal pequeño y redondo. Devolví a Mouzinho aquel objeto transparente y me lo agradeció.



—No tenía que haber venido al campo con un monóculo —le dije. Y en su sonrisa se adivinaba una profunda tristeza.

De pronto, alguien gritó con una voz familiar:

—¡Es ella! —y el clamor se repitió.

Era Impibekezane, que me señalaba vociferando y hacía parar al caballo del capitán.

—Es ella, la mujer de la que le he hablado hace poco —dijo azorada. Y añadió, con un hondo suspiro, como si fuesen sus dos últimas palabras—: Esta es la última esposa de mi hijo.

—Llevala junto a las demás mujeres —ordenó lacónico Mouzinho mientras me señalaba.

—Ya tenemos siete, mi capitán —protestó tímidamente el teniente Couto.

—Pues que sean ocho.

Comprendí que no había tiempo que perder, porque en aquel preciso instante, por detrás de Impibekezane, surgía la antipática figura del emperador. Con sumo cuidado, hice ascender la escopeta por el cuerpo, colocándola en posición de descarga. Y entonces el arma se me empezó a escapar de los brazos. Alguien me quitaba el fusil, sin crear alboroto pero con firmeza. Y era Germano, ¡mi Germano! A mi lado, pegado a mí, mi sargento me forzaba a que le cediese la escopeta. Susurró:

—¿Qué locura es esta? ¿Quieres que te maten? —y después me preguntó, incrédulo—: ¿Y Santiago?, ¿fuiste tú?

Nuestras manos se rozaron en secreto, mis dedos escalaban los dedos que le quedaban. Y mi vida entera emigró hacia aquel gesto. Fueron escasos segundos, pero duraron toda la eternidad hasta que un soldado me arrastró a la fuerza. Mouzinho tenía prisa por salir del lugar, por allí había mucha gente armada y nadie confiaba en la facilidad con la que toda aquella operación había transcurrido.

La comitiva apresuró el paso y el soldado que me conducía cogió una cuerda para empezar a atarme los brazos. Germano, que se había quedado lejos, no entendía lo que pasaba. Cuando vio que me amarraban, creyó que me culpaban de la muerte de Santiago. Entonces levantó la escopeta y empezó a gritar:

—Esa mujer es inocente. ¡Yo maté a Santiago! ¡Yo lo maté!

Y lo último que vi fue a dos soldados prendiendo a Germano de Melo. Y oí su inconfundible voz que imploraba:

—Cuidado con mis manos, no me aten las muñecas.

Me disponía a ayudar a mi amado cuando los brazos de la reina me estrecharon en lo que parecía ser un abrazo de despedida. Y así, enlazada, me susurró:

—Déjalo, ahora eres la esposa de mi hijo.

Dejé de ver al sargento, dejé de oírlo. Se lo tragó el desorden del cortejo. Y yo, con las manos atadas y más sujeta aún por el abrazo de Impibekezane, suspiré, resignada. Solo entonces la reina madre aflojó su apretón de brazos:

—Para ser esposa del rey, vas demasiado desnuda —dijo la reina.

Y me puso en el cuello un collar de cuentas del que pendía una vistosa azagaya de cobre. Me dijo que aquel amuleto me protegería tanto como ella esperaba que yo protegiese a su hijo.

Y la reina madre dio media vuelta e inició el regreso a su aldea. O, mejor dicho, a las cenizas de lo que había sido su aldea. Bibliana había vaticinado que Impibekezane sería asesinada por su propio ejército, pero la anciana señora ya parecía desprovista de vida cuando, en silencio, se despidió del hijo y del nieto.

Y caminé como si fuese la única en aquel extenso cortejo. Nos dirigimos al sur atravesando la llanura de Languene. Caminamos dos días bajo una intensa lluvia hasta que desembocamos en Zimakaze, a orillas del gran río que los portugueses llaman Limpopo y al que la gente local conoce como «el río embarazado». Y Mouzinho ordenó que me liberasen de las cuerdas. Hubiera preferido las amarras clavándoseme en la carne a las miradas de perfidia que me dedicaron las siete reinas. Después, sumergí el cuerpo en el río. Y entonces me di cuenta de que ambas orillas se habían llenado de gente.

Al puerto donde nos detuvimos acababa de llegar una columna de soldados portugueses procedente de Chicomo. Y llevaban consigo a Zixaxa y a dos mujeres que iban con él prisioneras. A ellas se habían unido por el camino otras ocho esposas. Me impresionó, lo confieso, la serena dignidad de Zixaxa. Sentado en el embarcadero, con las manos atadas a la espalda, contemplaba la otra orilla del río como si fuese el único habitante del mundo. Al otro lado quedaban sus dominios, adonde sospechaba que nunca más regresaría. Ese porte aristocrático incomodó al rey de Gaza, que fingió ignorar a aquel que durante meses había protegido. Y debió de molestar también a Mouzinho de Albuquerque, pues este mandó interrumpir la ceremonia de distribución del botín entre los jefes locales que lo habían ayudado en el asalto a Txaimiti. El

portugués interpeló en estos términos al prisionero:

—Elige tres.

Los dos hombres sabían de lo que hablaban. Con una simple señal de la cara, Zixaxa designó a las mujeres que lo acompañarían. Las esposas restantes las donó Mouzinho a los jefes aliados de los portugueses.

En ese instante empezó el embarque de un navío de tres mástiles que los lusitanos llamaban corbeta *Capello*. E inmediatamente se propagó el pánico entre el rey de Gaza y su corte. Sabían que el río era un camino para llegar al mar. Aquel viaje era por tanto la más mortífera de las transgresiones. El océano era, para aquella gente, un lugar prohibido, sin nombre ni destino. Embarcaron llorando como condenados a muerte.

En cubierta, tan a gusto ya como si el barco fuese su tierra natal, los soldados portugueses alzaron las espadas y prorrumpieron en vivas a su rey. Desde la orilla del río, las inmensas filas de guerreros levantaron las azagayas y respondieron al unísono:

—*Bayeté!*

Y no se sabía a qué rey aclamaban.

Mouzinho contempló a Ngungunyane abatido en un rincón. Y pidió que los motores del barco no se pusiesen aún en marcha. Avanzó hacia la proa y allí se exhibió como si posase a lomos de su caballo. Los miles de guerreros, impresionados, entonaron un vibrante himno militar. Al final de las alabanzas, dirigieron una tromba de insultos al rey de Gaza, el mismo rey al que durante años habían idolatrado. Mouzinho de Albuquerque daba lustre a su victoria y dejaba claro a todas aquellas tropas que el reino de Gaza había tocado a su fin.

El barco continuó río abajo, los marineros atentos a los bajíos que podrían frenar un viaje que se pretendía rápido y sin interrupciones. Mouzinho vino a sentarse a mi lado y, tras una pausa, me preguntó si hablaba portugués.

—Estoy aprendiendo —respondí.

Sonrió, como si aquella confesión fuese una señal más de la sumisión de mi raza. Se acercó a nosotros el comandante del navío, que hizo un saludo militar y acto seguido le tendió una carta al portugués. Después anunció:

—Este telegrama llegó hace tres días y lo envió el Gobierno General de Lourenço Marques.

Mouzinho de Albuquerque me sonrió mientras se sacaba del bolsillo el monóculo.

—Vamos a ver si me salvaste la vista para una buena o para una mala noticia.

Leyó en voz baja, negó con la cabeza y suspiró: ni siquiera era una noticia. Y devolvió el telegrama al comandante del barco ordenándole que convocase a los oficiales para que se reunieran allí mismo. Cuando todos estuvieron presentes, Albuquerque anunció que iba a leer un mensaje procedente de Lourenço Marques. Todos pensaron que se trataría de las felicitaciones por el éxito de Txaimiti.

—¿Ya ha habido reacciones? —preguntó uno, impaciente.

La lectura acompasada de Mouzinho supuso una sorpresa:

Señor capitán Mouzinho de Albuquerque:

No siendo conveniente someter a nuestras tropas a las catastróficas contingencias de una derrota que anularía los efectos morales y políticos de las victorias hasta ahora alcanzadas, Vuestra Excelencia debe abstenerse inmediatamente de toda intervención sobre el *kraal* del rey de Gaza.

Firmado: el gobernador general interino de Mozambique, consejero Correia Lança.

Tras unos breves segundos de silencio, los oficiales rompieron a reír de manera colectiva, y fue tal la exultación que hasta el mismo Ngungunyane, sin entender qué pasaba, esbozó una sonrisa de simpatía.

Me aparté de aquella gente y de aquella alegría a la que no pertenecía y me senté junto a la borda. Hubiera sido natural que la gran duda de lo que me iba a suceder me desgarrase el alma, pero yo, en aquel momento, solo estaba hecha de pasado. Dejé que la corriente del río me inundase los ojos. Y recordé a mis parientes, vivos y muertos, rememoré los lugares en que viví, las personas que amé. Y más que de nadie me acordé de Germano de Melo. Y pensé: aunque no lo vea nunca más, ese hombre está ahora vivo dentro de mí. Y me acaricié la barriga como si tocase a quien ya dentro habitaba. Al acariciar a ese hijo venidero, arrullaba a la madre que había perdido. Mis manos cosían las líneas del tiempo.

En aquel barco viajaba no solo gente diversa, sino mundos en colisión. Las mujeres de Ngungunyane dividían sus miradas sombrías entre las esposas de Zixaxa y yo.

Los dos monarcas no se encararon nunca. Eran dos figuras absolutamente

distintas, Zixaxa y Ngungunyane. El primero iba sentado en una jarcia de la embarcación, con el tronco yerto como si aquel asiento improvisado fuese un trono. Enrollado en una manta y encogido sobre sí mismo, el rey de Gaza era el retrato de la decadencia. En un momento determinado, Zixaxa señaló las nubes y le dijo a Ngungunyane:

—No mires el agua, que te marearás. Mira al cielo, Umundungazi.

El rey hizo como si no lo hubiera oído, pero Zixaxa insistió para que el otro contemplase el firmamento, girando la mano sobre su cabeza. Y apenas noté un asomo de venganza en su sonrisa cuando declaró:

—¡Y verás cuántas golondrinas atraviesan todavía los cielos!

\*

Las golondrinas ayudaban a Zixaxa a humillar a quien lo acababa de traicionar. Y como yo no tenía cuentas que ajustar con el mundo, me dejé llevar, vacía, recibiendo las salpicaduras de las olas que rompían contra la proa. El río era en ese momento más ancho y más revuelto. Aquí y allá flotaban islotes hechos de sargazos y sobre ellos se encaramaban elegantes y acrobáticas garzas. Quizá yo era una de aquellas aves blancas, quizá nuestro barco era un sargazo que me conducía a un destino desconocido. La embarcación pasaba al ras de aquellas zancudas que permanecían imperturbables, ocupadas en mantener el equilibrio encima de sus inestables remansos.

De pronto, uno de los soldados portugueses sacó la cabeza fuera del barco y, de un golpe de espada, decapitó a la garza más próxima. La cabeza y el cuello del ave rodaron por los aires y cayeron en la cubierta, retorciéndose ante nosotros como una serpiente agonizante. Un chorro de sangre me salpicó el pecho. Me limpié enseguida con la punta de la *capulana*. Y Zixaxa me llamó la atención:

—Te queda un hilo de sangre pendiendo de la azagaya.

Tardé en entender que se refería al amuleto que llevaba colgando en el collar. Aquella gota cayó durante un rato en mi regazo. Y era como si yo sangrase. Después, una ola saltó sobre la cubierta y me mojó de la cabeza a los pies. Era el río el que me lavaba. Un marinero me lanzó un paño para que me secara. Me enjuagué despacio, como si mi cuerpo fuese tan vasto como la tierra que dejaba atrás. Con todo, dejé que mi vientre siguiese empapado.

Dentro de mí nacía un río. Fuera de mí fluía el último de los ríos. Las dos aguas, sin tocarse, se despedían.

Todo empieza siempre con un adiós.

---

**Libro tercero**  
**El bebedor de horizontes**

*¿Yo? Bebo el horizonte...*

CECÍLIA MEIRELES, *Mar absoluto*

*En tiempos de terror elegimos  
monstruos para protegernos.*

EXTRACTO DE UNA CARTA DE ÁLVARO ANDREA



## 1. La mujer que llamaba a los ríos

*El ciego fue el único que se salvó del incendio.*

*Porque fue el único que no vio el miedo.*

ZIXAXA

—Pregúntale a ese blanco si quiere que llame al río.

Son las palabras de la reina Dabondi. No me atrevo a traducírselas al capitán Mouzinho de Albuquerque. No atendería a tan extraña interpelación, tan ocupado como está en comandar a sus hombres, que chapotean en un bajío del río Limpopo. El barco en el que viajamos ha encallado en un banco de arena y hace horas que los soldados portugueses intentan liberar la embarcación. Los más osados tienen el cuerpo medio sumergido y empujan los costados del barco. Pocas veces se había visto semejante escenario: blancos extenuados bajo el sol ardiente mientras los negros aguardan sentados en una agradable sombra. Mouzinho ordena a los soldados que regresen a cubierta: las aguas están infestadas de cocodrilos.

No es el retraso lo que más incomoda a Mouzinho. Desde que salimos de Zimakaze, el viaje ha transcurrido rápido y sin paradas. Lo que teme el capitán son los peligros del bosque que nos rodea, donde, sin que se vea un alma, se oyen voces y se mueven sombras furtivas. Pronto habrá una emboscada para rescatar a los prisioneros que viajan en su barco.

La reina Dabondi es una de esas prisioneras. El paraje la pone más tensa que al capitán, y súbitamente levanta los brazos para ordenar que todo el mundo se calle. Un escalofrío recorre a toda la tripulación: como si brotara directamente del suelo, una multitud de hombres, mujeres y niños aparece en la orilla. Mouzinho de Albuquerque ordena a sus soldados que preparen las armas. Un silencio frío se instala y hasta el río se calla.

—¿Puedo invocar a las aguas? —vuelve a preguntar Dabondi. Después se dirige a mí—: ¿Le has dicho a ese blanco que hablo la lengua de los ríos?

Una palabra suya y el río Limpopo, como un cachorro dócil, acudiría a comer de su mano. Mouzinho exclama entre dientes:

—¡Que se calle esa mujer!

La tensión es insoportable. De repente, la reina Dabondi salta del barco y echa a andar hacia la multitud silenciosa, que ha ido aumentando en la orilla.

Todas las miradas se centran en la reina, que atraviesa las aguas poco profundas del río. Los pies de Dabondi no tocan ni agua ni tierra. En realidad, la reina no camina. Ejecuta una danza. El balanceo de sus caderas hace sonar las arandelas de cobre que rodean sus tobillos.

Cuando la reina llega a la orilla empieza a hablar animadamente con las criaturas que la circundan. No podemos oír nada, pero sí vemos que nos señala con insistencia. De pronto, aquella turba de gente se precipita enloquecida sobre el barco. Los portugueses, aterrorizados, todavía mantienen las armas en ristre. Pero ya no hay tiempo. Cientos de hombres y mujeres vencen el vado del río y se abalanzan con hombros, piernas y brazos contra el casco de la nave. La embarcación se balancea con violencia, los tripulantes gritan, los caballos empiezan a dar coces.

En un santiamén, el barco vuelve a flotar. Y entonces, cuando se confirma que se habían agrupado allí con una intención pacífica, todos, negros y blancos, gritan de entusiasmo. Ayudan a Dabondi a regresar a cubierta. La reina está sin aliento, pero contenta. Le pregunto por qué ha ayudado a sus carceleros.

—Alguien me espera al final de este viaje —responde.

\*

Hace dos días sucedió algo impensable: en Chaimite, el capitán Mouzinho de Albuquerque capturó al emperador Ngungunyane y lo llevó amarrado hasta el muelle de Zimakaze. Junto al prisionero real iban siete de sus esposas, las que él mismo eligió para que lo acompañaran. Esa elección ha sido su último acto de soberanía. En la comitiva también iba yo, Imani Nsambe, a quien los portugueses han escogido como traductora. Una vez en Zimakaze, el jefe de los mfumos, llamado Nwamatibjane Zixaxa, se unió a los prisioneros. Con este rebelde han venido tres de sus esposas.

De Chaimite a Zimakaze se fue repitiendo el mismo asombro: los habitantes de Gaza contemplaban, incrédulos, cómo el emperador Ngungunyane era arrastrado y se deshacía en lágrimas. Los militares portugueses eran tan pocos que el desconcierto de quienes presenciaban el

insólito desfile aumentaba todavía más.

No era solo un emperador vencido lo que los portugueses exhibían. Era África entera la que por allí desfilaba, descalza, rendida y humillada. Portugal necesitaba aquella puesta en escena para desalentar nuevas revueltas entre los africanos. Necesitaba todavía más impresionar a las potencias europeas que competían con ella por el reparto del continente.

\*

Orgullosa pero con recelo, el capitán Mouzinho de Albuquerque contemplaba el gentío que se agolpaba en los caminos. Y siempre pasaba lo mismo: aquella masa de gente empezaba a gritar, como en una fiesta.

—*Bayeté!*—vociferaban al unísono.

El capitán me pidió que le tradujese aquel clamor. Y sonrió, vanidoso, cuando le susurré que la muchedumbre lo aclamaba a él, capitán de los blancos. Y lo saludaban con un fervor que, según el propio Mouzinho, sus más fieles compatriotas no podrían igualar. El capitán Albuquerque nunca se hubiera imaginado que más africanos que portugueses lo vitorearían como a un libertador. Eso es lo que, presuntuosamente, me confesó. Y añadió:

—¡Vete a saber si los negros me erigen aquí una estatua antes que mis compatriotas allá en Lisboa!

\*

Desde que hemos retomado el viaje, la reina Dabondi permanece a mi lado. Fue ella la que, de camino a Zimakaze, me limpió la sangre de la garza que un soldado degolló.

—Estás embarazada—me dijo mientras me lavaba—. La sangre no puede tocarte.

Ahora, la reina mira al cielo y contempla el desorden de las nubes. Me sacude el brazo y me avisa de que se avecina tormenta. Juntas nos dirigimos al comandante del barco, un oficial con un uniforme azul oscuro. Se llama Álvaro Soares Andrea. Ese hombre alto y fuerte clava en mí unos ojos indefinidos. Es navegante, pero su mirada parece la de un náufrago.

Sin embargo, no llegamos a abordarlo porque Godido, el hijo de Ngungunyane, se acerca a nosotras y ordena que la reina regrese al lugar que

le compete, que es junto al rey. Dabondi finge no oírlo. Godido insiste, esta vez más firme:

—¡Vuelva junto a su marido, mi reina!

—¿Reina? —protesta Dabondi—. ¿Qué reina soy yo que cocino con las ollas de mi suegra? —y con el dedo en ristre avanza hasta el pecho de Godido—: No me vuelvas a llamar así. Soy una viuda. Eso es lo que soy.

El príncipe Godido regresa con los prisioneros. No sabe cómo explicar el fracaso de su misión.

—¿Qué le sucede? —pregunto a Dabondi—. ¿Por qué desobedece al *nkossi*?

—No soy ninguna reina. Soy una *nyamussoro*. Escucho a los muertos y hablo con los ríos.

El barco reduce la velocidad. Estamos a punto de llegar al puesto de Languene, el último reducto militar portugués en el estuario del río Limpopo. Mouzinho de Albuquerque saluda a los marineros que nos esperan en la orilla. En cuanto terminamos de atracar, transmito a Mouzinho la preocupación de Dabondi: una tormenta se está formando más allá del estuario del Limpopo. No se trata de vientos procedentes del cielo, le explico. Es una tormenta producida por encargo.

—¡Dios mío! ¡Qué atrasada está esta gente! —comenta el militar llevándose las manos a la cabeza—. Y las negras son peores que los negros.

No se da cuenta del daño que me hace. El portugués en el que me expreso, sin pliegues ni fisuras, hace que Mouzinho deje de ver mi raza. Me mantengo en silencio. Me callo en la misma lengua del hombre que me humilla.

\*

Por fin desembarcamos en el pequeño puesto militar de Languene. Haremos una breve pausa para subir a bordo armas y heridos. Conducen a los prisioneros africanos a una sombra y les ofrecen galletas y un vaso de vino. Y allí se quedan, aturdidos por el cansancio. La reina Dabondi vuelve a destacarse del grupo y viene a sentarse a mi lado. En el fondo del vaso ha guardado un poco de bebida. Deja caer unas gotas sobre la arena caliente. Así se aplaca la sed de los difuntos desde que nació el mundo.

—¿Sabes cómo aprendí a hablar con los ríos? —me pregunta.

Fue en la adolescencia, me dice. Sucedió antes de que el rey la tomara

como esposa. Todas las mañanas veía a una araña entrar y salir de un agujero del patio de su casa. En las patas, el animal transportaba gotas de rocío al fondo de la tierra. Trabajaba como un minero pero al revés: extrayendo del cielo para acumular en el subsuelo. Aquella ocupación se prolongó durante tanto tiempo que en el fondo del hoyo fue naciendo un extenso lago subterráneo.

La reina quiso ayudar a la araña en sus húmedas excavaciones. Una madrugada sin rocío puso una copa de agua en la entrada del agujero. Pero la araña rehusó su gentileza sonriendo: «Lo que hago no es un trabajo, es solo una conversación». Y añadió: «Reconozco cuánto sufres, pues se necesita mucha soledad para fijarse en criaturas tan pequeñas como yo». Y como agradecimiento, el animal le enseñó el idioma del agua.

—Ahora hablo con los ríos, pequeños y grandes —concluye Dabondi—. A cada uno lo llamo por su nombre, que solo yo sé.

Muzamussi, la mayor de las esposas, nos interrumpe. Sin ceremonias, tira de Dabondi por las muñecas y la arrastra hasta los prisioneros. Después anuncia a voz en grito que Ngungunyane solicita mi presencia. Me presento sin demora.

Me arrodillo ante el soberano dando palmas, como manda la tradición. El rey pretende saber qué conversaciones he mantenido con Dabondi. No me da tiempo a darle explicaciones.

—No puedo oírte —me dice el rey.

Elevo el tono de voz y él niega con la cabeza. El problema no es el tono de voz. No me oye por culpa de mi calzado.

—Esos zapatos que llevas hablan muy alto —dice Ngungunyane—. De ahora en adelante solo te acercarás a mí descalza.

Que me quede claro: el suelo que pisa el emperador se vuelve sagrado. Mis zapatos ofenden esa condición divina. Las reinas lo escuchan y se ríen a carcajadas. Su risa hace que mis zapatos dejen de existir.

\*

No solo entre nosotros, los africanos, hay discordias. No hay día en que los jefes militares portugueses no intercambien acusaciones. Y todos, europeos y africanos, me buscan para lamentarse. No sé por qué confían en mí. Más que una traductora soy un puente. Tal vez sea la araña que vivía en el patio de

Dabondi. En mis patas transporto palabras y con ellas tejo una tela que une razas diferentes.

Por el camino, Mouzinho de Albuquerque ya me había abordado de manera casual. Esta vez se sienta a mi lado y permanece inmóvil, sin quitar la vista de encima de Álvaro Andrea.

—Ese individuo me odia —afirma Mouzinho—. Puedo asegurártelo, no hay ningún negro que me desprecie tanto.

La lentitud con que el capitán posa el sombrero en sus rodillas denuncia su propósito de conversar.

—Sé quién eres —empieza diciendo—. Y tú sabes lo que queremos de ti. Traducir será solo la parte visible de tu trabajo —y hace una pausa mientras se atusa el bigote—. El reinado de Gaza ha durado demasiado —dice—. ¿Y sabes por qué? —pregunta. Y él mismo responde—: El tal Gungunhane lo sabía todo sobre nosotros y nosotros no sabíamos nada de él.

Esos negros maniatados ahí sentados no son simples prisioneros. Es lo que me dice Mouzinho. Son dueños de secretos valiosos, y esas son las confidencias que deberé entregar al ejército portugués. Ese es el verdadero motivo de mi presencia en aquel viaje. Carraspeo, recelosa:

—Comprendo, mi capitán.

Mouzinho lía un cigarrillo, pero no lo enciende. Lo deja colgando entre los labios. Lo miro de soslayo. Es un hombre guapo. Bianca tenía razones para soñar.

—Ahora, si me lo permite —le pido en un murmullo—, regreso junto a mi gente...

—Prefiero —dice Mouzinho— que te quedes entre los blancos. Es entre nosotros donde anidan las traiciones más graves.

## 2. Una nota arrugada

*La actividad de los portugueses en las Tierras de la Corona, en el sur de Mozambique, se resume en esto: en octubre y noviembre de cada año recorren las poblaciones de choza en choza, cobran impuestos, azotan a latigazos a algún que otro negro poco reverente, se llevan el producto del cobro al cuartel de Anguane, reciben su porcentaje y se marchan de nuevo a dormir otros once meses.*

EDUARDO NORONHA, *A rebelião dos indígenas de Lourenço Marques*, 1894

Chaimite, 28 de diciembre de 1896

Mi querida Imani:

No veas en esto una carta, sino una simple nota garabateada aprisa. Muy pronto me llevarán a Inhambane. Quiero, más que nada, darte una buena nueva: ¡estoy libre! Ya no pesan sobre mí las sospechas de la autoría de la muerte de Santiago da Mata. Para probar tu inocencia, me declaré culpable. Era más creíble que yo fuese el autor del disparo.

Mi sacrificio no ha tenido mayores costes, pues enseguida apareció otra versión de los hechos que hablaba de suicidio. Llegué a pensar que eran mis compañeros republicanos los que intentaban salvarme, pero no. Quien defendió la tesis del suicidio fue el mismo Mouzinho de Albuquerque. ¿Y quién dudaría de la palabra del gran héroe? Estoy en deuda por ese favor con mi fiel enemigo.

¡Mouzinho, Mouzinho, Mouzinho! ¿Cuándo dejará el tal Mouzinho de mortificarme tanto? A veces me arrepiento de mi rencor: ¡qué fácil es odiar el éxito de los demás! Así y todo, cada vez desconfío más de esta creciente euforia por Mouzinho. ¿Cómo a alguien tan fascinado por la muerte puede preocuparle tanto la inmortalidad?

Lo más importante, querida Imani, es que dentro de unas horas estaré en el Hospital Militar de Inhambane. Voy a valerme de mis manos huérfanas para quedar exento del servicio militar. Tengo la esperanza, o mejor dicho la certeza, de que me harán volver a Portugal. Mi anhelo, en cambio, no es regresar. Lo que realmente deseo es reencontrarte. Si todo va bien, aún podremos vernos en Lourenço Marques.

Entrego esta nota a Álvaro Andrea, el comandante del barco militar en el que embarcarás en Zimakaze. Es un viejo amigo que comulga con los ideales republicanos. Por la misma vía te haré llegar, más tarde, una carta de verdad, una carta decente en tamaño e indecente entre líneas.

Tuyo, Germano



### 3. El fango y la nieve

*¡Hombres que erguisteis patrones, que disteis nombres a cabos!  
¡Hombres que negociasteis por primera vez con negros!  
¡Que primero vendisteis esclavos de nuevas tierras!  
¡Que disteis el primer espasmo europeo a las negras atónitas!  
¡Que trajisteis oro, cuentas, maderas perfumadas, flechas,  
de laderas exuberantes de verde vegetación!  
¡Hombres que saqueasteis tranquilas poblaciones africanas,  
que hicisteis huir con el ruido de los cañones a aquellas razas,  
que matasteis, robasteis, torturasteis, ganasteis  
los premios de novedad de quien, cabizbajo,  
arremete contra el misterio de nuevos mares!*

FERNANDO PESSOA, «Oda marítima»

No se maldice el lugar al que se acaba de llegar. Así me educaron. Mouzinho de Albuquerque no sigue ese principio. Desde que hemos llegado no ha hecho otra cosa sino maldecir el puesto de Languene.

—¡Voy a mandar incendiar esta miseria! —refunfuña—. ¡Esto no es un acuartelamiento, es una guarida! Esta gente tiene tanto miedo a morir que hace de todo menos luchar.

Vocifera contra lo que llama un «hatajo de politiqueros». Y alerta sobre una conspiración de «intrigantes». Utiliza esos términos con la misma rabia con la que Ngungunyane llama «mujeres» a sus enemigos.

—Imani... Así es como te llamas, ¿no? Mi duda puede parecerle extraña, pero necesito preguntarte: ¿sientes que perteneces a un país, a una nación?

Habla solo. Y responde por mí. Está seguro de que carezco del sentimiento de pertenencia. A pesar de mi apariencia, sigo siendo una indígena, leal a la familia, fiel a la raza. Y me recuerda la maldición que recae sobre los hermanos gemelos. Cuando estamos ante uno de esos hermanos, pensamos que reconocemos al otro, pero en realidad acabamos por no reconocer a

ninguno de los dos. Es así como nos ve a mí y a los demás africanos: todos gemelos. La próxima vez que hablásemos tendría que recordarle mi nombre.

\*

La rabia que siente Mouzinho de Albuquerque por el puesto de Languene tiene su explicación. El capitán estuvo en este mismo puesto dos semanas atrás, de camino al asalto de la corte de Ngungunyane. Su intención era obtener refuerzos entre los marineros que servían en la corbeta *Capello*. Llegó aquí el día de Navidad y comprobó, con una mezcla de pasmo y conmiseración, que el comandante de la corbeta, Álvaro Andrea, había convertido el acuartelamiento en un lugar de celebración cristiana. Habían utilizado chapas de zinc como tableros de mesa y troncos como asientos. Las cartucheras vacías y las cintas de las ametralladoras adornaban un árbol en el centro del recinto.

Aquella fantasía navideña se mostraba patética ante los ojos del capitán de caballería. Y revelaba no una particular devoción cristiana sino una peligrosa fragilidad. Si los jefes militares se conducían por el camino de la escenificación, los soldados no tardarían en pedir fantasías mayores. Para maquillar aquella simulación de la Navidad, lo único que les faltaba era el frío, la nieve y los olores de su tierra. En cambio, abundaban los mosquitos, las fiebres y el olor fétido de la ciénaga. Se sobaban a sí mismos como secos bultos con más uniforme que cuerpo. En un momento dado, uno de esos bultos se arrodilló a los pies del capitán Mouzinho. Era un joven soldado raso con aire alelado que a duras penas logró balbucir:

—Mi capitán, el cuartel está tan bonito que parece el atrio de la iglesia de mi pueblo. Y por allí abajo pasa el Tajo. Le pido que me autorice a bañarme en esas aguas, que son las de mi niñez.

Mouzinho le dedicó una mirada vacía. Le preguntó la edad. Dieciocho años, respondió el muchacho meneando la cabeza. Aunque no estaba seguro. Pediría confirmación a sus padres que, según él, vivían en una aldea a orillas del Tajo muy cerca del puesto de Languene.

—Puedo llamarlos, si el capitán así lo desea —fue lo que dijo el joven soldado.

Mouzinho reaccionó como si el muchacho no hubiese dicho nada. Convocó a Álvaro Andrea y le pidió la espada. Con ambas manos la clavó en

tierra, casi a ras del cuerpo del aturdido soldado. La hoja se hundió como si no hubiese suelo.

—¿Acaso te parece nieve este fango pestilente? —inquirió Mouzinho.

—Sí, señor. Es nieve, nieve negra. Antes era blanca, pero ha vuelto así de África.

El soldado metió las manos en la ciénaga y los dedos se los tragó el lodo. En ese instante, a Mouzinho de Albuquerque le pareció que el joven militar representaba su propio entierro.

—No se inquiete por la espada —dijo Mouzinho a Álvaro Andrea—. Haré que la limpien y que el teniente Miranda se la entregue en el barco.

Alrededor del campamento se apiñaban los sirvientes negros con sus hogueras, sus cantos y sus danzas. A Mouzinho se le pasó por la cabeza mandarlos callar, pero no llegó a hacerlo. A sus pies yacían los heridos, en camillas hechas con *capulanas*. Ver la vida desvanecerse entre telas tan llamativas resultaba extraño. Las canciones solapaban los gemidos y las plegarias de los soldados agonizantes. Las voces de los negros cumplían lo que el árbol engalanado no había conseguido: atenuar ese absurdo que era celebrar la Navidad en medio del infierno.

Y Mouzinho pidió a Álvaro Andrea que se dirigiese a sus hombres y les diese la bendición. No había más que dos botellas de vino quinado, pero fueron suficientes para el brindis improvisado. Álvaro Andrea levantó la copa sin saber qué decir, mortificado por la avidez infantil de los ojos que se clavaban en él.

Mouzinho mandó a los soldados que se apartasen, tomó asiento en una caja de municiones y se dirigió al comandante Andrea:

—Estoy sentado encima de un cajón de balas, pero me falta quien las dispare. Escójame a unos veinte hombres, de los más saludables y temerarios.

El comandante Andrea miró al cielo en busca de las palabras que mejor le sirviesen:

—Permítame la osadía, pero considero que su operación...

No llegó a terminar la frase. La reacción de Mouzinho fue rápida y seca:

—Le he pedido soldados, no le he pedido consejos...

La disputa fue creciendo y los soldados se maravillaban ante el desfile descontrolado de imprecaciones e insultos. Álvaro Andrea fue perentorio:

—Si quiere morir solo, hágalo. Pero de mis hombres no se lleva ni uno.

—Ya entiendo —respondió Mouzinho—, usted es de los que abogan por la

paz porque tienen miedo de la guerra. Y está aquí recluido porque esa es su manera de huir. Esa es la verdad: solo necesita a estos soldados para protegerse de su cobardía.

—Sepa usted, capitán Mouzinho —argumentó el otro—, que la nación le pedirá cuentas por su temeraria persecución de Gungunhane. Se conduce a ciegas y sin apoyo. Por eso le digo y le repito: no cuente con ninguno de mis hombres.

En silencio, todos los marineros de la corbeta *Capello* aplaudieron la actitud ponderada de su comandante. Álvaro Andrea los salvaba de una muerte segura. Y se sirvieron los restos del vino para dar las gracias al juicioso hombre que los comandaba. Los negros recogieron los vasos desperdigados por las mesas y vertieron en la arena las gotas que quedaban.

—¿Quiere conmemorar el espíritu navideño? —preguntó Mouzinho a Andrea—. Pues mande matar unos cabritos y distribuya la carne entre los criados indígenas...

\*

Todo eso había pasado días antes en aquel mismo lugar. Al final del relato, Mouzinho vuelve a cubrirse la cabeza y el ala del sombrero le ensombrece las palabras.

—¿Entiendes ahora por qué desconfío de ese tal Andrea? —me pregunta.

Y se pega más a mí como si, al acercarse, nos volviésemos más cómplices. Álvaro Andrea, empieza diciendo Mouzinho, apostó a que lo matarían en Chaimite. Pero allí estaba él, vivo y victorioso. Mouzinho de Albuquerque era una espina clavada en su orgullo. ¿Cómo entregar en manos de aquel traidor el trofeo máspreciado de todas las guerras coloniales portuguesas?

A nuestro lado pasan unos soldados que se dirigen al río a lavar los platos. Mouzinho sacude la cabeza y se lamenta:

—Hace pocos días estos hombres celebraban la prudencia de su comandante. Hoy, todos lo maldicen.

Lo que antes había sido ponderación era ahora cobardía. Por culpa de Álvaro Andrea, aquellos jóvenes habían sido excluidos del panteón de los héroes.

Se acerca a nosotros un soldado blanco con aire alelado. El capitán anuncia al visitante:

—Mira quién está aquí, el único soldado portugués que está en África sin haber salido nunca de su aldea a orillas del Tajo. He aquí alguien que ha visto nieve en el infierno.

El joven soldado se pone de puntillas, el cuerpo todo espigado en una grotesca posición de firmes.

—Aquí el recluta 222 de la tercera compañía del regimiento de infantería.

De repente dejo de verlo. El joven portugués que hay delante de mí se convierte en mi hermano Mwanatu. La misma caricatura de soldado, el mismo uniforme desmañado. Y la misma enajenación de la realidad: Mwanatu Nsambe creyendo ser blanco de nacimiento y este portugués tomando por nieve la tórrida arena de los trópicos. Me apetece abrazar al soldado. Me contengo cuando me mira a la cara, distante y curioso a la vez:

—¿Eres tú la negra que habla portugués? ¿Es verdad que hablas mejor que la mayoría de los blancos?

Mi respuesta es una sonrisa. Espero que me corresponda. El muchacho, sin embargo, da un taconazo y se retira movido por una extraña urgencia. Mouzinho observa al soldado 222 alejarse y comenta:

—Es un ángel estúpido que se ha dado de bruces contra el suelo. Con todo, no deja de ser uno de esos ángeles cuya única función es recordarnos que vivimos en un infierno.

\*

Los soldados son como los cazadores: sus historias tienen poco que ver con la realidad. Pero eso a nadie le importa. La verdad es que solo los muertos saben exactamente qué es la realidad.

João da Purificação, el más joven de los soldados portugueses, se había olvidado de la primera de las realidades: su propio nombre. Desde hace un año no era sino un número: el 222. ¿Se quejaba? Todo lo contrario. No había para él nombre más sublime. A diferencia de los demás soldados, el ex João da Purificação no tenía glorias que contar, a excepción de unos viajes que apenas existían en su cabeza. Podría decirse que es así como los viajes suceden siempre: dentro de nuestra cabeza. La verdad, sin embargo, era otra: el soldado 222 había enloquecido. En el paisaje más bravío de África, el recluta veía un pueblo de Portugal. En cada uno de los negros reconocía a un paisano de su aldea. Y no había río en Mozambique que no se llamase Tajo y

que no atravesase su infancia.

Los soldados provocan a João da Purificação con la esperanza de que vuelva a contar sus delirantes viajes. El recluta 222 acaba cediendo a sus ruegos y, feliz por ser el centro de atención, proclama:

—Escuchadme bien, hermanos, el mundo entero es un suburbio de nuestra tierra natal.

—¿Tanto has viajado? —le incitan los demás.

—He navegado tanto que no hay cielo que mis ojos no hayan atisbado.

—¿Y cómo es el firmamento allá fuera? —le preguntan.

—Allá fuera deja de haber cielo. Todo es tierra, todo es Portugal.

## 4. Primera carta del sargento

*Es extraño lo que la guerra hace con los soldados:  
les pide que afinen la puntería; pero solo les deja  
disparar cuando se han quedado ciegos.*

SARGENTO GERMANO DE MELO

Inhambane, 29 de diciembre de 1895

Querida mía:

Ya estoy en Inhambane, por fin puedo escribirte con tiempo y tranquilidad. La buena noticia, amor mío, es que pronto me trasladarán a Lourenço Marques, donde, si todo sale bien, nos reencontraremos. Esa esperanza me alivia la espera. La verdad es que esta pequeña ciudad me gusta y me resulta extraña y familiar a la vez. Y no me pide más que estar asomado a un balcón mientras aguardo otro destino. He vivido en varios lugares y solo he tenido dos casas: la de la infancia y el pequeño cuartel de Nkokolani. Recuerdo esos hogares como si fuesen parte de mi cuerpo. Y pienso: dejamos de ver las cosas que se han hecho demasiado nuestras.

Quien te entregue esta carta será el comandante Álvaro Andrea, al que seguro que ya has conocido. Como te referí en la nota anterior, Andrea es un portugués honesto que conocí en mis lides republicanas. Pocos son los blancos que hablan con los negros. Cuando lo hacen, es para darles órdenes. Este amigo, sin embargo, tendrá contigo una deferencia que resultará rara, pero respetuosa y genuina. Te gustará. Aunque espero que no demasiado.

Quizá no entiendas la razón por la que nosotros, los portugueses, tardamos tanto en hablar de nosotros mismos. Lo hacemos así por culpa de los demás, de los extranjeros. Tenemos miedo de que nos vean pequeños. Nuestra verdadera pequeñez no se debe a la geografía, sino al modo en que pensamos. Y nada mejor que un enemigo —como es el caso de Gungunhane— para

distraernos de nuestra insignificancia. La guerra contra el rey africano esconde otras guerras que dividen a la nación lusitana. En Mozambique se hallan, vistiendo el mismo uniforme, monárquicos y republicanos. Se odian, y se matarían con la misma facilidad con la que unos y otros abaten a un cafre rebelde.

Sé que temes por mí, que te preocupa mi intempestiva entrega a las causas políticas. Estate tranquila. No repetiré osadías que antes me costaron el destierro en tierras africanas. Ese castigo ha acabado, finalmente, por convertirse en la mayor de las recompensas. Lo que debía haber sido un exilio se ha convertido en un lugar de afecto. Ha sido aquí, en África, donde he encontrado el amor. Mi única patria eres tú. La única causa que me queda es regresar a tus brazos.

Escapaste sana y salva de los lugares más violentos. Pero hay una guerra a la que no podrás escapar: el conflicto entre Mouzinho de Albuquerque y Álvaro Andrea. Estos días estarás bajo un fuego cruzado. Mi amigo Andrea está preparando, en secreto, un informe detallado dirigido al comisario real en el que denuncia el modo en que Mouzinho de Albuquerque ha violado el código de conducta militar. Álvaro Andrea ya me ha revelado el título provisional de ese explosivo documento: «Informe de los atropellos de los códigos militares cometidos en la captura de Gungunhane». ¡Cuánto daría determinada prensa en Portugal por tener acceso a ese informe!

Mi amor, te pido que ayudes a Álvaro Andrea a concluir su misión. Es urgente desenmascarar a Mouzinho. Ese gallo uniformado tiene que aprender que solo hay un criterio para medir la grandeza de un comandante: la manera en que trata a los vencidos.

La imagen emblemática de nuestra guerra en África es la de un garboso caballero montado en su caballo. Pero las campañas militares africanas se han ganado en los ríos, cabalgando olas, atravesando rápidos y estrechos. De esas batallas nadie habla. Hoy, sin embargo, no hay quien no conozca las hazañas de Mouzinho de Albuquerque. Con todo, a Álvaro Andrea también le asisten motivos de gloria. Su barco, la corbeta *Capello*, integró la llamada «escuadrilla del Limpopo». Durante tres meses bombardeó las márgenes del río. Si los ingleses dieron un ultimátum a los portugueses, nosotros también impusimos un plazo de rendición a los jefes leales a Gungunhane. Al no acatar esa orden, las poblaciones ribereñas fueron fustigadas por cañones y ametralladoras. A los bombardeos siguieron operaciones en el terreno. Los



marineros desembarcaron y atacaron las aldeas enemigas.

Esa campaña en el río Limpopo obtuvo la respuesta deseada: poco a poco, los jefes locales se fueron rindiendo. No había día en que no se presentasen debilitados y sumisos. Algunos se postraban de rodillas y murmuraban desesperados: «Henos aquí, somos mujeres del rey de Portugal». Seguramente se produciría algún error de traducción. Solo tú podrías deshacer el entuerto. La verdad es que el mismo Gungunhane envió mensajeros proponiendo condiciones de rendición. Al fin y al cabo, el emperador de Gaza ya estaba vencido y había asumido su derrota cuando fue hecho prisionero en Chaimite. Mouzinho de Albuquerque derrumbó unas puertas que ya estaban abiertas.

Lo que ocurre, querida mía, es que la vida es caprichosa y necesitamos hazañas. A la gente le encanta una buena narración. En una guerra no solo se enfrentan ejércitos. Se enfrentan historias. Y Mouzinho de Albuquerque tiene una historia mucho mejor que la de Álvaro Andrea. No importa si la versión del caballero es falsa. En su versión hay héroes. Y esos héroes somos nosotros.

Lo mismo pasa con el amor: Álvaro Andrea no tiene, como es mi caso, una novia que le alumbre la existencia. Nadie lo espera al final del viaje. A lo mejor tú lo puedes ayudar. Más que idiomas, sabes traducir secretos del continente negro. Los blancos no pretenden entender otras lenguas. Quieren dejar de tener miedo. Tuyo, siempre tuyo,

Germano de Melo

P. D. Encontrarás mi caligrafía más forzada de lo habitual. No te imaginas la tormenta que hay por aquí. Hace poco un relámpago partió un cocotero a unos metros de casa. Los frutos ardieron como ascuas.

En momentos fugaces de claridad veo mujeres correr hacia el río. Se van deshaciendo de la ropa y tirando las prendas por el camino. Sus risas se confunden con el rumor de las aguas mientras la oscuridad me vuelve a robar la visión. Y ellas resurgen en el momento en que se sumergen completamente desnudas en las aguas oscuras. Contemplo todo eso y recuerdo que fue en un río donde nos besamos por primera vez.

No sé qué más decirte. Lo que vale en estas cartas no es su extensión. Lo que más cuenta es que, al escribirlas, te haces tan presente como las manos

con las que escribo. La tinta corre oscura y emerge del papel en efímeros instantes de luz.

## 5. Golondrinas y cocodrilos

*La lluvia sintió el olor de la muchacha virgen  
y con su aliento ardiente fue entrando en la casa.*

*Penetró por las rendijas de la puerta  
haciéndose pasar por niebla densa.*

*Y así, en ese estado sin forma,  
la lluvia sedujo a la joven y la hizo soñar.*

*En sueños, la muchacha vio una nube flotar.  
A la puerta de su casa se arrodilló la nube,  
para que ella se subiese a su lomo.*

*Y sobre ese lecho pernoctaron las dos, la muchacha y la lluvia.*

*Fue entonces cuando los cielos descendieron junto con los dioses.  
Y toda la tierra se perfumó.*

*Huele a lluvia, dicen los hombres.  
Y no saben de dónde viene ese perfume.*

PALABRAS DE DABONDI

Ha pasado una hora desde que salimos del puesto de Languene y la corbeta *Capello* ha avanzado muy poco rumbo a la barra del Limpopo. El presagio de Dabondi es cierto: una tormenta se desata sobre nosotros y convierte el río en una sábana de olas y espuma. De pie en la proa del barco, con la mano a

modo de visera sobre los ojos, el comandante Álvaro Soares Andrea escudriña el horizonte. Remolinos de polvo fino le fustigan el rostro tiznado por el sol.

Los hombros anchos del comandante ocultan el océano entero. Tiene los ojos rasgados y una mirada inquisitiva pero segura. Aun así, el navegante portugués duda: en el calor de los trópicos, todo es apariencia. ¿Cuántas veces, en el agreste paisaje africano, le ha sorprendido el cielo emergiendo del suelo? ¿Cuántas veces ha sentido el soplido del infierno prendiendo figuras de ceniza y fuego?

Y ahora, de pie en la proa del navío, con la mano haciendo visera sobre los ojos, el comandante siente que el barco le pide que interrumpa el viaje. La corbeta, concebida en la moderna Inglaterra, no ha sido diseñada para enfrentarse a los monstruos que la hacen cocear como un potro enloquecido.

La prudencia del comandante tiene razones añadidas: nunca antes la Marina de Guerra había transportado una carga tan valiosa. Estos prisioneros tienen que llegar, sanos y salvos, al puerto de Xai-Xai, desde donde serán transferidos a un navío más grande, el *Neves Ferreira*. Dicho navío los conducirá a Lourenço Marques. En esa ciudad se celebrará una ceremonia pública para presentar los trofeos de guerra. Finalmente, los negros serán trasladados a Lisboa. Y en la capital portuguesa su exhibición alcanzará el apogeo.

Estoy al corriente de lo que sucederá con los prisioneros, pero no sé nada de mi destino. Tampoco sé nada de Germano de Melo. Una única certeza me mueve mientras acaricio la curva de mi vientre: yo, Imani Nsambe, voy a ser madre. Y Germano es el padre de la criatura. En algún lugar nos encontraremos y seremos felices.

El embarcadero de Zimakaze y el puesto de Languene han quedado atrás. Los prisioneros han abandonado sus vidas en la otra orilla del río. Yo soy la única que no tiene donde dejar el pasado.

\*

Álvaro Andrea permanece en la proa como un ángel irreverente: vigila las imperfecciones de Dios. La línea de la costa, imposible de plasmar en un mapa, es la prueba de que el universo no es más que un esbozo.

—¿Qué mira todo el rato, mi comandante? —le pregunta Mouzinho.

Andrea tarda en responder. Contempla las olas, que se yerguen ciegas para después desplomarse en un oscuro abismo.

—¿Que qué miro? No sé. Miro las golondrinas.

—¿Las golondrinas? —se sorprende Mouzinho.

—Dicen que Gungunhane odia a esos pájaros tanto como teme al océano. Ya le he preguntado la razón de semejante odio.

—Voy a darle un consejo, mi comandante, no pregunte nada a esa gente —le advierte Mouzinho de Albuquerque—. Es un error por partida doble. Primero, porque le mentirán al responder. Y después, porque, al dirigirse a ellos, les está otorgando una importancia que puede resultarnos peligrosa.

—Una de las reinas me ha dicho que las golondrinas no son aves. Que son mensajeras. Hay que escuchar el recado que traen.

—Tonterías, estimado Andrea. Y más tonto es quien les presta oídos.

\*

La jornada hasta Xai-Xai debía durar dos días, pero la súbita tormenta impide el progreso de la corbeta, lo que trastorna a Mouzinho de Albuquerque. Para el capitán no hay tiempo que perder: la gloria le espera en Lourenço Marques. Un estuario revuelto no puede retrasar la celebración de sus hazañas. Habitado a mandar, le es difícil asumir un tono solícito.

—Que prosiga el viaje, comandante Andrea, este barco está hecho para galopar tempestades.

Álvaro Andrea encara la mirada altiva de Mouzinho y, después, replica con acritud:

—En su caballo manda usted; aquí quien manda soy yo.

Mouzinho podría haber zanjado la discusión de un plumazo sirviéndose de sus galones. Además de capitán, ahora es el gobernador del distrito militar de Gaza. Sin embargo, prefiere retomar un tono más apropiado. Los presos están mirándose unos a otros y extrañándose de la desavenencia entre los jefes blancos. Encogido entre el equipaje, Ngungunyane cree ser el motivo del altercado. Los portugueses, sospecha, discuten su ejecución sumaria.

—¿Sabe por qué he capturado al jefe de los vatuas tan fácilmente? —pregunta Mouzinho al comandante del navío.

En el momento de prenderlo, explica el capitán, los guerreros de Ngungunyane creyeron que el destacamento que tenían ante sí era una

muestra reducida de un enorme ejército que los rodeaba hasta más allá del horizonte.

—Por eso le digo, querido Andrea —concluye Mouzinho—, que nunca se fíe de la línea del horizonte.

\*

Hay otras razones para acelerar el paso: el barco parado en medio del estuario puede provocar un vuelco en las poblaciones ribereñas. Esa es la preocupación de Mouzinho de Albuquerque. Que los negros, que antes celebraban la detención de Ngungunyane, puedan ahora querer de vuelta a su monarca. El comandante Andrea contesta que él se mantendrá fiel a los compromisos que ha asumido.

—¿Qué compromisos? —pregunta Mouzinho.

Que el capitán Mouzinho no olvidase que, mucho antes de la captura de Ngungunyane, los jefes locales ya habían declarado fidelidad a Portugal. Se la habían jurado a él, Álvaro Andrea. A cambio, él les había prometido a todos que, en caso de que el emperador se entregase, no habría represalias. La familia real sería respetada y el rey sería tratado con dignidad. Esos eran sus compromisos.

—¿Los negros le juraron? —indaga Mouzinho con una mal disimulada ironía—. Pues le aseguro, mi querido Andrea, que ninguno de esos negros se acuerda de ese juramento, así como ningún blanco llegará a enterarse de sus compromisos éticos.

Sin mediar palabra, Andrea acata la ofensa. Me mira, como si buscase la traducción a su silencio. Mouzinho de Albuquerque hablaba de la línea del horizonte. No debía haber escogido ese tema. De tanto cruzar océanos, los navegantes aprenden a lidiar con brumas y espejismos. El comandante Álvaro Andrea era un perito en horizontes.

\*

Con la ayuda de un catalejo, el capitán Mouzinho explora la orilla. Se muestra aprensivo: incluso si decidiesen proseguir el viaje, la embarcación se desplazaría con dificultad por los bajíos del río y la rueda propulsora en la popa no garantizaría, en caso de fuga, el impulso suficiente a su caballo

Mike. Además de todo eso, los cañones y las ametralladoras instalados en la toldilla de popa eran de difícil manejo. Mouzinho no quería ni imaginar una lluvia de mortíferas flechas cayendo sobre la embarcación y, lo que era más grave aún, traspasando al prisionero, que debía llegar de una pieza a Lisboa. Ironías del destino: el enemigo que apostó matar es el que ahora debe proteger, a riesgo de su propia vida.

—Mi querido Andrea —declara Mouzinho—, seguramente sabe que me propongo recibir un homenaje en Lourenço Marques. Y ha de saber que tengo prisa por salir de estas aguas fangosas porque en ellas acabo de perder a uno de mis hombres. ¿O ya no lo recuerda?

Era imposible olvidarlo: el viaje acababa de iniciarse cuando se ordenó al soldado João da Purificação, a quien yo había conocido como el recluta 222, que fuera a buscar agua para alimentar la caldera. Al introducir el cubo en el río, el joven cayó a las aguas oscuras y, de inmediato, fue arrastrado por un cocodrilo gigante. Desde el navío se lanzaron inútilmente boyas y gritos desesperados, y se arrojaron objetos contra el monstruoso bicho. Todos esperábamos que el soldado 222 se debatiese con furia, los brazos enloquecidos chapoteando en el agua. Pero no. El soldado aceptó aquel destino terrible con la quietud de quien regresa a casa. Su rostro pálido asomó repetidas veces a la superficie, con los ojos abiertos, mirándonos con una placidez infantil. Hasta que, finalmente, el recluta 222 desapareció en las aguas del Limpopo en un lento remolino. A pesar de las reiteradas diligencias, nunca más se encontró el cuerpo. Y nunca más lo recordó nadie por el número. Solo después de muerto, el soldado tuvo derecho a tener nombre. Para mí, ese nombre podía ser João o Mwanatu. Los dos habían muerto abrazados por el agua, sepultados en el vientre de un río.

Frustrada la esperanza de recuperar el cuerpo, la gran noria del barco volvió a girar como un carrusel de feria. Con sus anchas hojas y sus vistosas flores, los nenúfares se arremolinaban por los aires como sacudidos por un cocodrilo invisible. El barco era un arado y arrancaba las raíces del mismo río. El ruido de las aspas —feque, feque, feque— ilustraba de dónde procedía el nombre que la gente local le había dado a aquel barco: *mafekefeke*. Los nenúfares me recordaban la canción con la que mi difunta madre inundaba la casa: «Las flores que crecen en el agua están hechas de lluvia...».

—Se ha suicidado —concluyó Mouzinho.

Para nosotros, los negros, esa no era una muerte común. El cocodrilo

traicionero pertenecía a alguien y cumplía un servicio por encargo. Lo que de él asustaba no era lo que tenía de fiera, sino lo que tenía de humano.

La reina Dabondi avanzó unos pasos para arrodillarse ante Mouzinho y, en txizulu, masculló una letanía. Por un instante no se oyó sino esa oración pronunciada en una lengua que los blancos no comprendían. Mouzinho interrumpió la plegaria y mandó que llevaran a la reina al rincón de los prisioneros. Cumplida la orden, el portugués me preguntó:

—¿Esa loca reza por el desgraciado soldado o le da las gracias al cocodrilo?

—Por el hombre que ha muerto...

—Ese soldado no ha muerto —corrigió Mouzinho—. Se ha matado.

—Ese soldado me recordaba a mi hermano, que fue asesinado a tiros por un militar portugués —nada más decirlo, me arrepentí.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Mouzinho.

—¿Mi hermano?

—No, ¿cómo se llamaba el que mató a tu hermano?

—Santiago da Mata —respondí—. Y fui yo quien mató a Santiago.

—Te equivocas —declaró Mouzinho—. Santiago eligió su destino.



## 6. Segunda carta del sargento

*Mis historias son tan antiguas que quien las escucha desaparece. Nadie se asusta por ello, pues en el silencio siguiente todos reaparecen. Por eso narro con el más suave de los susurros. Tengo miedo de enredar al Tiempo y, entonces, impedir el regreso de los que han sido hechizados.*

PALABRAS DE DABONDI

Inhambane, 30 de diciembre de 1895

Querida mía:

Redacté la carta anterior a la luz de los relámpagos. Mientras escribía me vino a la cabeza un pensamiento absurdo: para conocerte pasé por una especie de ceguera. Ahora solo veo a través de tus ojos, solo tengo manos cuando soy tu cuerpo. Me acuerdo de la noche tempestuosa y ese pensamiento ya no me parece absurdo. ¡Ojalá los días se sucediesen con la brevedad de una chispa! No habría más espera: en el siguiente destello estarías de nuevo en mis brazos. En estos trópicos africanos, sin embargo, el tiempo es perezoso y los días se arrastran como lentas serpientes. Sin poderte tocar, apenas dispongo de dos manos a medias y regreso a la penuria que recientemente me causó una bala por ti disparada. En aquel momento elegiste sacrificarme a mí para salvar a tu hermano. No te lo tengo en cuenta. Al contrario, esa elección trasluce la grandeza de tu alma.

Sé que la carta anterior ya está en poder de Álvaro Andrea. El portador me aseguró que se la había entregado en mano en el puesto de Languene, días antes de tu embarque. No quiero ni imaginar que el comandante no haya procedido inmediatamente a su entrega. ¿Por qué no me respondes, Imani?

En las cartas de amor, el colmo de la felicidad es recibir una respuesta antes incluso de escribirlas. Tal vez sea por eso por lo que empecé esta misiva incontables veces y, todas las veces, la dejé caer al suelo. En mis pies

descalzos se han imprimido las palabras que nunca han sido enviadas. No recojo los borradores. Los dejo huérfanos en el polvo del suelo. Son la alfombra que he tejido para tu regreso. Voy pisando las palabras como en mi tierra pisamos las uvas para que nazca el vino.

Releo lo que acabo de escribir y pienso: todo esto es demasiado cursi, un patetismo disfrazado de poesía. La verdad es que me he aficionado a estas fantasías como un borracho se aferra a la botella ya vacía. Si todo va bien, esta carta no caerá al suelo, sino que llegará a manos del comandante Álvaro Andrea en cuanto desembarque en Xai-Xai. Es curioso: la primera carta también le fue entregada en un muelle, el muelle de Zimakaze. Cada una de estas misivas requiere los cuidados no de un cartero, sino de un marinero.

Se me ha ocurrido que quizá el comandante simplemente se ha olvidado de entregarte la carta. Conociéndolo como lo conozco, estará tan enardecido contra Mouzinho de Albuquerque que puede que no tenga ojos para más obligaciones. A pesar de todo, entiendo que se alimente de esos rencores mezquinos. ¿Qué le resta a un militar después de la guerra?, ¿lo que le sobra de un tiempo que nunca se podrá olvidar?

En realidad, a estos dos oficiales los separa todo. Mouzinho de Albuquerque es un hombre fiel a la monarquía y orgulloso de sus lejanas y puras raíces lusitanas. Álvaro Andrea es un republicano de origen italiano. Su abuelo era un marinero genovés y sus raíces están repartidas entre el mar y la tierra. Mouzinho y Andrea se disputarán tu complicidad en una contienda que solo a ellos concierne. Pero tú no tendrás elección. Andrea es un amigo. Mouzinho es un aliado. Andrea manda en el barco. Mouzinho manda en el viaje.

Lo más grave de todo, querida mía, es que la guerra en Mozambique no se ha acabado. Por eso te llevan como traductora. Esperan que hagas algo más que traducir. Quieren que seas una espía al servicio de la Corona portuguesa. Y eso es lo que me preocupa. Al traficar con secretos valiosos, te enfrentarás a riesgos serios. Todo eso me quita el sueño. Pero después, al día siguiente, vuelvo a recuperar la razón y considero que te hallas al margen de esos peligros imaginados. A fin de cuentas, solo las más altas autoridades portuguesas están informadas de tu misión. Es muy poco probable que, entre los portugueses, alguien descubra tu verdadera identidad. Ninguno de los prisioneros (a excepción de Godido, el hijo del rey) sabe hablar una sola palabra de portugués. Y aunque Godido te quisiera denunciar, ¿quién le daría

crédito?

Querida mía, este será tu estreno en el mar. Hace un año hice ese mismo viaje en sentido inverso: de Portugal a Mozambique. Fueron dos largos meses dentro de un navío. Durante ese tiempo entendí lo siguiente: que no es solo el barco lo que se mueve en el océano. Son las almas de los pasajeros las que transitan y se mezclan más allá de las razas y las naciones. Soy un privilegiado en este mundo, soy de los pocos que emprendieron ese otro viaje. Y no viajé por mar. Fue en ti donde crucé las fronteras que me separaban de mí mismo. Mis ojos son azules para que me atraveses como si fuese agua.

Para tu consuelo, debes pensar que tu viaje no ha empezado ahora. Desde pequeña estás emigrando de ti misma. Piensa en las ventajas de este viaje involuntario: en esa otra patria —que es la mía de nacimiento— empezaremos una nueva vida juntos. Ese es mi mayor deseo. No quiero, sin embargo, que te suceda lo que vi que les sucedía a otras mujeres africanas en Portugal. No admitiré que te humillen. Serás Imani de Melo. Serás mujer, mi mujer.

Germano de Melo

## 7. Las manos y las madres

*La herencia más grave de la guerra no son las heridas ni los escombros. La peor herencia son los vencedores, pues la victoria los convierte en dueños de la tierra y se arrojan el derecho de ser sus gobernantes vitalicios.*

EXTRACTO DE LA CARTA DE ÁLVARO ANDREA

Ahora entiendo por qué la gente del estuario llama al Limpopo *Nambo wa nhimba*, «el río embarazado». En este momento, el río se halla en pleno parto: ensanchando sus márgenes, retorciéndose como una serpiente, desgarrándose para expulsar sus aguas en las aguas del mar. La corbeta cabalga sobre las olas y no hay lugar en la cubierta que no sea barrido por la espuma. Las siete esposas de Ngungunyane se apiñan alrededor del marido. Buscan consuelo, pero no hallan aliento: no hay criatura en este mundo más aterrorizada que el rey de Gaza. Me deleito al ver tan atemorizado al que tanto terror infundió entre mi gente.

El embarazo del río me recuerda mi propio estado: nunca antes había sentido náuseas. Ahora solo me apetece cerrar los ojos y hundirme en una especie de sueño ebrio. Desde lejos, Dabondi esboza una tímida sonrisa. Es la única de las reinas que demuestra simpatía por mí. Con pasos furtivos, viene a sentarse a mi lado. El rey y las esposas nos observan con desconfianza. No viajan en un barco, navegan en un ataúd. Caminan muertos sobre las aguas. Solo ella, la bella reina Dabondi, está viva. Me inclino para escuchar su voz sibilante:

—Quiero que me hagas un favor, hermana. Pide a los blancos que autoricen al *nkossi* a ponerse la corona.

Entre las manos esconde el *chilodjo*, la corona de cera oscura que entre los vanguni distingue a los nobles del resto de castas. La mujer está convencida: el emperador se sentiría más aliviado si pudiese ponérsela. Mira para ver si alguien nos oye. Después, vuelve a hablar:

—Soy la única que tiene prisa en salir de mi tierra. ¿Quieres saber por qué?  
—y deja que se instale un nuevo silencio. Sus ojos están húmedos cuando me anuncia—: ¡Voy a ver a mi hijo!

Con diecisiete años, su hijo João Mangueze fue enviado a estudiar a Portugal. «Estudiar» tal vez sea un término forzado. Hace dos años que trabaja en una herrería en la otra orilla de Lisboa. Los portugueses ofrecieron al rey de Gaza la posibilidad de que sus hijos fueran educados en instituciones lusitanas: unos en Isla de Mozambique, otros en el Portugal continental. El único que fue elegido para viajar allende los mares fue João Mangueze. El emperador dijo a los portugueses: «Miren si confío en ustedes que les entrego lo máspreciado que tengo». Las mujeres se unieron para oponerse a aquella decisión: al fin y al cabo, los hijos de una eran hijos de todas. Compartían un mismo temor: el mar engulliría al joven que los portugueses habían bautizado como João. De todas las esposas, solo Dabondi se puso contenta. Disimuló su alegría y fingió que también se oponía. Hacía mucho que rezaba en secreto para que João Mangueze fuese llevado lejos. Mejor sería perderse en el mar que ser envenenado a causa de las disputas por el poder.

—Muy pronto todos se darán cuenta de que estás embarazada —dijo tocándome la barriga.

—¿Se me nota?

—Siempre lo he sabido. Soy una *nyamussoro*. Adivino echando los caracoles. Y me los he traído, mis *tinhlolo*.

Se descubre un poco el pecho y me muestra un *mpacatxu*, un collar hecho de palitos entrelazados en un cordón. No lo lleva por vanidad. El adorno demuestra que fue soñada por los dioses. Se levanta y me entrega una *capulana* que insisto en no aceptar. Pero persevera. Enseguida se hará de noche y empezará a refrescar. La tela que llevo atada a la cintura no debo ponérmela en los hombros porque, dentro de mí, el niño se ahogaría. La *capulana* que me tape debe pertenecer a otra mujer.

—Vamos a viajar juntas —afirma Dabondi—. Seré la madrina de tu hijo. A cambio, serás mi mujer pequeña, mi esclava en Portugal.

—Nunca he sido esclava...

—Es bueno que empieces a serlo —declara Dabondi—. Tu hijo, me han dicho, no tiene la raza adecuada. Necesitarás quien te proteja de los blancos y de los negros.

Deja que la mano se redondee en mi barriga y se arriesga a adivinar: hace tres meses que no salto la luna, es decir, que tengo tres faltas. Según la tradición, estoy en estado de oscuridad, pues guardada está mi sangre lunar. Es imperioso, asegura la reina, que sangre de otra manera. Así que se propone hacerme pequeñas incisiones en las piernas para que la sangre no se me acumule dentro del cuerpo.

—Te he observado, hija mía —admite la reina—. Hay cosas que debes aprender: por ejemplo, al beber debes arrodillarte para que el agua no caiga en cascada sobre la cabeza del bebé.

En nuestra tierra, las mujeres aprenden a no ser nadie. La reina Dabondi también se había anulado. Pensaba que así perdería a sus hijos sin sufrir. La noche en que su hijo partió hacia Portugal, la reina se despertó con los dedos pegados como por un aceite espeso. Dudó si todavía estaría soñando. Pero dejó que sucediese: si era un sueño, que se cumpliera entero. En la oscuridad notó un olor a óxido y advirtió que sangraba en abundancia. La hemorragia le nacía del vientre: era João el que se movía en ella de vuelta a la oscuridad. Aquel hijo que todos decían que se marchaba lejos, en el fondo nunca había llegado a nacer. Se le murió estando todavía en sus entrañas. Era un *ximuku*, uno de esos que, como se dice, regresan al otro lado. Es el mismo nombre que se les da a los ahogados. Que mueren en un vientre infinito, sin anunciar los secretos de los que son portadores.

De madrugada, sin que nadie en la aldea se diese cuenta, Dabondi se escabulló en el bosque. Caminó sin saber si el suelo que pisaba era real o soñado. Provista de una pala, la reina cavó un hoyo estrecho y profundo. Allí enterró a su hijo, a João Manguze. Todos dirían después que el agujero estaba vacío. Que solo había tierra enterrando tierra. Todos jurarían que el joven no había muerto y que había emprendido, por los extravíos del mar, el camino a Lisboa.

Nada le importaron las habladurías y las promesas de los demás. Dabondi solo quería asegurarse de que la leche se había consumido en su pecho. Así proceden las madres que conciben criaturas sin vida. Muchas veces se exprimió las mamas sin que saliera ninguna gota. Cuando se aseguró de que estaba más seca que una piedra, volvió a casa y se durmió.

A la mañana siguiente, el emperador pasó junto a ella y no la reconoció. Dabondi se había transformado en árbol. Y, así, la reina resolvió lo que no tiene solución. Ser madre es un verbo que no tiene pasado. Fue eso lo que

dijo la reina.

—¿La sangre en la hoja que corta el cordón umbilical pertenece a la madre o al hijo? —me preguntó. Y ella misma añadió, decidida—: Esa es la sangre con la que me voy a reencontrar en este viaje.

\*

No se visita a un hijo, afirma. Se regresa a él como si estuviese siempre por nacer. Cierra los ojos, mece los hombros y tararea los versos de una vieja canción: «Las madres meten las manos en el fuego y lanzan al cielo las cenizas aún ardientes. Es lo que hacen desde el principio de los tiempos. Así se crearon las estrellas. Sucederá con esas luces lo que sucedió con el sol: regresarán. Todas regresarán. Y harán brillar las manos de las mujeres».

Interrumpo la letanía con poco convencimiento:

—Su hijo volverá a sus brazos. ¿Acaso no es eso lo que dice la canción?

Me mira largamente. Sus dedos tejen el vacío como si, en ese momento, leyese las caracolas de adivinación. En esa mujer hay algo que me recuerda a mi difunta madre.

—Me das envidia —me confiesa en tono lánguido—. Me apena no poder hablar la lengua de los blancos.

—No sienta pena, mi reina —afirmo—. Así no oye las ofensas que nos dirigen. No sabe cuántas veces nos llaman monos.

—Los blancos también ignoran los nombres feos que les ponemos nosotros.

Y repite, con la cara iluminada:

—Voy a ver a mi hijo, eso es lo único que importa.

Entonces me pide que le enseñe portugués. Será en ese idioma en el que se comunicará con el hijo.

—João no se habrá olvidado del txizulu —le aseguro.

—No lo entiendes, hija mía. Quiero hablar con mi hijo en una lengua que ninguno de mis parientes pueda entender.

\*

Para resguardarse de los mosquitos, el capitán Mouzinho de Albuquerque se refugia en el puente de mando. Apoya la mano derecha en el timón y así

permanece, como si la humanidad lo estuviese admirando. El comandante Álvaro Andrea refunfuña entre dientes:

—¡Que no se atreva a darme órdenes! ¡Quien manda en mí es el mar y nadie más!

Dabondi me toma de la mano y me lleva hasta Mouzinho. Me pide que la ayude a hacerse entender. El capitán entreabre la puerta y se dispone a escucharla. La reina le dice:

—Cuando llegue a Portugal quiero hablar con el más viejo.

—¿Con el más viejo? —pregunta Mouzinho.

—Con el que más manda, con el más viejo de los blancos. Quiero agradecerle que haya recibido a mi hijo. El rey de Portugal es el nuevo padre de João. Y yo soy esposa de ese rey.

El capitán sonríe, condescendiente. Nos pide que lo dejemos solo. Y vuelve a cerrar la puerta.

\*

En las márgenes del Limpopo se encienden cientos de tímidas hogueras. La mayoría de ellas no pertenecen a las aldeas ribereñas. Son fuegos prendidos por la gente que ha acampado junto al río solo para ser testigo de la deportación del emperador. De vez en cuando se oye una imprecación:

—¡Vete, buitres, y no vuelvas nunca más!

Dabondi se marcha junto a las otras reinas y me deja a solas con Álvaro Andrea. Con su trinchera oscura, el comandante es un bulto casi indistinguible. La luz de las hogueras se refleja en los botones plateados del uniforme.

—Esa reina dice que habla con los ríos —afirma el portugués—. Tú, que eres traductora, ¿sabes lo que significan esas hogueras a la orilla del río?

No espera respuesta. Lo miro de arriba abajo. Aquel uniforme está fuera de lugar en el calor de los trópicos. Los botones metálicos fascinan a las reinas. Ngungunyane no dispone de tantos brillos, no lleva prendido al pecho ningún pedazo de sol. Solo yo siento compasión por ese blanco cubierto de sudor que, de no ser por la solemnidad del uniforme, parecería un chiquillo perdido en el mundo. La casaca empapada casi le llega a los pies, que, en contraste con el rigor militar, están indefensos. El portugués va descalzo. Ha mandado las botas a limpiar, cubiertas como estaban de un barro oscuro y hediondo.



Las reinas miran, divertidas, al desamparado blanco, como si al verlo descalzo lo sorprendiesen completamente desnudo. El tío Mulungo comenta en voz alta:

—La cebra se ha quitado los cascos.

Y todos se ríen. Los más ancianos juraban que los europeos eran criaturas con pezuñas. Viendo a los portugueses siempre calzados, pensaban que los zapatos formaban parte de su cuerpo.

Enjugándose el sudor que le escurre por la frente, el portugués me advierte:

—Tenemos que hablar, chiquilla. Tengo una misión que cumplir que es mucho más importante que pilotar una nave militar.

## 8. Antes de haber mar, había un barco

*Tiré una piedra al viento  
porque pensé que era un pájaro kuerre-kuerre.  
Y el viento dejó de soplar.  
Y poco a poco el viento se fue convirtiendo en polvo.  
Porque le tiré una piedra  
y el viento se agitó, se convirtió en polvo y voló lejos.  
Volvió después a soplar fuerte  
para librarse del polvo.  
Y el viento se desbordó.  
El viento que antes fue pájaro.*

NARRACIÓN BOSQUIMANA, CIUDAD DEL CABO, 1870, VERSIÓN  
POÉTICA DE ANTJIE KROG

Álvaro Soares Andrea cree haber aprendido a navegar antes de que el mar hubiese nacido. Durante décadas deambuló a lo largo de la costa africana y exploró ríos que aún están por nombrar. Y han sido tantos los viajes que no hay noches suficientes para contar sus aventuras. De ahí su desdén por los caprichos de Mouzinho de Albuquerque.

—Quien sabe del mar sabe del cielo —proclama el comandante mientras recorre, de acá para allá, toda la extensión de su corbeta.

Está alterado, no ha pegado ojo en toda la noche. Ha tenido sueños y presagios extraños. Ha soñado que se convertía en un prisionero negro y viajaba en la bodega de su propio navío. En el mismo sueño, Mouzinho le desataba las muñecas y sacudía un cuaderno ante sus narices: «¿Esto es lo que escribes contra mí, hijo de puta?». Una vara nerviosa iba rozando la caña de sus botas. Después le lanzaba el cuaderno al regazo. Quería que lo leyese en voz alta. Álvaro Andrea sujetaba las hojas con manos trémulas. Comprobaba que esa era su letra, pero luego se apercibía de que había escrito todo aquello en una lengua que no entendía. Le parecía zulú, pero no estaba

seguro. Y se despertaba sobresaltado.

—Quien sabe del mar sabe del cielo —repite Andrea, como si la divisa lo ayudase a mantenerse despierto.

Vuelve a contemplar las nubes oscuras por encima del océano. Por fin, se somete a las fuerzas insondables de la naturaleza. Confía más en esa estrella interior —que algunos llaman intuición— que en los mapas y las brújulas que resultan inútiles en los mares tropicales.

\*

—Avisa al capitán de que este viento tiene un nombre feo.

De nuevo, la reina Dabondi quiere ayudar a Álvaro Andrea a superar su ignorancia. Y es mucho lo que desconoce el capitán portugués. Ignora, por ejemplo, que el viento fue un pájaro. Eso lo sabemos nosotros, los negros vachopi. Son verdades que aprendemos de niños. El viento fue un pájaro que escapó fuera de sí mismo cuando los hombres lo quisieron capturar. Dejó de tener cuerpo, anidó en las nubes y viaja con ellas para posarse cuando se cansa. Por eso es por lo que el viento canta. Porque antes fue pájaro. De pequeña, yo decía que el viento «susurraba». Y el cura portugués Rudolfo Fernandes sonreía con indulgencia. Los idiomas son mujeres: enamoran, conciben y tienen hijos.

—Conozco este viento —asegura la reina—. Se llama *xidzedze*.

El *xidzedze* es muy diferente del resto de las corrientes de aire. Aúlla como un animal y se genera por encargo. A lo mejor ha sido el emperador quien lo ha mandado llamar.

—El *xidzedze* prende a quien ha prendido a nuestro rey —comenta Dabondi.

Si el viento ordena, el comandante obedece: la corbeta atraca en la orilla derecha y allí, tan cerca del revuelto océano, encuentra refugio seguro. Oigo el ancla descendiendo hasta el fondo lodoso. Vamos a pasar la noche en ese improvisado abrigo con la esperanza de que, de madrugada, sea posible reanudar el viaje rumbo al puerto de Xai-Xai.

\*

—¡Escuchad, hermanas! —nos instiga Dabondi—. ¿No oís las voces que

vienen de la playa?

La furia del mar nos descompone por dentro. Ese tumulto interior nos roba a todos el sueño, a prisioneros y a carceleros.

—Esta oscuridad no es hija de la noche —así es como Dabondi explica la dificultad que tenemos en conciliar el sueño. Y añade—: Esta oscuridad viene de los peñascos de Zongoene.

Más allá del estuario se alzan unas dunas tan altas que, desde la cima, se puede ver el otro lado del océano. Al pie de las dunas se esconden los peñascos de Zongoene. No hay en todo el universo rocas tan negras y tan inmóviles. La raíz de esas piedras habita más hondo que el cubil donde el demonio nació.

Desde hace siglos, los pescadores van allí a rezar para implorar que los navíos naufraguen y las olas lleven a la costa las riquezas que viajan en las bodegas. Se ata a una joven completamente desnuda entre las rocas mientras el clamor de los ancianos se impone sobre el estruendo de las olas: «Vosotros, los *psikwembo*, enfureced al mar para que los barcos se hundan y nos lleguen dádivas venidas de lejos...».

—Escúchame bien, hija mía —me dice la reina—, ¿no oyes las voces que vienen del mar?

No oigo más que el rumor de las olas y el silbido del viento. Para Dabondi, sin embargo, no hay duda alguna: en la playa hay gente clamando a los dioses para que haya un naufragio. Y hay manos sedientas por destripar un navío. Y ese navío puede ser la corbeta en la que viajamos.

\*

Los presentimientos de la reina me perturban. Y me asalta una especie de delirio: es el fin del mundo y mis quince años se van a hundir, sin pena ni gloria, en las aguas turbias del Limpopo. Voy en busca del comandante Álvaro Andrea, que deambula por la cubierta con un farol en las manos. Me recuerda a un *xipoco*, uno de esos fantasmas insomnes que asustan a los niños. El portugués tarda en reaccionar a mi petición:

—Comandante, présteme el farol, por favor.

—¿Para qué?

—No sé. Quiero ver a Germano.

—¿A Germano? ¡Por amor de Dios, Imani!

—Puede que esté loca, pero déjeme mirar...

—No tardes, no puedo quedarme sin luz. Aquí hay gente que me quiere mal.

Con el gesto trémulo y las manos casi inmateriales, el comandante me entrega aquel frágil lucero. El viento sacude la lámpara, que ilumina más mi cuerpo que el camino. Con cada destello de luz, me vuelvo más y más perceptible, una especie de luciérnaga deambulando en la oscuridad. Quizá por eso los ojos de los marineros se concentran, voraces y carnívoros, en mi figura. Busco a Mouzinho de Albuquerque para implorarle protección. Le pediré que me proteja de dos avidedezes: la de mis hermanos negros que me quieren muerta y la de los blancos que desean violarme.

Es entonces cuando Álvaro Andrea emerge de las sombras y me arranca el farol de las manos:

—¡Ya está! ¡Se acabó! —exclama—. Yo tengo más razones para temer la oscuridad.

\*

Es en el destierro —y no en el trono— donde se reconoce al verdadero emperador. Eso declaraba mi padre. Y recomendaba: hay que mirar los omoplatos del rey para evaluar la vitalidad de su reino. Miro a Ngungunyane y no veo cuerpo. En cambio, la nobleza permanece intacta en Nwamatibjane Zixaxa.

—¿Por qué no se sientan todos juntos? —pregunta Álvaro Andrea señalando a los prisioneros.

—Es mejor así, mi comandante —aclaro—. El rencor entre los dos jefes es grande...

Con un gesto sutil, el rebelde Zixaxa señala las dunas de Zongoene. Confirma lo que Dabondi ya había anunciado: en algún lugar, más allá del estuario, estaban despertando a los espíritus. Les pedían que fabricasen naufragios.

—¿Qué está diciendo? —me pregunta el comandante.

—Dile que hablo de las estrellas —responde Zixaxa. Y prosigue lentamente, dándome tiempo para que pueda traducir—: Las estrellas son esposas de la Luna. Eso es lo que son para nosotros, los de nuestra raza. Las esposas son muchas, por eso enflaquecen. La Luna no les da de comer.

Una ligera sonrisa se dibuja en la cara de Álvaro Andrea. Se apoya en la baranda, sacude la cabeza y murmura:

—Me había olvidado de que esta es la última noche del año.

No me tomo el trabajo de traducírselo a Zixaxa. Su calendario es otro, los años se establecen en función de las sequías, las guerras y el hambre. El año que ahora empieza no tendrá para él ningún nombre.

Andar descalzo es un hábito que el portugués perdió hace tiempo, y, por eso, se aleja con pasos trastabillantes. Cuando su silueta se vuelve vaga, le pregunto a Zixaxa:

—No conozco esa leyenda de las estrellas...

—Me la acabo de inventar ahora mismo. A los blancos les gustan las historias. A veces me dan pena. Los trato con deferencia llamándolos «patrón» y se creen que soy sincero.

\*

El barco duerme finalmente cuando de repente llega una señal de la orilla. Un hombre hace señas con una antorcha y después, a gritos, se anuncia en lengua txishangane. Es un *induna*, un representante de la corte de los vanguni. Trae un mensaje de la reina Impibekezane, madre de Ngungunyane. Debe entregar el recado al rey destronado. Mouzinho de Albuquerque duda en autorizar la visita. Pide consejo a Álvaro Andrea. Sorprendido de ser consultado, el comandante declara:

—El barco es mío, el prisionero es suyo.

—La reina Impibekezane siempre nos ha ayudado —dice Mouzinho—. Que el negro suba a bordo —y se dirige a mí—: Y tú, Imani, ya sabes: después me cuentas lo que se diga en esa conversación.

Mandan un bote a buscar al *induna* mientras oyen, procedentes de la orilla, voces en txishangane:

—¡Vete de aquí, tirano gordo, que nos robaste el ganado y las gallinas! Y ahora ¿adónde te llevan?

Acompaño al emisario hasta los prisioneros vanguni. Junto al emperador, el mensajero da unas palmadas y se arrodilla para saludarlo:

—*Bayeté!*

Al principio, Ngungunyane no reconoce al visitante. Se incorpora con esfuerzo, una manta le cae por la espalda y deja al descubierto sus tobillos.

Escudriña con desconfianza el rostro del intruso. El emisario se identifica como asistente del general Maguiguane y se expresa en txizulu:

—No preste oídos a las ofensas de esta gente del río. Muy pronto volverán a reverenciarlo como al *nkossi* de todos los pueblos de Gaza.

—¿Qué quieres? —pregunta Ngungunyane.

—Le traigo noticias, *nkossi*. El comandante de sus *ihimpi*, el general Maguiguane, está organizando un movimiento llamado *Ukubuya Nkossi* para exigir su regreso a Gaza.

—¿Y qué más? Vamos, habla. Conozco bien vuestras maneras: empezáis por las buenas noticias para retrasar el anuncio de las desgracias...

—He venido a avisarle, *nkossi*, de que hay acusaciones graves contra su madre, la reina Impibekezane. Y es por su culpa, dicen, por lo que no llueve desde hace más de dos años y el ganado se muere por una plaga desconocida. Dígame qué quiere que hagamos para salvar a su madre.

—No se preocupe, Kakhulo —responde el tío Mulungo. El viejo consejero tiene una idea clara sobre el futuro—. Los blancos —dice— son quienes ahora nos gobiernan. Hay que dejar pasar un poco el tiempo. En breve, las mismas culpas que hoy se le echan a la reina madre se dirigirán mañana contra los nuevos gobernantes.

—¿Y qué más dicen? —insiste el rey.

Con la mirada clavada en el suelo, el mensajero vacila. Y cuando retoma la palabra, pasa de la reverencia al temor:

—Sus tíos quieren matar a Impibekezane. La acusan de la más grave de las traiciones: entregar a su propio hijo a los portugueses.

Ngungunyane escucha como si todo aquello se dijera en un idioma desconocido. El emisario aguarda durante largos minutos con la esperanza de que su interlocutor abandone el letargo. Y como no sucede nada, interpela silenciosamente al tío Mulungo. Pero todos lo saben: hay silencios que tienen dueño. Por eso, el viejo consejero hace como si no existiera. Y todos esperan que el emperador, el dueño de todos los silencios, retome la palabra:

—Para que yo me halle aquí, cautivo de los blancos, tuvo que haber ciertamente alguien que me traicionase —declara Ngungunyane—. Buscad a los culpables y haced justicia. Empezad por la familia.

El emisario se despide con un exceso de reverencias. Va reculando sin dar nunca la espalda y se dirige por última vez al rey:

—¿Quiere que le haga llegar un mensaje a su madre o a Maguiguane?

—Diles que manden venir al *dokotela* —responde el emperador.

Se refiere al médico suizo Georges Liengme, que le asistía en Mandhlakazi. Siempre con la cabeza gacha, el emisario aclara:

—Los portugueses expulsaron a los suizos. El *dokotela* se tuvo que marchar al Transvaal.

El *induna* regresa a la canoa que lo trajo, se oyen los remos chapotear en el agua. Desaparece en la oscuridad el último de los mensajeros del rey. Ngungunyane no recibirá nunca más visitas de su reino. El exilio empezaría antes incluso de abandonar su tierra natal.

En la cubierta superior, Mouzinho de Albuquerque espera mi informe. Subo las escaleras recordando las palabras de mi padre: en tiempos de guerra, todo traductor es un delator.

\*

Es de madrugada cuando el comandante Álvaro Andrea me ofrece un plato de sopa. Lo rechazo con delicadeza y él se sirve sin ceremonias la ración que me tocaba. Se limpia la boca con el dorso de la mano y casi no lo entiendo cuando me habla:

—Has mencionado a Germano.

—Es mi novio.

—Sé quién es. Tengo una carta suya para ti.

—¿Y por qué me lo dice ahora?

—Me había olvidado. Soy un hombre solitario.

—No lo entiendo, comandante.

—Los solitarios no nos damos cuenta de que nos olvidamos. Puede que me acuerde. Puede que me ayudes a recordar.

Los botones plateados del uniforme relucen, pero brillan más los ojos que clava en mí.

—Estoy embarazada, mi comandante —declaro.

Me sorprendo de mis propias palabras. Lo que acabo de proferir no es una defensa. Es una acusación. Por un momento el comandante baja la cara, vencido por el pudor. Pero enseguida se recompone y regresa convertido en hombre, todo él blanco y militar:

—Estás embarazada, pero no estás amnésica. Hay cosas que me vas a contar. Las cosas que viste durante la captura de Gungunhane.



El comandante tiene en su poder la carta de Germano. Mi primer impulso es reaccionar con rabia. Lo mejor, sin embargo, será proceder como siempre he hecho: aplazar la disputa y fingir obediencia. Acepto hablar, pero le voy previniendo: nuestras conversaciones levantarán sospechas entre los negros y entre los blancos. Lo mejor sería que le escribiese esas confesiones. Bastaría con que me autorizase a utilizar el almacén y me diese pluma y papel.

—No sé —sopesa el comandante—. La mayoría de las veces la gente miente sin querer o sin saber —dice—. Cuando escriben, todavía mienten más.

Después, accede. El tema de la verdad no tiene solución verdadera. Y, en mi caso, la mentira es casi siempre un ligero error de traducción.

## 9. La caligrafía del rey analfabeto

*Los caballos son lo que queda de los antiguos dragones.*

NWAMATIBJANE ZIXAXA

Es el final de la tarde, estoy sentada en el almacén del barco. Un cuaderno, una pluma y un tintero me esperan en una mesa. El comandante ha cerrado la puerta del compartimento pensando que en ese recinto estableceré las pruebas que incriminarán a Mouzinho de Albuquerque. No me da tiempo a iniciar la declaración porque la visita de Ngungunyane me sorprende.

—Odio tus zapatos —empieza diciendo al entrar en el pequeño cuarto—. Odio tus maneras y no soporto el modo en que me rehúyes. Pero puedes estar tranquila —añade—, no he venido a hacerte daño.

Después me arranca el cuaderno de las manos. Lo levanta por encima del quinqué, como si lo sopesase.

—¿Por qué escribes tanto? —me pregunta. Y comenta entornando los ojos —: Ni siquiera los blancos se explayan así. Nunca he visto a ninguno de ellos escribir después de ponerse el sol.

Con la mirada en el suelo, veo sus pies descalzos. Son como las raíces de un árbol muerto. Siento su aliento ardiente cuando me ordena que arroje al mar el cuaderno y todos los demás papeles.

—¿Qué papeles? —pregunto con un hilo de voz.

Rebusca en mi hatillo y saca de él las cartas que nunca llegué a enviar a Germano. Ni yo misma imaginaba que fueran tantas. El emperador necesita las dos manos para abarcar toda aquella carga. Da unos pasos y deja caer las hojas. Lo hace a propósito. Pretende que me incline a recoger lo que ha esparcido por el suelo. Se aprovecha de mi debilidad. Sus rollizas manos me tocan los muslos, me recorren las nalgas y, tras un hondo suspiro, se amoldan a mi cintura.

Dejo que abuse de mí. Quiero que se distraiga y se mantenga alejado del lugar en el que escondo mis otros escritos. Que se quede con las cartas, pero

que no toque los cuadernos en los que voy relatando este atribulado viaje. Apresuradamente elijo las cartas apenas esbozadas y las deposito en sus brazos. El emperador sacude la cabeza y murmura:

—¡Vas a ser mía, mi octava esposa, mi nueva hechicera!

Se dirige a la escotilla balanceando el cuerpo como si acunase a un bebé. Con un gesto amplio, lanza las cartas por la borda. Los papeles vuelan un instante, dando vueltas como gaviotas ciegas. Cuando caen sobre las olas, el mar entero cambia de color. Se vuelve negro como la noche. Ngungunyane no se apercibe de esa transformación. El océano siempre ha sido para él un manto oscuro.

—No he venido aquí a por tus papeles —dice—. He venido a por mi carta.

—¿Qué carta, *nkossi*?

—La que te voy a dictar. Una carta para el rey de Portugal.

Inspecciona la hoja blanca que él mismo ha separado, palpa la punta de la pluma, huele el tintero. Y me dice que no escatime en adornos y florituras.

—Quiero que emplees un lenguaje propio de reyes —dice—. ¿Acaso no somos nosotros, los soberanos de las naciones, los que mandamos en las palabras?

Pausadamente, empieza a dictarme. Mantiene los ojos cerrados, como hacen los que cantan con el alma a flor de piel.

\*

Estimado hermano don Carlos, rey de Portugal:

Soy Mudungazi Ngungunyane, hijo de Muzila, que a su vez es hijo de Manicusse, el Sochangane. Soy yo quien le escribe para agradecerle su gran bondad. Se ha propagado por ahí el rumor de que voy prisionero. Dicen que viajo en este barco como un animal, vencido y humillado. Ambos sabemos que no es verdad. Viajo por invitación de Vuestra Excelencia. Todo esto —mi captura, mi encierro, mi viaje— es una puesta en escena. Todo esto no pasa de ser una farsa para que los gobiernos de Europa la disfruten. No me han esposado las muñecas, no me han atado de pies y manos. Estoy inmovilizado porque he aceptado colaborar en esta impostura. Voy camino de Lisboa para conversar personalmente con Vuestra Excelencia sobre nuestros asuntos. El privilegio de este convite

causaría desconfianza entre los reyes europeos y envidia entre los reyes africanos.

Hubo veces en que, lo confieso, flaqueé. Dudé de Vuestra Excelencia, temí por mi vida. Fue culpa de la bebida, lo reconozco. Y hay un temor permanente que me persigue: el miedo a no regresar. Así es como piensan los zulúes: quien atraviesa el mar nunca más regresa. No es un presentimiento. Es la experiencia de todos los africanos, sean esclavos o dueños de esclavos. Nunca ha vuelto ninguno. Quien entra en el mar pierde su nombre. Y solo recuerda lo que fue antes de haber nacido. Eso es lo que decimos en nuestra tierra.

Seguiré gobernando a mi pueblo desde lejos, como hacen los reyes ya fallecidos. La distancia no me da miedo. Lo que me da miedo es la deslealtad. Siete de mis mujeres me acompañan, cada una de ellas con su sombra. Entre ellas, Dabondi es la que sueña. Cada sueño que tiene es un consejero que me avisa de tramas y traiciones. Van a sacrificar a mi madre, Impibekezane, acusándola de ser fiel a los portugueses. Lo más grave es que esa acusación es verdadera. La reina Impibekezane confió en la palabra de Portugal. De manera que quiero pedirle, hermano mío, que la proteja como me prometió. Dicen que Maguiguane pretende organizar una revuelta para forzar mi regreso a Mozambique. No se deje llevar, querido *nkossi*. Ni siquiera yo me creo sus motivos. ¿Por qué razón Maguiguane, con sus artes militares, no intentó una emboscada para liberarme? ¿Por qué me dejó atravesar lugares donde habría sido tan fácil atacar por sorpresa? En vez de luchar por mi regreso, Maguiguane debería haber impedido mi salida.

Nada de eso me sorprende, Excelencia. Ese general mío tiene una historia. Viene de los vatsonga, la tribu de los conquistados. Yo obligué a Maguiguane a arrodillarse, me senté en su espalda mientras me bañaban. Ese hombre lo que quiere es sentarse en la espalda de alguien. Y ahora lidera un ejército que solo existe en sus sueños. Maguiguane actúa como si fuese un general. Yo finjo que soy un prisionero. Y Su Majestad simula que es mi carcelero. Por eso, le digo: las batallas se ganan con armas, pero las guerras se ganan con mentiras.

Le cuento todo esto, mi rey, porque las buenas maneras imponen que un asunto se empiece con otro asunto. La razón principal de esta carta es una petición urgente. El cuarto que me ha sido atribuido no ha supuesto para

mí una reclusión. Me ha dado protección. Ahora estoy protegido de los portugueses que me guardan rencor. Lo que yo le pido es que Zixaxa no siga en mi celda. De él es de quien más necesito protegerme. Ese Nwamatibjane Zixaxa no es munguni, no forma parte de la nobleza de Gaza. No es más que un pequeño *induna* del sur de Mozambique, de esos a quienes ustedes llaman «régulos». Si hay alguien a quien debe odiar Vuestra Excelencia es a ese rebelde que ni siquiera a mí me obedece. Al vencerme a mí, Su Majestad ha vencido a todos los que por mí fueron vencidos.

Quiero que sepa lo siguiente: el asalto a Lourenço Marques no contó, como le dijeron, con mi complicidad. Zixaxa actuó por su cuenta y riesgo. Y ahora me acusa a mí de traición, me culpa por haberlo entregado a las fuerzas lusitanas. Por eso, le imploro: no me obligue a dormir con quien me quiere matar. Si mi destino es dejar de vivir, prefiero que me maten los portugueses. Fusíleme, Su Majestad.

Un último deseo: por favor, transmita un mensaje al capitán Mouzinho de Albuquerque. Dígale que no le guardo rencor. El capitán me ha capturado no como a un enemigo, sino como a un compañero de armas que se ha insubordinado. Soy un sargento del mismo ejército. He viajado con Mouzinho durante varios días y he constatado que hay una dolencia que nos hermana: las rodillas. Mouzinho cayó de un caballo en el ejercicio de sus funciones. Mi sufrimiento no tiene la misma gloria. Solo sufro por mi propio peso. Los dolores son antiguos, pero se han avivado tras mi captura. Durante días consecutivos me agredieron con patadas y puñetazos. Sé que no fueron instrucciones tuyas, pero sigo recibiendo golpes, muchos golpes. Al principio pensaba que se trataba de palizas fingidas, pero las tundas eran demasiado dolorosas para ser falsas. En mi refugio de Chaimite me pegaron: primero para que me sentase, después volvieron a pegarme para que me levantase. De camino al río, me deslomaron porque mi marcha era lenta. Ya en el barco, algunos soldados quisieron arrancarme a la fuerza el secreto de un tesoro escondido. Y fue el capitán Mouzinho el que, furioso, detuvo la paliza. Gritó: «¡Que nadie toque a Ngungunyane! ¡Este africano es un invitado del rey de Portugal!». Mouzinho de Albuquerque, me imagino, debe de sospechar nuestro secreto. Téngalo por cierto, hermano. No se puede dar la espalda a quien conoce nuestras heridas.

Falta poco para que conversemos de viva voz y no me dejarán llevarle

presentes con que obsequiarle. Ya había destinado tres cabezas de ganado para que me acompañaran en esta larga jornada, pero no ha sido posible. Queda pendiente para nuestro próximo encuentro en Mozambique, momento en el que, además de los bueyes, Vuestra Excelencia se quedará con los pastos y los ríos que hacen engordar las manadas.

Me despido de Vuestra Excelencia a nuestra manera: ¡Bayeté, rey don Carlos!

Mudungazi Ngungunyane

\*

Pongo el punto final a la carta con una sonrisa maliciosa.

—¿De qué te ríes? —me pregunta Ngungunyane.

—Solo puede ser ironía —me arriesgo a decir.

—¿Cómo que ironía? —me vuelve a preguntar.

—No puede haber sido sincero —declaro.

—¿Lo has escrito todo como te he dicho? —me pregunta el rey como si no me hubiese oído. Asiento con la cabeza, y ahora le toca a él sonreír con malicia. Con el dedo en ristre, me avisa—: Mandaré a Dabondi para que me confirme si has sido fiel a lo que te he dictado.

Contesto con miedo:

—Dabondi no sabe...

No me deja terminar.

—¡Dabondi sabe leer! ¡Tú todavía estás pensando en lo que vas a decir y ella ya ha leído tus palabras!

Ngungunyane toma la hoja en las manos y recorre con el dedo índice el contorno de las letras. Es su manera de medir mi obediencia.

—¿Quieres saber por qué escribo al rey de Portugal? —pregunta.

En Chaimite, me cuenta, los cazadores colgaban las calaveras de los leones en el árbol sagrado. Todo el mundo pensaba que era una exhibición vanidosa, pero no era más que la humildad que guía a los cazadores: veneran a los vencidos, piden perdón a los dioses de los animales.

—¿Entiendes ahora por qué escribo esta carta? —me pregunta Ngungunyane.

## 10. Un pañuelo blanco iluminando el pasado

*Cruzar un océano, a la ida o a la vuelta, debía de ser a ojos de los africanos como trasponer un río.*

ALBERTO DA COSTA E SILVA, *Um rio chamado Atlântico*

Los navíos son como las caracolas: en ellas se oye la voz del mar. El *Neves Ferreira* es una caracola gigante, una concha metálica tumbada de espaldas. Las chimeneas son tres bocas que engullen las nubes y después las regurgitan, sucias y pesadas. Este navío que nos espera en el puerto de Xai-Xai provoca tal admiración entre los prisioneros que el océano se vuelve invisible.

Sentado entre fardos de algodón, el rey de Gaza quiere saber cuánto tiempo durará el trayecto hasta Lisboa. Le transmito lo que me dicen: hasta Lourenço Marques solo dos días. Después, son dos meses más hasta llegar a la capital portuguesa. Al traducirlo al txizulu convierto los meses en lunas. Pensaba que Ngungunyane reaccionaría con tristeza, pero sucede lo contrario. Una sonrisa le ilumina la cara:

—¿Dos lunas? —pregunta, asombrado.

¿Los portugueses han recorrido un camino tan largo solo para luchar contra él? Y yergue los hombros, orgulloso. Por breves segundos, vuelve a ser emperador.

\*

Durante horas, los cautivos esperan en el muelle la orden de embarque. Viajarán en la bodega. Los portugueses empiezan por mover las mercancías. A continuación entrará la otra carga, esa que habla, llora y reza.

Anchas cadenas amarran el navío *Neves Ferreira* al puerto. Está atado por la nariz, como se hace con los bueyes. Comparte la encadenada condición del emperador, cuyas muñecas han sido temporalmente prendidas con una cuerda

de sisal.

El pasmo de mis hermanos negros colma de vanidad al comandante Álvaro Andrea. De modo opuesto se manifiesta Mouzinho de Albuquerque. Quiere ridiculizar a la Marina de Guerra y a los marineros.

—Los barcos —dice— solo son bonitos en tierra y puestos del revés.

Los marineros se ríen profusamente. Mouzinho va más allá en sus intenciones de caricaturizar a la Marina. Hay que darle la vuelta a un barco, dice, para comprender su verdadera naturaleza. La palabra «quilla» la comparten barcos y aves. Un navío es más un pájaro que un pez. Eso es lo que dice Mouzinho.

La reina Muzamussi teme que el navío pueda avanzar tierra adentro e implora a gritos que no desaten al monstruo. Ngungunyane ordena a la mujer que se calle. En adelante, ninguna de sus esposas volverá a hablar sin autorización. Dabondi sonríe con desdén: el emperador reconoce, por fin, la fragilidad de su imperio y la precariedad de su harén. Con sangre tomó posesión de la tierra. Con semen se apropió de las mujeres. Todo ese dominio se le escapa ahora. Por eso grita a las reinas. La única autoridad que le resta es la de ser un hombre entre mujeres.

\*

En el muelle de Xai-Xai, el capitán Mouzinho de Albuquerque inspecciona el embarque de su preciado caballo. No es un simple animal el que allí viaja, no es una mera carga manoseada. El caballo compone el retrato que el capitán hace de sí mismo. Así es como se sueña, como una nueva versión del centauro, como un caballero de por vida. Afortunadamente, el garboso militar no entiende el comentario de Zixaxa:

—Algún día nos tendremos que comer ese caballo.

Y llega el turno de que Mouzinho sonría sin comprender por qué. Conserva la sonrisa mientras recorre la escalera que conduce al interior del *Neves Ferreira*. En el puente recibe los saludos del comandante, el teniente Jaime Leote do Rego. El patrón de este navío es un hombre muy distinto a Álvaro Andrea, y Mouzinho de Albuquerque da gracias a Dios por ello. Para él, el intercambio de comandantes es un alivio. Para mí, una pesadilla. Libre de sus funciones, Álvaro Andrea está más disponible para buscarme. No es su



compañía lo que me desagrada. Es mi falta de valor para exigirle lo que me debe: la carta de Germano.

\*

El navío se hace a la mar y, por un momento, me parece que lo que se mueve es el continente. No viajaremos en un barco. Navegaremos como siempre se viaja: a través de recuerdos y sueños. Aunque yo ya no recuerdo ni sueño. Tengo quince años. Voy lejos de mí, sin equipaje ni documentos. Pero llevo conmigo a mi hijo, el principio de mi eternidad.

En plena noche, a Dabondi y a mí nos convocan para ir al camarote del comandante Jaime Leote do Rego. A la entrada, Dabondi toma en sus manos los brazos del militar. Resulta extraño que una de nuestras mujeres se tome esas confianzas. La reina, sin embargo, ha simpatizado con el blanco de la barba canosa. El afecto es recíproco: el teniente clava la mirada en la reina como estudiando su rostro.

—Perfecto, es ella a quien quería —confirma con entusiasmo.

En el fondo del camarote hay un lienzo sujeto a un caballete. Sobre una silla hay dos pinceles y una paleta donde se combinan diferentes tonos de azul.

—Quiero pintar el mar —confiesa. Por eso ha requerido la presencia de la reina Dabondi—. En el muelle —dice—, escuché a esta mujer. ¡Dile que vuelva a cantar!

—No soy yo quien canta —replica Dabondi—. Otros utilizan mi voz.

—Explícale a esta mujer que no estoy acostumbrado a pedir.

La reina sonríe y responde:

—Pregunta a este hombre si recibe órdenes para soñar.

Con la punta de los dedos, Dabondi acaricia el lienzo con delicadeza. Cree que está ante un telar y que el comandante es un tejedor. Con gestos redondos, como si hablase con los brazos, el portugués presenta la obra por empezar:

—El mar no se ve: en él nos vemos nosotros —y después añade—: Vi el océano cuando escuché a esta mujer cantar en el muelle.

Jaime Leote do Rego ofrece una copa de aguardiente a la reina. Dabondi vacía el cáliz de un trago. Señala la copa vacía y reclama una segunda dosis.

—Si me oyó cantando, este blanco solo puede ser un enemigo —dice ella.

Y añade—: La bebida es buena, voy a seguirle la corriente.

Después, la reina suelta la voz. El comandante cierra los párpados y, lentamente, las aguas del mar inundan su camarote.

Con el brazo derecho alzado, los pasos acompasados al ritmo de la canción de la reina, el comandante Leote do Rego avanza en mi dirección y me pregunta:

—¿Has bailado alguna vez con un blanco?

\*

Es la mañana del 4 de enero de 1896 y el *Neves Ferreira* echa anclas en la bahía del Espíritu Santo. Ante nosotros se muestra la misma ciudad que, hace exactamente un año, Zixaxa tuvo la osadía de asaltar. Los blancos la llaman Lourenço Marques, nosotros la bautizamos como Xilunguine. Me acuerdo de cómo la italiana Bianca Vanzini se quejaba de la pequeñez de este lugar, pero para nosotros, que nunca hemos visto una ciudad, esta acumulación de calles, casas y luces es motivo de deslumbramiento. Por eso la llamamos Xilunguine, el lugar donde se vive y se habla como los blancos.

Ingenuamente, pensé que estábamos cerca del momento del desembarque, pero enseguida comprendí que todos los tripulantes descienden en barcas, excepto nosotros, los negros. Anclado en medio de la bahía, el navío es una cárcel. Los portugueses necesitan tiempo: en la ciudad se ultiman los preparativos de la gran fiesta. A ella acudirán corresponsales, diplomáticos y dignatarios extranjeros. Se reunirán gobernantes, comerciantes y jefes religiosos. Se congregará, en fin, toda la población de las regiones vecinas para ver al León de Gaza desfilando derrotado y humillado, con los pies lamiendo el fango de las calles de Lourenço Marques.

Álvaro Andrea se niega a desembarcar. Argumenta que, si permanece a bordo, garantizará la seguridad de los prisioneros. Todos sabemos que el portugués tiene otras razones. Aquella es su última oportunidad para avanzar en el informe contra Mouzinho. En ese somnoliento navío se encuentran, a su entera merced, los testigos que ansía interrogar.

\*

A la mañana siguiente recibimos visitas a bordo. Vestido de civil,

Mouzinho de Albuquerque aparece acompañado de una decena de diplomáticos y periodistas. Con él también viene un negro flaco y alto con zapatos y ropa europea. Mouzinho se dirige a mí y me pregunta:

—¿Me reconoces sin uniforme, muchacha? Vengo vestido a la manera del Alentejo, con chaqueta, faja y sombrero de ala ancha.

Ordena que convoquen a los prisioneros y después nos presenta al negro que lo acompaña:

—Este es Zeca Primoroso, el traductor, el «lengua», como nosotros lo llamamos. Ha venido para ayudar en las entrevistas con Gungunhane —y añade, dirigiéndose a mí—: Estás dispensada, chica.

Se toman fotografías del rey flanqueado por dos de las reinas. Dabondi sonrío, satisfecha por ser una de las elegidas. Saciada la prensa, Mouzinho se vuelve y desafía al traductor:

—Pregúntale a Gungunhane si reconoce a quien lo capturó en Chaimite.

Ngungunyane se levanta pesadamente y señala al capitán Mouzinho:

—¡Fue este!

—¿Lo ven? —dice ufano el capitán—. Incluso disfrazado, he sido inmediatamente reconocido. Escriban eso para que se callen los incrédulos.

Mientras transcurren las entrevistas, Mouzinho me llama aparte para explicarme el motivo de haber recurrido a otro traductor. No se trataba de una cuestión personal.

—Con todos los espías hay siempre el mismo problema —me explica el capitán—. Alguien, después, debe espíarlos a ellos. Pagados para traicionar a uno, acaban traicionando a todos.

En mi caso, dicha sospecha era todavía más grave. Era negra, era mujer, había abandonado a mi familia y mis creencias. Más grave aún: había elegido a un blanco como amante. ¿Cómo podía inspirar confianza?

—Has traicionado a los tuyos, más fácilmente nos traicionarás a nosotros. Puede que seas casi blanca, pero hay algo que no cambia: la familia de un negro son todos los negros del mundo.

La comitiva se despide. La misma barcaza que los trajo se los lleva de vuelta a la ciudad. Regresan todos, excepto Zeca Primoroso.

\*

El nuevo traductor es una de esas personas a las que nosotros llamamos

*muzwalana*, es decir, un negro que sabe leer y escribir. En cuanto los blancos se marchan, Primoroso me dice:

—Acaban de capturar al misionero Roberto Machava y algunos de sus seguidores han sido arrestados con él. ¿También eres de la iglesia?

—Soy de otra iglesia —respondo con aspereza.

—¿Y cuál es esa iglesia?

—No la conoces. No tiene nombre en portugués.

Los prisioneros asisten estupefactos a nuestro diálogo. Es la primera vez que son testigos de cómo dos negros se comunican en portugués. Zixaxa meneaba la cabeza y sonríe. Una sonrisa es, a veces, la mejor acusación.

\*

Álvaro Andrea llama a Zeca Primoroso a la torre de mando. Lo vemos recibir instrucciones y señalar con la cabeza con una mezcla de presunción y deferencia. Después, el traductor regresa a cubierta y desfila erguido ante los asombrados prisioneros. Además de la ropa europea, usa zapatos relucientes y lleva el pelo estirado a lo largo de una ancha raya que le atraviesa el cráneo de una punta a la otra. En txizulu, va enumerando las cualidades que, según él, hacen diferentes a los de su raza:

—Dicen que en Mozambique hay reyes negros y guerreros victoriosos. Ninguna de esas estupideces cuenta para mí, pues obedezco a un rey distante, el rey don Carlos. Además, hace mucho que llevo zapatos y calcetines, duermo en una cama y la comida me la sirven en una mesa. ¿Lo entendéis?

El rebelde Zixaxa agita los brazos haciendo una solemne reverencia y proclama en falsete:

—*Si ya vuma!*

Es una aprobación cínica, un irónico «amén». Zeca Primoroso reacciona contrariado: que nunca más reciban sus palabras con exclamaciones indígenas. Podían estar de acuerdo con él, es más, debían estar de acuerdo, pero que no olvidasen nunca que estaban ante una autoridad lusitana. Y avisa de que el capitán Álvaro Andrea acudirá enseguida para interrogar a los prisioneros.

—Tenemos dos orejas y una boca —declara Zeca—. Recordad, compatriotas: las orejas son nuestras, pero la boca no nos pertenece.

El capitán baja hasta la cubierta donde, en silencio, se alinean los presos.

Álvaro Andrea manda que me una a los prisioneros.

—Ya no eres traductora —declara al pasar por mi lado.

Ngungunyane es el primero en ser interrogado. El portugués pretende que el rey de Gaza confiese los maltratos a los que fue sometido. De poco sirve que la pregunta sea reformulada en txizulu. El rey permanece callado. Se repiten las preguntas en varios formatos y el rey sigue sin abrir la boca. El portugués pasa de inquiridor a delator. Era por culpa de aquello que Ngungunyane protegía con su silencio por lo que sus consejeros sospechaban de su propia madre. Y prosigue Álvaro Andrea: ¿Ngungunyane sabía dónde estaba la copa de plata que había regalado a la reina de los ingleses? ¿Acaso no lo adivinaba? ¿Sabía quién había dado la orden, después de su captura, de que matasen a todo su ganado?

—Mouzinho de Albuquerque tiene que estarte agradecido. Gracias a ti se ha convertido en un héroe, gracias a ti ha recibido elogios del rey don Carlos. Gracias a ti miles de negros y blancos lo aplaudirán por las calles de Lourenço Marques. Si no fuese por ti, ese capitán no pasaría de ser un ilustre desconocido.

Zeca Primoroso se esmera en la traducción, pero inesperadamente lo interrumpen voces que llegan del mar. Decenas de embarcaciones rodean, en la oscuridad, nuestro barco. El portugués pide a Primoroso que le explique lo que pasa. Con los ojos cerrados, el intérprete recita de memoria el cántico:

*Este es el joven, nuestro joven al que quieren matar.*

*Él es el glorioso, nuestro motivo de gloria.*

*Luchó contra los blancos, huyó a Cossine.*

*Ahora está preso. Y lo llevan lejos...*

Primoroso carraspea, desconcertado:

—Esa es la letanía que entonan en su lengua.

—¿Se refieren a Ngungunyane? —pregunta el comandante.

—No, Excelencia. Los hombres cantan en honor de Zixaxa.

El comandante camina a lo largo de la barandilla, intentando discernir de dónde procede aquella exaltación. La noche es oscura, no se ve nada a un palmo de la cara. Alborotado, Andrea ordena que los centinelas disparen unos tiros sin dirección definida.

—¡Disparad! ¡Disparad a las malditas canoas! —ordena.

—Pero ¿qué canoas? —preguntan los soldados.

—¡Disparad hacia cualquier parte y mantenedlos alejados!

La maniobra da resultado, las canoas se alejan y el silencio vuelve a rodear el navío. Ngungunyane es encerrado en la cabina de mando. En la puerta lo custodian dos centinelas, uno blanco y otro negro.

En aquella improvisada celda se queda dormido, enroscado como un pangolín, el jefe derrotado de los vanguni. Recuerdo las palabras de mi padre: todo calabozo es pequeño; toda prisión es perpetua.

\*

Las fantasmagóricas canoas atemorizan al comandante Álvaro Andrea. Sospecha que quieren matar al rey negro. Aunque conjetura, con más convicción, que el objetivo puede ser él mismo. Y se apresura a asumir el mando de la situación. Sea cual fuere la naturaleza de la amenaza, es imperioso reforzar la vigilancia a bordo.

Zeca Primoroso y yo somos enviados a Lourenço Marques inmediatamente. Nuestra misión es pedir ayuda a un sargento llamado Duarte Amaral que, además de un experimentado militar, es un fiel amigo del capitán. Debemos buscarlo en las casas del pecado. No partimos sin que Álvaro Andrea nos advierta: Mouzinho no puede tener conocimiento de esta medida. Esa petición de socorro sería, seguramente, un motivo de burlas. Por eso, Andrea nos elige a nosotros, desconocidos y civiles, para que cumplamos con tan delicada tarea.

—Id con cuidado —nos advierte—. Y traed con vosotros al sargento Amaral.

Su mirada es la de un alucinado, el sudor le resbala por la cara. Casi no reconozco al hombre tranquilo que venció la furia del viento *xidzedze*.

\*

En pocos minutos desembarcamos junto a un fuerte que Primoroso identifica como la fortaleza de Nuestra Señora de la Concepción. A toda prisa atravesamos una amplia plaza rodeada de calles estrechas.

—¡Esta es la calle! ¡Esta es la Rua dos Mercadores! —proclama Primoroso—. ¡Vayamos con cuidado! De noche la ciudad es muy peligrosa, hasta Dios

se ve en apuros —me advierte. Mientras caminamos, no se calla—: Yo llevo encima un permiso para circular, pero tú, siendo una muchacha negra indígena, no puedes andar por aquí a estas horas.

Y, vanidoso, agita el documento que lo autoriza a recorrer territorios que, después de ponerse el sol, se vuelven exclusivos de los europeos. Tenemos que evitar a los guardias que velan por el cumplimiento del toque de queda. Zeca Primoroso justifica las redadas:

—Los portugueses, pobrecillos, no lo hacen con mala intención, pero no está bien que los negros anden por ahí cuando ya está oscuro. Un blanco podría asustarse, pues solo advierte la presencia de un negro cuando ya se ha topado con él.

\*

Vamos caminando a lo largo de la Rua dos Mercadores. Puedo hablar portugués como pocos portugueses, puedo haber leído muchos libros, pero nunca he estado en una ciudad, nunca he paseado bajo la luz de los faroles. Con orgullo, Zeca Primoroso va traduciendo la ciudad que mis ojos no saben leer. En la puerta de los bares se exhiben mujeres medio desnudas. Cientos de bohemios pasan por allí, casi todos borrachos, intercambiando chistes e improperios en los idiomas más indescifrables. El descubrimiento de oro en tierras vecinas ha inundado Lourenço Marques de aventureros. Han venido ingleses, bóers, sirios, libaneses, italianos, griegos y gente de naciones tan lejanas que ningún mapa les hace justicia.

Mientras diserta sobre la ciudad, Primoroso inspecciona la fachada de los establecimientos. Examina el otro lado de la calle, la acera menos iluminada. Después me aúpa en brazos como si fuese una niña. Desde esa altura veo los interiores llenos de humo. Las mujeres están, al mismo tiempo, casi desnudas y excesivamente vestidas.

—Por poco —confieso en voz alta— no acabo siendo una de esas mujeres.

—¿Qué dices? —me pregunta Zeca cuando vuelve a dejarme en el suelo.

Le hablo de la intención de Bianca Vanzini de contratarme para una de sus casas nocturnas.

—¿Para la Bohemian Girl? —se asombra Zeca.

Me encojo de hombros.

—No sé —respondo—. Sé que me iba a llamar Black Lilly.

—Es un nombre precioso —declara Zeca—. Deberías usarlo —me recomienda.

\*

Es casi medianoche cuando Zeca Primoroso se detiene frente a un establecimiento cuyo letrero reza: «La Folía».

—Es aquí —murmura, excitado.

Aborda al vigilante a la puerta del burdel y enseguida, allí mismo, se crea un enorme alboroto. Impiden que Zeca Primoroso entre, le prohíben que se explique.

—¡Negro de mierda! —le gritan a coro mientras agreden al traductor indefenso.

Desesperadamente, busco entre la multitud: ¿dónde estará el tal sargento Amaral?

Acudo a socorrer a Zeca, que yace tendido en la acera. Lo arrastro al lado opuesto de la calle. Le limpio la sangre que le escurre por la cara mientras él se ocupa de atusarse el peinado. Durante la pelea, ha perdido el tacón de un zapato y me pide que lo busque. Un zapato es más importante que cualquier permiso para circular. Su prioridad es esa: recuperar la compostura. Mientras rebusco a gatas por el suelo, el traductor disculpa a sus agresores: que no malinterpretase aquella violencia en sus palabras, un «accidente» sin ningún significado.

—Seguro que me han confundido. En todas partes me tratan con el máximo respeto.

—No digas nada más, Zeca —le ordeno mientras le limpio la cara ensangrentada—. Si no te quedas quieto, la herida nunca se te cerrará.

Vuelve a atusarse el peinado y con un dedo manchado de sangre recompone la raya que le divide la espesa mata de pelo. Le doy un pañuelo para que se seque la mano, la misma mano que tantas cartas de recomendación falsificó para ayudar a sus hermanos. De eso me habla mientras me ocupo de él. Mil veces se metió en la piel de un blanco para firmar salvoconductos con un nombre falso, un nombre bien portugués. Su escritura era tan perfecta que nadie podía imaginar que esos documentos hubiesen sido redactados por un negro.

—¿Lo ves, Imani? —concluye Zeca—. Dicen que he traicionado a mis



hermanos negros, pero nadie los ha ayudado tanto como yo...

Del otro lado de la calle alguien me llama por mi nombre. Es Bianca Vanzini. Nos abrazamos de un modo tan escandaloso que los transeúntes se miran desconfiados. No me doy cuenta de que Zeca se escabulle entre los mirones en busca del sargento Amaral.

—Sabía que estabas en Lourenço Marques —me revela Bianca—. Germano me ha escrito. Te ha enviado dos cartas. ¿No las has recibido? ¿Álvaro Andrea no te las ha entregado?

Niego con la cabeza.

—¿Andrea? —pregunto con la voz apagada, la cabeza vacía.

Alguien me tira del brazo. Es Zeca Primoroso que me mete prisa para que regresemos a nuestro navío. Así es como se expresa: «nuestro» navío.

—Vete tú, Zeca. Ese barco no es mío.

—¡Vamos! —insiste el hombre—. El sargento Amaral está aquí, no le hagamos esperar.

Me agarro al vestido de Bianca, me pego a su pecho y le suplico:

—¡Déjeme quedarme con usted, Bianca! ¡Escóndame entre sus mujeres! Aquí esperaré a Germano.

No era una buena idea, respondió Bianca. Primero, porque me vendrían a buscar. Segundo, porque nadie sabía cuándo pasaría Germano por Lourenço Marques. Y, finalmente, por un motivo más importante que los anteriores: si perdiese ese barco, nunca viajaría a Lisboa. Es en Portugal, me dice, donde debo esperar a mi amado.

—Regresa al navío. Zeca tiene razón: es tu navío, tu último navío.

Me suelto de Bianca y dejo que me arrastren hasta el *Neves Ferreira*. La italiana se va alejando, la luz del farol ilumina su pelo cuando súbitamente la veo hacerme aspavientos. Noto que grita, pero la música estridente de los burdeles no me deja entender lo que quiere decirme. Y me parece que es un sobre lo que agita en sus manos. O tal vez sea un pañuelo blanco con el que se despide.

## 11. Carta de Germano de Melo a Bianca Vanzini

*En una guerra, los soldados que habían salido de misión dieron media vuelta y regresaron al cuartel. El general, asombrado, vio volver al batallón. No habían encontrado la frontera que supuestamente debían proteger. Eso fue lo que dijeron a modo de disculpa.*

*—¿No sabéis dónde está la frontera?*

*—¿Dónde está, mi general?*

*—Bueno, la frontera..., quiero decir, la frontera... ¿De verdad no la habéis encontrado?*

*—Por eso hemos regresado, mi general.*

*—Pues la frontera está donde acaba la tierra.*

*Los soldados partieron de nuevo. No volvieron nunca más.*

HISTORIA ANÓNIMA RECOGIDA POR GERMANO DE MELO

Inhambane, 2 de enero de 1896

Querida Bianca:

Te escribo desesperado. He enviado dos cartas a Imani y no he tenido respuesta. Ignoro si las ha recibido. Dirigí las cartas a Álvaro Andrea, un comandante de la Marina en quien confío como en un hermano. No sé nada ni de él ni de Imani.

Las guerras causan una deformación en el alma de quien espera: tenemos un deseo irrefrenable de recibir noticias, aun sabiendo con certeza que serán las peores posibles. El infierno es preferible a la ausencia de todo.

El desconocimiento del paradero de Imani ha despertado en mí angustias que parecían olvidadas. Y de nuevo me quedo sin manos, sin cuerpo, sin voluntad. A veces pienso que Imani ha encontrado a otro hombre. O peor aún: que, sin ninguna razón particular, ha dejado de quererme. Son fantasmas que me roban la tranquilidad, pero no la esperanza. No tardaré en

reencontrarme con Imani en mi propia tierra. Iré con ella a la aldea para presentársela a mi madre. Y entonces proclamaré, señalando el vientre de Imani: ¡he aquí a tu nieto! Heme a mí en otra vida.

He pensado mucho en usted, querida amiga italiana, y en las circunstancias en que nos conocimos. Recuerdo el día en que Zixaxa atacó Lourenço Marques y en cómo buscamos refugio entre las ruinas. En medio de los escombros, por un momento, nos olvidamos de que el mundo se derrumbaba fuera.

Un día de estos volveré a visitarla. No llegaré a tiempo de asistir al desfile de Gungunhane. Ese sería el momento adecuado para encontrarme con Imani. Con todo, otras ausencias serán mucho más duras de llevar que la mía. Y una de ellas, la más importante, será la de António Enes. El comisario real recibirá las buenas nuevas de camino a Lisboa. La mayor parte de las autoridades militares ya se hallan en la metrópoli. A excepción de Mouzinho de Albuquerque, los héroes están todos de vacaciones, fatigados de las tres únicas batallas a las que tuvieron que enfrentarse. Desembarcarán en Lisboa con derecho a una recepción triunfal, ovacionados por una hazaña que intentaron evitar a toda costa.

Su héroe, ese caballero andante, no se podrá quejar de la falta de reconocimiento. Desde Inglaterra, Francia y Alemania han enviado mensajes, medallas y condecoraciones. Solo Portugal se ha olvidado de llevarlo a Lisboa para recibir los honores que le son destinados. Las órdenes son claras: Mouzinho permanecerá en Mozambique. La guerra está terminada, pero no tanto como quieren hacer creer. ¿Y si ese caballero andante la visitase en Lourenço Marques? ¿Y si se alojara en su establecimiento?

Le pido disculpas, querida Bianca, pero no puedo mostrarme indiferente ante su afecto por el capitán Mouzinho. Al igual que yo, usted es libre a la hora de elegir sus pasiones. Pero, por el amor de Dios, ¡todos menos ese imbécil! Considere solo el pueril arrebatamiento que este capitán alimenta por Inglaterra. Sabe perfectamente, doña Bianca, la consideración que los ingleses nos tienen a los portugueses y a los italianos: piensan de nosotros lo que nosotros pensamos de los africanos.

Así es, querida amiga: cuanto más apocada es una nación, más difícil es elegir a sus héroes. No porque no los haya, pues si hay una criatura que prolifera en esas naciones son los héroes. En Portugal hay más héroes que habitantes. La dificultad para elegirlos radica únicamente en el miedo a

desagradar.

En esta curiosa celebración de la victoria, la monarquía oculta un futuro que sabe incierto. Han capturado a Gungunhane, lo llevan a un exilio sin fin. Sería preciso un navío del tamaño de un continente para salvar a África de la codicia de los europeos y de los propios africanos.

El rey de Gaza siempre ha sido un obstáculo para Portugal, no tanto por lo que hacía, sino por lo que no dejaba hacer. Días después de su captura, nuestros soldados ya recorrían las aldeas para cobrar el llamado «impuesto de choza». Cada familia tendrá ahora que pagar media libra de oro. Parece poca cosa, pero es una fortuna para quien, siendo campesino, vive alejado de toda moneda. Lloran las mujeres, los ancianos se lamentan: para obtener un salario, los hombres tendrán que emigrar a las minas del Transvaal. A falta de funcionarios públicos, de Lourenço Marques envían soldados y cipayos. Conocemos bien su modo de proceder: amenazan, exigen bebidas, mandan matar patos y gallinas. Y se llevan las vacas que han sobrevivido a la peste bovina.

Yo mismo vi a una de esas brigadas llegar a una población y a un soldado portugués sentarse encima de un gran mortero, de esos que aquí curiosamente llaman «pilón». «No haga eso», le pidió un anciano. Utilizar el mortero como asiento es un grave sacrilegio, una ofensa contra las tradiciones locales. Eso fue lo que humildemente el campesino explicó al cobrador de impuestos. Sin moverse, el soldado miró largamente al anciano que se quejaba y dijo: «Voy a corregir el mal que sin querer he hecho». Y prendió fuego a la casa y a todos los bienes de la pobre familia. El fuego se propagó descontrolado por toda la aldea. Este incidente fue un caso aislado, pero esa arrogancia se ha generalizado tanto que los que vivían ahogados por el tirano de Gaza ya sienten nostalgia de él.

Así llego al final de esta larga carta. Me he explayado, quizá porque siento cercano el fin de mi estancia en África. Le confieso que salir de esta tierra me da pena, pero es Mozambique el que está saliendo de mí. Regreso a mi patria sin la gloria de grandes hazañas, vuelvo sin tener grandes historias que narrar. La única compensación que una guerra puede darle a un militar son los lazos que en ella se crean con los compañeros de armas. Y ni siquiera eso he creado yo. He sido un soldado sin ejército, he sido el único ocupante de un cuartel muerto y vacío. Me llevo un amor y un hijo, me dirá usted, Bianca. Y la he conocido a usted, añado yo.

Le voy a contar —pues tal vez nunca tenga el valor de compartir con Imani un recuerdo así— un episodio del viaje que me trajo de Portugal a Mozambique. Al pasar por Ciudad del Cabo, una mujer malaya, de piel tiznada y labios carnosos, me llamó al hueco de una escalera y, tirando de mí con violencia hacia su cuerpo, me obsequió con un largo beso en la boca. «Es un *war kiss*», murmuró, y desapareció en la oscuridad. Ese «beso de guerra» debía traerme suerte en las batallas futuras. Pero no llegó a haber ninguna batalla. Aquel beso, sin embargo, todavía hoy me sigue salvando de mí mismo en las largas noches de soledad.

En África he cobrado un deseo inaplazable de dormir y un miedo incurable a quedarme dormido. Cierro los párpados y los muertos abren sus grandes ojos dentro de mí. Y solo la dulzura de aquel beso interminable me devuelve la calma.

Se despide su más fiel amigo,

Germano de Melo

P. D. Podría suceder que, por una feliz casualidad, mi querida amiga, se encontrase con Imani durante los festejos de Lourenço Marques. Si eso pasara, le imploro que le hable de mí y de las cartas que le envié. Si no las ha recibido, que insista al comandante para reclamar lo que le pertenece. De cualquier modo —y para prevenir cualquier sinsabor—, he hecho copia de esos textos. Adjunto a esta misiva dichas reproducciones. Entréguelas a Imani, por el amor de Dios.

## 12. Huellas en el rocío

*Tus antepasados fueron grandes señores que comandaron ejércitos contra el invasor zulú, hace decenas y decenas de años. Pero fueron obligados a someterse y a pagar impuestos a los vencedores zulúes que ocuparon el territorio. [...] Nuestro opresor zulú, Gungunhane, que quiso expulsar a los blancos, fue capturado por ellos y mandado al norte. Nunca más fue visto.*

PALABRAS DE LA MADRE DEL PEQUEÑO EDUARDO MONDLANE,  
FUTURO PRESIDENTE DEL FRENTE DE LIBERACIÓN DE  
MOZAMBIQUE. CHITLANGO KHAMBANE Y ANDRÉ-DANIEL  
CLERC, *Chitlango, filho de chefe*, 1990

Una canoa nos lleva, a mí y a Zeca Primoroso, de vuelta al *Neves Ferreira*. Es el propio sargento Amaral el que asume el control de los remos. El silencio hace que el recorrido sea más breve. La pequeña piragua choca contra el casco del *Neves Ferreira* y produce un sonido familiar, igual al de la vieja lata de agua bajando al pozo de mi infancia. Vuelvo a verme, en mi aldea, recibiendo el peso del cielo sobre los hombros. ¿Cuántas nubes han cargado las mujeres en la cabeza?

Subo a cubierta por una escala de cuerda. Me asalta el mismo vértigo que me atormentaba cuando cazaba murciélagos en las copas de los árboles. Estoy escalando mi pasado, pienso. Si me fallan los pies, no caeré en el mar, sino en el suelo de mi niñez. Mi padre seguirá tendiendo los brazos para ampararme. Sus brazos han crecido y ahora dan la vuelta al mundo.

Me despido de Primoroso, voy avanzando por la oscuridad hasta que tropiezo con un bulto. Es Dabondi, que está sentada en medio de la cubierta mirando sus propios pies.

—¡Mira! —exclama entusiasmada—. ¡Mira esta huella en el suelo!

Me inclino, incrédula. El revestimiento es de hierro. Dabondi insiste y señala lo que solo ella es capaz de vislumbrar.

—Mi hijo Mangueze viajó en este mismo barco —la reina lee el suelo como hace un cazador—: Por aquí pasó mi hijo, más allá se sentó y lloró. Estaba triste y muerto de hambre cuando se acostó.

La ayudo a levantarse. No interpreta mi gesto como un apoyo sino como un reproche. Se explica. En ese momento ha dejado de ser vidente. No es más que una madre con nostalgia de su hijo. Y reconstruye el escenario: un niño negro que entra solo en un navío que surca el océano sagrado y viaja en compañía exclusiva de gente blanca. En esa cubierta permanecen intactas las huellas del miedo.

\*

Para la reina no hay dudas: ese navío, todo de hierro, fue fabricado a partir de sobras de cañones y escopetas. Por fuera huele a brisa marina, por dentro huele a pólvora. Todas las demás mujeres de la corte han perdido la cuenta de los hijos que han parido. Ella solo tuvo un niño. Tan enclenque, tan diminuto, ¿qué acomodo encontraría en un lugar hecho de restos de cañones?

Miro a Dabondi y pienso: la joven reina está perdida. Si la vida fuese justa, bastaría con ser mujer para ser reina. Esta reina, sin embargo, es la más triste y necesitada de las criaturas. Para sentirse viva, es preciso que su marido la desee. Por eso las mujeres de la corte, todas ellas, tienen que ser bellas. Dabondi es hermosa, pero sabe que la belleza, en el desamparo en el que vive, dura poco. De ahí que imite a las sombras: todos los días desaparece. Un espejismo no envejece. Y así le gustaría que el marido, el emperador, la sorprendiese: como un espejismo viajando sobre el mar.

\*

—El rey quiere verte —dice Dabondi.

—¿A mí? —pregunto.

—No hay día en que él no te vea en sueños —responde la reina.

Dabondi me lleva al cuarto del comandante. Allí está Ngungunyane. Acaba de ser interrogado. El interrogatorio ha ido bien, solo eso explica que Álvaro Andrea haya dejado que el rey de Gaza se quede en su camarote. Ngungunyane pide a Dabondi que se retire. El soberano vanguni está preocupado: su hermano, el rey don Carlos, no ha respondido a sus

peticiones: Zixaxa sigue compartiendo el mismo espacio, durmiendo y conspirando contra él en la oscuridad.

—¿No le han entregado mi carta al rey don Carlos?

Está convencido de que alguien lo ha traicionado, desviando el mensaje hacia otro destinatario.

—No ha habido tiempo de que llegue a Lisboa —le digo, pero hablo en vano. Ngungunyane solo se escucha a sí mismo—. ¿Quiere que escriba una nueva carta? —le pregunto.

Sonriendo, el rey de Gaza me hace señas con un papel y declara:

—Llegas tarde, hija mía. El comandante Andrea acaba de ayudarme. Le he contado secretos y, a cambio, ha redactado esta carta.

Quien le ha hecho de traductor ha sido Godido. Sabe menos portugués, dice el rey, pero conoce mejor lo que es la lealtad.

—Si ha elegido a otro escribano, ¿para qué estoy yo aquí? —indago con una furia inesperada.

Me sorprende mi resentimiento al saber que ha elegido a otro escriba. La escritura, me doy cuenta entonces, invierte las jerarquías: quien dicta una carta tiene menos poder que quien la escribe.

El rey se acerca y se restriega contra mí, voluptuoso. Me quedo inmóvil esperando que desista. Me pide que le acaricie las rodillas. Le extraña que no le obedezca de inmediato.

—Las rodillas —repite el rey—. Voy a explicarte por qué un hombre necesita tener las rodillas fuertes.

Antes de partir a la guerra, un padre de familia se arrodilla delante de su mujer y le pide que pronuncie el nombre de sus amantes. El guerrero debe permanecer de rodillas hasta obtener una confesión de deslealtad. Si por casualidad un soldado muere en combate, se demuestra que la esposa ha mentado.

—En esa historia hay algo equivocado, *nkossi*. Ningún hombre se arrodilla ante una mujer.

Ngungunyane se ríe, divertido con mi impertinencia.

—No has entendido nada —dice—. No es a las esposas a quienes los jefes de familia dirigen la petición. Sería perder el tiempo, las mujeres mienten siempre. Los hombres —dice Ngungunyane— se arrodillan para que las mujeres piensen que se presentan sumisos.

Me voy alejando lentamente mientras el monarca sigue divagando. Cuando



se da cuenta ya estoy en el rincón opuesto del cuarto.

—No voy a perder más tiempo —dice el emperador—. Solo quiero que me leas la carta que le dicté a Álvaro Andrea. No quiero que me queden dudas de lo que ha escrito.

Tardo en alcanzar la hoja que me quiere entregar. Me hago de rogar, como diría mi madre. Y compruebo, ya desde las primeras líneas, que Álvaro Andrea ha ido lejos en las florituras del texto. Ambos aportuguesamos demasiado las palabras del rey de los vanguni. Voy traduciendo lentamente para que Ngungunyane me siga.

Querido hermano, rey de Portugal:

Vengo a hablarle de traición. ¿Acaso no es ese el asunto que más inquieta a los reyes de todo el mundo? Siempre ha sido así: la sangre de la familia real es la misma que corre por las venas de sus asesinos.

Desde el inicio de este viaje hay un traidor que me viene pisando los talones. Y ese traidor no tiene la mano blanca. Por eso, le agradecería que autorizase a mi leal ayudante de campo, el joven Ngo, a viajar conmigo. Ambos sabemos que bajo su capa de cocinero se esconde otra función: la de ser catador real. Y ambos debemos reconocer que abusamos del uso de esa arma silenciosa. Hemos envenenado tantos pozos que hemos acabado matando a nuestra propia gente. Guardemos el secreto. Esa es otra ventaja del veneno: la muerte sucede lejos, en un tiempo que no pertenece a nadie.

Una vez más le pido, ahora que está a punto de empezar el gran viaje, que me separe de Zixaxa. Que ese maldito mpfumo se aleje de mí, donde no vea mi sueño ni oiga lo que sueño. Mis compañeros de celda ya me han visto dormir, comer, orinar, defecar. ¿Qué autoridad puedo tener ante ellos? Por favor, hermano don Carlos, aleje de mí a ese traidor. Elimine a ese hombre, nadie lo notará, nadie lo reclamará. Será, como el veneno que usamos en exceso, un secreto entre nosotros.

El rey de Gaza  
Lourenço Marques, 4 de enero de 1896

\*

Terminada la lectura, Ngungunyane examina mi cara, quiere leer en mí lo que no es capaz de descifrar en el papel.

—¿Cree que le he mentado, *nkossi*? —le pregunto—. Le juro que no me he inventado una sola línea —reafirmo con convicción.

—Ya sé —dice el rey—, ya sé por qué te pareces tanto a las blancas.

Todo lo que se cuenta sobre mí, Imani Nsambe, es mentira. La gente, me asegura el rey, conoce mi pasado. Y no es verdad, dice Ngungunyane, que haya pasado toda mi infancia en una misión católica, lejos de mis padres y de mi aldea. Me he vuelto así, tan parecida a los blancos, por obra de un hechizo.

—Dabondi se ha dado cuenta de quién eres realmente —prosigue Ngungunyane—. No hay como una hechicera para reconocer a otra hechicera.

Y vuelve a acercarse, pegajoso. Siento que sus ojos predadores me devoran el cuerpo.

—Eres una hechicera, Imani Nsambe, eso es lo que eres —afirma Ngungunyane—. Y ya sabes lo que hacemos con las hechiceras: o las matamos o...

Se pega a mí, me roza el cuello con la mano, no sé bien si me acaricia o me amenaza. Sus dedos gordos van bajando de los hombros a la cintura. Luego resbalan hasta las rodillas. Y allí se quedan.

—Deja caer la *capulana* —me ordena.

Oigo dentro de mí la voz de otra mujer. Esa mujer me dice que debo fingir que obedezco. Este rey que siempre he odiado es ahora un aliado. Será en su compañía como viajaré a Lisboa, donde me encontraré con el hombre que amo. Hago como que me desato la *capulana* y le hablo al oído:

—Su madre, la reina Impibekezane, me dijo que no es a los hombres rivales a los que un marido debe temer. Un rival puede que nos robe la esposa, pero el alcohol roba al hombre que está dentro de un hombre..., ¿comprende lo que le digo, *nkossi*?

—¿Quién eres tú para hablar de mi madre? —grita—. ¡No eres más que una muchope! Tu gente está dominada por los blancos.

Y pasa a la amenaza: escribirá al rey de Portugal pidiéndole que me mande de vuelta a Mozambique. Y que busquen a un nuevo traductor. Además, los portugueses ya han demostrado preferir a Zeca Primoroso, porque quien debe prestar ese tipo de servicios es un hombre.

—Tu amigo, el comandante Álvaro Andrea, se ha ido. A estas alturas ya debe de estar en tierra —dice Ngungunyane, entregándome un sobre.

### 13. Carta de Álvaro Andrea a Imani

*Gungunhane aceptó entregarse a la autoridad de mi navío, pidiendo únicamente que no se le cortara la cabeza y garantía de vida para sus hijos y tíos. Ese compromiso sagrado en campaña fue asumido por mí con solemnidad y cobardemente traicionado después en Chaimite, donde fueron fusilados con deslealtad los tíos Queto y Manhune, que acompañaban al régulo en su entrega.*

«LA MARINA DE GUERRA EN LA CAMPAÑA DE LOURENÇO MARQUES Y CONTRA GUNGUNHANE, 1894-1895», INFORME DE  
ÁLVARO SOARES ANDREA, *Anales del Club Militar Naval*,  
1897-1898

*Los negros Manhune y Queto murieron heroica y valerosamente, y al caer fusilados, el teniente de artillería Aníbal Miranda se dirigió primero a uno y después al otro y les clavó una espada en el corazón, infligiendo así ante los soldados vejaciones a los moribundos indefensos, hecho que constituye una grave infracción de los códigos de guerra, punible con la pena de muerte por las leyes militares. [...] Esos fusilados merecerían que les erigieran estatuas los partidarios de la causa por la que lucharon sin cambiar de chaqueta, vatuas de temple que supieron morir en su puesto de combate...*

COMANDANTE ÁLVARO SOARES ANDREA, *O Liberal*, 27 DE  
DICIEMBRE DE 1908

Lourenço Marques, 5 de enero de 1896

Querida Imani:

Quien te escribe es Álvaro Andrea. Esta carta es, al mismo tiempo, una declaración de rendición y una petición de disculpas. Me rindo ante ti con la misma verdad con que me avergüenzo por haberte utilizado. El rencor ciego contra Mouzinho de Albuquerque me ha arrastrado. Quizá haya exagerado ese resentimiento. He hecho con ese adversario lo que Portugal ha hecho con Gungunhane: engrandecerlo para dar sentido a mi vida, sacar lustre a su victoria para olvidarme de mis derrotas.

Hay mil preguntas que no he llegado a hacerte. Por ejemplo: ¿es verdad que el capitán Mouzinho estaba borracho en Chaimite? ¿Es verdad que consultó a una hechicera para conocer el desenlace de su osadía? ¿Puedes confirmar que, durante la caminata hasta el Limpopo, los prisioneros fueron continuamente golpeados?

Olvidemos esas preguntas. A fin de cuentas, esta carta tiene otra intención, quizá más egoísta: te quiero mostrar las heridas que la guerra ha abierto en mi alma. Puede que te cuente todo esto porque eres mujer, porque eres negra y porque el simple hecho de que me leas aliviará mis tormentos.

Durante los últimos dos meses he sido uno de los comandantes de la llamada «escuadrilla del Limpopo». Nuestra misión era bombardear las poblaciones de ambas riberas del río. Y así procedimos: no hubo día en que las descargas no hiciesen estremecer la corbeta. En esos instantes, con la irrealidad de una acuarela, el cielo se cubría de gigantescos relámpagos. De las orillas emergían densas humaredas que anticipaban la caída del sol.

Terminados los mortíferos chaparrones, mis soldados saltaban del barco y se distribuían por la sabana como crustáceos que emergen de la bajamar. La gente negra contemplaba aquellas siluetas avanzar en la neblina. Y lo que veían eran gigantescos cangrejos con antorchas ardiendo en sus pinzas. Con esas teas incendiaban casas y plantaciones. Decenas de aldeas fueron arrasadas y las canoas de los pescadores hundidas.

Desde la corbeta observaba las nubes de humo, con los dedos entreabiertos protegiéndome la cara. Temía que me alcanzara una chispa y volver ciego a Portugal. Con todo, sin saberlo, ya estaba ciego. Los marineros me traían noticias de la devastación. No hablaban de campamentos militares destruidos o de soldados abatidos. Los que morían eran civiles indefensos. Cuando acababan los relatos, no había sino oscuridad a mi alrededor. Soy un comandante de la Marina de Guerra. Mi deber hubiera sido recorrer las aldeas para evaluar los estragos. Debería haber tenido valor para enterrar a los

muertos y socorrer a los supervivientes. No hice nada de eso. Me quedaba allí, indolente y trémulo, hasta que un soldado me tomaba del brazo y me conducía a la tienda. Me tumbaba en la litera como quien se hunde en el último abismo.

La culpa me pesaba de tal modo que cuando Gungunhane aceptó la rendición fui incapaz de percatarme del alcance de ese giro. Puede que hubiera reservas en cuanto a la seriedad de los jefes nguni, pero el mensaje estaba claro: el emperador se presentaría en mi navío siempre que no se infligiese mal alguno ni a él ni a sus parientes. Di mi palabra de honor de que así procedería. Esa era mi promesa. Por culpa de Mouzinho de Albuquerque, nada salió como estaba previsto.

Ese es el peso que cargo en mi interior, querida Imani. Hace pocos días un marinero intentó consolarme convencido de que mi abatimiento se debía a una pena de amor. Ojalá. Mi vida sentimental siempre ha sido un desierto. Recuerdo a una bellísima y misteriosa mujer que, en Lisboa, invariablemente se presentaba en el muelle. Pensaba que venía a despedirse de alguno de los tripulantes. Después supe que procedía de ese modo con todos los navíos que zarpaban. Vestida de negro, como manda la tristeza, la mujer permanecía en el muelle hasta que todo el mundo regresaba a casa. No dejaba el puerto hasta que el navío se desvanecía en sus ojos. Uno de mis asistentes me aseguró que se trataba de la esposa de un marinero fallecido hacía mucho en tierras africanas. Poco a poco, la mujer fue adquiriendo la mirada de los ciegos: el horizonte era la única tierra que conocía. El mismo marinero me confirmó después que la «esperadora» —así la llamó— venía a despedirse de mí. La mujer le había confiado las circunstancias en que nos habíamos conocido, ella y yo. Le pedí al marinero que guardase el secreto porque yo mismo iría a buscarla. La enigmática dama, sin embargo, nunca más compareció en el muelle. Dicen que la internaron, enloquecida. Nunca la fui a visitar, ni siquiera intenté saber dónde le habían dado asilo. Tuve miedo de reconocerla, tuve miedo de que me reconociese. La valentía, querida Imani, no nace de ser pensada. El coraje no vive en el cerebro. Emerge de las entrañas.

Ahora me confieso: aquella mujer nunca existió. Yo mismo creé ese personaje, durante años sostuve aquella puesta en escena. Me inventé la historia y la conté tantas veces que acabé creyendo que todo aquello había sucedido. Aun siendo mentira, el consuelo de tener a alguien esperándome fue siempre verdadero.

Las únicas historias que merecen ser contadas son las de los amores encontrados. Como la pasión que siento por ti y que me hace, una y otra vez, imaginar que eres tú quien me espera en un muelle cualquiera de un improbable viaje.

Todavía hoy relato a mis compañeros el caso de esa mujer que vivió un amor hecho de esperas. La última vez que lo hice navegaba por el río Limpopo y un marinero negro declaró: «Yo también tengo una historia que contar». Empezó relatando una leyenda de su aldea, que quedaba cerca, a orillas del río. Antiguamente, comenzó la narración, el firmamento era todo negro, sin ninguna estrella. Cierta vez una muchacha, loca de nostalgia, decidió caminar por la oscuridad en busca de su amado. En mitad de la jornada prendió una hoguera de una altura jamás vista. Cuando no quedaba más leña en el mundo, lanzó a las llamas el puñado de telas con que se cubría. Así, desnuda, atizó el fuego y se quedó mirando las chispas que trepaban por la noche. De este modo nacieron las estrellas.

«¿Por qué me cuentas esa historia, muchacho?», le pregunté. Señalando la orilla más cercana, el marinero respondió: «Una noche, desde este mismo barco, dispararon balas de cañón que, como estrellas, iluminaron mi aldea. Esas estrellas —siguió diciendo— despertaron la curiosidad de los niños, que, extasiados, salieron al patio. Ninguno sobrevivió —hizo una pausa y concluyó—: A causa de esas estrellas, nunca más podré salir de este navío».

La intención del marinero era clara: quería clavar en mí el puñal del remordimiento. Así y todo, sucedió lo contrario. Sus palabras me sugerían una salida: si no podía reparar mis crímenes, me correspondía el deber de castigar a los culpables. Entonces decidí no solo confesar mis culpas, sino denunciar las injurias cometidas por nuestra Marina de Guerra. Envié una primera versión de ese documento al comisario real, sin esperanza de respuesta. Grande fue mi sorpresa cuando un mensajero me trajo una réplica de António Enes. Transcribo aquí una parte de esa respuesta:

En cualquier país civilizado, actos de guerra como los practicados por nuestra escuadrilla del Limpopo, además de ser condenados por los principios humanitarios y resultarles repugnantes a audaces caballeros, provocarían reacciones violentas, reacciones de odio y venganza de los pueblos castigados por las culpas del soberano; en África, sin embargo, no se manifiestan tales reacciones, porque solo pueden producirlas nociones

elevadas de moral y sentimientos de justicia y dignidad de los que los negros carecen.

Debería ahorrarte las ofensas a tu raza, pero quiero que sepas cómo piensan mis superiores. Después de la respuesta de António Enes abandoné mi lamento epistolar. Me concentré en la redacción de un informe sobre las inmoralidades cometidas por Mouzinho de Albuquerque. Soy ingenuo pero no estúpido: nadie quiere conocer esas denuncias. La aventura de Chaimite, la «chaimitada» —como la llamo yo—, es una tabla de salvación para la monarquía. Será necesario que los festejos se enfríen para que se acepte otra versión de esa epopeya inventada.

Quizá Mouzinho te haya relatado cómo me encontró en el puesto de Languene. Era Navidad y el heroico capitán insistió en ridiculizar la fiesta que yo, con tanto celo, había preparado para nuestros soldados. Me pidió prestada una espada y, en una absurda acometida, la clavó en mitad del cenagal. La recogió el teniente Miranda, quien, por error, se la llevó con él a Chaimite. Y sucedió lo impensable, querida Imani: fue exactamente mi espada la que utilizaron para traspasar el corazón de los dos fusilados. Cierro los ojos y veo la sangre. Esa espada me golpea el sueño todas las noches.

Mañana no me verás en el desfile. Estaré lejos, de vuelta al río Limpopo. No sería capaz de soportar ese espectáculo circense. En verdad, no será tan distinto de las representaciones de otros pavos reales europeos. ¡Gran ilusión! Nos erigimos en amos de un continente que desconocemos. Es mentira que Europa haya conquistado África. Confunden el deseo con la realidad. Apenas capitaneamos pequeñas y dispersas fechorías junto a la costa. Esas fechorías las conozco yo y se cuentan con los dedos. El resto del continente sigue estando gobernado por reyes y emperadores africanos. Dos Áfricas se turnan como misteriosas mujeres: una nocturna, otra diurna. No conocemos a ninguna de las dos. Para mantener la apariencia de nuestro poderío, necesitamos exhibir al rey de Gaza por las calles de Lisboa. No se trata de una deportación. Es una feria. Con cariño,

Álvaro Andrea



## 14. Desfiles y delirios

*Al atravesar un bosque, un hombre fue atacado por unos ladrones. Lo golpearon, lo desnudaron, le arrancaron los ojos y lo ataron a un árbol. En plena noche, los ojos del infeliz empezaron a subirle por las piernas. Querían regresar al rostro. El hombre sintió que los ojos le trepaban por el cuerpo y les pidió que lo dejaran tranquilo. «Por favor, no volváis — imploró—. No me quiero ver más, no quiero ver el mundo nunca más».*

*Al final de esa súplica oyó el gruñido de animales acercándose. Fue devorado en pocos segundos. Ni los huesos quedaron. Unas cuerdas abrazando el tronco del árbol fueron todo lo que sobró. Al no tener cuerpo donde vivir, los ojos erraron por los bosques. Son esos ojos con los que los viajeros del bosque ven sus propios sueños.*

RELATO DE DABONDI

Hace mucho que me olvidé de mi raza, hace mucho que me distancié de las costumbres de mi pueblo. Sigo, sin embargo, sentándome como una mujer negra: con las piernas encogidas a un lado y una rodilla encima de la otra. El emperador tiene los ojos clavados en mí, evalúa lo fiel que soy a antiguos temores, me vigila las manos que se mantienen respetuosamente cruzadas.

Es por la mañana. Hace pocas horas todavía estábamos en el barco. Cuando los detenidos entraron en la ciudad, respiraron de alivio. E incluso las reinas sonrieron. Pero la alegría fue breve, solo transitaban hacia el presidio. Y ahora, en la parte trasera de la prisión de Lourenço Marques, a los prisioneros los dividen en grupos. Un militar angoleño los empuja a berridos:

—¡Los landins a un lado, los vatuas a otro!

—¡Esas personas aquí no existen! —murmura Zixaxa entre dientes.

A la sombra de un mango se hallan Ngungunyane y sus familiares. Debajo de otro árbol se sientan Nwamatibjane Zixaxa y sus tres esposas.

Zixaxa ironiza: en vez de preocuparse por recuperar la corona real, Ngungunyane debería pedir a sus esposas que lo vistiesen con el uniforme de

los blancos. Eso es lo que dice Zixaxa.

—¿O el soberano de Gaza ya ha dejado de ser sargento del ejército portugués? —pregunta.

Quiere humillar al rey, quiere degradar a las reinas. Lo que Zixaxa ignora es que él mismo, el emblemático y orgulloso rebelde, ha sido incorporado ese mismo día al ejército portugués. Todos los prisioneros son, desde hoy, miembros de un ejército contra el que siempre han luchado. Y, en rigor, todos deberían marchar con botas y uniforme en el desfile militar que se avecina. En vez de eso, lo harán descalzos y semidesnudos. La raza será su uniforme, el único que los colonos conocen.

Me acerco a Ngungunyane. Hasta que un rey advierte la presencia de quien llega pasa un rato. Más tiempo si el visitante es una mujer. Estoy prevenida de esos caprichos y, por eso, no me hago esperar. Por fin, con un sencillo movimiento de cabeza, Ngungunyane me autoriza a tomar la palabra.

—Me mandan para que le explique cómo va a transcurrir la ceremonia.

—¿Me van a llevar atado? —pregunta el rey.

Soy yo la que debe hacerle preguntas y arrancarle secretos. Por eso me han mandado: para garantizar que ninguna conspiración mancille la fiesta. Decididamente, no sirvo para vigilar a los demás. Con el ceño fruncido, el emperador otea el horizonte. Busca establos, manadas de bueyes. Y no ve ningún animal con cuernos. ¿Qué maldito lugar es este en el que solo se ve gente?

Ocupadas en prender la corona en el pelo del monarca, las siete esposas no comparten las inquietudes del esposo. Ngungunyane podrá desfilarse atado, pero jamás desprovisto de su *chilodjo*. No hay peluquero en este mundo que compita con los dones de estas mujeres. Los hilos que sujetan la corona están hechos de materiales rarísimos: finos tendones extraídos del lomo de los bueyes. Varias son las reses que hay que sacrificar para obtener una decena de esas nervaduras, que son entrelazadas, una por una, con los cabellos del emperador. No hay noble nguni que no luzca una corona de cera, pero ninguna de ellas está prendida con tan delicados cordones.

La reina Dabondi abandona el grupo y me ofrece una calabaza con *ukanyu*. La rechazo, primero. Conozco mi reacción a esa que según dicen es la más afrodisíaca de las bebidas. Con todo, acabo cediendo.

—¿Han mandado venir a los ingleses? —pregunta el rey.

La pregunta era previsible: los principales destinatarios de esa ceremonia

son los ingleses, quienes codician la colonia de Mozambique y, según se dice en Lisboa, siempre han ido detrás del rey de Gaza.

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta Ngungunyane. Sin esperar respuesta, sigue perorando—: Hoy se celebra el *umnkossi nkwayo*, la fiesta de los primeros frutos.

Esa fiesta no pertenece a los portugueses. Es una celebración suya, la hacen en su homenaje. Los blancos solo la autorizan. No pueden prohibirla. Los portugueses pagan los gastos, pero la fiesta es contra ellos. Eso es lo que piensa el depuesto rey de Gaza. Y ordena, con el brazo levantado:

—Dile a tus patronos lo siguiente: los portugueses han ganado a mis soldados, pero no han desarmado a nuestros dioses.

Pienso: el rey está embriagado. Las manos le tiemblan cuando se sirve una nueva ronda.

—¡Aprovecha, hija mía! —me incita—. ¡Esta será la última vez que nos deleitemos con nuestras bebidas!

Ngungunyane está arrebatado. El peinado, todavía a medias, le confiere un aire ridículo, con un erizado mechón de pelo ondeando en lo alto del cráneo.

El emperador desgredado deambula y va imaginando en voz alta cómo sería la ceremonia festiva si estuviésemos en su corte, en Mandhlakazi. Él elegiría los bueyes que habría que sacrificar. Escogería a las hembras, como manda la tradición. Tendrían que cegarlas antes de cortarles el pescuezo. No pueden ver la muerte porque la carne se les endurece. Y así me pide, en secreto, que procedan con él cuando estén a punto de matarlo: que le arranquen los ojos. La ceguera, dice Ngungunyane, es un regalo en tiempo de horrores.

No me sorprende el arrobo con que las esposas lo escuchan. Lo que me sorprende es que el rey destronado esté al corriente de los preparativos del desfile. Sabe, por ejemplo, que su adversario de elección, el guerrero Xiperenyane, está en ese preciso instante barriendo las calles de la ciudad.

—Ese gran héroe de tu gente, ese tal Xiperenyane, aceptó aliarse con los portugueses —comenta el rey—. Ahora es un esclavo de los blancos. Lo han puesto a trabajar para mi fiesta. Es mi esclavo. Ese es el destino de los que se atreven a enfrentarse a mí.

Puede mantenerse al emperador atado, lejos de su ejército, apartado de su corte, pero la verdad es que todavía detenta un arma más poderosa que la pólvora: las redes de noticias y los rumores. Quien le habló del jefe de los

vachopi no había faltado a la verdad. Yo misma acababa de cruzarme con Xiperenyane. Estaba enfrente de la casa del gobernador con una escoba y un cubo en las manos. Aquel que había sido el guía de mi pueblo, el hombre que más había ayudado a los portugueses a derrotar a Ngungunyane, era ahora un sirviente anónimo. Cuando lo saludé, sorprendida y dolida, no me pareció humillado:

—Ayudo a festejar la captura de mi mayor enemigo. ¿Acaso no es motivo de alegría para cualquier combatiente?

Se cumplía, por fin, la profecía de Bibliana: Xiperenyane se había vuelto ciego a causa del falso respeto que antes le profesaran los portugueses. Allí estaba, como ella había vaticinado, el retrato de todos nosotros, los negros pobres, barriendo el mundo para la fiesta de los otros.

\*

Nunca pensé que hubiese tantos blancos en el mundo. Ni negros, a decir verdad. Pero ahora los veo, a unos y a otros, aplaudiendo frenéticamente a las tropas portuguesas que desfilan por la única avenida de la ciudad. Soldados de todas las razas se ponen firmes ante una tribuna repleta de personalidades coloniales. En el centro del podio está el gobernador interino, Correia Lança, rodeado de diplomáticos de varias naciones. Los lugares de honor han sido reservados para los comandantes de los cruceros alemán e inglés atracados en el puerto. Alrededor del estrado se aglomeran periodistas portugueses e ingleses. En aquella tribuna están, en definitiva, todos menos quien más derecho tiene a estar allí: el capitán Mouzinho de Albuquerque. Aquella ausencia enerva al gobernador, que, entre dientes, repite sin parar la orden:

—¡Llamad a Mouzinho! ¡Llamadlo! ¡Rápido! Todos quieren aclamarlo.

Un emisario diligente sale en busca del héroe. Sé dónde lo encontrarán: sentado junto al lecho del mayor Caldas Xavier. El capitán Mouzinho me había confesado la víspera que aquel era el peor momento para festejos. Víctima de una enfermedad tropical, agonizaba el gran arquitecto de la ofensiva militar portuguesa en Mozambique. Y por la cabeza de Mouzinho pasó que la vida estaba hecha de desencuentros. Durante meses, Caldas Xavier había sido el administrador de la Compañía de Opio de Zambesia. Un campo de amapolas que se perdía en el horizonte meció, durante meses, el sueño del mayor portugués. Ese mar de flores rojas se desvanecía ahora bajo

sus párpados.

Para los blancos, a Caldas Xavier lo vencía una enfermedad. Para nosotros, los negros, el hombre era víctima de un trabajo por encargo. En nuestra tierra no se muere de un «qué». Se muere de un «quién». La muerte no tiene causa. Solo culpable.

\*

Mouzinho de Albuquerque comparece en público por fin y, sin saludar a los dignatarios, atraviesa la tribuna para dirigirse a la multitud. En una fracción de segundo, sus ojos se cruzan con los míos. Lo saludo, bajando la cara. Así le agradezco el lugar que me ha reservado muy cerca de la tribuna. Con el cuerpo erguido en el borde del estrado, la voz trémula y llena de emoción, el capitán se hace oír:

—No me merezco este recibimiento —empieza diciendo. La voz sube de tono—. No se homenajea a un soldado cuando otro está agonizando —y anuncia, conmovido—: Estimados señores, Caldas Xavier, el más valiente de los portugueses, se está muriendo.

Hace una pausa, se enjuga discretamente el sudor de la cara. Suspira hondo y balbucea:

—Envidio su suerte porque muere por la patria.

Entonces se oye el clamor de la multitud: «¡Todavía somos portugueses!». Observo la cara congestionada de los que gritan, poseídos, de tal manera entusiasmados que parecen haber cambiado de raza. Hace demasiado calor para semejante exaltación de patriotismo. Y es entonces cuando me percato de que lo que allí se celebra no es solo una victoria militar. Lo que el capitán ha traído es un milagroso remedio para la desanimada existencia de aquella gente.

De repente, no sé si por culpa del calor o de la bebida, un mareo está a punto de hacer que me desplome. No tengo en quien apoyarme. Estoy rodeada de personas intocables. Cierro los ojos. El vértigo no cesa. Tendría que haberme negado a beber *ukanyu*. Es tarde para volver atrás.

\*

Terminados los discursos, permiten que los africanos se manifiesten

siempre que se mantengan en la acera opuesta. Estoy apoyada en uno de los postes del podio, los mareos se han agravado, el mundo se ha nublado y se ha vuelto lejano. Se oyen tambores, las mujeres bailan enloquecidas, se entonan canciones en los idiomas más variados. La algazara de los negros se hace tan ensordecedora que los prisioneros, más que los blancos, se encogen atemorizados. Permanecen postrados incluso después de que Ngungunyane se ponga de puntillas y empiece a gritar. El rey está poseído por un espíritu exaltado. Nadie entre los blancos entiende una palabra de lo que dice. El alucinado rey anuncia que en aquella avenida no se está celebrando un desfile militar, sino la fiesta de los primeros frutos.

—¡Este es el *umnkossi nkwayo*! —proclama, eufórico.

Señalándome, el rey de Gaza me pide que explique a los blancos las razones de su exaltación. Los negros le rinden homenaje como manda la tradición: lo insultan el día en que nada es sagrado. Esos improperios, intraducibles, solo confirman su autoridad divina.

El sonido de los tambores me hace bailar y el suelo se balancea con la embriaguez del mar. En un abrir y cerrar de ojos estoy dando saltos en medio de la avenida. Mi corazón es ahora un tambor y mi cuerpo ya no me pertenece. Miro a mi alrededor y todo es neblina. No puedo distinguir a los prisioneros de los miles de negros que asisten al desfile. Están todos mezclados, los que lloran y los que celebran. Y bailan juntos los tiranos y los esclavos. Los que antes se hacían la guerra están ahora abrazados en la ciudad de los blancos. En la mano derecha llevan la azagaya de los zulúes. En la izquierda, el hacha en medialuna de los vandau. De los hombros penden los arcos con los que nosotros, los vachopi, resistimos la ocupación de los vanguni. Y todos enarbolan las mismas armas con las que los mataron como si fuesen banderas victoriosas. Unidos por el fracaso, los vencidos toman posesión de la ciudad. África ha conquistado la fortaleza de los europeos. Xilunguine se ha tragado a Lourenço Marques.

Aterrorizadas, las autoridades coloniales se retiran en desbandada, sujetándose los sombreros como si se hubiese desatado una tempestad. Las mujeres blancas se descalzan para seguir la carrera de sus maridos y todos buscan refugio en el palacio del gobernador.

Estoy pegada al borde de la tribuna cuando Xiperenyane pasa por mi lado bailando. Detrás del guerrero van Bibliana, que camina rezando, y Chikazi, mi difunta madre, que arrastra la cuerda con la que se ahorcó. Las dos

mujeres atraviesan la avenida y se acercan a mí. La profetisa Bibliana me susurra al oído:

—Estos que bailan son los guerreros que cayeron en Marracuene, en Magul y Coolela. Ahora están todos juntos. Este es el ejército de los muertos, los que nunca serán desarmados.

Pongo la mano de mi madre en mi barriga mientras le suplico sollozando:

—Madre, ayúdeme. Lléveme a nuestra casa.

—No tienes manera de volver, hija mía. Cuando acabe la fiesta te perseguirán los negros por traidora. Y serás repudiada por los blancos debido a la incurable deficiencia que llevas en la piel. Ese es el destino que has elegido, Imani.

Bailando, las dos mujeres desaparecen entre la masa de gente. Desconcertada, subo al estrado, vociferando:

—¡Salvadme, por el amor de Dios! ¡Salvadme!

Aquel lancinante llamamiento es más que un grito. Es un alma que expulso con la violencia de un parto. De repente, todos se callan y aquel inmenso alboroto se recoge como un caracol en la concha. Sacudo la cabeza como si me limpiase por dentro. Por fin, regreso a mí misma.

Ante mí están sentados los dignatarios blancos, mirándome atónitos y con los ojos de par en par. Alrededor, la muchedumbre aguarda, perpleja, lo que seguirá a continuación. Así se dice en mi tierra: se hace un nudo en el silencio. Debo de estar tan irreconocible que hasta el mismo Mouzinho de Albuquerque se mantiene impávido y distante.

—¿Quién es esa negra? —pregunta el gobernador.

Y ordena a los guardias que me prendan. Entonces, Bianca Vanzini irrumpe en la tribuna. La italiana se inclina haciendo una venia apresurada y declara:

—Excelencias, esta muchacha está enferma, voy a llevármela conmigo.

Sin mediar palabra, el capitán Mouzinho levanta los brazos y los deja caer con un gesto de complacencia. La italiana me conduce entre la masa de curiosos, que abren paso como huyendo de una enfermedad contagiosa. Bianca se adentra por las calles desiertas de la ciudad, ávida por distanciarse de los festejos. A medio camino, la italiana suspende la marcha y posa las manos en mis hombros. Parece exhausta. Su voz raya en el llanto cuando me pregunta:

—¿Qué te pasa, hija mía?

\*

No hay un alma en el burdel de Bianca. Deambulo por los pasillos, recorro las habitaciones empapeladas de rosa. La italiana permite que me pruebe un vestido de seda roja. Me adorna las manos con largos guantes negros. Elogia mi figura y lamenta que no aceptara la invitación de ser una de sus damas nocturnas. Le hago señas con la mano enguantada:

—Estoy embarazada, muy pronto mi cuerpo solo será una barriga.

Saca de un cajón unos folios arrugados. Son las cartas de Germano. La italiana tiene la intención de aclararme algo:

—Estas son las copias que el mismo Germano hizo de su puño y letra.

Me faltan manos para asir las hojas que Bianca me entrega, el corazón me late tan fuerte que me sacude el cuerpo.

—Quise entregártelas anoche —dice la italiana—, pero te arrastraron por la calle y te llevaron al barco.

Algo gotea sobre mis zapatos. Los papeles están empapados. Penden de mis manos con el peso de algo muerto.

—¿Por qué están mojadas? —pregunto—. ¿Cómo quieres que lea las cartas si están chorreando agua?

La mirada angustiada de Bianca es la de alguien que no me reconoce.

—En esos papeles no hay una sola gota de agua —me asegura. Quiere tocarme la cara, vacila. Quiere acariciarme el pelo, la mano se echa atrás. Por fin, me pide con dulzura—: Devuélveme las cartas, Imani. Deja que te las lea yo.

Le tiendo los papeles, que gotean. La italiana se entretiene observándome, incrédula. Menea la cabeza y empieza a leer. Va moviendo los labios, pero no oigo sino el rumor de un río, ese mismo río en el que Germano y yo hicimos el amor.

Terminada la lectura, me siento vacía. Lo que queda en mí no es más que una rabia sorda contra Álvaro Andrea. ¿Cómo se ha atrevido a guardar lo que no le pertenece? Doy vueltas por la habitación maldiciendo al comandante de ojos rasgados:

—¡Voy a matar a ese blanco!

—¡Cálmate, muchacha! —me ordena Bianca. Y manda que me siente y escriba a Germano—. Yo le entregaré la carta cuando pase por aquí.



Tardo en liberarme de los guantes con la arrastrada tristeza de una serpiente que muda de piel. Quiero escribir. No sé cómo empezar. Mi odio por Álvaro Andrea me pesa más que la nostalgia que siento por Germano. La escribiré más tarde, le prometo a la italiana. Su mano se enrosca en mis rizos e, igual que sucedió en nuestro primer encuentro, me disuelvo en su caricia.

—Este año quizá vaya a visitarte a Lisboa —declara Bianca—, porque también me iré de aquí. Vuelvo a Italia.

Abre las ventanas y su suspiro se mezcla con el polvo que expulsan las cortinas:

—Mouzinho quiere irse de la vida; yo solo ansío irme de África.

Finge que mira por la ventana. Acaricia las cortinas como si buscase amparo en ellas.

—No es la muerte —dice— lo que ese capitán desea.

Mouzinho espera un amor que nunca podrá acontecer. Todos comentan su pasión imposible por doña Amelia, la lejana reina de Portugal.

—Al menos, él todavía espera —suspira la italiana.

Y Bianca culpa a la vida, culpa a la ciudad que antes la había salvado. Observa el movimiento de la calle que hierve de gente. A aquellas horas, negros y blancos todavía comparten el mismo espacio.

—¿Sabes lo que más me cansa de tu tierra, Imani? El llanto de los niños.

En otros lugares, declara Bianca, los niños lloran como quien aprende a rezar: esperan que las cosas mejoren. Los niños africanos no. Lloran sin voz, lloran para sí mismos, como si viviesen su último día. Las lágrimas imitan sus barrigas: hinchadas pero sin nada dentro.

—Vuelvo a Italia, siempre acabo volviendo a casa —dice, y sonrío con tristeza—. La primera vez que regresé, nadie en mi pueblo me reconoció.

—Había estado fuera mucho tiempo —le sugiero a modo de explicación.

—No fue a causa del tiempo. No me reconocieron porque regresé feliz.

La italiana dobla las cartas de Germano y se las guarda en el bolsillo. Una mancha de tinta despunta en su vestido.

## 15. Una sumisa desobediencia

*Dicen los curas que después de morir vamos al cielo. Mi cielo está en el suelo, Imani. Todos los días piso mi futura morada. Hace mucho que vivo en el cielo. Cuando muera, me gustaría ir a vivir a otro lugar.*

ZIXAXA

*Es usted un idiota, estimado Álvaro. Podría simplemente ignorarlo. La vida, sin embargo, me ha enseñado que es a los idiotas a quienes más tenemos que temer.*

EXTRACTO DE UN MENSAJE DE MOUZINHO DE ALBUQUERQUE A  
ÁLVARO ANDREA

He pasado la noche en una cama de burdel, entre sábanas que nunca han acogido el sueño de nadie. Hace mucho que había olvidado lo que era un lecho. Tal vez por eso he dormido tanto y tan profundamente.

Por la mañana temprano me despierto con la voz suave de Álvaro Andrea. El portugués esperó a que se acabara el desfile para desembarcar.

—¿Qué hace en mi habitación?

—Te he traído un regalo.

—¿Me ha traído las cartas?

—¿Las cartas?

—Las cartas de Germano.

—Debo confesarte una cosa —dice Álvaro Andrea—. Yo ya no tengo esas cartas, Mouzinho se las ha llevado.

El capitán Andrea parece abatido. No me había entregado las cartas, admite, porque las utilizó como moneda de cambio para que yo le hiciese declaraciones. Poco a poco se fue dando cuenta de que la razón de esa demora era otra. Tenía la esperanza de que olvidase a Germano.

—Te pido perdón, Imani. He traicionado a un compañero, he decepcionado

a una amiga.

Y prosigue sin levantar la vista. La angustia de no ser amado le envenenó el alma. El amor mueve montañas, pero el desamor crea abismos. Así se lamentaba Germano.

—¡Váyase, comandante! —murmuro.

Levanta el brazo. Su gesto es autoritario. Ya no me pide, me exige que le escuche. Y me recuerda lo que le sucedió: días antes, Mouzinho lo sorprendió guardándose unos papeles en la faltriquera. Creyendo que se trataba del informe que lo incriminaba, ordenó que le registrasen los bolsillos del uniforme y los cajones del camarote. Así fue como Mouzinho se apoderó de las cartas de Germano. Y no se las devolvió nunca más.

—¿Y por qué no se las pidió?

—¡Me moriré sin tener que deberle un solo favor a ese impostor! —dice Álvaro Andrea—. Sé que Germano no me perdonará y que tú me odiarás, pero no podía actuar de otra manera.

—¡Váyase, comandante! —le pido, impaciente—. Por favor, déjeme sola.

El portugués permanece impasible. Pasados unos segundos, me tiende el brazo con la amabilidad de un novio:

—Ven conmigo, voy a enseñarte la ciudad.

Lo rechazo, suavemente pero inflexible:

—No quiero verlo —le digo—. No quiero hablar con usted.

\*

Desde la ventana observo a Álvaro Andrea alejarse. Y admito que es un hombre muy apuesto. Hay en él un desamparo y una delicadeza que no cuadran con su condición de militar. Esos atributos me confunden.

Al cabo de un rato salgo de la casa sin reparar en lo inapropiado de mi atuendo. El mismo sitio que ayer me pareció resplandeciente resulta ahora ceniciento y abrumador. Las calles están todavía mojadas por la llovizna nocturna. Arrastro por las aceras resbaladizas el vestido que Bianca me prestó.

Letreros en portugués indican los nombres de las calles. Todos los demás carteles están escritos en inglés. A la ciudad la llaman «Delagoa Bay». Camino por la Rua dos Mercadores, que a la luz del día se muestra marchita y vacía. Más adelante tomo la Rua da Gávea y me cruzo con vendedores

indios que, en la misma acera, me llaman con su curioso acento:

—¡Entrar en tienda, niña! ¡Podes mirar, no cossstar nada!

Me detengo en la última calle, la llamada Rua da Linha. Allí se alinean viejos faroles de hierro en los que para iluminar se quemaba aceite de ballena. Todo eso no es ahora más que un recuerdo. Los postes me traen a la memoria otro recuerdo terrible: el cuerpo de mi madre balanceándose en el árbol en el que se ahorcó. Le doy la espalda al tiempo y me alejo de la ciénaga que empieza allí. Los faroles son centinelas de la frontera que separa dos mundos en guerra.

De repente, del umbral de una puerta salen tres marineros. Me rodean, amenazadores. Uno de ellos comenta:

—¡Es la primera vez que veo a una puta negra así de fina!

Me empujan hacia el vano de la escalera. Se reparten las tareas, como si violar a una mujer fuese una habilidad congénita. Uno de ellos me sujeta de las piernas, el otro de los brazos. El tercero, tendido encima de mí, me rasga la ropa y babea en mi pecho. Grito pidiendo ayuda. Parece que mis berridos los excitan todavía más. Sé que he desistido cuando, más que cualquier otro dolor, noto una lágrima resbalándome por la cara. Entonces sucede algo indescriptible. De repente estoy envuelta en sombras que forcejean, que se desploman, y después se alzan de nuevo y huyen. Siento el alivio de los desenterrados. Reabro por completo los ojos y voy a dar con el rostro de Álvaro Andrea. Me ayuda a levantarme. Espera en silencio que me recomponga.

En silencio regresamos al bar de Bianca. El portugués me tiende la mano para ayudarme a sortear los charcos de agua. Tardo en corresponder a su simpatía. Finalmente, nuestros dedos se tocan, pero luego me suelto con vigor.

—Ya está, ya hemos llegado —me escabullo apresuradamente.

Bianca, que ya ha oído hablar del incidente, nos espera en la puerta. Me acoge en sus brazos y me reconforta:

—Bueno, ya estás en casa.

Nunca una casa ajena me pareció tan mía.

Por alguna razón, Bianca se acuerda de su difunto marido llegando a casa en plena noche. Borracho, el hombre se acurrucaba en un rincón para protegerse de las preguntas embarazosas. «No sé, mujer, a qué hora he llegado —decía—. Cuando entro en casa el tiempo deja de existir».

—Los hombres —se ríe Bianca mientras se sirve un licor hecho de limón — son como este licor: dulces cuando los queremos amargos, rudos cuando los esperamos amables.

—Doña Bianca, le pido que me devuelva las cartas de Germano. Sé que son copias, pero valen más que las originales.

La italiana vacila, como si escrutase los confines de la memoria. Le menciono que el día anterior me ha leído las dos cartas.

—Las guardé entre la ropa, tendré que buscarlas.

—¿Recuerda lo que decían?

—Querida mía, las cartas de amor nunca dicen nada.

\*

Almuerzo con la italiana. La mujer comparte más la palabra que la comida. Me cuenta historias. Lo sabe todo de todos los clientes, desde los militares hasta los misioneros. Algún día escribirá un libro divulgando secretos que comprometerán a los más notables.

—Me llaman la dama de las manos de oro, pero nada se vende tan caro como el silencio.

Pasan a nuestro lado prostitutas que acaban de despertarse. Tienen la mirada aturdida de las aves nocturnas.

—Me acuerdo perfectamente de nuestro primer encuentro. Usted fue la primera mujer blanca que vi en mi vida.

Hago memoria de ese momento que se produjo hace meses en mi aldea. Recuerdo el perfume dulzón de la italiana y su acento todavía más dulce. Y vuelvo a sentir sus manos atusándome el pelo. Parecía un simple gesto, pero pocos instantes han perdurado tanto en mí. Había una mujer blanca diciéndome que tenía un pelo muy bonito, asegurándome que no necesitaba esconderlo debajo de un pañuelo. Imposible olvidar su triste confesión: que había venido a África para dejar de vivir. Y que Lourenço Marques le había parecido, entonces, un buen sitio para morir.

—¿Y su príncipe encantado? —pregunto.

—¿Qué príncipe? —replica la italiana.

—¿Su loca pasión por Mouzinho?

—Eso es agua pasada —afirma, sonriendo.

El amor, añade Bianca, es la más pasajera de todas las enfermedades

mortales.

\*

Al final de la tarde voy a visitar a Ngungunyane a la cárcel. He recibido esa instrucción del director del presidio. Está preocupado por el estado de abatimiento del prisionero. Ha pasado la noche bajo vigilancia reforzada. Justo al acabar el desfile, lo encerraron en una celda aislada. Temen la compañía de los demás prisioneros, pero recelan, a la vez, de que el aislamiento agrave su ya debilitado estado de ánimo. Por eso requieren mis servicios.

Los guardias giran ruidosamente la llave y despiertan al somnoliento prisionero. Ngungunyane me mira sorprendido: sabe que las visitas están prohibidas. Sentado con una botella en el regazo, el rey es la viva imagen del desánimo. Pido permiso para hacerle compañía.

—Tú que eres casi blanca de nacimiento, ¿sabes cuándo me van a matar?

Callada, lo dejo sufrir. Cada segundo de mi silencio es una cuchilla que le rasga el alma. Sé que me mira, perplejo. Admira, como ya confesó, mi belleza. Lo que no concibe es mi desobediencia, por eso vuelve a hablar.

—Tengo una propuesta para ti: vamos a hacer una alianza.

Empieza por admitir que tengo poderes y que mis poderes son más grandes que los que él detentara nunca. Soy, dice, la única negra a la que los portugueses escuchan. Propone que me invente una versión diferente de los acontecimientos. Una versión donde las culpas recaigan sobre Nwamatibjane Zixaxa.

—Protegí a Zixaxa corriendo un riesgo que nadie puede imaginar. Los portugueses me hicieron la guerra por culpa de Zixaxa. ¿Y ahora ese miserable me acusa de haberlo entregado a los portugueses?

Resistió más de lo que todo el mundo esperaba. Solo entregó al refugiado de los mpfumos cuando ya no tenía otra elección. La vida es ingrata, se lamenta Ngungunyane.

—Zixaxa anda propagando por ahí que soy igual que los blancos y que atormento a mis hermanos negros. Dice que abuso de los más desgraciados, que maltrato a mis esclavos. Pero yo me pregunto: ¿qué es lo que hace él con su gente?

El emperador de Gaza tiene razón, me apetece decirle. Siempre sucede lo

mismo: los humillados acaban por ser iguales que los opresores.

—Estoy muy triste, necesito consuelo —se queja el rey—. Levántate la ropa, quiero ver tus piernas.

Cierro los ojos, inspiro hondo. La simple petición me agrade. El rey advierte mi malestar y murmura:

—Vale, entonces tráeme una botella más de vino dulce.

Me voy. Ngungunyane todavía refunfuña antes de que cierren los postigos: cuando se encuentre con el rey de Portugal no tendrá nada para darle.

—Te ofreceré a ti —lo oigo gritar—, pero primero tengo que probar la calidad de la ofrenda.

\*

Al día siguiente, Álvaro Andrea vuelve a pasar por el establecimiento de Bianca. Una vez más, me invita a pasear por la ciudad. Ante mi negativa, el portugués argumenta:

—Este será nuestro último encuentro. Tu barco zarpa mañana.

Acabo cediendo. El portugués me lleva a una ladera cubierta de huertas. Aquí y allá, mujeres indias trabajan en esos campos vistiendo sus coloridos saris. Nos sentamos para otear el ajetreo que empieza a agitar la ciudad. Carretas tiradas por burros transportan a bóers del Transvaal y a ingleses de Natal. Esos desgraciados, comenta el portugués, viajan atraídos como moscas por la bohemia nocturna que en su tierra ha prohibido el puritanismo.

Los primeros edificios de piedra y cal los construyeron los negros. Un albañil, un carpintero y un herrero vinieron de Inhambane para hacer las obras. A ellos se unió un calafate local. De tanto trabajar con estopa y brea, el calafate tenía los dedos completamente negros. Los levantaba con orgullo y proclamaba: «Yo sí que soy un negro de verdad».

Nos reímos. Y, de nuevo, nuestros dedos se entrelazan hasta que, suavemente pero con decisión, me aparto de Andrea. Y me pregunto qué hago allí, dándole la mano a un hombre tan inesperado y diferente. En algún lugar Germano me espera. Y yo lo espero con la misma devoción. Ese lugar, sin embargo, se va desdibujando como las huellas que, juntos, Andrea y yo vamos dejando en el camino de tierra mojada.

\*

En un momento determinado nos cruzamos con un viejo curandero. Álvaro Andrea lo saluda y lo llama «señor doctor». En sus palabras no hay ironía. Hasta hace poco tiempo, en toda aquella población no había médicos. A los blancos los trataba ese *nyamussoro* de la etnia de los mpfumos. El viejo curandero se ríe cuando Álvaro Andrea evoca esos tiempos. Por cada soldado que curaba, recuerda en un improvisado portugués, recibía una *capulana*. Y como los blancos no paraban de enfermar, el hombre acumuló tantas telas que no tenía sitio en casa para guardarlas. Había perdido la cuenta de los matrimonios que había contraído para dar destino a tanto trapo.

—¡Cuidado con las mujeres! —advierte el anciano curandero señalándome a mí—. No hay mejor enfermedad.

Y es entonces cuando aparece, precipitado, el traductor Zeca Primoroso. Está irreconocible, los ojos desorbitados y el pelo desgreñado. Exige al curandero que se vaya, que lo que tiene que decirnos es confidencial.

—¡Me han movilizado, capitán! ¡Van a enviarme al frente de guerra!

Primoroso viene de una reunión de emergencia en la Comandancia Militar del Sur, donde había actuado como traductor. A la ciudad han llegado informaciones preocupantes sobre la situación que se vive en Gaza desde el arresto del rey. Hay señales de que el ejército de los vanguni se está reorganizando.

—¿Has oído a Ngungunyane hablar de ese asunto? —me pregunta el portugués.

Me encojo de hombros. Intento olvidar lo que, durante los últimos días, el rey depuesto no para de repetir: «La guerra no está volviendo, nunca se ha llegado a ir».

\*

Hasta hace un momento yo era el centro del mundo. En un instante me he vuelto invisible. Las novedades de Gaza ocupan completamente la atención de Álvaro Andrea y Zeca Primoroso. Se quedó a cargo de las tierras del emperador una élite formada por soldados blancos o africanos de origen angoleño, además de los cipayos locales. Les atribuyeron algunas funciones, pero no les proporcionaron medios de subsistencia. Viven de violar a las mujeres y de saquear los bienes de la población.



—¿Y Maguiguane? —pregunta Álvaro Andrea.

—Maguiguane va de aldea en aldea movilizandó gente para la revuelta — responde Zeca—. Por donde pasa, el guerrero nguni va proclamando a gritos: *Vambuyisa inkossi*, «devuélvannos al rey», ese es su clamor.

—Pues allá voy yo, al infierno del Limpopo —se queja Álvaro Andrea.

Si la guerra se reanuda, entonces se enviarán nuevos contingentes a Gaza. Lo más probable es que lo transfieran para volver a comandar la corbeta *Capello*.

Zeca y Álvaro se despiden. La delgada figura del traductor desaparece entre los edificios. Regresamos a casa de Bianca en silencio. En la puerta del burdel pregunto al capitán:

—¿Y Germano? ¿Cree que también lo van a movilizar?

Álvaro Andrea se encoge de hombros y empieza diciendo:

—Vete a saber... —luego cambia de tono, avergonzado—: Germano se zafará, bastará con que alegue las heridas de guerra. Yo soy el que no tiene herida alguna que me salve...

Pienso en las manos de Germano, pero son las manos de otro hombre las que estrechan las mías en una precipitada despedida.

## 16. Ni melena ni corona

*En el inicio del Tiempo  
solo había una aldea y un pozo.*

*A eso se resumía el mundo:  
una aldea y un pozo.*

*Una vez, al llenar el cántaro,  
el hombre dejó caer los ojos dentro del pozo.*

*Sumergió los brazos ciegos en la oscuridad  
y se dio cuenta de que el pozo no tenía paredes.*

*Y el hombre sintió  
que las aguas del fondo lo llamaban.*

*Cuando encontró los ojos  
había nacido el mar.*

LEYENDA CONTADA POR DABONDI

No me dejan salir de la prisión donde acabo de hablar con Ngungunyane. Durante un rato soy una prisionera más. Los militares dicen que de allí nos iremos todos directamente al muelle. Es noche cerrada cuando nos hacen salir en silencio y caminar en fila india hacia el puerto de Lourenço Marques. Nos conducen así en la oscuridad por temor a una emboscada. Hasta que vislumbramos las luces lejanas de un navío que nos espera en la bahía. Por miedo a caerme, me apoyo en el hombro de Dabondi, que camina a mi lado.

Ella repele mi gesto.

—Déjame que tropiece, lo que más deseo es caerme —declara. Y añade susurrando que es la última vez que pisamos nuestra tierra—. Es una pena que caminos calzada, Imani.

Todas nosotras, me dice, vamos a partir acompañadas: el polvo de los muertos se agarra para siempre a nuestros pies.

Si ya era grande el barco en el que viajamos anteriormente, este otro parece más grande que la ciudad de Lourenço Marques. El *África* es tan inmenso que no puede atracar en el muelle. Si lo hiciese, al arrimarse a la tierra todo el continente se rompería. Por eso nos llevan a bordo en barcazas. Durante ese breve trayecto, las mujeres se mantienen cabizbajas. Solo yo miro el cielo estrellado. Dabondi me ordena que baje la mirada. Voy a ser madre, no debo mirar de frente las estrellas.

El comandante nos espera como si nos recibiese a la puerta de su casa. Es un hombre calvo, con la cara larga y una sonrisa bondadosa. Está uniformado conforme a las exigencias, la trinchera azul marino contrasta con las cuatro barras doradas de los hombros y las mangas. Luce tantas medallas en el pecho que parece que lleve una armadura.

—Soy capitán de fragata y mi nombre es António Sérgio de Sousa — anuncia el comandante, y señala a un individuo retaco que se yergue a su lado —. Este es mi adjunto, el sargento Júlio Araújo.

El sargento es la imagen invertida del comandante: de estatura baja y cara cóncava, con el pelo negro uniéndose a una barba cerrada, los ojos hundidos y casi ocultos bajo unas cejas espesas.

Ngungunyane es el primer prisionero que entra. Se queda parado ante el comandante, impidiendo el paso al pasaje que le sigue. De repente, se inclina en una pronunciada genuflexión. Se apoya en mi brazo y declara:

—Dile que soy su hijo.

El comandante sonrío, incapaz de entenderlo. Pide al rey de Gaza que se levante pero este insiste en mantenerse arrodillado. Ngungunyane me tira de la *capulana* y me pregunta en txizulu:

—¿Este no es el rey don Carlos?

Admito que me cuesta ver humillado a quien tanto obligó a otros a arrodillarse.

—¡Traduce, Imani! —vuelve a pedirme Ngungunyane—. ¡Dile que soy su hijo, que soy hijo del rey de Portugal! —y tomando las manos del

comandante, el prisionero pasa de la adulación a la súplica—: ¡No me lleve, por favor, yo ya estoy muerto, estoy muy muerto!

A una orden del sargento Araújo, arrastran a Ngungunyane mientras sigue proclamando su propia muerte.

Acabado el desfile de los primeros prisioneros, pasan a nuestro lado más de treinta detenidos encabezados por el misionero protestante Roberto Machava. Esos otros negros, capturados en Lourenço Marques, tienen un destino diferente: serán deportados a Cabo Verde, acusados de conspiración contra la patria lusitana. Ninguno de ellos conoce esa acusación, ninguno de ellos sabe qué patria es esa a la que tanto han ofendido.

A gritos, el sargento Júlio Araújo toma el mando de las operaciones:

—¡Separad ya a los presos en dos grupos, o nunca lo conseguiremos! ¡Estos tipos son todos iguales!

Y ordena que los registren, no vaya a ser que alguno de ellos se suicide por el camino. Él mismo pasa revista a cada uno de los prisioneros. Se entretiene morosamente mientras registra a las mujeres.

—¡Que Dios nos proteja, comandante, pues vamos a llevar demonios en la bodega! —exclama Júlio Araújo.

Y todos los blancos se santiguan al oír las palabras del sargento.

\*

Con escolta, nos hacen bajar una escalera de hierro. Nos conducen después por un pasillo iluminado por trémulos faroles que cuelgan del techo. Oigo a Ngungunyane mascullar:

—Este barco es mi ataúd de hierro.

Las reinas rompen a llorar cuando ven la oscuridad del cubículo en el que serán alojadas.

—Explícales cómo los vamos a distribuir —me ordena el sargento.

Es un milagro que dieciséis personas quepan en tan diminuto compartimento. Dos tableros colgados uno encima del otro servirán de cama a todos los presos, hombres y mujeres. Voy traduciendo las instrucciones: en el tablero superior descansarán el rey y todas sus mujeres. En el inferior y a la entrada estarán Godido, el cocinero Ngo y Mulungo. En el mismo tablero, pero más al fondo, dormirán Zixaxa y sus tres mujeres.

Los dieciséis prisioneros de Gaza son apiñados en el mismo cubículo y la

puerta se atranca con llave. Me envían a una celda separada, una especie de despensa situada justo enfrente del compartimento de la gente de Ngungunyane.

Roberto Machava y los treinta presos de Lourenço Marques son encaminados a una bodega de carga. Cuando se abre la escotilla, el pastor protestante y sus compinches reculan aterrorizados. Entre ellos reina la idea de que la bodega de los barcos es un agujero oscuro que se abre al fondo del mar. Allí, en esas profundidades, es donde queman a los esclavos, y después, con las cenizas de los huesos fabrican la pólvora.

—Eso no me lo creo —digo.

—¿Que no te lo crees? —me pregunta uno de los presos—. ¿Qué ha pasado con el resto de nuestros hermanos que se llevaron? ¿Alguno ha regresado? —y remata, con seguridad absoluta—: ¡Nos comen!

Otro prisionero nos alerta:

—En este viaje, ¡que nadie coma carne! Pues nos estaremos comiendo a nuestra propia gente.

—Haced lo que queráis —concedo.

—Quieren que engordemos. Eso es lo que quieren.

\*

Antes de que el navío leve anclas pido al centinela que me deje subir a cubierta.

—Necesito tomar un poco de aire —le explico.

Entonces me doy cuenta de que el soldado es mulato. Observo, absorta, el color bronce de su piel, su pelo largo y encaracolado. Y pienso: mi hijo será así.

—¿De dónde vienes? —le pregunto.

—De la sala de máquinas —responde—. Estoy sucio y lleno de polvo.

No entiende mi pregunta, no entiende mi sonrisa. Subimos las escaleras en silencio. A la entrada de la cubierta hace un gesto, como si me abriese una cortina invisible. Y regresa a su puesto de vigilancia.

La cubierta está llena de pasajeros que asisten a la partida del navío. En esta triste fatalidad no deja de haber ironía: un navío llamado *África* me aleja del continente africano, con un hijo mulato en la barriga y dejando a mi hombre blanco en tierra de negros.

—¡No puedes estar aquí! —me avisa un soldado.

Pero enseguida oigo a António de Sousa corregir la prohibición anterior:

—Déjala conmigo, marinero.

—Estoy embarazada, capitán —lloriqueo, avergonzada de mi triste figura.

Señala mis pies y sacude la cabeza descontento.

—Le pido disculpas, señor capitán —murmuro—. Los pies ya no me caben en los zapatos.

Otros pasajeros nos rodean, civiles y militares que quieren presenciar la marcha del barco.

—El soldado tiene razón, tienes que ir adentro.

—Deje que me quede, por favor. Volveré a calzarme...

El problema no son mis pies. El comandante está pensando en los números, no pretende hacerme daño. A bordo van doscientos sesenta civiles y más de doscientos militares. Hay cerca de quinientos pasajeros que quieren ver la salida y a ninguno de ellos le gustaría cruzarse con una mujer de mi raza.

Con los zapatos en la mano, inicio el camino de regreso cuando António de Sousa reconsidera sus intenciones.

—Puedes quedarte allí, en aquel rincón oscuro nadie advertirá tu presencia.

Con mucho esfuerzo, vuelvo a calzarme. Y me acuerdo de mi hermano Mwanatu, con el nublado juicio que tanta felicidad le proporcionaba, rezándole a Dios para dejar de crecer y que así los pies le cupiesen para siempre en su único par de zapatos.

\*

Autorizan que Dabondi se una a mí en la barandilla de la borda. La reina se sienta de espaldas a la tierra. La animo a que contemple las luces de la ciudad.

—Quien quiere huir solo mira hacia delante —afirma.

Pasa a nuestro lado un matrimonio que se sorprende de nuestra presencia. El marido, sin imaginarse que entiendo portugués, comenta:

—Apuesto a que forman parte de un grupo folclórico de danza para entretener a los de primera clase.

Y la mujer remata:

—Eso es lo que esa gente sabe hacer, bailar.

Se alejan riéndose. La reina observa a la pareja y, cuando las voces y las risas se disipan, confiesa que no me ha esperado para empezar con las lecciones de portugués. Godido la está enseñando. Cuando me ve sonreír, reacciona: solo necesita unas cuantas nociones básicas.

Le prometo que le daré clases y le sugiero que compartamos el cuarto. Dabondi lo rechaza: hasta el final de sus días dormirá junto a su marido.

—Pero el rey duerme entre Muzamussi y Tuka.

—No me importa con quién se acueste —argumenta Dabondi—. Es solo conmigo con quien sueña.

La reina revisa el nombre del resto de las esposas. Las enumera con los dedos, como si pasase las cuentas de un rosario. Y vuelve a enunciar los nombres: Muzamussi, Namatuco, Patihina, Machacha, Xesipe y Fusi.

—Son siete esposas —dice—, pero solo yo protejo los sueños del rey.

\*

Aquella noche Dabondi no protegió al esposo de las pesadillas. De madrugada, Ngungunyane se despierta a gritos: «¡No he sido yo, no he sido yo!». El alboroto se apodera del compartimento, las patadas a la puerta de hierro resuenan por el pasillo y alarman al centinela de servicio. Abren la puerta, maniatan a Ngungunyane y mandan que los presos se agrupen en el pasillo. En el cubículo solo nos quedamos el rey, el furibundo sargento Araújo y yo.

El rey tarda en recuperar el aliento. Está completamente desnudo, la corona de cera abollada, la baba le escurre por la barbilla. Con miedo va revelando los demonios que le robaron el sueño. La pesadilla todavía no ha salido de su cabeza: una canoa se acerca a la playa con un cuerpo. A cierta distancia distingue que es su hermano Mafemane el que va dentro de la embarcación. El rey se mantiene alejado del agua: el mar es un territorio prohibido. Cuando la canoa toca la arena comprueba que, en realidad, se trata de un ataúd. En ese féretro abierto el hermano habla como hacen los muertos: sin mover los labios. «Mundungazi, hermano mío —le pide el difunto—, tienes que cerrar este ataúd».

Ngungunyane se queda clavado en el suelo: para cerrar la última tabla de la canoa tiene que adentrarse en el mar, impensable herejía. Pero si no la cierra, el muerto lo visitará el resto de su vida. Con horror, va avanzando contra las

olas mientras intenta, en vano, tirar de la canoa hacia tierra. La embarcación fúnebre se ha encallado en un banco de arena. Mafemane vuelve a hablar: «Entra en el ataúd y rememos los dos hacia la orilla».

Las olas son ahora más altas, el rey deja de hacer pie. No tiene otra alternativa que subirse a la embarcación. En cuanto lo hace, la tapa del ataúd cae sobre él. La oscuridad que se instala es la misma que reina en el cubículo donde los portugueses lo han encarcelado. El navío es una tumba donde viajan él y Mafemane, su efímero hermano, ese eterno moribundo.

El sargento me pide que ayude al emperador a recomponerse. Para ello, lo llevan a pasear por la cubierta. Enroscado en una manta, Ngungunyane camina con pasos cortos y arrastrando los pies.

—Es el rey de los negros —declara uno de los pasajeros.

Traduzco la frase para que Ngungunyane se dé cuenta de que alguien lo ha reconocido. Parece sonreír, pero es una mueca triste lo que se le dibuja en el semblante. El emperador es consciente de los poderes que acaba de perder.

—Dime una cosa, Imani: ¿no hay, en todo este navío, un pedazo de tierra que se pueda excavar?

Más que la ignorancia, en Ngungunyane reina la ilusión. Al fin y al cabo, todos sabemos que no es en la tierra donde sepultamos a los muertos. Los que se han ido solo en nuestro corazón hallan sosiego. El hermano que Ngungunyane mandó matar, Mafemane, salió de la vida más vivo de lo que entró.

Ngungunyane busca con los pies descalzos una rendija en el suelo de metal. Echa de menos la arena donde se adentran la lluvia, el rocío y la sangre. Cierra los ojos y ve un río rojo discurriendo por los áridos paisajes de su reino.

\*

La pesadilla de Ngungunyane perturba la falsa armonía que existe entre los detenidos. Cuando el rey regresa a la celda, los prisioneros están concentrados en el pasillo. Zixaxa está esposado a un travesaño y, en cuanto ve llegar al rey de Gaza, empieza a vociferar:

—No te hagas ilusiones, Ngungunyane. Los portugueses no te llevan porque seas grande. Te llevan por culpa de los ingleses. No pienses que te están matando, al contrario, te salvan de que tu propia gente te mate en tu



propio reino. Los vatsonga no te respetan, los vachopi te odian, los vandau no reconocen tu autoridad. Los mabuingela, esos que antes te veneraban, escupieron en tus piernas cuando te detuvieron. Ya no eres nada, ya no tienes amigos, ya no tienes hermanos, estás solo con tus mujeres. No eres más que una de ellas, una reina viuda. Para los portugueses has dejado de servir como enemigo. Al final de este viaje, ni como trofeo de guerra tendrás utilidad.

Godido y el cocinero Ngo esperan una señal para hacer callar a Zixaxa. Las reinas miran ansiosas al marido. Ngungunyane se limita a maldecir por lo bajo:

—No has llegado a pronunciar una palabra. Todo lo que has hecho no ha sido más que ladrar. No eres más que un perro.

Los soldados restablecen el orden, los prisioneros vuelven a ser encerrados en la celda oscura. Al volver a mi cubículo he de abrirme paso entre los militares agrupados en el pasillo. Los ojos de los hombres dicen que soy una mujer. Percibo sus deseos, pero no me tocan. La curva de mi vientre anuncia que, en breve, seré madre. Abro la puerta con una certeza: no soy más que una niña. Tal vez menos que eso. Porque me duermo acurrucada, con las rodillas pegadas al rostro. En la misma posición en la que, dentro de mí, duerme mi hijo.

## 17. Bartolomeu y el camino marítimo al cielo

*Dabondi tiene razón cuando dice que el navío es una prisión. El océano es tan infinito que causa un sentimiento de clausura. El ruido de la quilla rasgando las olas, el vibrar subterráneo de las hélices, el lúgubre lamento de las chimeneas, el metálico chirriar del ancla: todo eso me produce una fatiga milenaria.*

*Gungunhane tiene razón cuando se queja de que no existe en este navío una sola piedra en la que poder sentarse. Ya casi no hay madera en los barcos de hoy. Ahora las embarcaciones le piden poco al viento. Igual que esas mujeres que han parado de soñar y se dejan engordar, estos navíos se han dado el lujo de ser pesados.*

*No puedo expresar cuánto me cansan estas prisiones ambulantes. A pesar de todo, siempre que me demoro en tierra, vuelve a tentarme la llamada de un mar lejano. Y de nuevo me dirijo al muelle, de nuevo reanudo el viaje.*

*Esa es la indescifrable seducción del mar: ninguna voz es tan humana, ningún silencio está tan lleno de historias.*

DIARIO DEL COMANDANTE ANTÓNIO SÉRGIO DE SOUSA

A la salida de Lourenço Marques la reina Dabondi vaticinó que iba a llover.

—Un agua se lee en otra agua —dijo mirándome largamente a los ojos.

La reina tenía razón: desde ayer llueve tan intensamente que ha dejado de verse el mar.

Atravieso despacio la cubierta, como si caminase por dentro de una nube. El capitán António Sérgio de Sousa me ha llamado.

Me sacudo la ropa y, con miedo, entro en el camarote del capitán. El aposento es amplio y luminoso. Lo primero que veo es un pájaro posado en el hombro del portugués. El animal me examina, curioso, en una postura híbrida entre príncipe y payaso. Después se espanta y bate las alas para ir a refugiarse

a una jaula colgada del techo. El comandante lo llama:

—¡Bartolomeu!

Y el pájaro, un loro del Congo, responde:

—¡Listo, mi capitán! —salta a la mesa y camina con el andar oscilante de los enanos.

—De vez en cuando me mancha los mapas —se lamenta el comandante.

El loro ensaya un torpe vuelo que hace sobresalir su cola roja entre el plumaje gris. Pregunto si debo cerrar la puerta.

—Déjala abierta —me recomienda Sousa.

Bartolomeu ha creado sus rutinas: revolotea por la cubierta cuando está en alta mar; cuando están atracados en tierra no sale del camarote, por miedo a las gaviotas.

—En lo que respecta al pájaro estoy tranquilo. Lo que no tengo claro es si no deberíamos separar a ese Zixaxa del rey de Gaza.

—Zixaxa no molestará a Ngungunyane.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Zixaxa cree que si Ngungunyane muere, ustedes, los portugueses, lo tirarán al mar. Sin el rey, ninguno de los prisioneros tiene valor.

La intención de António de Sousa es regalar el loro a su hijo, que va a cumplir ocho años. El niño nació en la India pero creció en África. Ahora está en Lisboa y padece de asma. El capitán cree que el niño echa de menos los cielos africanos. Donde él más encuentra África no es en el suelo, sino en los cielos.

\*

—No te he llamado por el loro —dice el capitán sacudiendo las manos como si los dedos le ardiesen. Me está metiendo prisa. Mi visita no se puede prolongar—. Soy el comandante —dice—, no me pueden ver encerrado contigo en mis aposentos.

Me ha llamado porque está preocupado. Uno de los prisioneros de la bodega, de los del grupo de Machava, se ha suicidado esa misma noche. El capitán teme que más presos sigan su ejemplo. Había ordenado que les mejorasen la dieta, pero no ha servido de nada. Lo que esa gente necesita es consuelo espiritual. Lo que les falta en bienestar puede ser compensado con la fe.

—Esa gente —dice— es muy creyente.

Sería a todas luces conveniente que los prisioneros creyesen que los dioses protegen el barco y han bendecido el viaje.

El día anterior el comandante había convocado a Roberto Machava. Era conocedor de la influencia que el pastor ejercía en los otros negros. El encuentro se produjo en el mismo camarote. Sousa le explicó sus intenciones. Reuniría a los prisioneros en una gran asamblea para que el pastor impartiera una bendición africana y, así, garantizase que el barco llegaría a buen puerto.

«¿Una bendición africana? —había preguntado el pastor Machava—. Le pido disculpas, pero aquí hay un error. Soy un misionero cristiano. No tengo creencias africanas. Usted y yo compartimos el mismo Dios, el único que puede bendecir este barco».

Sin decir una palabra, António Sérgio de Sousa dejó que el pastor se fuese. Pero no había renunciado. Por eso me llamó esa mañana y me transmitió lo siguiente con una prisa extraña:

—Con el pastor no ha dado resultado, pero sí saldrá bien con la reina adivina. Tráela a mi camarote. Quiero que los prisioneros sepan que voy a recibirla. Y que sepan que aquí, en mi camarote, bendecirá nuestro viaje.

\*

Acompaño a la reina al camarote del capitán. Dabondi se resiste al principio. No quiere que los demás prisioneros sepan que va a tirar las caracolas en el cuarto del capitán. Dirán de ella lo que ya dicen de mí: que se ha vendido a los blancos. Justo en la entrada, la reina reacciona de modo brusco:

—¡Solo entraré en este cuarto si ese blanco me da noticias de mi hijo!

El capitán actúa, solícito, y anota el nombre que la reina le dicta a la vez que va silabeando: «Man-gue-ze». ¿Por qué razón, me pregunto, nuestros nombres se enmarañan tanto en boca de los portugueses?

—¡Enseguida envió un mensaje a Lisboa! —promete António de Sousa—. Mañana sabremos el paradero de ese muchacho.

Aun así, la reina duda en entrar.

—Ese pájaro... —dice señalando a Bartolomeu.

Y el comandante se apresura a enjaular al loro.

Por fin, la adivina se sienta en la alfombra y saca de una bolsa las conchas

mágicas. Las instrucciones del comandante son claras:

—Dile que se tome el tiempo que necesite. Es bueno para todo el mundo que se sepa que ha estado aquí.

La reina invoca los nombres de los difuntos que el portugués le va dictando. Ella pronuncia a su manera esos mismos nombres y la mayoría de ellos se vuelve irreconocible para António de Sousa. Los *tinhlolo* se esparcen por el suelo: más que caracolas son huesecillos, simientes, conchas.

—¡Cuidado con las semillas! —advierte el portugués—. ¡A Bartolomeu le encantan!

La reina Dabondi se balancea, inspira y espira, estornuda, tose y, al final, entra en un trance convulsivo. Con los ojos en blanco y la voz desfigurada anuncia:

—Hay un hombre descalzo que atraviesa un río que baja del cielo. En esa tierra llueve tanto que nadie necesita abrir pozos...

—¡Es el Congo! ¡Solo puede ser el Congo! —exclama el capitán Sousa.

—El comandante piensa que nos transporta como prisioneros —declara la reina—, pero el único prisionero es él. Este barco es su prisión.

Con los ojos cerrados, la reina acompaña cada palabra de un balanceo del cuerpo. Sigo sus palabras y sus gestos con tal entrega que el comandante me pregunta:

—¿Por qué gesticulas tanto cuando traduces?

—Porque cuando traduzco soy ella.

\*

Sueño que viajo en un navío conducido por un capitán negro. El navío se llama *Europa* y tiene el casco pintado de colores vivos como las telas africanas. Los mástiles son árboles y dan sombra en cubierta. El viento esparce hojas sobre el mar.

Unos dedos llamando a mi puerta interrumpen el sueño. Debe de ser Dabondi, pienso al despertar de repente. Me arreglo un poco el pelo y, con una dificultad inesperada, me anudo la *capulana* a la cintura. Estoy de cinco meses, en poco tiempo seré devorada por mi propia barriga.

Vuelven a llamar. Entreabro la puerta. Es el misionero Roberto Machava. Sus manos rápidas se anticipan a la cara del visitante:

—Mira este dibujo —me pide.

Me estremezco. Es un dibujo de colores que, de niña, le hice a mi padre. En él se ve una aldea quemada y cuerpos que yacen en el suelo. Debajo de los dibujos hay escrita una leyenda, una promesa de venganza contra las tropas de Ngungunyane.

—¿De dónde ha sacado ese papel? —le pregunto, alarmada.

—Déjame entrar. Aquí en el pasillo no te lo puedo contar.

—Venga en otro momento.

—Este es el mejor momento. Todo el mundo está distraído con la llegada a la próxima ciudad.

El pastor entra y se queda pegado a la puerta como si quisiese reforzarla. Deja de hablar en portugués y se explica en su lengua materna. Machava pasó por el Save y visitó a mi padre, Katini Nsambe, y a su esposa actual, la curandera Bibliana. Mi padre tenía razón cuando le dijo al misionero que me encontraría en Lourenço Marques. Al entregarle el dibujo, mi anciano padre fue categórico: «Dáselo a Imani para que no se olvide de lo que me prometió».

—Yo le prometí lo mismo —afirma Machava—. También busco la venganza y necesito tu ayuda.

—Pídale ayuda a Zixaxa.

—A todos menos a ese. Soy prisionero, junto a mis compañeros, por culpa de ese traidor.

Abre un poco la puerta y escudriña el pasillo para confirmar que nadie nos escucha. Después vuelve a atrancarla. Arrima su cara a la mía para confesarme:

—Estoy preparando una revuelta —niego con la cabeza y él me repite—: Estoy preparando una revuelta, una rebelión sangrienta.

El plan es sencillo, pero de una lógica espeluznante: matará al rey de Gaza. Sin Ngungunyane, los portugueses llegarían a Lisboa con las manos vacías, sin prueba de la abrumadora victoria que tanto proclamaban.

—Si lo matásemos ahora —argumenta Machava—, sería imposible conservar el cadáver hasta llegar a Lisboa.

Las naciones europeas pensarían que Portugal había forjado una puesta en escena muy torpe. El plan del misionero se cerraba con un broche de oro: en el interior de Mozambique, los religiosos protestantes clamarían que Ngungunyane seguía vivo, errando por las montañas del Transvaal. ¿Y quién en este mundo podría probar lo contrario?

—Voy a decirte lo que debes hacer —declara el misionero.

—¡No! ¡No me diga nada! No estoy preparada.

Una duda terrible me asalta: si Ngungunyane muriera durante el viaje, ¿por qué seguirían queriéndonos llevar a Lisboa? Seguramente nos abandonarían en Luanda o en Cabo Verde. Nunca más vería a Germano, mi hijo nunca conocería a su padre. Era verdad que había hecho una promesa de venganza, pero no tenía por qué cumplirla ahora.

—Escucha, hija mía.

—¡Váyase, pastor Machava! ¡Váyase o grito!

—Piensa en lo que te he pedido —murmura el pastor a la salida.

Pasa al lado del centinela, que duerme. Lo veo desaparecer en cubierta. Cierro la puerta y suspiro. Varias aflicciones me parten el alma: mi negativa a ser cómplice de un asesinato no es la única. Es imperioso abortar ese plan. Hay que denunciar, sin demora, las intenciones del misionero. No es difícil, por otro lado, adivinar las consecuencias de esa denuncia: a Roberto Machava y sus correligionarios los lanzarán al mar. Solo me queda la elección imposible entre dos crímenes.

\*

El *África* se acerca ahora a una tierra que no es igual a ninguna otra. En el horizonte se adivina Ciudad del Cabo. Un macizo de montañas grises enmarca la ciudad. Miro esas montañas como, en una cárcel, el condenado contempla una rendija por la que asoma el cielo.

Vigilados por militares, se autoriza a los prisioneros a disfrutar del paisaje. La reina Dabondi se une a mí y al capitán. Me aprieta las manos, fascinada por la visión de un continente que parece recién nacido. Y profetiza:

—Llegará el día en que un negro conducirá un navío como este —después se dirige a mí para ordenarme—: Traduce, Imani. Este portugués debe conocer ese futuro.

—Solo si el mar se convierte en río —contesta António de Sousa nada más traducirle el presagio.

—El mar siempre ha sido un río —afirma Dabondi.

El comandante y yo nos reímos. En el rostro de la reina se dibuja una ligera sonrisa. El portugués mira a su alrededor con temor de que alguien nos sorprenda tan animados. Se inclina hacia la reina y le dice:

—Qué bueno es ver tierra, ¿no?

No espera respuesta, solo quiere que lo escuchen. Anoche no pegó ojo pensando en las palabras de Dabondi. La reina tenía razón: aquel barco era una prisión. En su desvelo, pensó en los compañeros que habían abandonado la Marina y se habían quedado deambulando por tierras africanas. No quisieron convertirse en prisioneros. Estaban cansados de la clausura del mar. Las fieras, la selva y las tribus primitivas eran preferibles a la eterna soledad del océano.

Qué bueno es ver tierra, se repite a sí mismo. Antes de irse, el comandante transmite órdenes al sargento Araújo:

—Vaya abajo con estas dos mujeres y prepare al rey para recibir las visitas. Dele vino y ropa presentable. Quiero al hombre hecho un pincel.

\*

Vestido con ropa europea, dejan al rey de Gaza a solas en su aposento. El resto de los prisioneros son trasladados a la bodega, excepto Dabondi, que sigue a mi lado.

—Vosotras dos id a vuestro compartimento y esperadme allí —ordena el sargento Araújo.

El navío está inmovilizado, han apagado las calderas. Siempre proceden así cuando el *África* llega a un puerto. Hay que ahorrar carbón. Con la calefacción apagada, el frío se apodera del barco. En la penumbra de mi cubículo, me pego a Dabondi como si fuésemos un solo cuerpo. Con la palma de las manos, la reina me da calor en la barriga.

De repente, la puerta se abre bruscamente y entra el sargento Araújo. Un brillo extraño ilumina sus ojos al sorprender el gesto de ternura de Dabondi. El compartimento es exiguo, pero el militar considera que hay sitio para los tres. Y nos anima:

—¡Seguid, seguid, quiero ver esas caricias!

No es a mí a quien desea. Soy demasiado cercana, demasiado europea. Sus fantasías tienen que ver con las esposas del rey, cuyos nombres nunca sabrá pronunciar. El temor a contraer enfermedades es, con todo, más grande que el deseo que siente por ellas. Se limita a violarlas en sueños, sin tener que mirarlas a los ojos y sin la incomodidad de olerles el sudor o el riesgo de contagiarse.



Debe de imaginar que Dabondi y yo nos acariciamos sin pudor. Y que lo hacemos para excitarlo:

—Acercaos más, quiero veros como marido y mujer —ordena el sargento.

Araújo se introduce la mano en los pantalones, babeando con los ojos y anticipándose a la escena. Como nos quedamos estáticas, el militar levanta el tono de voz y exige:

—¡Enseñadme las tetas!

No es de los que gritan de quienes debes tener miedo: era el consejo de mi madre. Los verdaderos malvados, decía, nunca levantan la voz. Si esa advertencia era verdadera, los gritos de ese hombre no tenían por qué atemorizarme. Y, sin embargo, había algo en él que me provocaba escalofríos.

—Estamos embarazadas —le advierto.

—No lo estáis —dice el sargento—, pero no vais a tardar en estarlo.

La reina se levanta y deja caer la *capulana*. El sargento da un paso atrás, sorprendido al ver a la mujer desnuda, con la tela rendida a sus pies. Más estupefacta me quedo yo cuando la reina me pide que me desnude yo también. Niego con la cabeza, por miedo a que no sea consciente de lo que allí está pasando. Dabondi me arranca el vestido de un tirón. Ambas estamos desnudas, indefensas ante el descontrolado portugués.

Las manos de Dabondi avanzan, provocadoras, en dirección al sargento, que va cerrando los ojos. Pero el gesto tiene otra intención. La reina abre la puerta de un tirón y me empuja deprisa y corriendo al pasillo.

—¡Que nos siga, como los bueyes en celo! —exclama la reina mientras, desnudas y de la mano, nos alejamos por los subterráneos del navío. Subimos la escalera que desemboca en cubierta.

—¿Hasta dónde llegará ese blanco? —pregunta Dabondi.

En ese momento entiendo la estratagema de la reina: la desnudez que tan frágiles nos hacía era, en ese momento, nuestra mejor defensa. En un lugar abierto como la cubierta estaríamos a salvo del ataque del sargento Araújo. Por detrás, muy por detrás, oímos al sargento dar patadas a las paredes del navío.

## 18. Un suicidio involuntario

*A través de tu corazón pasó un barco  
que no para de seguir sin ti su camino.*  
SOPHIA DE MELLO BREYNER, *Navegações*

*¡Oh, Daude! ¡Daude! Ve a decirle al administrador Madekhise que han  
llegado unos blancos y han capturado al verdugo. ¡Ojalá lo encuentres!*  
CANCIÓN EN HONOR DE LA CAPTURA DE GUNGUNHANE (COMPUESTA POR  
KATINE NYAMOMBE Y PRESENTADA POR SU ORQUESTA DE MARIMBAS  
DURANTE LA VISITA DEL PRESIDENTE ÓSCAR CARMONA A MAGUL EN 1939.  
DAUDE ERA UN FUNCIONARIO DE LA ADMINISTRACIÓN DE ZAVALA).

Nos han avisado a nosotros, los negros: tenemos prohibido salir del navío. Esa es la norma en Ciudad del Cabo. El comandante nos permite ocupar la cubierta y deleitarnos observando el permanente ajeteo de carga y descarga que reina en el muelle. Los prisioneros señalan la maquinaria del puerto en busca de nombres que no existen en sus lenguas. Después se ríen, divertidos, al ver a tantos mulatos cargando con pesados fardos. No son como los mestizos de nuestra tierra, que se mantienen alejados del trabajo penoso. Y mis hermanos se ríen de estos mestizos, que sudan como si fueran mineros excavando el suelo del infierno. La única que no se ríe soy yo. Pienso en mi futuro hijo. Siempre será un eterno estibador que cargará con el peso de su propia piel.

Durante horas, un desfile ininterrumpido de periodistas, diplomáticos y misioneros suben a bordo para entrevistar a Ngungunyane. Ciudad del Cabo es el primer escaparate fuera de Mozambique donde se expone al rey

africano. En un rincón de la cubierta, los portugueses han preparado un escenario de altura: han sentado al rey en un sillón de piel con ropa prestada y unas botas militares que le pesan como plomo en los pies. Los extranjeros no imaginan las condiciones en que viaja el entrevistado. El rey sonríe y saluda a cada uno de los visitantes. Ninguno de ellos le devuelve el gesto.

A mediodía, ya sin visitas, el cocinero Ngo nos trae de comer. Ngungunyane está contento y se sirve con sus dedos cortos y rollizos. El emperador está lejos de imaginar que, en ese navío, gente de su raza urde planes para eliminarlo.

\*

Sentada en mi cama, Dabondi abre unos ojos como platos al oír los ruidos que llegan del puerto de Ciudad del Cabo.

—¿Cuántos días faltan para llegar a Lisboa? —me pregunta.

—No hemos hecho ni siquiera la mitad del viaje —respondo.

La reina saca una sombrilla de entre los trastos que se acumulan en el pequeño cubículo. Quiere pasear por cubierta, pero no quiere broncearse.

—Las mujeres se oscurecen y ya no las desean —declara.

Los hombres negros, asegura, han aprendido a considerar fea a una mujer de piel oscura.

Dabondi rechaza el ofrecimiento de mi compañía. No está sola. Godido la espera al final del pasillo con un par de sandalias en la mano derecha. El príncipe ha deshecho su corona real para fabricar con ella una especie de sandalias. Convirtió la diadema en una pasta oscura y la dividió en dos pedazos que cubrió con unas tiras de lona. Con las tiras que sobraron hizo un par de cordones. La reina sabe que aquellas sandalias improvisadas le serán de poca utilidad. La chapa metálica de la cubierta es una plancha hirviendo. En pocos pasos no quedará nada de la buena intención de su generoso hijastro. Así y todo, esas sandalias son el mejor regalo que ha recibido en toda su vida.

La veo alejarse por el pasillo, empuñando la sombrilla como si fuese la más luminosa de las banderas. Del brazo de Godido, sube lentamente la escalera cuidando más de proteger el calzado que de encajar el pie en los peldaños. En lo alto de la escalera, la luz la abraza. La reina y su hijastro entran en la infinita rueda del Sol.

\*

Al cabo de un rato, Dabondi irrumpe en el cuarto. Llega alterada del paseo con Godido. Se pega a mí para enseñarme un corte profundo en la muñeca.

—Nos hemos peleado —suspira la reina.

Una de las tradiciones de su pueblo es atar dos largas varas al cuerpo de las esposas infieles. Después, en una ceremonia pública, les agujerean los ojos con un hierro puntiagudo. No es, sin embargo, la idea del castigo lo que la perturba. Ni siquiera la pelea que ha tenido con su hijastro Godido. Es la herida que se ha abierto en la muñeca. Se ha cortado y no sangra, eso es lo que la asusta.

—La sangre ha dejado de correr por mis venas. Las venas se me han secado.

Estira los brazos para mostrarme la peor de las enfermedades. Toda ella se estremece, súbitamente frágil. Por primera vez, soy yo la que tiene que consolarla. No sé qué hacer. Tímidamente, casi de manera absurda, me siento a su lado y abro la sombrilla. Dentro del cubículo, nos arrimamos hombro con hombro como si estuviésemos hechas de una sola sombra. Y nos quedamos en silencio hasta que nos sorprenden los gritos de la celda de Ngungunyane. Han venido a tomarle medidas y, una vez más, piensa que lo van a preparar como si fuera un cadáver prematuro. Me llaman para que intervenga y le dé el siguiente mensaje tranquilizador: en la próxima parada, en Luanda, los portugueses comprarán ropa para él y todos los cautivos. No nos quieren proteger del frío. Solo pretenden que desembarquemos con un mínimo de decoro en Lisboa.

La explicación no tranquiliza a Ngungunyane. ¿Por qué lo vestían y luego le quitaban la ropa? Yo ya lo había vestido y desvestido. Entonces había aceptado porque eran manos de mujer. Esta vez son hombres los que le miden los brazos, las piernas, el cuello y la barriga. ¡La barriga! Solo puede haber una razón para tamaña humillación: los carceleros se han convertido en sus verdugos. Por eso, el emperador intenta furiosamente escapar de las malhadadas mediciones. No lo miden a él. Lo que miden es el tamaño del futuro ataúd. Ngungunyane me llama y me pide que interceda. Finjo que no lo he oído. Lo dejo sufrir. A veces, el único acto de valor consiste en no hacer nada.

\*

Las calderas vuelven a encenderse. Como una serpiente invisible, la electricidad circula de nuevo por todo el navío. Estamos saliendo de Ciudad del Cabo cuando el sargento Araújo entra en mi compartimento sin pedir permiso. Revuelve el cuarto con los modales de un marido desconfiado. Sus dedos lentos recorren las telas que he colgado en una barra. Arrastra el gesto como si acariciase un cuerpo. Después, me pregunta:

—¿No tienes nada para mí?

Niego con la cabeza, y él insiste:

—¿Estás segura?

Ante mi obstinado silencio, tira las telas al suelo.

—Entonces, vámonos afuera —declara—. El comandante te llama.

Me mete prisa para que salga del cubículo, pero no se aparta del estrecho umbral, lo que me obliga a comprimirme entre él y la pared húmeda. Respiro su aliento agrio mientras, con la mano peluda, palpa mis senos.

—No te hagas la lista —me avisa—. Te tengo echado el ojo, negrita.

Me ordena que vaya por delante de él. Sé lo que pretende: acariciarme las nalgas y los muslos mientras camino. El pasillo es corto, sus dedos trabajan frenéticamente hasta que, una vez en cubierta, el pudor se sobrepone al deseo.

En el camarote del puente, sentado en su escritorio, el comandante Sousa sacude un telegrama:

—¡Triste noticia! João Mangueze, el hijo de Gungunhane que vivía en Lisboa, ha muerto.

Lo escucho como si me hablase de un desconocido: ¿el hijo de Gungunhane? Y tardo en caer en la cuenta. Para mí, João Mangueze solo era hijo de Dabondi.

—Ya he hablado con Gungunhane —prosigue el capitán—. Me ha pedido que sea yo quien anuncie la triste nueva a la madre.

Ngungunyane había recibido la noticia con más miedo que tristeza. Recelaba de la reacción de Dabondi, según confesó. Temía que lo acusaran de complicidad en un posible asesinato. O más grave aún: que lo considerasen sospechoso de brujería.

\*

De pequeño —y mucho antes de cruzar el mar—, João Manguze fue enviado a la Escuela de Artes y Oficios de Isla de Mozambique. Meses después regresó con nuevas sabidurías pero con grandes olvidos. Se había olvidado, por ejemplo, de que el destino de un joven nguni era la guerra. De la escuela solo volvió la mitad de la persona que Ngungunyane había enviado. Le habían diluido la sangre guerrera de los Manguze y el muchacho se negaba a partir al campo de batalla. La simple idea de matar a alguien lo hacía llorar. El emperador dio orden a los guardias para que, una noche, acompañasen al hijo al redil, lo obligasen a degollar un buey y después lo dejaran atado a los cuernos del animal muerto. Esa experiencia endurecería al hijo. A la mañana siguiente, la madre encontró a João lleno de sangre y lo condujo a casa envuelto en una manta para que nadie lo viese en aquel deplorable estado.

El comandante Sousa necesita ahora mi ayuda para darle la mala noticia a la madre. No apela a mis competencias lingüísticas. Recurre a mí como mujer.

Fueron a buscar a Dabondi y la encontraron en mi cama, sentada con la sombrilla abierta. En la puerta del camarote del comandante, la reina duda. Y me pregunta, cabizbaja, casi sin voz:

—¿Es João?

Doy un paso hacia el exterior, quiero tomarle las manos, pero la reina rehúye el contacto. Impotente, me quedo mirando cómo se alejan sus pies descalzos. Dabondi tiene razón: hay huellas que se imprimen en el hierro.

\*

Hace solo unos instantes que Dabondi ha recibido la más grave de las noticias, pero parece que haya pasado un siglo desde que desapareció. Sola en mi cubículo, temo que, desesperada, se haya lanzado al mar. Y he aquí que, impetuosamente, se abre la puerta de mi celda y aparece Dabondi escoltada por dos militares. Viene desgñada y cubierta de ceniza. La empujan para que se siente en la cama mientras le ordenan, a gritos:

—¡Te vas a quedar aquí, sin moverte!

Y me mandan que traduzca: a partir de ese momento la reina se quedará enclaustrada en el cubículo con un guardia en la puerta.

—¿Qué ha pasado? —pregunto.

—Tu amiga ha intentado suicidarse. Bajó a la sala de máquinas e intentó tirarse al horno. Si no hubiese sido por nosotros, ahora sería un trozo de carbón.

—¡Un trozo de carbón es lo que siempre ha sido! —ironiza el otro militar.

Dejan de reírse para advertirme que, a partir de ahora, me toca cuidar de Dabondi. La reina no tiene la menor importancia para los portugueses. Sin embargo, es conveniente que el número de prisioneras negras se mantenga intacto. Cuantas más mujeres se exhiban en Lisboa, más auténticamente africano se presentará el rey. Eso es lo que me dicen los soldados.

—¡Encárgate de ella! —repiten al irse.

Desde dentro oigo que echan la llave, y entonces me doy cuenta de que, en adelante, formo parte de los prisioneros.

Me quedo un rato observando a la reina. Le falta cuerpo, le falta vida. Estoy más desvalida que nunca. Ante el tamaño de aquel dolor, cualquier intento de consuelo resulta ridículo. De repente, Dabondi se incorpora como si el alma hubiera dejado de pesarle:

—¡Abran la puerta! ¡Quiero hablar con Ngungunyane!

Negocio con los guardias. Son irreductibles, la reina no puede salir. En cambio, autorizan que el rey se desplace hasta nuestro cuarto. Minutos después, se presenta Ngungunyane. Dabondi no espera a que cruce el umbral de la puerta para declarar:

—Todos piensan que João Manguzeze era tu hijo preferido. Todos creen que fue por amor por lo que lo enviaste a Lisboa. Pero fue al revés: lo que querías era alejarlo. Esperabas que el mar lo devorase.

—Dabondi, esposa —dice el rey—, quieres acusarme porque estás sufriendo.

—No soy tu esposa —responde Dabondi—. Nunca he sido la mujer de nadie. Sabrás lo que es el peso de la culpa. Y no habrá bebida que te alivie.

Y siguen las amenazas. ¿Que el emperador tenía pesadillas? A partir de ahora tendría pesadillas incluso cuando no soñara. Y de poco le valdría el suicidio. Incluso después de muerto, los fantasmas no dejarían de consumirlo. Y Dabondi termina, como reina en ejercicio, dando órdenes a los portugueses:

—¡Llévenselo de aquí, no quiero verlo más!

Ngungunyane se marcha, en silencio. La puerta se cierra. Solo entonces

Dabondi se deshace en lágrimas.

\*

La noticia de una muerte siempre se propaga más rápido que el viento. En la atmósfera enclaustrada del navío, la novedad del fallecimiento de João Mangueze se difunde en un abrir y cerrar de ojos. Alertado por el luto que ha alcanzado a la familia real, Roberto Machava solicita permiso para hablar con el comandante. En presencia de António de Sousa, el misionero se inclina a modo de saludo y, en portugués, se expresa con una elocuencia que a todos sorprende:

—Los prisioneros quieren celebrar una misa por el alma de João Mangueze. Le pido permiso para utilizar la capilla.

—No sé si puedo —responde el comandante—. Quien manda en la capilla es el padre Martinho, que ha enfermado y ha tenido que quedarse en Ciudad del Cabo.

El sargento Araújo se entromete en la conversación. Conoce las debilidades de António de Sousa y teme que reincida en su condescendencia con los negros.

—No se fíe de este negro que se presenta aquí falsamente humilde —declara Araújo—. Este negro que dice ser misionero no es más que un rebelde que obedece a los intereses de los protestantes. Pregúntele, mi comandante, si sabe que la capilla es un lugar de culto católico.

—Me han enseñado que tenemos un único Dios —alega el pastor.

—Dios es único, pero tiene diferentes rebaños —responde el sargento.

El misionero se aleja. Cuando pasa por mi lado me pregunta si he pensado en «su asunto».



## 19. Los amnésicos difuntos

*Una vez vieron a un pescador abriendo un hoyo enorme en la playa. Le preguntaron qué hacía. Señaló una canoa vieja, en la duna, ya medio despedazada. Había sido la embarcación con la que durante años se había hecho a la mar, siempre más allá del rompiente. De tanto cabalgar juntos sobre las olas, hombre y barco se amoldaron hasta tal punto que el pescador solo podía dormir acurrucado en el fondo de la embarcación.*

*—Cuando los barcos mueren, hay que darles sepultura.*

*Al final, clavó el remo junto a la tumba. Al santiguarse, resonó en su pecho el sonido de la madera cuando se la golpea.*

DIARIO DEL CAPITÁN ANTÓNIO SÉRGIO DE SOUSA

*En el arte de matar no hemos evolucionado mucho desde los tiempos primitivos. ¿Qué es la bala sino una pequeña piedra que ha aprendido a volar?*

ROBERTO MACHAVA

Durante toda la noche, el emperador Ngungunyane clamó a voz en grito que era «hijo del rey de Portugal». La lancinante reclamación reverberó con nitidez en nuestra habitación.

A fuerza de llamar a su padre portugués, el emperador se olvidó de que acababa de llegar la noticia de que se le había muerto un hijo. Le desapareció de la mente el nombre de aquel muchacho. Invocaba a los antepasados y ninguno comparecía. Entonces, aterrorizado, manda a sus parientes que se acerquen y murmura:

—Los blancos quieren matarme, pero me he adelantado. Ya he embarcado muerto.

Aprensivas, las esposas se miran. Todas saben que no existe en este mundo un trastorno más grave que esa súbita amnesia. Más grave que el hecho de

que el rey se haya olvidado de sus muertos es que estos dejen de acordarse de él. Los esfuerzos por rehabilitar al esposo se revelan inútiles.

—Dabondi, haz algo —implora una de las reinas.

Muzamussi, la esposa predilecta, alza el brazo a modo de proclamación silenciosa. Solo a ella le compete apaciguar semejante caos. Hace sonar las veinticuatro anillas de latón que le cubren el brazo. Se abre camino entre el resto de mujeres, levantándose la túnica que le cae hasta los pies. El desmesurado manto forma parte de la ropa que se compró en Luanda.

—¡Apartaos, la *nkossikasi* soy yo!

La «mujer grande», como la llaman, hace justicia a su nombre. Es noble y voluminosa, luce un peinado cónico que la hace parecer todavía más alta. Se arrodilla ante el asustado esposo. La luz que entra por el ojo de buey brilla sobre sus hombros.

—*Buia, nkossi wa mina!* —la reina llama al marido. En voz baja, como si rezase, lo invita a descansar en su regazo.

Las otras esposas se apiñan contra las paredes y el rey se acurruca en el regazo de Muzamussi. Ngungunyane se desmorona inerme, adolecido por la carencia del alcohol. Confuso, se dirige a Muzamussi llamándola *Vuiaze*, su antigua y única pasión.

—Gracias, querida *Vuiaze* —balbucea el rey.

Muzamussi finge que no ha oído el descuido. El marido está derrumbado en su regazo y, en ese momento, ella vuelve a ser reina. Hace una señal para que todos los demás se retiren. Los prisioneros obedecen y se apiñan en el pasillo. Las mujeres miran las luces del techo y estiran los dedos para sentir el fuego que se esconde en los quinqués.

\*

Una vez restablecido, el rey de Gaza avanza por el pasillo escoltado por dos vigilantes. Pasa por el patio que antecede a la bodega. Los presos de Roberto Machava están de pie en ese recinto mientras esperan que desinfecten su cárcel provisional. Cuando el rey de Gaza se presenta, todos se arrodillan. Están tramando matar a ese tirano y, sin embargo, no dudan en rendirle homenaje.

—¡Levantaos, hermanos! —ordena Machava, enfurecido.

De momento no hay nada que hacer. Los prisioneros muestran ante el

soberano de Gaza el mismo respeto con que se postran ante la cruz de Cristo. Ngungunyane abre los brazos frente al sumiso grupo y proclama casi sin voz:

—¡Soy hijo del rey de Portugal!

Machava menea la cabeza, apesadumbrado: el emperador ha perdido el sentido común. No porque haya consumido alcohol. Al contrario. Está embriagado por la abstinencia. Es por eso por lo que le tiemblan las manos sin control. Un pensamiento asalta al misionero: ¿y si el rey muriera sin necesidad de cometer un crimen? Esa será la súplica que, en los próximos días, elevará a Dios.

Machava no vuelve a llamar la atención a su rebaño y se aparta del rey con energía. Ngungunyane no tiene fuerzas para resistir y se desmorona aparatosamente. De repente, para mi sorpresa, Zixaxa sale en auxilio de Ngungunyane.

—¡Dejadlo! —grita mientras ayuda al rey a recomponerse. Y después, señalándome a mí, clama—: ¡Pide a los soldados que se lleven de aquí a ese cura negro! No queremos verlo. Y díles que traigan vino para el rey de Gaza.

En la puerta de la celda, los guardias están sentados en unas cajas de botellas de vino de Oporto. Esa reserva de alcohol forma parte del tratamiento reservado al prisionero real. Quieren que esté risueño, pero sin alma. Ese es el exilio que le destinan, emigrado de sí mismo, sin memoria ni destino. Uno de los soldados entrega una botella al emperador, que se sirve con voracidad. El vino le escurre por la barbilla cuando, fijando la vista largamente en mí, repite:

—¡Voy a ofrecerte al rey de Portugal!

—¡Váyase, pastor Machava! —pide Zixaxa—. Ngungunyane se entregó a la bebida de los blancos, pero usted se ha entregado a su Dios.

El vino y los curas, dice Zixaxa, completarán lo que los portugueses empezaron con las armas. De aquí a un tiempo no habrá un lugar al que llamar casa, no habrá nadie a quien llamar hermano.

—¿Mi presencia le incomoda? —reacciona Roberto Machava—. ¿Hago que se sienta culpable?

—Yo no lo he denunciado —se defiende Zixaxa—. Esa es la pura verdad. ¿O acaso cree en los portugueses más que en mí?

El misionero me hace una señal para que nos alejemos del grupo.

—Vamos a rezar —me incita.

—¿Aquí, en el pasillo? —pregunto.

—Ven conmigo, el comandante ya me ha autorizado el uso de la capilla — afirma Machava.

Sigo al misionero en silencio. Al llegar a cubierta lo registran meticulosamente y un par de soldados nos acompañan hasta la entrada de la capilla, que está vacía. Sin quitar la vista de la cruz, el pastor Machava finge rezar. De rodillas, con los ojos cerrados y las manos juntas, entona un cántico en su lengua natal. Pero no reza, lo que anuncia son los planes para la consumación de un crimen: los blancos organizan una fiesta dentro de dos días. Se trata de una tradición al pasar la línea del ecuador. A Machava le han dicho que se parece a las celebraciones africanas, con bebidas, bailes y máscaras. Permitirán que los presos asistan a la fiesta.

—Tu tarea —me anuncia Machava— consistirá en distraer al sargento mientras nosotros nos ocupamos de Ngungunyane.

—Tengo miedo, pastor.

—Confía en mí —afirma el misionero—. Tengo visiones. Voy a contarte cómo me encontré con Dios.

\*

La vocación religiosa de Roberto Machava se le reveló cuando, todavía joven, recorrió a pie la distancia que separa Lourenço Marques de las tierras del Rand. Viajaba en busca de una vida mejor. Sabía lo que quería, pero ignoraba el camino. El tercer día, muerto de calor y de sed, cayó desamparado en medio de la sabana. Cuando se despertó, estaba en casa de un campesino. Quien lo salvó fue uno de esos vatsonga catequizados en las plantaciones de los ingleses. Se arrodillaron los dos y Machava —sin haberlo hecho nunca antes— rezó como si la oración fuese en su lengua natal. El anfitrión suspiró y dijo: «Nadie llega nunca por casualidad».

Después se sentó en el patio a contemplar las tierras quemadas por la falta de lluvia. Y así se quedó dormido, con la mano posada en una rama de acacia. Por la noche, los dedos se convirtieron en ramas del árbol y señalaron al cielo con la desesperación de un desenterrado. Con el dedo más largo, Roberto ensartó la barriga de la nube. Y llovió.

Aquella mañana, Roberto Machava cruzó la frontera de Mozambique con la cabeza anublada, sorprendido de sus facultades recientes. En Lydenburg se unió a la Iglesia Metodista y se hizo pastor. De vuelta en Mozambique, unos

años después, abrió una escuela en la bahía de Lourenço Marques. La Iglesia Católica Romana le impuso que se uniese a esa a la que llamaban la «única Iglesia verdadera». Machava se negó. Prohibieron su escuela. Y ese fue el inicio de otras prohibiciones. Al final, entendió que lo que prohibían era a él.

\*

El pastor me pide que lo ayude a levantarse. En la cárcel ha sufrido malos tratos. Ahora es capaz de arrodillarse, pero no se incorpora sin apoyo. Cuando estuvo en prisión le dijeron que Zixaxa lo había denunciado. Al guerrero de los mpfumos le pusieron delante una lista de nombres que le fueron leyendo con acento indescifrable. Cuando mencionaron el nombre del religioso, Zixaxa asintió con la cabeza: «¿Ese fue el hombre que te mandó luchar contra el gobierno?», le preguntaron. Y Zixaxa volvió a confirmarlo. Horas después el pastor era detenido. Durante el interrogatorio, lo golpearon de tal manera que aceptó todo lo que le imputaban. Al día siguiente lo embarcaron en el *África*, listo para ser deportado a las islas de Cabo Verde.

—Hay cosas que debes saber —declara el pastor—. La bodega donde me tienen retenido es un polvorín.

—¿Un polvorín?

—Todos mis fieles están armados.

—¿Con qué armas? —pregunto.

El pastor responde entreabriendo las manos:

—¡Estas!

Al principio no veo nada, después me fijo en un trozo de vidrio que centellea entre sus dedos. Es un pedazo de una de las botellas que cada día se hacen añicos a la puerta de Ngungunyane.

—Con estas armas mataremos a Ngungunyane —proclama Roberto Machava apretando el cristal, sin darse cuenta de que la sangre le escurre entre los dedos.

\*

Una sorpresa me espera en la cubierta resbaladiza: Ngungunyane está sentado bajo la lluvia en un solitario banco de madera. El agua le resbala por el tronco desnudo y gotea en la tela que lleva anudada a la cintura. Los

soldados que lo vigilan a distancia me explican:

—Nos ha pedido quedarse así, dijo que quería sentir la lluvia.

Replico en tono maternal:

—Es mejor que se resguarde, se pondrá enfermo.

Y los soldados consienten:

—Ve a hablar con él y llévale esta capa.

Acomodo la capa en los hombros del rey. Su cuerpo se estremece más que su voz cuando, murmurando, me confiesa que echaba de menos que le lloviera encima. Se levanta y camina a mi lado como si fuese un sonámbulo, con los pies descalzos chapoteando en el suelo de metal. Al bajar las escaleras que conducen a nuestras celdas, apoya un brazo en mí y otro en Dabondi, que acaba de llegar. Pero es a mí a quien echa su aliento ácido a la cara:

—¿Cómo se dice oro en tu lengua, en txitxope?

No espera mi respuesta y empieza a hilar una conversación desordenada. Los blancos, dice, miden su fortuna en oro, palabra que no tenemos en nuestras lenguas. Cuando piensa en riqueza, el rey de Gaza ve manadas de bueyes que se pierden de vista en el horizonte, cascos y cuernos rayando el sol y la tierra. Y ve lluvia, gotas de lluvia, como esas que le escurren por el cuerpo.

El rey me aprieta las manos y me suplica que interceda en su favor. Necesita con urgencia que Dabondi vuelva a dormir con él. Que la dejen regresar a la celda de los presos. Habla como si Dabondi no estuviese presente.

—He tenido tantas mujeres que me he convertido en el más solitario de los hombres —se lamenta.

Ahora que lo han apartado de Dabondi, ha dejado de ser hombre. Se toma un tiempo, absorto, hasta que se dirige a su esposa para implorarle:

—Quiero que me duermas, Dabondi.

—¿Para qué tanta prisa, *nkossi*? —pregunta Dabondi—. ¿No temes volver a tener pesadillas?

—A veces —responde el rey—, las pesadillas son el único modo de conservar el pasado.

## 20. ¿Cuánto pesa una lágrima?

*Miro el mar y veo la vida.*

DIARIO DEL COMANDANTE ANTÓNIO SÉRGIO DE SOUSA

Por la mañana temprano me planto en la puerta del comandante. Lo saludo a la entrada del camarote y él se muestra ajeno, inclinado sobre una mesa cubierta de mapas. La jaula vacía está caída en medio del cuarto. No hay rastro del loro.

—Lo solté al salir de Luanda —comenta el capitán sin levantar la cabeza—. No podía regalarle a mi hijo un pájaro enjaulado —y cambiando rápidamente el tono de voz, me pregunta—: Estoy ocupado, ¿qué quieres?

Mi propósito es firme: vengo a denunciar los denodados planes de Roberto Machava. No refiero nombres ni me explayo en detalles, pero soy categórica cuando revelo la existencia de una conspiración para asesinar a Ngungunyane. Debo de haber sido tan imprecisa que el portugués, completamente absorto, sigue desplazando una pequeña regla sobre los mapas náuticos. Repito la alerta, ahora de manera más clara.

—Es urgente —declaro enfática— reforzar la vigilancia en la bodega. Quieren matar a Ngungunyane y los asesinos están ahí.

—¿Has soñado todo eso, Imani? —me pregunta, irónico, António de Sousa.

El comandante clava en mí unos ojos cansados e incrédulos. No ha entendido la urgencia ni la gravedad de la situación. Con la regla, dibuja un arco en el aire sugiriéndome que lo deje en paz.

Antes de irme, todavía le pregunto por Germano de Melo. Quién sabe si por vía telegráfica habrán llegado noticias de Mozambique. António de Sousa niega con la cabeza. Después le pregunto si tiene novedades de Álvaro Andrea. El comandante deja la regla y suspira:

—Te pido, Imani, que no me preguntes por nadie. La gente me cansa mucho...

Siempre ha sido un hombre distante, admite. Muchos de sus compañeros se quejaban del aislamiento de ultramar. Para él, la soledad era la mejor de las dádivas. Conocer gente es, según me confiesa, una de las actividades más fatigosas. En África estaba eximido de esa tarea. Los blancos estaban allí de paso. Y los negros, sin ofender, eran todos una única persona. Así se explica António de Sousa.

Cuando hago ademán de regresar a mi cuarto, me sugiere, girando la regla, que me quede.

—Tengo noticias tuyas —anuncia el capitán.

—¿De Germano?

—De Álvaro Andrea —responde—. Dicen que Andrea ha regresado al frente de combate, en el estuario del Limpopo.

António de Sousa siente pena del capitán Andrea, para quien el Limpopo es el peor de los lugares de este atribulado mundo. Conoce los remordimientos que martirizan a su compatriota a causa de la masacre de civiles inocentes. Esa culpa —asegura Sousa— la inventaron los adversarios que él mismo se creó dentro del ejército. Ese Andrea está equivocado: la mayoría de los objetivos que bombardeó no eran poblaciones, eran terrenos deshabitados.

—Andrea está convencido de que ha matado a mucha gente, pero... ¿alguna vez vio los cuerpos? —pregunta Sousa.

No los vio, me dan ganas de responder. Ningún militar portugués nos ve, a nosotros los negros, ni siquiera cuando estamos vivos.

—Álvaro es un buen hombre —dice para terminar—. Quieren que desista de sus causas.

Vuelve a inclinarse sobre los mapas y, displicente, murmura:

—Está muy bien que me hayas alertado. Voy a transmitir tu denuncia al sargento Araújo. Reforzaremos la vigilancia del rey.

—Por favor, no meta al sargento en este asunto —imploro, angustiada.

—No me has dicho nada nuevo, hija mía —me tranquiliza—. Hace mucho que sé de los planes de Roberto Machava. Tengo mis fuentes.

Se levanta arrastrando la silla y me examina el rostro como si hubiese dejado de reconocerme. Doy un paso atrás, temerosa.

—¿Por qué tienes tanto miedo de Araújo? —me pregunta, desconfiado.

Me mira a los ojos en busca de una queja.

—¿Qué te ha hecho mi sargento? —insiste el comandante. Ante mi



silencio, se frota las manos y concluye en un susurro—: Ya lo entiendo.

\*

Ha oscurecido y la cubierta del barco se ha vuelto irreconocible. Cientos de pasajeros cantan y bailan disfrazados. Enseguida traspasaremos la línea del ecuador, el «espinazo del mundo», que es como lo llaman los marineros.

En el centro de la multitud, encima de un escenario improvisado, se sienta un hombre enmascarado. Cubierto con un manto dorado, luce una barba larga y una corona postiza. Ngungunyane exclama, entusiasmado:

—¡Mirad al rey don Carlos!

Y llama a voz en grito al monarca portugués. Los soldados se ríen, jocosos.

Los tripulantes son rociados con aceites y, después, bañados y purificados. Lo llaman un nuevo bautismo. Es increíble lo que nuestras ceremonias negras se asemejan a las de los blancos. ¡Y cómo se parecen los rituales que hacemos para purificar las almas! A fin de cuentas, los ángeles de los blancos no son esos austeros vigilantes que nos han hecho creer. Son como los nuestros, borrachos y juerguistas.

El caótico fulgor de aquella celebración me recuerda las festividades de mi infancia junto al río Inharrime. De repente, vuelvo a ver a Bibiana emergiendo entre la muchedumbre con su túnica roja y unos paños blancos prendidos a la cintura. La curandera proclama: «Los mares son como la sangre: parecen muchos, pero todos hacen uno solo».

\*

Y hago como siempre he hecho: ante un festejo, me mantengo al margen, lejos de las luces y del ruido. António Sérgio de Sousa se une a mí, con las manos hundidas en los bolsillos de su chaqueta. Pasan por nuestro lado dos soldados arrastrando al viejo Mulungo, tío de Ngungunyane. Y lo llevan hasta el sargento Araújo.

—¡Este cabrón ha huido de la bodega! —dicen, poniéndose firmes.

Mulungo es delgado, digno y distante. No quiere aprender una sola palabra de portugués y se avergüenza de los ataques de pavor del rey de Gaza. El comandante Sousa lo reconoce y ordena que lo suelten:

—Este anciano es el tío de Gungunhane. Este sí está autorizado a asistir a

los festejos, los otros no.

Los «otros» son los correligionarios de Roberto Machava. Se han quedado en la bodega con vigilancia reforzada. Mi alarma ha funcionado, pienso no sin cierta dosis de culpa.

—Todo este viaje es una farsa —suspira Sousa—. Estamos inventándonos un rey que nunca ha existido.

\*

El ritual del cruce del ecuador tiene una historia, dice António de Sousa. Los que lo celebran la desconocen. Pero el comandante está decidido a contármela. En tiempo de las carabelas, empieza diciendo, no era a las tempestades a lo que los marineros temían, sino a la bonanza. La región del ecuador era rica en sol, pero pobre en vientos. Siempre que un navío se inmovilizaba, no eran solo los alimentos lo que se deterioraba: la disciplina y el sentido de la jerarquía también se degradaban. Había que crear una válvula de escape, una especie de carnaval en el que todos pudieran ser todos. Así fue como nació el ritual de la travesía del «espinazo del mundo». El océano era una mujer, y la uña de los marineros, como una cuchilla afilada, dibujaba una línea en la espalda de esa mujer. El Atlántico sonreía y esa risa era el permiso que necesitaban. La frontera entre el norte y el sur, como un vestido rasgado, caía a los pies de los marineros.

Las Iglesias católica y protestante prohibieron el ritual. Veían en él un resquicio pagano. Sin embargo, no fueron esas prohibiciones religiosas las que socavaron aquella vieja práctica, sino los avances de la técnica. Al liberarse del capricho de los vientos, el barco de vapor vino en auxilio de los esfuerzos cristianos. Aunque empequeñecido, el ritual resistió. Mientras sobreviva el miedo, los dioses no serán destruidos por las máquinas.

\*

Me despido del comandante y, de camino a mi cubículo, me aborda el sargento Araújo. Está acompañado de media docena de militares.

—Te necesito —me avisa el sargento—. Voy a hablar con el canalla de Roberto Machava.

—Permítame que le dé mi opinión, sargento —le digo con miedo—. Es

que, en este caso, puede prescindir de mí. El pastor habla portugués perfectamente.

—Me importa un bledo lo que Machava tenga que decirme —declara el militar—. Lo que me importa es que el resto de la chusma me entienda bien.

Nunca antes había entrado en la bodega. Ahora siento el vértigo de un infierno apagado, mohoso y frío. La oscuridad es tanta que ya no sé respirar. ¡Y menos mal! Así me salvo de olores pestilentes. Uno de los militares decide levantar la tapa de la entrada y nos acarician una rendija de luz y una tímida brisa. Se adivinan las siluetas de los prisioneros hacinados en un mismo rincón. El sargento se dirige a ellos dando gritos. Anuncia que está al corriente de las graves conspiraciones que se urden en aquel recinto. Exige que los detenidos hablen. Los presos obedecen de manera extraña: en vez de hablar, rezan a coro.

—¿Qué hacéis? ¿Rezáis para ahuyentar a los demonios? ¡Voy a enseñaros lo que es el infierno!

Los gritos reverberan en la bodega y el sargento se inclina sobre mí como si fuese a comprobar mi traducción.

—Hay un problema, señor sargento —declaro tímidamente—. Es que no tenemos palabra para decir «infierno».

Araújo no me escucha. Está decidido a mostrar su rabia con largos pasos que resuenan por el recinto. Por fin, se detiene delante de Roberto Machava y le ordena:

—Elige a uno de ellos para morir.

El pastor permanece impávido. Actúa como hacíamos en nuestra aldea cuando nos visitaban blancos o vangunis: deja de tener rostro. Pone cara de máscara tallada en piedra oscura.

—Si no escoges a uno, mataremos a tres —amenaza Araújo.

Machava no mueve un solo músculo del cuerpo. Y así se mantiene incluso cuando echan mano a tres de sus compañeros.

—Me llevo a estos que deben de ser los más jóvenes —declara Araújo—. Si hay que matarlos, más vale empezar por los que todavía tienen mucho por vivir.

El misionero da un paso al frente con los brazos abiertos y anuncia:

—¡Ya he elegido a uno!

—¿A quién? —pregunta Araújo.

—A mí —responde Machava—. Me he elegido a mí mismo.

—Muy bien —dice el sargento portugués dirigiéndose a sus soldados—, matad a esos tres.

—Pero si ya he elegido... —balbucea el misionero.

—Te has elegido a ti, pero tú no eres nadie.

Arrastran a los tres jóvenes aterrorizados al pasillo. El sargento y yo cerramos aquel improvisado cortejo. Por detrás de nosotros, un soldado cierra la tapa de la bodega. A continuación, tímidamente, pregunta:

—Perdone, mi sargento, pero ¿es verdad que los va a matar?

—¿Acaso puedo hacer otra cosa?

—Es que nos dijeron que protegiéramos a los presos...

—Eso es a los otros —afirma Araújo, impaciente—. A estos, los de la bodega, no los conoce nadie. Cuantos menos lleguen a nuestro destino, mejor. Matadlos junto a la sala de máquinas, así nadie oirá los tiros.

En cubierta la fiesta prosigue. No llego a oír los disparos. Mejor hubiera sido oírlos. Una memoria truncada es una herida que no sana. Las noches siguientes me visita el rostro aterrorizado de los fusilados. Y lloro todo lo que no he llorado por mis muertos. Después, me quedo dormida. Y las lágrimas, sin peso, se me quedan prendidas a los ojos.

\*

—¿Por qué los ha matado, sargento? —pregunta el capitán Sousa.

Araújo está en posición de firmes en la puerta del camarote de António de Sousa. La mirada del sargento es tensa, pero sus palabras demuestran una serena confianza.

—¿Mi comandante quiere que le responda ahora, en estas circunstancias? —pregunta Araújo, señalándome.

Las «circunstancias» a las que se refiere soy yo. He sido yo la que le ha dado al capitán la noticia del fusilamiento. El silencio de António de Sousa es una acusación que obliga al subordinado a defenderse.

—Mi comandante me dio orden de resolver un problema —declara Araújo—. Y debo decir que he resuelto dos: el que tenía entre manos y otro que se iba a producir en Cabo Verde al desembarcar a unos negros insubordinados en una tierra que, aun siendo nuestra, controlamos muy poco.

—¿De qué delito fueron acusados para proceder a tan sumaria ejecución? —pregunta António de Sousa.

—¿De qué delito? ¡Por el amor de Dios, comandante! ¡Esos canallas querían matar a Gungunhane, a un portugués, a un sargento de nuestro ejército!

—¿Y los cuerpos? —indaga el comandante.

Pero no es una pregunta, es una declaración de resignación. Los fusilados, informa el sargento, han sido lanzados al mar.

En realidad, no hay día en que no se tire un cuerpo por la borda. Muchos de los soldados portugueses embarcan moribundos, debilitados por las heridas y las fiebres. La mayoría de ellos conoce su posible destino: morir sin tumba, pudrirse a merced de las corrientes y los monstruos marinos. Prefieren eso a quedarse sepultados en tierras africanas.

António de Sousa clava la mirada en el horizonte, lo que es un modo de dejar de ver. El sargento comprende que su silencio es una orden para que se retire.

## 21. En vísperas de tocar tierra

*Quien tiene miedo al agua acaba por ahogarse en tierra.*

PROVERBIO DE NKOKOLANI

Un marinero escuálido llama a mi puerta por la mañana temprano. Viene de parte de António Sérgio de Sousa y es portador de dos sobres. El capitán pretende que lea las cartas y después las devuelva con el mismo mensajero.

—Debes empezar por esta —me dice el marinero agitando el sobre de la mano derecha. Tiende el brazo y vacila, como si evaluase el peso de los dos encargos—. Me he equivocado —admite, corrigiendo el gesto.

Me tiende el otro sobre y se va. Me esperará en el pasillo hasta que haya terminado la lectura.

La primera carta la firma el comandante Sousa y está dirigida al sargento Júlio Araújo. Dabondi me pide que le traduzca mientras voy leyendo. Cierra los ojos como si así me escuchase mejor.

\*

Estimado sargento Araújo:

Mañana llegaremos a Lisboa y habré cumplido mi último viaje. Sé lo que ha pasado con mis compañeros que se han jubilado. En pocos años moriré, como ellos, con nostalgia de lo que siempre me he quejado. Por el contrario, mi sargento proseguirá con su carrera en la Marina de Guerra. Lo más probable será que no volvamos a vernos. Hemos estado muchos meses confinados en el mismo espacio exiguo y, a pesar de ello —¿o será justamente por ello?—, nunca hemos llegado a mantener eso que comúnmente se llama una «conversación».

Sé lo que piensa de mí. No pretendo modificar esa percepción. Usted piensa que soy un hombre débil, que soy demasiado condescendiente con los africanos. Contra esa impresión no tengo, ni quiero tener, defensa

alguna. Sus palabras, esgrimidas como una denuncia, son para mí el mayor de los elogios. Le agradezco esos pequeños odios.

Voy a hablarle de mí. La escritura me permite confesiones que en otras circunstancias no tendríamos el valor de hacer. Nací en África, en tierras donde los árboles superan los cielos. Mi madre, que Dios la tenga en su gloria, me enseñó a amar a esas criaturas como si adivinase que las echaría de menos más que a la propia tierra. «Los árboles son como las personas», decía. No nos damos cuenta de que lo que vemos en ellas es solo lo que emerge a la superficie. Lo que no vemos, en los árboles y en las personas, es el tiempo en sí mismo, ese infinito tejedor. Las raíces, aseguraba mi madre, son como las historias de nuestras vidas. ¿Quién las ve? Pues nosotros, sargento, pasamos el uno al lado del otro como quien pasa junto a un árbol y no ve sino sombras. No nos conocemos, mi querido Araújo. Y quizá sea mejor así. No tendremos que fingir que nos despedimos.

Mi padre murió en tierras de la India. Cumplía, así, con el destino que había fijado para sí mismo. ¡Cuántas veces nos dijo que nadie sabía morir en el lugar donde había nacido! No podía haber muerto más lejos. Después del entierro fui a recoger todo el papeleo que, durante años, acumuló en su gabinete de trabajo. Y no fueron papeles lo que pasó lentamente por mis dedos, fue su vida entera.

En una cartera etiquetada como «Documentos del Congo» descubrí la fotografía de tres esclavos flanqueados por dos blancos. Era una imagen tomada en el Congo Belga. Los negros mostraban las manos amputadas de otros esclavos. Casi no se podían distinguir los dedos de los vivos de los de los muertos. Como si las manos mutiladas todavía se agarrasen a un cuerpo vivo. Como si no supiesen morir.

No fue únicamente aquella macabra visión lo que me robó el sueño para siempre. Fue la mirada de esos esclavos, su expresión mortificada. Aquellos ojos parecían haber sido arrancados de sus almas. Los rostros de aquellos hombres eran máscaras vacías, como si lo más humano en ellos —lo que yo llamo la «voz del rostro»— tuviera que resguardarse de la indiscreción del fotógrafo. Así protegían su último resto de dignidad.

No fuimos nosotros, los portugueses, los que cometimos aquella barbaridad. Eso es lo que el sargento me dirá. No fuimos nosotros, es verdad. Pero todos nosotros, los europeos, hemos tejido un manto de silencio alrededor de ese enorme crimen que es la esclavitud. Los jóvenes

que usted ha fusilado —en un barco que yo comandaba— serán su infierno. Hasta el final de su vida, querido sargento, ese recuerdo lo acribillará.

Le he oído mil veces proclamar que ha llegado el fin del mundo. Ninguno de nosotros —ni siquiera Dios— ha dado cuenta de esa fatalidad. La verdad es otra. Quien tiene razones para creer en el apocalipsis no somos nosotros, sargento. Son los negros que ven asaltadas sus tierras, amputadas sus manos y desangrados sus sueños. Mientras filosofamos sobre el apocalipsis, esa gente vive un fin del mundo real. Y esa teoría suya sobre la hecatombe es muy conveniente: si no hay futuro, nos volvemos como los animales. Y no hay nada mejor para las guerras que un animal vestido de soldado.

Adjunto le envío la fotografía que tanta alma me ha robado. No se limite a mirarla. Deje que la imagen lo mire a usted. Cuando los ojos de esos negros lo atraviesen con la mirada, quizá entienda que la debilidad de la que me acusa es mucho menos grave que el valor que le sirve de bandera.

Espero, querido sargento, que no volvamos a vernos. No le deseo ningún mal. Solo quiero olvidarme. Eso es lo que quiero. Olvidarme de mí, de usted y de todos los demás. Puede que quiera un poco más que eso: rezo para que el sargento no haya existido nunca en mi vida. Y esta carta no haya sido escrita para nadie.

12 de marzo de 1896  
António Sérgio de Sousa

\*

Tal vez mi traducción ha sido deficiente, porque, al final de la lectura, Dabondi se muestra completamente indiferente. Primero se me ocurre que se habrá dormido. Me sorprende verla sacudir los brazos para hacer sonar las pulseras. Ahuyenta a los malos espíritus que emergen de las cartas.

—Le dijiste al blanco —me advierte la reina— que yo rezaba a mis dioses. Has hecho mal. No hay dioses de los otros, hija mía. Son siempre nuestros.

El soldado llama a la puerta, quiere saber si ya puede recoger las cartas. Le pido más tiempo. Dabondi vuelve a cerrar los ojos, esperando la lectura de la segunda carta.



\*

Excelentísimo capitán António Sérgio de Sousa:

Nos despedimos de esta curiosa manera, intercambiando cartas como si hubiésemos perdido el don del habla. Está bien que así sea. Este es, mi capitán, su último viaje. Mi recorrido, sin embargo, no acaba aquí. Moriré en el mar y seré sepultado en aguas desconocidas. Sin suelo, dicen esos africanos suyos, el muerto nunca encuentra la muerte. Parezco un negro hablando, que Dios me perdone.

Para empezar, tengo que reconocer que mi capitán es un hombre bueno. Así y todo, me pregunto por el valor de la bondad en este mundo. De una cosa estoy seguro: no tengo el menor deseo de ser bueno. Mi única intención es ser justo. Y la justicia pide a los hombres que no tengan miedo de ser crueles.

Tiene razón, mi capitán, vivo obcecado con el fin del mundo. No es solo que el siglo XIX termine, no es solo que la monarquía agonice. Es que el universo entero se desvanece como arena entre los dedos. Está escrito en los libros, mi capitán. Hubo veces en que pregunté a los negros qué idea tenían de la creación del mundo. Todos me dieron la misma respuesta, estupefactos por lo absurdo de mi pregunta: «¡Pero qué dice, el mundo ni empieza ni acaba!». La materia del mundo es el propio tiempo, decían, no hay palabras para distinguir una cosa de la otra. Eso era lo que me respondían los negros en sus humildes palabras. Usted me dirá, con su paternalismo incurable, que esa respuesta traduce una profunda sabiduría. Yo le diré que es una falta de discernimiento total.

¿Por qué le hablo de esto ahora? La verdad es esta: no puede haber justicia si no existe la idea de un juicio final. Al no concebir la idea de un juicio divino, a los africanos les importan muy poco los otros. Un pueblo así, desprovisto de civismo, debe ser guiado por gente civilizada. No asumir esa misión es una falta de valentía y de bondad.

Si el mundo está en pleno apocalipsis, entonces prefiero llegar al fondo a lomos de los demonios. Esa es la única ventaja de viajar por los mares del Sur: están poblados de diablos. Esas criaturas malignas son hoy mis únicos

consejeros y me protegen más que todos los ángeles. Dicen que traemos los barcos llenos de «chaquetas de zinc», que es el eufemismo con el que llamamos a los ataúdes. Conmigo sucede lo contrario: hay una parte de mí que ya no vuelve a Portugal. Esa parte de mí se queda entre negros y, sobre todo, entre las negras.

Dios Nuestro Señor fue precavido: europeos y africanos no están hechos con el mismo molde. Y es bueno que así sea. Porque no tengo tiempo ni paciencia para distinguir a los buenos de los malos. ¿Habría querido que tratase a los prisioneros como a personas? Si hubiese sido al revés, si los presos hubiéramos sido nosotros, dígame, mi capitán, ¿los negros nos habrían ofrecido la misma oportunidad? ¿Conoce a algún blanco que haya estado cautivo en la selva africana? ¿Y sabe por qué no lo conoce? Porque los han matado a todos.

Una vez, en plena batalla, oí la voz del comandante gritar: «¡No maten a las mujeres ni a los niños!». Yo pensé para mis adentros: este tipo es un ingenuo principiante. En tierras africanas no hay mujeres, no hay niños. Aquí todos son enemigos, todos nos quieren matar. Y por eso le digo que cuanto más felices se muestran ellos, más los odio yo. No soporto cuando se ríen, no aguanto cuando hablan alto, cantan o bailan. Dígame la verdad, mi capitán, ¿qué hay en la vida tan importante para ser tan celebrado?

No vale la pena que perdamos el tiempo. Soy un hombre de acción y para mí el asunto es muy sencillo: a usted lo ha envenenado esa tal Imani. Así es como ellas proceden: nos inoculan un veneno dulce del que solo nos percatamos cuando ya estamos muertos. Me imagino las falsedades que esa muchacha le habrá contado sobre mí. Nunca la he tocado, aunque ganas no me faltaron. Esa perra —discúlpeme, pero el término es ese— no es más que una falsa. Y déjeme decirle lo siguiente: entre la tripulación circulan rumores. Solo son habladurías, dirá usted. Y en su propia defensa argumentará que, en este caso, no hay humo ni fuego. Con todo, varias veces han visto entrar a Imani en su camarote. Espero que le haya sido de provecho, porque confieso que esa joven no es de mi agrado. No quiero aquí negras que hablen portugués tan bien como yo y que me miren con altivez en los ojos. Las que me atraen son las otras, las verdaderas negras, más auténticas, más salvajes. Esas sí. Las espiaba cuando se aseaban, ¡y se aseaban dos veces al día! Pero nunca las he visto haciendo porquerías con los maridos. El cocinero me explicó que tenían prohibido el sexo cuando

estaban de viaje o en guerra. Los que se han olvidado de esa prohibición son Dabondi y Godido. Los pillé en el depósito de carbón. Allí se acostaban y fornicaban, en medio de las cenizas.

Vuelvo a la fotografía que me ha enviado para decirle lo siguiente: esa imagen no prueba nada. Las fotos son como nosotros los sargentos: dicen lo que les mandan decir. Son las firmas las que les dan sentido. Y aquí no veo ninguna inscripción. No lo niego. Allí, sin duda, se cometió una barbaridad, pero quien la perpetró fueron los belgas, que son más extranjeros que cualquier europeo. ¿Y si fueron los propios negros? ¿Nunca ha oído hablar de las escenas de canibalismo, de la práctica de la hechicería, de venganzas tribales?

De todos modos nosotros, los portugueses, no somos capaces de una crueldad tan gratuita. No somos como los europeos del norte que por la mañana cazan mariposas y por la noche matan negros. Nosotros, los lusitanos, somos diferentes. Incluso cuando castigamos, lo hacemos como padres celosos. Los castigados —por más severa que sea la pena— nunca dejan de ser nuestros hijos. Odiamos con amor, y usted lo sabe perfectamente. Nadie más que nosotros se ha mezclado y ha creado tanto hijo mulato. Mire el caso de Imani. ¿Es que el hijo que lleva en las entrañas no es uno de los nuestros? Será, sin duda, un mozalbete muy guapo. Estoy seguro de que los demás europeos raramente tienen hijos mestizos, y si los tienen, no los conciben con tanto aplomo.

Con el debido respeto, mi capitán, tenga cuidado con esa fotografía, que es una hoja de doble filo. Porque he sido testigo, con estos ojos que se tragarán la tierra, de cómo gente blanca era asesinada por la furia de los negros. Y allí no había ningún fotógrafo para registrar el horror. Lo que le puedo decir es que la verdad no es algo que se fotografíe. La verdad está en los ojos de quien mira. Por todo ello le pido que se deshaga de esa fotografía. Porque esa imagen, que Dios me perdone, solo provoca deseos de venganza contra los blancos.

Es fácil ser bueno cuando ya se ha sido feliz. La vida, para mí, ha sido como una esposa adúltera. Más me hubiera valido ser viudo, estimado capitán. Un viudo cierra los párpados y sueña. Un hombre que ha sido traicionado por la vida pierde para siempre el don de soñar.

Le devuelvo su carta y la maldita fotografía. Ni siquiera me tomo el trabajo de romperla. Puede que quiera guardarlas. Serán un buen alimento

para su mala conciencia.

El sargento Júlio Araújo

## 22. La luz de Lisboa

*Me hice a la mar  
con un perpetuo sueño de navío  
y tuve de las islas  
la redonda ilusión de un infinito.*

*Y no encontré playa  
en que no oyese la voz maternal:  
donde haya mar, decía,  
tendrás un puerto y serás nostalgia, distancia y espera.*

*Después,  
se rompieron los remos  
y se desgarró el fondo de todos los navíos.*

*Dicen que fue obra del diablo.  
Pero fue el Tiempo  
el que quebró los remos  
y extinguió del viaje el deseo.*

*Mi naufragio  
sucedió sin grandeza,  
fue una simple bajamar.  
Y en la arena de la playa  
para siempre se apagó el recuerdo  
de alguna vez haber habido mar.*

He aquí Lisboa, el último puerto, el fin del viaje. En el navío, los soldados, con lágrimas en los ojos, saludan con las gorras militares a los que esperan en el muelle. Algo inesperado nos une en la guerra a africanos y europeos: del otro lado del mar, en la tierra lejana en que nacimos, todos nos creen muertos.

La reina Dabondi, resuelta y con la cara tensa, atraviesa la cubierta abriéndose paso entre los tripulantes. De la sala de máquinas trae una pala que arrastra ruidosamente tras de sí. Siente que la arena le va llenando la boca, escupe para poder respirar. Busca al capitán del barco, quiere saber dónde está enterrado su hijo, João Mangueze. Lo primero que hará al desembarcar será visitar esa sepultura. Si no procede así, la tierra que quedó del agujero crecerá dentro de ella. Todas las madres que han perdido a sus hijos son enterradas por dentro, dice Dabondi. Y vuelve a escupir arena.

El capitán le explica que será difícil que alguien sepa dónde está la tumba. La ciudad es muy grande, argumenta. Dabondi se extraña: ¿qué grandeza tiene una tierra que ignora dónde se han sembrado sus muertos?

—Peor que ver a un hijo morir —dice— es aprender a olvidarlo todavía vivo.

El capitán Sousa niega con la cabeza, confundido. Y me pregunta, susurrando:

—¿Pero su hijo no ha muerto?

Y yo le respondo:

—Después de muertos, los hijos se vuelven más vivos.

La reina tose y el suelo se llena de arena. El portugués da un paso atrás, temeroso.

Cuando recupera la respiración, Dabondi afirma:

—La mujer y la tierra tienen la misma boca —y entrega la pala al portugués—. Desentiérreme, capitán —pide la reina—. Desentiérreme antes de que me ahogue.

Un soldado bisbisea al oído de António de Sousa:

—Sujétele las manos, en África hay mujeres que se suicidan comiendo tierra.

El capitán está sentado con la pala a los pies. No sabe qué hacer. Solo se siente capaz de escuchar el lamento de una madre.

—Todos los días parimos al mismo hijo —dice Dabondi.

Todos los días, el cordón umbilical renace para volver a ser cortado. Durante la vida entera, la madre reanuda el parto, oye el primer lloro, siente la primera risa. Todo el alumbramiento se reparte infinitamente.

Dabondi hace lo que desde el principio de los tiempos han hecho todas las madres: recoger las huellas de los hijos que partieron. Así, el suelo se vuelve más vivo. Y la tierra adquiere la curvatura de un vientre.

\*

Un soldado viene con una solicitud de audiencia de parte de Ngungunyane. El rey quiere recibir una pequeña atención en vísperas del desembarque.

—Le concedo unos minutos —admite António de Sousa.

Y desciendo yo también, eterna traductora, a la celda de los prisioneros vanguni.

—He tenido que esperar hasta el final del viaje para que viniera a visitarme —empieza declarando Ngungunyane. Y prosigue, pausadamente—: Puede que sea un prisionero, pero todavía soy rey.

Durante más de una década había tratado con respeto a todos los embajadores de Portugal. Conservaba la esperanza de que lo condujesen, por fin, ante la presencia de su homólogo, el rey de Portugal.

António de Sousa escuchó sus palabras en silencio.

—Hoy es viernes 13 —declara el capitán—. ¿No eres supersticioso?

El rey se extraña.

—¿Este blanco tiene miedo de un hechizo? —me pregunta, porque a él, soberano de Gaza, ese día le trae un cierto alivio.

De repente le acomete un violento ataque de tos. El aliento de Ngungunyane hiede a óxido. El rey tiembla. No es de frío. Es de fiebre.

—¡Necesito al doctor Liengme! —se queja, casi sin voz.

—Aquí disponemos de los mejores médicos —lo tranquiliza Sousa—. ¡No te mueras ahora, Gungunhane!

Y los dos se ríen. Nuevo ataque de tos y el portugués se despide a toda prisa por miedo al contagio. Ngungunyane le tiende la mano. Por primera vez en toda su vida, el capitán saluda a un negro con un apretón de manos. El saludo de despedida se prolonga más de lo que esperaba. Delicadamente, se va soltando de la mano del soberano. Ngungunyane vuelve a sujetarlo del brazo y murmura:

—Estoy muerto de miedo, amigo mío.

De nuevo, el portugués se sienta junto al prisionero, dudando de la elección de las palabras. Por fin, saca del bolsillo de su casaca una botella y le recomienda:

—Bebe de este vino. Es mejor que hoy no estés sobrio.

Finalmente se va a la torre de mando. Ngungunyane tiende la bebida en mi dirección. Se lo agradezco con la cabeza. El emperador se lleva la botella a la boca y oigo el lento gorgotear. El silbato del vapor suena como el mugido de un buey gigante. Ngungunyane alza el rostro y recorre el cielo con ojos de niño.

—Es justo lo que está pensando, *nkossi* —declaro—. Están sacrificando una res para festejar su llegada.

La sonrisa del rey es débil, pero le ilumina el alma entera. Por un instante los dioses regresan y Ngungunyane deja de ver el miedo.

—Ese buey que ahora oímos es el mismo que mugió en el funeral de mi padre.

Su esposa Muzamussi le sugiere que no recuerde asuntos tan tristes.

—Ahora tengo que hablar —dice Ngungunyane.

Y rememora el entierro de su padre, el rey Muzila. El cuerpo del fallecido fue metido en una piel de vaca y colgado del techo de la casa grande. Allí permaneció para recibir los honores debidos. Quien abrió el desfile no fueron los consejeros reales, no fueron los jefes militares. Fue el *inkomo ya mdlozi*, el toro de las grandes sombras. Ese es el gran bovino que ahora se oye en los cielos de Lisboa.

\*

Debe de haber un sol dentro de este río. Solo así se explica la luz de Lisboa. Eso es lo que le digo al capitán mientras contemplamos las colinas de la ciudad. António de Sousa admite, sonriendo, que la ciudad debería llamarse «Luzboa».

Ya es la mañana del 13 de marzo de 1896. El navío avanza, lento y vanidoso, por el estuario del Tajo. A nuestro alrededor hay más barcos que gaviotas. Y son de todos los tamaños y formas: lanchas, canoas, fragatas, botes a motor, a vela y a remos, todos llenos de gente que saluda en un alboroto infinito. Para los portugueses es una fiesta. Para los prisioneros es el



preludio del fin del mundo.

Más cerca del muelle percibimos cómo la multitud se extiende y ondula a merced de otro mar. Se oyen gritos:

—¡Ya ha llegado! ¡Ya ha llegado Gungunhane!

Los motores se apagan, a lo lejos la tierra se balancea, informe y ebria. Bajo a mi cuarto para escapar de las náuseas. Voy mirando los escalones que la barriga me deja ver. Estoy en el sexto mes de embarazo.

Aún no hemos atracado y empieza la invasión de periodistas, que llegan transportados en barcazas. Suben a bordo con tal entusiasmo que nadie les impide visitar el cubículo que, durante dos meses, ha servido de prisión a mis coterráneos. El sargento me mete prisa para que siga a los periodistas. En ese momento, me advierte Araújo, conviene que yo comparezca como una de las esposas. En la traducción tendré que adoptar un acento más africano. La gente de la prensa, dice el sargento, es experta en urdir historias y fabricar escándalos. Enseguida, dirigiéndose a los visitantes, se deja dominar por la vanidad. Con modales circenses, anuncia a la puerta de la celda:

—¡He aquí los negros, estimados señores!

Llevándose pañuelos a la nariz, los periodistas examinan el espacio exiguo. Se oye la voz de Zixaxa comentando en su lengua:

—Menos mal que olemos mal. Así no se nos acercan.

—¿Aquel es Gungunhane? —me preguntan los periodistas señalando a Zixaxa. No entienden una palabra de lo que ha dicho, pero el simple hecho de que ese hombre se haya atrevido a hablar sugiere que puede ser distinto a los demás.

El sargento Araújo levanta la tela con la que Ngungunyane estaba tapado. No tenía por qué esconderse. El emperador ha dejado de tener cara, solo se le ven unos ojos redondos como los de un recién nacido. No entiende la voracidad de los reporteros. Solo pueden querer su alma. Y el alma del rey se ha quedado al otro lado del océano.

Ngungunyane llora y los reporteros se extrañan. Esperaban una postura más digna. Y ordenan a los fotógrafos que pospongan el tan ansiado retrato. El espacio se vuelve más exiguo aún: hay una mujer negra que tose nubes de polvo y un rey deshecho en lágrimas. Urge salir de allí. El sargento Araújo lidera eufórico el pelotón de escribas:

—Vengan conmigo, vamos a sacar a estos gandules a cubierta.

Ngungunyane camina tambaleándose delante de los presos. Ha obedecido

el consejo del capitán: ha bebido tan rápidamente que el alcohol le ha convertido el cerebro en una nube deshilachada. Los borrachos no se contentan con tristezas. Quieren tragedias. Y él está seguro de su final: va a ser fusilado como sucedió con sus consejeros en Chaimite. Lloro, imploro, se tapa la cara con las manos, ofrece todo lo que ya no tiene para obtener su redención: libras, ganado, oro, marfil, esclavos, tierras. Y suplica que lo reciba el rey don Carlos. Quiere comprobar que le están mintiendo, quiere jurar fidelidad a su homólogo lusitano.

Espera que yo le traduzca las súplicas. Le pido a Godido que me sustituya en esa labor. El hijo del emperador no se hace de rogar: su porte ostentoso y el dominio de la lengua portuguesa lo convierten en el centro de todas las atenciones. Los hijos de los jefes son casi siempre insoportables: lo que les falta de madurez les sobra en arrogancia. Más tarde, cuando se constate que el tal Godido sabe firmar con su nombre, damas distinguidas lo asediarán para obtener un autógrafo.

Entre las reinas se distribuyen chales de rayas rojas y blancas. Son los colores que ellas utilizan para invocar a la lluvia. Como yo no estaba prevista, no recibo agasajo alguno. Hasta ese día, el invierno era, para mí, una palabra en los libros. Ahora es como una flecha blanca que me atraviesa el cuerpo. Tengo miedo de que traspase a mi hijo. El capitán Sousa me pone sobre los hombros una capa negra y me dice:

—Te queda bien, es tuya, quédatela.

\*

Inesperadamente, a los periodistas se une un personaje distinguido: António Enes, el comisario real. Ha llegado en una lancha especial y, en la cubierta, todos le abren paso y le hacen reverencias. Pide ver a los prisioneros. Menea la cabeza al encarar al lloroso emperador.

—No es una buena idea mostrarlo públicamente —se lamenta António Enes—. Despertará simpatía y compasión. A cierta prensa le encantará asumir la defensa de un pobre negro.

—¿No podemos presentar a Zixaxa en vez de a él? —pregunta António Sérgio de Sousa.

Una sonrisa triste es la respuesta resignada de Enes. La idea es tentadora, admite Enes, pero es un riesgo que conviene evitar. Lo peor que podría

pasarle a Portugal sería que esta operación de propaganda fracasase.

—Gungunhane está decaído —dice el comisario real—. Hay que animarlo. Decidle que va a ser recibido por el rey de Portugal.

—¿Es verdad, comisario? —pregunta el sargento Araújo.

—Dejemos que así lo crea. Le mentimos. Ha sido lo que él ha hecho con nosotros durante años.

El sargento Araújo da una vuelta alrededor de la silla del comisario. Está tenso, usa los pies para agredir al suelo. Cuando se arma de valor, la voz le sale aflautada:

—Con todos mis respetos, Excelencia, pero ¿aquí no falta alguien?

—No lo entiendo.

—¿Aquí no falta nuestro capitán Mouzinho de Albuquerque?

António Enes se ajusta las gafas. No lo ha oído. Es viernes 13. En un día así hay cosas que no se deben escuchar. Y se va. Se disculpa diciendo que en Lisboa le esperan asuntos graves y urgentes.

En la cubierta se instala un silencio incómodo. El sargento Araújo insiste dirigiéndose a António de Sousa:

—Responda, mi comandante: ¿Mouzinho de Albuquerque no debería estar aquí?

Sousa no levanta la vista del mar mientras responde. El sargento, dice, ya debería conocer la diferencia entre un político y un militar. El político sabe —o cree saber— cuándo debe hablar. El militar ha aprendido que debe quedarse callado. Y, así, callado, siempre tiene razón.

\*

Por fin nos conducen al muelle. Primero desembarcan las mujeres con fardos en la cabeza. Después los hombres, que desfilan rodeados por un cordón de soldados que mantienen alejada a la muchedumbre. Primero nos albergan en un gran almacén al que llaman «arsenal». En ese amplio recinto nos esperan gobernantes, periodistas, caballeros y damas. Fuera, el clamor es ensordecedor.

—¿Dónde estamos, capitán? —pregunto a António de Sousa.

—Estamos en una fábrica de material de guerra —responde—. Es una buena manera de entrar en este país —dice—. Nuestras fábricas —añade— ni son fábricas ni son nuestras. Lo que hay ya viene hecho del extranjero.

Ngungunyane se sienta en un banco de madera. El asiento es alto, sus pies se balancean en el aire. Me llama, me pide que me mantenga cerca. Necesita saber lo que dicen los blancos. Dabondi se sienta al otro lado del banco. Las tablas crujen. La mano delgada de la reina acaricia la madera.

—Ya estamos en Portugal, *nkossi* —afirmo.

—Yo no estoy en ninguna tierra —declara Ngungunyane—. Hago compañía a mi hijo João, estoy por debajo del suelo.

—¡Mirad los árboles! —exhorta Dabondi.

Están muertos, tan muertos que los cuervos temen posarse en ellos. A los árboles los ha chupado un bicho que tiene dueño. En las calles y en las aceras, las hojas secas se encogen como viudas frioleras. Así habla la reina hechicera, y pregunta:

—Respondedme sin miedo: ¿alguna vez habíais visto semejante desolación?

—Sí —responde Ngungunyane.

Cuando su padre, el rey Muzila, sintió que iba a morir, disparó una flecha al cielo. En un segundo, las nubes se desplomaron y, a pedazos, cayeron al suelo.

Cinco carruajes tirados por caballos se detienen delante de nosotros. Va a empezar el desfile. Los soldados nos empujan junto a las carrozas.

—¿Lo veis? —pregunta Ngungunyane—. No soy un prisionero, soy un visitante. Me llevan en carruaje, como me dijeron que hacen con los reyes.

Dabondi se separa del resto de los presos. Hace tanto frío que las sombras no se sueltan de los cuerpos. Se arrodilla enfrente de los caballos y utiliza los dedos para excavar entre los adoquines.

—¿Qué hace esa mujer? —pregunta Araújo.

—Estamos pisando un cementerio —declara la reina—. Los blancos ponen piedras encima de los muertos para que estos no regresen.

Donde se decía que había una calle, ella veía un cementerio.

Los caballos golpean las piedras de la calzada portuguesa como hacen los *tingoma*, los tocadores de tambores de mi tierra. Los caballos, dice Dabondi, tienen miedo de su propia sombra. Por eso no dan descanso a los cascos. Una banda militar se instala en el patio. Los tambores suenan ahora al mismo ritmo que los caballos. Los animales sacuden las patas como los *ikanyamba*, esas criaturas que habitan las aguas y los sueños de los zulúes. Y de sus narices brota fuego. Sus ojos están llenos de ríos y de llanuras oscuras.

—Los ojos de los caballos son buenos para llorar —dice Dabondi.

Las hojas muertas levantan el vuelo y el emperador las sigue con la mirada creyendo que son golondrinas. Mandó que las exterminasen, pero han resucitado y emergen del suelo donde el hijo ha sido enterrado. El suelo portugués también es suyo. Aquella tierra le pertenece desde el momento en que ha recibido su sangre.

\*

Empiezan a distribuir a los prisioneros en los carruajes. En los tres primeros sientan a las diez esposas. La cuarta carroza está ocupada por el cocinero Ngo, que se acomoda entre fardos y esteras, nuestro único equipaje. En el último coche van Ngungunyane, Godido, Zixaxa y Mulungo.

Por un momento, dudan sobre dónde colocarme. La prensa ya había hecho saber que las esposas eran diez y mi presencia sería cuestionada. Deciden que viajaré, oculta, en la carroza del cocinero Ngo.

Y empieza el desfile. Escoltados por treinta soldados, los coches de caballos se abren paso entre la apiñada multitud. Miles de personas se hacinan en las aceras y en las calles, se encaraman a los árboles y a los postes, se asoman a las ventanas y a los balcones. Todos se asemejan a una única criatura que se ondula como un mar que ruge. Llueven insultos y amenazas. Escupen al suelo, lanzan objetos, piden que sean degollados los que osaron rebelarse.

A trompicones, voy mirando por entre los bártulos. Excepto Dabondi, todas las reinas se muestran curiosas y despreocupadas. Creen en la versión de Ngungunyane: toda aquella algazara es una manifestación de bienvenida. Y los abucheos de las mujeres blancas son entendidos como el *mukulungana*, el ulular con el que ellas mismas, en su tierra, saludan a los visitantes. De vez en cuando se avistan negros entre la multitud. Y saludan como si fuese un reencuentro. Poco a poco, sin embargo, la realidad se impone y las mujeres hacen como el pangolín: se pegan las unas a las otras como si tuviesen un solo cuerpo, redondo y blindado.

Desde el principio, los hombres están abatidos, paralizados por el frío y el miedo. Con todo, poco a poco Ngungunyane va asumiendo una actitud tranquila y confiada. No es dignidad lo que emana de él. Es indiferencia. Si la intención era alejar al monarca de la humillación, este se ha excedido en la

dosis de vino. Y se queda dormido con el vaivén del carruaje. Esa somnolencia no gusta a los portugueses, que esperan ver en la cara de Ngungunyane la imagen de la sumisión de toda una raza. El africano se muestra ausente, ensimismado como es propio de un emperador. Lo insultan y no reacciona. Le lanzan objetos y no se aparta. Dabondi sonrío, levanta el puño derecho haciendo sonar las pulseras. Las hojas secas se levantan del suelo y forman un remolino de regreso a los árboles.

## 23. Una habitación debajo de la tierra

*He aquí lo que hacen: con la espada matan a los vivos sin dios; con la cruz matan a los dioses de los supervivientes.*

NWAMATIBJANE ZIXAXA

En el Fuerte de Monsanto nos conducen por una escalinata subterránea, como si visitásemos nuestra última morada.

—Ni los muertos viven tan hondo —suspira Ngungunyane.

La mazmorra es oscura, húmeda y fría. Escurre agua por las paredes y hay olor a cosas viejas.

—¡Nos entierran vivos! —gime Godido.

Sentado en el suelo de piedra, el rey pide que lo ayuden a quitarse las botas.

—No las necesito —dice—. Ya no tengo pies. El frío se los ha comido, el frío está hambriento.

El rey delira: si el invierno se prolonga, quizá se habitúe a caminar sin pies. Y si no lo matan, a lo mejor la próxima vez los pies le vuelven a crecer.

Los ojos se me acostumbran a la penumbra y compruebo que la celda es más amplia que las que antes hemos habitado. En el fondo de la tierra, sin embargo, todo parece estrecho. Dormimos hacinados los unos sobre los otros. Dabondi se enrosca en mí. La reina será, las noches siguientes, mi manta, mi almohada y mi brasero.

No sabemos si nuestro despertar es precoz o tardío porque solo hay una estrecha saetera en la parte superior de la pared. Por esa rendija nos entra un poco del cielo de Lisboa. Godido se encarama para poder ver a la muchedumbre que se aglomera en el terreno baldío que hay alrededor del fuerte. En los próximos días será así: en ese descampado cientos de curiosos han instalado un mercado con puestos de comida y bebida. En él se venden postales de Ngungunyane y octavillas con relatos épicos de la captura del rey africano. Los puestos exhiben unas galletas llamadas «Gungunhanas» con el

relieve de un hombre rechoncho y cabezudo. El mismo emperador se declarará entusiasta de dichas galletas. No hay día que no se devore a sí mismo.

Los portugueses se recrean como hacen todos los infelices, murmura Dabondi. Porque no se dan cuenta de que la ciudad está maldita. Y la reina escupe al suelo. En las mismas calles por donde hoy desfilamos se derramará la sangre del rey don Carlos. Y se desplomará el cuerpo de Mouzinho de Albuquerque, que caerá como una hoja muerta sobre las piedras de la ciudad.

\*

Vivimos como topos en un agujero excavado en tierra ajena. La reina Dabondi reconoce nuestra triste condición, pero no parece lamentarse. Un día de estos, me dice, el agua brotará de las piedras y subirá por las paredes. Nuestro desafío está claro, y vaticina: sobrevivirán aquellos que se conviertan en peces. Eso fue lo que les sucedió a los portugueses.

Hoy hace una semana que nos han encarcelado en las tinieblas. Oigo pasos. Un centinela llega cargado de periódicos. Los lanza por las rejas de la puerta.

—Es para que se los leas a los otros —me dice.

Enseño las fotografías al emperador de Gaza, que sonrío, satisfecho.

—¡Ha sido el rey de Portugal quien ha mandado que me publiquen! —proclama.

Me abstengo de traducir los titulares. Hablan de Ngungunyane como «la fiera cruel», «el reyezuelo sanguinario», «el brutal tirano, aliado de los ingleses».

Los periódicos se distribuyen después entre los presos, que los recortan como si fuesen paños a medida del cuerpo. Utilizarán las hojas para abrigarse. Los que nunca han sabido leer duermen ahora cubiertos de letras.

Al octavo día vienen a limpiar las celdas y encalar las paredes. Se cuchichea que don Carlos visitará Monsanto. A Ngungunyane la noticia no le sorprende:

—Yo siempre recibí bien a los emisarios de la realeza lusitana. Van a recibirme, es lo que hacen los reyes.

Al día siguiente suspenden la limpieza y la pintura. El rey don Carlos ha anulado la visita. La decisión es política, explican. Han traído a



Ngungunyane a Lisboa para que fuera el centro de atención, pero la presencia del León de Gaza ha acabado por hacerse incómoda. Ese descontento tiene un nombre: las mujeres. Ngungunyane puede ser africano, puede ser enemigo de Portugal, pero no puede exhibir tan impunemente el pecado de la poligamia. La Iglesia protesta, los periódicos se quejan, la sociedad se hace eco del malestar. Los consejeros advierten a don Carlos: visitar a Ngungunyane sería legitimar esa inmoralidad.

Desilusionado, Ngungunyane manda a su hijo que tape la única ventana que ilumina el calabozo.

—Si no me reciben, tampoco quiero la luz que, por caridad, me envían — declara, y a continuación pregunta en voz alta, como si, aparte de las paredes, alguien más lo escuchase—: Me han invitado a venir con mis siete mujeres. ¿Acaso alguna vez fui contando yo las esposas que los acompañaban en sus visitas a Mozambique?

\*

No echo tanto de menos el sol. Lo que me falta es la luna. Ya no la veo brillar. Quizá sea por eso por lo que pienso tanto en Germano. Su recuerdo me llega como el claro de luna que ya no puedo contemplar. La reina Dabondi me pide que deje los recuerdos aparte. Me dice que cante y que lo haga en mi lengua.

—¿Qué lengua? —le pregunto.

En silencio, se aleja.

Durante los días siguientes nos visitan damas de la corte. Hablan con gestos e inmediatamente se percibe que tienen un propósito: civilizar, dicen, a sus congéneres africanas.

Y la primera lección se centra en el uso adecuado de los cubiertos. Las negras pueden dirigirles insultos en una lengua incomprensible, pero no se acepta que coman con las manos. Usar los dedos para comer es como la poligamia, una obscenidad inaceptable.

Después de las visitas, las portuguesas acuden a la iglesia para confesarse.

—Dios no acepta que un hombre tenga varias mujeres —nos explica una de ellas.

—¿Aquí los hombres solo tienen una esposa? —pregunta Dabondi.

La portuguesa sonrío y no responde.

Acaban prohibiendo la visita de las damas de la corte. A partir de entonces las reinas se entretienen la mayor parte del tiempo jugando a las cartas. Mientras juegan, se peinan unas a otras. Ese ocio infinito no les resulta extraño: jamás en la vida han estado muy ocupadas. En la corte de Gaza había gente que hacía el trabajo por ellas. Ngo, Godido y Mulungo hacen cestas y collares de cuentas. Zixaxa estudia portugués en un cuadernillo que le dieron en el barco. Ngungunyane bebe, tose y duerme. El viejo Mulungo deambula de un lado a otro. Hace como todos los prisioneros: cuenta los pasos para que la celda deje de tener dimensión. Está contento por no entender una sola palabra de portugués. Igual que los guerreros zulúes —que se untan con la savia del *impundu*—, él también se ha vuelto invisible. El viejo consejero es el único que no ha llegado nunca a estar preso.

En el rincón que ocupo en la celda, me empleo en una única cosa: el embarazo. La barriga es mi reloj de arena: se va inflando con el paso del tiempo. Ahora estoy de siete meses. Y hago lo que Dabondi me ha aconsejado: canto. Pero canto sin palabras. El idioma en que nacemos no se elige. Lo que se canta a un hijo es un vientre que perdura más allá del parto.

Todas las noches duermo abrazada a la reina Dabondi. El frío me pide un cuerpo caliente. En ese vientre duplicado anida ahora mi hijo. Antes de nacer ya tenía varias madres. De noche, cuando todos están dormidos, quito el trapo que tapa la saetera. Incapaz de dormirme, contemplo la noche como un ahogado que emerge a la superficie del agua. El insomnio no existe, me dice Dabondi, solo existe otro modo de dormir. En ese sueño distinto, escucho al rey gimiendo y tosiendo convulsivamente. Dabondi asegura que no es una enfermedad. Alguien quiere salir de su cuerpo. El emperador está más embarazado que yo. Un espíritu maléfico se ha alojado en él, le corroe el pecho y le tritura las rodillas.

Desde ayer no se oye el ruido infernal de las cercanías. Han prohibido la feria. Los comerciantes han levantado los puestos y se han ido a vender las caricaturas del León de Gaza a otro lugar.

—Me tienen miedo —ironiza Ngungunyane—. Estaba haciéndole la competencia a su rey.

Cada uno de los presos tiene un pasatiempo. Sin embargo, hay una ocupación que nos es común: el sueño. La vejez y la prisión enseñan la misma lección: dormir anula el tiempo. A mi lado ronca ininterrumpidamente ese al que los portugueses llaman el León de Gaza. El título le proporciona la

nobleza de un rey. A los leones, los europeos les reservan uno de estos tres destinos: ser cazados, enjaulados en un zoo o domesticados en un circo. El rey de Gaza reúne los tres destinos en una sola persona.

\*

Los días pasan sin historia hasta que, una tarde cenicienta, recibimos la visita del médico del fuerte. Lo han alertado de los dolores de tórax y el estado febril de Ngungunyane. Mientras el paciente es auscultado, la reina Dabondi anuncia su diagnóstico: dentro del pecho del emperador hay un pájaro. Se oye al ave piar por las noches. Es una *xikhova*, una lechuza, dice Dabondi. Hay que ahuyentarla, defiende la reina. El médico del fuerte sacude la cabeza. Tiene una enfermedad, una pleuresía, declara con superioridad.

Al día siguiente se llevan a Ngungunyane tendido en una camilla. Godido va con su padre, para las traducciones. El llanto lancinante de las mujeres se confunde con las sirenas del vehículo que transporta al rey al hospital. Las reinas están de duelo. No saben despedirse del esposo en tierra ajena. Piden una cuchilla y se rapan el pelo. Solo se lo dejarán crecer cuando regrese el marido. Dabondi ya no me abraza durante la noche. No me puede tocar mientras el rey esté ausente. Soy impura, me dice para justificarse. Llevo un mulato dentro de mí.

\*

Ngungunyane vuelve del hospital con salud en el cuerpo y un plan en la cabeza. Durante su estancia en la enfermería, su hijo Godido ha escuchado conversaciones y ha descubierto que hay un asunto que le quita el sueño a la corte lusitana: el informe de Álvaro Andrea. Esa otra versión de la epopeya de Chaimite es una bomba a punto de explotar. Los republicanos ansían divulgar el documento. La hazaña heroica de la monarquía corre el riesgo de deshacerse como el polvo.

Ngungunyane solicita la presencia del comandante del fuerte. Quiere negociar con las autoridades carcelarias: corroborará la versión de Mouzinho de Albuquerque siempre que, a cambio, le concedan mejores condiciones en la cárcel. La exigencia da resultado: al día siguiente nos otorgan dos celdas grandes, aireadas, y ropa a nuestra disposición. Además, nos autorizan a

pasar las mañanas en el patio exterior. Ese mismo día me tumbé en la hierba, me subí la blusa y dejé que el sol me calentara la barriga. Mi hijo tiene que saber que viene de otras tierras, llenas de calor y de luz.

El sol no solo es una dádiva. Es una medicina para mí, que había dejado de rezar. Todas las mañanas me tiendo en el patio con los pies vueltos al sur. La punta de los dedos toca mi aldea natal. Y así me quedo hasta que se me incendia la piel. Poco a poco me empieza a gustar la ciudad de Lisboa con sus mañanas limpias y azules. ¿Puede alguien amar a una ciudad solo por su cielo?

En esas horas soleadas pienso en las mujeres de mi tierra. Y concluyo que si en este fuerte hay una reina, esa soy yo. Todas las mujeres que me acompañan no difieren mucho de la gente humilde que habita en mi país. Si yo no hubiera salido de mi aldea, no sería más que una de esas criaturas que desde hace siglos se adentran en los bosques y regresan cargadas de ramas secas. Dicha tarea les incumbe desde el momento en que empiezan a caminar. Los brazos les crecen más rápido que el resto del cuerpo, que es para servir mejor a los hombres. En apariencia, trabajan para sus casas, pero hacen más que eso: reúnen leña para incendiar el mundo. Llegará el día en que las niñas de mi tierra entren en una escuela cargando libros bajo el brazo. Eso es lo que sueño todas las mañanas soleadas de Lisboa.

\*

Días después me conceden una habitación para mí sola. Al principio pensé que sería un privilegio, pero es una condena. En ese aposento recibo la visita del comandante del fuerte. Sus instrucciones son claras: debo sonsacar información a los prisioneros y contarles lo que dicen y quiénes lo dicen. Ngungunyane y Zixaxa son dueños de secretos. Los portugueses tienen una certeza: desde lejos, los prisioneros siguen dirigiendo los movimientos de resistencia en Mozambique. Quizá sea una idea demasiado conspiratoria, pero la verdad es que la guerra no ha acabado con la detención del rey de Gaza. Nuevos focos de rebeldía han prendido en los alrededores de Maputo y Magde.

Estas noticias suponen una zancadilla para la propaganda lusitana. Si las novedades son malas para los portugueses, para mí significan una verdadera calamidad: todas las noches transito de traductora a delatora. No tengo

elección: o denuncio a mis hermanos de raza o, después del parto, me enviarán de vuelta a Mozambique. Viajaré sin mi hijo, sin Germano, sin mis sueños.

Decido inventar para agradar a mis verdugos. La única diferencia entre ilusión y realidad es solo una cuestión de convicción. Y así es como todas las noches hay un secretario que transcribe conspiraciones imaginarias. Lo más grave es que me voy aficionando a esas denuncias falsas.

\*

Hasta que nos llega una noticia procedente de Gaza: han matado a Maguiguane, el guerrero que se convertía en pájaro. Han asesinado al hombre que mantenía viva la última centella del imperio de Ngungunyane. Lo han decapitado. Como se necesitaba una prueba de aquella muerte, clavaron su cabeza en un hierro y la llevaron de aldea en aldea. Al cabo de unos días estaba tan putrefacta y cubierta de moscas que podría haber sido la cabeza de una criatura cualquiera. La gente la miraba, retiraba la cara y huía despavorida. No necesitaban aquella prueba. Conocían la verdad por vías que los portugueses desconocían.

El hombre que nos transmite la noticia es un manguni llegado de Mozambique. Se ha traído una rama del árbol sagrado, el *umphafa*. La rama fue cortada en el lugar donde murió Maguiguane y se le pidió al muerto que migrase adentro de la estaca.

La rama se le entregó al mensajero y lo hicieron viajar a Portugal. Durante todo el camino, el hombre fue conversando con la rama del árbol. Cuando se tenía que sentar, el mensajero pedía dos sillas y reservaba una para posar la rama. En su mesa había siempre un plato de más. En cubierta, el mensajero le describía en voz alta los puertos en los que atracaban. Los marineros se reían de los desvaríos del viajero. No se creían que transportase en el navío al difunto Maguiguane Khossa, el temido jefe de las tropas enemigas.

Esa misma rama es la que se entrega ahora al emperador, que comprime las hojas entre los dedos y los espinos. Unas gotas de sangre caen sobre el suelo de piedra de la celda.

—¿Quién lo ha matado? —pregunta Ngungunyane.

—Ha sido Mouzinho —responde el mensajero en txizulu.

El rey de Gaza manda retirarse al recadero. Pone la rama del *umphafa* en

su lecho y la tapa con una tela. Se dirige a ella murmurando:

—Has venido a verme, mi guerrero. No hay en nuestra tierra un trozo de suelo para enterrarte —y es interrumpido por un acceso de tos. Después, prosigue—: Les he dicho a los portugueses que eras un traidor. Mentí para protegerte. Y tú has cumplido mis órdenes hasta el final.

En un acceso de ira, Zixaxa arranca la rama de las manos de Ngungunyane, la parte en pedazos y lanza los trozos por la ventana. Ngungunyane está estupefacto, las reinas lloran. Nunca se habrían imaginado ser testigos de tamaña herejía, la casa de un muerto tratada con semejante desfachatez.

—¡Todo eso es mentira! —clama Zixaxa.

¿Acabábamos de llegar y ya había alguien trayendo noticias de Mozambique? ¿En qué barco había viajado el mensajero? Solo un borracho, aseguraba Zixaxa, podía creerse esa fantasía. ¿O a lo mejor Ngungunyane quería, de ese modo, demostrar la muerte de Maguiguane Khossa?

\*

Nos conceden un nuevo favor: los prisioneros están autorizados a preparar sus comidas. La reina Dabondi se alegra, pero no quiere que sea el joven Ngo quien cocine. Llama a la puerta de mi habitación cargada de cuencos y ollas.

—¡Esconde todo esto en tu cuarto y entrégaselo solo a las reinas! —dice—. ¡No podemos permitir que un hombre prepare la comida del *nkossi*!

—¿Por qué no? —pregunto.

—Siempre ha sido así: los hombres encienden la hoguera, las mujeres dan uso al fuego.

Las tradiciones en la cocina son rigurosas: las cenizas se lanzan a los cuatro puntos cardinales. Solo así se purifica la aldea. La prisión es ahora nuestra aldea.

—Deje que Ngo cocine —le pido—. Si el hombre se queda sin oficio, los blancos lo lanzarán al mar.

Con un trozo de carbón, la reina hace una cruz en cada una de las ollas.

—¡Ya están bendecidas! —suspira—. Los blancos tienen potentes hechizos —dice—. Cocinar, hija mía, no es hacer la comida. Es sentar a los dioses a nuestra mesa.

Nos hemos olvidado ya, dice Dabondi, de cómo se preparaban nuestras casas para recibir a los visitantes invisibles. En nuestros patios, los hombres

se sientan mirando al sur. Las esposas ocupan el lado opuesto. Al viento del norte se le da el nombre de *nwalungo*, el hombre. El viento sur se llama *dzonga*, la misma palabra que designa a las mujeres. Estos preceptos ya no se respetan. En esta nueva casa —que según Dabondi es un barco enterrado— ya nadie conoce los puntos cardinales. Si un día los espíritus vinieran a rescatarnos, no sabrían cómo encontrarnos. Sabrían atravesar el extenso océano, pero se quedarían a la puerta de nuestras celdas.

Mis únicas visitas acuden en sueños. Esa noche soñé con quien no se puede soñar: mi hijo que está por nacer. En el sueño, mi niño va a ser bautizado en la iglesia de Nkokolani. Están presentes todos los parientes, los vivos y los muertos: mi padre con su orquesta de marimbas, mi madre cargando en los brazos la cuerda con la que se ahorcó; mi hermano Dubula con su atuendo de guerrero y Mwanatu con el uniforme remendado del ejército lusitano. El último en llegar es el abuelo Tsangatelo, que se presenta cubierto de polvo de arriba abajo. Al toser, contorsiona el cuerpo como si expeliese toda la polvareda de las minas por donde ha pasado. Y anuncia con voz grave:

—He atravesado la tierra para comparecer en este bautizo. Este nieto mío soy yo mismo.

En voz alta, se invoca a aquellos que se llevaron en los navíos negreros y a los que murieron en las guerras. Sobre el nombre de cada uno se derrama agua de mar. La curandera Bibliana llama a los desaparecidos y las paredes de la iglesia empiezan a crujir. Eleva el tono de voz y en los muros se abren grietas, hasta que el tejado se suelta y flota brevemente para, después, ganar altura. Por fin, se pierde en los cielos como un ave embriagada.

Bibliana trae un cántaro con agua de mar. Le pide al padre Rudolfo que vierta agua en el cuerpo de mi hijo. El niño llora y tose atragantado. La curandera levanta a la criatura y declara:

—Los mares son como la sangre: parecen vastos y diversos, pero todos caben en un único cuerpo.

Bibliana se coloca detrás de mí y me abraza con convicción. La estrecho con fuerza intensificando el abrazo.

Por la mañana, me sorprende a mí misma tocando las pulseras de Dabondi.

## 24. Un cuerpo desgarrado

*No todos los salvajes son mis enemigos, pero basta con que sean enemigos para que se vuelvan salvajes.*

SARGENTO ARAÚJO, CITADO POR ZIXAXA

Una noche, Patihina y Xesipe irrumpen en mi cuarto y me interrumpen el sueño. Las reinas me apremian, el rey está sufriendo un ataque. La celda a la que me llevan está a oscuras. Una sospecha nace dentro de mí: ¿por qué han apagado todas las lamparillas? Hay un bulto tendido en la cama. De repente, me rodean unos brazos que me empujan. Son las reinas que me atacan y me arrastran hasta el lecho. Me sorprende tanto que me olvido de gritar. Las mujeres me sujetan de las piernas y los brazos. La reina Muzamussi me pone una rodilla en el pecho y me pregunta:

—¿Ves quién está aquí con nosotras?

Hace un gesto y las tres esposas de Zixaxa dan un paso al frente.

La misma risa misteriosa deforma la cara de todas las mujeres. La reina de más edad me acusa con vehemencia:

—¿Piensas que eres blanca? Vas calzada y vestida sin respeto, y sin ser todavía madre hablas con los hombres sin bajar la mirada. Sabemos por qué: eres una hechicera, quieres volver locos a nuestros hombres. Y ya lo has hecho. Vemos las pestañas de nuestros maridos arder por la noche. Sueñan contigo, Dabondi nos lo ha dicho.

Muzamussi prosigue, categórica: allí se hallan las madres más veneradas de todo el reino de Gaza. Pero no dejan de ser mujeres: en todas partes las tratarán como a intrusas.

La matriarca se dirige al esposo pronunciando un veredicto:

—Aquí está la culpable, aquí está la mujer que no te respeta como hombre, la mujer que ofende tu dignidad de persona. ¡Castígala! ¡Demuéstrale tu poder!

—¡Dabondi! —exclamo, desesperada.



La reina no está en el fuerte. Eso es lo que me dicen las otras esposas. Se la han llevado a la ciudad.

—Estás sola, sin tus patronos, sin tu madrina.

Ngungunyane se arrastra como una babosa enorme, pegajosa y oscura. La mitad de mí se sumerge bajo su peso. Una mano me tapa la boca. Escruto la penumbra, veo la cara del rey encima de mí.

—¡No le haga daño a mi hijo, *nkossi*! —le imploro, luchando contra la mano que me amordaza.

El rey respeta mi súplica: se sienta en la cama con los pies apoyados en la piedra fría. Manda a las esposas que se retiren. Quiere quedarse a solas conmigo. Muzamussi le ordena:

—Queremos oír a esta mujerzuela gemir.

Y las mujeres salen de la celda.

Ahora nos hemos quedado los dos solos. Sentado en el borde del lecho, Ngungunyane permanece un rato mirándose las rodillas. Después, habla sin levantar la cabeza.

—No eres más que una muchope contratada para espíarme.

No valía la pena negarlo. Godido había oído conversar a los guardias, que no sabían que el preso sabía portugués. Hablaban de mí, Imani Nsambe, y de los secretos que entregaba al comandante del fuerte. Ya nadie dudaba de la naturaleza de mis servicios.

—Mi labor como espía ha sido lo que lo ha salvado, *nkossi*.

—¿Cuándo?

—Durante el viaje en barco. Yo fui quien trunció los planes de Roberto Machava.

Con un vigor inesperado, Ngungunhane me agarra de los brazos como si me arrastrase a un abismo. En la oscuridad siento que se abate sobre mí todo el peso del universo. El emperador de Gaza, completamente desnudo, está derrumbado por entero sobre mis muslos. Su aliento pestilente me asquea, su olor a animal me produce náuseas.

—¡Gime, lucha, grita! —me susurra al oído.

No lo entiendo.

—¡Finge que te estoy violando! —insiste el rey.

Y sacude el cuerpo con unos espasmos que hacen chirriar la cama.

De pronto lo veo todo claro. Acepto participar en aquella simulación. Grito por mi madre, grito con tal convicción que todo el cuerpo me duele y las

lágrimas se derraman por mi rostro. Y nunca ningún sufrimiento real me había dolido tanto.

El rey se incorpora y, en el rincón habilitado para el aseo, simula que se lava. Vierte el agua de un balde a otro mientras va hablando.

—Ellas saben que estoy impotente —dice. Remueve las manos en la palangana, necesita el consuelo del rumor del agua—. Tenías razón: hay meses en que no soy hombre.

El doctor Liengme echaba las culpas al alcohol, pero el rey no se lo creía.

—Los suizos no conocen nuestros hechizos —dice el rey—. No ha sido el vino, han sido mis esposas las que me han marchitado.

Lo que acababan de hacer conmigo, poniéndome en manos del marido, no era más que una pérfida encerrona. Eso es lo que me asegura Ngungunyane. Las reinas estaban seguras de su fracaso, así como preveían mi humillación. Pero el rey ha ideado una respuesta a la altura.

—Ahora me toca a mí castigar a esas mujeres —declara—. Sigue fingiendo, Imani.

—No necesito fingir, *nkossi*. He sido violada.

Ngungunyane sacude la cabeza y esboza una ligera sonrisa. Porque solo ahora lo entiende: los portugueses no lo han traído aquí para matarlo. Cuando embarcó ya estaba muerto. En el momento en que, frente a sus súbditos, Mouzinho de Albuquerque le salvó la vida, en ese momento exacto fue ejecutado. Un emperador muere cuando se muestra mortal, cuando se declara humano y frágil, cuando se arrodilla sumiso a los pies de otro emperador.

—No puedes haber sido violada, hija mía —replica con vehemencia—, porque no te has acostado con una persona viva.

Salgo de aquel recinto oscuro. Con el alma desgarrada, con los ojos húmedos, paso junto a las reinas que, abriéndome camino, esperan atónitas en el corredor. Siento que sus ojos se me clavan como puñales en la espalda. Cierro la puerta de mi cuarto, me cruzo de brazos sobre la barriga y pienso: qué triste es realmente lo que las reinas acaban de hacer conmigo. Con todo, más triste es lo que la vida les ha hecho a ellas. La envidia que sienten por mí cobra todo el sentido. Las llaman reinas, pero ninguna de ellas ha soñado jamás con tomar posesión de su propia vida.

Por la mañana temprano me vienen a buscar. Hay alguien en la sala de espera, me dicen, que ha venido de lejos para verme. Solo puede ser una equivocación, cavilo mientras atravieso amplias salas y pasillos austeros. Ojalá sea Germano, pienso con el corazón dando brincos en el pecho. Ha llegado a tiempo de asistir al nacimiento de nuestro hijo.

El soldado que me conduce señala los techos altos y declara con orgullo:

—Está todo hecho de cemento armado, no hay bomba en el mundo que lo eche abajo.

Desemboco en un aposento extraño con grandes alfombras rojas. En un sillón también rojo hay sentada una mujer delgada, el pelo canoso le sobresale de un pañuelo negro. Está tejiendo punto del mismo color que el asiento y las alfombras. Por un momento me parece que está tejiendo todo aquel oscuro lugar. Mueve los codos para evitar que las hebras de lana se enmarañen en las agujas.

—Es para mi nieto —me dice—. Nacerá el día en que acabe este jersey.

Ahora ya no hay duda: estoy delante de Laura de Melo, la madre de Germano. La señora se levanta con desenvoltura, haciendo rodar el ovillo de lana por la alfombra. La madeja la persigue como un gato obediente. Acerca el punto a mi cara y menea la cabeza a modo de desaprobación:

—Eres más negra de lo que pensaba. Debería haber elegido un color más claro.

Me agacho detrás del ovillo, quiero ser útil, quiero mostrarme sumisa. Sigo de rodillas y le ofrezco la lana con las manos juntas. Laura de Melo parece no verme.

—No te acerques —me ordena.

De repente, levanta los brazos y, con una violenta sacudida, clava las agujas entre los hilos de lana. El ovillo se encoge con el estertor de un cuerpo vivo.

Como si volviese en sí misma, doña Laura se santigua y vuelve a encararme:

—Aquí no quiero familiaridades, puede que nos empecemos a caer bien y no hay cosa peor.

Me observa de arriba abajo. Tiene el mismo azul de ojos que Germano.

—Solo he venido por un motivo —dice—. Vengo a entregarte una carta que ha llegado de mi hijo —del bolsillo del vestido saca un sobre—: Toma, es para ti.

Me tiende el brazo. Ante mi pasividad, agita nerviosamente el encargo. Y se lamenta:

—Germano siempre fue muy dado a la escritura, espero que pierda esa manía. Escribir cartas es cosa de mujeres.

Por fin cojo el sobre. No abro la carta. Me la llevo a la cara e inspiro profundamente.

—También hice lo mismo —dice Laura, sonriendo—. En las cartas anteriores no había olor que me recordara a mi vástago. Ahora sí: Germano ha vuelto a ser mi hijo.

La madre de Laura, ya anciana, le olía el pelo para saber cómo andaba de salud. Moribunda e incapaz de deglutir, la vieja señora se alimentaba de aromas. Por la mañana, le dejaban mondas de naranja en la cabecera de la cama. Por la noche esparcían hojas de hierbabuena por la almohada. La anciana madre se dormía sonriendo. Y la madre de Germano me dice:

—No vale la pena que huelas esa carta, muchacha, no encontrarás a tu amor.

Con el sobre en las manos, me encamino hacia el pasillo mientras oigo estas terribles palabras:

—Ya no vuelve, hija mía. Mi Germano se va a quedar en África.

Recorro de vuelta los pasillos fríos con el mismo soldado que me escoltó a la ida. Miro los techos de cemento armado y deseo que el edificio entero se derrumbe sobre mí.

\*

Acabo de acomodarme en la habitación, que nunca me había parecido tan estrecha. La puerta se abre de par en par, pero no abro los ojos, solo oigo los lamentos de Dabondi. Ni yo misma me imagino lo destrozada que estoy.

—¡Lo mataron! —clama la reina. Viene de la ciudad, donde ha ido a visitar la tumba de su hijo. Godido la ha acompañado al cementerio—. ¡Se murió y después lo mataron! —murmura.

Eso es lo que ha constatado esa mañana. Lo enterraron según los preceptos de los blancos. Ni siquiera tuvieron la atención de enviar la noticia a Mozambique. Su único hijo, João Mangueze, vino a Portugal como un príncipe y fue sepultado como un desheredado, sin nombre ni familia. Ahora deambula como un *xipoco*, una de esas almas sin parientes.

—¿Sabes por qué he ido al cementerio?

La pregunta es tan obvia que me mantengo callada. Dabondi está ahora más tranquila, incluso una ligera sonrisa le aflora a la cara.

—He ido a ver a mi hijo difunto, pero también a presentarle a su nuevo hermano.

Corro a abrazarla. Desde el principio del viaje sospeché que Dabondi estaba embarazada. Y es un momento tan feliz que decido no hablar sobre la violación que acabo de sufrir. Sin embargo, hay algo que no soy capaz de contener. La reina da un paso atrás para verme mejor.

—¿Por qué estás tan triste, Imani? —me pregunta.

—Germano no va a venir —respondo.

Me dice que ya lo sabía. Es lo que siempre dice la reina, que ya lo sabe. Y me lo creo.

Dabondi mira al infinito mientras raspa la pared. Después, con un dedo teñido de cal, dibuja un círculo blanco en mi pecho.

—Cuando des a luz —dice— te quedarás vacía.

—¿Vacía? —pregunto extrañada—. ¿No será al revés?

—No hablemos de eso ahora —me pide.

Y como insisto, la reina pone algunas cartas sobre la mesa: los dioses me concederán la felicidad de ser madre. Sin embargo, esos mismos *psikwembo* pretenden manifestar su desagrado: están decepcionados porque he ignorado su existencia.

—Te van a apagar por dentro.

—¿Apagarme? ¿Qué quiere decir eso, Dabondi? —pregunto, ansiosa.

Tendré el mismo destino que la higuera salvaje, la *umbombe*: seré devorada por mis propias raíces. La reina pronuncia esas palabras y sale de la habitación. La profecía me roba el sueño. La noche es ahora un pozo sin fondo. Y más sin fondo se vuelve aún cuando decido leer la carta de Germano. Rasgo el sobre y algo se desgarró dentro de mí.

\*

Querida Imani:

¡Esta no es una carta fácil! Empiezo así, sin rodeos: no voy a ir a Lisboa. No habrá barco, no habrá viaje. Me quedo en Lourenço Marques. Nos

reencontraremos más tarde, aquí en Mozambique o quién sabe si por allá, en Portugal.

No quiero hacerte daño, no te quiero perder. Todo el amor que sentí — que todavía siento por ti— es absolutamente verdadero. No es de mi lealtad de lo que debes dudar. Las razones de esta separación son otras. Podría ser tu marido, pero no podría ser el padre de esa criatura. Estuve preso en una celda en Portugal. He sido prisionero en Mozambique sin paredes, sin puerta, sin rejas. No quiero sentirme prisionero de una rutina doméstica. Eso es lo que he aprendido junto a mis compañeros casados. La vida matrimonial es la más perpetua de las cadenas. Puede que esté enfermo, puede que me haya faltado una familia de verdad. Mi padre profesaba una especie particular de ateísmo: era un descreído de la felicidad. Y decía de la gente de la aldea: «Cuanto más estúpidos, más felices se sienten. Cuanto más burros, mejor duermen».

Hay otro motivo por el que he tomado esta decisión: no puedo volver a Portugal mientras no se derroque la monarquía. Me encerrarían en un calabozo de inmediato. Te quedarías sin marido igualmente y nuestro hijo se quedaría sin conocer al padre.

No sientas lástima de mí. Por aquí estoy bien, Imani. Mejor de lo que estuve nunca en la tierra donde nací. Cuando me fui a la guerra, mi madre lloró. Lloró como si me fuese de un lugar en paz. Sin embargo, he encontrado más sosiego en las batallas de África del que nunca hallé en mi tierra.

Perdona la brevedad de estas líneas, pero esta es la más cruda de las verdades: la guerra desnuda a los hombres. La proximidad de la muerte expone el alma humana sin vestiduras, sin retoques, sin disfraz. Y créeme, Imani, el alma de los hombres no es algo que se quiera ver. Por eso es por lo que, por ahora, lo mejor es que me mantenga distante. El amor que hemos tenido, y lo tuvimos entero, sobrevivirá. No hay palabra que exprese lo que fue nuestro amor. Y no hay silencio para olvidar lo que el amor nos dejó.

No sabes cuánto me cuesta escribir estas últimas palabras.

Tuyo, siempre tuyo,

Germano de Melo  
Lourenço Marques, 21 de marzo de 1896

P. D. Quizá no volvamos a hablar. Tengo que tener valor para decírtelo todo. Estamos ante gobiernos y ejércitos poderosos que matan, capturan y dividen a la gente. Sin embargo, hay algo más poderoso que cualquier gobierno o ejército y es la mentalidad tan viciada que nos rodea. Contra la violencia de ese cerco insidioso, poco podemos hacer. No hay isla ni exilio que nos salve de ese reino de la estupidez.

He sido sincero en todo lo que antes he escrito. Es verdad que no me agrada la idea de que seamos un matrimonio con una vida rutinaria. Es verdad que tener hijos me entusiasma poco. Con todo, nuestra relación no la ha destruido ninguna de las razones que antes he mencionado. Se destruyó mucho antes de conocernos, mucho antes de que hubiéramos nacido. La misma trama que propició nuestro encuentro ha hecho imposible nuestro amor. Estaremos más cerca así, separados, de lo que estaríamos si viviéramos juntos. A ti te culparían por ser negra. A mí me odiarían por ser el marido de una negra. Al principio resistiríamos. Al final acabaríamos por ceder ante el ejército invisible del prejuicio. El único modo de vencer es rechazar la batalla. Nuestro amor vivirá como estas cartas: solo tus ojos despertarán las palabras que hemos puesto a dormir.

## 25. Lo que fue dado a luz

*Quien vive por la mitad cobra el doble de miedo a la vida.*

PROVERBIO DE NKOKOLANI

En mi tierra, cuando una mujer está embarazada toda la familia está encinta. Durante la gestación, el cuerpo de la mujer deja de pertenecerle una vez más, simplemente lo ha prestado. Lo ha cedido al marido, a los suegros, a la familia del padre de la criatura. Y ni siquiera los dolores del parto le pertenecen. Porque la tradición reza así: no es la mujer la que da a luz. Son los antepasados los que insuflan una vida nueva en los que nacen. La mujer existe como un claro de luna: mero espejo de otros soles.

La noche del 25 de mayo me despierto con dolores, las piernas mojadas, las sábanas empapadas. Grito llamando a Dabondi. Dabondi grita llamando a Muzamussi. Y Muzamussi no grita llamando a nadie porque ella es la mujer grande, la *nkossikazi*. Y además es la partera más experimentada. Todas las mujeres restantes salen de la habitación en silencio. Me arrodillo ante la mayor de las reinas y le rodeo el cuello con los brazos. Muzamussi también está arrodillada asiéndome de la cintura. Sus manos resbalan: me acaban de untar con aceites que ayudarán a que mi hijo salga de mí.

Los dolores del parto son como puñales que se me clavan en la espalda. Van y vienen como las mareas. De repente, me olvido de que tengo quince años, de que todavía no he dejado de ser hija. Mi cuerpo tiene otra edad y obedece, al mando de otra voluntad. Y hasta mi voz me resulta extraña cuando pregunto:

—¿Voy bien, Muzamussi?

—Quien tiene que ir bien no eres tú, sino la criatura que ahí viene — declara la reina.

También ella me anula. Yo misma me voy apagando a medida que el parto se prolonga. El cansancio se alía con los dolores y ya no tengo espalda ni brazos que me mantengan de rodillas. Quien me sostiene es Muzamussi, que



está más sudada que yo misma.

—Mi hijo —digo para encontrar valor— me recuerda a mi abuelo Tsangatelo: testarudo ya antes de nacer.

A Muzamussi no le hace gracia. Para ella la tardanza es una prueba de que no he sido fiel.

—¡Dime quién ha sido! —insiste la reina.

—Germano —murmuro de un modo casi inaudible.

—¡No, ese no! ¡Dime el nombre del otro! —se empecina la partera.

Y me duele tanto, es tal la extenuación, que se me ocurre inventarme una traición. En ese mismo instante, sin embargo, mi hijo decide salir de mí. Y es como si yo volviese a nacer. Mis ojos están tan libres de lágrimas que puedo ver a Germano dándome la mano.

No siento que me cortan el cordón. No siento que nos separen, no hay impacto que nos impida seguir siendo una única criatura. Y levantan al niño por encima de mi cara, vuela sobre mí con su piel amarillenta, sus manos pequeñas rasgan el aire. Los caracoles claros y sueltos de su pelo son como los de los ángeles que he visto pintados en las iglesias. Oigo su vigorosa protesta y lloro con él. Muzamussi me pide que no lo haga. Así llamaría a los malos espíritus.

Cierro los ojos y convoco a Germano. No sé vivir sola ese momento. La voluminosa partera circula a mi alrededor. La placenta y la sangre son eliminadas cuidadosamente.

—Para que nadie te haga daño —me explica Muzamussi.

—¿Por qué me ayuda? ¿Por qué me protege? —le pregunto.

La reina no responde. Me pide que me desnude. Se va a llevar mi ropa, la va a rasgar en pedazos irreconocibles. Al cerrar la puerta sus instrucciones son claras: en los próximos días ningún hombre podrá entrar en mi cuarto. Sonrío: ¿qué hombre tendría ese deseo? Si hasta Germano me espera lejos, en otro país, en otro tiempo.

\*

Horas después, Dabondi viene a visitarme.

—Estoy embarazada —me dice—. Puedo coger en brazos a tu hijo, no tengas miedo.

Una mujer con la menstruación —las que nosotros decimos que saltan la

luna— tiene prohibido tocar a un recién nacido. Ese no es su caso.

La reina baila con el bebé en el regazo.

—¿Qué nombre le vas a poner? —me pregunta.

—Se llama Tsanga —respondo.

Quien ha elegido el nombre es mi abuelo Tsangatelo. La reina se encoge de hombros. La decisión le correspondía al padre. Germano que se queje más tarde.

Le pido explicaciones a Dabondi: me había amenazado con que, después del parto, me quedaría vacía. Ese fue el término que empleó: vacía. Me dijo que los dioses me apagarían por dentro.

—¿De qué vacío se trata si nunca me he sentido tan llena? —le pregunto.

—Hablabamos de ello en otro momento.

—Dímelo ahora, Dabondi. ¿Qué maldición es esa?

—Ahora que tu hijo ha nacido —responde—, dejarás de saber hablar la lengua de los blancos.

Sonrío, incrédula. No es posible. Esa lengua forma parte de mi cuerpo.

—¿Acaso lo dudas? —indaga la reina—. Pues intenta hablar en portugués.

Sonrío y asiento con la cabeza. Trato de pronunciar unas palabras y lo que oigo es diferente de lo que digo. Repito las palabras y la disonancia se mantiene: pienso en portugués, pero me expreso en txitxope. De modo que la maldición es cierta: a partir de hoy dejaré de saber portugués. La reina tiene razón. Mis raíces me están devorando. Ruego, imploro. Le pido que me devuelva la voz de mi alma.

—Esa ha sido siempre tu equivocación —alega la reina—. Tu alma tiene otras voces —declara—. A partir de ahora, no servirás nunca más a los portugueses.

No me castiga, me dice poniéndome al niño en el regazo. Al contrario, solo me está devolviendo una parte de mi ser.

\*

Al día siguiente viene a visitarme la madre de Germano. Examina la cuna improvisada y comenta, aliviada:

—¡Es clarito!

Me incorporo a duras penas, con las manos malacostumbradas a la protección de la barriga. Emocionada, le pregunto:

—¿A que es precioso, doña Laura?

—¡Nada de familiaridades, muchacha! Soy la abuela, pero no tu suegra.

Un día de estos vendrá a buscar al niño, anuncia. No hay maldad, solo se trata de la promesa que le ha hecho a Germano. No procedería así, dice, si yo estuviese en situación de ocuparme de la criatura.

Estrecho a Tsanga entre mis brazos y me juro que antes de que lo arranquen de mi lado tendrán que pasar por encima de mi cadáver. Indefensa, lloro. Pido a la visitante que se vaya, pero, al igual que previamente, las palabras me desobedecen.

—¡*Famba khaya*, doña Laura!

Esa es la frase que oye doña Laura. Sin embargo, el mensaje produce el efecto contrario. La portuguesa se sienta en mi cama.

—Estoy completamente sola —suspira—. Ojalá alguien se ocupase de mí.

Contempla al bebé sin llegar a tocarlo. El marido nunca supo ser padre, y Germano, según ella, sigue los mismos pasos.

La víspera de su muerte, su marido le confesó por primera vez que la amaba. Y ella, entonces, se deshizo en lágrimas. «¿Por qué lloras?», preguntó él. «No quiero ser amada», respondió ella, sollozando. Lejos de ser un regalo, aquella confesión de amor la hacía pensar en todo lo que la vida no le había dado.

Años después, cuando el marido ya estaba muerto, Laura empezó a dormir tendida sobre la tumba. No lo hacía porque lo echara de menos. Lo hacía por miedo a que el difunto pudiese regresar. El cuerpo de Laura era una piedra, una losa que sellaba al viejo compañero. El cura acudía a buscarla de madrugada. La arrastraba a la fuerza por la aldea mientras ella gritaba llamando al marido. Pero se equivocaba de nombre: era a Germano al que llamaba llorando. No la recluyeron en un manicomio porque, según ella, la aldea ya era un hospicio. Pasaba por el cementerio y veía las flores secas sobre la tumba. Aquella decadencia no la molestaba. Aquel desapego en su interior era la prueba de que estaba dispensada del luto. Ya era viuda antes de que muriera el marido.

\*

Una semana después, doña Laura regresa al fuerte. Viene a llevarse al niño. No dejo que se acerque. Con el bebé en brazos, echo a correr por el

recinto. Los guardias me persiguen. Me acuerdo de todas las madres que durante siglos han corrido para salvar a sus hijos. La fuerza y la desesperación de esas mujeres habitan ahora en mi cuerpo. Y troto por el patio hasta refugiarme entre dos pilas de lavar ropa. Doña Laura me grita que tenga cuidado, el suelo está mojado, no vaya a ser que me caiga y haga daño a su nieto.

De pronto, del fondo de la lavandería emergen las reinas. Todas ellas empuñando cuchillos. Forman un cordón en torno a mí y amenazan a los soldados.

—¡Este niño es hijo de todas nosotras! —anuncia Muzamussi.

Los mismos cuchillos que les entregaron para que se civilizaran brillan ahora en su acto rebelde. Eran cubiertos, ahora son armas. Cada vez que lavaban los platos desaparecía una pieza. Si las hubiesen dejado comer con las manos, ahora no tendrían que enfrentarse a ellas.

El embriagado rey de Gaza atisba por la ventana de la habitación y sonrío. Hubo un tiempo en que le asaltó la idea de formar un ejército africano integrado solo por mujeres. Pero no era un sueño. Era una pesadilla. Y ahora allí estaban aquellas mujeres enfrentándose a los militares blancos. Pero no es a esos pequeños cuchillos a lo que los soldados más temen. Lo que los atemoriza es el simple hecho de que alguien los encare. Han aprendido a enfrentarse a un ejército, pero no saben cómo vencer a una decena de mujeres.

Sin embargo, la batalla estaba decidida antes de empezar. Las mujeres son dominadas y me arrancan al niño de los brazos. Doña Laura lo envuelve en una manta y se aleja a paso acelerado. El llanto de mi bebé se pierde en la distancia. Ya solo oigo el agua que cae en la pila. En adelante siempre será así: el rumor del agua será la única voz de mi hijo recién nacido.

## 26. Entre exilios y destierros

*Un gran rey no es el que conduce a su pueblo en la guerra, sino el que lleva la guerra lejos de su pueblo.*

ZIXAXA

Al final de la tarde del 22 de junio los militares entran súbitamente en la celda de los prisioneros. Gritan el nombre de Ngungunyane, Zixaxa, Mulungo y Godido. Les mandan hacer las maletas.

—¿Las maletas? —pregunta Godido, que es el único que entiende lo que dicen.

Apresuradamente, preparan un hatillo con sus escasas pertenencias. Y ni siquiera para eso les dan tiempo.

Ngungunyane se sienta en el suelo, llorando a lágrima viva. Ahora sí, a juzgar por las prisas y la aspereza con que lo empujan, está seguro de que esta vez lo van a fusilar. Las esposas se lamentan dando berridos, los soldados utilizan la fuerza para sacar a los cuatro prisioneros. Observo todo aquello con indiferencia. Se han llevado a mi hijo, todo lo demás ha dejado de importarme.

Me mandan que acompañe a los presos, no se fían de la traducción de Godido. Vamos en dos carruajes, la ciudad está vacía. La operación se hace en secreto. En el puerto espera el buque *Zambeze*. Solo entonces me revelan que van a llevar a los exiliados a las Azores. En el muelle hay un compás de espera. Ngungunyane está más tranquilo, entiende que no lo van a molestar. Su aspecto, con todo, es completamente decadente: va descalzo, con los faldones de la camisa por fuera, los pantalones rasgados, el pelo desgreñado.

—Los blancos son unos falsos —declara el rey de Gaza—. ¿Alguna vez nosotros haríamos lo que ellos nos han hecho a nosotros: capturarnos, llevarnos a otra tierra y exhibirnos como si fuéramos animales?

—¿Alguna vez hicimos prisioneros? —contesta Zixaxa.

—¿Por qué tomas partido por los blancos?

—No somos mejores que ellos. Solo estoy diciendo eso.

—Tú, Zixaxa, hablas mucho porque no es a ti a quien quieren muerto.

—El problema, *nkossi*, no es ese. El problema es que no saben qué hacer con usted.

Ngungunyane da media vuelta, dice que no entiende la lengua de los tsongas.

—¡Esa es la lengua en la que siempre hemos hablado los dos! —afirma Zixaxa. Y prosigue, siguiendo desafiante los pasos del rey—: Usted, *nkossi*, no me entiende por culpa de lo que digo. No me entiende por culpa de lo que soy. Puede dar las gracias a los portugueses por lo que le han ahorrado —le grita Zixaxa antes de que lo empujen dentro del navío—. Agradézcaselo, Ngungunyane, ¿no es eso lo que siempre ha hecho?

Veo el barco con los prisioneros alejarse entre la bruma. De regreso al fuerte, pienso que el exilio no basta para distanciar de Mozambique a esos rebeldes. Lo que se necesita es que no haya tierra allá donde sean desterrados.

\*

Al día siguiente recibo la visita del comandante António Sérgio de Sousa. Se sorprende de la ausencia del rey. La decisión de llevarse a los presos a las Azores es tan secreta que el visitante la desconocía. Me regala un ramo de flores. Sabe que di a luz, quiere ver al niño.

—¿Dónde está ese muchachito? —me pregunta.

Quiero explicarle que se llevaron a mi hijo, pero el llanto me impide hablar. Consternado, el comandante piensa que el niño ha muerto. No entiende lo que le digo. No comprende por qué no le hablo en portugués. Finjo que me duele la garganta. Le pido papel y pluma. Le escribo mensajes cortos que le doy a leer. «Se han llevado a mi hijo, ayúdeme.»

—Voy a ver qué puedo hacer —responde.

Dejo caer la pluma, la tinta se me derrama en las piernas. Hablo, lloro, gesticulo.

—¡Es tan pequeño! —balbuceo—. Casi no cabe en una mano —y dejo la mano suspendida en el aire como si todavía lo sostuviese—. Los hombres no lo saben, señor capitán, pero es cuando tocamos por primera vez a un hijo cuando nuestras manos empiezan a nacer.

Recuesto la cabeza en el hombro del visitante y así me quedo mientras, a

lágrima viva, deshilo un rosario de lamentos tristes e intraducibles, todos pronunciados en txitxope. El portugués finge que me entiende, afligido ante mi indescifrable emoción. Nunca había visto a nadie tan amable.

—Antes me llamaba Ceniza —recuerdo—. Me pusieron ese nombre para protegerme. Cuando somos ceniza nada nos duele. ¡Cómo me hubiera gustado tener la enfermedad de mi madre, que nunca en la vida sintió dolor! ¡Cómo deseo esa maldición!

Es evidente que el comandante no sabe cómo tratar mi tristeza. Intenta un torpe consuelo.

—Sabes leer y escribir, ¿no? —me pregunta—. Tienes suerte, hija mía. Mis vecinos, que se consideran cultos y acaudalados, han prohibido a sus hijas que vayan a la escuela, no vaya a ser que las niñas escriban cartas de amor a los chicos.

\*

António Sérgio de Sousa me lleva a la terraza, desde donde se puede ver el mar, por un lado, y la ciudad, por otro. Las manos en mis hombros me aportan una antigua calma.

—Hay una razón que me ha traído hasta aquí —empieza diciendo Sousa.

Levanto la ceja, curiosa. El comandante se frota los codos, como si sufriese un acceso de frío. Al despertar esa mañana no podía moverse. Por un momento sospechó que, durante la noche, se le habían agarrotado las articulaciones y sus huesos se habían convertido en hierro. Se dijo a sí mismo: hoy es cuando me van a vender en el mercado de chatarra junto con mi viejo navío. Se sentó en la cama y pensó que había asuntos que no quería llevarse a la tumba.

—Te he traído flores, Imani —dice—, pero ninguna flor significa nada si no tiene una historia.

Me quedo esperando la historia, pero el capitán permanece callado, luchando contra sus fantasmas. Dejo que pase un rato y, después, le pregunto por Álvaro Andrea.

—¿Cree que él me podrá ayudar? —pregunto, valiéndome de garabatos.

—¡Ojalá lo ayudasen a él! —me responde Sousa.

Un periódico había publicado parte del informe en el que denunciaba a Mouzinho de Albuquerque. Y ahora el capitán no salía del cuartel. Con la

excusa de tomarle declaración una y otra vez, lo mantenían incomunicado. La mayor parte de los que habían protestado por el informe de Andrea no lo habían hecho porque este denunciase al héroe nacional. Lo que más les irritaba era que Andrea tratara a los negros como a seres humanos, merecedores de todo el respeto.

El comandante vuelve a posar sus largos brazos sobre mis hombros y me dice:

—Ahora sí, ahora sí que voy al asunto que me ha traído aquí. Esta es la duda que me quita el sueño: durante el viaje, ¿el sargento Araújo llegó a hacerte daño?

No respondo. Aunque quisiese, no sería capaz. El comandante exhala un largo suspiro y dice:

—Siempre lo he sospechado —y añade—: La culpa es mía, nunca fui capaz de imponerme.

Si fuese pájaro, declara avergonzado, sería un loro. Nunca un águila. Le falta el gusto por las alturas, carece del placer de mandar. Por eso, siempre ha necesitado un alma complementaria. Esa alma fue el sargento Araújo.

Esa es su manera de pedirme disculpas.

—Un loro, eso es lo que soy —repite cuando se marcha.

Ahora, el viejo comandante del *África* está en paz consigo mismo. No ha sido él quien me ha visitado. He sido yo la que ha calmado sus fantasmas. Su generosidad ha consistido en que yo le hiciese bien.



## 27. El bebedor de horizontes

*No veo con los ojos. Veo con los sueños.*

DABONDI

Querida Imani:

Esta carta es una sorpresa. Soy yo, Nwamatibjane Zixaxa, que te escribe desde las Azores. Como ves, ha sido muy bueno aprender portugués. En el viaje aprendí a hablar. Ahora, en la isla, me enseñan a escribir. En esta primera carta todavía me ayuda un soldado que se ha convertido en mi compañero. Lo llamo Munganu. Y él se ríe, sin saber que le digo exactamente «amigo» en mi lengua. Paso más tiempo en su compañía que con cualquiera de los que vinieron conmigo de Mozambique. Los blancos se extrañan de mi elección. Debería estar entre «mi gente». Para ellos todos somos negros, sin distinción. No saben que yo soy un mpfumo. Y que los otros tres presos son vangunis, de la realeza de los zulúes. No entienden por qué confío más en este soldado blanco que en cualquiera de mis compañeros de celda. La próxima carta, le he dicho a Munganu, la escribiré yo solo.

Viajamos a las Azores en un navío llamado *Zambeze*. Y el gran barco que nos trajo de Mozambique se llamaba *África*. Ngungunyane cree que esos nombres se pusieron en su honor. El León de Gaza está enfermo. No tenía suficiente con la antigua embriaguez. Ahora busca en la locura su último refugio. Durante todo el viaje durmió abrazado a una botella de vino. Por la mañana temprano lanzaba las botellas vacías contra las aves que volaban por encima del barco.

En la isla Terceira nos recibieron de manera especial: no hubo insultos ni amenazas como sucedió en Lisboa. Nos dijeron que éramos huéspedes, no prisioneros. Nos han dado una casa dentro del fuerte. Nos autorizan a circular por el gran recinto de la fortaleza. En uno de los edificios encalados de blanco han grabado a hierro una frase que a nosotros, los exiliados, solo nos

hace reír. Dice así: «Antes morir libres que en paz sometidos». Esas palabras me recuerdan al pastor Machava al desembarcar en Cabo Verde. Cuando António Sérgio de Sousa se despidió de él era evidente que se sentía culpable. Y se justificó: «Hay cosas —dijo— que no haríamos si no estuviésemos en guerra». Y el misionero respondió: «No hay nadie que desee más la paz que mis feligreses aquí presos. Lo que pasa —dijo el pastor— es que, para nosotros, vivir ya es una guerra». Y el comandante Sousa se defendió, argumentando que todo lo que hacía era con el propósito de acabar con la guerra. Las últimas palabras de Roberto Machava fueron pronunciadas en su propia lengua: «¿Quiere la paz, patrón? Pues nosotros queremos eso y mucho más. Queremos otra vida».

He oído decir que Machava fue devuelto a Mozambique. Que los ingleses presionaron tanto a las autoridades portuguesas que estas cedieron y lo dejaron regresar. Pero que los otros fieles, sus seguidores, se quedaron en Cabo Verde esperando a que Machava fuese a buscarlos. O a que Dios hiciese justicia. Los mandaron a trabajar a las salinas. La mayor parte de ellos ha muerto, según me han dicho. Nada más ensacarla, la sal se convertía en una piedra dura. Era un problema de la calidad de la sal, pero los amos culpaban a los esclavos de Mozambique. Y los castigaban, obligándolos a dormir atados a los sacos. Los hombres se fueron resecaando, perdiendo carne y sustancia. El día en que empezaron a llorar, se disolvieron. Puede que sea mentira, pero eso es lo que cuentan. Los ausentes sirven para eso mismo, para ser convertidos en historias. Esas historias regresan a Mozambique y, así, los ausentes reencuentran su camino de vuelta.

Imagino que querrás saber cómo paso el tiempo rodeado de tanto mar. Pues voy a decírtelo: si esta isla es una prisión, entonces comparto con miles de azoreños ese castigo. Aquí soy de todo menos un prisionero. Por detrás de la fortaleza hay un extenso bosque donde cazamos conejos. Los árboles de aquí son diferentes. No sabemos qué almas habitan en ellos. Ngungunyane no se descalza para entrar en el bosque, camina sin pedir permiso entre árboles que desconoce. Los locos están dispensados de temer a los dioses. Para matar conejos, Ngungunyane utiliza un palo que trajo de Mozambique. Lanza esa estaca y nunca falla. Ngungunyane dice que esa madera fue tratada por Dabondi. Dice que un día lanzará ese palo contra el océano y en vez de conejos matará ballenas. Y entonces gozará del respeto que disfrutaban los cazadores del mar.

De noche, el rey camina por el patio y lo oímos gritar el nombre de la única mujer que amó: «¡Vuiaze!». Godido sale a rescatar al padre. Lo abraza y le da una botella de vino dulce. El rey guarda los tapones de corcho. Tiene cientos de tapones de esos que ha ido reuniendo para construir un barco. En ese barco, dice, regresará un día a Mozambique.

Confieso, Imani, que Ngungunyane me da pena. El desgraciado ya tuvo su sentencia. Fue castigado de la única manera posible: él mismo es su propio verdugo. Ahora no necesita beber: el horizonte le llena los ojos, la soledad le inunda el alma.

A mí no me duele estar cercado por el mar. En realidad, no es la primera vez que estoy en una isla. Cuando tenía veinte años los portugueses me enviaron a Isla de Mozambique como castigo. Después me perdonaron y me dejaron volver a Lourenço Marques. Fue un error. Si a alguien deben odiar es a mí. Fui yo —yo solo— quien atacó Lourenço Marques. Por poco no gané, por poco no lancé a los portugueses a las aguas de la bahía.

Los encuentros y desencuentros de este mundo son curiosos. El militar que redacta esta carta trajo ayer a un grupo de soldados blancos. Se sentaron a mi alrededor, muy atentos, y me preguntaron cómo era mi tierra. Quieren huir de la isla, no soportan la pobreza en la que viven. Muchos de su edad se han ido a Brasil, pero estos piensan que África puede ser mejor destino, ahora que ya no hay guerra. Querían saber cómo es la vida allí, en nuestra tierra. Les respondí lo siguiente: «Si me dan la autorización, os llevo a Mozambique y, si no cambiáis de raza por el camino, acabaréis todos ricos». Y se rieron, nos reímos todos. Reír en compañía es como un abrazo.

Y así es, hija mía. Ngungunyane va tejiendo cestos. Yo voy tejiendo pequeñas alegrías. Ser feliz es la mejor manera de vengarme de Ngungunyane. ¿Que el rey de Gaza me entregó a los portugueses? Pues ahora es lo que soy: un portugués, un portugués de piel oscura. Un portugués feliz que mira a quien lo traicionó y lo ve infeliz y borracho. Los fines de semana me llevan a las casas de mujeres. Duermo con ellas, me olvido de mis esposas que se quedaron lejos. Godido y yo nos divertimos con esos planes nocturnos. Mulungo está viejo, nunca va. Ngungunyane va a veces, cuando está sobrio. Pero solo se queda el rato de tomarse un primer vaso. Después, le vence el miedo que siente por las mujeres y vuelve a casa sabiendo que, más que destronado, ha sido degradado de su virilidad. Nuestro Ngungunyane odia el mar, a las mujeres y a las golondrinas por la misma razón. Tiene

miedo de lo que no puede gobernar.

No quiero terminar esta carta sin hablarte de lo que sé que te atormenta. Los tres prisioneros que fueron fusilados durante el viaje. Pues bien, quiero decirte ahora, Imani, que no te tortures. No eres la culpable. Fui yo quien, en el barco, denunció los planes de Machava. Fui yo quien impidió que mi gran rival fuese asesinado. Lo hice por miedo a la reacción que la muerte del León de Gaza pudiera provocar. Los portugueses se vengarían de mí. También me ejecutarían y me tirarían al mar.

Me despido de ti pidiendo a este amigo que me preste la pluma que ha utilizado para redactar esta carta. Porque quiero escribir, ahora de mi puño y letra: *Ita vunana musuko, nkata Imane!* Nos vemos mañana, querida Imani.

Isla Terceira, 1 de julio de 1896  
Nwamatibjane Zixaxa

## 28. El último idioma

*Los portugueses me arrancaron de mi suelo. Ahora no tengo donde ser enterrado. Los que recen por mí tendrán que mirar al mar.*

NGUNGUNYANE

Me visto cuando debería morir. Me calzo y ya no hay suelo. Me empujan por los pasillos del fuerte, el fardo de ropa barre el camino. Gritan los soldados, mandan que nos apresuremos. Nos tratan con palabras feas, que ofenden más a las reinas porque no las entienden. Desde que Dabondi me maldijo, nunca más he vuelto a hablar portugués. Ha sido una pena que ese mal de ojo no me haya impedido también comprender esa lengua que, siendo de los otros, forma parte de mi carne.

Nos van a llevar a una isla muy distante. Es un exilio dentro del exilio. Las reinas se han resignado, nada las ata a ningún lugar. No es mi caso. Tengo un hijo en esta ciudad. Le pido al comandante poder despedirme de mi hijo. Nadie me escucha. He sido la traductora de un rey. He sido espía al servicio de la Corona lusitana. Ahora solo soy la undécima de las negras. Aún hace poco que di a luz y nunca más volveré a ver al pequeño Tsanga. Nunca más me reencontraré con el padre de ese niño, mi querido Germano, el amor de mi vida. Subo al carruaje con completa dejadez. Dabondi me arregla el pelo, me abotona el vestido. Me faltan los dedos, el cuerpo que yo tenía para acurrucar al hijo que me han robado.

Vamos en silencio en dirección al puerto. Hace cuatro meses que entramos en una ciudad fría, atestada de gente. Ahora salimos de una Lisboa calurosa y desierta. A mitad de camino enloquezco y empiezo a gritar: «¡Doña Laura! ¡Devuélvame a mi hijo, doña Laura!». Las reinas lloran, me abrazan, ocultan mi cabeza en sus amplios regazos. Los caballos golpean el silencio, los cascos son como piedras percutiendo piedras.

El barco en el que viajaremos está por fin a la vista. Se llama *São Tomé*, el nombre de la tierra adonde nos van a desterrar. Las reinas pisan descalzas las

losas del muelle. Siguen con los ojos cerrados, dos de ellas llevan el rostro tapado con un chal. Hace cuatro meses que nos dejaron en un pozo oscuro, hace dos semanas que nos robaron la compañía de los hombres. Temen que nuestra tristeza se convierta en rabia. La rabia echa raíces. Por eso nos llevan mar adentro.

Todavía me quedan las últimas fuerzas. Y protesto, aunque sin fe: si nos van a llevar en barco, ¿por qué no nos llevan a las Azores, donde ya están nuestros hombres? Sin embargo, me olvido de que ahora solo hablo mi lengua natal. Los soldados se ríen de mis convencidas pero incomprensibles protestas. Con todo, sé que no podemos tener el mismo destino que los hombres. António Sérgio de Sousa ya me lo había explicado antes: las Azores son una tierra muy religiosa. Reciben con piedad cristiana a los sufridores africanos, pero no aceptarían albergar el pecado de la poligamia. Las cartas de Zixaxa no confirman esa pureza en las costumbres. Incluso hablan de las casas de prostitutas que los prisioneros frecuentan los fines de semana. La moral tiene sus prohibiciones y sus consentimientos en cuanto a las mujeres. Putas, sí. Amantes, puede. Polígamas, nunca.

Por tanto, no vamos a las Azores. Pero tampoco nos envían de vuelta a Mozambique. Y el motivo es sencillo de entender: la llegada de las reinas podría azuzar la animosidad contra Portugal. Y ya se habla de una mujer —la reina Zambili— que lidera una revuelta a las puertas de Lourenço Marques.

Son doce días de náuseas hasta que atracamos en Santo Tomé. Dabondi, embarazada, es quien más sufre. Ya se le nota la barriga, se cubre los senos con una tela que será siempre la misma hasta el parto. Al final, la reina tendrá más suerte que yo. En la isla de Santo Tomé no habrá una abuela que le robe al niño. Seremos diez tías ayudando a criar a un hijo que, aun siendo de ella, nos pertenece a todas.

\*

No sabía que había tantas Áfricas. He tenido que desembarcar en una isla pequeña para aprender el tamaño de las tierras africanas. En Santo Tomé se mezclan gentes, lenguas y creencias de todo el continente. De ahí que nos mantengamos quietas y tímidas siempre que nos cruzamos con otro negro. Tenemos el mismo color de piel, pero no somos de la misma raza. Por eso dudamos antes de lanzarnos a cálidos saludos. Y, sin embargo, siempre se

esboza un gesto, una risa contenida, un silencio escondido que compartimos en cada encuentro. Mientras suspendemos la intención de un abrazo, nos vamos posponiendo como hermanos.

La primera semana nos alojan en las dependencias de una plantación que aquí llaman *roça*. Dormimos en un almacén de café. Allí nos ocupamos de lo que antes hacíamos: absolutamente nada. Esta vez, sin embargo, no hay rejas ni soldados. Un único guardia —de civil y desarmado— vigila la puerta del almacén. Cuando llueve —y llueve constantemente—, invitamos a ese vigilante a refugiarse bajo nuestro techo.

No sé qué sería de mí sin la compañía de las reinas. La presencia de estas mujeres es una prueba más de la profecía de Dabondi: las raíces de mi alma me devuelven ahora todo mi ser. No se trata solo de regresar al idioma de mi aldea. Estas mujeres me traen de vuelta a mi tierra y a mi gente. Y me traen de vuelta a mí misma.

Esa convivencia tan familiar tiene, no obstante, los días contados. La segunda semana nos separan. Muzamussi, la matriarca, es conducida a un astillero al sur de la isla. Es la más corpulenta, la obligan a cargar piedras para las obras. Ocho de las restantes reinas son llevadas a trabajar en el hospital. Allí prestarán servicios de limpieza. Se alojarán en los anexos de la unidad hospitalaria. Dabondi y yo somos las únicas que permanecemos en el almacén de café. La razón no es precisamente la mejor: nos consideran las más atractivas y nos ponen a servir en un burdel para el ejército. No se dan cuenta de que Dabondi está embarazada. Y ella prefiere no decir nada. Tiene miedo de que, si la consideran inútil, la echen a los animales. Por fin se cumple el augurio de Bianca Vanzini: al final me convierto en una fulana que se vende de noche como un trozo de carne.

Todas las noches la reina y yo recorremos un camino de arena flanqueado por cocoteros. Ese atajo nos lleva al bar donde los soldados nos esperan. De madrugada regresamos exhaustas y embriagadas al almacén de la plantación. Nos quedamos dormidas al son de los carros y los cargadores que van apilando los sacos. Son negros jóvenes que deambulan de un lado a otro con el pecho desnudo. Transportan la carga como hacemos nosotras, las mujeres: en la cabeza. Sus cuerpos liberan un aroma dulce, el mismo que emana de los sacos de café. Ese olor entorpece los sentidos. Qué raro sufrimiento ese que vicia como una bebida: la misma carga impide que sientan el cansancio.

Una mañana, la reina me despierta. Le sangra la cara, la ha golpeado un

cliente al que se ha negado a servir.

—Ven conmigo —me dice—. Vamos a casa del administrador.

Dabondi sabe cosas que yo no sé: el administrador portugués se llama Almada Negreiros, su mujer es mulata, natural de esta tierra, y está gravemente enferma. Me levanto con costosa obediencia.

—¿Y qué vamos a hacer?

No espera respuesta y me apura para que salga. Por el camino, a paso ligero y jadeando, Dabondi se explica: va a pedir trabajo en casa de los Negreiros.

—Quiero ocuparme de los hijos del matrimonio —dice.

Vamos subiendo cuestras, cruzamos riachuelos y cascadas, atravesamos plantaciones extensas. Los cafetales están en flor, puntillas blancas rozan nuestros brazos.

—No me gusta este paisaje —refunfuña Dabondi—. Jamás había visto un campo tan peinado.

Durante todo el camino, la reina se va palpando la barriga. Un hilo de sangre le corre entre las piernas. Y maldice:

—¡Si ese hombre ha hecho daño a mi hijo lo mato!

La casa del administrador Negreiros está asentada sobre pilares, y en los alrededores hay grutas por las que escurren hilos de agua que nacen de los cielos.

—Vas a conocer a doña Elvira, la esposa de ese blanco, estoy segura de que nunca has visto unos ojos tan grandes —me advierte Dabondi—. Está muy embarazada —añade la reina—, debe de estar a punto de parir. Si tarda unos días más le saltarán los ojos de las órbitas.

Me pide que le haga de traductora. Al principio me resisto:

—¡Me robaste el portugués! Ahora, aunque quisiera, ya lo he olvidado.

Lacónica, Dabondi afirma:

—¡Volverás a hablar!

Tras una larga espera, sorprendemos al administrador y a su esposa saliendo hacia el hospital. Dabondi se presenta. Habla de su origen, de la corte de Gaza. El hombre nos observa, desconfiado.

—¿Reinas? —pregunta con sarcasmo. Y apremia a la esposa, que lleva a un niño de la mano—: ¡Vamos, Elvira! No tenemos tiempo para esto.

Con firmeza, Dabondi se interpone entre el matrimonio. Se encara, desafiante, al portugués:



—Lo conozco, señor administrador, ¿quiere que diga cómo nos conocimos?

Sin necesidad de que la traduzca, António Almada Negreiros parece entender lo que Dabondi le dice. En silencio, se apoya en una pared. La reina se acerca a doña Elvira, se lleva las manos a la barriga y proclama:

—Por favor, señora. Míreme, también estoy embarazada. ¿Cómo me pueden obligar a que me acueste con soldados?

Doña Elvira clava los ojos en la negra que osa obstaculizar su camino. No parece contrariada. Al contrario, tiene un aire de fascinación. Toca las pulseras que cubren el brazo de la reina.

—¿Eres de Angola? —pregunta—. Reconozco tus rasgos, vienes de Benguela...

La reina no la entiende, pero responde afirmativamente. El administrador reacciona, nervioso. Tiene prisa, y más acuciado se siente aún por que le estén molestando dos extrañas.

—¡Por favor, señora, hable con su marido! —insiste Dabondi.

De repente, la reina deja de suplicar. Está descalza, pero habla del trono y de su dignidad.

—¡Usted tiene sangre negra, tiene que ayudarme! —declara.

La familia del administrador se ha quedado paralizada, suspendida de las palabras que apasionadamente voy traduciendo.

—A esta amiga mía —y Dabondi me señala— le han robado a su hijo recién nacido, y a mí... —se calla, traga con dificultad, y solo después retoma el discurso—, acaban de maltratar a mi hijo.

—¿Dónde está ese niño? —pregunta la esposa del administrador.

—Está aquí, dentro de mí.

El administrador tira del brazo de su reacia esposa.

—¡Déjame! —exclama esta con firmeza.

El marido, más delicadamente, vuelve a insistir.

—Vamos, Elvira. Que vengan después.

No hubo después. Al día siguiente, Dabondi perdió a su hijo en el hospital. En otra habitación del mismo sanatorio murió en el parto la esposa del administrador Negreiros. En cuanto se enteró de la noticia, Dabondi salió de su cuarto y con paso decidido atravesó las líneas que, en aquel hospital, separaban las razas. Una enfermera la persiguió por todo el camino, advirtiéndole de las consecuencias de aquella insubordinación. En la

habitación de la difunta Elvira, la reina irrumpió entre los consternados visitantes, fue directamente a la cuna y tomó en brazos al recién nacido. Lo acunó y lo llevó hasta su hermano. El niño clavó en ella los mismos ojos desorbitados que había heredado de Elvira. Dabondi habló en txizulu:

—Tu hermano ha nacido mientras moría mi hijo. Dos sombras se han tocado, en mis brazos encontrarás a tu madre...

No tenía sentido traducir. Tampoco me habría dado tiempo a hacerlo: las otras reinas, mientras tanto, ya se habían reunido en el hospital. Y se llevaron a Dabondi de regreso a casa.

—Vas a escribir a Ngungunyane para informarle —me ordena Muzamussi por el camino.

Cuando un niño muere en la barriga se dice que «ha decidido volver». Y las culpas recaen sobre la madre. Debíamos decirle a Ngungunyane que ese no era el caso. Que a esa criatura la habían matado. Era imperioso informar al padre, incluso sabiendo que la noticia tardaría en llegar a las Azores.

—A quien hay que avisar es a Godido —reacciona Dabondi. Y añade—: Solo él tiene que saberlo.

\*

Estoy de rodillas junto a la estera donde Dabondi descansa. Los cargadores de sacos, por respeto, depositan la carga fuera del almacén. Los ojos de la reina están clavados en el techo y yo rezo en zulú, la única lengua que nuestros dioses entienden. Inicio una especie de oración y Dabondi me escucha sin interrumpir.

—Mi reina me borró el idioma que aprendí en la escuela, me arrancó una de mis raíces más antiguas. Aun así, no me borró el arte de leer y escribir en portugués. Pues ahora soy yo la que le pido: quíteme también esos dones. No quiero más papel, no quiero más tinta, no quiero más pluma. La escritura me duele y quiero deshacer los tatuajes de mi alma. Puede que no lo sepa, pero las palabras, cuando se han escrito, amarran el tiempo. Si no puedo volver a ver a mi hijo, ya no quiero más tiempo, no quiero ningún recuerdo. Por eso le imploro: rompa todas las hojas antes de que sean escritas y convierta en agua toda gota de tinta. Quiero estar vacía. Y cuando no haya en mí ningún idioma, le pido que me borre también la lengua de los sueños. Porque me basta la noche de los animales: un tiempo para, simplemente, nacer y morir.

Y regreso al silencio. Con los ojos cerrados, la reina Dabondi levanta el brazo en busca de mi cara. Sus dedos palpan mis ojos, descienden lentamente por las mejillas y, después, me cruzan la boca como dos cuchillas. Está exhausta, no quiere oírme más. Pero vuelvo a decir:

—Nosotras nunca vamos a volver, Dabondi.

—Es mejor así, hija mía, es mejor que muramos aquí —afirma la reina—. Hemos perdido a nuestros hijos, no hemos dejado semilla en este mundo. No somos nadie. No tenemos donde regresar, Imani.

## 29. Un nuevo nombre para Zixaxa

*¿Quién sufre más? ¿El que espera para siempre o el que nunca ha esperado a nadie?*

DABONDI

Querida Imani:

Empiezo esta carta por el final. Ya firmo con mi nombre más reciente: Roberto Frederico Zixaxa. Como ves, he sido bautizado. A mi edad y con mi raza, eso quiere decir lo siguiente: que me han lavado el alma. Y puedo decir que he sido lavado con aguas nobles. Según me han explicado, Frederico es nombre de gente distinguida. Así han querido demostrarme los blancos que nos respetan como reyes de las tierras de las que vinimos. El bautismo se celebró en la iglesia más grande de la ciudad. Asistió gente importante, los *indunas* de la isla Terceira y de las otras islas. Y se marcharon satisfechos creyendo haber cambiado nuestra naturaleza. Pero me imagino que, en el fondo, ellos lo saben: los nombres son tatuajes en el alma. No hay muerte que los borre.

A ti te lo puedo confesar: utilizo este nuevo nombre como si fuesen un par de zapatos. Me sirven para los pies, pero no forman parte de mi cuerpo. Cuando nacemos, nuestros antepasados eligen el nombre que tendremos. Los amos del mundo deciden el nombre que dejamos de tener. En el caso de Ngungunyane puede que todo eso sea verdad. En mi caso, preservo mi nombre pasado junto al nombre que me ha quedado. Los hijos y los nietos que tendré en esta isla no renegarán de este nombre africano: Zixaxa. Esta pequeña eternidad mía me hace feliz.

No solo me han cambiado el nombre a mí. A todos nosotros, a los cuatro, nos bautizaron en la misma ceremonia. Ngungunyane se llama ahora Reinaldo Frederico Gungunhane. En la hoja de registro le han inventado una edad. Ha quedado registrado por escrito que tiene sesenta años, pero el

desgraciado no llega a los cincuenta. Un día de estos, ante sus vehementes protestas, declararán que está muerto.

La semana pasada, el *nkossi* de Portugal, el rey don Carlos, visitó las Azores. Para evitar que el ilustre visitante se tuviese que encontrar con Ngungunyane, nos mandaron que nos fuésemos a pasear por el campo. Dicen que don Carlos insistió en venir a saludarnos, pero lo disuadieron. Ngungunyane ni siquiera vale ya como recuerdo de lo que fue.

Por eso nos llevaron lejos, a pasear por la llamada laguna del Negro. El lugar se formó con las lágrimas de un esclavo africano que se enamoró de una gran señora. El marido descubrió la traición y lo mandó matar. El infeliz esclavo se escapó de la casa, pero fue perseguido por perros y soldados. Se refugió en una ciénaga y allí lloró. Y lloró tanto que, cuando se dio cuenta, a su alrededor se había formado un lago. Esas fueron las aguas que pararon a los perros. Rodeado por los soldados, el esclavo se ahogó en la laguna.

Sentado a la orilla de ese mismo charco, el rey de Gaza se conmovió al escuchar la leyenda. A continuación, dijo que ese hombre que tanto lloró por una mujer no podía ser de su etnia. «En nuestra raza —declaró en voz alta—, son las mujeres las que lloran por amor». «¿Y Vuiaze?», le pregunté.

Fui malvado, lo reconozco. No debería haber reavivado tan triste recuerdo, porque el rey, después de oír el nombre de su amada, deambuló renqueante y descalzo como un fantasma. En los alrededores del pantano hay grandes rocas a las que han dado el nombre de «misterios negros». Los soldados, vigilantes, siguieron al prisionero hasta que tropezó con unos huesos. No eran restos de animal. Era un esqueleto humano parcialmente enterrado. Ngungunyane excavó y cogió un hueso alargado. Y vio que en él había escrito un nombre. Y justo después maldijo el día en que aprendió a leer. Porque vio que lo que allí estaba grabado era su propio nombre: Reinaldo Gungunhane. Lo rascó con las uñas, quería borrar aquellas letras. Restregó con rabia hasta sentir que la sangre le corría por las muñecas. «Me he cortado», pensó. Sin embargo los dedos estaban intactos, aunque él veía que la sangre brotaba generosamente. Entonces se dio cuenta de que lo que sangraba era el hueso. Asustado, soltó el despojo en la arena y allí lo dejó sangrando. Cada vez más débil, se quedó mirando el suelo teñido de rojo. Y se desplomó sobre los huesos del esqueleto que llevaba escrito su propio nombre.

Este episodio ha dejado a Ngungunyane trastornado. Regresó en silencio a

la fortaleza. En un momento determinado, me agarró del brazo y me dijo: «Vendrán a buscarme, Zixaxa. Mis nietos vendrán a buscarme».

Puede que sea verdad, lo admito, puede que lo vengán a buscar. Pero a mí ya han venido a buscarme y no de lejos. Quien ha venido ha llegado de aquí mismo. Tengo una novia. Es verdad, una novia blanca, completamente blanca. Se llama María Augusta, es hija de João de Sousa, un azoreño natural de Ribeirinha. Su madre, mi futura suegra, se llama Francisca Vila d'Amigo y ha nacido en España. El mundo es pequeño y grande, Imani. Heme aquí, un africano en una isla portuguesa a punto de casarse con una azoreña de origen español.

No podré entregar dote alguna a la novia. En esta isla ocurre lo mismo que en la tierra de los zulúes: un buey vale más que una persona extraña como yo. ¿Qué dote puedo ofrecerle? Para mi consuelo, conseguí invitaciones para un espectáculo de circo en homenaje a los prisioneros de África. En otras palabras, en nuestro honor. La familia de la novia —la «parentela», como nosotros la llamamos— está impresionada con mi importancia. Y más impresionada se quedó aún cuando se enteró de que me habían ascendido a guarda forestal. Tengo trabajo, gano mi dinero, me he ganado el respeto. ¿Sabes lo que me han encargado que guarde? Pues guardo un monte entero, guardo un monte llamado Brasil. De vigilado he pasado a ser vigilante. Está pasando todo esto y a todo esto asiste Ngungunyane con la edad que le acaban de poner. Te confieso, hija mía, que estoy empezando a echar de menos el odio que sentía por él.

Una madrugada de estas el rey de Gaza se despertó dando berridos: «¡Que no se lo lleven! ¡Que no se lo lleven!». Como siempre, quien acudió a ayudarlo fue su hijo Godido. Solo él está autorizado a socorrer los delirios del emperador. Cada vez con más frecuencia, Ngungunyane no es consciente de si está en medio de un sueño o en plena embriaguez. En esta ocasión confesó que acababa de ver al gran toro sagrado de los zulúes, el *isibaya*. El animal había atravesado dos océanos para venir a verlo. Emergió de las aguas, cruzó la playa, subió la duna pedregosa, escaló las «bocas de lobo» que protegen las murallas de la fortaleza. Cuando se presentó delante de nuestra casa, el toro dobló sus grandes rodillas con el fin de tenderse para que lo ataran. Pero no llegó a tenderse porque, inesperadamente, apareció un grupo de blancos gritando y agitando paños y cuerdas. Querían llevarse al toro sagrado a la fiesta de la suelta de bueyes. Algún día te explicaré cómo es esta fiesta.

Nunca en la vida he visto un pueblo tan triste y tan festivo.

Una vez más fue necesario ayudar a Ngungunyane a salir del sueño, una vez más Godido condujo a su padre por las callejuelas que circundan el fuerte. Las autoridades dejaron que el rey se distrajese durante la caminata. Mulungo y yo íbamos detrás, deambulando por los pequeños senderos abiertos entre las rocas. Para felicidad de Ngungunyane, la isla está llena de bueyes. Por donde pasa, el rey va tocando a los animales: aprecia su porte y el grosor de sus cuernos. Todos esos bueyes, asegura, son de su propiedad. Aquella madrugada el rey decidió que debía enseñar a los blancos a hablar zulú. Solo su lengua tiene la riqueza suficiente para traducir el mundo de los bovinos. El ganado es el oro de los vanguni. No tienen castillos como los que vimos en Lisboa, pero tienen una nación de bueyes, rediles y pastores. Y los dioses se invocan con la sangre de los animales.

De regreso al fuerte, ya por la mañana, sentimos la tierra temblar. Los azoreños están hechos mitad de lava y mitad de mar. Por eso no temen los terremotos. Quizá ignoren la verdadera causa de los temblores. La tierra tiembla cuando el *wamulambo*, el dragón que vive en las montañas, sale de su cueva para desovar en el mar. Esa vez el dragón estaba enfadado: el terremoto fue fuerte y duradero. Las piedras rodaron por la carretera, parecían animales enloquecidos. Los bueyes saltaron las cercas de los apriscos y se dispersaron por los campos. Los militares vinieron a buscarnos —cada uno de nosotros había huido por su lado— y nos llevaron de vuelta al fuerte.

En la puerta nos cruzamos con el general Almeida Pinheiro, el comandante de la fortaleza. Lo llamamos *xipongo xa mahetche*, por las largas barbas que le llegan al pecho como a un macho cabrío. El portugués cree que estamos aterrados y nos invita a su despacho. Nos sirve un té y despliega un periódico para enseñarnos una fotografía de la visita de don Carlos y la reina Amelia. Ngungunyane observa la imagen con excesiva atención. Después comenta:

—La reina es guapa, pero se adorna como un hombre. Las plumas que lleva en la cabeza son cosas de macho. La reina portuguesa —dice— nos está imitando a nosotros, a los guerreros vanguni —y comenta para concluir—: ¡Usted es quien debería ponerse las plumas, mi general!

El general reacciona, primero, con distancia. Al fin y al cabo, de quien se habla es de la reina de Portugal. Pero luego suelta una carcajada, divertido. Se atusa la larga barba y desafía a sus compañeros a imaginarlo cubierto de plumas de avestruz.

El rey de Gaza se inclina de nuevo sobre la fotografía. Su dedo rollizo va perfilando la imagen mientras aclara:

—Déjeme decirle, señor general, que su reina está muy flaca. Mis esposas están lustrosas. No son —dice— como las demás mujeres, que solo comen carne los días de fiesta. Dígale al rey que no queda bien exhibir a una esposa tan flaca y tan emplumada.

Y, de nuevo, todos se ríen. De repente Ngungunyane se pone serio, casi solemne, cuando implora:

—Por favor, mi general, ¡no me mande de vuelta!

Almeida Pinheiro mira, sorprendido, al emperador y no sabe qué decirle.

—¿De vuelta adónde, a Mozambique? —le pregunta, confundido.

—No me mataron ustedes, me iban a matar mis hermanos —afirma Ngungunyane.

Y se va. Los ojos del general se entristecen al ver al rey negro desvanecerse en la oscuridad.

Y ya estoy llegando al final. Te confieso, hija mía, que quien escribe esta carta es mi suegro, João de Sousa. Solo las dos primeras líneas son de mi autoría. Todo el resto es letra y arreglo suyo. Mi suegro quiere saber quién eres, mejor dicho, quiere saber cómo eres. Te he descrito como la más bella de las mujeres. Después de María Augusta, por supuesto. Mi novia azoreña no tiene parangón. Le expliqué a mi suegro que, como nosotros, vives en una isla. Y él, con ese aire tan misterioso que tiene, declaró: «Todo el mundo vive en una isla».

Cuando le pedí dictarle esta carta, mi suegro dijo que lo haría de buen grado, pero que tendría que ser en un lugar que él eligiese. «La muchacha es africana, ¿no?», me preguntó. Y entonces me llevó a Praia da Vitória y por allí anduvo deambulando entre los peñascos hasta que eligió una enorme piedra y dijo: «Es aquí». Nos sentamos los dos, lado a lado. Y escribimos esta larga carta apoyados en esa piedra blanca que contrasta con el paredón de roca oscura que circunda la playa.

«Esta piedra tiene una historia», me dijo. Quien la trajo a Terceira fue su abuelo, un viejo marinero de largo recorrido. En un viaje junto a la costa africana, el capitán decidió atracar en una playa. La intención era visitar un padrón de piedra que los portugueses habían plantado allí hacía siglos. Preguntaron a los indígenas por el Cabo da Cruz. Ninguno había oído nunca tal nombre. Preguntaron por la columna de piedra con la cruz y los cinco



escudos grabados. Nadie había visto dicha piedra. Los marineros dieron las debidas explicaciones a los nativos. Y los negros les enseñaron un enorme agujero. El padrón se había hundido, como si la playa tuviese hambre de piedra. Los marineros lo desenterraron y volvieron a colocarlo de pie en la arena. Al día siguiente, de nuevo se había sumergido en el suelo africano. Los negros dijeron a los portugueses: «Llevaos esa piedra. Es vuestra. Lleváosla con vosotros. Nuestro suelo no aguanta el peso de esa piedra».

Y eso es todo, hija mía. La piedra escuchó nuestra historia, nosotros escuchamos la suya. Todo se ha unido: el tiempo, el abuelo de mi suegro, tú y yo. Por favor, Imani, no les leas esta carta a mis esposas. No quiero que sepan que voy a casarme. En la correspondencia que intercambio con ellas, me informan de las novedades. La mayoría de las cosas son mentira. Pero no me importa. ¿Acaso no es para eso para lo que sirven las cartas?

### 30. La sombra de las palabras

*Un día de calor un joven cazador vio una nube flotar sobre su casa.*

*El joven cuidaba de su anciano abuelo.*

*La inesperada sombra era tan maravillosa que el abuelo rejuveneció.*

*Por miedo a que el viento se llevase aquella felicidad, el joven decidió lanzar una cuerda y atar la nube por el cuello.*

*Tal como lo pensó lo hizo. Como un animal doméstico, la nube quedó amarrada a una estaca.*

*A la mañana siguiente, al salir de casa, el joven tropezó en el cielo y cayó en el firmamento.*

*La misma cuerda con la que había sujetado la nube lo prendía ahora al infinito.*

*Y el abuelo descansaba ahora en una sombra sin fin.*

RELATOS DE NKOKOLANI

Lllaman a la puerta. Abro una rendija y veo una mano blanca.

—¿Germano? —pregunto sobresaltada.

Abro la puerta de par en par con un entusiasmo repentino. Tengo noventa y cinco años, ya no me quedan fuerzas ni para recordar quién soy. Hace mucho que mi cuerpo es un arado que abre surcos con los pies. De pronto, sin embargo, nace en mí un extraño vigor. Me protejo los ojos para vislumbrar la silueta que se dibuja a contraluz. Y ya no me parece que sea mi hombre el que espera bajo el umbral de la puerta.

—¿Tsanga? ¿Hijo mío?

Lo abrazo. Es mi hijo. Estoy casi ciega, abrazo la oscuridad y dejo que las manos, mientras palpan el rostro del visitante, me devuelvan la vista. La silueta se encoge, sorprendida, entre mis brazos.

—¡Hijo mío!

Mi pecho se deshace en un suspiro. Me he olvidado de llorar. Mi hijo también debe de haber sufrido olvidos, porque no me devuelve el abrazo.

—¿Doña Imani? —me pregunta.

Es lo que me parece oír. Estoy en Nkokolani, en mi aldea natal. Regresé de Santo Tomé hace sesenta y tres años. Poco a poco me ha ido sucediendo con las voces lo mismo que me sucede con las horas: todas se parecen entre sí.

Ya nadie llama a mi puerta. La poca gente que lo hace no es a mí a quien quiere. Buscan a las sobrinas nietas que fingen hacerse cargo de mí. Este visitante es diferente: huele a mar, tiene una voz y un acento diferentes. Y pregunta por mí. No puede ser mi hijo. Estaría más viejo, más arqueado por el tiempo.

—¡Ya sé! ¡Eres mi nieto! Llámame abuela. ¿Entiendes txitxope?

—No, doña...

—Es que yo ya hace mucho que me olvidé de hablar portugués. Ahora solo hablo txitxope.

—Pero... si me está hablando en portugués...

—Te oigo mal. Tienes que hablar más alto.

—Le digo que me está hablando en portugués. Y en un portugués muy bueno.

Tiendo la mano para tocarle el pelo. Mi nieto se aparta. La piel, los ojos, los labios, todo puede mentir sobre la raza de la gente. Solo el pelo dice la verdad. Y tengo prisa por oír la verdad de ese cuerpo.

—¿Entiendes todo lo que digo?

El joven asiente con la cabeza y dice:

—¡Perfectamente!

Le pido que entre. Duda, sacude los pies lleno de cortesía. ¡Cuánto echaba de menos ese educado balanceo del cuerpo! El joven lleva una mochila a la espalda e inclina el cuello, no por el peso sino por gentileza: quiere hablar más cerca de mi rostro.

A lo lejos se oyen explosiones.

—¿Son tiros? —pregunto.

—Son cohetes —responde el joven—. Preparan las fiestas para la proclamación de la independencia —y orgulloso, remata—: ¡Vamos a tener una bandera, doña Imani! ¡Una bandera nuestra!

—Te pareces a Germano. Tienes su misma sonrisa. ¿Cómo te llamas?

Ahueca la palma de la mano para ampliar el sonido de sus palabras. Renuncia a esa estrategia y saca de la cartera un bolígrafo y un cuaderno. Así fue, me acuerdo perfectamente. Así fue como me comuniqué por última vez

con el comandante António Sérgio de Sousa. Escribe frases cortas, sus dedos hacen que el tiempo se estremezca: ¡su caligrafía es igual que la mía! Pero lo inevitable vuelve a suceder: las letras son visibles hasta el momento en que alguien las escribe. Después, se me nublan. Finjo que descifro el nombre, no quiero que el joven desista. Sonrío y lo invito a entrar.

Camino despacio por el pasillo. No me acuerdo de que estoy enferma. Todo mi cuerpo, con la edad, se ha convertido en una dolencia.

—Soy escritor —declara el visitante.

Quizás el joven esté hablando a gritos, pero yo lo oigo como si se expresase en el tono más suave. Los blancos de la ciudad hablan así, no son como nosotros, que nos comunicamos siempre a grito pelado. Para los portugueses más educados, hablar alto es una grosería. Para nosotros, el hablar bajito de algunos portugueses es una prueba de que alguna cosa esconden.

\*

Accedemos a un patio interior donde se amontonan pilones y morteros, ollas, platos y gallinas. Mi nieto debe de estar sorprendido. Ha venido de la ciudad, puede que incluso del mismo Portugal. No podía imaginar que existiese una casa de cemento en una aldea tan remota.

—Esta es la casa de los Nsambe —le digo—, lo que queda de tu familia.

Desde fuera no se adivina que nuestra residencia albergue un patio tan espacioso: a la sombra de un gran mango hay varias mujeres sentadas. Son mis sobrinas. Las llamo las «sombrillas» porque son como sombras. Están ahí, derrengadas e inmóviles, como si anticipasen en aquel suelo vivo su último destino.

Oigo a las sombras gritar:

—*Ubuyile, mulungo!*

Me avisan de que ha llegado un blanco. Como si yo estuviese completamente ciega.

—Hijas mías —les digo—, todavía no me he muerto. Veo mal, pero todavía oigo.

Ellas se ríen, divertidas.

—¡Esperad! —declaro con el brazo levantado—. Os lo explico: es que, incluso callados, los blancos se oyen a distancia.

Y hablo de lo que sé: pasé décadas con ellos, en su tierra. Hablo, pienso y vivo como ellos. Es verdad que soy negra, pero entro y salgo de mi raza cuando quiero.

—El que acaba de llegar no es un blanco —afirmo—. Es mi nieto. ¿Lo entendéis?

Mi nieto —¡cuánto ansío llamarlo por su nombre!— saluda a las sombras. Las mujeres, siempre sentadas, responden al saludo. Y se presentan, una a una. Son mis hijas lejanas, tienen la sangre de mi padre y de Bibliana. Vinieron del río Save, donde nacieron y adonde nunca más volverán. Ahora, su único trabajo es esperar. Esperar a que me muera para vender la casa de la familia. Es la espera de los chacales: no sienten los pasos de los asesinos. Más que una espera es una emboscada. Mientras aguardaban, las mujeres han ido teniendo hijos. Los muchachos han huido a la ciudad. Las hijas se han quedado y se han convertido en nuevas sombras. La más guapa y seductora de todas ellas se levanta para saludar al visitante.

—Me llamo Mozi —mueve las palabras como si hiciese ondular una falda de vuelo. Y después se dirige a mí para pedirme permiso—: Yo ayudaré en la conversación, abuela Imani.

—No necesito a nadie —aseguro, decidida—. Vamos adentro, que aquí hay más bocas que oídos.

\*

Mozi camina delante de nosotros por un pasillo oscuro con olor a mar. Sé lo que pasa por la cabeza del escritor. Debe de extrañarse: con el mar tan lejos, ¿de dónde sale ese aroma? Solo puede emanar del cabello de Mozi. Rumores de caracolas caen en cascada sobre sus hombros. Y toda ella es una ola escapada del océano. Las caderas de Mozi muerden los ojos del forastero. Y él baja la cabeza para salvarse.

Por fin llegamos a mi habitación, el único lugar en el que la edad se olvida de mí. Me cuesta aceptarla, pero la presencia de mi sobrina acaba siendo providencial. Por una misteriosa razón, Mozi es la única persona a la que oigo sin esfuerzo. Las palabras, dichas por ella, adquieren una extraña sonoridad. Además, toda ella se parece a mí. Todos dicen: Mozi eres tú pero con otra edad. Esa comparación me enorgullece y al mismo tiempo me enfurece. Nos vamos haciendo viejos y lo que menos queremos son espejos.

—¡Un nombre muy bonito, Mozi! —afirma mi nieto—. Intuyo que puede ser un diminutivo de la palabra *Mozambique*.

Mozi sonrío. Muestra una sonrisa como una palmera en un oasis: quiere ser vista y, a la vez, quiere cegar a quien pose los ojos en ella. Deambula por mi cuarto ondeando la falda. Toda esa exhibición me cansa. Con acritud, me dirijo a mi nieto:

—¿Has venido para quedarte aquí?

—¿Quedarme aquí?

—Si no has venido para vivir con nosotros, ya puedes irte.

Mi sobrina nieta intercambia secretos con el escritor. Después se dirige a mí resumiendo la conversación que han mantenido.

—Este hombre quiere que le cuente su historia, abuela —y me susurra al oído que el escritor piensa que fui una de las mujeres del emperador Ngungunyane. Soy la única superviviente de más de trescientas esposas.

—¿Quieres que te cuente mi historia? —le pregunto.

—¿Puedo grabarla, doña Imani?

Emocionado, mi nieto se entretiene moviendo cables y botones. Y empieza a grabar mucho antes de que yo tenga ganas de hablar. La cinta en la grabadora va girando somnolienta. Ya me pesan los párpados cuando Mozi me sacude y me anima:

—¡Cuente, abuela, cuente, que yo también lo quiero oír!

\*

Esto es lo me pasó, querido nieto: a los quince años tuve un hijo. Días después me lo robaron y me llevaron a la isla de Santo Tomé, en medio del océano Atlántico. En esa isla estuve quince años. Tras la proclamación de la República portuguesa, en 1911, mandaron a buscarnos a mí y a las reinas que me acompañaban. Dijeron que nos iban a trasladar a Mozambique. De las diez mujeres que llegamos a aquella isla, regresábamos siete. La reina Dabondi, mi querida Dabondi, se quedó sepultada allí. Quien pierde la vida en una isla no sabe regresar de la muerte. Su espíritu vaga entre neblinas, sin saber si pertenece a la tierra o al mar.

El barco que nos vino a buscar hizo escala en Lisboa. Durante quince años había soñado con aquel destino. Mejor dicho: aquel había sido el único destino de mis sueños. Hice las cuentas: cinco mil cuatrocientas noches,

cinco mil cuatrocientos sueños. Todos iguales: yo rescatando a mi hijo, él acurrucándose en mis brazos como si regresase, entero, a mi cuerpo.

En las pocas horas que duró la escala me autorizaron a visitar la casa de mi suegra, Laura de Melo. Me escoltó un sargento de la Marina. Mi intención era rescatar a mi hijo, a mi Tsanga, y llevármelo conmigo a Mozambique. El corazón me latía con fuerza cuando un muchacho me abrió la puerta de la familia Melo. Me contuve, tan tensa que mis propios dedos me lastimaron las manos. La madre de Germano, doña Laura, estaba en cama, y fue mi hijo el que me condujo hasta su cuarto. Seguí callada, mirando a contraluz a aquel que habitó mi carne. Tendida en una cama y con los ojos cerrados, la madre de Germano declaró desafiante:

—Demuéstrale a esa mujer quién es tu única y verdadera madre.

Mi hijo, en silencio, se acercó al lecho de su abuela. Bajé la cara, los ojos anegados. Me he muerto, pensé. No me queda sino retirarme. Pero ¿cómo podía caminar si no estaba viva? Carraspeando, doña Laura me hizo una señal para que me acercase. Sin incorporarse, tendió la mano y me tocó el hombro. Después, murmuró:

—Has estado fuera quince años. Piensa en este muchacho, querida. Piensa y responde: además de mí, ¿hay alguna otra madre en este cuarto?

Abrió los ojos y me miró largamente. Sabía que nunca más nos veríamos.

—En esta historia no hay culpables —dijo—. La vida lo dispuso así.

Sacudí la cabeza como diciéndole que no quería escuchar. A pesar de todo, permití que mantuviese la mano posada en mi hombro.

—¿Cómo se llama, doña Laura?

—Como tú lo llamaste —respondió Laura—. Es nuestro Tsanga.

«¿Y Germano?», quise preguntarle, pero no tuve voz para tanto. Y fue como si Laura adivinase mis secretas interrogaciones, porque murmuró:

—Germano llegará la semana que viene, está muy enfermo. No tiene fuerzas ni para escribir —dijo doña Laura—. No por eso ha dejado de mandar religiosamente la paga mensual para su hijo... —y corrigió—, para vuestro hijo.

Cuando volvíamos al barco, no era solo yo la que lloraba. Discretamente, el sargento intercambiaba un pañuelo conmigo. Íbamos por la Estrada das Laranjeiras y, en un momento determinado, el marinero se detuvo para decirme:

—¡Fue aquí, fue aquí donde se suicidó! —y antes de que le preguntase, me

lo aclaró—: Mouzinho de Albuquerque, fue aquí donde murió.

Pasó los dedos por las piedras de la calzada como si sintiese la sangre.

—Le volvieron la espalda —comentó el sargento—. Empezó a correr el bulo de que Mouzinho se había comportado de manera muy inhumana en las campañas de África. Quien lo tramó todo fue mi jefe, el capitán Álvaro Andrea, que también estuvo por allí...

En el muelle, el sargento se despidió de mí con un inesperado apretón de manos. Quién sabe si aquel marinero experimentaba algo nuevo: el respeto por la tristeza de una mujer negra. Como no era capaz de darme consuelo, intentó distraerme.

—¿Y de Gungunhane sabes algo? ¿Qué fue de él? —me preguntó—. Gungunhane, el rey de los negros...

Después de todos aquellos años ya había renunciado a corregir el nombre de Ngungunyane. Esa vez, por respeto a quien me preguntaba, enmendé la pronunciación del militar.

—Murieron todos —dije con seguridad—. Murió el rey de Gaza, murió su hijo y murió el tío. Sobrevivió el único que fue feliz: Zixaxa. La última noticia suya que recibí es que iba a tener un hijo. Un hijo mulato, como mi Tsanga.

\*

La cinta de la grabadora me produce sueño. Intento levantarme para resistirme a esa dulce indolencia, pero el cuerpo no me obedece. Y vuelvo a hundirme en el asiento. Con los ojos cerrados, rozo el brazo del sofá como si fuese la retribución de una caricia.

—¿Cuánto tiempo hace que vive en esta casa?

—No vivo. Yo soy esta casa.

Soy esta casa, repito, y estos enseres son mis hermanos. Tengo parientes de madera que no han dejado nunca de hacerme compañía.

—Tienes que aprender, querido nieto —prosigo—: Más que por las personas, debes sentir cariño por los muebles. La cama y las sillas —le aseguro— son los que más fieles permanecen hasta el fin de nuestros días. Reza por el alma de las cosas, hijo mío.

—¿Seguimos con la grabación, doña Imani? —pregunta mi nieto.

Niego vehementemente con la cabeza. Estoy cansada. Lo veo sacar de la



mochila una máquina de fotos. Me tapo la cara con las manos. Y protesto, me opongo con convicción. Mi queja es lenta, pero mi nieto me escucha sin interrupción. Al final, fascinado, exclama:

—¡Qué bonito es lo que acaba de decir! ¿Quiere escucharlo? —pregunta —. Lo he grabado todo —explica.

Siento vergüenza de mi propia voz cuando la escucho a todo volumen:

Puedes grabar, pero no me fotografíes. Mírame, querido nieto. Esta criatura que tienes delante no está hecha de un único cuerpo. Son muchos los cuerpos pegados, cada uno hecho de un tiempo, cada uno procedente de una tierra diferente. El corazón es de esta aldea, los brazos de Makomani, las piernas ya se han olvidado de dónde son. No me fotografíes, querido nieto. Mi cuerpo está hecho de pedazos. Quienes más viven dentro de mí son quienes ya han muerto: las madres que todavía me hacen nacer. La primera es Chikazi Nsambe, y las otras, Bibliana, Bianca y Dabondi. No me fotografíes, querido nieto. Porque no termino en mí. Mi cuerpo ahora es el mundo entero.

La reproducción termina, las cintas giran en el vacío.

—¿Y Gungunhane? —me pregunta mi nieto.

—No sé —respondo—. Solo sé mi historia.

El ruido de las bobinas aumenta en la habitación. Pregunto a Tsanga si llegó a conocer a Germano.

—¿A quién? —me pregunta.

—A tu abuelo Germano —le aclaro. Niega con la cabeza, sonriendo—. ¿Y de Bianca has oído hablar? —le vuelvo a preguntar.

Pero no espero respuesta. De repente me asalta una rabia insólita: golpeo con los pies la mesa que tengo delante. La grabadora y la cámara de fotos caen al suelo. Mi nieto da un paso atrás, entre asustado y asombrado.

—¡No vuelvas a aparecer con esas máquinas! ¡Nunca más! —declaro a gritos.

Quiero incorporarme y ni siquiera la furia me ayuda. Permanezco hundida en el viejo sofá de piel sintética. Soy una prisionera en las rejas de mi cuerpo.

Mozi me contempla en el sofá, sacude la cabeza, impaciente, y pide al visitante que nos deje a solas. Le dice que espere en el patio. El escritor recoge sus máquinas y se va, más encorvado de lo que entró. Nada más cerrarse la puerta, Mozi me ataca. Está rabiosa. Que yo no estaba entendiendo nada, argumenta, que se trataba de una oportunidad única y lo he echado todo a perder.

—Finja, abuela. ¿Tanto le cuesta? Admita que fue esposa de Ngungunyane...

Intenta convencerme, obstinada. Si hiciera un poco de teatro, nosotros, los Nsambe, tendríamos unas ventajas enormes. Seríamos de la familia de los héroes, ganaríamos una fortuna, viajaríamos a la capital, quién sabe si hasta nos llevarían a las Azores.

—Escuche bien, abuela —insiste Mozi, ahora muy meliflua—. Voy a decirle lo que le va a contar al escritor...

—No es escritor, es mi nieto.

—Nieto, bisnieto, tataranieto... Va a decirle a toda esa gente que fue esposa del rey. Y va a contarles una historia...

—No voy a empezar a mentir con noventa y cinco años.

—Si no quiere mentir —protesta Mozi—, entonces deje de llamar nieto a ese chico.

Se dirige a la puerta mientras me lanza una última amenaza:

—¡No olvide, abuela, que somos nosotras las que cuidamos de usted! —y cierra de un portazo.

Por un momento me quedo sola. Nunca estuve tan sola. Y nunca la soledad me supo tan bien.

Abro la puerta de la parte de atrás y me escabullo hacia la calle. Por primera vez en muchos años salgo de casa. Y echo a andar por el mismo camino de arena que nuestra madre tomaba para ir a buscar leña. Camino sin dirección, como los niños que dan los primeros pasos. Solo quiero distanciarme de la casa, alejarme de quien soy. En la esquina casi me tropiezo con un grupo de chiquillos que juegan sentados en el suelo. Son niños pobres, sucios y harapientos. Me acuerdo de mis tiempos de niña y pienso: incluso en la guerra más cruel, incluso entre ruinas y cenizas, los niños no dejan nunca de jugar.

De repente, una sombra veloz me derriba. Estoy tan flaca que parece que no voy a acabar de caer. Y veo pasar, como un monstruo de metal, un camión

militar cargado de guerrilleros. Me viene a la memoria la atribulada época de mi infancia. La diferencia es que ahora hay más suelo, un suelo que me llama por mi nombre.

Regreso amparada por el joven escritor que me acaba de salvar de ser atropellada.

—¡Vamos, abuela! —me anima.

El joven me llama «abuela». Me llama «abuela» y las calles vuelven a ser mías. Dentro del cercado de la casa pasamos al lado de la vieja termitera. Echaron cemento al suelo, pero aquel lugar sagrado lo dejaron vivo. Por respeto, no por miedo. Allí resiste el promontorio de las termitas, sosteniendo la frondosa *mafurreira*. Ya no atan en ella paños blancos. Ya nadie habla con los antepasados. La única que les habla soy yo, que estoy casi difunta.

Le pido al escritor que me espere. Regreso un poco después cargando en los brazos una maleta.

—¿Pesa? —me pregunta, afanándose en ayudarme.

A mi edad todo es pesado, empezando por mis propios brazos. Vacío el contenido de la maleta. El suelo se llena de papeles.

—Estos cuadernos son tuyos —le digo—. Aquí están todos mis escritos, aquí están las cartas que he guardado, aquí está toda mi vida. Llévatelos y publícalos si crees que merecen ser conocidos. Fírmalos como si tú fueras el autor, no me importa. Siempre que digas que eres mi nieto, el nieto de Imani Nsambe.

El escritor da dos pasos, se sienta y empieza a leer el primer cuaderno. A medida que va leyendo, me voy acurrucando en él, como si buscara en su cuerpo mi última sombra:

Todas las mañanas se levantaban siete soles sobre la llanura del río Inharrime. En aquellos tiempos, el firmamento era mucho más vasto y en él cabían todos los astros, los vivos y los que habían muerto. Desnuda como había dormido, nuestra madre salía de casa con un tamiz en la mano. Se disponía a escoger el mejor de los soles. Con el tamiz recogía las restantes seis estrellas y las traía a la aldea. Las enterraba junto a un termitero que había detrás de nuestra casa. Aquel era nuestro cementerio de criaturas celestiales. El día que lo necesitáramos, iríamos allí a desenterrar estrellas.

## **Anexo**

Este libro es una obra de ficción. Aun así, gran parte de los personajes y de las historias se han construido a partir de personas reales y hechos históricos. Este anexo contiene imágenes de algunas personas y paisajes relevantes en esta narración.



Mapa de la región, con los lugares más relevantes en esta historia.



Ngungunyane al partir de Mozambique.



Nwamatibjane Zixaxa durante su estancia en las Azores.



El comandante Álvaro Andrea.



La corbeta *Capello* en el estuario del río Limpopo.



Ngungunyane sentado con las siete reinas.



El comandante Jaime Leote.





El navío *Neves Ferreira*.



Mouzinho de Albuquerque, en el centro, es el más alto de los oficiales. A su izquierda, con gafas, puede verse a Ayres de Ornelas.



La Rua dos Mercadores, en la zona baja de la ciudad de Lourenço Marques, a finales del siglo XIX.



En las dos sillas que rodean la mesa están Mouzinho de Albuquerque y su esposa, Maria José. Apoyado en la silla de Mouzinho se aprecia a Ayres de Ornelas.



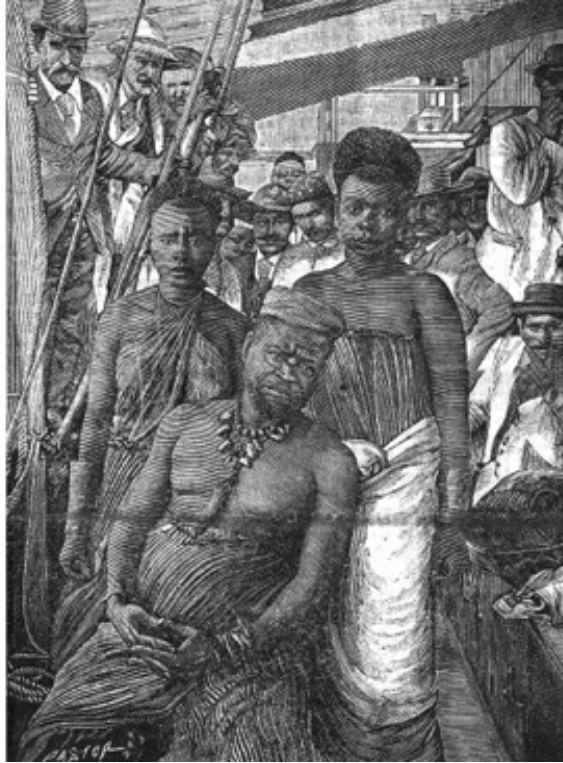
Caldas Xavier.



El navío *África* a la salida de Lisboa.



Zona portuaria de Ciudad del Cabo a finales del siglo XIX.



El emperador con dos de sus mujeres. Dabondi es la de la izquierda.



Esclavos mostrando las manos cortadas de otros esclavos en el Congo Belga.



Desembarque de los prisioneros de la corte de Gaza en Lisboa.



Fuerte de Monsanto en Lisboa, primer lugar de deportación.



Casa de la Fortaleza de San Juan Bautista en la isla Terceira, enfrente de la ciudad de Angra do

Heroísmo, donde se alojaron los cuatro prisioneros.



Los prisioneros durante el exilio en las islas Azores.

## Notas de la traducción

- [1] Despectivo. En Mozambique: comerciante árabe o asiático.
- [2] Instrumento de percusión típico de Mozambique similar a la marimba.
- [3] Trabajador mozambiqueño en las minas de oro de Sudáfrica.
- [4] Hombre blanco.
- [5] Bastón hecho de piel de hipopótamo, llamado en portugués *cavalho-marinho* por su semejanza con la forma del caballito de mar.
- [6] Terreno agrícola de producción familiar.

**La obra más ambiciosa de Mia Couto, en un solo volumen. Una colosal trilogía sobre la historia colonial de Mozambique.**

**«Mia Couto es uno de los escritores contemporáneos más importantes de África.»**

Henning Mankell



Esta es, entre otras, la historia de la ambición y la pérdida del emperador Ngungunyane, soberano del Estado de Gaza, en Mozambique. Es también la historia de Imani, una joven de etnia vachopi que nace a mediados del siglo XIX, hija de las cenizas de sus hermanas y de una familia de soldados nguni. Cuando las tierras de los vachopi son invadidas por el emperador Ngungunyane, sus habitantes se alían con la monarquía portuguesa y este territorio se convierte en la nueva colonia de Goroa. Y esta también es la historia del exilio del sargento Germano de Melo, soldado republicano que hará de Imani su intérprete, y cuyo amor provocará un conflicto diplomático, político y tribal: el Estado de Gaza acabará derrotado en 1895 por los portugueses, su rey será deportado a las Azores y la leyenda narra que de él y de su imperio solo quedó una caja llena de arena.

### **La crítica ha dicho...**

«Una novela excelente, una historia fascinante e intrincada.»

*Publishers Weekly*

«Un rico relato histórico que recuerda a García Márquez y a Achebe.»

*Kirkus Reviews*

«La maestría de Couto reside en su habilidad para hacer de esta exploración de un pedazo de historia un comentario acerca de toda la civilización humana.»

Shoba Viswanathan, *Booklist*



«Una novela exquisita y de múltiples capas.»

Miranda France, *TLS*

«Una novela notable, de una gran fuerza expresiva.»

Milton Hatoum

«La novela de Couto, basada en sucesos históricos (con capas de realismo mágico, alegorías como las de Achebe y coronada por su propio folclore) [...], introduce a sus personajes en un mundo de una especificidad deslumbrante y, pese a ello, Imani encierra dentro de sí nuestras batallas más actuales.»

Sloan Crosley, *Vanity Fair*

«Un juego de espejos magníficamente urdido, que crea una fabulación basada en la fusión total entre el discurso historiográfico y el texto novelesco [...]. Nos invita a descubrir un poco más de la historia de Mozambique, ofreciéndonos una obra en la que verdad y ficción, realidad e imaginación, se mezclan, cruzan y contaminan.»

*Jornal de Letras*

«Un retrato profundo de Mozambique.»

*Díario de Notícias*

## Sobre el autor

**Mia Couto** (Beira, Mozambique, 1955) es uno de los nombres más importantes de la literatura en lengua portuguesa y el autor mozambiqueño más traducido. Comprometido políticamente con las luchas del continente africano, Couto ha recibido numerosas distinciones; entre otras, el Premio Nacional de la Asociación de Escritores de Mozambique (1995), el Premio Vergílio Ferreira (1999), el Premio Africa Hoje en Maputo (2002), el Premio Unión Latina de Literaturas Románicas (2007), el Premio Eduardo Lourenço (2011) «por ensanchar los horizontes de la lengua y la cultura portuguesas», el Premio Camões (2013) y el Premio Internacional Neustadt de Literatura (2014), y fue elegido finalista del Premio Man Booker International en 2015. Es miembro de la Academia Brasileña de las Letras. Ha escrito múltiples novelas, como *Jesusalén* (Alfaguara, 2012), *La confesión de la leona* (Alfaguara, 2016), *Tierra sonámbula* (Alfaguara, 1998; 2016) y *El último vuelo del flamenco* (Alfaguara, 2002; 2016), estas dos últimas adaptadas al cine. Ha publicado también poesía y libros de relatos, entre los que destaca *Cada hombre es una raza* (Alfaguara, 2004). En la actualidad vive en Maputo, donde trabaja como biólogo. *Trilogía de Mozambique* es la última y más ambiciosa de sus obras.

Título original: *As areias do imperador. Uma trilogia moçambicana*

© Mia Couto, *Mulheres de Cinza*, 2015; *A espada e a azagaia*, 2016; *O bebedor de horizontes*, 2017;  
by arrangement with Literarische Agentur Mertin Inh. Nicole Witt e.k., Frankfurt am Main, Germany

© 2018, Roser Vilagrassa por la traducción de «Mujeres de ceniza» y Rosa Martínez-Alfaro por la traducción de «La espada y la azagaya» y «El bebedor de horizontes»

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Obra apoyada por la Dirección General del Libro, Archivos y Bibliotecas de Portugal



GOVERNO DE  
PORTUGAL

SECRETÁRIO DE ESTADO  
DA CULTURA

ISBN ebook: 978-84-204-3350-9

Imagen de cubierta: Ilustración basada en una tela estampada africana.

Diseño de interiores realizado por Alfaguara, basado en un proyecto de Enric Satué

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

[www.mtcolor.es](http://www.mtcolor.es)

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

# Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

# Índice

## Trilogía de Mozambique

### Cita

#### Libro primero. Mujeres de ceniza

1. Estrellas desenterradas
2. Primera carta del sargento
3. La página del suelo
4. Segunda carta del sargento
5. El sargento que escuchaba ríos
6. Tercera carta del sargento
7. En las alas de los murciélagos
8. Cuarta carta del sargento
9. Recado de muertos, silencio de vivos
10. Quinta carta del sargento
11. El pecado de las mariposas
12. Sexta carta del sargento
13. Entre juramentos y promesas
14. Séptima carta del sargento
15. Un rey de polvo
16. Octava carta del sargento
17. Un relámpago venido de la tierra
18. Novena carta del sargento
19. Caballos blancos, hormigas negras
20. Décima carta del sargento
21. Un hermano hecho de ceniza
22. Undécima carta del sargento
23. Un murciélago sin alas
24. Duodécima carta del sargento
25. Tierras, guerras, entierros y destierros
26. Decimotercera carta del sargento
27. El vuelo de las manos
28. Última carta del sargento
29. El camino de agua

## Libro segundo. La espada y la azagaya

1. Aguas sombrías
2. Primera carta del teniente Ayres de Ornelas
3. Una iglesia por debajo de otra iglesia
4. Primera carta del sargento Germano de Melo
5. Dioses que bailan
6. Segunda carta del teniente Ayres de Ornelas
7. Los luminosos frutos del árbol nocturno
8. Tercera carta del teniente Ayres de Ornelas
9. Una edad sin tiempo
10. Segunda carta del sargento Germano de Melo
11. El robo de la palabra de metal
12. Tercera carta del sargento Germano de Melo
13. Entre balas y flechas
14. Cuarta carta del teniente Ayres de Ornelas
15. Mujeres-hombres, maridos-esposas
16. Quinta carta del teniente Ayres de Ornelas
17. Cuarta carta del sargento Germano de Melo
18. Una misa sin verbo
19. Quinta carta del sargento Germano de Melo
20. Las sombras errantes de Santiago da Mata
21. Sexta carta del sargento Germano de Melo
22. Una langosta degollada
23. Séptima carta del sargento Germano de Melo
24. Una lágrima, dos tristezas
25. Octava carta del sargento Germano de Melo
26. Una sepultura líquida
27. Novena carta del sargento Germano de Melo
28. El divino desencuentro
29. Décima carta del sargento Germano de Melo
30. Sexta carta del teniente Ayres de Ornelas
31. Un hospital en un mundo enfermo
32. Séptima carta del teniente Ayres de Ornelas
33. Malestares imperiales
34. Undécima carta del sargento Germano de Melo
35. El buitre y las golondrinas

- [36. Duodécima carta del sargento Germano de Melo](#)
- [37. La novia pospuesta](#)
- [38. Octava carta del teniente Ayres de Ornelas](#)
- [39. Un tejado desmoronándose sobre el mundo](#)
- [40. Decimotercera carta del sargento Germano de Melo](#)
- [41. Cuatro mujeres frente al fin del mundo](#)
- [42. Decimocuarta carta del sargento Germano de Melo](#)
- [43. Todo lo que cabe en un vientre](#)
- [44. Decimoquinta carta del sargento Germano de Melo](#)
- [45. El último río](#)

#### [Libro tercero. El bebedor de horizontes](#)

- [1. La mujer que llamaba a los ríos](#)
- [2. Una nota arrugada](#)
- [3. El fango y la nieve](#)
- [4. Primera carta del sargento](#)
- [5. Golondrinas y cocodrilos](#)
- [6. Segunda carta del sargento](#)
- [7. Las manos y las madres](#)
- [8. Antes de haber mar, había un barco](#)
- [9. La caligrafía del rey analfabeto](#)
- [10. Un pañuelo blanco iluminando el pasado](#)
- [11. Carta de Germano de Melo a Bianca Vanzini](#)
- [12. Huellas en el rocío](#)
- [13. Carta de Álvaro Andrea a Imani](#)
- [14. Desfiles y delirios](#)
- [15. Una sumisa desobediencia](#)
- [16. Ni melena ni corona](#)
- [17. Bartolomeu y el camino marítimo al cielo](#)
- [18. Un suicidio involuntario](#)
- [19. Los amnésicos difuntos](#)
- [20. ¿Cuánto pesa una lágrima?](#)
- [21. En vísperas de tocar tierra](#)
- [22. La luz de Lisboa](#)
- [23. Una habitación debajo de la tierra](#)
- [24. Un cuerpo desgarrado](#)
- [25. Lo que fue dado a luz](#)

- [26. Entre exilios y destierros](#)
- [27. El bebedor de horizontes](#)
- [28. El último idioma](#)
- [29. Un nuevo nombre para Zixaxa](#)
- [30. La sombra de las palabras](#)

[Anexo](#)

[Notas de la traducción](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)